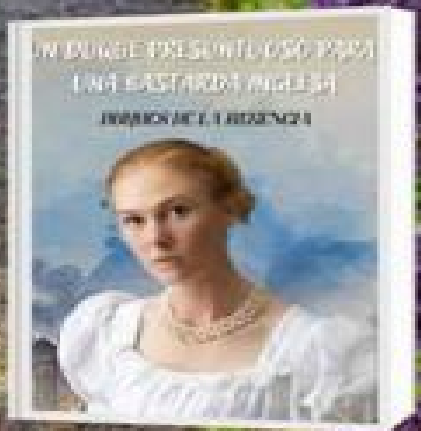
Duques de la Regencia

SERIE COMPLETA











ISABELLA ABAD

DUQUES DE LA REGENCIA

COMPILACIÓN DE NOVELAS



ISABELLA ABAD

CONTENIDOS:

UN DUQUE INGLÉS PARA UNA ESCOCESA EN APUROS
UN DUQUE DISOLUTO PARA UNA ESCOCESA MARCADA
BONNIE Y JONAH
UN DUQUE PRESUNTUOSO PARA UNA BASTARDA INGLESA
NAVIDAD CON LOS DUQUES
NOVEDAD: SERIE ROMANCE VICTORIANO

UN DUQUE INGLÉS PARA UNA ESCOCESA EN APUROS



UNO.

—¡Nada, Maisie! ¡No ha quedado ni una libra! ¿Es que no lo entiendes?—el grito frustrado de Angus Campbell y sus brazos en alto dieron salida a la rabia que lo llenaba, pero se llamó a la razón, porque su esposa no era la culpable. Respiró hondo, y se acercó a ella para tomar su mano—. Se lo ha llevado todo—murmuró.

—Pero… Pero…. No es posible, no…—Maisie meneó su cabeza, confundida, sin querer dar crédito a las palabras de Angus, por puro dolor más que por desconfianza a lo que el hombre que adoraba le decía.

—Mi querida, escucha. Lo lamento… No llores, no… No lo soporto, mi amor, cualquier cosa tolero, menos saberte inconsolable—La abrazó fuerte y le acarició la espalda. Por ella tenía que fingir que no se sentía desesperado, pensó, por el bien de todos—. Cálmate, nada se gana con llorar y gritar, al fin y al cabo.

Ella se separó y asintió, respirando hondo, y se limpió las lágrimas con el dorso de su mano.

—Esto es… increíble. No podría haberlo imaginado—dijo muy bajito—. Nos pone en una situación…

—Muy difícil. Estamos en la ruina, Maisie.

—El ganado, las tierras…

—Eso es nuestro—aseguró, aunque no podía asegurar que así permaneciera por largo tiempo, porque sus deudas… Tembló por dentro, pero se mantuvo estoico para no generar miedo en Maisie—. El dinero de las ventas de la lana y carne que teníamos… No está.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo traicionarnos así?—Las lágrimas corrían otra vez por sus mejillas, y movió su cabeza en negación, azorada—. Oh, Angus… Me cuesta tanto creerlo—susurró—. Lo hago, sí—se corrigió—. Sé que serías incapaz de engañarme, mas… ¡Es mi hermano!

—Así lo llegué a considerar también yo—contestó Angus con la hiel de la amargura envolviendo cada palabra.

—Me resulta… ¡Que nos haya robado! ¡Que se haya fugado con nuestro dinero, dejándonos en la estacada! ¡Mi sangre!—susurró.

—Hace algunos días que lo sé, y traté de seguir su rastro, sin éxito. Mas no podía seguir manteniendo el silencio. Esta situación no puede continuar. Tú e Isla planeando el viaje a Londres y la presentación social allá, tan entusiasmadas—suspiró muy largo—. Lo han soñado tanto, y… Estamos arruinados…—dijo, y su tono trasuntó la derrota y cansancio que sentía.

El silencio posterior duró poco y entonces Nessa, testigo oculto del drama que se desarrollaba en la sala de lectura del castillo Campbell, escuchó a su madre llorar desgarrada.

Se hizo adelante para mirar mejor la escena, y esta le partió el alma. Su madre se veía quebrada, y sollozaba sentada en su sillón de costura, su pecho sacudido y su cara anegada. Su padre estaba arrodillado a su lado, abrazándola por los hombros y susurrando con torpeza las que creía eran palabras de consuelo.

—Ya, mi querida. Es… Nos queda la tierra, el ganado. Sobreviviremos, nos levantaremos. Somos los Campbell, un clan fuerte.

—Oh, Angus—dijo Maisie, dando manotazos a su cara para limpiarla, y sonando ahora frustrada, rabiosa. *Bien*, pensó Nessa, la prefiero así—. ¿Cómo vamos a afrontar los gastos del invierno? ¿Las provisiones, los salarios de la servidumbre, de los guardias? ¿Cómo ayudaremos con los gastos de los molinos y caminos? ¿En qué condiciones viviremos? La lana no va a crecer mágicamente de las ovejas. ¿Cómo pagaremos…? Los prestamistas ya te tenían por el cuello, querido mío—Sus manos fueron al rostro arrugado de su esposo, padre de Nessa, que se veía cansado y al que se le notaban los años—. Oh, Angus. Isla y Nessa esperan ese viaje a Londres, la temporada. Necesitan vestidos, sombreros, zapatos…

—Eso es impensable. Al menos en las mejores condiciones. El dinero que tenía destinado para ello era el del pago de la zafra de la lana y eso… Tu hermano se encargó de que no haya ni un penique.

Nessa se hizo atrás, pegándose al muro, y plegó sus manos en puños, iracunda, y procurando contener las palabras soeces que se agolpaban en la garganta. Ese maldito hombre, su tío…

—No desesperes…—su padre trabajaba en calmar a su esposa, siempre el protector—. Esto… Apenas lo supe, me puse en acción para rescatar lo que se puede de la situación. Escribí a Brodie, porque no quiero que mis hijas sufran por mi estupidez y ceguera.

—¡No es tu culpa, Angus!—defendió Maisie con fiereza a su esposo, y lo abrazó.

Nessa contuvo las ganas de llorar, porque lo que de habitual la impacientaba, esa tendencia de sus padres a tocarse y abrazarse, hoy la conmovía. Esos dos se adoraban, en las buenas y en las malas, de verdad.

—Me gustaría creerlo, mi Maisie, pero…—resopló—. Mira, mi hermana escribió de vuelta, y aquí tengo la respuesta. Al menos no todo es un desastre—sentenció.

—Oh, Brodie… Ella nos ayudará, sí.

—Lo hará. Ella no olvida a su familia, y entiende nuestra situación. Nuestras hijas tendrán lo necesario y más en Londres, porque Brodie se asegurará de ello, Maisie. Sabes cuánto adora a Isla, y también a Nessa, aunque esta la impaciente un pelín ¿A quién no?

Nessa rodó los ojos ante la referencia a su carácter, demasiado impactada por el relato, escuchado por pura casualidad. Había retornado de las caballerizas más temprano de lo usual, y por fortuna su hermana Isla estaba en el poblado. La situación era desoladora.

Se había congelado al pasar por la puerta entreabierta de la salita donde su madre solía leer la correspondencia, hacer sus costuras y tomar el té cuando escuchó la angustia derramándose en cada palabra que su padre pronunciaba.

Angus Campbell no era un hombre de hacer aspavientos ni proclive a las expresiones desmesuradas. Antes bien, era contenido y cauteloso, incluso irresoluto, consideraba Nessa cuando se frustraba por su tendencia a pensar cada uno de sus pasos con rigor y tiempo.

Parecía ser que esto no había servido de nada, pero… ¿Quién podría haber esperado la traición de alguien que gozaba de la confianza de todos? ¡Que era familia! Que había estado alrededor desde siempre.

Archibald Conty, comerciante acomodado de Glasgow y hermano de Maisie, su madre, había sido el soporte financiero y quien gerenciaba los negocios del castillo.

Un hombre que respetaba a su padre, en franca contraposición con las actitudes de afectada superioridad (o desprecio, creía Nessa) que le mostraban su hermanastro Colin, el vizconde de Argyll, o Percy Murray, conde de Atholl y esposo de su hermana Brodie.

El jovial tío Archie, pensó Nessa con dolor, sintiendo que su corazón latía apresurado. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué? Si había tenido dificultades, ¿por qué irse así, dejándolos en una situación tan delicada?

—… *ten por seguro que tendrán un hogar en mi casa por el tiempo que sea necesario, así como no debes preocuparte por su ajuar o gastos. Isla y Nessa brillarán con mi auspicio, y tengo fe en que podrán captar la atención e interés genuino de hombres prominentes de Londres. Me congratula haber enviado a Anne allá, porque eso le ha dado brillo a los modales y el temperamento encantador de Isla, y sé que hay también avances con Nessa.*

Esta contuvo un resoplido y rodó sus ojos cuando escuchó la lectura en voz alta de la carta de su tía Brodie, pero se obligó a concentrarse en lo importante. No era para nadie desconocido, ella incluida, que sus modales y personalidad eran… peculiares, llamémosle así. Se lo habían señalado con denuedo.

—… *Comprendo a la perfección la desesperada situación en que ese espantoso hombre te ha puesto, Angus, y aunque odio señalarlo, Percy te lo advirtió. La codicia y la expresión disipada de su rostro se me hacían sospechosa. Mas no es momento de atizar tu herida, hermano.*

Condescendiente, consideró Nessa con encono. Su tía era una mujer honesta, decente, algo estirada, pero justa y generosa, aunque le gustaba señalar las debilidades del otro con liviandad, sin cebarse en ellas.

—… *Conozco a la persona perfecta para Nessa, y creo que podría estar interesado. Es un comerciante adinerado, pero de modales perfectos y cultura vasta. Su entusiasta conversación y su actitud proclive a los negocios* inteligentes *lo hacen el hombre ideal. No*

dudará en percibir las conexiones que su boda con Nessa le abrirían. Tu hija es sobrina de un conde y de un vizconde, Angus, y eso tiene que contar. Estos hombres de negocios saben lo importante de codearse con quienes detentan el poder y el acceso a las oportunidades…

No, no, no, pensó Nessa, sus ojos desorbitados y una mano en su boca intentando detener la catarata de improperios que pugnaban por escaparse de sus labios. ¿Conexiones? ¿La persona perfecta para ella?

La descripción era ridícula, absurda. Ella no tenía intenciones de casarse pronto, y un comerciante ávido de escalar la pirámide social de esa cueva de pretenciosos que era Londres… Sus padres sabían lo que ella pensaba, no iban a...

—Uno de esos nuevos ricos que gustan de codearse con la nobleza… Sí, es … Brodie tiene razón—escuchó decir a su madre, y entonces no resistió más.

No decidirían por ella sin su participación. Abrió la puerta de un envión para ingresar a la sala como el impenitente viento del mar y se plantó con sus dos manos en las caderas frente a sus progenitores.

—¡No puedo creer que estén considerando siquiera este absurdo! ¡No necesito un esposo, no quiero ir a Londres, y no pueden obligarme!

—Nessa…—su padre enrojeció, y sus manos se apretaron—. Querida, no entiendes… Estamos frente al desastre. Si no …

—Escuché suficiente como para entender que estamos momentáneamente arruinados, pero… No tiene por qué ser así a largo plazo—Comenzó a pasearse por la habitación, buscando argumentos—. Tenemos el ganado engordando en los valles, y la lana volverá a crecer en las ovejas. Estaremos ajustados, sí, pero… Si restringimos gastos, tal vez pedimos algunos préstamos—sugirió, pero su madre denegó, y esto la rebeló.

—No podemos hacerlo.

—¿Prefieres entregar a tu hija como si fuese ganado a un petimetre inglés que solo quiere caer bien a los pares del Parlamento? Isla puede ir con la tía Brodie, ella anhela su presentación, pero yo… Sabes que no me interesa, no…

—La tierra está prendada, Nessa. ¿Cómo crees que resistimos la sequía del pasado invierno? ¿O la muerte de parte del ganado en el anterior? Contaba con el dinero de la zafra para pagar parte de esas obligaciones y obtener crédito—dijo su padre, desinflando su argumento.

—¿Cuánto más podríamos reducir los gastos? Lo hemos hecho, sabe Dios que lo hemos hecho. Que el castillo funcione es un milagro con tan poca servidumbre. Lo que Brodie ofrece es más que generoso. Es la oportunidad de que tú e Isla se casen bien, y estén protegidas de la pobreza y la ignominia. Y es vital hacerlo antes de que nos echen a patadas de estas tierras, y del castillo—sentenció Maisie, su garganta agitada y sus mejillas de un rojo furioso.

—Eso no pasará—levantó la voz Angus, pero Nessa no vio en él la seguridad de antaño.

Su padre estaba asustado, lo percibió debajo de su tormentosa expresión. La situación era grave, muy grave.

—Padre…

—Tú e Isla deberán prepararse para partir en dos días. Negociaré la venta de la mitad del ganado y tendré el dinero entonces. Deberás administrarlo con extrema cautela y sabiduría.

—¡Angus! Dijiste que el señor MacMahon espera que le pagues lo que te prestó con la venta de esas vacas. ¡No puedes venderlas!

—Eso no ocurrirá hasta el año próximo. Él no tiene por qué saberlo, y para entonces habré encontrado… Confío en que tendremos…

—Dinero fresco de la venta de *otro* ganado… Nosotros—reprochó Nessa con veneno en su voz, los puños apretados contra su falda, y su mirada fue puro rencor dirigida hacia su padre, que desvió la vista.

—Créeme que no quisiera…—comenzó a decir Angus con derrota, aunque luego se envaró y meneó su cabeza—. Es un tema laudado, Nessa. No, no…—atajó su interrupción—. Puedo aceptar que me odies si en el proceso me aseguro de que tengas un futuro. Tú e Isla.

—¡No quiero ese futuro! ¡No aceptaré…!

—¡No aceptaré tu rebeldía, Nessa!—Su padre se elevó, y su rostro serio demostró que no toleraría negativas—. ¿Es que quieres que tu hermana no pueda alcanzar sus sueños? ¿Que no pueda casarse con un hombre que la valore, la respete y le de la seguridad económica que yo no puedo proveerle, para mi vergüenza? ¿Quieres que tu hermano pierda lo que debe heredar, esta tierra, este castillo? Sus heridas no sanan bien, no todavía…

—Sabes…—Cerró sus ojos y su labio inferior tembló, su garganta cerrada, oprimida—. No es lo que quiero, lo sabes.

Era injusto, devastador. Ella adoraba esta tierra, a su familia. ¿Cómo podía su padre echarle en cara lo que acarrearía su rebeldía, sin considerar sus sentimientos? ¿Por qué parecía que la vida de todos contaba menos la suya?

¿Por qué tenía ella en sus manos la llave del futuro de Isla, el de John, incluso el de sus padres? ¿Por qué hacerla sentir que sus rabiosos deseos de independencia y de tomar las decisiones en su vida era egoísta y devastador?

Respiró con pesadez, abrumada por emociones encontradas, vencida por argumentos contra los que no podía luchar. Siempre pondría el bienestar de los suyos por delante, esa era la verdad, y su debilidad.

—Nessa…—su madre llegó a ella y la abrazó—. Lamento tanto esto… Te pedimos que hagas el esfuerzo, y solo porque no vemos otra salida ahora mismo. Tal vez… Tal vez allá en Londres las cosas den un giro y encuentres…

—¿Qué? ¿El hombre perfecto?—rio sin alegría, el alma constreñida, y la desilusión

ganando espacio en su cuerpo, venciéndola—. Parece que la tía Brodie ya tiene al indicado. Y sé positivamente que no hay nada más alejado a mi concepto de perfección que el que ella sostiene, madre. Pero supongo que eso importa poco…—suspiró.

—No te lo pediría si no fuese…—comenzó su padre.

—Importante, sí—asintió ella—. Asegúrate de vender bien ese ganado, padre, porque la vida en Londres es muy, muy cara, y no queremos avergonzar al tío Colin, o al conde Percy.

—Ellos actuarán con honorabilidad y tendrás su apoyo incondicional, eso lo sé—aseguró Angus—. Los problemas de mi hermano y mi cuñado son conmigo y mi manera de actuar y ver el mundo. Y parece que no estaban tan desencaminados. Este fracaso, uno más, es mi culpa—señaló, más bajo, su semblante sombrío, y se sentó con pesadez en una butaca.

Era la estampa de la derrota y el pesar, y Nessa sintió que su corazón se conmovía. ¿Cómo podía actuar como una perra fría e inconmovible cuando su padre tenía el corazón roto y estaba arriesgando lo poco que le quedaba, e incluso ir a la cárcel, por asegurarles un futuro?

Se acercó a él y lo abrazó, sin decir una palabra. Que ella no quisiese lo que se avizoraba como inexorable era irrelevante, después de todo.

¿Cuándo, oh, cuándo, importaba lo que deseaba el corazón de una mujer?

DOS.

El viento soplaba impiadoso y arrancaba silbidos en el adarve por el que Nessa caminaba con lentitud, pisando de memoria el largo pasillo sobre las murallas. El castillo comenzaba a cubrirse de las medias sombras que la cercanía del ocaso provocaba.

Se arrebujó en su chal y recostó su cadera contra la piedra, girando su cabeza para mirar el paisaje amado que de habitual la reconfortaba. Hoy no podía disfrutar de la maravilla del cielo contra el que se recostaban las colinas y valles que eran su lugar en el mundo, su hogar.

Tenía tantos pensamientos dando vueltas por su cabeza, mucho ruido en ella. Las emociones en su pecho la agobiaban, y la rabia acumulada la nublaba, impidiéndole procesar los hechos con calma para ordenar sus ideas.

La mujer práctica y sensata que era había sido hecha a un costado por una versión suya más feroz e impulsiva, y esta la quería empujar a gritar, a negarse a actuar de acuerdo con lo necesario, y a elegir lo que deseaba sin consideraciones de futuro, o de lo que era correcto.

—Ese maldito hombre…—murmuró entre dientes, tenso cada músculo de su cuello por apretar salvajemente los dientes.

El rencor que brotó con las palabras la hizo encogerse sobre sí misma, pero no se arrepintió de ellas. Su tío era el responsable del desastre en el que su familia estaba metida. ¡Maldito ladrón, poco hombre!

Traicionar así a su familia, dejándolos en la estacada. Su furor era entendible, y si prefería dar salida a este y no a su tristeza y preocupación… ¿Quién podía culparla?

—¡Él sabía que contábamos con ese dinero! ¿Cuántas veces escuchó a nuestra madre, o a Isla, hablar del viaje a Londres? ¿De su presentación formal en sociedad? Y cada vez que lo hicieron, padre confirmó que sería parte del dinero que se robó el que lo financiaría. Y que el resto era vital para mantener la tierra, los animales…

No dejó nada, había dicho su madre luego de que la emocional conversación entre Nessa y su padre finalizó al retirarse Angus a su habitación, debilitado y con una tos que le sacudía el pecho. *No hay carta de explicación, aunque fuese absurda. No hay dinero, ni letras de cambio. Se marchó al continente, eso le dijeron a Angus.*

—Como una rata—masculló, girando para posar sus palmas en las salientes de piedra, apretándolas con la fuerza con la que le gustaría hacerlo con el cuello del que acababa de colocar el último clavo en un ataúd que se venía cerrando lento hacía un tiempo.

Compradores codiciosos que pagaban menos de lo que la lana y la carne valían, prestamistas ávidos de recargar deudas con altos intereses, mantenimiento de un castillo que se caía a pedazos en algunos rincones…

Las demandas de dinero eran constantes, y su padre había lidiado con ellas como un

malabarista algo torpe. O eso creía ella, pero ¿sabía de verdad lo que había atravesado? Tendía a juzgarlo con dureza.

—¿Lo habrías hecho mejor, Nessa?—susurró, y con vanidad pensó que sí, para después respirar hondo y abatir sus hombros, concluyendo que probablemente no.

Miró alrededor, las almenas vacías, y luego hacia abajo, al camino despejado de viajeros. Su mente viajó atrás, congratulándose con el recuerdo de tiempos más felices, holgados en presencias queridas y en abundancia de productos y de dinero.

John, Isla y ella corriendo sin apremios, sorteando a sus primos y tíos, a los sirvientes que iban y venían con provisiones, abrigos, antorchas, libros. Noches de festines en el salón central, de mesas llenas de platos e invitados, con música y bailes.

Cuchicheos de los niños que se escondían detrás de cortinados, riendo al mirar las barrigas llenas, las barbas engrasadas y el vocabulario soez de algunos adultos, o admirando los vestidos de las damas.

Años en que este castillo, hogar de imponentes lairds del pasado, todavía era el centro de la confraternización local y familiar. Antes de que el tío Colin recibiera el título de Vizconde de Argyll, producto de una herencia por parte de su familia paterna y rompiera con su padrastro Duncan, el abuelo de Nessa.

Duncan Campbell había desposado a la madre de Colin cuando esta enviudó, y Angus y Brodie habían nacido de esta unión. Aunque Colin fue tratado con respeto y cariño, al decir de su padre Angus, había crecido para convertirse en un hombre serio, dogmático y engreído. El título le dio elementos para reforzar el convencimiento de su importancia.

Nessa esbozó una agria sonrisa al recordar a su abuelo Duncan. Había sido un hombre enorme, de vozarrón formidable y presencia imponente. Había perdido la cabeza en el último tramo de su vida, sí, dando órdenes más y más locas.

Nessa recordaba con nitidez el día que su abuelo, ataviado con su kilt y sus botas, con su plaid atado al hombro y sin camisa, había cargado a caballo contra el carruaje de Colin, armado con la vieja espada ceremonial que había estado en la pared de la sala de armas.

¡Oh, los gritos habían sido memorables! Los de su abuelo, casi rugidos. Los de su padre, horrorizados, más que nada porque si alguien veía a Duncan desafiando la prohibición de vestir las ropas tradicionales, tendrían problemas. Y los de Leslie, la vizcondesa, habían sido de absoluto horror. El tío Colin había quedado congelado, y Nessa fantaseaba con que se había meado en sus pantalones.

Nessa había vivido el suceso y la persecución, que fue de unos quinientos metros, como una escena de batalla. Su abuelo se había cansado y vuelto al trote con una sonrisa vibrante y los ojos desenfocados, como si estuviese inmerso en el pasado y en recuerdos de otras glorias.

Muchos años más tarde supo que esa tarde Colin había querido comprar las tierras y el

castillo, y pretendía que vivieran en un cottage en las afueras de Glasgow.

El abuelo había estallado de furia y *solo pretendió asustarlo,* dijo Angus. Vaya si lo había logrado. No habían vuelto a pisar estas tierras.

Esto implicó la desaparición de los primos con los que habían crecido. A Nessa no le habían importado Archibald o George, mayores y pagados de sí mismos, aunque le constaba que su hermano John si les había echado de menos.

Para ella había sido duro no ver más a Elizabeth, e incluso a la vana Megan, que podía ser divertida cuando su madre no la veía.

La tía Brodie y su esposo Percy, el conde de Atholl, también había venido menos y menos con el pasar del tiempo y a medida que la locura de Duncan progresaba.

El conde tiene tantos compromisos políticos, decía Brodie en sus cartas, *y su familia y las obligaciones de sus inversiones y tierras lo absorben*.

Nessa suponía que la renuencia a venir tenía más que ver con la convicción de que la ruina de Angus y los suyos no estaba lejos. No se había equivocado nada, había que reconocerlo. Angus había heredado un patrimonio en decadencia, en realidad.

¡Cuánto habían cambiado las cosas! Y ella no pensaba en términos de larga duración, como sí lo hacía su abuelo cuando despotricaba contra los ingleses y la manera en que habían sometido a los escoceses o las Tierras Altas, lamentando la muerte de los clanes y la conversión de los lairds de líderes políticos a comerciantes sin instinto o cojones.

No. Para Nessa el antes y el después había sido el año 1808, justo cuando había cumplido quince años. Fue entonces cuando John se enroló en el ejército y marchó con la división de las Tierras Altas a combatir las fuerzas bonapartistas en España.

El abuelo había muerto orgulloso al ver a su nieto en kilt, única oportunidad en que esto fue considerado aceptable. Su madre, Isla, ella, habían vivido la partida y la falta de noticias frescas con dolor y miedo.

Las guerras peninsulares habían sido trágicas, sangrientas. El John que había vuelto luego de Waterloo había sido un hombre serio, muy diferente al joven esperanzado y decidido que partió. No trajo solo cicatrices físicas. Había perdido la alegría, la esperanza, la voluntad.

Angus no había recuperado al heredero que necesitaba, y nunca apreció el empecinamiento de Nessa por lidiar con los gastos y los registros de finanzas, actividades para las que confió en su cuñado. Hoy veían el resultado.

—¡Nessa, Nessa!

La voz agitada de Isla interrumpió sus recuerdos, y Nessa se dio la vuelta y compuso su rostro.

—Hermanita, ya te habías demorado demasiado—le dijo.

—Oh, Nessa, ¡estoy tan feliz!—Isla danzó en el lugar, sus ojos brillando de excitación—.

Madre me ha contado que partiremos antes de lo planeado. ¡Es maravilloso!—dio un saltito y aplaudió con deleite, su rostro hermoso resplandeciendo.

Era tan alegre y despreocupada. Nessa a veces envidiaba eso, y otras tantas la fastidiaba, aunque sabía que era responsabilidad de todos los que tendían a alivianarle preocupaciones o problemas. Como ella, y caso actual.

—Pues así parece—señaló, tragando saliva, y esta le supo a bilis.

—¡Anne, apúrate! Mira que eres floja—rio Isla, y el rostro de la mencionada mujer apareció arrebolado, sus manos sosteniendo los bordes del vestido mientras subía los últimos escalones para llegar junto a ellas.

—Nunca entenderé la necesidad de construir tan alto—gruñó—. No había caminado tanto en mi vida como lo he hecho este año.

—Mm, ¿no nos contaste que las damas caminan en Hyde Park o por Bond Street?

Isla guiñó un ojo a Nessa, y Anne rodó los suyos.

—No es posible comparar esas caminatas laxas y livianas con una hasta el poblado de ida y vuelta. A la que se debe agregar el tener que subir y bajar cientos de escalones y pasillos interminables—se quejó, sin calor en sus palabras.

—¡Oh, pero sabremos la diferencia en unos días, Nessa querida!—chilló Isla—. ¡Anda, tenemos que empacar! Mañana hemos de ir otra vez a la costurera, Anne, y asegurarnos de que los vestidos estarán listos a tiempo. Nessa, tú también tienes que…

—No es necesario, con los que tengo es suficiente.

—Por favor, Nessa, esos son apenas adecuados para tomar el té. Llevé uno de tus atuendos para que tomen las medidas. La costurera está confeccionando dos nuevos. En Londres tendremos oportunidad de encargar otros, así lo aseguró la tía Brodie.

No si ella podía evitarlo, pensó Nessa, que cuidaría cada penique con el celo de un mastín. Lo que importaba era que Isla destacara. Ella no importaba, y se aseguraría de estar lejos de luminarias y bailes.

—¡Será como lo he soñado, y tal como lo cuentan los libros!—Isla giró sobre sí misma —. Margueritte me escribió para decirme que hay uno causando sensación, ¡y escrito por una mujer! Me lo prestará cuando lleguemos. Estoy tan ansiosa, nerviosa. ¿Crees que lo haremos bien, Anne?—se agitó, y la mencionada asintió con gentileza.

—Para eso vine aquí y hemos trabajado duro, Isla—le contestó—. Te aseguro que estás preparada para la temporada. Eres la perfecta debutante, toda una dama, y tu belleza te hará destacar. Y también Nessa, si contiene su espíritu y modera su lengua.

Sí, Anne tenía brío y temple debajo de esa apariencia de calma, y no había dejado de señalarle sus *gestos y actitudes a pulir*.

—Veremos, veremos—sentenció Nessa, que se apartó de la muralla y les hizo un gesto

para entrar, porque la oscuridad se abatía con velocidad sobre la mole de piedra—. Por lo pronto, disfrutemos de la paz de un cena sin ostentación en la que no me sentiré hostigada por el horror de cometer un gesto inapropiado.

Había escuchado a Anne a medias cada vez que las instruyó en los entresijos de la socialización entre la crema y nata de Londres. Normas, detalles, reglas, prohibiciones, puf…

Era una pesadilla, y no podía entender como Isla estaba tan apurada por integrarse a esa tortura de constricciones y falsedad.

He de hablar con John y estimularlo para que tome un papel más activo. Su cabeza necesita la distracción para que su ánimo se eleve. El desafío de levantar estas tierras y ayudar a nuestro padre puede acelerar su recuperación, consideró, dejando de escuchar a Anne e Isla.

Él ya puede montar, su brazo mejora y esos dos dedos menos no impiden que maneje las riendas. Una vez que eso esté hecho, te dejarás de tonteras y te harás fuerte para resistir en Londres, y correr de tu lado cualquier mentecato sin sentido que crea que podrías ser una esposa adecuada. Isla conseguirá un compromiso brillante con alguien que no dudará en ayudar a su familia política. Y tú estarás de vuelta en pocas semanas.

Esperaba que desearlo con todas sus fuerzas fuese suficiente.

TRES.

—Lo pomposo del marqués solo tiene igual con el tamaño de su barriga—indicó Hugh Lycombe, duque de Elywood, su ceja elevada el único gesto de demostración del fastidio que le provocaba el mencionado.

Francis no quitó ojo de su lectura, pero no era necesario desviar la mirada para identificar el tono chillón y el discurso acartonado del marqués de Suttonshire. Era la actitud habitual de ese noble cada vez que estaba en público.

El fatuo individuo hacía un acto de cada presencia, como si fuese vital que su entorno estuviese consciente de su opinión sobre política exterior, el precio de las materias primas o la guerra.

No había nada novedoso o interesante en las expresiones, por cierto, y todo aquello de lo que hablaba lo conocía de segundo mano, pensó Francis George Garnett, duque de Worcester, molesto a su pesar, y dobló el periódico.

—Sus opiniones son insultantes y la forma tan torpe en que las expresa… Repelente—sentenció, mirando de reojo al marqués, que sorbía su brandy y miraba en derredor, evaluando cuánta atención había captado en los caballeros presentes en el club Brook´s .

—Hablar con esa liviandad de las estrategias de Wellington cuando la guerra ya está ganada—bufó Hugh, meneando su cabeza.

—Y hacerlo sin haber empuñado un arma, como no sea para dar el tiro de gracia a las presas que le caza alguno de sus sirvientes. Patético—meneó su cabeza Grayson James Stapleton, duque de Bristolbridge.

Los *duques liberales*, así llamaban los *tories* al trío de nobles que incluía a Francis, y lo hacían con fastidio y molestia. Pero también había condescendencia entre los *whigs*, partido al que los tres pertenecían por convicción y afiliación política tradicional.

Era normal que cosecharan silencios incómodos o agitadas palabras de rechazo cuando exponían sus ideas en alguna tertulia, cena, o en sus intervenciones en el Parlamento.

Es que para la mayoría de los *whigs* estaba bien impulsar algunas leyes en pro de derechos laborales, pero retar al establishment era ir más allá del límite de lo que un noble que se preciase debería hacer.

Hay riqueza en la tradición…

Los negocios florecen amparados por la sabiduría de la Cámara de los lores que desbroza el camino al futuro permitiendo cambios graduales y frenando los que pondrían a la sociedad de cabeza.

¿Para qué cambiar lo que está bien? *Un absurdo*, rezongaban.

Gran Bretaña era una potencia. Vencedora en una guerra larga y cansina que agotó arcas,

puso a Napoleón de rodillas dos veces, y dominaba los mares con su flota mercante, controlando riquezas en varios continentes.

La era de la máquina se imponía y daba frutos en más producción y comercio, llenando bolsillos. Todo estaba bien, y no era necesario agitar las aguas, no más de lo que los propios revoltosos sociales ya hacían.

Esto resumía a grandes rasgos lo que muchos nobles pensaban. En muchos aspectos Francis, Hugh y Grayson, los tres duques, disentían.

—… es vital atrapar a ese hombre, el tal Ludd. No puede seguir alimentando el salvajismo. ¿Cuánto han perdido los caballeros que con esfuerzo y esperanza invirtieron en esas máquinas hiladoras y tejedoras?

—Tiene usted razón, milord—alentó una voz al marqués para que continuara, como si este lo necesitara.

—¡Romper máquinas es un acto de guerra y debe ser penado acorde a ello!—alzó la voz el susodicho, y hubo asentimientos y cabeceos sólidos entre otros presentes.

—Mal que pese, hay que reconocer a esa frase algo de verdad—gruñó Francis—. ¿Qué culpa tiene la máquina de la miseria en la que viven? Hay obreros que no entienden que su objetivo deberían ser los dueños, sus patrones…

—¿Sugieres que deberían romper huesos en lugar de piezas, Francis?—Hugh se echó atrás en el sillón, con ironía—. Porque te recuerdo que estás entre los patrones que mencionas. ¿No han sido blanco de esas protestas violentas esas fábricas tuyas en Kidderminster o Worcestershire?

Francis suspiró y negó.

—Nada de eso. Me precio de preocuparme por la gente que trabaja allí, y mis administradores son justos y pagan lo suficiente como para garantizar que eso no ocurra. Y escuchan a los representantes de los empleados, me he asegurado de que así sea.

—Mi buen amigo, tanto como me congratula tu decencia, debo recordarte que las buenas intenciones no garantizan nada—intervino Grayson con su mesura habitual—. La gente en la que confías debe ser controlada de cerca, te lo recomiendo. No sería la primera vez que un noble es engañado en su buena fe por intermediarios codiciosos.

—Me cuido de ir allí a menudo, y hablar con mi gente—gruñó Francis, molesto por la sugerencia de que no atendía sus asuntos con cuidado.

Metódico como era, un perfeccionista de cabo a rabo, se obsesionaba por el orden en sus negocios y asumía las responsabilidades. No defendía ideas que no hubiese implementado él mismo, a diferencia del parlanchín marqués que comenzaba a perder audiencia, por fortuna.

—Sé que así es, no te incomodes—le dijo Grayson sin dar entidad al tono cortante con el que Francis le había contestado—. Sé lo prósperos que son tus emprendimientos.

—Las alfombras y los guantes son apuestas seguras, por supuesto. No pueden faltar costosas alfombras en las mansiones inglesas, ni guantes en torneados brazos femeninos—añadió Hugh

Se conocían desde hacía mucho tiempo. Habían estudiado juntos en Eton, además de luchar codo a codo en el ejército de Su Majestad. Cuando no se encontraban en los lugares usuales de la socialización, el contacto epistolar era fluido.

Las responsabilidades de administrar sus vastas posesiones rurales a veces les hacía perderse de vista por semanas.

—Ayer me encontré con tu encantadora madre en una misión por la calle Bond—dijo Grayson, cambiando el tema.

Francis supo de inmediato que su amigo gozaba con anticipación de lo que diría, porque el gesto de su boca era inequívoco.

—¿Tú por Bond Street? ¿En procura de algún nuevo faldón o pañuelo, Grayson? ¿No es esa una tarea para tu valet?—le contestó, elevando una comisura para enfatizar lo que opinaba sobre la, a su juicio, *excesiva* preocupación de Grayson por su aspecto y atuendos.

—Uhú, búrlate. Lady Brenna me hizo saber su… preocupación por tu mutismo con relación a la inminente temporada. Entiende que estás demasiado enfocado en los negocios y no atiendes a tus responsabilidades familiares. Necesitas una esposa, Francis, eso parece.

Hugh rio y Grayson estampó una sonrisa igual de molesta en su rostro. ¡Como si no tuviesen el mismo peso sobre sus hombros! Asegurar el ducado, para lo que se requería una esposa y descendencia.

Claro que no sentían sobre sí el celo de una madre empecinada como la suya, consideró Francis, suspirando.

—Soy consciente de su determinación, me la hace pesar a diario, sin sutilezas. Que recurra a ustedes es, además de indignante, artero—respondió.

—Astuto de su parte. Como ilustre miembro de la nobleza que conoce sus obligaciones, puedo afirmar…—comenzó a decir Hugh, y tanto Grayson como Francis resoplaron.

Hugh tenía una vida disipada, y sus *actividades extras* eran expuestas con frecuencia por los panfletos y periódicos que se deleitaban en describir sus excesos. No era que Francis se horrorizase de ello, por cierto.

Si una parte de su vida era menos pública, no era un monje. Mantenía el favor de una bella bailarina con joyas y regalos. La afable y bonita Antoinette era un deleite para sus sentidos y acudir a ella dos veces por semana le permitía olvidar obligaciones y quebraderos de cabeza por un rato.

—Escucharte hablando sobre buenas costumbres y casamiento es por lo menos irónico. Dar lecciones…

—No pretendo hacerlo—Hugh chasqueó su lengua, sin inmutarse por el cáustico comentario de Francis—. En mi cama, prefiero a una dama ardiente y apasionada a una modosa y virtuosa, muchas gracias. La noción de morir de aburrimiento en un lecho me estremece, y no hay nada más tedioso que cortejar a una de las flores ingenuas y castas de nuestro círculo.

—No veo nada de malo en una dama sobria, prudente y de buena naturaleza—intervino Grayson—. ¿No es eso lo que son nuestras madres y hermanas, después de todo? Sería hipócrita desdeñar las virtudes que apreciamos en las mujeres de nuestra familia.

—Por supuesto, por supuesto—señaló Francis—. No obstante, es real que la manera en que se espera que las mujeres se comporten, y cómo son educadas… Eso mata desde la tierna niñez cualquier posibilidad de que sean espontáneas y tan versadas como desearías, Hugh. Se les enseña a contenerse, a reprimirse.

—No es tan así. O supongo que lo es entre los nobles, y cuando la mujer debuta en sociedad. Luego… He escuchado a condesas y vizcondesas decir su pensamiento sin ningún prurito. O hacer saber sus intenciones y manipular a su esposo para que…

—Esas mujeres suelen tener un bigote tan tupido como el del noble más compuesto—intervino Hugh, y generó la risa colectiva—. Son matronas, están más allá del bien y el mal.

—Temibles—asintió Francis, divertido.

No era el caso de su madre, de la que podía decir con certeza que era femenina y con una contextura delicada. Había estado sometida a su padre, pero una vez viuda, había tomado el control de los asuntos domésticos, y lo intentaba con él.

No temía decir lo que pensaba. Tampoco sus hermanas, pero si bien él era la figura de autoridad, también era un hombre laxo que alentaba la honestidad y naturalidad entre ellos.

—Hugh, por más que creas que puedes permanecer soltero para evitar perecer ahogado por el lazo de la rutina y el decoro, sabes tan bien como yo que tener herederos es vital para conservar el patrimonio y el título—señaló Francis—. Asegurarse de que los que queremos estén cuidados y que nada les falte es importante, y sé que mi madre lo tiene en mente cuando me presiona. Y tanto como me molesta la idea, la he estado considerando.

Así era. A sus treinta y tres años, no se hacía más joven. La idea de Hugh de que casarse era sucumbir al tedio era exagerada, y aunque una boda no le entusiasmaba, un noble debía hacer lo correcto para los suyos.

Un casamiento honorable ayudaría a profundizar los vínculos con sus pares, e iniciaría una progenie con la que el ducado estaría asegurado.

—Vaya, vaya…—silbó bajito Grayson—. Esto es nuevo. El duque de Worcester está planeando participar de esta temporada. Mm, esta información va a alborotar a las matronas, y temo que te volverá la comidilla y el centro de los intereses. Tal vez tu brillo opaque al de las jovencitas más brillantes que se presenten.

—Estoy seguro de que así será—indicó una nueva voz, que indicó la presencia de alguien a quien no habían visto acercarse, tan enfrascados habían estado en la charla.

—Vizconde Conwy—dijo Francis con una ligerísima inclinación de su cabeza, suspirando para sus adentros.

El hombre era conocido por su verborragia copiosa, su resistencia heroica al alcohol y su tendencia a apostar más de lo adecuado y sensato.

—Me complace escuchar que su Excelencia está considerando tomar una esposa. Habrá muchas damas encantadas, mis hijas incluidas. La menor se presenta este año, y aunque parezca vanidoso de mi parte, es una belleza.

Francis carraspeó, incómodo, y miró con encono a Hugh, que contenía su carcajada a duras penas. Estaban seguramente pensando lo mismo: si la mujercita había heredado alguno de los rasgos exagerados del vizconde, su afirmación era más que cuestionable.

—Milord, supe de su infortunio en Ascot—deslizó Grayson con astucia, y a ninguno se le escapó el tinte rojizo en las mejillas y cuello del vizconde.

—Un… contratiempo, nada más—indicó, apurado.

—Sin dudas—asintió Francis, que dudaba que perder una propiedad en apuestas pudiese calificarse como contratiempo.

Máxime si las maliciosas versiones que hablaban de apuros económicos eran reales, algo que no descartaba, porque el gusto del noble por las apuestas fuertes y osadas era conocido.

—Nos veremos en Almack´s, presumo—indicó el vizconde, y Francis asintió con lentitud, devolviendo el saludo cortés de despedida con un gesto de su cabeza.

Así sería, a su pesar. En dos semanas la temporada social de 1816 comenzaría, y el salón abriría sus puertas a los más selectos miembros de la nobleza británica.

Selecto en un sentido muy literal, porque las damas que gerenciaban el enorme club… Francis tembló al recordar a la formidable condesa de Jersey o a la marquesa de Londonderry, dos de las principales patrocinantes.

Habría quienes darían un miembro por obtener acceso al sitio, pero estas mujeres eran una muralla infranqueable a advenedizos o nuevos ricos.

Incluso a nobles venidos a menos. Si el vizconde no cesaba en su hábito de apostar, Francis podía avizorar que su presencia en Almack´s sería discontinuada.

—Bien, la novedad se extenderá como un reguero, y no tienes vuelta atrás, estimado Francis—indicó Grayson—. El vizconde le hará saber a su esposa, y ella a sus hijas. Las costureras tendrán más trabajo, y las criadas diseminarán el rumor por calles y mansiones.

—Exageras, por supuesto—resopló, temiendo que no fuera así.

No por falsa modestia, y sí por consciencia de su posición y prestigio, sabía que habría interés desmedido y su vida sería un infierno a partir de la primera gala en que se presentase.

Solo cabía esperar que hubiese una mujer a la altura a sus estándares que destacase de inmediato y llamara su atención. Esto facilitaría la tarea y le economizaría horas de tediosa cháchara y bailes.

CUATRO.

Era casi la hora de la cena cuando salió de Brook´s, y se dirigió caminando de retorno a su mansión, aprovechando la escasa distancia para tomar algo de aire y energizar sus músculos.

La falta de ejercicio se sentía en sus miembros tiesos, pero la vida en Londres daba menos oportunidades para cabalgar a su antojo, como hacía en su propiedad rural. Un paseo diario al amanecer a un trote decente por Hyde Park no se comparaba a su veloz cabalgata en las tierras de Worcestershire Manor.

Enlenteció la marcha al acercarse a la entrada del club White´s, entrecerrando sus ojos para apreciar mejor la escena que se desarrollaba en las escaleras del edificio de la calle James.

Un empleado envarado y con un gesto de desagrado que era amenazante hablaba con rudeza a una mujer cuya vestimenta dejaba bastante que desear. Había solo que mirar lo arrugado de la falda y los colores horripilantes para percatarse de la pobreza de la tela.

El cabello negro escapaba del sombrero y todo el aspecto denunciaba que esta no era una dama. Su presencia en la fachada del reconocido baluarte de los *tories* era escandalosa.

La mujer, además, sostenía un bulto contra su pecho. Uno que se movía, se percató cuando cruzó la calle para acercarse, esquivando ser atropellado por un faetón de un salto.

—¡Cuidado, o te haré arrestar!—gritó con autoridad, y el conductor detuvo a los caballos con presteza y bajó para disculparse, pálido.

—Excelencia, mis más sinceras disculpas. Estos caballos son muy nuevos, y aún trabajo para…

—Trabaja con mayor ahínco, o provocarás un accidente grave—gruñó, y con un gesto altivo se alejó, dejando de prestar atención al reguero de disculpas que continuaba.

El incidente lo había distraído, por lo que cuando alcanzó la puerta la mujer ya había sido empujada con rudeza por el empleado del club. Francis encajó las mandíbulas, furioso ante el desplante y la violencia innecesaria desplegada.

—¿Qué ocurre aquí?—alzó la voz, deteniéndose a unos tres metros de la mujer, que lloraba en silencio.

El bulto se removió entre sus brazos, y un sonido que se pareció a un gorjeo emanó de las telas. Era un niño pequeño, como había sospechado.

—Esta mujerzuela…—el empleado se plantó con dignidad, señalando a la mujer en cuestión con su mentón, y luego bajó la mirada para dirigirse a Francis—. Está haciendo un escándalo y pretende ser recibida…

—Por favor, tiene que entender…—la voz femenina sonó baja, cansada, y los ojos eran los más tristes que Francis recordara haber contemplado—. Debo ver al conde Martinton, él… Él es… Cuando le diga quién soy…

Había una cualidad casi etérea que emanaba de la esbeltez pálida de la joven mujer, que tal vez ni siquiera tenía dieciocho años. El hambre raleaba la carne de su cuerpo, eso le fue evidente.

El duque había contemplado a muchos sufriendo de inanición durante su paso por la Península combatiendo a Napoleón como para no reconocerlo.

—Eso no va a pasar. Es tiempo de que se marche y no regrese—el empleado retrocedió y le hizo un gesto de respeto a Francis—. Su Excelencia, no preste atención a esta perdida. Haré que la saquen de la calle y vuelva a dónde debe estar.

Francis suspiró y meneó la cabeza. No era solo que no le permitirían ingresar al club, inaccesible incluso para damas nobles, sino que el conde no se enteraría de que había estado.

La servidumbre hacía bien su trabajo y además de servir bebidas, eliminaba los problemas y asuntillos inconvenientes para los miembros del club.

Este no debía ser el primer caso en la puerta, aunque no fuera común que alguna de estas desgraciadas se acercara luego de haber sido dejado a un lado.

Él no dudaba ni por un momento que eso era lo que había hecho el mencionado conde, famoso por su impudicia y perversión. Este era uno más de esos casos sórdidos en los que una mujer joven y bonita perdía su dignidad y su futuro, aun cuando humilde, como consecuencia del capricho de un noble. O por la tontería de una advenediza o ingenua que pensaba que podría cambiar las reglas de la pirámide social.

—¡Este es su hijo, él querrá conocerlo!

El empleado levantó su brazo e hizo un gesto indicando la calle, y Francis supo que en minutos podrían tener aquí a la guardia, por lo que intercedió con gracia.

No tenía sentido un escándalo, y la única que perdería era la joven, y el bebé, del que ahora veía la cabecita. Su boca abierta parecía la de un pájaro esperando a ser alimentado.

—Señora, no haga las cosas difíciles. No podrá entrar, ni será recibida. No es el lugar o el momento, y créame, nunca lo será—Ella abatió sus pestañas y su boca se frunció para contener un sollozo. Lo percibió, y la piedad le hizo agregar—. Lo mejor es que se marche. Venga, la acompaño.

Le hizo un gesto con su mano para marcarle el camino calle abajo, y el suspiro de alivio del lacayo fue evidente, por lo que lo miró con severidad.

—Diga al conde que el duque de Worcester estuvo aquí y quiere tener unas palabras con él—Sacó una tarjeta y se la tendió—. Lo espero en mi casa mañana a la tarde.

—Así lo haré saber, su Excelencia—contestó el hombre, haciendo una reverencia profunda.

Haría saber al bastardo que su deleznable acción era conocida, y lo forzaría a dar a la mujer una suma de dinero considerable para la manutención del pequeño, aunque fuese con la

amenaza de echar a rodar el rumor.

Francis no temía comportarse por debajo de su dignidad en un caso así. Le recordaba demasiado al pasado como para actuar como si nada ocurriese.

El conde podría romper el corazón y la vida de esta joven con un gesto y una palabra, pero nadie estaba a salvo de rumores y presiones, y si bien algunos *caballeros* tendían a cubrirse las indiscreciones y algunas damas no dudaban en hacer la vista gorda ante estas, había un sector que era crítico.

Él estaba entre ellos, así como Hugh y Grayson, y había otros nobles que no dudarían en usar el caso como munición política. Sí, tal vez a esos tampoco les importaba el caso per se, sino el rédito que podrían obtener de golpearse el pecho en defensa de la plebe. Pero esa amenaza podría ser suficiente para mover al conde a hacer algo correcto.

—No obtendrá nada de golpear esa puerta, o la de la mansión del conde. Solo desprecio y tal vez la cárcel. Tenga—Le tendió una tarjeta con la dirección y nombre del administrador de sus asuntos en Londres—. Esté allí mañana. Le darán empleo y un adelanto para que pueda comprar comida y ropa para usted y el niño. El aire del campo les hará bien.

—Su Gracia…—graznó ella, lágrimas en sus ojos—. No sé qué decir, yo… Fue la desesperación… Usted ha de saber lo que me espera… Lo único a lo que podría aspirar en la posición que el conde… No tuve elección—murmuró—. No la hay para las de mi clase.

—Ahora la tiene—interrumpió con gravedad, retrocediendo—. Tome la oportunidad que tiene ante sí. Worcestershire es un buen lugar para vivir, se lo aseguro.

—Gracias—dijo con fervor, abrazando al pequeño que estaba comenzando a incomodarse entre sus brazos—. Nos ha salvado. Rezaré por usted—susurró, y Francis asintió, emprendiendo la marcha con paso más vivo.

Odiaba con ferocidad la prescindencia con la que los hombres despreciables hacían gala de su posición y dinero para saciar sus instintos más bajos y quedaban impunes, e inmunes a las consecuencias. Era tan sencillo arrojar a los más débiles bajo las ruedas del infortunio.

Hugh solía bromear con lo que llamaba su tendencia a jugar al héroe caballeresco, y Francis sabía que el mundo apenas variaba cuando alguna buena acción remedaba en parte la situación, pero no por eso dejaba de intentarlo.

También tenía claro que era una de las razones por la que muchos nobles lo detestaban: *el duque de Worcester y su fastidiosa superioridad moral*, había escuchado no pocas veces mascullado en pasillos e incluso así había sido mencionado en artículos arteros de panfletos y libelos.

Mas su actitud no surgía de creerse por encima de la vanidad, el orgullo o las pasiones, al contrario. Francis recordaba muy bien lo que era sentirse inerme, atado y sin voluntad frente a otro que imponía el poder.

Su infancia y juventud habían sido miserables bajo la batuta de un padre tirano. Su personalidad se forjó en la decadencia del difunto duque, un hombre despreciable.

Ebrio, apostador y mujeriego, había humillado a su madre en incontables ocasiones, llegando incluso a levantarle la mano. Hasta que Francis tuvo fuerza y edad como para detenerlo.

Se había jurado no ser como él, no caer en sus errores ni debilidades, y lo intentaba, con disciplina y convicción. El dolor y el miedo lo asolaban cuando perdía la compostura y su temperamento explotaba, tomando lo mejor de él.

Por ello estructuraba su vida en torno a rutinas claras y evitaba las decisiones abruptas y espontáneas. Era la razón por la que boxeaba tan a menudo, o se dejaba tentar por el alcohol, las apuestas y el sexo, sin excederse nunca.

Servían para drenar la violencia y la furia, pero ser capaz de controlarse en situaciones extremas le recordaba que podía frenarse. Le demostraba que era fuerte. Domaba las tentaciones no evitándolas, sino tomando control racional sobre ellas.

Su andar se hizo más liviano cuando se acercó a su casa, y se dijo que este había sido un buen día. Enviaría una nota a su administrador para que supiese que habría una incorporación entre la servidumbre de su casa solariega, y luego disfrutaría de la cena con los suyos.

No dudaba de que su madre y hermanas tendrían mucho para contarle sobre sus preparativos para la temporada social que se les venía encima.

CINCO.

—¡No, Nessa, y esa es mi palabra final! ¡Ninguna hija mía vivirá esa indignidad!—sentenció Angus con firmeza, sus ojos brillando de furia.

—¡Tenemos que ahorrar dinero, padre, y esa es una forma práctica de hacerlo!—contestó Nessa, sus manos en las caderas y la porfía nublando sus pensamientos—. ¿Qué importa que el viaje nos tome más días? Grant es un hombre honorable, él …

—Lo es, pero, ¿qué hay del resto de los que viajan con él? No hay nadie que pueda frenar el ímpetu y los bajos instintos de los hombres, y sabe Dios qué tipo de escoria podría estar entre quienes arrean ese ganado, Nessa. ¡El día que permita que tú e Isla tomen riesgos así estaré muerto, lo juro!

Nessa resopló, fastidiada, pero su padre no cambiaría de idea. Ella había considerado que la sugerida era una solución aceptable, además de económica, pero…

Mm. Tenía que reconocer que también había tenido algunos reparos, en su fuero interno. Serían tres mujeres solas e indefensas… Su cuchillo no contaría de mucho si la situación se salía de lo esperable, de lo decente.

Había considerado que podrían llevar a Ned con ellas, mas el trabajador sería necesario aquí, reparando lo que se rompía a diario en el castillo, en el molino, o con los carruajes.

Angus había negociado la venta de la mitad de su ganado con Samuel Grant, el terrateniente más poderoso de los alrededores, y este llevaría una tropa muy grande desde las Tierras Altas hasta Smithfield, el mercado de la carne más importante del país, justo a las afueras de Londres.

Las rutas coincidían, ¿por qué no aprovecharlo, había pensado ella? Su padre le daría una parte del dinero de la venta y ella debería administrarlo con sagacidad y celo.

Viajar en los carruajes que cubrían la gran distancia entre Glasgow y Londres en una semana era costoso. Mucho. A esto se debía agregar el costo de pernoctar en las posadas en camino, y los alimentos…

—Nessa, hija… No es seguro.

Su padre le hablaba con cautela, sabedor de que era porfiada, y más cuando le llevaban la contraria. Pero ella no era tan tonta como para ignorar que lo que decía sobre la seguridad era cierto.

—Puede ser.

—Además, ¿llegar así a Londres? ¿Con olor a ganado y a bosta? Es una indignidad impensable.

—Exageras.

—Tal vez crees que es así, pero no eres tan curtida como piensas, Nessa. Sé que montas

muy bien, que te las arreglas para hacer escuchar tu voz, que te puedes defender relativamente bien, pero… Eso no sería suficiente en el largo camino a Londres, con más de quince hombres, varios de los cuales podrían tener muy malas ideas con relación a ustedes.

—Podemos ir vestidas como hombres, podemos…

Angus bufó, sus carrillos inflados, y negó con vehemencia.

—Esta no es una de esas historias de las que te gusta leer, Nessa. E Isla y Anne sufrirían, no podrían hacerlo. Deja este desatino. Las llevaré a Glasgow mañana, y allí tomarán un coche postal. Me han dicho que viajar en ellos es maravilloso, cómodo y veloz. Rodeadas de gente honorable y sin preocupaciones. No sumaré más a las que ya tengo.

El diálogo con su padre se cerró con esta decisión, y Nessa se encontró preparando su equipaje, y luego ayudando a Isla con el suyo. Este incluía el doble de vestidos que ella, por supuesto, además de algunas joyas valiosas que su madre le había entregado para adornar su cabello y cuello, además de guantes, zapatos, y libros.

—¿Qué sentido tiene llevar estos?—Tomó un ejemplar en cada mano—. Los has de haber leído más de un centenar de veces. Juro que esta autora, la tal Fanny Burney, te ha llenado la cabeza de pájaros—rezongó.

—Oh, Nessa, ¿qué hay de malo en leer y soñar? En las páginas de estas novelas he encontrado horas de placer y solaz… E inspiración—sonrió con amplitud, mientras seguía en la tarea de colocar sus prendas y objetos con primoroso cuidado en el arcón.

—Eso temo, que te confundan y cuando lleguemos… Cuando estemos allá, en Londres, rodeadas de desconocidos con normas y reglas, podría pasar que no te adaptas, o te desilusionas… Eso podría ser decepcionante, y triste.

—Mm, o exactamente lo contrario—Isla la miró, y en sus ojos advirtió esa mirada honda que a veces le hacía pensar que su hermana no era tan prescindente de la realidad como creía—. No temas, estaremos juntas, nos apoyaremos, y Anne será nuestro soporte. También nuestra tía, nuestros primos…

—No tengo miedo—contestó de inmediato, su susceptibilidad herida por un breve instante.

No era propio de Nessa demostrar temor, aunque tenía que reconocer que esta vez estaría justificado. Dejarían su hogar, el sitio que adoraba y que conocía al dedillo, la gente a la que amaba y en la que confiaba.

Allá, en Londres… Solo encontrarían desconocidos que estarían mirándolas con fijeza, buscando faltas, defectos, imponiendo constricciones ridículas, sometiéndolas a actividades absurdas.

¿Cómo era racional ir en busca de un esposo a un lugar donde las mujeres eran medidas por talentos tan nimios como coser, tocar el pianoforte, vestir con elegancia y sonreír sin pensar,

sin dar a conocer lo que se pensaba con franqueza?

Acá en Escocia había hombres adecuados, hombres que las mirarían por sí mismas, que no dudarían en pedir su mano y…

¿Dónde están esos hombres, Nessa? Porque por cierto que has vivido aquí veintidós años y ninguno de los que conoces te ha parecido interesante o te atrajo. En defensa de su tierra, era obvio que la guerra y la emigración no ayudaron a que hubiera solteros adecuados disponibles.

Si a esto se sumaba la progresiva decadencia económica de las tierras que gerenciaba su padre, el quiebre de relaciones con el tío Colin y la reciente huida del tío Archie con el dinero que les pertenecía, el panorama era oscuro. Habían sido golpes fuertes.

Tal vez no sea tan loco pensar que un cambio de escenario sea necesario para recuperarnos. Es probable que Isla tenga razón. Incluso que las proclamas de la tía Brodie de que buenas alianzas matrimoniales pueden ayudarnos sean certeras, tanto como odio la idea.

Isla confía en ello y lo desea, y también nuestros padres. Incluso John parece creer que algo bueno puede salir de este viaje, y él es el menos esperanzado de nosotros.

—Nessa… Nessa, ¿te sientes bien?—le inquirió Anne, que al parecer había golpeado la puerta del dormitorio de Isla y se había colocado a su lado mientras pensaba.

—Sí, sí. ¿Más libros?—inquirió con desmayo, mirando como Anne tendía uno a Isla, que lo colocó entre sus pertenencias.

—No está de más que repasemos algunas normas de etiqueta mientras viajamos—sonrió Anne—. ¿Y qué mejor que esto?

—¡Adoro *El espejo de las gracias*!—[1]señaló Isla—. Su autora realmente describe cada aspecto de la vida de una dama de una manera maravillosa—agregó.

—Por lo que sabemos, su autor podría ser cualquiera, un hombre incluido. ¿Una dama distinguida? ¡Que nombre tan ridículo!

—Nada de eso le quita valor, Nessa—instruyó Anne, con esa voz tenue y sin inflexiones que usaba para reprenderla sin que fuese obvio—. Ahora que estarás en el corazón de ese mundo, entre la nobleza… Verás con tus propios ojos que lo que describe y sugiere es así. Lo necesitarás. Por ello considero prudente releer algunos pasajes.

Ella no tenía intenciones de hacerlo, muchas gracias. Ese libro era la muestra de la esclavitud a la que se sometía a las mujeres. De las reglas, de las telas y bordados, de tediosas conversaciones sin sentido y giros incomprensibles de abanicos, bailes.

Nessa no había podido leerlo por completo, y le estremecía pensar que estarían viajando directo a ese infierno que la dama describía.

++++

Extracto del diario de Anne Holloway.

El viaje ha comenzado, y la convicción de que cada milla nos acerca a Londres y a mi antigua vida me provoca una mezcla de emociones que apenas si puedo dilucidar. Aprehensión, en su mayor parte, porque no sé qué me espera al llegar.

No imagino la recepción que tendré entre aquellos que dispusieron mi partida. Probablemente encontrarán otro lugar recóndito donde esconderme apenas llegue allá. Debería estar haciendo mis propios planes, pero no hay salida fácil a mi situación.

No obstante, me alegra la posibilidad de ver otra vez a Meg, e incluso a Derek, tan breve como nuestro encuentro sea. Y es maravillosa la oportunidad de acompañar a Isla y a Nessa en su incursión a la jungla londinense.

Espero haber hecho un buen trabajo alertándolas e instruyéndolas, porque el Señor sabe que necesitarán recurrir a cada detalle y conocimiento que procuré insuflarles.

Isla es tan hermosa y flexible, tan grácil y elegante que podría tener a cualquier caballero bien intencionado y dispuesto a sus pies, si se le brinda la oportunidad. Y su conversación instruida y buen talante, además de su inteligencia clara, podrán mantener a raya a matronas malintencionadas que pretendan quitarla del ojo de los solteros codiciados. Ojalá que estas excelsas cualidades opaquen lo complicado de su situación económica.

Nessa, por otro lado…

La pluma se había detenido aquí unos instantes, y era la causa de las gotas de pintura en la hoja. Anne había dudado, embebiéndose en sus cavilaciones, tratando de aclarar su mente en relación con la mayor de las Campbell.

Nessa es la mujercita más honesta y franca que he conocido, pero hacer de ella una dama capaz de transitar los salones de Mayfair estuvo mucho más allá de mis posibilidades, o de su interés. Mis esfuerzos, así como mis recursos, son limitados.

No soy más que una mujer que vivió en las penumbras de la alta sociedad, mirándola desde el borde o desde un escenario. Los libros, lo que he vivido, son herramientas valiosas, pero nada de ello podría preparar a Nessa Campbell para Almack´s.

No porque carezca de belleza, astucia o vivacidad. En su caso el inconveniente es el exceso. Esto la vuelve incomparable, a mis ojos. Vivaz, de conversación interesante, es un soplo de brisa fresca en cualquier estancia. Todo lo que jugará en su contra, eso me temo.

Su madre ha puesto tantas esperanzas en este viaje, y su padre ha invertido lo impensado para un terrateniente en apuros.

Espero que la condesa de Atholl sea una patrocinante fervorosa. La tía Brodie es tan

generosa y dulce, dice Isla con ingenuidad, y no me he atrevido a comentar que hay una parte de su persona que su familia escocesa no conoce. No como yo.

Tal vez el vizconde y la vizcondesa de Argyll consideren apuntalar su presentación en sociedad y eso les provea de un halo de respeto adicional. Las relaciones de estos con el señor Angus no están bien, pero mantener las apariencias y el buen nombre podría ser lo que les empuje a respaldar a Isla y Nessa.

Solo puedo rogar y esperar a que así sea.

SEIS.

—No se inquieten, jovencitas—indicó la señora Emma Trent, que se presentó apenas emprendieron el viaje en Glasgow—. En pocas millas habremos alcanzado la posada y allí podrán refrescarse y descansar. Es un lugar agradable, con buena comida y las camas son más suaves de lo que se podría esperar.

—Oh, eso es reconfortante—suspiró Isla con una sonrisa cortés, llevando su mano a su cuello para aflojar la cinta que sujetaba el sombrero por debajo de su barbilla—. Confieso que este traqueteo me ha agotado.

—Tendremos varios días de zangoloteo, así que no queda más que acostumbrarse—susurró Nessa, rompiendo el mutismo en el que se había sumido al dejar atrás las tierras de su hogar.

—Esta es la manera más rápida y cómoda de viajar, lo aseguro—intervino el señor Trent, un hombrecillo agradable y de poca labia; Nessa creía que lo primero se debía a lo segundo, en realidad—. Las rutas han mejorado muchísimo en los últimos veinte años, así como los carruajes. En mi juventud viajar estas distancias tomaba semanas. Uf, y la posibilidad de ser atacados por bandidos o detenidos por tormentas que cortaban las rutas era más que habitual. La modernidad ha llegado, y viajar cincuenta o sesenta millas por día es el resultado. Nunca pensé vivir para ver algo así.

Mm. Al parecer había temas que despertaban la locuacidad del comerciante, consideró. Bueno saberlo, para evitarlo, porque viajarían juntos por varios días.

Lo primero que Nessa, Anne y ella habían dejado atrás era el valle del Clyde y el castillo Campbell, y por tanto lo familiar y reconfortante: las colinas, valles, caminos y personas que habían sido el escenario de su vida, hasta hoy.

Los colores, los sonidos, las formas, todo fue desapareciendo poco a poco, y en su lugar vino Glasgow con su trajinar, sus ruidos, la cantidad de gente que iba de un lado al otro, los barcos, los carros, y toda la agitación de una ciudad comercial de creciente importancia.

De allí habían partido en este carruaje amplio y que sí, coincidía con el señor Trent, era bastante impresionante. La velocidad que los cuatro caballos desarrollaban era sorprendente.

Claro, esto implicaba refrescarlos cada diez o doce millas y, en dos ocasiones al día, cambiar los animales por otros similares en las postas ubicadas en el camino. Todo sin perder tiempo y con agilidad, demostrando eficiencia, algo de lo que se preciaba la empresa que gerenciaba esta línea de correo.

Era de agradecer que el matrimonio que viajaba con ellas fuese de mediana edad y estuviese acostumbrado a estas lides. Podría haberles tocado compartir espacio y tiempo con alguno de esos regordetes vanidosos que habían visto en los puestos anteriores que no dejaban de

charlar sobre su importancia y negocios.

Algunos de ellos con gestos y miradas impropias, de eso también se había percatado Nessa.

—Tienen familiares esperando por ustedes en Londres, me imagino—indagó la señora Emma, sonriente, y Nessa la observó.

No había malicia en la pregunta, o eso le pareció, por lo que no interrumpió a Isla cuando respondió con entusiasmo.

—Así es. Tíos, primos. No puedo esperar a conocer esa ciudad, los parques, las fiestas—dijo, y suspiró—. No me cabe duda de que será maravilloso.

—Oh, puede serlo, sin dudas. Londres es… Complejo—Emma Trent sonrió—. Si ustedes van a Mayfair, como intuyo, verán la parte más brillante, limpia, ordenada, y coincido en que allí hay maravillas. La City, empero, es bullicio, comercio, color… Allí trabaja mi señor Trent. Diles, querido.

Este asintió con gravedad.

—Caótico, me temo, con todo el ir y venir de carruajes, mercaderías, trabajadores. Oficinas y depósitos, puro ajetreo. Es el corazón de esta Gran Bretaña que crece día a día. No es lugar para jovencitas como ustedes—agregó.

—No me intimidan el trabajo y la actividad, señor, se lo aseguro—aclaró Nessa, el ceño fruncido, y curiosa de saber más de esa parte de Londres que desconocía—. Además de esas fiestas y constantes festejos de los que nos han contado debe haber otra vida. Trabajadores, personas con horarios y tareas, obligaciones.

—Sin duda, sin duda—asintió el señor Trent, un pelín sobresaltado por la intensidad de Nessa—. También delincuencia y personas de baja estofa, lo aseguro. Aunque no es algo por lo que deban inquietarse—agregó, percibiendo la mirada de costado de su esposa.

Nessa no se iba a intimidar por lo que le contaba, no había cuidado.

—Conocer una parte ínfima de la ciudad no me parece interesante, máxime sabiendo que hay tanto más por ver—porfió, y la señora y el señor Trent se miraron, para luego negar ambos.

—Puedo asegurarte que tu tía Brodie y tus primas no conocen esas zonas, y lo mismo la mayoría de las personas que frecuentarás. Tendrás suficiente con qué entretenerte en los límites de Mayfair—indicó Anne con seriedad, mirándola como si quisiera erradicar de su cabeza lo que le acababan de contar.

Como si fuese posible. Ese Londres que le pintaban le parecía bastante más intrigante y atrayente que el de las mansiones en que pretenderían encerrarla.

—Tiene usted razón—dijo la señora Emma, sonriendo a Anne—. El Parlamento ha comenzado sus sesiones, y los nobles caballeros han vuelto a sus mansiones. Las damas patrocinantes de Almack´s deben estar ocupadas procurando que el lugar reluzca, así como han

de estarse afinando detalles para bailes y cenas elegantísimas.

—¿Asistirá usted a alguna de ellas, señora Trent?—inquirió Isla con ingenuidad, sus ojos brillando ante la imagen que la mujer había pintado, y Nessa agradeció que no hubiese un gesto desagradable en su faz.

Era obvio que el señor Trent era un comerciante, probablemente uno próspero, pero los límites entre la aristocracia y los nuevos ricos tenían que ver con la cuna y los títulos nobiliarios, con su poder político, además del dinero.

Los nobles despreciaban a los comerciantes, eso tenía entendido, y estos últimos querían acceder al círculo estrecho y selecto de la nobleza.

—Oh, no, no, mi querida, conozco mi lugar, y no es ese—dijo la señora Trent, sin malicia ni disgusto—. Estoy muy bien en mi casa, con mis gatos, mis libros, mi familia. Mi sala tiene siempre té y pastas listas para mis amistades. Que están lejos de ser tan encumbradas, pero me llenan el corazón.

—Una manera encantadora de describirlo, y me provoca sana envidia, señora Trent—dijo Anne, con más calor del que Nessa hubiese pensado.

Anne tenía unos pocos años más que ellas, y Nessa la consideraba una amiga a estas alturas. Se había empecinado en pulirlas y convertirlas en finas damas, y su discurso era siempre sobre Londres, y Mayfair, por lo que había estado convencida de que no veía la hora de retornar.

—Salvo la parte de los gatos, me parece mucho más interesante que una cena con condes y barones—dijo Nessa, bajito.

—Pues yo no puedo esperar a estar danzando en algún salón—dijo Isla, una gran sonrisa en su faz.

—Se verá usted encantadora, jovencita—dijo el señor Trent con galantería.

—¡Por supuesto, no tengo duda alguna!—agregó su esposa.

Las voces afuera y el detener de la marcha indicó que habían alcanzado el destino del día. Justo a tiempo, porque la luz del sol declinaba, y su estómago comenzaba a sonar con enfado.

SIETE.

Francis colocó su pie sobre la rodilla izquierda y se reclinó contra el respaldo acolchado de su sillón. Su mirada se paseó por la habitación, su preferida en la gran mansión.

Su escritorio y biblioteca, lugar de trabajo pero también santuario donde podía refugiarse para huir de las demandas y entusiastas charlas de su madre y hermanas.

Estas no hacían más que aumentar a diario, a su juicio, y había un límite a lo que un hombre con sangre en las venas podía resistir. Toda esa charla sobre telas, peinados, bailes, solteros elegibles y risitas nerviosas eran agobiantes.

Volvió a concentrarse en sus tareas, y elevó la carta que sostenía en su mano derecha para continuar leyendo lo que Saint McDowell, el administrador de Worcester Manor, su extensa propiedad rural, tenía para informarle.

Ah, ya extrañaba su casa solariega, y eso a pesar de que había estado allá hacía poco más de un mes. La vida transcurría diferente en el campo; tenía otro color y sabor, se sentía menos pretenciosa o urgente.

Alejado de Londres podía distenderse y disfrutar de los placeres simples que adoraba: montar, cazar, nadar, leer, todo ello sin experimentar las presiones políticas o sociales que las sesiones del Parlamento y las interacciones entre los aristócratas implicaban.

Al menos podía confiar en que todo marchaba como un reloj de precisión en la campiña, como no podía ser de otro modo con Saint en la gestión de los gastos y en la resolución de los problemas que los arrendatarios le traían a diario.

Este era ordenado, metódico y podía imponer límites sin elevar la voz, tan solo con un gesto de su ceja o levantando su índice para frenar un exabrupto o queja improcedente. El administrador tenía décadas en la gestión, y Francis se alegraba de contar con él.

Podía ser un tanto invasivo y no doblaba la cerviz como la mayoría de la servidumbre, pero ese era otro de sus puntos a favor. Francis necesitaba un hombre de confianza que además fuera capaz de disentir sin ser irrespetuoso.

Su cara se iluminó al leer que había tenido éxito en la adquisición de los magníficos caballos que Francis había admirado en la propiedad del marqués de Somerville. Estarían llegando a Londres en breve, y podría disfrutar de sus cabalgatas diarias montando un animal de mayor nervio, tal y como le gustaba.

Los que estaban en las caballerizas de la ciudad eran muy buenos ejemplares, pero él prefería algo de desafío y de tensión cuando cabalgaba. Podía controlar a su montura como el jinete avezado que era, y la actividad diaria más entusiasta matizaría la monotonía de los días.

Había tardes que parecían no terminar, en especial durante las sesiones soporíferas del Parlamento en las que algún aristócrata conservador decidía disertar por horas acerca de los

beneficios de un impuesto que protegía a los productos nacionales, o sobre la maldad intrínseca de los que lideraban a grupos de trabajadores con promesas *de libertades indignas e impropias*.

La última sesión había sido un ejemplo de esto, y su intervención no fue contemporizadora, como debió pasar. Se percató, pero alguien tenía que llevar razón a esas cabezas tradicionales que no entendían que el mundo cambiaba.

No se apagaba el fuego con más fuego, esa era su convicción, y arengar para que se utilizara la horca para los agitadores era una estrategia antigua que podía funcionar al corto plazo, pero que no atacaba el asunto de fondo.

Era la insatisfacción de miles de obreros que trabajaban horas excesivas, cobraban salarios magros, que no lograban alimentar a sus familias y que se hacinaban en la parte pobre de Londres las que provocaban las huelgas y ataques a las fábricas.

Francis sabía de esto, lo había visto. Pasar desapercibido no era simple para un noble porque las ropas podían cambiarse, mas el porte y la natural propensión a dar órdenes se notaba. Pero el duque había podido hacerlo en varias ocasiones, curioso e inquieto por naturaleza a pesar de su apariencia flemática e inconmovible.

Había querido ver con sus propios ojos cómo vivía la otra mitad. O la mayoría de los londinenses, en realidad. Los aristócratas y la gentry, los privilegiados, eran una minoría.

Vaya si sus ojos se habían abierto. La suciedad, el hacinamiento, el hambre y la pobreza extrema campeaban en los vecindarios aledaños a las fábricas textiles que humeaban negro al cielo y llenaban los bolsillos de los comerciantes.

La modernidad traía consigo aspectos no deseados que eran ignorados en los salones de las mansiones de Mayfair. Francis no era un activista ni creía en la revolución como modo de cambio social, pero sí abogaba por las reformas.

Consideraba que era importante adelantarse a los problemas con leyes ajustadas a la nueva realidad. Lo suyo era *moderado humanitarismo unido a pragmatismo*, como le gustaba decir a Hugh.

Este solía reírse del *contradictorio duque de Worcester*, como le llamaba. Incluso Grayson, menos dado a la sorna, lo había definido como un a*ristócrata que disfruta del brandy, los caballos, la buena ropa y comida, y al que le gusta el poder, pero que también consideraría charlar con el elusivo bandido Ludd*[2] *sin pretender eliminarlo de la faz de la tierra.*

El golpe discreto en la puerta y la voz de Cameron, el mayordomo, le anunció que la cena estaba lista, y esto lo sacó de sus cavilaciones. Tendía a distraerse y no era extraño, considerando las múltiples actividades y tareas que caracterizaban su día.

—Está bien, Cameron, gracias. Estaré en el salón en unos minutos.

—Muy bien, Excelencia.

Volvió a focalizar en la carta, y lo siguiente que leyó le hizo fruncir el ceño y agrió su humor.

Me temo que Pete O´Dampey está dando problemas, Su Gracia. No traería este asunto a consideración ni le molestaría con esta situación si no estuviese al tanto de su interés en el muchacho.

He intentado actuar con tacto y modestia con él y asignarle tareas sencillas que no requieren fuerza o destreza. Empero, no encuentro respuesta.

Las quejas en su contra son constantes. Su inacción molesta y recarga al resto de la servidumbre, además de que su comportamiento es irrespetuoso.

Seguiré al pie de la letra sus órdenes y no cejaré en mis esfuerzos por ponerlo en camino, no obstante.

El malestar permeaba la prolija caligrafía de Saint, y si las frases eran prudentes, Francis entendió a la perfección que la situación se estaba convirtiendo en un incordio. Maldijo y meneó su cabeza.

Su *interés*, como su administrador lo describía con cautela, había sido expresado por Francis cuatro meses atrás cuando llevó a Pete a la propiedad. Había cumplido la mayoría de edad y era un hombre fuerte y sano.

El duque había esperado que demostrara capacidad y moralidad, lo que le llevaría a mejorar la complicada situación económica en la que vivía. Esto, imaginó, le llevaría a tener aspiraciones, y en el futuro a alcanzar una posición de prosperidad.

Tal parecía que su plan no iba por buen camino. *¿Qué esperabas, considerando su origen y crianza*?, pensó, meneando su cabeza. Era un bastardo, así había sido engendrado y criado. Sin consideraciones, sin educación, sin cuidados.

No era su responsabilidad, solía decirse. Tenía que abandonar la pretensión de llevar justicia a las vidas de aquellos a los que su padre había tocado, en general para destruir.

Funcionó con Ewan, se dijo. El joven Mendel era un joven responsable, instruido, de principios, estaba estudiando en Eton y sus tutores tenían solo excelentes referencias de él. Una parte de este éxito se debía a su ayuda económica, aunque esto no lo explicaba todo.

Ewan había tenido la dedicada crianza de su madre Mercy, una viuda a la que el difunto duque de Worcester había convertido en amante y a la que mantuvo por años.

En el ínterin, también había tenido una corta aventura con una prostituta, la madre de Pete. Una mujer diametralmente opuesta a la madre de Ewan. No podía haber dos más diferentes en crianza, trabajos, ambiciones y en preocupación por sus hijos.

Bastardos ambos del cuarto duque de Worcester, Francis no consideraba a Ewan o Pete como sus hermanos, pero había un sentimiento de deuda con ellos, incluso de culpa, por absurdo que sonara.

La duquesa de Worcester, su madre, levantaría los techos con sus gritos y se desmayaría una y otra vez ante la mera mención de las amantes de su esposo o de eventuales hijos surgidos de estas indiscreciones.

En la cabeza de Brenna Garnett, viuda del cuarto duque de Worcester y madre del quinto, su marido había sido intachable. Y esperaba lo mismo de Francis.

Que cumpliera con sus obligaciones a rajatabla, encargándose de los asuntos y responsabilidades que el título implicaba, y que no trajera miserias o complicaciones a la burbuja maravillosa en la que habitaban.

Francis se incorporó y estiró los faldones de su casaca, para luego reacomodar su pañuelo de manera instintiva. Su madre era detallista incluso en las cenas familiares más íntimas, y no quería largos minutos de diatriba sobre lo inadecuada de alguna de sus prendas.

Escuchó la risa cantarina de Olivia antes de ingresar al salón comedor, y sonrió. Su hermana menor era alegre por naturaleza y capaz de encontrar encanto a las situaciones, personas y objetos más peculiares.

O *indignos de atención*, a decir de su madre, que tenía sus manos llenas tratando de llevar juicio a esa cabeza llena de pájaros.

La luz se colaba por los grandes ventanales drapeados con metros y metros de cortinas de terciopelo verde y azul y se esparcía por la que era la habitación favorita de su madre, que la había redecorado para atender a las tendencias en boga.

Las líneas simples de sillas y mesas se elevaban con patas y reposabrazos que imitaban sables, garras, esfinges. Ah, el gusto por lo romano y lo egipcio era una lamentable derivación de las andanzas napoleónicas por aquellos lares, creía el duque.

Era fastidioso que, a pesar de que el deplorable y auto-coronado emperador francés había sido derrotado luego de una larga guerra, su influencia todavía permeara aspectos como la ropa y los muebles.

Aunque esto se explicaba también por la obsesión de Prinny, el Rey regente, con el arte, la moda, las tendencias en arquitectura y el diseño, y la ropa. Lamentablemente, en este último caso, porque…

Digamos que su extravagancia era notoria. No era algo que Francis diría en alta voz, como hacían otros nobles menos cuidadosos y más propensos al cotilleo.

El ruido de sus pasos fue absorbido por la rica y enorme alfombra. Esta y las demás que decoraban las habitaciones de la mansión habían sido elaboradas en la fábrica que la familia tenía en Kidderminster.

Francis se complacía en observarlas y en pisar en ellas, enorgulleciéndose al pensar que eran la suma de la practicidad y el buen gusto. Se producían con cuidado y eran reversibles, un concepto revolucionario.

El diseño de cada cara se tejía en pura lana y con colores contrastantes, por lo que se podía cambiar el aspecto de una estancia con algo tan simple como voltearla. Ingenioso, y además la producción había tomado vuelo con la introducción de las máquinas textiles a vapor.

—Aquí estás, Francis, en buena hora—dijo su madre, reprendiéndolo con unas pocas palabras.

—Ha sido un día ocupado, madre.

—Sin duda, sin duda. Sé lo duro que trabajas. Demasiado, si me preguntas—suspiró ella, moviendo su cabeza, que se coronaba con un moño severo del que no escapaba un mechón.

—Es mi deber, y lo hago con todo gusto—le respondió.

—Señora Smith, pueden proceder—ordenó su madre al ama de llaves.

La mujer, una de las empleadas más antiguas de la casa, hizo una reverencia y Francis le correspondió el gesto en silencio. La seña leve de su mano puso en movimiento a dos criados, que comenzaron a acarrear los alimentos a la mesa.

—Oh, Francis, ya casi todo está listo—le contó Olivia y él la miró, divertido. La menor de sus hermanas apenas podía contener la excitación—. Las telas que escogimos son increíbles, y los diseños que la modista me enseñó, bellos. El azul definitivamente es mi color, eso dijo, y creo que coincido, porque me realza la piel. ¿Crees que notarán el defecto de mi nariz? Detestaría ser el hazmerreír de las galas.

Francis tomó aire y se conminó a la paciencia. Olivia hablaba mucho, todo el tiempo, y su presentación inminente en sociedad exacerbaba su entusiasmo.

—No hay nada defectuoso en tu nariz—intervino su madre—. Respira y habla pausado, Olivia.

—Tienes una nariz de lo más normal—asintió Francis.

—Oh, no estoy tan seguro de ello. Mira bien, Francis, y no pretendas que no lo percibes. Se le desvía un poquito a un lado y…—intervino Samuel, inoportuno, torciendo su cabeza mientras fingía examinar a Olivia con detalle.

—Sam, no es momento de molestar a tu prima—intervino Francis con severidad.

Sam era huérfano desde pequeño como consecuencia de la muerte de sus padres en un trágico suceso en Bengala, y había sido criado en la casa como uno más de los hermanos.

De hecho, su comportamiento era similar al de un fastidioso hermano menor, y Olivia y él solían enredarse en discusiones.

Ahora mismo, su comentario buscaba incordiarla, y la jovencita picó, resoplando, y dejó su cubierto con ruido en la mesa, lo que fue reprendido de inmediato.

Francis dirigió su mirada a Bonnie, que estaba callada, como era habitual. Era la segunda de las hijas y de temperamento calmo y reflexivo, lo que agradaba a Francis y volvía loca a su madre, que lo definía como *apocado* en la intimidad de la charla con su hijo mayor.

Su presentación en sociedad había transcurrido con pompa el año anterior, una que su hermana detestó, y que no había tenido el éxito que la madre persiguió. Este se medía en conexiones y en un compromiso matrimonial, por supuesto, y esto no se concretó.

El duque Francis no tenía claro si Bonnie consideraba esto bueno o malo, aunque sospechaba que había más de lo primero, porque la manera en la que su sonrisa reaparecía al regresar de las galas y soirées… Era como si floreciera, encantada de sumergirse en la lectura o en pintar, que eran sus pasiones.

—Y tú, Bonnie, ¿también tienes todo listo?—le preguntó, y esta le miró, masticando con elegancia, y asintió sin gran despliegue de energía.

—Hemos decidido cambiar los colores de los vestidos, querido. Esos rosas y celestes del año anterior…—Brenna meneó su cabeza—. No fueron buenas elecciones, me temo. Nos hemos inclinado por amarillos y turquesas. Oh, va a resplandecer—Carraspeó, y se limpió las comisuras de su boca con delicadeza—. No es que el año pasado no estuvieses maravillosa, Bonnie, pero… Tendrás que hacer mayor esfuerzo por entretener a los interesados y hablarles, mi querida. Tal vez mostrar adecuado entusiasmo y respeto por sus logros.

Bonnie parpadeó, y luego suspiró. Cuando elevó su mirada, Francis le sonrió, procurando aparecer alentador. Todos en esta mesa, salvo lady Brenna, intuían que Bonnie odiaba esos colores, amén de la parafernalia de plumas y joyas que la matriarca le haría vestir para su segunda temporada.

Y también a nadie escapaba que su inteligencia clara excedía en mucho a la de los varios pretendientes que se habían interesado en ella y la habían cortejado, sin éxito, para desesperación de su madre.

Es que así como había gentileza y amabilidad en Bonnie, también la caracterizaba una fortaleza que la volvía obcecada. No pocas de las comidas compartidas en el seno familiar el pasado año habían estado signadas por silencios porfiados, y no importó cuánto insistió Brenna.

Entonces, su madre había instado a Francis a intervenir. En su rol de duque y hermano mayor se esperaba que impusiera razón y alentara a sus hermanas a proseguir el camino esperable para jóvenes aristócratas como ellas.

No era lo que mejor hacía, lo reconocía. Él entendía la frustración de Bonnie, pero no podía alentarla. Ella era muy joven y veía el mundo desde la comodidad de un hogar acomodado y sin sinsabores.

El matrimonio era un acto de responsabilidad, e implicaba cabeza fría y planificación. Sus hermanas estarían siempre cuidadas y protegidas por él, no les faltaría nada, pero una mujer se realizaba en engendrar y criar hijos, en educarlos, en dar consuelo y apoyo a un esposo, en gerenciar una mansión con mano firme. Así proclamaba su madre, y él lo veía razonable.

—Es interesante—indicó Samuel, sonriendo con bonhomía, pero el brillo travieso de sus

ojos desmintió sus palabras—. Lo que le aconsejas a Bonnie es exactamente lo opuesto de lo que le dijiste a Olivia, mi querida tía. Contener la charla y el entusiasmo, creo que fueron tus palabras.

—Samuel, ¿cómo van tus estudios?—intervino el duque para evitar una nueva confrontación, que era la meta de Samuel, quien se complacía en incordiar a Olivia.

Esta ya había entrecerrado sus ojos y clavaba sus ojos con desafío. Bonnie masticaba sin molestarse en decir una palabra, aunque intuía que su cabeza estaba llena de estas. Le alegró que no las derramara, porque quería terminar esta comida sin discusiones.

—Me interesan mucho la geografía y la biología, y me va muy bien con los idiomas. No tanto en literatura y matemáticas, pero no me preocupa. Después de todo, quien debe manejar la fortuna de la familia eres tú.

—Recuerda que en tu condición de heredero del conde de Blowtown…

—Ese hombre es inmortal, creo yo—gruñó Samuel, pero Francis no atendió la intervención.

—Debes prepararte para atender tus futuras responsabilidades. Llegará el día en que heredarás ese título, y tendrás que controlar, administrar, organizar. Aprender a dar órdenes y a ver que se cumplan—sentenció con seriedad.

Su primo tendía a minimizar sus obligaciones, y si esto era todavía admisible, pues a sus catorce años era muy joven, Francis pretendía que los años siguientes fueran esclarecedores.

Tenía pensado comenzar a educarlo en la realidad de las labores de un terrateniente y empresario cuando el Parlamento culminara su actuación en unos meses. No había nada como confrontar con los desafíos para abrir los ojos de un hombre.

—Me temo que las mejores calificaciones de Samuel son en el cricket y relacionamiento social—bromeó Bonnie, y este resopló, pero no respondió a su prima, que daba en la tecla las veces que hablaba.

Francis recordó que Ewan tenía excelsas calificaciones en contabilidad, debate y oratoria, áreas en las que Samuel era flojo. No era su intención compararlos, por supuesto, porque confiaba en que Samuel entraría en caja y entendería cómo funcionaba el mundo, el país y la economía, y sería un caballero ejemplar.

Su corazón estaba en un buen lugar. A Francis le resultaba más preocupante aceptar que había un jovencito con su misma sangre que nunca lograría demostrar su potencial porque estaba estigmatizado. *Haces más de lo que cualquiera en tu lugar haría. La mayoría ignoraría su existencia.*

—Francis, querido, no puedo esperar a verte asistir y participar con interés y propósito en los eventos de esta temporada. Es hora—dijo su madre, y él asintió.

—No me perdería el primer baile de Olivia por ningún motivo.

Su madre asintió con gravedad, pero no desistió en su empeño por obtener clarificación. Por supuesto que no lo haría; necesitaba saber que lo había convencido.

—Es imperioso que seas más que testigo y asistente en las galas, y lo sabes. No te haces más joven, y un heredero…

—Gracias, madre, es un recordatorio que necesitaba—indicó con acidez, y tanto Bonnie como Olivia rieron sin cortarse.

—Por supuesto que no es mi lugar decirte qué hacer, mas entiende que me preocupo.

Francis suspiró, y asintió, concentrándose en medir sus siguientes palabras mientras cortaba su carne y la masticaba, deleitándose en el sabor del cordero envuelto en el suave hojaldre.

—Es entendible, y sé que lo haces desde un lugar de cariño y sentido común. Soy consciente de mis obligaciones y responsabilidades…

—Que cumples meticulosamente—indicó Bonnie, fervorosa, y los otros tres asintieron, lo que le hizo sonreír.

Era reconfortante saber que contaba con su cariño y comprensión, más allá de los enojos que surgían cuando debía negarles algo.

—Eso intento. No debes preocuparte, madre, es mi intención cortejar a una dama esta temporada-Hubo exclamaciones, y la faz de su madre se iluminó, y unió sus manos en el pecho, feliz. Continuó-. Como dices, estoy en edad de casarme, y es menester desanimar en forma definitiva la ambición del barón de Woodstick. Del que no hablaremos, porque ya todos se han expresado con largura.

Hubo muecas de desagrado ante la referencia. El citado era su tío, hermano de su padre, y sería el eventual heredero del ducado, título y propiedades, si algo le ocurría a Francis.

Algo que este no permitiría que aconteciera, por supuesto. El barón era avaro, displicente, y sus gustos sibaritas desgastaban sus arcas año a año.

—¡Qué alegría tan grande! Perfecto, es perfecto-sentenció-. Estuve organizando nuestra agenda—le informó lady Brenna—. Esta se avizora como una temporada fantástica, lo presiento. No han cesado de llegar invitaciones, por supuesto. Después de la primera gala en Almack’s, hay varias cenas y un evento de caridad para los huérfanos de la guerra.

—Ir a todas es un derroche de energía y tiempo que no puedo afrontar—le advirtió, horrorizado ante la mera idea de horas y horas de conversación intrascendente.

—Claro que no, Francis. Solo las más importantes—suspiró—. Algunas de las invitaciones son francamente molestas. Como la de la baronesa Sherwood, o la de la señora Marshbundle—gruñó—. Es absurdo que crean que contarán con nuestra presencia considerando su posición. Es nauseabundo como ese caballero, Marshbundle, trata de situarse entre los duques y condes. ¡Un comerciante!

El gesto de desprecio era el típico que muchos aristócratas usaban para tratar o hablar de los recién arribados a la cúspide de la sociedad.

—Leí que es dueño de varias fábricas y posee muchos barcos que comercian con América y la India—intervino Bonnie, a quien le gustaba saber lo que sucedía en el país, y no solo lo que la rodeaba.

En eso se parecía mucho a él, pensó Francis.

—Pues tener dinero no lo hace uno de nosotros—indicó Brenna—. La clase y el buen gusto no se compran, y el tipo de actividades que realizan…

—No olvides que también tenemos fábricas, madre—intervino Francis para frenar cualquier inconveniencia que su madre pudiese esgrimir, con una ceja levantada, pero el gesto con la mano implicó que su madre mantenía sus dichos.

—Sin ánimo de parecer altiva, nuestra familia tiene lo mejor de ambos mundos—determinó.

Ella detestaba a los que llamaba *advenedizos nuevos ricos*. Francis tenía una visión más pragmática sobre esos burgueses que procuraban escalar posiciones sociales y políticas. Después de todo, estas eran lo que hombres como él o mujeres como su madre defendían: un lugar en una escalera jerárquica.

—Me gustaría asistir a la gala en la mansión del vizconde de Argyll—intervino Olivia, y Francis contuvo el graznido de molestia.

Ese hombre era un asno, y justamente la persona que había motivado su apasionada intervención en el Parlamento. Pero sabía que Olivia era muy amiga de una de sus hijas, y vivían a corta distancia.

—Creo que puede ser interesante. La vizcondesa trajo la invitación en persona, y me hizo saber que es muy factible que el marqués de Sherwood y el duque de York asistan—agregó Brenna.

—Oh, Bonnie, eso es maravilloso—dijo Oliva a su hermana, sin pensarlo, exultante, y el rubor en las mejillas de la mayor hizo que Francis la mirara con más atención.

¿Estaba Bonnie interesada en uno de esos dos nobles? Mm. No los conocía en profundidad, pero no tardaría en averiguar sobre ellos si era necesario, por supuesto.

Y si su presencia era aliciente para que Bonnie tuviera más chances de lograr sus deseos, se sometería al bodrio de tolerar al vizconde y su grupo de conservadores.

Algunos de esos tories no eran del todo insoportables, y los orígenes escoceses del vizconde aseguraban buen whiskey.

—Francis, querido, sería buena idea que le digas a tu valet que vaya a concertar una cita con los sastres que visten al señor Brummel.

—De ningún modo—miró a su madre y negó con énfasis—. No tengo intenciones de

fingir ser un dandi. No me va el raso y no malgastaré horas de mi vida para anudar caprichosamente un pañuelo al cuello. No soy un pavo real—gruñó.

—Beau Brummel es la elegancia en persona, y el Rey…

—Se va a endeudar de la misma forma que ese caballero que mencionas si sigue prestándole atención. Hay acreedores tras Brummel, y lo más desagradable es que es un hombre grosero y vanidoso. No pasará mucho antes de que alguien lo confronte por su falta de pagos—agregó, y dio por terminada la conversación—. ¿Una partida de whist?

—Claro que sí—dijo Samuel, frotándose las manos—. Bonnie y yo jugaremos juntos esta vez.

—Muy listo—indicó Francis, con una sonrisa. Su hermana era muy buena en el juego—. Parece que somos tú y yo, Olivia—miró a la menor y esta asintió con énfasis.

—Espero que no haya gritos esta vez—suspiró la madre, mientras se incorporaba—. No hay buenos perdedores en esta casa.

OCHO.

Nessa se movió hacia uno de los lados de la estancia mientras los músicos preparaban sus instrumentos, incentivados a dejar la bebida por la generosa propina del señor Trent.

El matrimonio había resultado ser una muy buena compañía durante los seis días del viaje, cada uno de ellos culminado en una posada donde pasaban la noche. Y cada velada, Anne e Isla se habían propuesto ponerla de malas.

Estaba hasta la coronilla de las lecciones de etiqueta y los ensayos de posturas rígidas y sonrisas vanas, además de que la artificialidad de los diálogos se le hacía insoportable.

—Nessa—la llamó Isla, atenta a su intención de escabullirse—. Colócate frente al señor Trent. Esta es la oportunidad de bailar de verdad.

Su hermana la tomó por el antebrazo y la movió para que se ubicara frente al risueño comerciante, que le hizo una reverencia exagerada, mientras su esposa se colocaba frente a Isla.

El sonido de un vals comenzó a desgranarse desde el violín y violoncello y Nessa se esforzó por repetir lo que Anne les había enseñado. Contó cada paso, giró cuando debía, o eso creyó.

Decir que tenía dos pies izquierdos era sobrevalorar su habilidad, y no dejó de tropezar y chocar sus manos de manera torpe con el ágil señor Trent, que no perdió la sonrisa a pesar de que dos de sus pisotones fueron épicos.

A su lado, Isla giraba y danzaba como si hubiese nacido para ello, sin importarle que estuviesen en un sitio pequeño y rodeado de comunes. Nessa estaba segura de que estaba en una ensoñación, su cabecita en una nube.

—Lo lamento, señor—dijo Nessa la tercera vez que pisó a su compañero, deteniéndose —. No soy buena…

—Espero que no me considere rudo, pero… Me percaté de ello—sonrió con picardía—. Si me permite la sugerencia y no la considera incorrecta, le aconsejo mucho ensayo y dedicación diaria en los días que vendrán. Esas galas de las que su hermana habla… Bailar es inevitable.

—Lo sé, créame, señor Trent. Iré a descansar.

Saludó con brevedad y pasó por delante de Anne, que intentó sonreír, aunque su gesto fue una mueca de circunstancias. Estaba preocupada por ella, se dio cuenta, pero no tenía por qué.

Nessa no tenía intenciones de someterse a una humillación pública, y cuando su tía y primas se percataran de su torpeza y falta de garbo e interés, seguro no la empujarían al escarnio, ya que este recaería en ellas. Probablemente.

Entonces, podría dedicarse a vagar por los confines de los salones o sus anexos, y a admirar el arte en las paredes, así como deleitarse en el festín de platos que se ofrecerían. O a escuchar las conversaciones desde rincones.

Era buena cuando se proponía mimetizarse entre la multitud, y le fascinaba observar las interacciones entre las personas. Satisfecha con esta perspectiva, que era casi un plan, se alistó para dormir, pero su cabeza no dejó de dar vueltas.

Era consciente de que la esperanza de los suyos implicaba responsabilidades en sus hombros y los de Isla. Esas expectativas coincidían con las de su hermana, quien anhelaba conocer un hombre adecuado que le propusiese matrimonio y con quien comenzar una familia.

El eventual afortunado debería acordar con su padre Angus, y habría un acuerdo económico sustancioso que ayudaría a los Campbell, o esa era la idea. Una que la incluía a ella, de un modo más marginal y práctico.

En la cabeza de su madre Maisie, Isla sería desposada por un noble y Nessa por un acaudalado señor, caballero, baronet, alguien de la gentry o nobleza menor. Sí, escuchar a su madre soñar con los ojos abiertos y sin filtro había sido esclarecedor. En dicha ensoñación, había un futuro perfecto para sus hijas.

Nessa quería ayudar a su familia, quitar las deudas y preocupaciones, mantener la tierra de los ancestros para que John la pudiese administrar cuando se recuperara, realmente lo quería.

Pero era una mujer realista y consciente de sus virtudes y falencias. No sobrevaloraba estas últimas, pero tampoco las primeras. Sus talentos no serían reconocidos en los salones de Londres. Por el contrario.

A nadie interesaría su habilidad con los números, su destreza para montar, el que pudiese manejar armas, o que le encantase la poesía y el arte en todas sus formas y tuviese una curiosidad *preocupante*, al decir de su madre.

Anne había sido clara en lo que se valoraría, y las cartas de las primas Elizabeth y Margueritte, que llegaban cada pocas semanas, lo habían reafirmado. Nessa no distinguía telas, no gustaba de peinados complicados, su postura era terrible (y la idea de una tabla que enderezara su espalda era aterradora), no bailaba bien.

Sus conocimientos excedían la media, pero eran sobre temas que interesaban y de los que hablaban… los hombres exclusivamente, al parecer. Temas que ella solía escuchar a su padre discutir con sus invitados o iguales, frente al fuego, en una cena.

Temas que leía en los periódicos, panfletos y libros que llegaban a su hogar. Precios del ganado, tarifas, impuestos, política, la guerra, inventos aplicados a la economía y a los transportes, descripciones de viajes, y tratados.

La ruptura de su familia hacía que la ayuda económica que el tío Colin o el vizconde Atholl podrían realizar no fuera factible, porque Angus no la pediría. Era demasiado orgulloso, decía su madre, pero Nessa lo entendía.

Por fortuna, el cisma no había implicado el ostracismo de Nessa e Isla. Sus primos por ambas partes y su tía Brodie habían mantenido el contacto epistolar, y enviar a Anne había sido

la forma de ayudar que esta última había encontrado para prepararlas para su presentación social.

Su padre no tuvo inconveniente con esto, y Nessa había considerado el asunto de la presentación en sociedad un trámite engorroso pero soportable, hasta que la urgencia económica las rodeó.

No tienes que pensar de manera tan terminante, se dijo, tapándose hasta la barbilla. No hay que esperar lo peor. *Mira el ejemplo más cercano que tienes,* el señor *Trent es un hombre agradable y habrá otros más jóvenes como él, e interesados en alguien como tú. Un gentilhombre inteligente apreciará a una mujer práctica e instruida que pueda ayudarle en sus asuntos, además de atender a la casa.*

Era una idea que le dio cierto confort, y se decidió a alimentarla. No todos los que vería en Londres y la rodearían serían desagradables y pretenderían que ella fuera alguien diferente, o la humillarían por serlo, se alentó.

En un grupo grande de personas, no importaba su posición o prestigio, había tres tipos de gente, a su juicio: los desagradables, los interesantes, y los que le eran indiferentes. ¿Por qué sería distinto entre la flor y nata de la nobleza?

No lo era, se dijo. *Es real en tu familia*. El tío Colin le era indiferente, su esposa Leslie era desagradable, igual que el conde de Atholl. Su tía Brodie era agradable, sus primos también podían dividirse en esas categorías.

Era posible que el tiempo y la lejanía hubiesen pulido rasgos molestos o erosionado caracteres interesantes entre ellos, pero sería intrigante y desafiante comprobarlo. *Eso,* se dijo, sintiéndose mejor. Habría mucho más que bailes y momentos tensos para ella en Londres.

—Nessa, ¿estás bien?—Isla le habló bajito, y se dio la vuelta, encontrando a su hermana sentada en el borde del lecho, mirándola con atención.

—Lo estoy.

—Temí que te hubieses sentido…—carraspeó—. Que no bailes todavía de manera armónica no quita que eres preciosa, y que …

—Oh, Isla, estoy muy bien, querida. No tienes de qué preocuparte, mi ego no está herido. Si acaso, fueron los pies de ese buen hombre los afectados.

Hubo risas, y que Anne se uniera, divertida, la hizo sentir bien.

—Lo harán bien, no se inquieten. Son dos mujercitas formidables y de una hermosura singular. De buen corazón, y con una inteligencia clara. Quienes las merezcan lo verán, incluso a pesar de tu expresión seria y el desafío en tu mirada, Nessa.

—El futuro dirá.

—Pues espero que el mío sea tan atractivo y recto como Mortimer Delvile—susurró Isla, y Nessa resopló.

—Recuerda que ese hombre es imaginario, producto de una pluma, y tu situación no se

parece a la de Cecilia, que es un personaje, Isla—dijo, procurando enfatizar que el mundo de la ficción y el real eran distintos—. No sé cuan útil o práctico sea el mirar el mundo en el que ingresaremos desde la pluma de una novelista—indicó Nessa sin calor en sus frases.

No quería sonar dura. Isla era soñadora y romántica por naturaleza, pero también era muy inteligente, rasgo que quienes la veían tendían a desconocer, opacado por su belleza y gentileza.

—Oh, lo sé, Nessa, no te inquietes. Pero te recuerdo que Londres tampoco es un lugar frío y hostil.

—Debo coincidir en que es un mundo diverso, diferente, y puede ser confuso—dijo Anne — Incluso intimidante. Tal vez la actitud intermedia sería deseable. Expectantes, pero no temerosas. No harán nada que no deseen, eso lo sé.

—Gracias, Anne—dijo Isla, y Nessa pensó que debería haberlo dicho también, antes.

Anne tenía apenas tres años más que ellas, y había sacrificado mucho para ir a las Tierras Altas y enseñarles lo que sabía, eso suponía. Nessa tenía curiosidad, pero nunca quiso preguntar cuál era su historia, más allá de lo que manifestó siempre, que fue su compromiso con la condesa de Atholl.

—No tienen nada que agradecerme. He sido feliz con ustedes, y las considero mis amigas. Mañana llegaremos, y habrá muchas distracciones y gente a su alrededor. Nos veremos menos, pero estaré para ustedes cuando me necesiten.

—Que será todos los días, no tengo duda—indicó Nessa, sonriendo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

NUEVE.

Extracto del diario de Anne Holloway.

Han sido días interesantes y llenos de aprendizaje para Nessa e Isla, pero también para mí. ¡Tan diferente a mi viaje de ida hacia las tierras de Campbell! Entonces me debatía entre el temor a lo que vendría y la zozobra y alivio de dejar atrás mi vida.

Viajar con Nessa e Isla ha sido mirar cada paisaje y pueblo desde su mirada nueva, apreciativa y maravillada. Imbuirme de su entusiasmo por saber detalles y aspectos curiosos de cada sitio, así como reírme.

El contar con la compañía del señor y la señora Trent ha sido más que bueno. La preocupación de Nessa encontró un desahogo en la charla con ellos. Exprimió al pobre hombre de cada dato económico y político que tuviese, y él respondió a la curiosidad voraz sin quejarse.

Algo que Nessa tiene que evitar, se lo he dicho ya varias veces, pero forma parte de su carácter. A mi interna, admiro su fortaleza, sus convicciones, su inteligencia, pero no es lo que se espera de ella. Será algo que entenderá cuando se confronte a la realidad.

En cuanto a Isla, su entusiasmo y excitación crecen con cada milla que avanzamos. Me arrepiento un poco de haberle suministrado esas novelas, porque creo que Nessa tiene razón cuando dice que Isla quiere vivir la trama romántica que esas novelas retratan.

Se ha quedado con la versión simplificada de las vicisitudes que las protagonistas vivieron, y se ancló en los finales felices.

No soy quién para decirle que lo comparable entre la realidad y las novelas es que hay mucho de trama política e intereses económicos tejiéndose en los salones de la nobleza. No quiero teñir sus expectativas con mi visión gris y desilusionada, para nada. No es mi tarea, y su situación es bien distinta a la mía.

Estamos muy cerca de Londres. Mañana, si no hay tropiezos en el camino, estaremos allí. Me congratula pensar que he cumplido con la tarea que me encomendaron, aunque esta dejó de ser un mandato o deber al instante de conocer a Nessa e Isla.

Su bienvenida cálida y sincera, la forma en la que me acogieron e hicieron sentir parte de su familia lo han sido todo para mí. Se convirtieron en hermanas menores, amigas por las que siento incondicional cariño, y sé que este es correspondido.

Empero, no puedo evitar los nervios al acercarme a Londres. No sé qué pasará conmigo de aquí en más. Mi vuelta no será celebrada, eso lo doy por descontado.

Mi presencia es dolorosa y un recordatorio ingrato para la condesa de Atholl, y es de esperar que no tolere mi presencia a su alrededor. No la culpo, aunque desearía que ella tampoco lo hiciese conmigo. Somos ambas víctimas de las decisiones de otros.

No quiero adelantarme a los hechos. Dibujaré una gran sonrisa al llegar, una que aliente a Nessa e Isla. Por fortuna, sé cuánto quiere la condesa a sus sobrinas, así como el cariño que sus primas Margueritte y Maude sienten por ellas. Estarán bien, y también yo.

++++

El carruaje avanzó por la calle amplia y arbolada y Nessa se dejó absorber por el trajín y la actividad que se veía por todos lados. Dejar atrás la campiña e ingresar en la ciudad había sido sorprendente.

Los ruidos, los olores, los colores, las personas que parecían emerger de cada esquina y se paseaban por las veredas, los escaparates, todo era nuevo.

—¡Mira qué damas tan elegantes! ¡Oh, esos vestidos tan bellos! Y los carruajes, tan lujosos.

—Mayfair es un sitio donde coincide lo mejor de lo mejor—aseguró Anne—. Mansiones esplendorosas, jardines y parques cuidados con primor, las tiendas más exclusivas, los carruajes más modernos y adornados, y por supuesto, los aristócratas y poderosos dueños de todo ello.

Algo en el tono de voz de Anne llamó la atención de Nessa, pero no percibió nada extraño en su rostro, por lo que se volvió a concentrar en la asombrosa Londres.

—Regent Street. La calle y el canal son construcciones nuevas impulsadas por el Regente. Esto ha valorizado mucho más la zona, e impulsado el crecimiento y la mejora de grandes casas. El vizconde de Argyll adquirió una de ellas, por cierto. Seguro que tendrán oportunidad de conocerla.

—Eso si su esposa olvidó su enfado con nuestro padre—señaló Isla, frunciendo el ceño —. No es como si él tuviese responsabilidad en lo que el abuelo hacía, pero…

—Seguramente no querrá que los demás nobles puedan cotillear sobre el origen de su esposo y su conflicto con su hermano. Nos invitará a su casa cuando sepa que estamos aquí —indicó Nessa, sonriendo.

Si en algo podían confiar era en la preocupación de la vizcondesa de Argyll por no desentonar o llamar la atención sobre la familia escocesa de su esposo Colin.

El carruaje viró y Anne continuó recitando nombres y describiendo los sitios por los que pasaban.

—La calle Piccadilly… Oh, y esta es la calle St. James. Aquí se encuentran los clubes más exclusivos, como Almack´s. Tal vez puedan asistir a alguna de las galas, aunque es un sitio muy…—Anne carraspeó—. Es difícil conseguir una invitación o ser aceptado, eso me han dicho. Las nobles que lo patrocinan son muy rigurosas.

—Me imagino—asintió Nessa, y estuvo segura de que no pondrían un pie en ese sitio.

Tanto como tendrían el respaldo de un conde y su esposa, y tal vez, eventualmente, el de un vizconde, ellas no estaban a la altura de lo que la aristócrata sociedad londinense exigía. Para

Nessa eso era un alivio, pero le dolió ver la mueca de desencanto en la faz de Isla.

El conductor detuvo los caballos y descendió con agilidad, acercándose a ellas, mientras Anne se incorporaba y alisaba su falda. La percibió nerviosa y con su faz arrebolada, algo que no era habitual. Su temperamento calmo y reflexivo era uno de sus rasgos distintivos.

—Aquí estamos—señaló—. 5 de la calle Cork. Hogar del conde y la condesa de Atholl.

Descendieron mientras el conductor se abocaba a bajar sus bultos, y Nessa observó la gran casa con interés. Era una mansión impresionante de dos pisos, y las altas y blancas paredes estaban salpicadas de terrazas.

Semi pilares y semi columnas se alternaban en los muros en un estilo imperial, y la madera oscura de las puertas y ventanas contrastaba con el esplendor de un jardín cuidado con primor.

Abundaban los verdes, y los colores vivos saturaban las matas cortadas con formas caprichosas y las flores arregladas en canteros. Había esculturas jalonando el camino que llevaba desde la calle a la fuente, y alrededor de esta a la puerta de entrada.

Esfinges, querubines y dioses griegos sobre pilares acanalados eran las temáticas predominantes.

—Es…—Nessa parpadeó y se encontró falta de palabras.

—Impactante. Bello—susurró Isla, que inhaló con ruido—. La fragancia de estas flores es maravillosa. Es tal y como me lo contó Margueritte, y ¡ohh, allí está!—gritó, y se movió con velocidad para ir al encuentro de su prima, que también corría hacia ellas.

—Vamos, Nessa—dijo Anne, llamando su atención—. Ellos moverán nuestro equipaje.

Dos criados de impecable vestimenta habían llegado a su lado como invocados y ya estaban en proceso de encargarse de los bultos.

En cuestión de segundos estuvo también Nessa abrazando a su prima, a la que se había unido Maude, y los saludos y las voces excitadas hablaron del gusto y la alegría de verse luego de un buen tiempo.

—¡Nessa, Isla, qué gusto verlas!

—¡Estamos tan contentas de tenerlas aquí! ¡Esto será maravilloso!

—¡Oh, no se imaginan lo felices que estamos!—dijo Isla, y Nessa no la desmintió, sonriendo a sus primas, y asintió.

Estas tenían sonrisas amplias, y las tomaron del brazo para conducirlas a la entrada, donde un serio mayordomo las estaba esperando, su mirada evaluándolas, Nessa estuvo segura de eso. *Estirado*, pensó.

—¡Señor Derek, conozca a Isla y Nessa! Vienen de Escocia, y pasarán aquí la temporada.

—Lo sé, lady Margueritte—respondió el mayordomo, apenas moviendo sus labios y sin que otra parte de su cuerpo pareciese hacerlo—. La condesa me lo hizo saber con antelación para

que todo estuviese listo. La señora Smith se ha encargado.

El interior de la mansión no era menos señorial e impactante. Las paredes estaban pintadas en un color melocotón muy pálido y las alfombras y cortinados, así como el tapizado de los sillones, butacones y otomanas, era en terciopelo borgoña oscuro.

Atravesaron la entrada, un salón comedor enorme con ventanas gigantescas, donde Nessa se detuvo a admirar la escalera de mármol que llevaba al piso superior.

Luego desembocaron en una sala donde había un pianoforte, libreros repletos, y varias mesas, pero lo que dominaba la estancia eran dos largos sofás estilo chaise longue.

En uno de ellos estaba su prima Victoria sentada lánguidamente, mientras sus hermanos Kyle y Edward se afanaban con cartas en una mesa cerca de la ventana.

—¡Llegaron!—dijo Maude con excitación, y los otros tres se incorporaron con distinto grado de velocidad e interés en sus movimientos y gestos.

Los primos mayores nunca habían sido muy cercanos, pero las saludaron con sonrisas y gestos amables. Victoria fue más glacial y seria, pero era esperable. Tenía la misma edad que Nessa, y esta siempre la había encontrado irritante.

—¡Queridas, aquí están!—la voz de la tía Brodie se elevó desde la entrada, y Nessa e Isla se movieron para abrazarla—. Déjenme verlas. ¡Están resplandecientes! ¡Bienvenidas!

—Gracias—sonrió Nessa, apretando la mano de su tía, y esta le sonrió con placidez.

Su padre y Brodie tenían temperamentos similares y a pesar de que su tía era una condesa y cumplía su rol a la perfección, Nessa siempre sintió que quedaba mucho de su pasado escocés en ella, lo que trasmitió a sus hijos con distinto grado de éxito.

Victoria y Kyle se parecían más a su padre, el serio y estirado conde de Atholl.

—Deben estar muy cansadas. La señora Smith les mostrará sus habitaciones y podrán refrescarse y cambiarse. Tendremos refrigerios aquí mismo cuando estén listas. Hay mucho de qué hablar y ponernos al día, queridas.

—¡Hay varias invitaciones para galas en la semana próxima!

Maude elevó su voz y su sonrisa fue toda dirigida a Isla, que respondió de la misma forma.

—Ya les contarás, hija. No las aturdas con tu entusiasmo.

—Oh, puedo ver que Nessa está exultante también, y deseando saber cuándo será su primera gala—intervino Edward con una risita, y ella elevó su ceja, sin inmutarse.

A diferencia de Kyle o Victoria, su primo Edward era muy agradable y le gustaba bromear. Tenía la capacidad de ironizar sin sonar despectivo, y ella recordaba cuánto solían jugar juntos. Así que no le pareció mal el mostrarle la lengua en respuesta.

—¡Muy madura, Nessa, encajarás de maravilla aquí!—escuchó a Victoria, y se encogió de hombros mientras escuchaba la risita de Edward, Margueritte y Maude.

—Por acá—escuchó una voz grave y se dio la vuelta para ver que su hermana ya iba detrás de una matrona de caderas anchas y moño severo, y la siguió.

—Anne, repórtate con la señora Smith. Ella tiene instrucciones para ti—escuchó a su tía, y miró atrás antes de salir de la habitación.

Su tía miraba a Anne sin una sonrisa, con una seriedad como pocas veces la había visto, y la faz casi sombría y ¿triste? de Anne llamó su atención.

No tuvo mucho tiempo para profundizar en este pensamiento porque la voz del ama de llaves nombrando los lugares que pasaban, y luego indicándoles las habitaciones, la absorbió.

Nessa estaba azorada y sorprendida por el esplendor y riqueza que la rodeaba, y la convicción de que de verdad no estaba preparada para este mundo la atenazó.

No obstante, sonrió a Isla cuando esta la miró, sus ojos desmesurados y su boca semi abierta, observando y disfrutando de cada detalle y novedad.

—Mi nombre es Sally, y estoy aquí para ayudarla—escuchó, y sacudió su cabeza para concentrarse.

El ama de llaves había seguido con Isla para mostrarle su habitación, y ella se había perdido unos segundos en la atribulada contemplación de lujos inesperados.

—Ah… Soy Nessa.

—Bienvenida a la mansión Atholl, señorita Nessa. Estoy a su disposición. Puedo ayudarla con su ropa, si lo desea. Hay agua tibia y …

—Te lo agradezco, Sally, pero no será necesario—le dijo, sin rudeza, y cuando vio que la criada parpadeaba y se retorcía las manos, desconcertada, suspiró—. Estoy acostumbrada a encargarme de mis necesidades.

—Pero… Mm… La señora Smith me indicó que…

Algo en la voz de la muchacha le hizo saber que el ama de llaves no sería tan contemplativa con Sally, por lo que desistió en su empeño de evitar su presencia.

—Puedes pasar y ayudarme a desempacar mi ropa—Hubo un suspiro de alivio en Sally, y Nessa sonrió—. Te advierto que es poca y no tan bella como la de mis primas.

—Oh, señorita, eso de seguro va a cambiar. Escuché a la señorita Maude decir que irían a la modista apenas arribaran, y estaba muy entusiasmada con la posibilidad de encargar vestidos para ustedes.

Nessa resopló con ruido. Sí, podía imaginar que Maude y Margueritte tenían varias salidas de ese tipo planeadas.

DIEZ.

Nessa estaba encantada. Hyde Park era tal y como se lo había descrito Anne, incluso mejor, porque luego de tres días de actividad intensa y encierro, se asemejaba a la libertad.

No importaba que el paseo fuese a paso lento y que lo realizara embutida en un vestido color verde brilloso y adornado con lazos y puntillas, ni tampoco que estuviese rodeada de mujeres cuyo único objetivo parecía ser el de admirar a los caballeros que iban y venían por las sendas de grava.

Sentir el aire fresco en su rostro y el suelo hundiéndose bajo sus zapatos, mirar el verde de la arboleda y el brillo que los rayos del sol levantaban del agua, era más que bonito.

Esta no era la naturaleza semi salvaje de su hogar, por supuesto, y luego de unos minutos de caminar, la actividad humana a su alrededor se tornó intensa.

Isla, Maude, Margueritte y la querida Elizabeth, hija del vizconde de Argyll, caminaban adelante, murmurando sin cesar, y su charla era interrumpida a menudo por las risitas y miradas cómplices que cruzaban cuando alguien de su interés se acercaba.

—Camina derecha, Nessa, querida, y dirige tu mirada al frente—le indicó su tía Brodie con firmeza—. Estamos aquí para pasear, pero también para ver y ser vistas, y te aseguro que estamos siendo evaluadas en cada paso que damos.

Puf, qué manera de sabotear el momento con la inhóspita realidad.

—¿Qué sentido tiene venir a un lugar tan bonito y no disfrutarlo? Me distrae y atrae mucho más la naturaleza que la gente, y no me siento cómoda soportando sus miradas y cuchicheos—se quejó.

Hubo un suspiro largo y sufrido, y no tuvo que mirar para saber que era su prima Victoria la que así hacía saber su desaprobación. La risa de Edward le supo mejor, aunque provocó un carraspeo molesto en su tía.

—Puedes venir a caminar aquí en las mañanas, si lo que deseas es aire fresco y ejercicio, Nessa, aunque no imagino el sentido de tal acción. Dispondré que alguien te acompañe, por supuesto. Anne podría hacerlo, me imagino—la voz de Brodie se hizo más fría, pero de inmediato recuperó energía—. Pero hoy estás aquí para ser apreciada y considerada, todas lo están. Por ello les pedí que se vistieran tan bonitas.

—El abuelo Duncan se revolcaría en su tumba si me viera usar uno de los colores de los McDougal.

—Papá perdió la razón, Nessa, e incluso antes de eso, miraba más al pasado que al futuro. Algo que tú tienes que hacer, porque el presente de tu familia es complicado—esto se lo dijo en un susurro, y sin intención de herirla, lo tenía claro, pero le agrió el ánimo.

Suspiró.

—Muy bien, dime qué tengo qué mirar.

—Un poco tarde, pero aprecio el cambio. Cien metros atrás, cuando estabas mirando al cielo, la marquesa Wittham se detuvo a saludarnos, lo que no es habitual, y se interesó en saber más sobre ustedes.

—La marquesa Wittham—repitió, asintiendo.

—Isla en particular, aunque también Victoria y Margueritte, fueron bien ponderadas. Eso asegura que mañana mismo nos llegará una invitación a alguna de sus tertulias. Es una mujer muy curiosa, y a sus galas y reuniones acuden nobles muy importantes. Su palabra y respaldo tienen mucho peso.

—Eso es fantástico—asintió.

Que su hermana fuese foco de interés no era novedad, porque era hermosa y encantadora, pero era bueno que estos estirados nobles también lo percibieran.

—¡Oh, ahí está Olivia!—escuchó que decía Elizabeth, y hubo murmullos entusiasmados de las otras.

—¡Y acompañada por el duque! ¡Eso es muy poco usual!—dijo Maude, que casi aplaudió de gusto, y Nessa sonrió con amplitud.

Su querida prima menor a veces no podía con su entusiasmo, y este se derramaba en gestos y sonidos que su madre y hermana mayor Victoria denostaban por poco refinados. Eso a Nessa le gustaba, de rebelde que era.

—Es ampliamente sabido que el duque de Worcester ha decidido dar el paso y elegir una esposa. Es un rumor extendido que su madre está ansiosa por un heredero—indicó Victoria con un dejo de superioridad en su voz, que intentó que sonara aburrida, pero Nessa percibió que se acomodaba el cabello y se observaba el atuendo.

—Maravilloso—suspiró la tía Brodie, a contrapelo con la crítica interna de Nessa, que pensó que elegir una esposa sonaba como la mera selección de un animal para reproducción—. La encantadora joven ha salido de paseo con su familia, el duque incluido. La oportunidad no podría ser mejor. Hemos de saludarlos y presentarnos—agregó, y miró a Nessa con gesto serio —. ¡Compórtate, querida! Esta puede ser la oportunidad ideal para mis hijas, o para Isla.

No tuvo tiempo de contestarle, aunque asintió cuando su tía se adelantaba para alcanzar al grupo que se acercaba a ellos, con una gran sonrisa.

—Sonríe también, Nessa—susurró Edward, inclinándose para hablarle bajito—. Su Excelencia es el partido más importante de esta temporada. No demorará sus aristocráticos ojos en ti si estás con tu habitual gesto agrio—bromeó, y ella resopló.

—¡Como si me interesara ganar el favor de uno de estos estirados petimetres!—respondió, haciendo una mueca, y le dio la espalda para observar la escena.

Se comportaría de la mejor manera, por supuesto, y no solo porque la tía se lo pedía, sino

porque no le interesaba llamar la atención sobre sí misma por sus modales cuando había tantas expectativas en su familia.

Si la tía decía que este noble era importante, no lo dudaba, y no arruinaría el momento.

—Excelencia, buenas tardes—dijo su tía, y fue correspondida con una reverencia del hombre alto y de hombros anchos, que giró para incluir a todo el grupo en el gesto de saludo.

—Buenas tardes, lady Atholl. Señoritas—su boca se distendió levemente, sin llegar a dibujar una sonrisa—. Veo que están disfrutando de un paseo, al igual que nosotros.

—Así es, Excelencia. El clima es ideal para ello. Olivia, Bonnie, están hermosísimas, mis queridas—señaló la tía Brodie, y Nessa se sintió aliviada de que el halago no sonase falso ni meloso.

Su tía lo pensaba, y en verdad, las dos mujeres se veían bonitas y arregladas, sin excesos.

—Gracias, lady Atholl—respondió una de ellas.

—¡Elizabeth, recibimos la invitación a la fiesta en tu casa!—intervino la otra que flanqueaba al duque, más espontánea, y eso hizo sonreír a Nessa.

Similar a Maude en su exuberancia, dedujo.

—¡Sería maravilloso que pudiesen asistir, Olivia!—respondió Elizabeth, que tomó a la mencionada por la mano, y ambas sonrieron.

Claramente era amigas, percibió Nessa, y se estaban conteniendo de charlar como querían. La situación era poco natural. Dos grupos de personas en vestimentas caras en medio de un parque, en una danza de pomposidad.

—La duquesa está organizando la agenda, pero cómo entenderá, esta es nutrida y no será posible asistir a todos los eventos—intervino el duque, y Nessa tuvo la convicción de que este hombre no tenía interés en asistir a la mansión del tío Colin.

Con seguridad la vizcondesa estaría devastada, pensó, y se distrajo. Su pie se movió un poco por la grava y hundió la punta de su zapato en ella, las manos extendidas a los costados.

Elevó una de las comisuras de sus labios con impaciencia, deseando seguir el paseo. En su lugar, escuchó como Edward y el tal duque intercambiaban saludos, y la tía Brodie preguntaba por la salud de la duquesa de Worcester.

Supuso que esa sería la duquesa viuda, porque las intenciones casaderas de este duque habían sido ventiladas por sus primas minutos atrás.

—Está muy bien, aunque descansando de sus actividades por el día de hoy. La presentación de Olivia y Bonnie la tiene muy ocupada, pero no voy a contarle esto a usted, lady Atholl, que tiene sus manos llenas.

—Oh, sin dudas, Excelencia. Una tarea agotadora, pero que bien vale el esfuerzo. Mis queridas niñas están fascinadas y nerviosas—el brazo de Brodie se extendió—. Margueritte, Maude, Victoria—las presentó—. Y mis queridas sobrinas, que han venido desde Escocia: Isla y

Nessa.

Cada una de las mencionadas hizo una pequeña reverencia, Nessa incluida, aunque la suya fue apurada por un codazo de Isla, y por tanto fue tardía y torpe.

La mirada azul acerada contorneada por pestañas y cejas negrísimas pareció clavarla en el sitio, y se percató de que esos ojos no perdían detalle de lo que veían.

Mientras hablaban más intrascendencias, lo observó con atención. Era alto, muy cerca al metro noventa, y su ropa elegante abrazaba un pecho amplio, y brazos y piernas musculosos, determinó.

En su rostro destacaban la mandíbula cuadrada, el mentón partido con un hoyuelo en forma de *y,* y la boca era de labios gruesos. La nariz recta y amplia sería un desastre en otro rostro, consideró, porque aparecía algo torcida, pero en él… Estaba bien.

Dos grandes líneas de expresión cortaban su frente en horizontal, tal vez producto de una tendencia a arrugarla. Distinguió una cicatriz menor que atravesaba una de las cejas en vertical.

El cabello castaño aparecía bien cortado, y el sol, que acababa de descubrirse, arrancó brillos dorados del mismo. Un conjunto atractivo, mucho, consideró, fijándose entonces en sus manos.

Sus dedos eran finos y largos, y la piel aparecía ligeramente rojiza en sus nudillos. ¿Boxeaba? Le habían comentado que algunos nobles lo hacían por deporte. Tenía algunos callos típicos de los jinetes avezados, se dio cuenta.

Elevó su vista y se encontró con la mirada intensísima sobre ella, y enrojeció. Había estado chequeándolo y evaluándolo como se hacía con un corcel, en un gesto de un atrevimiento considerable.

Por fortuna él no pareció colérico ni llamó la atención de los demás al respecto, y Nessa pudo recomponerse en silencio, dando un paso atrás, y luego otro al costado para quitarse de la vista.

El grupo se había cerrado y las conversaciones amables entre su tía, Edward y el duque continuaron por unos minutos, mientras sus primas, Isla y las dos hermanas del duque hablaban y reían. Nessa se distrajo, y escuchaba retazos de sus diálogos.

—… guantes y vestidos hermosos…

—… no puedo esperar a mi primera gala…

—Sería divino vernos en Almack´s.

—Oh, eso no será posible—intervino la tía Brodie—. Me temo que tomará tiempo antes de que las patrocinantes puedan evaluar adecuadamente mi petición.

—Lo mismo pasa con nosotros—dijo Elizabeth.

—¡Qué pena! ¡Me hubiese encantado tener a Elizabeth allí conmigo! Y ahora que las conozco, también a ustedes—indicó Olivia, y su hermana Bonnie asintió con entusiasmo.

Eran dos mujercitas muy agradables. No había altanería ni soberbia en sus palabras o gestos, y habían incorporado a Isla en su charla con total naturalidad .

—Pero sí estaremos en la gala organizada por la marquesa Wittham—indicó Victoria, presurosa, su mirada sobre el duque—. Y también en la de la baronesa Merryweahter y en la del tío… el vizconde de Argyll.

—Oh, por Dios, eso suena agotador—murmuró Nessa, y cuando fue consciente de que había expresado su pensamiento en alta voz, se sonrojó hasta la raíz.

La mirada furibunda de Victoria y el gesto contrito de su tía fueron lo primero que percibió. Luego, las risitas de las otras mujeres, además del gesto sardónico de Edward. Pero la expresión que más la rebeló fue la del duque.

Esos ojos azules entrecerrados, fijos en ella, el entrecejo fruncido, la ceja de la cicatriz apenas elevada… Sí, su Excelencia no estaba nada impresionado con su falta de tacto, pero que se uniera a la fila.

Pensar esto no quitó los nervios de su estómago, por cierto.

ONCE.

La tarde había dado un giro… interesante, consideró Francis, asintiendo a lo que Edward Murray, barón de Sheffield y heredero del ducado de Atholl le estaba contando sobre su última adquisición en el pasado remate de Tattersall.

—… Y Richard Tatersall me aseguró que ese caballo vale cada libra que invertí.

—No le quepa duda, ese caballero es un hombre de palabra—respondió, en automático, mientras su mirada paseaba por el grupo de mujeres y se detenía, otra vez, en la que estaba apartada y parecía más interesada en el parque que en las conversaciones.

Nessa, así la había presentado la condesa de Atholl, la que ahora se acercaba y trataba de traerla con las demás, susurrando algo que hizo que la bonita rubia dibujase un mohín de contrariedad, pero asintiera.

Escocesa, por supuesto, y factiblemente de las Tierras Altas. Tenía entendido que la condesa y su hermano, el vizconde de Argyll, provenían de allí.

Ese dejo rebelde era tan característico, pensó, dejando de lado el hecho de que la hermana, Isla, parecía una joven gentil y muy educada.

La mujercita había dejado entrever su disgusto con la agenda social de su familia, y por extensión, su desprecio por la nobleza londinense. ¿O estaba exagerando las implicancias de un pensamiento pasajero que fluyó sin filtro?

Estaba seguro de que no, porque la escocesa parecía vibrar de deseos de seguir caminando y alejarse, y la manera en que pretendía aflojar la cinta de su cofia era prueba de su incomodidad.

¡Oh, cómo iba a sufrir en cada gala a la que la arrastraran!, se dijo, quitando su mirada de la faz ovalada de ojos verde musgo que no paraban quietos y cada tanto se posaban en él.

El cabello caía hasta la mitad de la espalda y por los hombros, pero el rostro aparecía despejado, sujeto a la coronilla por un broche sencillo. La piel de su cara y cuello, y hasta el escote, que era alto, aparecía cremosa.

La boca aparecía pequeña pero dibujada con primor, y… ¿Qué? ¿En qué estaba pensando, fijándose en este tipo de detalles en una mujer sin modales ni prudencia? Bastaba observarla para ver que carecía de las formas mínimas.

Además, tal vez alguno de sus rasgos fuese interesante de manera individual, pero la suma resultaba en una mujer de un atractivo… promedio. Su hermana, por otra parte, era bellísima.

Tal vez una de las mujeres más hermosas que había visto, y eso sin necesidad de muchos afeites. Sería uno de los atractivos de los salones londinenses, no había dudas, mientras su hermana vegetaría en rincones, siendo objeto de cotilleos nada bondadosos.

La idea no le pareció agradable, y que la condesa la marcase tan de cerca le hizo ver que esta presumía lo que se venía. Pero eso no parecía empujarla a no exponerla, al parecer. Había una historia detrás de esto, estaba seguro.

—Es momento de seguir nuestro camino—anunció, y se volvió hacia Edward—. Seguramente coincidiremos alguna de estas mañanas y podrá mostrarme su caballo.

—Así será—dijo Edward.

—Mis saludos a la duquesa, Excelencia.

—Le haré saber sus buenos deseos, lady Atholl.

Esperó con paciencia a que sus hermanas se despidieran, y dejó vagar sus ojos, que se toparon con los de la escocesa, que no apartó la vista esta vez. No logró descifrar la expresión: ¿desafío, interés, simple curiosidad? Tal vez una suma de las tres.

Cuando estuvieron a distancia considerable, se abocó a dejar hablar a sus hermanas, que claramente tenían información extra.

—¡Isla es tan bonita!—dijo Olivia, con admiración.

—Y no tiene una onza de vanidad al respecto—agregó Bonnie—. Algo que le sobra a Victoria. Cualquiera diría que lo hizo mejor que yo el año pasado—gruñó, y Francis apretó sus labios.

El tono de Bonnie era de molestia y dejaba entrever algún resquemor producto de la anterior temporada.

Le preocupó que este año trajera más preocupaciones a su sensible hermana, pero no tenía modo de torcer lo que se esperaba de ellas. *Tal vez puedes estar más atento y dispuesto a escuchar e interceder este año*.

—Nessa, empero… Es … cortante, y sus modos le van a traer problemas—dijo Bonnie.

—Pues prefiero su naturalidad a la artificialidad de muchas que conocí el año pasado. Pero entiendo lo que dices. Elizabeth adora a ambas, y me dijo que Margueritte le había confesado que están muy mal económicamente y sus padres aspiran a que puedan comprometerse con hombres que puedan sustentarlas, y tal vez ayudar a su familia. Nessa no quería venir.

Ah, ahí estaba. Un clásico. Las esperanzas de hombres venidos a menos sustentadas en los hombros de sus hijas. Era ridículo que pensaran que tendrían chances con la alta nobleza. A lo sumo, algún baronet, tal vez.

La menor podría hechizar con su belleza, pero en el entramado de los compromisos entraban otras consideraciones, y la posesión de títulos y dinero eran las más importantes. Algo que estas escocesas no poseían.

—Es una pena que no tengan la oportunidad de ser presentadas en Almack´s—señaló Olivia, que se colgó del brazo de Francis—. Me sentiría a gusto con Elizabeth y Margueritte a mi

lado. Al menos seríamos tres igual de nerviosas y podríamos conversar y divertirnos un poco.

—Es muy exclusivo, y nadie que tenga una mancha en su origen pasa por el tamiz de esas damas—señaló el duque.

—Es injusto. Estoy segura de que varios nobles que son vistos como la flor y nata tienen trapitos sucios y vidas dobles—dijo Bonnie, y Francis la miró con reconvención.

—Bonnie…

—Me molesta la doble moral, en especial cuando es contra las mujeres, Francis—defendió con apasionamiento lo que pensaba, y el duque suspiró.

—Tal vez si le pedimos a nuestra madre que patrocine a…

—No lo hará, Olivia. Ella también tiene sus reparos con la vizcondesa de Argyll.

—¿Y qué hay de la condesa de Atholl? Es una mujer encantadora.

—Nuestra familia no va a respaldar a personas con la que tenemos tan poco contacto y a las que apenas conocemos—indicó, tratando de cerrar el tema.

No quería entrar en detalles sórdidos, y la historia que corría en voz baja en relación con Percy Murray, el conde de Atholl, tenía esos matices.

Sí, era añeja y no incluía a su esposa, pero pesaba en muchos nobles, y esto iba en detrimento de sus hijas. Injusto, pero así funcionaba.

—Es una pena—suspiró Olivia, pero luego agregó—. ¿Qué te parecieron las dos escocesas, Francis? Son muy hermosas, ¿no es así?

Había un tono zumbón en la menor, y Bonnie rio bajito.

—Sí, hermanito, cuéntanos.

—No les presté atención. La charla con Edward me pareció estimulante, sin embargo. El muchacho sabe de caballos, es un punto a favor.

—Es guapísimo—dijo Olivia, suspirando—. Espero que baile conmigo en las galas que coincidamos. Es muy agradable.

—Jovencita, dudo que Andrew Murray sea del agrado de nuestra madre. Es importante que mantengas tus opciones abiertas y no te apresures, Olivia. Sé que estás nerviosa y anhelante, y que hay una tendencia a apurar compromisos, pero eres muy joven. Igual tú, Bonnie. Están en una posición inmejorable. Quiero que entiendan que tienen mi apoyo, y eso siempre será así.

—¿Así seamos unas solteras?—bromeó Bonnie, pero a Francis no se le pasó el dejo de ansiedad que había en su voz.

Esta era una más de las razones para asentarse y casarse, reafirmó. Mantener a la familia sólida y segura.

Aunque había otro tipo de medidas que podía tomar que diera tranquilidad a los suyos. Era tiempo de efectivizar los trámites para dejar a cada una un seguro económico que les permitiera tomar decisiones con autonomía y sin ser forzadas por la desesperación.

—Así se queden para vestir santos, aunque ruego que esto no ocurra. Quiero que puedan formar familias que las colmen de felicidad.

—Es un hombre de una gentileza mayúscula, su Gracia—indicó Olivia, con una reverencia—. Tiene que dejar que esto se filtre a su cara y que otros lo vean. En especial alguna inteligente y bonita debutante.

—Tal vez deberías contarnos un poco sobre tus gustos y deseos, Francis—señaló Bonnie, ruborizada—. Me refiero a referencias de carácter, a qué tipo de esposa buscas. Estaremos compartiendo muchas tardes y noches con la mayoría de las solteras consideradas apropiadas.

Carraspeó, y asintió. Esperaba no lamentar esto más adelante, pensó, mientras extendía su brazo para indicar la reja de salida del parque hacia la calle Oxford.

—Una dama elegante, bonita, pero sobria, para empezar.

—No una que dilapide tu dinero en vestidos y joyas, por supuesto, pero que vista de acuerdo con su posición, y la tuya.

—Así es. Es vital que sea inteligente, de conversación interesante, culta…

—Eso restringirá sensiblemente el número, te lo aseguro—dijo Bonnie—. Gran parte de las chicas saben bailar, bordar, tocar algún instrumento o cantar, algunas leen, pero… Coincidirás con que no se nos preparara para ser intelectualmente desafiantes.

—Ustedes lo son—les comentó.

—Porque madre y tú son liberales al respecto—dijo Bonnie—. No es lo que pasa en la mayoría de los casos.

—Hay sentido en enseñar a llevar adelante una casa y la servidumbre. Y una mujer que pueda danzar y disfrute de la música puede ser consuelo al final de una jornada—concedió—. Una buena madre y anfitriona, gentil y de buen talante, solícita.

—Varias de esas características que hoy mencionas te parecían tediosas el año anterior, y te volverían loco en cuestión de semanas. Una de las razones por las que nos quieres tanto es porque te desafiamos, y esto incluye a Samuel.

—Con ustedes me basta. No quiero una mujer que me lleve la contraria día sí y otro también. Aquí estamos—indicó—. Vayan a reportarse con nuestra madre. Yo buscaré al cochero y saldré.

—Como todos los domingos y miércoles, como un reloj—dijo Olivia, y él entrecerró sus ojos para mirarla con tal reconvención que la hizo retroceder.

Bajo ningún concepto permitiría que el tema de su amante siquiera se rozara superficialmente. Su relación con Antoinette era sexual, y había respeto y cordialidad entre ambos, pero era una transacción más, sin sentimientos de fondo.

Una relación que tendría que terminar, y de eso hablarían precisamente hoy. No podía emprender la búsqueda de una esposa cuando mantenía a una amante.

—Francis, por favor, convence a mamá de incorporar la gala de la vizcondesa de Argyll a la agenda—le dijo Olivia, y él asintió, a la par que la imagen de unos ojos verdes enormes retornaba a su mente.

Tonterías, pensó, y se dirigió a los establos.

DOCE.

Nessa mordisqueó suavemente la pluma mientras ordenaba sus ideas y pensaba qué quería que su madre supiese y qué aspectos debía guardarse.

Había prometido tenerlos al tanto de lo que aconteciera en Londres, y ya se había demorado en enviarles correspondencia, pero había estado muy ocupada. Hizo una mueca y meneó su cabeza. *Ocupada*. Era una manera de verlo.

Pasear con morosidad, ir a la modista a mirar telas y probarse vestimenta, tomar té y pastas con invitados constantes o recostarse contra una pared buena parte de una velada en una mansión deslumbrante había sido lo que había llenado la semana de actividad. Nada productivo en el sentido literal de la palabra.

Su tía Brodie y su flemático esposo habían enfatizado la importancia de lucir extraordinarias, mostrar modales exquisitos, hablar cuando se les inquiría algo y siempre, siempre, *cuidar la reputación como el tesoro más valioso que tenían*.

Esto había sido dicho con una doble mirada a ella e Isla, como si lord Percy Murray estuviese convencido de que era necesario repetírselos para que no arrastrasen su nombre por el lodo.

Tal vez así fuese, se amonestó Nessa, considerando que había errado ya en varias ocasiones, motivada por curiosidad, aburrimiento, o rabia. Es que no le era sencillo permanecer muda cuando escuchaba tonterías solemnes expresadas con lapidaria verborragia.

El mismo conde era fastidioso en sus expresiones acerca de las razones de la decadencia de su padre, por ejemplo. Había sugerido que la *mala cabeza* y *el intentar mantener vivas tradiciones que debían morir* eran lo que llevó a su padre Angus a la ruina, y a que otros tuvieran que hacerse cargo de sus desastres.

¿Cómo podía quedar callada ante la injusticia, y la sugerencia de que estaban aquí por lástima y eran recibidas por obligación? Su orgullo se rebeló, y no la contuvo el que Isla le diera un pellizco muy fuerte en el muslo.

Le había contestado, por supuesto. *Mi padre no tiene mala cabeza, sino que nos robaron. Los precios que pagan los ingleses por los productos son muy bajos, y se aprovechan. Las tradiciones son parte de la historia, y nos anclan en el presente*, le dijo.

El conde no estaba acostumbrado a ser confrontado en su casa y le había ordenado callarse. En retrospectiva, el diálogo no había sido tan terrible, y ella hizo saber lo que pensaba con relativo respeto.

Pero aquí no se toleraban versiones contrarias a las del conde, y tenía que recordarlo. Estaba en su casa, eran sus reglas. Y eso aplicaba para lo que hicieran en Londres, en general.

Suspiró, y comenzó a escribir.

Madre querida,

Espero que estén muy bien, y que tanto padre como John estén aliviados de trabajo así como de preocupaciones. Nosotros fuimos recibidas y atendidas de maravilla.

La tía Brodie y nuestros primos les envían sus mejores deseos. Han sido días intensos luego de un viaje largo, pero muy interesante, y Londres es lo que esperaba, y más.

Esto era real. La ciudad la atraía, al menos lo poco que había visto de ella. Las calles por las que habían transitado eran limpias y pavimentadas, y los carruajes modernos iban y venían llevando gente a comercios llamativos, clubs y parques.

Había color por doquier, y esto incluía a las mansiones exuberantes y construidas con materiales nobles y variados rodeadas de cuidados jardines exteriores.

La tía Brodie insistió mucho para que tengamos un vestuario variado, y si bien traté de disuadirla de gastos superfluos, en un intento por cuidar el dinero que traje, ella no ha querido saber nada.

Me avergüenza decir que acepté que se haga cargo de los estipendios sin el calor que de habitual impondría a mis negativas. Tiempos desesperados aflojan mi orgullo, al parecer.

El ajetreo es constante. Hemos conocido varias familias de importancia que tienen hijos en edad de casarse y a los que no parece detener el hecho de que nuestra fortuna va en declive. Algunos se han mostrado encantados por el hecho de que nuestro hogar esté en las salvajes Tierras Altas, pero sobre todo por el hecho de que estemos emparentados con un conde y un vizconde.

He de aclarar que las dos personas que así se manifestaron son hombres que han hecho su fortuna en el negocio del carbón, el hierro y la importación de algodón. Mostraron interés en cortejarnos en la gala organizada por la marquesa de Wittham.

Te hubiese gustado vernos allí, madre. Isla resplandecía en un vestido en pálidos rosas, y el mío en azul zafiro no estaba mal, aunque me sentí oprimida la noche entera.

Los preparativos en la mansión Atholl habían sido largos para concurrir a dicha gala, y las estancias se llenaron de gritos, fragancias y colores antes de subir a los carruajes que las llevaron a la mansión de la marquesa.

La tía Brodie lució maravillosa en su vestido impecable y sus costosas joyas, del brazo del conde, al que Nessa reconoció elegancia, aunque a regañadientes.

Sus primas, Isla, y ella misma habían sido una suma de telas suaves y brillantes, guantes hasta el codo, peinados extravagantes con plumas y flores, y tacones incómodos que le habían apretado la gala entera.

Anne, bendita sea, las había ayudado a prepararse, y no dejó de recordarles sus enseñanzas. Nessa estuvo más interesada en saber por qué la veían tan poco estos días, qué hacía

y por qué no asistía con ellas.

Su amiga había sonreído y les contó que la habían asignado a realizar recados, y cuando la criada personal de Victoria enfermó, a asistirla. Eso la tuvo muy ocupada.

Por supuesto, había pensado Nessa. La más egoísta y absorbente de sus primas la tendría bajo un tormento de órdenes y tareas.

Nessa no entendía el papel de Anne en la casa y en la familia, de verdad que no, y lo había comentado con Isla, pero no se atrevían a preguntar porque parecía un tema muy sensible con su tía.

El interior de la casa resplandecía con candelabros y lámparas por doquier. Mesas colmadas de manjares deliciosos y bebidas abundantes. La música era maravillosa. Había una banda de músicos excepcionales que tocaron toda la noche. Isla tuvo su libreta llena y fue la sensación, eso creo.

Hubo interesados que se acercaron al conde para pedir autorización para cortejar a Margueritte y Victoria, y por ello las tardes en la mansión Atholl han sido intensas desde entonces.

Había sido como un desfile, a juicio de Nessa, que veía ir y venir carruajes desde la quietud de una pérgola en el jardín, lugar que había hecho su favorito.

Sus momentos de lectura y tranquilidad habían sido interrumpidos a menudo por la llegada de Sally para decirle que su presencia era requerida en la sala de recepción, lugar adonde se recibían a los cortejantes.

Un baronet llamado Cohen estaba interesado en Margueritte, y esta estaba embelesada con el pelirrojo elegante de conversación serena y que la escuchaba con suma atención.

Victoria era cortejada por el hijo de la marquesa Wittham, para sorpresa de la tía Brodie, y la prima brillaba, e incluso estaba menos irritante.

Bien por ella, pensaba Nessa, que se había ablandado hacia Victoria cuando su tía le confesó que estaba aliviada, porque esta había sido presentada el año anterior y había tenido algunos interesados menores. El hijo de la marquesa heredaría el título pronto, eso se decía, porque su padre estaba postrado.

En cuanto a Isla, si bien su belleza tuvo a todos embobados en la fiesta, por ahora esto había atraído a dos hombres, y ninguno de ellos con título. El que los recibieran en la mansión Atholl era muestra del cariño que la tía Brodie les tenía a sus sobrinas y mostró lo empeñada que estaba en ayudar a su hermano Angus y sus sobrinas.

Lord Percy apenas sí había estado unos minutos con ellos, y tanto Victoria como Kyle habían dado pretextos para no estar presentes.

El señor Jayden Moore había sido agradable, tenía muchas anécdotas e incluía a todos en

la conversación y no esperaba que las damas estuviesen quietas y compuestas. Era un comerciante ultramarino y mostró interés en Isla.

Esta había sido gentil, pero Nessa entendió que no tenía interés en el hombre robusto y con comienzo de calvicie. El otro cortejante era el señor Charles Sommerset, hombre con el cual Nessa había intercambiado algunas palabras mientras bailaban.

Cuando le escuchó hablar en la sala de la mansión Atholl, se alegró de haberlo pisado sin piedad. Pedante y pagado de sí mismo, no parecía entender que charlaba con la esposa e hijos de un noble de alcurnia.

Edward lo había soportado brevemente antes de huir. Margueritte había pretextado una jaqueca, e Isla, que debería haberlo tolerado, se excusó diciendo que ayudaría a su prima.

Al final, solo quedaron la tía Brodie, Maude, que sufría porque no se podía mover y estaba aburridísima, y Nessa, que soportó con estoicismo la vanidosa perorata porque pudo derivar el tema al comercio de la lana en Escocia y las posibilidades de venderla saltando intermediarios locales.

Madre, debes contarle a papá que hay posibilidades de vender nuestra lana con contactos directos aquí en Londres. Uno de los caballeros me contó que la mejora en los canales ha hecho que haya más competidores y que se puede negociar con los dueños de las fábricas. Estaré atenta para ver si puedo entablar vínculos adecuados. No te inquietes, no haré nada aventurado.

Se apresuró a escribir la frase para calmarla. Esta información era una pequeña luz en la oscuridad, pero una posibilidad al fin. Sommerset había dicho que muchos empresarios preferían el algodón, pero había otros, caso el duque de Worcester, que estaban expandiendo sus fábricas y necesitaban más materia prima.

Nessa había parpadeado con sorpresa al escuchar el nombre del duque vinculado a negocios que no tenían que ver con la tierra. Ella hubiese imaginado que el noble seguía la línea de desprecio tradicional que la nobleza tenía por los que amasaban fortunas con el comercio y las fábricas.

Era una lástima que hubiese sabido esto después de la gala, porque el duque había asistido. De haberse enterado antes, Nessa se hubiese acercado y le hubiese solicitado una reunión.

Mm. Pensándolo bien, no saberlo había sido afortunado. Su impulsividad le hubiese jugado en contra. No se hacían las cosas así en Londres, e imaginó que él hubiese estado disgustado, tal vez horrorizado con su falta de tacto.

Se lo notaba estirado y circunspecto, pero era guapo. No que a ella le interesara, pero a

muchas en el salón, sin dudas. Cada paso que hacía a un lado, cada gesto y palabra, estaban bajo escrutinio. Nessa lo había observado desde los rincones en los que procuró esconderse.

Su figura alta y ancha destacaba en elegante atuendo. El pañuelo muy blanco resaltaba la piel algo cetrina de su cuello y rostro. Sus manos tenían ese mismo tinte, el de un hombre que disfrutaba del aire libre.

Los ojos claros lo evaluaban todo, serios y escrutadores, aunque no faltó una cortés sonrisa de saludo a quienes se le acercaban. Que eran muchos.

Él y un hombre apenas unos dos o tres centímetros más bajo, un elegante dandi de ojos café con una sonrisa de picardía constante, eran los más solicitados de la noche. *Su Excelencia, el duque de Elywood*, le había susurrado Elizabeth, suspirando con ensoñación.

Nessa se las había arreglado para chocar o empujar a ambos en la pista, para su humillación, y su rostro había quedado púrpura cuando el duque de Worcester la escrutó con una ceja levantada por el lapso de un giro.

Esto no le había ayudado a concentrarse en las instrucciones para el vals que Anne había grabado en su cabeza. No quería bailar, pero la empujaban a no desairar a los que se anotaban en su libreta. Eso de seguro cambiaría cuando la voz de su torpeza se corriera.

Más tarde, ella y Elizabeth habían conversado animadamente con las hermanas de dicho duque, y refrendó la idea de que tanto Olivia como Bonnie eran encantadoras. La primera estaba exaltada y entusiasmada, y la segunda era más medida en sus expresiones. Le habían contado sobre la velada en la famosa Almack´s.

<<¡Tan hermoso! ¡Resplandeciente! Incluso el Rey apareció, brevemente. Fue algo loco, también. Tenía temor de equivocarme a cada paso. Bonnie estuvo maravillosa, y el duque de Bristolbridge bailó dos veces con ella.>>

<<Olivia, sabes que Grayson es gentil, y muy amigo de Francis,>> la había reprendido Bonnie, sonrojada, y Nessa se preguntó por qué eso sería un impedimento si a la bonita mujercita, que tenía un año menos que ella, le parecía agradable.

<<¿El que sean amigos impediría un compromiso entre ustedes?>>, había inquirido, y Bonnie tartamudeó que no era conveniente, aunque Olivia se había encogido de hombros, y el asunto quedó así sellado.

No hemos visto aún al tío Colin, a la vizcondesa, o a los demás primos, con excepción de Elizabeth. Pero lo haremos pronto. Habrá una gala la siguiente semana, y la tía Brodie dice que será espectacular.

Se espera que haya muy buena asistencia, y lady Leslie invitó a muchos nobles de alcurnia. Al parecer intenta ser aceptada en esos círculos con empeño, y si bien no dudo que hubiese preferido no tenernos por aquí, la noticia de nuestro arribo se ha extendido como un

reguero, y la impactante presencia de Isla lo ha enfatizado.

Así que creo que apostarán a jugar la carta de preocupados por sus parientes menos afortunados.

Estos datos le encantarían a su madre, que de seguro reiría al leer sus irónicas palabras, aunque las traduciría sin ese borde filoso a su padre, que aún sangraba por la herida de la decepción que la ruptura con su medio hermano Colin le había abierto.

Lo que le contaba al pasar sobre que la alta sociedad londinense estaba bien enterada de su llegada era real, en el más descarnado de los sentidos.

Había escuchado una conversación mientras deambulaba por los pasillos de la mansión de la marquesa, charla que había incluido a la anfitriona y a otras dos mujeronas.

<<Esas dos jovencitas son bonitas, la menor, bellísima, pero no tienen oportunidad. Casi me apena que las envíen a Londres a jugar el rol de cazafortunas, aunque sus cabecitas no lo entiendan así>>, había dicho la marquesa, y Nessa había hecho un esfuerzo de voluntad brutal para no decirles cuatro verdades.

En su lugar, se había pegado más a la pared, y continuó escuchando. *<<Una vergüenza>>,* había gruñido la más rechoncha. *<<Es importante que los nobles solteros y sus familias estén al tanto de los apuros económicos e intenciones malignas de estas dos. La más hermosa ha captado mucho interés en dos o tres buenos partidos, que se han abocado a girar y charlar con ella en lugar de hacerlo con otras más adecuadas>>.*

<<En unos días todos lo sabrán, y no importa el auspicio del conde de Atholl, o el del vizconde de Argyll. En fin… Cambiando de tema, es maravilloso que haya logrado la asistencia de los duques de Worcester y de Elywood. El segundo no se decide a sentar cabeza, pero el primero está en la búsqueda, así me lo confirmó su madre>>.

<<Me complace comprobar que mi querida Lydia ha captado su atención>>, señaló la mujer más elegante y alta.

<<Era de esperar, lady Bournemouth. Lydia es exquisita, y brilla por atributos naturales y de su atavío>>, indicó la marquesa. *<<¿Qué mejor que la hija de un conde para el duque de Worcester? Tengo entendido que pertenecen ambos al mismo partido>>.*

<<Así es, así es. Agradezco sus palabras, lady Wittham. Creo que podrían ser la pareja de esta temporada, a no dudar>>.

La satisfacción que emanaba de su boca era obvia, y Nessa había fijado su mirada en la mencionada pareja, que había estado danzando el vals a la perfección. Pudo apreciar que la orgullosa matrona que hablaba de las dotes de su hija tenía razón.

La mencionada Lydia era una mujer alta y estilizada con el cabello castaño y ojos celestes, arreglada de manera impecable. No hizo un movimiento equivocado durante la danza,

sonrió con adecuada contención y Nessa supuso que solo habló cuando el duque la inquirió, o pareció así desde donde ella estaba.

No es que hubiese estado observándolos con fijeza, nada de eso. Pero no podía menos que atender a las diferencias entre damas como esa, finas, gráciles e inconmovibles, con ella misma.

Nessa tenía mechones cayendo sobre su frente y había derramado la mitad de su bebida en el costado de su falda. No cojeaba, pero sí se movía tiesa, y la siguiente mañana había descubierto ampollas en un pie.

Así y todo se las había arreglado para escurrirse al jardín, y se había sentado en un banco desde donde podía apreciar el salón de baile. Estuvo en soledad un buen rato, hasta que un ruido atrás le hizo volver la cabeza y vio que el duque de Worcester estaba a unos metros.

Se había incorporado por inercia, e hizo una reverencia, pero él hizo una mueca y se había retirado rápido, sin dirigirle la palabra, lo que provocó una punzada en su pecho. Al parecer el noble era grosero, y no se cuidaba de mostrar su desprecio a los que no eran sus iguales.

¿Es que respirar el mismo aire era un problema? ¡*Hombre despectivo y prescindente, cateto inconsiderado, pagado de sí mismo*!

¿Cómo se le podía haber ocurrido que podría pedirle una audiencia y explorar la posibilidad de hacer negocios? Desvaríos de una alocada soñadora, como solía decirle John cuando se enfadaba.

Edward y Maude habían venido en su busca minutos más tarde, cuando todavía la ira la consumía, y aparecieron aliviados de encontrarla. El primero le dijo que no tenía que perderse de vista ni andar sola por pasillos y jardines.

Algo ya repetido, pero se le había olvidado, impulsada por el tedio y la incomodidad de estar en un lugar que consideraba hostil. La necesidad de chaperona constante era frustrante.

Dile a John que cuide de Lento y de Buster. No tengan cuidado, madre, estamos bien, y tengo esperanzas de que nuestros asuntos mejorarán muy pronto.

Su hija que los quiere,

Nessa.

Pensar en su familia, su perro y en su caballo la sumió en la nostalgia por un buen rato, pero luego suspiró, y esto coincidió con la llegada de Sally, que traía ropa en sus brazos.

—Señorita, este vestido de montar y las botas son de su talla. La señorita Margueritte se las regala. Están impecable porque ella no es dada a cabalgar, y además, tiene otro atuendo de ser necesario.

—¡Perfecto!—dijo con alborozo.

La posibilidad de cabalgar la hizo suspirar de gozo, y aceptó la ayuda de la criada. Cuando estuvo lista, se apresuró escaleras abajo y hasta las caballerizas, donde Edward le había dicho que la esperaba.

Convencerlo de aceptar su compañía había sido sencillo, lo difícil sería que le permitiera disfrutar de un trote vigoroso. El conde había fruncido el entrecejo y le había dicho que mantuviera las formas y no los avergonzara cuando escuchó que saldrían.

Nessa suspiró, pero se dijo que ya tendría oportunidad de montar como quería al volver a su hogar. Sonrió a Edward, y admiró su caballo, lo que hizo que su primo inflara el pecho.

El caballo que le trajeron no estaba mal, decidió, pero suspiró al ver el sillín lateral. *Nada de montar a horcajadas*, había dicho Anne decenas de veces. *Una dama usa un sillín adecuado.*

Y helo aquí, pensó con el ceño fruncido. Era imposible dar un salto para montarse en el corcel. Entonces se le ocurrió que era lo mejor, porque con la falda de montar hasta los tobillos y pesada como era, no podría garantizar que no se le enredara y cayera de bruces.

—Usa esa base—Edward le señaló un madero ancho y alto—. Mis hermanas recurren a él, o a mi ayuda, pero ya me ves, listo, y tú eres ágil como una amazona.

—Es increíble que hasta le quiten el gusto a una cabalgata—gruñó, y se apoyó en el lomo del caballo para impulsarse arriba y quedar sentada.

Tres veces debió hacerlo. Por fortuna el animal era manso y estaba acostumbrado a estas lides, porque se podría haber roto la crisma con el envión final, que casi la pasa para el otro lado de la grupo.

Miró de reojo a Edward, que contenía la risa. ¡*Cateto*! Se removió para acomodarse bien, y azuzó la grupa izquierda para que avanzara.

—Necesito una fusta. Lograr que gire a la derecha será imposible sin ella.

Su primo movió el corcel y tomó una mediana de una de las paredes, de donde colgaban bridas, sillines, y otros elementos para cabalgar. Se la entregó y le hizo una seña para que lo siguiera.

—Vamos, Nessa.

Esta asintió, y a pesar de las limitaciones que le significaban la ropa incómoda y el ir de lado, su boca se ensanchó en la primer sonrisa amplia y natural desde que había arribado a Londres.

TRECE.

El trote del caballo era equilibrado, y estaba domado a la perfección para atender a los comandos más sutiles de su talón, consideró Francis mientras se deleitaba en el movimiento poderoso del bruto avanzando sobre la superficie de la vía más importante de Hyde Park.

Este y otro corcel habían arribado ayer, tal y como Saint le había prometido. Había estado deseando montarlo, por lo que esta mañana se había levantado más temprano que de costumbre, dispuesto a probar su desempeño.

La extensión de dos kilómetros que era la Rotten Row en el Hyde Park era poco desafío para la resistencia y velocidad de este ejemplar, y si se atendía a lo poderoso de su ancestro, el esfuerzo sería mínimo.

Aspiró el aire cortante con deleite y azuzó al animal para que su trote se convirtiese en galope, y por unos instantes exhilarantes, se sintió en su propiedad a campo abierto.

La cerca de madera que bordeaba el camino mostraba que no era así, y se recordó que las autoridades que controlaban el parque abogaban por montar a un paso prudente.

Mas solo había cruzado tres o cuatro mozos de cuadra ejercitando a los caballos de sus señores, que debían dormir y vendrían a la tarde, como lo hacía la mayoría de quienes usaban este sitio como vidriera o evento social.

Sí, el corcel respondía de manera fenomenal, girando a izquierda o derecha, deteniéndose y avanzando a voluntad de su jinete, aunque cada movimiento lo hacía con nervio, para deleite de Francis, que detestaba los caballos sumisos y sin brío.

Hizo un sonido de chasquido y el caballo se elevó sobre sus patas traseras, relinchando, y Francis rio, ajeno a la mirada de desaprobación del jinete que pasó en sentido contrario, que a pesar de ello hizo un movimiento de saludo con su cabeza.

Su rango haría que, si acaso, su conducta fuese comentada, y lo que recibiría sería una recomendación de cautela. Pensar esto le hizo contener su entusiasmo y dirigió las riendas para sostener un trote vivo. No tenía que aprovechar su posición para desafiar las reglas.

Los casi mil metros recorridos con velocidad y novedad le quitaron parte de su energía excesiva y se contentó con avanzar, su mente perdiéndose en consideraciones. Tenía un largo día por delante, y una reunión con su administrador sería la primera cita de la mañana.

Por la tarde concurriría al Parlamento, y había prometido a sus hermanas que las acompañaría a la tertulia organizada por lady Polly Mitchell. Al parecer era un evento esperado porque contaría con la actuación de una cantante de ópera excepcional, además de que *lady Lydia Rose Bournemouth estaría allí*, había agregado su madre, como si este dato fuese trascendental.

Su progenitora no había demorado en percatarse de que la bonita hija del conde de

Bournemouth era la que más le había atraído del abanico de damiselas de todos los colores y formas desplegadas por el gran salón de Almack´s, y luego en el más pequeño de la marquesa de Wittham.

Se estremeció al pensar en las horas pasadas en pie o girando en la pista, cambiando varias veces de acompañante para no dar esperanzas infundadas.

Bailar dos piezas seguidas hubiese equivalido a una declaración de interés, por lo que se instó a atender y sonreír, además de preguntar intrascendentes detalles a las damas con las que bailó.

De la misma manera, procuró estar al lado de sus hermanas o de Hugh y Grayson el resto del tiempo, porque no sería la primera vez que una dama taimada entrampara a un noble para que estuviese a solas con su hija y luego obligarlo a casarse para lavar el honor mancillado. En varios sentidos estos salones eran peor que una jungla.

Sí, lady Lydia tenía su atención. Era hermosa, bailaba muy bien, vestía y olía de maravilla, y tenía los modales perfectos. Adecuada, eso le pareció. Su padre pertenecía a su partido, y aunque su relación no era estrecha, lo encontraba soportable.

Incluso había aplaudido su postura en defensa de los veteranos de guerra y la política exterior británica. Un hombre con una fortuna considerable y sin vicios flagrantes, todo lo que aseguraba que un compromiso entre ambas familias sería celebrado.

De todas formas, esperaría para hacer un movimiento en ese sentido. No era un hombre de prisas, y atarse por años ameritaba más que guiarse por primeras impresiones.

Sostenía la misma idea en relación con sus hermanas, y su preocupación no estaba tanto en Olivia, que se había sumergido en los salones con naturalidad y entusiasmo, y sí en Bonnie.

Esta había actuado un pelín agitada en las dos oportunidades, y Francis no había dudado en solicitar la ayuda de Grayson para darle ánimos y entretenerla.

Este era como un hermano, y conocía a las suyas desde niñas, y las protegería de ser necesario. Francis quería evitar que alguno de los calaveras que transitaban estos eventos, munidos de un título pero sin dinero, hiciera de Bonnie u Olivia su blanco. Él podía lidiar con las aves de presa, pero era mejor anticiparse a sus movimientos.

Miró al frente, más atento. Hacia él avanzaban dos jinetes, uno de ellos femenino, con el cabello claro al viento y el color borra de vino de su atuendo contrastando con el paisaje de verdes y marrones de la vegetación y de grises acelestados del alba.

Edward Murray, el hijo del conde de Atholl, y una de las escocesas que había visto en este mismo parque una semana atrás. Y tres noches antes, cuando ella lo había empujado con torpeza en la pista de baile de la marquesa.

La mujercita se balanceaba con mucha gracia sobre la montura, empero, como si estuviese unida al corcel, acompañando a este en sus movimientos, y la sonrisa que apreció en su

rostro era brillante.

Francis entrecerró sus ojos, y no los apartó mientras se acercaba, a pesar de que sabía que Edward lo había visto. Ella no, tan embelesada estaba en sus alrededores y palmeando y hablando al bruto. ¿*Quién hacía eso*?, pensó.

—Excelencia, qué gusto encontrarlo—elevó su voz Edward cuando estaban a unos cinco metros, su mirada fija en el caballo de Francis, quien recordó lo entusiasmado que había estado el muchacho cuando le contó sobre su adquisición en Tattersall.

Los ojos verdes muy abiertos giraron hacia Francis, que sintió el peso de esa mirada intensa que mezclaba escrutinio y curiosidad. De inmediato le vino a la mente este mismo duelo en los jardines de la marquesa de Wittham, cuando él había salido a tomar un poco de aire y para alejarse por un instante de la multitud, y se había topado con ella, sola.

La sorpresa le había hecho detenerse en seco, y cuando ella le miró, sin parpadear, el instinto de evadir problemas le había hecho girar sobre sí mismo y huir, porque no había chaperona. Expuesta y libre, ignorante o desafiante de las reglas sociales.

—Buenos días, lord Edward—El joven había heredado un título menor de uno de sus tíos paternos, por lo que el tratamiento correspondía—. Probando su nueva adquisición, imagino.

—Así es, Excelencia. Y es una maravilla.

—Así veo—asintió.

Se acercó al trote y miró al caballo con apreciación. Era un buen ejemplar, era indudable. Su mirada se posó sobre la joven, que estaba arreglando su falda y hablaba por lo bajo, unos dos metros más lejos, prescindente de su presencia.

Insolente, o ignorante de las mínimas cortesías. Su mirada recorrió la curva que su cabeza inclinada hacia la izquierda dejaba visible desde el lóbulo de su oreja por su cuello y hasta su clavícula.

—Nessa, el duque de Worcester—dijo Edward, algo tenso, y entonces ella elevó sus ojos, mientras su caballo caracoleaba, lo que la hizo mascullar algo por lo bajo.

El duque taloneó para acercarse, por instinto, temiendo que acabase en el suelo, pero la vio recuperar control acudiendo a su fusta.

—Buenos días—dijo ella, obviando el tratamiento que su título implicaba, pero la disculpó a su interna, porque aún se afanaba en colocarse derecha en su montura.

—Buenos días, señorita. Tenía entendido que los habitantes de las Tierras Altas eran jinetes excelsos. Supongo que hay excepciones—señaló, cediendo a un impulsivo deseo perverso de incordiarla, y la manera en que sus ojos se agrandaron y el verde pareció devorado por motas doradas fue increíble.

Sus rasgos, por otro lado, dibujaron sus emociones a través de expresiones rápidas. Una *O* de sorpresa y un rictus molesto en su boca de labios cincelados como los de una de las

esculturas griegas que se exponían estos días en el museo.

Sus cejas levantadas, el parpadeo rápido que hizo que las pestañas abanicaran sus ojos, sus manos apretando las bridas… Todo habló de tensión y furor, pero ella demostró inteligencia al controlarse.

—Oh, lo somos, pero no solemos constreñirnos tanto para una cabalgata. Las mujeres no tenemos desventajas allá… O al menos, no tantas—dijo, la frustración colándose leve en su voz, mientras señalaba su posición de costado y su falda.

—Nuestras damas no tienen inconvenientes con esto.

—Sus damas *se exhiben* sobre los caballos, *no cabalgan de verdad*—remarcó—. Lo mismo en cada espacio a los que asisten—anunció, y la aspereza de su voz provocó que él elevara su ceja, y se hizo adelante, sus manos en sus muslos, desafiándola con la mirada.

—No es algo que moleste a sus primas, a su tía, o incluso a su hermana, si observé bien sus comportamientos el otro día en este mismo parque, o en la gala de la marquesa Wittham—le espetó, y ella se sonrojó hasta la raíz.

Edward carraspeó, llamando la atención de ambos y sacándolos del duelo verbal al que Francis se dejó arrastrar. Le molestó que ella tuviese ese poder sobre él, sacarlo de sus cabales, pero era una tontería, por supuesto.

Ella era una mujercita sin modales y hablaba desde la torpeza que parecía caracterizarla. No bailaba, no era capaz de dialogar sin discutir o decir inconveniencias.

—Ese caballo suyo es impresionante, Excelencia. ¡Qué líneas, qué poderío en esos músculos!—dijo Edward con admiración, y Francis sonrió, palmeando el lomo del corcel.

—Es una maravilla. Es la primera vez que lo monto, por cierto. Es descendiente del grandioso *Eclipse.* Supongo que habrá escuchado de que ese caballo nunca fue vencido—agregó con orgullo incontrastable.

—Lo sé. Es formidable—susurró Edward, descabalgando para venir más cerca, y el duque lo imitó.

Ambos se enfrascaron en detalles acerca del pura sangre y sus ancestros, y el respeto por el muchacho aumentó. Sonidos de roce de telas lo hicieron mirar a su lado, y vio que la mujercita…

Nessa, se dijo, ese era su nombre… Ella estaba mirando al caballo con la misma atención de ambos, y su mano pequeña le acarició la testuz, murmurando palabras de aprecio casi en la oreja. El animal resopló y su pata delantera escarbó en la grava, nervioso.

—Es un ejemplar magnífico.

—¿Quiere montarlo?—ofreció a Edward, que asintió sin dudar, por lo que intercambiaron bridas, y en segundos el muchacho taloneaba alejándose por la pista.

—Es un pecado tener a un caballo así para paseos en un parque—dijo ella—. Un

ejemplar como ese debería estar cabalgando en la campiña, permitiéndosele explotar su energía.

El descaro de esta mujer, queriendo decirle qué hacer y cómo actuar con lo que le pertenecía, pensó, y su mirada volvió a la boca, que dibujaba un rictus porfiado. Esos labios podían ser muy expresivos.

—Ese animal estará perfectamente cuidado, alimentado, cepillado y abrigado en mis establos.

—Lo mejor que puede tener es su libertad, y yo creo que esta la encuentra en la velocidad y el campo abierto.

¿Por qué parecía que estaban hablando de algo más que de caballos?, se preguntó, pero renegó de la idea. Ella no era quien para llegar y juzgar cómo se hacían las cosas en Londres, o cómo las hacía él.

—Hay sentido en el orden, las normas, la estructura. Así se progresa, se controlan los impulsos. Es válido para caballos, y seres humanos, creo yo.

—Si le gustan domados…—indicó la atrevida, todavía ignorando la manera correcta de dirigirse a él, y esto lo rebeló.

—Su Excelencia, o su Gracia—le dijo, la mirada fija en ella y la voz cortante—. Intuyo que le han enseñado que esa es la manera correcta de dirigirse a mí.

No le dio tregua, sus ojos fijos, hasta que se puso como la grana y bajó la vista, asintiendo.

—Mis disculpas… Excelencia—alargó la palabra, que además surgió como mordida, pero le produjo satisfacción, aunque pareciese poco digno de un adulto de su estirpe.

Ella lo molestaba, lo movilizaba, y no en el buen sentido. Osada y sin formas, una semi salvaje que no tendría suerte en los salones, y sería objeto de burlas y estigma, pensó, y su satisfacción se desinfló.

Alguien tendría que llevar sentido a esta cabecita hueca, se dijo. Miró al joven que estaba dando la vuelta a unos cien metros.

—¿Cómo ha ido su presentación y la de su hermana? Me percaté de que ella tuvo mucha atención en la velada pasada. Imagino que la mansión Atholl ha de estar muy visitada estos días.

Observó su reacción, que deliberadamente buscó, como un bastardo, al implicar que no habría interesados en ella. Para su sorpresa, no demostró molestia ni humillación, sino que una sonrisa se extendió en su faz.

—Isla es muy bella, sí, y cualquiera que se interese de verdad en ella verá que lo es también por dentro—Hubo genuino cariño en la expresión—. De hecho, creo que mi hermana no se conformará con menos de lo que merece, una vez que pasen la ilusión y la ceguera que provoca el brillo falso de esta ciudad—señaló, y el duque movió sus cejas para demostrar su sorpresa ante el veneno de las últimas palabras.

—¡Ouch! Temo que hace juicios rápidos y engloba en ellos a demasiada gente como para que estos sean certeros. Habla usted como si fuera juez de carácter y virtudes. ¿Lo es?

Ella parpadeó, y se mordió un costado de su labio inferior.

—Tiene usted razón, me disculpo—dijo—. No soy una mujer de modales o virtudes excelsas, y menos aún de las que se estiman aquí.

—Me percaté. Estar sola en un jardín a la noche, sin chaperona. Debería ser más cuidadosa con eso, señorita—sus ojos azules la taladraron, y ella parpadeó.

—Yo… Esas galas son tediosas al punto del colapso.

—Mm, y sí, porque no disfruta el baile. Lo percibí en el momento en que me empujó en la pista así como lo aprecié en la cara de sufrimiento de ese caballero… No recuerdo su nombre.

Ah, ese color borgoña de sus mejillas era adorable, similar al de uno de los tintes que su fábrica de alfombras utilizaba.

—No es extraño que no recuerde su nombre, no es un noble como usted. Ese caballero es Charles Sommerset.

Edward estaba llegando a su lado, una gran sonrisa en su cara.

—Lo lamento, Excelencia, me entusiasmé y lo he demorado—dijo, desmontando, y acariciando el pelo del caballo.

—De ningún modo. Estaba poniéndome al día sobre las andanzas de su señorita prima en Londres.

—Nessa está… adaptándose—respondió Edward, elevando levemente las comisuras de sus labios.

—Lady Atholl debe estar muy ocupada con sus hijas y sus sobrinas. Hay innumerables galas y reuniones programadas. Los cortejantes han de ser muchos.

—Mi señora madre disfruta de ello, y estoy de acuerdo en que la belleza y talentos de mis hermanas y primas tentarán la soltería de muchos. Es temprano para aventurarse, pero escuché que nombraban a Sommerset. El pájaro tempranero se queda con la lombriz, eso dicen—rio Edward, pero el rodar de ojos de la escocesa y la seriedad de Francis le hizo ver que su broma había sido desafortunada.

—Edward, es hora de que regresemos. Excelencia, buen día—dijo ella, y Edward asintió y murmuró un saludo, llevándose una mano al sombrero.

Francis sonrió al ver que estaba avergonzado y se subía a su caballo sin ayudar a la mujercita a montar. Esta estaba intentando poner su pie en el estribo, que estaba demasiado alto.

Si por alguna chance lo lograra, pondría presión excesiva en la montura, que quedaría descentrada y podría provocar su caída.

Suspiró al ver un retazo de piel tentadora entre el batir de la falda, y escuchó el resoplido frustrado de ella, que miró a todos lados.

—Oh, por Dios—Edward amagó a bajar, pero el duque intervino.

—Permítame—elevó su voz y se acercó al joven, al que entregó las riendas de su caballo, y fue hasta la mujercita—. La ayudaré.

Se arrodilló y entrelazó sus manos, mirando hacia arriba inexpresivo, indicando el hueco con un gesto de su barbilla. Ella dudó, pero luego colocó su pie izquierdo con firmeza, y posó la mano en su hombro, tras lo cual estiró su rodilla y se impulsó. Él se elevó para ayudar el movimiento, logrando que ella quedara sentada en la montura de manera correcta.

Mechones de su cabello sedoso rozaron su rostro en el proceso, y su mano rozó la de ella, suavísima, al ayudarla a estabilizarse. La fragancia sutil a flores que se desprendía de su cuerpo le hizo aspirar hondo, y le encantó.

Fresca, natural, apreció. No supo por qué percibió esto con tanta intensidad, pero lo hizo, y la convicción de que se comportaba como un niñato le hizo tensarse.

—Gracias, Excelencia—dijo ella, bajito, y él asintió, serio y compuesto, avanzando para tomar las bridas de su caballo, que montó de un salto.

—Los veré en la gala en casa de la vizcondesa de Argyll.

—Oh, allí estaremos—sonrió Edward—. La vizcondesa estará feliz de contar con su asistencia, Excelencia.

—Mi hermana Olivia es muy amiga de Elizabeth, y el grupo de señoritas que la rodean. Eso incluye a su prima Isla, y no dudo que también a usted, señorita Nessa.

Ella hizo un gesto de asentimiento tímido, y Francis consideró, por primera vez, que detrás de su aparente desinterés y altanera concepción de la temporada social londinense y sus participantes, había cortedad y temor.

CATORCE.

—En un placer tenerla aquí, lady Leslie—repitió la tía Brodie, a la vez que hacía una discreta seña a las dos criadas para que comenzasen a servir el té y dejaran los platos con pastas al alcance de las damas y caballeros presentes.

La sala de recibir de la mansión Atholl estaba colmada. Su tía, sus tres primas, Kyle, Isla y Nessa conformaban el grupo anfitrión, que recibía a la vizcondesa de Argyll y sus hijas Megan y Elizabeth.

También había venido el vizconde, su tío Colin, que les saludó brevemente antes de ser conducido al escritorio del conde de Atholl.

Era la primera vez que Nessa veía a sus tíos en varios años, y lo primero que le vino a la mente era que el tiempo no había sido generoso con ellos. O tal vez era su encono el que hacía la valoración.

La vizcondesa estaba ricamente ataviada y enjoyada pero, aunque exudaba prosperidad, no era ni la mitad de bonita que la tía Brodie. Los aretes y la gargantilla eran más propios para una fiesta nocturna y estaban colocados para impresionarlos.

Una sola de esas joyas podría atemperar los ímpetus de los acreedores de su familia, consideró Nessa, y era la muestra de que al vizconde no le tocaría el bolsillo el ayudar a su medio hermano en sus tribulaciones económicas.

No cometería la tontería de contar a su estirado tío la apurada situación en la que estaba su hermano en las Tierras Altas, no tenía sentido. Su padre había sido muy claro al respecto: Colin había desertado de la familia, abandonándola en el instante en que consiguió su título nobiliario, y esta se había convertido en un peso para él.

Nessa sospechaba que esta mujer que degustaba pastas con avidez estaba detrás de esa conducta de desapego, o al menos la había estimulado. La vizcondesa era una mujer estirada, pendiente de la mirada de sus pares y en un esfuerzo constante por ser aceptada entre los más poderosos que ellos.

Por lo que se desprendía de sus comentarios, lo estaba logrando. Bien por ella, pensó con aburrimiento, mientras asentía y escuchaba a medias lo que se charlaba. Estaba más entretenida con la observación de sus primos.

Kyle era la imagen de su padre, y sus modales eran impecables. Escuchaba con atención a las damas, sonreía cuando debía, estimulando la charla con frases cortas. Mas había una frialdad en sus ojos que denotaba que no lo hacía con real interés. Muy diferente a Edward, por cierto, al que Nessa adoraba.

Megan era atractiva, aunque bastante plana en su cháchara, que en general emulaba la de su madre, o reforzaba esta. Le faltaba carácter, algo que no ocurría con Elizabeth. Podrían

intercambiar a Kyle y Elizabeth de familias y a nadie le parecería raro, se le ocurrió.

—Megan, Kyle y Victoria se parecen, ¿no crees?—se agachó para susurrar en el oído de Isla, que escondió su boca tras la taza de porcelana para sonreír, y susurrar:

—Es notable como no olvidas nuestra niñez. Te complacías en molestarles allá en el castillo. Todavía recuerdo cuando colocaste aquella rana en la cama de Megan. O la oportunidad en que empujaste a Kyle de su caballo.

—O cuando escondí a Victoria las cintas de cabello y su peine—agregó, e hizo una mueca breve.

No era raro que la esquivasen o le prestasen poca atención. Había sido una niña activa, bromista y gustaba de tomar el pelo de los visitantes más estirados y poco divertidos, y estos tres… Seguían iguales.

Tú también, Nessa, pero a ellos les va muy bien, y tú has tenido que ceder posturas y fingir que te pareces o quieres ser como ellos. La idea la rebeló. ¡Ella no deseaba ser una aristócrata tonta! Detestaba estar aquí con la misma fuerza con la que tal vez ellos la querían lejos.

—Será una recepción maravillosa, Brodie, y me atrevo a decir que uno de los puntos altos de la temporada, aunque parezca que peco de vanidosa o soberbia.

Nessa estuvo segura de que ese era un pecado que cometía a menudo, y la forma en que se dirigía a Brodie era la primer demostración. La tía era una condesa, y por ello estaba en un escalón jerárquico superior, pero la dinámica entre ambas no lo trasuntaba.

Brodie se refería a su cuñada como Lady Leslie, o vizcondesa. Esta, usualmente usaba el nombre de pila de la condesa, con la familiaridad que le negaba a la otra.

Y eso cuando hacía más de dos décadas que se conocían, y cuando habían pasado mucho tiempo juntas allá en las Tierras Altas, en principio, y luego acá en Londres, donde vivían a poca distancia.

¿Qué podían esperar Nessa e Isla con este antecedente? La vizcondesa detestaba a Angus, tal vez porque representaba ese pasado que la hacía poco atractiva para los grandes apellidos, reflexionó Nessa, mirando sus gestos y expresiones.

Lady Leslie era la tercera hija de un barón que había logrado interesar a Colin justo cuando este heredó su título. Probablemente creyó que esto le aseguraría mayor consideración entre sus pares.

El tío Colin era un hombre de metas cortas y le había costado dejar atrás sus costumbres, más que a su familia. Durante varios años se resistió a mudarse de Glasgow, y entonces la vizcondesa trató de que al menos fuesen dueños de un castillo y tierras.

El de los Campbell parecía ideal, y de ahí el conflicto desatado que partió en pedazos a la familia. Entonces, se habían mudado a la propiedad rural heredada en las Tierras Bajas, y de allí

a Londres, donde al parecer *eran propietarios de una de las mansiones más elegantes y sofisticadas de Regent Street.*

—Es maravilloso, lady Elise. Supongo que los preparativos para tan importante gala la han de haber agotado.

La mujer asintió, y Nessa fijó su vista en las manos regordetas que acompañaban las palabras.

—Organizar algo tan grande y lograr que la servidumbre entienda y cumpla con sus tareas es tarea difícil, pero ya todo está listo para esa noche. Me aseguré de llevar las tarjetas en aquellos casos en los que se impone una invitación personal, por supuesto.

Nessa había visto la tarjeta hacía algunos días, por lo que los Atholl no estuvieron incluidos en tan alta consideración, pensó, y no se perdió de apreciar las miradas entre Margueritte, Maude y Kyle, quien perdió su sonrisa.

Un desliz de la vizcondesa, pero ella no se percató, tan inmersa estaba en la descripción de sus tejemanejes.

—Por supuesto—asintió la tía Brodie, que parpadeó, pero no esbozó molestia.

Nessa no sabía si admirar o denostar esa inexpresividad que su tía, amable y gentil la mayor parte del tiempo, adquiría en momentos como estos, soportando la conversación pueril y la falta de respeto de una mujer inferior en varios aspectos.

Nessa no pensaba en términos de títulos. La tía Brodie era mucho mejor madre de lo que la vizcondesa sería alguna vez; Elizabeth lo dejaba entrever cuando suspiraba y hacía notar a Maude o Margueritte lo afortunadas que eran.

—La duquesa de Worcester me hizo saber que ella, sus dos hijas y el duque asistirán—agregó lady Leslie con una sonrisa brillante—. Otros nobles confirmaron en los siguientes días, y entre ellos, la condesa de Bournemouth—hizo un gesto que pretendió pícaro, pero que a Nessa se le antojó desagradable—. Por supuesto, no podía ser menos. De algún modo supo que el duque vendría a mi mansión, y no quiso perder oportunidad. Se rumora que él mostró interés en su hija, y la condesa ha de estar afilando sus garras para atraparlo.

—Haciendo lo que todas las madres de las debutantes hacen, lady Leslie—indicó la tía Brodie.

—Oh, claro, a todas nos preocupa que nuestras queridas hijas sean respetadas y puedan ser cortejadas por hombres adecuados. Pero hay casos…—suspiró con dramatismo—. La desesperación se nota, y no es agradable, ni elegante, ni tiene éxito—su mirada se clavó en Nessa e Isla, y la primera no bajó la suya.

Ni muerta le dejaba ver que la afectaba.

—No considero que lady Lydia Bournemouth esté desesperada—intervino Kyle—. Es una mujer muy bonita, de exquisitos modales, y su familia posee una fortuna considerable. Se

habla de rentas que superan las quinientas mil libras.

Nessa casi se atragantó con una pasta al escuchar la cifra, y tragó con dificultad. Dios, eso era muchísimo dinero. ¿De verdad se podía tener esa cantidad? Unos tanto, otros tan poco.

—Pero el duque supera eso con amplitud—sentenció la vizcondesa, chasqueando su lengua—. Entre las propiedades y sus fábricas, se dice que supera el millón de libras. Es un hombre muy inteligente que ha logrado aumentar su herencia con creces.

—Un partido que ha despertado el interés de muchas—dijo la tía Brodie—. Ha sido así por años, pero no había mostrado interés en una boda antes.

—Participar en la guerra hizo que estuviese un año afuera, y su pasión por los inventos aplicados a la economía, amén de su talento para los negocios, es reconocido—dijo Kyle, que se encogió de hombros—. El duque prefiere el campo y pasa todo el tiempo que puede allá. Cuando viene a Londres, el Parlamento absorbe parte de su tiempo. Es un liberal entre los whigs—agregó, con un gesto de disgusto.

—¿Qué quiere decir eso?—demandó Nessa, interviniendo por primera vez.

—Tiene ideas un tanto… Digamos que es de aquellos que promueven mejoras para los obreros que exceden las que son posibles, si se quiere obtener ganancias. Sus discursos encendidos son molestos, o eso dice nuestro padre.

—Pero dijiste que él ha incrementado sus ganancias, a pesar de darle mejoras a sus obreros… ¿Supongo que ese es el caso?

Frunció el ceño. No sería la primera vez que alguien defendía algo y no lo aplicaba o cumplía con eso.

—No lo sé, pero…

—Oh, toda esta charla es innecesaria. Esos temas de política y economía nos exceden, Nessa querida, y harías bien en recordarlo. Las damas tenemos demasiado en nuestras manos como para introducirnos en temas que no nos interesan.

A mí sí, quiso decir. Me interesan, me involucran, y no me exceden, quiso gritarle.

—El contar con la asistencia del duque de Worcester en tu gala logrará que sus amigos también estén presentes—dijo Brodie, quitando atención de Nessa, que agradeció el detalle.

—Oh, los duques de Lycombe y de Bristolbridge asistirán, no me cabe duda. Por supuesto, eso implica más presión sobre mis hombros. No puede haber más que perfección en los detalles. Me he asegurado de ello. La modista ha trabajado con denuedo para que estemos impecables.

Su mirada pasó por todos, y recaló más tiempo en Nessa e Isla, que se miraron. Había un comando evidente en la mirada y las palabras que no se expresaban.

La vizcondesa había venido para asegurarse de que su familia estaría a la altura del magno evento que organizaba. El descaro era flagrante, aunque al no ser expreso, impedía una

respuesta acorde.

Una que no se le daría, porque ninguno de los presentes era de confrontar o poner en su lugar a otra persona, con excepción de Kyle, hubiese creído Nessa, pero este solo hizo un gesto de molestia y suspiró.

—No podemos esperar a disfrutar de tu hospitalidad y calidez, *Leslie*—señaló la tía Brodie, arrastrando el nombre, y Nessa entrecerró sus ojos.

Mm, su tía manejó el sarcasmo con maestría, y eso la reconfortó. A veces olvidaba que las garras no tenían que estar expuestas para existir.

La vizcondesa apareció desconcertada por un momento, no acostumbrada a que usara su primer nombre. Luego, decidió no dar entidad al asunto, y su mirada se clavó en Isla y en ella.

—Queridas, entiendo que puedan necesitar ayuda para comprar atuendos como los que se deben vestir en estas ocasiones, pero hay crédito abierto a mi nombre y…

—Eso no será necesario, lady Leslie, pero lo agradecemos—dijo Isla, adelantándose a su respuesta, mientras su mano apretaba la de Nessa, instándola a callar, y esta cerró la boca con una mueca.

—El conde y yo estamos exultantes de tener a ambas con nosotros, y cuidamos de que estén perfectas para las galas y tertulias a las que asistimos. No cometeríamos el absurdo de exponerlas, como comprenderás. Isla y Nessa han resplandecido, ¿no es así, mis queridos?—dijo a sus hijos, que asintieron todos.

—Isla ha embobado a todos—dijo Maude.

—Por supuesto. Mi intención es ayudar—aseguró lady Leslie—. Me imagino que han de estar echando de menos su hogar, a sus padres. ¿Cómo está Maisie?

—Muy bien, y también mi padre—dijo Nessa—. Gozan de buena salud, y están en su mejor momento.

—Oh, eso es un alivio. Las malas lenguas…—Lady Leslie suspiró—. Me temo que algunos malintencionados esparcieron rumores terribles sobre su situación económica, querida. Y sobre el hermano de tu madre, ese comerciante locuaz, Percival algo.

Era increíble lo rápido que viajaban los rumores, se dijo Nessa, molesta, pero no daría la satisfacción a esta víbora. Esta mujer encontraría solaz en saber que Angus estaba sin un penique y a punto de perder sus tierras.

Leslie no entendía que esto iría en detrimento de la imagen de su esposo Colin, porque el escándalo lo salpicaría. Había gente tonta, no importaba cuán importante y sabios creyeran ser.

—¿De verdad?—fingió horrorizarse, llevándose incluso una mano al pecho—. ¡Es ultrajante! Mi tío emprendió viaje al continente. Es algo que siempre quiso hacer, y como la guerra terminó, le pareció ideal. Por otro lado, los negocios de la lana y la carne están como de costumbre. La gente sigue comiendo y se hila y teje más que nunca.

No era así. Durante la guerra, los ejércitos consumían muchísimo, por lo que la materia prima se había encarecido, aka carnes, lanas, granos, y ello benefició los bolsillos de los productores como su padre.

Con la desmovilización y la vuelta a los hogares de los sobrevivientes luego de la última estocada de Napoleón Bonaparte en 1815, los precios se derrumbaron, además de que el algodón había sustituido a la lana en muchos productos. Pero el golpe de gracia lo dio el tío al huir.

Nada de esto iba a reconocer frente a esta mujer, que alimentaría el ego de su tío y tal vez propiciaría otro intento de adquirir el castillo Campbell. Su padre moriría de disgusto y vergüenza, y ella otro tanto.

—El interés que estas chicas han generado es reconfortante—señaló la tía Brodie, y lady Leslie elevó una ceja.

—¿Eso ha resultado en algún cortejo concreto?—demandó saber, y hubo susurros entre las mujeres, algunas risitas y rubores.

—Pues sí, mi Margueritte tiene un firme interesado, y el señor Charles Sommerset ha hecho bien visible sus intenciones con Nessa.

Esta demudó su rostro, y parpadeó, y su rostro debió ser muy cómico, porque hasta Kyle rio. La única excepción fueron la tía Brodie y lady Leslie.

—¿A mí? Pero… El baile que compartimos fue… Lo pisé varias veces… Las veces que ha venido…—Estaba confundida—. Creí que había marcado su interés en Isla.

Esta carraspeó y achinó sus ojos, y se ruborizó.

—El señor Sommerset cree que tú serías una esposa perfecta, Nessa querida, y por supuesto le hice saber que eres encantadora. ¿No notaste su interés en ti? Se ha esforzado por llamar tu atención.

—Mm… Es confuso darse cuenta… Cada vez que ha venido somos varias en la sala, y él es gentil con todas. Habla tanto…

—Siempre debe haber testigos presentes en un cortejo—gruñó lady Leslie—. Es garantía de que las malas lenguas no esparzan veneno y comprometan la reputación de una dama.

—Él preguntó cuáles eran tus flores favoritas, y por ello trajo un ramo de peonias a la siguiente oportunidad. Ahora entiendo por qué se las entregaste a Isla cuando él te las dio a ti—dijo Maude, riendo fuerte.

—Creí que eran para ella—se defendió—. ¡Detesto estos convencionalismos confusos! Tanta pomposidad me abruma.

—Son la base de la sociedad en la que transitas en este momento—le advirtió lady Leslie—. Y tu comportamiento se refleja en todos nosotros, Nessa, no lo olvides—Dibujó la sonrisa más falsa que pudo y asintió—. Por otro lado, esta es una novedad interesante, y un alivio. Temí que…—carraspeó, y Nessa hizo su cabeza a un lado, esperando lo que saldría de esa boca—.

Creí que podrías sufrir contratiempos o desilusionarte con la temporada.

Sutil, elegante manera de decir que había estado segura de que sería un desastre. Oh, Nessa estaba desilusionada, sí. Y por cierto que no tenía interés en Charles Sommerset. Era aburrido, pedante, y la verdad es que se había confundido.

El hombre miraba a Isla cada vez que podía, incluso cuando le hablaba a Nessa. Su hermana solía acaparar la atención y Nessa estaba acostumbrada a que la observaran con fijeza, por ello no le había parecido raro.

Se llamó a silencio y se preguntó qué podía querer Sommerset con ella. Si creía que cortejarla le daría acceso a la nobleza, estaba equivocado. Tal vez no tanto, consideró. Después de todo, ella contaba con el aval de la tía Brodie, y esta influía en el conde Atholl.

No te provoques una jaqueca considerando lo que los otros pueden pensar o querer. Pregúntale la próxima vez que lo veas, y aprecia su reacción y respuesta.

¡Como si le fuese a decir la verdad!, consideró. Esta gente hablaba envolviendo sus intenciones en palabrería fútil.

—Has estado distraída, pero lo del señor Sommerset fue evidente, Nessa—le susurró Isla, aprovechando que los demás estaban inmersos en conversaciones dispares—. Sé que te desvelas pensando en lo que estarán pasando nuestros padres y John. También lo hago, pero nos dieron esta oportunidad con generosidad, y debemos aprovecharla para hacer lo mejor con ella. Sommerset… Considera darte la oportunidad de conocerlo un poco. Dicen que es muy rico, y eso… Tal vez podría ayudarnos.

Asintió, aunque sin calor. No era el momento ni el lugar para pensar y discutir. Su cabeza había estado ocupada, era cierto, y no en nada productivo. Sí, pensaba en su familia a cada rato, pero también… Suspiró.

No sabía por qué la imagen de ese hombre, el duque, se le colaba una y otra vez en los pensamientos. El duque de Worcester, que al parecer era la joya de la temporada. Contuvo el resoplido. Era un pagado de sí mismo, pretencioso.

Había que ver el orgullo que se le derramaba al hablar de su caballo y la historia de este. Seguramente había pago miles de libras por él, tan solo para alardear al paso por ese parque que era una imitación domesticada de la Naturaleza real.

Te fastidió el que hablara de tus falencias, como si tú no las vieras o estuvieses avergonzada de ellas. Fastidioso y fatuo. Se había fijado en que había pisado a Sommerset, y le llamó la atención sobre el empujón que le propinó en la pista. ¡Fue totalmente involuntario, de pura torpeza!

Tuvo el nervio de reclamarle el que estaba sola en el jardín, como si eso fuese un crimen. Al menos el evitar estar cerca de ella no había tenido que ver con desprecio a su personalidad o atractivo, consideró, sino porque era inadecuado socialmente.

¿Por qué te importa el que te evitara, Nessa? Ten cuidado, ten cuidado.

Esa mujer, Lydia Bournemouth, parecía hecha a medida para él. Elizabeth le había contado que era una mujercita vanidosa que creía que el mundo giraba a su alrededor, y no había dejado de quejarse en la velada en Almack´s.

Le había hablado de mal modo a Victoria, al parecer, y esta la detestaba y remarcaba su falta de modales cada vez que podía (aunque esto podía ser producto de la envidia, Nessa lo sabía).

También había empujado a Olivia, pero el destrato hacia ella desapareció luego de la gala en lo de la marquesa de Wittham. Al parecer, en días posteriores había invitado a Olivia y Bonnie a pasear y habían ido juntas de compras a Bond Street.

Las dos madres estaban muy abocadas a zurcir esa unión. La tía Leslie decía que esta se daba casi por hecho.

—Lady Brodie, aquí estoy.

La suave voz de Anne la trajo de vuelta, y le sonrió, encantada de la oportunidad de compartir tiempo con ella. La veía muy poco, y cada vez que preguntaba por ella, se le decía que estaba ocupada.

En las oportunidades en que pudo charlar, la notó triste, aunque hizo el esfuerzo porque no se le notara. Nessa percibió que no era feliz y eso le rompía el corazón. Seguía sin entender qué rol tenía en la casa.

Era una mujer de educación exquisita y que se destacaría en un salón, pero estaba constreñida a la cocina o a ayudarlas con la vestimenta o peinados. Hacía unos días había escuchado el final de una conversación entre ella y su tía, y la tensión se desprendía de cada frase.

<<No importa lo que el conde disponga, Anne, sabes que no es correcto, y no lo acepto.>>

<<Lo entiendo, lady Brodie, se lo aseguro. Dígame que quiere que haga y lo cumpliré. No me complace herirla, ni lo intento, créame.>>

<<Lo sé, pero es inevitable. Saberte aquí me lleva al pasado, y este duele, Anne. Si de verdad no quieres herirme, vete. Sé que disfrutas de la casa de campo, ve allá.>>

La vista de Nessa se fijó en su tía, que asintió a la frase de la estatuesca Anne, parada apenas pasando la puerta.

—Anne… Lady Leslie cree que puedes ayudarla con un problema—dijo la tía Brodie con voz helada, y Nessa arrugó el entrecejo.

—Buenas tardes, mi querida—dijo la vizcondesa, y Anne creyó notar un dejo de diversión en su voz, y en la mirada de soslayo que dirigió a la tía Brodie—. Hace mucho tiempo que no te veía.

—Lady Argyll—Anne hizo una reverencia—. Me complace verla tan bien, y a sus hijas.

—Me preguntaba si todavía tocas el pianoforte, querida. Siempre adoré la manera excelsa en la que te desempeñabas con él.

—Le agradezco, y sí, lo hago.

Y muy bien, pensó Nessa, que lo había escuchado por horas mientras Anne les daba instrucciones de baile, infructuosas, como se comprobó.

—La banda que está contratada para la gala tuvo un inconveniente con su pianista, y pensé en ti. Tus manos son mágicas, y las piezas que tocarán son clásicos que no dudo sabes de memoria.

—Yo…—Anne restregó sus manos en la falda, y pestañeó, tomada por sorpresa—. No sé si…

—¡Oh, Anne, esta es una estupenda oportunidad! ¡Adoras tocar el pianoforte, y tus conciertos eran famosos!—Margueritte se llevó sus manos al pecho, y Anne le sonrió con calidez.

—Es tu decisión, Anne. Ayudarías a la vizcondesa y con ello a mi familia—dijo la tía Brodie, con un movimiento de cabeza, y Anne inhaló y asintió, y luego se dirigió a lady Leslie.

—No tendría inconveniente, aunque debería hablar con el contratista de esos músicos o con ellos para ensayar previamente.

—Perfecto, perfecto. Oh, me quitas un peso de encima, Anne. Es un evento muy importante y me complace ofrecer lo mejor a mis invitados. Muchos han echado en falta tu música, y será una grata sorpresa cuando te vean desplegar tu talento una vez más.

Isla y Nessa se miraron, sorprendidas. Que Anne fuese reconocida por su música era nuevo para ellas. Nessa se sintió todavía más confundida, y tuvo la convicción de que la gala en la mansión Argyll sería interesante en más de un sentido.

QUINCE.

Extracto del diario de Anne Holloway

La solicitud de la vizcondesa de Argyll fue inesperada, y la sorpresa me hizo aceptar antes de considerarlo con cuidado. Lady Brodie no pudo más que asentir porque hubiese sido violento negarse al pedido de su cuñada, máxime cuando esta es tan intensa y tiende a imponer su voluntad.

Sé que la decisión de no tocar más en público fue lo correcto en su momento, pero… La posibilidad de volver a hacerlo es exhilarante. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Habrá quienes me critiquen, e incluso quienes me perseguirán para saber las razones de mi desaparición, y si hay fundamento en los rumores terribles que se esparcieron.

Es inevitable, y me atemoriza, lo confieso. Sin embargo, a pesar del miedo y la ansiedad, mi corazón se deleita ante la oportunidad. Tengo la convicción de que esto me permitirá sentirme entera.

Necesitaré ensayos intensos para acoplarme a esa banda de músicos, y eso implicará alejarme por largas horas de esta casa, del conde y de su esposa. Respirar en libertad, lejos de la tensión y de la cárcel que significa vivir en un sitio donde no soy bienvenida.

Antes bien, soy una carga. He procurado ganar mi sustento y ayudar en aquello que se me solicita y más. Es un alivio que los hijos del conde no sepan la verdad. Victoria no me toleraría a su lado, y tampoco Kyle. Dios, puedo imaginar el odio en sus miradas, y me estremezco.

Edward, Margueritte y Maude son diferentes. Son generosos y gentiles, y se demuestra a diario con Nessa e Isla. Adoran a sus primas, y sé que esos sentimientos son la siembra de su madre, que es una mujer formidable y de buen corazón.

Que prefiera no tenerme cerca o mi vista la entristezca es algo que no puede evitar. ¿Cómo culparla, después de todo? La responsabilidad final es del conde, y su insistencia en mantenerme aquí, forzando a su esposa a tolerarme.

Lo hace por mero egoísmo, porque se niega a dejar atrás el pasado, y con ello nos castiga a las dos. Me parezco tanto a mi madre que soy recuerdo vivo y a eso se aferra, con la porfía de quien no puede dejar descansar a los muertos y aliviarle el peso a los que respiran.

Admito que un amor que trasciende la muerte parece bello en la literatura, pero él tiene una esposa que lo adora y sufre por su desamor.

Es tan frio con sus hijos. Y la manera en la que habla de Nessa e Isla, aunque sea a solas con su esposa, es desagradable. Calificar a sus sobrinas como arribistas es triste, y además falso.

No conozco personas menos interesadas que Nessa e Isla, que solo buscan lo que es normal en mujeres de su edad. Es lo mismo que sus hijas, y las debutantes en general, esperan.

Formar una familia con alguien que cuide de ellas, que les asegure un buen pasar, seguridad. Cada compromiso y boda que surge en las temporadas está signado por acuerdos verbales entre las familias, y muchas veces implican contratos con asignaciones mensuales o pagos de deudas familiares.

Me disgusta la hipocresía de aquellos que desdeñan a jovencitas como Nessa. Yo misma hubiese estado en esa situación si alguna vez…No tiene sentido pensarlo.

Mi conmiseración es sobre todo para Nessa, que está aquí sin ganas, obligada por circunstancias que la exceden. Su cabeza está abocada a actuar como se espera de ella, pero su corazón la insta a ser honesta y frontal, y este gana la mayor parte del tiempo. Por ello no puede contener gestos o comentarios inconvenientes.

El señor Charles Sommerset no tiene oportunidad, eso lo tengo muy claro, aunque lady Brodie piense que es un cortejante ideal porque su fortuna podría ayudar a su hermano Angus.

Sommerset es un hombre de negocios, práctico, pero también busca una mujer que esté en su casa y sea la madre de varios hijos. Aspira a una esposa que lo atienda al llegar del trabajo y sea benevolente con sus fallas, así como se someta a sus órdenes y disposiciones. Esa no es Nessa.

Nessa tiene cabeza para los números y talento para lidiar con la gente, eso lo vi bien allá en su castillo. Ella es mejor negociante que su padre y su hermano, capaz de convencer a un terrateniente de venderle o comprarle lo que necesita. Le gusta involucrarse en lo que el señor Sommerset calificó como tareas inherentes a un hombre.

Ella es intensidad, emociones, entusiasmo. Inteligente y práctica, no se contentaría con un rol tradicional que la someta al arbitrio de un esposo que la gobierne y apague sus ideas. Si ese hombre piensa que puede doblegarla, está errado. Es obcecada.

Su amor por Isla es emocionante, como la cuida y procura que disfrute de esta experiencia en Londres. Me apena que la belleza remarcable de Isla, empero, no logra equilibrar el hecho de que no tienen un respaldo, ni dinero ni título ni posición de poder para ofrecer. Así y todo, los celos que su hermosura ha despertado han echado a rodar rumores que desalentaron cortejantes de importancia, estoy segura.

Es reconfortante haber presenciado a lady Brodie frenando a otros que llegaron a esta puerta a dejar sus tarjetas de visita. Hombres inapropiados e inconvenientes que intentarían comprometer la moral de Isla para satisfacer sus instintos, y luego la dejarían atrás sin inconvenientes.

Recuerdo al menos dos casos así desde que tengo memoria, y alguno que otro lo intentó conmigo, creyendo que ser una mujer presentándose en un escenario hablaba de una moral

floja.

Para su decepción, yo nunca estuve desprotegida, porque si el conde es prescindente en muchos aspectos, y no soy más que su bastarda, nunca me dejó faltar nada. Salvo cariño, consejo y tranquilidad de espíritu.

++++

Nessa descendió del carruaje con dificultad, sus piernas doliendo por las extensas sesiones dedicadas a ejercitarse en el caballo. Se había propuesto dominar la manera ridícula en la que montaban aquí.

Si había algo que ella estaba segura de que podría ejecutar a la perfección era cabalgar. El pedante duque de Worcester se había burlado de su inexperiencia montando de lado, y con ello había despertado su lado competitivo.

Edward le decía que su orgullo había sido herido y reía mientras la veía montar, desmontar, así como trotar por la propiedad, pero no importaba. Mientras sus primas e Isla jugaban cartas, leían o cotilleaban, ella entrenaba.

Nessa quería que la próxima vez que encontraran al duque, este tuviera que comerse sus palabras. Por ello sus músculos estaban cansados y caminar elegante y compuesta le resultaba un reto, más que de costumbre.

Echó atrás sus hombros y adelantó su barbilla, y sus manos enguantadas alisaron la falda y acomodaron el collar en su cuello, un préstamo de Maude.

Su vestido era bonito, y había resultado relativamente barato. Era de Margueritte, y la modista le había realizado algunos ajustes aquí y allá, además de quitar algunas puntillas y lazos que no le habían gustado.

El color no era el que más le sentaba, porque el naranja no era lo suyo, pero estaba presentable, y tenía que ser suficiente. Anne la había peinado con esmero, y por ello el complicado moño del que se desprendían algunos mechones estratégicos.

Isla resplandecía en un vestido de color magenta y con pedrería y perlas en su cabello.

Nessa barrió la entrada con la mirada y fue apreciando a las damas y caballeros que ingresaban antes que ellos y a los que el vizconde y su esposa recibían con sonrisas brillantes.

Lady Leslie tenía un collar y pendientes de diamantes, y Nessa pensó, otra vez, que lo que la mujer usaba con orgullo en su cuello para una velada podría salvar a su castillo y dar descanso a la preocupación económica que llenaba sus horas. Tan injusto, barruntó.

—Brodie, lord Atholl, ¡qué gusto recibirlos!

El conde hizo una mueca de disgusto, la misma que siempre esbozaba cuando escuchaba a lady Leslie fallar en dirigirse a su esposa, pero no dijo nada. Los hermanos se saludaron con cordialidad, el tío Colin aflojando un poco su postura rígida cuando besó la mejilla de Brodie.

—Niñas, están hermosas. Maude, Margueritte, ¡qué elegantes! Megan y Elizabeth están

esperándolas, adelante, adelante.

La manera en que las ignoró luego de barrer sus atuendos con la mirada, provocó que Nessa e Isla se miraran con incomodidad, y la sonrisa alentadora de la tía Brodie o el que el conde Percy hiciera una reverencia gentil al cederles paso no alcanzó a apagar la molestia.

Caminaron por el gran hall iluminado con gigantescas arañas que proyectaban la luz en espejos, y admiraron el lujoso ambiente, en el que se intercalaban esculturas con pinturas de temáticas mitológicas.

—El tío Colin nos ignoró por completo, Nessa, como si fuésemos desconocidas—susurró Isla, y el tono de decepción hizo que Nessa apretara sus labios.

—Lo hizo—asintió—. Supongo que eso responde a la incógnita de si sigue molesto con nuestro padre.

—Es más que molestia, Nessa. No somos bienvenidas aquí—murmuró Isla.

—No obstante, aquí estamos, y lo mejor que podemos hacer es disfrutar de la comida, la bebida y la conversación con nuestras primas. Y de la música. Mira, allá está Anne.

Ubicada en un rincón de privilegio, Anne desgranaba notas con maestría y la dulce melodía del pianoforte, del violín y la guitarra envolvían el salón.

—¡Qué bonita está! Y se nota que la música es su lugar feliz, Nessa, ¿lo ves? Su rostro brilla, está sonriendo. Está contenta—Isla parpadeó y tomó la mano de Nessa—. ¿Por qué crees que no tocó por tanto tiempo, y se contenta con hacer tareas en la mansión cuando es tan talentosa y reconocida?

—No lo sé, Isla, no lo sé. Hay una historia detrás que no sabemos. Ella y la tía …

—Hay tensión entre ambas, sí—asintió Isla.

—¡Por aquí!

El llamado entusiasta de Elizabeth les hizo sonreír y se dirigieron hacia el rincón donde sus primas se habían refugiado y charlaban, admirándose mutuamente y comenzando a cotillear sobre las damas que no cesaban de ingresar.

—Oh, miren a Lydia Bournemouth. ¿Cómo su cuello no se dobla por el peso de esa gargantilla? Es un milagro. ¿Son…?

—Turquesas y perlas engarzadas de una manera maravillosa. Y van perfecto con sus ojos y su vestido, por cierto.

—El cabello así, apenas recogido, es una elección un poco osada, ¿no creen?—inquirió Elizabeth.

—Vino preparada para conquistar la mirada del duque e instarlo al cortejo—dijo Victoria.

Nessa no quitaba ojo de Lydia Bournemouth, y coincidió en que se la veía espectacular con sus joyas y telas, que la envolvían con primor y elegancia. Isla era más bonita, empero.

Los rasgos de Lydia carecían de personalidad, en su opinión, y el gesto de su boca apretada la hacía aparecer enfurruñada. Apretó el antebrazo de su hermana y le sonrió, e Isla le devolvió el gesto.

—¡Ahí está el duque de Worcester, y su familia!—dijo Margueritte, y Nessa controló el deseo de mirar de inmediato a la entrada.

Muchas no lo hicieron, observó, mirando alrededor, notando los sutiles cambios en las mujeres, que se enderezaban, acomodaban el cabello o las joyas.

Miró a Lydia inclinarse para escuchar a su madre, y luego componer una sonrisa brillante que a Nessa se le antojó ensayada.

—Su Excelencia es un hombre muy guapo—susurró Elizabeth, y el cuchicheo aumentó —. Y un caballero con su madre y hermanas.

—Ya vio a Lydia, ¿lo notaron? Ella le sonrió y él hizo un gesto con su cabeza. Todo indica que el interés es mutuo.

—¿Solo porque se saludaron, como la mayoría de los que están aquí lo hacen?—preguntó, y las otras asintieron.

—El duque apenas si prestaba atención a las damas en los años anteriores—dijo Victoria, arreglándose el cabello y sonriendo con modestia.

Nessa siguió su mirada y ubicó al hijo de la marquesa Whitman, que sonreía agradable hacia su grupo, la mirada fija en Victoria. Su prima probablemente se casaría esta temporada. Ojalá que eso mejorase su humor.

La tía Brodie estaría aliviada. No podía imaginar lo tenso que debía ser para una madre el soportar el escrutinio constante sobre sus hijas, y cómo le quitaría el sueño el asegurarles un futuro. *Eso es lo que nuestros padres quieren también.*

—Ahí llegó el duque de Lycombe. ¿Leyeron lo que se dice de él? Al parecer participó en una pelea en un burdel para defender a una de esas mujeres…

Megan se había unido al grupo, y era la que dejaba caer la información, que fue recibida con ojos enormes y exclamaciones de incredulidad.

—Padre dice que es un hombre licencioso y sin conciencia—señaló Elizabeth—, ¡pero a mí me parece tan atractivo!

—Nuestro padre también ha señalado que es un calavera—dijo Maude—. No entiende como es tan amigo del duque de Worcester o del de Bristolbridge, que son hombres rectos y honrados.

—Pues así y todo, es un duque y está por encima de nosotros, ¿no es así?—intervino Nessa.

El sonido de la música más alta y los movimientos a su alrededor alertaron a Nessa de la danza, y en segundos los caballeros se acercaron galantes y sus primas y hermanas estuvieron

formadas, con excepción de ella, Elizabeth y Maude.

Las tres se limitaron a ser testigos de la coreografía de giros, el refulgir de colores y el aroma de las fragancias que se desprendían de los cuerpos en danza.

Durante el siguiente baile, Nessa se encontró con Isla y Megan a su lado. La libreta de su hermana no se había llenado de pedidos, para variar. La suya tenía más huecos que la dentadura del viejo MacAllister.

Sonrió al recordarlo. Decidió que lo más productivo que podía hacer era comer, por lo que se acercó a la mesa dispuesta con carnes frías, quesos y verduras glaseadas, y se sirvió un plato sin pudores, mirando con desafío a las dos mujeres que la observaban con disgusto desde unas sillas en un rincón.

—Nessa, querida, no querrás atiborrar tu estómago con estas entradas—La tía Brodie estuvo con ella al instante—. Más tarde será servida una cena en el gran salón.

—El ejercicio me abrió el apetito, y no pude comer mucho en la tarde.

—Estabas ansiosa, imagino. No hay necesidad. Como ves, esto es igual a la gala en lo de la marquesa.

—Lady Leslie discreparía con tu juicio, tía.

—Probablemente, pero su juicio está comprometido. Es el primer año que la asistencia es tan masiva, y los nombres que logró reunir…

—El tío Colin está muy satisfecho—agregó Nessa. Se lo veía exultante en su rol de anfitrión—. Me pregunto qué piensa de nuestra presencia aquí, de verdad. No solo no nos saludó, sino que nos ignoró.

—Su afán principal es lograr aceptación, me temo—susurró su tía, dando una palmadita en el antebrazo—. Y lady Leslie… Su ambición es intensa y visceral, y lo ha cambiado.

—Mm. ¿Crees que Isla tendrá una oportunidad con alguien aquí, tía Brodie?

El suspiro a su lado y el gesto incierto confirmó lo que temía. Miró la pista y la vio danzando con un hombre muy elegante y atractivo, y al que ella sonreía con dulzura, asintiendo a algo que le decía.

—Ese es el duque de Bristolbridge. Un héroe de guerra, además de un acaudalado terrateniente. Antes bailó con el hijo mediano de un marqués y con un baronet. Nuestra Isla es la flor más hermosa en un ramillete de jovencitas bonitas…

—Pero eso no alcanza—asintió Nessa—. Me rompe el corazón el que se haya hecho tantas ilusiones y que estas se estrellen sin…

—Es pronto, querida, no te adelantes. Mi Victoria no tuvo suerte en su primera temporada, y mírala ahora. No es mera cuestión de estatus, no. Mira a la bonita Bonnie…—observaron con prudencia a la joven, que conversaba con su madre y un hombre alto que claramente estaba solicitando un baile—. Le pasó igual. No todas las debutantes conocen al

hombre adecuado para ellas en su primer intento.

—Pero, eventualmente, lo harán. Nosotros estamos con el tiempo jugando en nuestra contra—susurró—. A mí me importa poco, tía, pero me desespera pensar… Isla, papá—su voz era muy bajita, un susurro en un rincón y en la oreja de una persona que la entendía.

—Shh, querida, no es momento ni lugar. Las paredes escuchan. El señor Sommerset está interesado en ti, recuérdalo.

—No está aquí, y no … Yo…

—Lady Leslie no es afín a invitar a los comerciantes a sus fiestas. Cree que eso va en contra de su imagen—se encogió de hombros—. Gran parte de la nobleza no tiene ese prurito cuando necesita algún préstamo, y coquetea con hombres como el señor Sommerset. Es un buen partido, Nessa.

—Es que… No siento nada cuando estoy cerca suyo, más que deseos de sacudirlo por sus ideas sobre lo que las mujeres podemos hacer. Me gustaría desposar a alguien que me quisiera como mi madre ama a tu hermano, tía.

—Oh, mi querida—sonrió con afecto, meneando la cabeza—. Pensé que la romántica era Isla. El amor es… Complicado, y muchas veces una quimera—su voz bajó, y su mirada escapó, pero no antes de que Nessa leyera dolor en ella—. Ohh, mira lo sonrojada que está mi Maude. Tengo que ir con ella, Nessa. No te pierdas de vista y quédate al lado de tus primas.

Asintió, y se abocó a mirar el intercambio entre su tía, Maude, y lady Leslie, que estaba presentando a un hombre interesado en bailar con su prima, al parecer. La satisfacción en el rostro de la tía Brodie se lo dijo todo, y se alegró.

Se movió para estar más cerca de sus primas, pero se recostó a la pared, justo al lado de un pilar, que la quitaba de la visión de las dos damas que parecían haber hecho su meta el observarla, así como a Isla, comprobó con fastidio.

Su retirada fue justo en el momento en que Lydia Bournemouth y Bonnie se acercaron a la mesa de comidas, que por ello no la vieron, y ella pudo escucharlas sin que se cortaran.

—Es una gala interesante. No tenía intenciones de asistir, pero mi madre insistió, y me alegra ver que otra vez coincidimos.

—También yo, Lydia—escuchó responder a Bonnie, que tenía una voz dulce y era gentil.

—La vizcondesa ha logrado superarse. La música es hermosa, y poder disfrutar del talento de Anne Holloway es un privilegio. Tenía entendido que había dejado los escenarios.

—Oh, creo que esta actuación es una excepción. Y coincido, es maravillosa.

—Una pena tener que tolerar la presencia de esas escocesas—hubo un suspiro, y Nessa sintió su sangre hervir—. Ya es vox populi sus intenciones de cazar a alguien importante, y su desesperación se nota en la manera tan descarada en que se exhiben.

—No me parece—respondió Bonnie, y Nessa agradeció la defensa—. He charlado con

ellas y son muy agradables. Además, Isla tiene modales exquisitos, y …

—Usted es un encanto, algo ingenua, y eso me parece adorable—agregó Lydia, y Nessa se imaginó retorciéndole el cuello, porque la condescendencia de su tono era insufrible—. Este tipo de mujeres hace lo que sea para agradar. No me extrañaría que intentaran seducir a su hermano—bajó la voz en tono conspiratorio.

—Mi hermano es un hombre inteligente y capaz de cuidarse bien. Con seguridad, reconoce los intentos de… seducirlo, como dice. Lydia, me incomoda y me parece inapropiado hablar así de otras mujeres.

—Por supuesto, sí—dijo Lydia, comprendiendo que no tendría una aliada en Bonnie.

Las observó alejarse sin desprenderse de la pared, furiosa y dolida, parpadeando e intentando tragar la saliva que se le había atorado. No era necesario hacer mucho para recibir dardos envenenados en estos salones.

—No es educado escuchar las conversaciones de los demás—escuchó una voz pausada y profunda a poca distancia, y entonces encontró los ojos del duque de Worcester sobre ella, fijos, y ese gesto altanero que estaba empezando a detestar.

—No es mi culpa si la gente decide hablar a mi lado, y no me voy a disculpar por no retirarme cuando escucho que me destrozan. Creo que debe agradecerse que no hiciese una escena—respondió, retirándose de la pared y elevando su mentón con desafío, que atemperó cuando vio que el duque estaba acompañado por otro, el mentado Lycombe.

—Nessa…—la voz de Margueritte llamándola la distrajo un momento, pero enseguida volvió a posar su mirada seria en el duque.

No supo si este había escuchado las palabras pronunciadas con tanto desdén, pero no le extrañaría nada que las disculpara, e incluso coincidiera.

—Nada disculpa exabruptos, señorita Nessa.

—Oh, estamos usando los primeros nombres—dijo el duque de Lycombe, sonriente y disfrutando del instante en que era reprendida como una niñata mientras todavía no terminaba de digerir los términos vertidos por Lydia—. Soy Hugh. ¿Dónde has estado, que no he tenido oportunidad de bailar contigo?

Era osado y no se andaba con vueltas, como otros aquí, aunque la picardía danzaba en sus ojos.

—La señorita es sobrina del anfitrión, y también del conde de Atholl. Viene de las Tierras Altas—señaló el duque pedante al otro, mirándolo muy serio.

—Ah, se entiende la confusión en las formas y la reacción exagerada ante la puñalada en la espalda y los comentarios destructivos. No se preocupe, querida, si está unos cuantos meses por aquí, se habituará, e incluso aprenderá a devolverlos.

—Nunca—señaló entre dientes, y se dio la vuelta para dejarlos atrás.

Elizabeth, Margueritte e Isla la siguieron, y cuando se detuvieron y notó la confusión con que la miraban, les hizo un gesto de que todo estaba bien.

—Me preguntaban por detalles de la mansión, y los referí con el tío Colin-mintió, porque no repetiría una sola palabra de las que había escuchado.

—¿Viste qué guapo es ese duque?—susurró Isla en su oído—. Bailé con él y fue de lo más amable.

—Es un libertino, eso escuché, Isla, así que quítate cualquier idea sobre él.

O sobre cualquiera aquí, tuvo deseos de añadir, pero se contuvo. No tenía sentido traer realidad y pesadumbre sobre el ánimo de su hermana. Ya bastante tenía con intentar levantar el suyo.

El movimiento de personas en dirección a la sala donde las mesas estaban tendidas y el ir y venir de criados con platos señaló que la cena sería servida. Aprovechó para colarse por un pasillo y luego por una puerta lateral que la condujo al jardín que ya había admirado por los ventanales.

Los rosales estallaban de pimpollos y flores abiertas, en colores blancos y borgoñas, perfumando el aire, y caminó entre ellos hasta que encontró un banco de madera.

Extendió su mano para tomar un tallo largo y esbelto, y trajo hasta ella una rosa roja, aspirando la fragancia con deleite, y agradeciendo que el guante la protegiera de las púas más pequeñas e insidiosas.

Perdían el tiempo jugando a ser lo que no eran, se dijo. Tiempo que podía usar para ayudar a su padre en su hogar. O aquí mismo… Tal vez podría ir en busca del señor Trent y plantearle su problema.

Él podría tener una solución, o saber de alguien que pudiera ofrecerles buenos precios por la lana el próximo año, o les diese un préstamo con esa zafra como garantía. Sí, era desesperado, pero seguro Edward estaría dispuesto a acompañarla, con la adecuada insistencia.

Sus dedos enguantados tocaron los pétalos con suavidad, concentrada, pensando. No supo cuánto tiempo pasó, pero agradeció que la calma de la noche y el aire fresco la templaran.

—Hay algo en los jardines que actúa como imán para usted, por lo que veo.

Parpadeó y se enderezó, dejando escapar la rosa de sus manos, con tal suerte que una de las espinas le rasgó el guante. Hizo un mohín de disgusto y miró de costado al que interrumpía, que conoció por su voz.

—Una pena que un guante tan fino y elegante se echase a perder con un movimiento tan impulsivo. Un contraste, el objeto y su dueña.

Al parecer la noche era joven y pródiga en insultos, se dijo, e inspiró, conteniendo el aire unos segundos antes de largarlo, porque la única afectada en un estallido serían ella e Isla. Refrendaría la convicción del *salvajismo* de las escocesas.

Miró alrededor, y notó que Olivia y Bonnie estaban unos pasos detrás del duque. Claro, este no le habría hablado sin la protección de testigos.

—Nessa, no tuvimos oportunidad de hablar esta noche—dijo Olivia, moviéndose con entusiasmo encantador—. Ya se lo dije a Isla y a las demás. ¡Habrá una mascarada en nuestra casa! ¡Oh, será maravilloso! La organización es algo apresurada, pero será divino. La invitación estará mañana en la mansión Atholl.

—¡Qué encantador!—dijo, con amabilidad, justo cuando otras dos mujeres aparecían y reclamaban la atención de las hermanas. La cena terminaba y los invitados venían al jardín a caminar—. Un tipo de gala más que adecuado, se me ocurre—murmuró, su mirada al frente, pensativa.

—¿Por qué lo dice?—la voz grave del duque sonó más cerca, y lo observó, quedando prendada de la mirada azul que se deslizó por su rostro y pareció detenerse en sus labios.

Nessa se encogió de hombros.

—Es lo que hacen a diario, ¿no es así? Usan máscaras, y las cambian en acuerdo a la persona con la que charlan.

—Las buenas costumbres mandan que seamos gentiles, y que guardemos las emociones y desbordes.

—Suena muy saludable—indicó, irónica—. Empero, si la cordialidad y los modales exquisitos priman, ¿cómo es que no hay piedad al destrozar a otro verbalmente? A mí me parece que muchos pretenden compostura y mesura, y filtran sus dardos y veneno con impunidad.

—No es lo que hago, le aseguro.

—¿No? Sin embargo, cada vez que nos vemos me habla con condescendencia, desde su apostura y elegante vestimenta, pretendiendo darme lecciones.

—Es inevitable que me encuentre guapo.

Se ruborizó por haber resbalado y darle munición para avergonzarla. Que él se quedara en esa parte de su frase, sin embargo, era un despropósito.

—Lo que digo…

—No avalo el insulto ni la crueldad, pero hay una verdad que resalta entre las palabras duras. Usted, señorita Nessa, no está hecha para estos salones—le dijo, y su voz pareció bajar un tono y ganar en modulación y calidez, pero fue un instante que se cortó de inmediato—. Madre, te buscábamos.

La duquesa de Worcester avanzó, con lady Bournemouth y Lydia flanqueándola, y Nessa detestó la sonrisa de falso comedimiento y benevolencia que bañaba sus rostros.

—Mi querido—dijo la duquesa—. Lady Bournemouth y su hija están muy interesada en conocer detalles de tu fábrica de alfombras. Al parecer están remodelando uno de los salones de su mansión.

—Por supuesto, encantado. No me gustaría aburrirlas con detalles técnicos sobre la producción o el diseño, sin embargo. Puedo ser tedioso cuando me entusiasmo.

—Imposible aburrirme en su presencia, Excelencia—señaló Lydia, y Nessa contuvo el rodar de sus ojos ante la melosa forma en que se inclinaba hacia él y el halago desmedido e inmerecido por el cateto.

Este señaló adelante con su brazo extendido para que las dos finas damas caminaran con él, y Nessa agradeció que la dejaran sola. Eran tal para cual esos dos.

—La mejor lana de Escocia es la que caracteriza a nuestras alfombras…

Sus ojos se redondearon como platos, y se mordió los labios. El duque producía alfombras, y necesitaba materia prima. Ya tenía proveedores escoceses. ¿Qué perdía con plantearle la posibilidad de un negocio?

No te va a prestar atención, ni te atenderá, Nessa. Ya has escuchado la pobre opinión que tiene de ti. Si se te ocurre acercarte y plantearlo, lo verá como algo inapropiado, por lo que su opinión sobre ti será todavía más pobre.

Resopló. Ser mujer en este lugar era doblemente difícil.

DIECISÉIS.

—Creí que no te veríamos hoy, Francis—Hugh lo recibió con una semi sonrisa, y le habló sin esperar a que se sentara en su sillón habitual en el club—. Presumí que por estas horas estarías haciendo tu primera visita oficial a la mansión Bournemouth.

—¿Por qué razón lo pensarías?—respondió, repantigándose y agradeciendo el vaso de brandy que se le ofrecía.

Miró a sus dos amigos con el entrecejo fruncido. Había venido aquí a distenderse y olvidar por un rato las molestas presiones que estaba sufriendo.

Su madre, por un lado, empeñada en apurarlo a hacer movimientos que aún estaba considerando y sopesando. Sus hermanas, curiosas y metomentodo, queriendo hacerle hablar acerca de sus impresiones de la pasada gala y sus preferencias.

Había debido llamarles la atención. Y estos dos, amigos de toda la vida, también parecían dispuestos a incordiarlo.

—Los rumores atraviesan Mayfair de lado a lado, querido amigo. Y se cuelan en las insidiosas publicaciones que las damas leen con deleite.

—También los caballeros, por lo que noto—gruñó.

—Es divertido no ser el centro de la atención por una vez—agregó Hugh, muy ufano.

—La atención y el interés que Francis ha logrado no es del tipo que tú recibes—agregó Grayson, sonriendo con diversión—. Las elucubraciones sobre a quién favorecerá el apuesto, elegante y serio duque de Worcester no son lo mismo que el relato de la última barrabasada del licencioso y disoluto duque de Lycombe.

—Bah, hay quien prefiere lo pomposo y predecible sobre lo divertido e inesperado, qué se le va a hacer—fingió suspirar con pena, pero la actitud no le duró nada—. Anda, cuéntanos. ¿Has decidido cortejar de manera formal a Lydia Bournemouth? Aunque no me fío de los rumores, pues muchos de los que se levantan sobre mí son falsos, creo que hay fundamentos en este caso.

Sorbió un largo trago y no se apuró a contestar, más porque no tenía una respuesta definitiva que porque le molestase la inquisición de su amigo.

Cuando se decidió a participar de manera activa en el juego de la temporada social no había considerado que sería *tan* tedioso, generaría tal repercusión, y atraería tantísima atención sobre sí.

Asistir a las galas era estar en continua exposición, ser objeto de miradas y presentaciones constantes. En las fiestas más importantes a las que había concurrido, la cara le había dolido de tanto sonreír a padres y madres que traían a sus hijas con ellos.

Es lo que hacen, me parece. Usar máscaras a diario, y cambiarlas en acuerdo a la

persona con la que charlan, sonó en su cabeza. La escocesa… Nessa, ella tenía razón.

Había debido saludar, sonreír, platicar con cortesía y bailar con innumerable cantidad de damas. Las hubo muy sonrientes y serias, nerviosas, ansiosas, mudas, muy conversadoras, y ninguna llamó su atención, salvo la hija del conde de Bournemouth.

Reafirmaba lo que había pensado desde el comienzo: era bonita, muy elegante, bailaba a la perfección y podía seguir una conversación mirando a los ojos. Además, tenía detrás a una familia cuya estirpe hundía raíces en el pasado más glorioso de Inglaterra.

El conde Bournemouth era un hombre muy acaudalado y de influencia, respetado por sus pares, y de su mismo partido. Parecía la elección más evidente y lógica, y no solo por conveniencia económica, porque este era el menor de los intereses para Francis.

Él tenía una fortuna muy importante, y podría mantener a los suyos por varias vidas sin inconvenientes y disfrutando de lo mejor. Lo que necesitaba era un heredero que diera tranquilidad a su madre, y a él mismo, porque nada garantizaba su salud.

—Parece la opción más adecuada. Es una dama agradable y segura de sí misma, y tiene personalidad.

—Es pasable—se encogió de hombros Hugh, y Francis hizo un gesto de desagrado ante el comentario.

—Por supuesto que no es lo que acostumbras, Hugh—contestó, elevando sus cejas—. No tiene los rasgos que te atraen. Tu… estilo poco ortodoxo y gusto por lo dramático no tiene forma de satisfacerse en salones donde prima la prudencia, las buenas formas y la timidez.

Grayson resopló, y Hugh lanzó la carcajada, y ambas reacciones lo molestaron.

—Vamos, Francis, tanto como coincido en que Hugh no es juez adecuado de carácter, no concuerdo en tu definición del clima de los eventos sociales de la temporada. Temo menos a un soldado enemigo cargando con su sable o fusil que a una matrona empeñada en casar a su hija. Las redes de falsedades, esquemas y planes de caza que nacen y se ejecutan en cada una de estas soirées supera a cualquier estrategia napoleónica.

—Exageran—indicó, aunque les reconocía algo de razón.

No era tan ingenuo como para creer que no había cuidadosa preparación y planificación en los intentos por agradar y lograr que un noble cortejara a una debutante.

—*Dicen que se ha visto a lady Bournemouth y la duquesa viuda de Worcester juntas y de compras por Bond Street. La primera está exultante porque su Excelencia el duque de Worcester ha bailado repetidas veces con su hija Lydia y se vio a las hermanas del mencionado duque muy atentas y agradables con la menor de los Bournemouth. Creemos que no pasarán más de unos días en que habrá agradables novedades que involucren cortejo y casamiento*—Hugh leyó de un periódico.

—Pues es algo que podría pasar, o no. Lo estoy considerando con cautela. Saben que no

me gusta apresurarme.

—Cuando estás convencido de algo te precipitas a ello—discrepó Grayson, que era observador y lo evaluaba—. Así ha sido con tus negocios, con tus inversiones, con tus ideas en el Parlamento.

—No necesitas cambiar tu vida, Francis—señaló Hugh, más serio, contemplativo—. No si no lo haces convencido. No me gustaría verte convertido en uno de esos hombres atados a una esposa aburrida que le hace la vida miserable.

—Y que tienen por ello una paralela—agregó Grayson.

—Soy un hombre de rutinas, aburrido yo mismo—dijo, y ambos negaron.

—Eres pomposo y a veces fastidioso, pero también eres creativo, enérgico, te gustan los desafíos, el cambio. No dudo de que esto se refleje en tus deseos carnales, Excelencia—Hugh hizo un gesto idiota con sus cejas, y él lo miró con estoicismo.

—Es tiempo de comenzar una familia. La posibilidad de que algo me pase y mi madre y hermanas queden desprotegidas…

—Eso no ocurriría—atajó Grayson—. Nos tendrían a Hugh y a mí.

—Por supuesto—afirmó Hugh, y Francis no tenía una duda de que así sería.

—El barón de Woodstick es un hombre avaricioso y sin límites, y sus fallas hacen que esté siempre corto de dinero. Se rumora que tiene vínculos con gente de muy baja estofa. El caso es…

—¿Temes que pueda intentar algo contra ti?—Grayson se hizo adelante, su faz distorsionada en una mueca de rabia.

—No lo sé. No hay nada concreto, salvo rumores de sus deudas, y me ha escrito algunas veces para pedirme dinero.

—Que no le habrás dado, supongo—dijo Hugh, pero Francis elevó sus hombros.

—Lo hice en alguna oportunidad, y en otras lo rechacé. No lo tomó bien, y en el calor de la negativa me amenazó. No di importancia a sus exabruptos, ni la doy ahora, mas… La idea de que el título y las propiedades que amo podrían caer en manos de un hombre tan desagradable y sin escrúpulos me pone iracundo. Él jamás protegería a los míos, y entre ellos incluyo a quienes trabajan desde hace décadas para mi familia, algunos por generaciones.

—Entiendo—dijo Grayson—. De todas formas, él es mayor que tú, al menos una década. Y con los vicios que abraza, no es factible que viva largo.

—No quiero dejar un resquicio de posibilidad.

—Te ayudaremos en lo que podamos, siempre, eso lo sabes—afirmó Hugh—. Eso incluye analizar a las debutantes—se frotó las manos—. ¿Por qué piensas que he concurrido a las galas en lugar de correr a los brazos de damas que me esperan con ansias?

—¿En lugar de? ¿O además de? ¿Crees que no nos hemos percatado de que te has

retirado a la mitad de la celebración, en cada oportunidad?—indicó Francis.

—Son eventos largos, deberían agradecer que tolere a esa fauna por horas. Sin ánimo de despreciar a tus hermanas y madre—suspiró—. La gala en la casa del vizconde Argyll, sin embargo… Fue bastante más interesante de lo que consideré a priori.

Los otros dos asintieron.

—El regreso de Anne Holloway fue un punto alto—señaló Grayson—. Esa mujer es una dotada con el pianoforte. Su vuelta sorprendió y levantó algo de polvareda. Era inevitable, luego de ese impasse de varios años, durante el cual se tejieron tantos rumores.

—Una mujer muy hermosa—indicó Hugh, los ojos entrecerrados—. La perfección con la que toca la haría famosa en las cortes del continente. Un logro de la vizcondesa de Argyll el tenerla en su mansión.

—Su fiesta fue un suceso. Los nombres más importantes de Londres se dieron cita. Creo que ella misma no lo debía creer, pero todo estuvo a la altura. La belleza de esas sobrinas escocesas fue un atractivo más—dijo Grayson—. La más sociable…

—Isla—dijo Hugh, una amplia sonrisa en su faz—. Una mujercita preciosa, con rasgos como los de un ángel, modales impecables, bailarina excelente. Supera a la señorita Bournemouth con amplitud, Francis, eso creo.

Francis pensó que era muy bella, sin dudas, pero… Había algo en su hermana que lo distraía más y que lo atraía de un modo intenso. Ni él mismo entendía qué, porque vaya si la muchacha era torpe y no se atenía a normas de decoro.

Su voz más elevada de lo que era aconsejable, sus ojos que no bajaban con castidad para mostrar timidez o recato, su tendencia a vagar por espacios que la exponían a las malas lenguas.

—Pareces… impresionado—dijo Grayson a Hugh, y este dibujó el típico gesto irónico que lo distinguía.

No se tomaba nada o nadie en serio. *No es cierto*, reconsideró. Su amigo era incondicional, honrado, valiente, y esas y otras fortalezas las había refrendado en la guerra y cada vez que sus amigos lo necesitaron.

Para el resto del mundo, el duque de Lycombe era un hombre rico que no sentaba cabeza y prefería el alcohol, sus amantes, y dilapidar dinero en las apuestas de caballos. Nada más alejado de la verdad.

Francis lo había visto pocas veces ebrio, y en situaciones excepcionales. Era un apostador inteligente y sabía retirarse a tiempo. Le gustaban el riesgo y la novedad, y detestaba las ataduras.

—No se puede negar lo evidente, y que es la mujer más bella esta temporada es claro a los ojos de todos.

—Carece del respaldo de un título y dinero—dijo Francis, su mente volviendo a la

hermana y a esos ojos y labios tan…

Sacudió su cabeza con determinación. No era usual que no pudiera controlar sus pensamientos, pero aquí estaba su cabeza, mostrándole una y otra vez la figura atractiva rodeada de rosas, sola con sus pensamientos y con un dejo de fragilidad que lo había impulsado a hablarle.

—Escuché al conde de Atholl y al vizconde de Argyll hablando sobre ellas. Son sobrinas de ambos. No lo sabía—dijo Grayson—. Fueron algo vagos con la información, lo que me hizo sospechar que no tienen mucho interés en respaldarlas.

—La mayor es también hermosa, pero carece de la dulzura de la otra. De hecho, creo que su ceño fruncido y mirada huidiza espantó a los interesados.

—Eso, lo mal que baila, y que es una deslenguada—dijo él.

Hugh rio y Grayson lo miró con curiosidad.

—Pareces conocerla bien.

—Una de sus primas es amiga de Olivia y Bonnie. La he encontrado en Hyde Park en más de una oportunidad, y he intercambiado algunas frases con ella.

—Mm, sí, lo presencié, y me pareció divertido el que te dejase con la palabra en la boca. No lo niegues—dijo Hugh, y él frunció el ceño.

—No lo hago, y eso es muestra de salvajismo en este círculo nuestro, y juega en su contra.

—Estaba muy molesta. Escuchó una conversación grosera que la nombraba. No la culpo por estar tan susceptible.

Había sido desagradable, y él solo escuchó el final de la charla entre su hermana Bonnie y Lydia Bournemouth. Esta se expresó en términos derogatorios sobre Nessa y su hermana, sin percatarse de que la primera estaba recostada justo al otro lado del pilar cerca del cual estaban charlando.

—Pues la cosa no quedó ahí, porque escuché a lady Bournemouth cuando murmuraba con otras damas. Estaba escandalizada por la presencia de la escocesa en los jardines sin una chaperona, y señaló que se había acercado a ti—Grayson entrecerró sus ojos—. Al parecer esos encuentros que dices son repetidos.

—Es imposible no toparse con la misma gente una y otra vez. Mayfair no es tan grande, y concurrimos a los mismos sitios. Es erróneo, ella no se acercó a mí. Estaba en el jardín cuando salí, e intercambiamos saludos. Nada extraño.

—Lady Bournemouth comentó que estaba segura de que esas dos buscaban seducir a algún noble incauto.—Grayson rio ante el gesto de fastidio de Francis—. No mates al mensajero.

—Es molesta esa tendencia al cotilleo entre gente que se supone debería tener otras actividades para divertirse.

—Pues es una de las diversiones a la que muchos se entregan.

—Yo no.

Respiró hondo y lamentó haber sido tan tonto como para acercarse a la mujercita, porque los rumores nacían con o sin fundamento, y se extendían con la velocidad de la plaga.

Fue él quien habló y se acercó, pero en este círculo dorado en el que se movían, nadie lo señalaría. A ella sí, y la afectaría. Mucho. Qué idiota era. Debería haberse detenido.

No fue su intención, pero la notó pensativa y triste, y quiso… No sabía qué quiso hacer, para ser honesto.

Eso de actuar en base a impulsos del momento era una novedad para él.

DIECISIETE.

Descendió del faetón y se dirigió a la casa principal casi corriendo, evadiendo las pesadas gotas que comenzaban a caer, e ingresó por la entrada de servicio. La cocinera y la criada que la ayudaba se sobresaltaron, y les pidió disculpas.

Su mirada se concentró en las pesadas bandejas cargadas de infusiones y pastas. Su madre tenía invitados, pensó, arrugando el ceño ante la posibilidad de que fuese algún cortejante para sus hermanas del que no estuviese enterado.

Encontró al mayordomo al ingresar al salón central, y este lo saludó con gravedad.

—Excelencia, su madre ha preguntado por usted repetidas veces. Está en su sala de recepción.

—Gracias, Cameron. ¿Quién está con ella?

—Lady Bournemouth y su hija.

Contuvo el suspiro y el deseo de replegarse a su escritorio. Su madre estaba decidida a imponerle a Lydia por los ojos, y con ello apurar los trámites.

El sonido de risas y una voz dulce y fuerte entonando una canción lo sorprendieron.

—¿Esa es…?

—Una de las varias damas invitadas por la señorita Olivia, Excelencia. Están reunidas en la sala pequeña y debo decir que son ruidosas—sonrió, y Francis rio, meneando su cabeza.

El mayordomo las había visto nacer y les tenía mucho cariño, pero a veces sus hermanas eran demasiado energéticas y trastocaban la tranquilidad de la casa.

La voz volvió a llamar su atención, y como atraído por una sirena se dirigió a la salita. Quienquiera que cantase así tenía talento.

Los aplausos señalaron el fin de la presentación justo cuando él se paraba en el vano de la puerta. Su hermana Bonnie tenía el violín sobre sus muslos, y la que estaba siendo halagada por las otras cinco mujeres era nada más ni nada menos que la escocesa, Nessa.

—¡Qué voz tan maravillosa tienes!—dijo su hermana Olivia con alborozo, y una gran sonrisa.

—Cantaste hermoso, Nessa—agregó Elizabeth, la mejor amiga de su hermana Olivia, y las demás asintieron con vehemencia.

—¡Qué envidia!—suspiró otra de las mujeres, que Francis había visto con la escocesa en Hyde Park y en las pasadas galas.

—Nessa es el alma de las fiestas allá en las Tierras Altas—dijo Isla, la mujercita que tanto Hugh como Grayson habían coincidido en que era la más bella de la temporada.

Su mirada no se demoró en ella, pues como si estuviese imantada, se posó en Nessa, que estaba sonrojada y pretendía diluir los halagos.

—Exageran, pero gracias. No bailo bien, no soy buena en conversaciones de salón, pero siempre me ha gustado cantar. De habitual lo hago para las ovejas—rio, y las demás la corearon.

—Pues vaya talento que tenías escondido—dijo Bonnie—. Ey, sería maravilloso que Anne Holloway y tú pudiesen preparar algo para nuestra fiesta.

—Moriría de vergüenza—negó con énfasis.

—Es una fiesta con máscaras, no sabrían quién eres—argumentó Olivia—. Si te hacemos un bonito disfraz, nadie te reconocería. Aunque no sé por qué querrías esconder tanto talento.

Francis aprobó lo que su hermana le decía, y decidido a no dejarse ver, pretendió retroceder, justo en el instante en que su madre y sus invitadas llegaban a la puerta de la salita.

—¡Francis, te hemos estado esperando, querido! El señor Cameron nos hizo saber que habías llegado.

Forzó una sonrisa, haciendo una reverencia a las dos damas que acompañaban a su madre.

—Hace apenas unos minutos que arribé, y quise saludar a mis hermanas—las miró, y se encontró con varios pares de ojos sobre él, y ninguno refulgía tanto como los verdes de la escocesa.

Esto era mucho considerando los más claros de su hermana y los azules de su hermana Olivia.

—¡Francis, qué gusto tenerte aquí tan temprano!—dijo esta—. Aunque si lo que buscabas era el remanso del hogar, me temo que distorsionaremos tus planes.

—En lo absoluto. Veo que se divierten, y me parece perfecto—Su mirada volvió a apreciar a Nessa, pero se forzó a despegarla y a concentrarla en su madre. Alcanzó a percibir el gesto hosco de lady Bournemouth enfocado en Nessa—. Me encantará compartir el té con ustedes, además de las exquisitas pastas de la señora Wilson.

—Perfecto—dijo su madre, abriendo la marcha para volver a su sala, y él ofreció su brazo a Lydia, que lo tomó con gracia, sonriéndole profusamente.

Una vez instalados y con tazas en la mano, la conversación fluyó, manejada de manera experta por las damas mayores, que se intercalaron para hacer notar a Francis las dotes de Lydia.

Si esta no era una celada en toda la regla, no sabía cómo más calificarla. A Hugh le encantaría saber los detalles.

—¿Puedes creer que Lydia toca el arpa con maestría?

—No lo dudo, tiene la música en su sangre, lo noté cada vez que bailamos.

—Oh, muchas gracias, Excelencia—dijo ella, su espalda envarada, la boca estirada en una sonrisa medida y sus manos graciosas y enguantadas posadas en su falda.

El recuerdo de otras manos y de un guante roto lo hizo perder por un momento el hilo de la conversación, pero se rehízo.

—Es una muchacha con muchos talentos. Ha quitado peso de mis hombros con su excelente disposición. Administrar una casa es una tarea ardua y exige severidad para hacer trabajar a la servidumbre como se debe.

—Coincido, sí—dijo su madre, y Francis asintió con amabilidad—. Estás bien preparada para asumir el control de un hogar, lo veo con claridad.

—Mi madre me inculcó con el ejemplo, y siempre admiré su entrega para hacer la vida de mi padre más agradable y pacífica. Me hizo querer lograr lo mismo.

Aburrido, pensó, y luego forzó a su mente a retractarse. Era lo que se esperaba de ella, ni más ni menos, pero él necesitaba… Algo más. No se contentaría con una versión tan limitada de una esposa.

—¿Es usted de las que disfrutan la lectura, señorita Lydia?

—Leo, sí.

—¿Los clásicos?

—Temo que les encuentro un tanto… insulsos. Me informo, leo los periódicos, por supuesto.

Apostaba a que leía solo la parte social y de eventos.

—¿Le gusta montar?

Ella frunció levemente sus labios.

—No es de mis actividades favoritas, confieso. Me ponen nerviosa los caballos.

—Mi pobrecita—intervino la madre—. Se cayó de uno cuando pequeña y no hemos logrado que tome confianza para volver a intentarlo.

—No hay que forzar nada. Para eso están los cocheros—intervino la madre de Francis, y este asintió.

—¿Está disfrutando de su debut, Lydia? Me imagino que debe ser un poco avasallante.

Ella pareció en su elemento con esta pregunta.

—Es maravilloso, y no me pesa. Estuve preparándome con disciplina, y me congratula presentarme en el mismo momento que sus hermanas.

—¿Tal vez preferiría estar en la salita pequeña con las demás?—le preguntó, deseando que asintiera para poder retirarse sin inconvenientes.

—No, para nada, Excelencia, Lydia sabe su lugar—intervino su madre, y Francis hizo cara de circunstancias.

—Me agrada muchísimo estar aquí. Y salvo sus hermanas, que son encantadoras, las demás son demasiado ruidosas y les falta prudencia. Creo que es el origen—bajó su voz, y su madre asintió—. No pueden negar que vienen de zonas poco civilizadas.

—Escocia tiene mucho desarrollo y ciudades grandes—dijo él—. Y las hijas del conde de Atholl y el vizconde de Argyll han vivido en Londres por años.

—El origen se nota en los pequeños detalles—suspiró lady Bournemouth—. No soy de aquellas a las que les gusta el chisme, pero…

—Es escandalosa la manera en que esas dos chicas, las escocesas… No recuerdo los nombres… Me apenó mucho ver su actitud durante la gala en casa de la vizcondesa de Argyll.

—¿Actitud?—dijo Francis, haciendo su cabeza a un lado, instando a la mujercita a seguir.

—Estar sola en el jardín… Donde cualquier caballero podía salir en algún momento… Es como si estuviese a la espera de poner a alguno en una posición imposible.

—¡Un horror!

—Creo que se sintió afectada por sus dichos adentro del salón, señorita Lydia—le dijo con voz monótona y como si hablara del tiempo, pero apostando a impartir justicia para Nessa—. Verá, ella y yo estábamos cerca de donde usted hablaba con Bonnie. Términos como *cazar a un noble* y *desesperación* no le cayeron bien. Supongo que necesitaría aire para recobrarse.

La mujercita se encarnó y Francis sintió la perversa satisfacción de haberla puesto en evidencia, aun cuando las dos mayores vinieron a su rescate al instante, y su propia madre envió a Francis una mirada como las que solía dirigirle cuando niño.

—Por supuesto que no pretendí… Tal vez me dejé llevar por algunos comentarios insidiosos.

—Probablemente. Es importante medirse en los dichos sobre los demás. He aprendido que podemos encontrar barro debajo de lo que reluce, y viceversa.

—Oh, mi hijo es un romántico. A veces le digo que no debe ser tan confiado, porque hay muchos que se aprovecharían de él en un segundo.

—Madre…

—Excelencia, si me permite…—intervino la condesa—. Debe cuidarse. Su señora madre tiene razón. Hay mucha maldad y gente que cree que puede arrebatar a otros lo que poseen en base a engaños.

—Lady Bournemouth, agradezco su consejo—hizo un gesto, y luego fingió pensar, meneando la cabeza, serio y con afectación—. Es más, me hace reconsiderar mi idea de cortejar a alguien este año.

Su madre le clavó dagas, la boca apretada, pero a él le divirtió el aleteo rápido en los ojos de Lydia y la sorpresa que lady Bournemouth madre trató en vano de contener.

—¡Oh, no, no, Excelencia! ¡No es lo que trataba de…!

—Señoras…—se incorporó y les hizo una reverencia—. Las voy a dejar para que sigan disfrutando de su té. Debo reflexionar—volvió a decir.

Libre de las tres damas, se dirigió a su escritorio, donde trató de concentrarse en contestar a correspondencia, sin éxito. En su cabeza resonaba la dulce voz de la escocesa.

Cuando tocaron a su puerta y dio la autorización, Bonnie ingresó. Se la veía risueña y

más contenta que de habitual, y eso le alegró.

—Francis, ¿qué has hecho? Mamá está muy gruñona y dice que va a morir sin verte casado. Y las caras de lady Bournemouth y de Lydia no eran de agrado al marcharse. Por poco no tiraron a Isla de un empujón.

—Ese nivel de grosería y falta de modales en contra de aquellos que consideran inferiores me enerva—gruñó.

—Pues es más habitual de lo que te imaginas—agregó Bonnie, que se sentó enfrente—. Este año las más señaladas son Nessa e Isla. He notado que la animosidad contra ellas crece, y sus primas están furiosas por ello.

—Como debe ser—asintió—. ¿Qué opinas de Lydia Bournemouth?

Su hermana era buena juez de carácter.

—Es bonita, se viste bien, baila con gracia notable, y responde con lo que se espera que diga.

Francis rio y meneó la cabeza.

—Lo dices como si fuese terrible.

—Lo digo como lo veo. Si es lo que buscas en tu futura esposa, es la indicada.

—¿Crees que es lo que busco?

—Mm. Los hombres son difíciles de interpretar, y sus razones muchas veces me exceden. Pero sé positivamente que no basta con cualidades externas para garantizar una buena vida juntos. Debe haber algo acá—se señaló el corazón, y él asintió.

Bonnie no podía haber sido más clara, y él coincidía con su apreciación. Pero el mundo estaba hecho más que de impresiones y sentimientos. Había un orden deseable y que hacía las cosas más fáciles en la sociedad.

Pocos privilegiados tenían la suerte de lograr un equilibrio entre el deber y el querer.

DIECIOCHO.

—Maude me dijo que te habían entregado correspondencia—dijo Isla ingresando a la sala en la que Nessa estaba recostada en un sillón, ya rompiendo el lacre del sobre.

—Sí—asintió mientras extraía la carta y la desplegaba. Su hermana estaba echando de menos su hogar, como ella—. Es de John.

—¿John? Uh, eso es extraño, con lo que detesta sentarse a escribir. En particular este pasado año—murmuró Isla.

Su hermano era avaro con las palabras tanto en una conversación como por escrito, y esto se había vuelto casi mutismo desde su retorno del continente, herido y obviamente sacudido por los horrores que había vivido allá.

Las heridas que demoraron en sanar y dejaron marcas en él lo volvieron menos dado a socializar, algo que Nessa había tratado de modificar instándolo a acompañarla al campo a supervisar tareas, para disfrutar del aire fresco, o visitar a los arrendatarios.

Él era el futuro señor del castillo y de las tierras, y tenía que sobreponerse a la carga del pasado, eso creía Nessa, que ignoraba sus resoplidos y quejas para que lo dejaran solo.

Cuanto antes dejara atrás las malas experiencias vividas, más rápido se recuperaría y podría formar una familia, además de liderar a la que tenía.

Era tiempo de que su padre descargara alguna de las responsabilidades que tenía, y si Nessa creía poder con algunas, sabía que se necesitaba una figura masculina fuerte para ser respetado y obedecido.

—Mm, tal vez nos echa de menos. Ahora que no estamos, madre debe estarlo atormentando con pedidos y tareas—sugirió Nessa, que hizo un mohín cuando Isla se posicionó a su lado.

—Lee en voz alta—la instó.

Hubiese preferido enterarse de lo que su hermano tenía para decir sin Isla a su lado. Más allá de lo liviano de su tono, esta misiva le daba mala espina, y esta convicción se afirmó apenas leyó las primeras líneas de saludo y formalidades.

A Isla le ocurrió igual, y la agitación se filtró en el sonido de la súbita y ruidosa aspiración de aire por la nariz. Si bien esto la hizo consciente de la ansiedad de su hermana, consolarla se le volvió imposible, porque sus propias emociones la envolvieron.

Querida Nessa,

Espero que tú e Isla estén bien, y que Londres sea lo que esperaban y más. No dudo de que Isla esté disfrutando de cada día allí, aunque me imagino que no es ese tu caso.

He tratado de pensar cómo te las arreglas para socializar con esos Sassenach, y se me

escapa, pero sé que has encontrado la forma.

John había adoptado el apelativo despreciativo con el que el abuelo nombraba a los ingleses y que hundía sus raíces en un pasado de confrontación, prefiriendo ignorar el hecho de que la unión entre Escocia e Inglaterra tenía más de cien años.

Su hermano admiraba al abuelo y pasó mucho tiempo con él mientras crecía, bebiendo de sus relatos, y Angus solía decir que la fiera nostalgia se había saltado una generación, porque a él no lo afectaba.

Su padre tenía dificultades concretas con el presente y las dificultades financieras que este había traído a los Campbell.

Las cosas no van bien aquí, pero eso ya lo sabes. Me avergüenzo de haber estado tan sumido en mi miseria que nuestro padre tuviese que lidiar solo con las dificultades que nos asolaron.

Les debo a ambos una disculpa eterna, y la culpa me corroe. Hacerte cargo de las tareas que me correspondían mientras yo penaba demuestra tu carácter y tu talante, hermana querida, y por ello te estaré agradecido por siempre.

Nessa parpadeó, tocada por la sincera emoción que las frases de su hermano trasuntaban. Lo imaginó escribiéndolas, la dificultad para hacerlo con su mano herida, y el corazón se le apretó.

John era un hombre parco, y por ello cada palabra contaba. El cariño entre ambos era fuerte, y Nessa no lo culpaba de nada. Sanar heridas físicas y mentales llevaba tiempo, todos en la familia lo entendían.

—Querido John…—musitó Isla, conmovida, y Nessa asintió, pero se rehízo, para continuar.

Enterarme de que el tío Archie huyó con el dinero destinado a pagar las ingentes deudas que papá ha contraído ha sido un golpe duro. La traición caló hondo en nuestros padres, que aparecen tristes y abatidos. Me corroe verlos así.

Pero más aún me rebela que ambas hayan marchado a Londres con la tarea de conseguir un compromiso con un caballero cuya fortuna ayude a salvar las posesiones de nuestra familia.

Eso es oprobioso, Nessa. Sé cuánto esperó Isla por la oportunidad de disfrutar de la temporada, y debería hacerlo sin presiones. Lo mismo tú.

He discutido con nuestro padre otras opciones que no sean esperar que ustedes nos

salven y comprometan con ello su futuro. Una posibilidad que ha rechazado de manera terminante es el recurrir a los tíos Colin o Brodie por un préstamo.

No va a ceder en eso. Tu ya lo sabes, por supuesto, por eso estás allá, haciendo algo que odias. Me reprocho el haberme retraído de tal forma que les obligó a hacer algo desesperado para no perderlo todo.

—Nessa, ¿esto es así?—susurró Isla, su voz un hilo, y su rostro pálido

Nessa tomó su mano y la apretó con fuerza, y asintió.

—Pero… ¿Cómo no me lo dijeron? Yo… Gasté sin control en vestidos, guantes, capas… —Se cubrió la boca, pero el sonido de un sollozo ahogado se filtró—. ¿Cómo pudo nuestro tío Archie hacer algo así?—susurró.

—No lo sé. Traicionó la confianza de nuestros padres. Ese dinero se iba a usar para pagar los intereses de préstamos que papá debió tomar… Otra parte se gastaría en nuestra estadía aquí. Se llevó todo.

—Es inaudito. Doloroso—murmuró—. Eso debió doler a nuestro padre como si le clavaran una daga en el pecho. A mamá. Sin embargo, no percibí nada. Estuve ciega, tonta de mí —meneó su cabeza, y sollozó desconsolada.

—¡No, Isla, no te culpes! Una de las razones que mantuvo a papá en pie es la convicción de que debías estar aquí. Lo merecías. Han sido años de soñarlo, y aunque es verdad que a mí no me entusiasmaba, tenía curiosidad por conocer cómo era Londres, la temporada. Ver a nuestra familia.

—No hubiese creído posible que algo así ocurriese. Sabía que no nos sobraba demasiado, pero…—habló muy bajito, y las lágrimas arrasaron sus ojos, pero las limpió con el dorso de su mano, tratando de sobreponerse, y sacudió la cabeza, parpadeando—. Papá te dio dinero, ¿de dónde lo sacó?

—Vendió una parte del ganado. El problema es que… La carta lo dice, aquí…—avanzó sobre el siguiente párrafo, que ya había leído en silencio.

El señor MacMahon estuvo en el castillo ayer. Estaba furioso, y de no haber estado presente para frenarlo, hubiese molido a golpes a nuestro padre. Fue muy violento, Nessa, aunque torpe. La furia nublaba su entendimiento.

Alguien le hizo saber que habíamos vendido parte del ganado que era garantía para el pago de una suma que le adeudábamos. Una de las tantas sobre las que no tenía idea.

Padre estaba tan avergonzado y disminuido que me conmovió. Pude convencer al hombre para que nos diera más plazo para pagarle. Mentí con descaro, me temo, y las usé como escudo.

Le di a entender que Isla estaba comprometida con un noble y tú con un caballero, y las bodas garantizarían que las deudas familiares serán atendidas. Sé que fue un movimiento desesperado, pero al menos nos ha comprado tiempo.

Por mi parte, he cursado correspondencia a uno de los oficiales bajo cuyas órdenes luché en España, solicitándole ayuda. Tiene una deuda de honor conmigo que nunca esperé tener que cobrar, pero los tiempos difíciles necesitan medidas igual de urgentes.

Apenas tenga su respuesta te la haré saber. Envía mis saludos a la tía Brodie y a nuestros primos.

John.

—¿Por qué hizo eso nuestro padre? ¿Por qué vender el ganado y endeudarse más? No tiene sentido. Si hubiese sabido las penurias económicas en la que estábamos, hubiese suspendido nuestro viaje. Me siento terrible. Mis caprichos…

—Padre quería cumplir lo que había prometido por años. Enviarnos a Londres para participar en los eventos y conocer a esa nobleza de la que sus hermanos y sobrinos forman parte.

Nessa no quería ni por un momento que la alegría de Isla se marchitara como consecuencia de la culpa. No había sentido en ello.

—¿Cómo puedo seguir inmersa en esto cuando conozco que consume las pocas reservas que tenemos, y…?

—Nuestro padre considera esta una posibilidad para que tú y yo escapemos de la ruina. Como escribe John, cree que existe la chance de que logremos eclipsar la razón de un noble y un matrimonio nos salve.

El rostro de Isla se demudó.

—Lo hizo por mí, entonces. Porque no dejé de fantasear y empujarnos para estar en Londres… Gastando lo que no tenemos—susurró, y gotas muy gruesas descendieron por sus mejillas.

Nessa se apresuró a abrazarla.

—¡No, no! Lo hizo por las dos, por el castillo, las tierras. Satisfacer tu deseo de venir y empujarme para acompañarte… Fue estrategia. Buscó sacarnos del medio porque se siente desesperado y no puede mirarnos a la cara. Siente que fracasó y puso el hogar de generaciones en riesgo. Lo que debía ser la herencia de John está a punto de perderse.

—¡Debe haber algo que podamos hacer! Cuando ese hombre se impaciente y el dinero que se le debe no llegue, ¿qué pasará entonces? Porque las cosas no van bien aquí, Nessa, y lo sabes—la miró con fiereza, perdida la suavidad que de habitual teñía su rostro—. Hay rumores rondando sobre nosotros y nuestros deseos de cazar a un noble—resopló—. ¡Yo estaba lívida por

ellos!—rio con tristeza—. No podían estar más acertados.

—No será así. Buscaremos un modo…—le indicó, su cabeza buscando opciones. *Nuestras alfombras usan la mejor lana escocesa,* flotó en su mente el recuerdo de las palabras del duque, y se mordió el carrillo derecho—. Si logramos contactar con alguien de influencia, podríamos encontrar un comprador para nuestra lana que nos adelante dinero…

—Desvarías, Nessa—sacudió su cabeza en negación—. ¿Quién confiaría en dos mujeres, jóvenes y sin un respaldo, para un negocio a futuro?—argumentó, y esta suspiró.

—¿Quién te contó de esos rumores, Isla?

—Edward, y lo hizo porque le pregunté por qué creía que no había interesados en cortejarme—respondió, sus dientes mordiendo un costado del labio inferior—. Perdí la cuenta de cuántos duques, condes, vizcondes, o hijos y hermanos de estos bailaron conmigo en las galas. Se mostraron galantes y no dejaron de halagarme, pero… Ninguno trajo su tarjeta, o solicitó cortejarme. Eso me hizo sentir… Poco atractiva, y…

—No estás acostumbrada a ello, y así debe ser. Has sido la mujer más bella en las fiestas, pero eso no es suficiente.

—No soy una vanidosa que aspira a que caigan rendidos ante mi belleza, Nessa—había frustración en su voz—. Quiero que me vean de verdad. Pero es humillante saberse el foco de los cotilleos y malicia. Y ahora esto…

—No eres responsable de sacarnos de la bancarrota, Isla—le dijo con ferocidad, porque no permitiría que su hermana creyese que era la encargada de evitar la ruina y aceptara cualquier propuesta—. He decidido aceptar el cortejo de Sommerset—dijo, exponiendo la idea a la que le venía dando vueltas hacía días, pero que había pospuesto.

—¡Nessa, no! ¡Ese hombre es atroz! Pagado de sí mismo, convencido de tener la verdad de cada tema, además de…

—Es el único que se ha interesado. Y es un hombre rico, que entiende de negocios. Tal vez sea la solución a nuestras angustias.

—Tú lo detestas, así como odias estar aquí—esgrimió Isla.

—Bueno, es hora de que haga aquello que no deseo o rechazo en pos del bien mayor. No le he dado una verdadera oportunidad de cortejarme.

—Nessa…—insistió, pero esta la cortó con una negativa vehemente de su cabeza.

—Anne no va a poder creer que voy a seguir sus indicaciones al pie de la letra. Hablaré con la tía Brodie y le haré saber de mi… interés.

—Tienes que contarle lo que pasa con su hermano y su antiguo hogar.

—No. Ella le diría al conde, con la pura intención de ayudarnos, y lord Percy le contaría al tío Colin. La satisfacción que este sentiría al escribir para hacer una oferta por el castillo heriría a nuestro padre, y la memoria del abuelo. No lo podemos permitir.

—Los tiempos cambian, y no se mantiene la tierra con orgullo—argumentó Isla.

—Exacto. Voy a doblegar el mío para dar una oportunidad a Sommerset.

—Voy a rezar para que ese hombre al que John escribió le responda. Odiaría que mantener el castillo y las tierras sea a costa de tu felicidad.

—Confiemos en que no será así. Todavía hay oportunidad para que el hombre de tus sueños aparezca en alguna gala y decida cortejarte.

Isla resopló y apretó sus labios. La decepción crecía en ella, y era doloroso de ver. Tan ansiosa que había estado por venir, por participar de la temporada, se encontraba con barreras invisibles difíciles de sortear.

—Tenías razón, Nessa. Leer tantos libros románticos no le hizo bien a mi cabeza. La llenó de aire—suspiró—. No vuelvas a esconderme la verdad. Soy parte de la familia, no necesitas protegerme. No soy tan débil como crees.

—Lo sé—asintió, y apretó su mano con suavidad—. No lo volveré a hacer.

DIECINUEVE.

Convencer a su tía de extender una invitación a Sommerset para una tertulia en su mansión no tomó nada de tiempo, porque lady Brodie lo vio con alivio, y así lo manifestó.

<<Ay, querida, es un alivio ver que entras en razón. El señor Sommerset es un comerciante muy importante, y se dice que incluso tiene inversiones en compañías que comercian con América y la India. Él ha mostrado su interés con claridad.>>

Así que aquí estaban, dos días después, en la sala de recepción más grande de la mansión, y por unos quince minutos también estuvo el conde, que le dio la bienvenida, de seguro empujado por las súplicas de su tía. Luego se retiró argumentando una reunión.

Nessa no creía que el interés del comerciante tuviese que ver con su persona en particular, sino con la eventual cercanía que esto implicaba con hombres de influencia. Los burgueses como Sommerset podían ser muy ricos, pero les costaba colarse entre las grietas de la nobleza para ser reconocidos, o al menos tolerados.

No sería ella la que le haría ver que el conde de Atholl no prestaba atención a sus sobrinas políticas, y que el vizconde de Argyll ni siquiera había reparado en ellas, o mejor, las ignoró.

Estaban aquí, participaban de la temporada, se codeaban con gente de importancia producto de la generosidad de su tía, y eso parecía bastar a Sommerset.

El hombre conversaba demasiado, y lo engolado de su voz solo tenía rival con la monotonía de sus temas, básicamente conversaciones que pretendían hacer notar sus adquisiciones inmobiliarias o artísticas.

—Me encanta ese mural—señaló una de las pinturas, que a Nessa le parecía exquisita—. Es un magnífico bodegón. ¿Es un Constable? Me parece del estilo del que adquirí. Un paisaje pintado que es una maravilla. Le hace querer estar a uno allí, en medio de la pacífica campiña, lejos del ajetreo de Londres.

—Oh, aprecié algunas de las pinturas de Constable cuando visitamos la Real Academia— dijo Nessa, entusiasmada.

Le encantaba el arte, la pintura en especial, y había logrado arrastrar a Isla y Margueritte para que la acompañaran a ver los paneles y esculturas griegas expuestas en el Museo y que habían sido traídas al país por el conde de Elgin.

Si a Sommerset le gustaba el arte podrían tener un tema en común, pensó, más animada.

—Mm, bueno, mi tiempo es escaso, y no me interesan los objetos viejos. Compro lo que decora mis paredes, me da paz, y además, es una buena inversión.

El ánimo se le desinfló, porque no podía haber una respuesta más inadecuada. Había belleza y valor en el arte por sí mismo, y descubrirlo tenía que ver con sensibilidad, con

apreciación genuina. *Es un comerciante, recuerda. No te desilusiones, explora para encontrar intereses comunes.*

—¿Encuentra Londres interesante, señorita?—inquirió Sommerset—. Hay mucho por ver y disfrutar. Mis actividades me obligan a viajar mucho, pero me gusta asistir a galas y reuniones cuando puedo.

O cuando lo invitan, pensó Nessa, a la que no se le escapaba que su ausencia de la mayoría de aquellas a las que asistieron.

—Lo que he visto me parece muy bonito, aunque confieso que no he ido más allá de Mayfair y sus calles principales.

—Y así debe ser—asintió Sommerset—. Aunque la zona donde están mis oficinas es segura y limpia, por supuesto.

—Me gusta mucho cabalgar, y he mejorado en el estilo que usan por aquí, de lado.

Él arrugó el entrecejo y asintió.

—Nessa puede hasta saltar obstáculos—agregó Maude, que estaba sentada al lado de Isla —. Es muy ágil.

—Debe tener cuidado, señorita Nessa, puede sufrir un accidente. Los animales son impredecibles.

Contuvo el deseo de rodar los ojos. Este hombre probablemente veía los caballos de lejos o atados a su carruaje. *No hay problema, no necesito que me acompañe cuando quiera cabalgar, si es que el compromiso se concreta.*

—En las Tierras Altas y para recorrer nuestras tierras y alrededores una buena montura es esencial. A menudo tomaba un libro e iba a una zona cerca del río para disfrutar de la lectura en contacto con la naturaleza.

Oh, cómo extrañaba las fragancias de las flores silvestres, la brisa en su piel, y los tintes del paisaje y el cielo. Vivir rodeada de casas y mansiones ostentosas, aun cuando arboladas y con jardines meticulosamente cuidados y diseñados, no era lo que Nessa quería.

Nadie hace lo que quiere cuando quiere. Hay obligaciones, responsabilidades, decisiones que llevan a sacrificios, recuérdalo.

—Tengo una biblioteca muy completa en mi casa, con miles de ejemplares. Astronomía, matemática, diarios de viajes, y mucho más. Encuadernados en el mejor cuero y esperando a ser usados. Como digo, tengo poco tiempo.

Bueno, eso era un aliciente. Ella adoraba leer.

—Señor Sommerset, ¿más pastas?—indicó, y este asintió con vehemencia.

El hombre adoraba los dulces, y eso se hacía notar en su estómago. Analizó críticamente su aspecto mientras la tía Brodie hablaba con él. El cabello muy bien peinado se mostraba algo ralo en los costados.

Era unos cinco centímetros más alto que ella, pero eso implicaba que medía un metro sesenta y ocho, si acaso. A Nessa le gustaban altos, como… Se removió, y siguió evaluando al cortejante.

Sus ojos grises eran inexpresivos, y sus manos eran suaves y medianas, cuidadas. Manos de alguien que manejaba la pluma y no hacía tarea física.

—¿Hay algún rubro específico en el que se especializa, señor Sommerset?

Este asintió, y bebió un largo sorbo de té.

—Mis empresas se dedican a la provisión de hierro para la confección de máquinas. Sembradoras, hiladoras, grandes aparatos. Controlo algún que otro yacimiento, transporte del mismo hasta las fábricas. Por supuesto que también tengo varios barcos, y con ellos traigo materias primas del extranjero.

—Una función muy importante considerando el crecimiento de la mecanización, o eso leí —dijo Nessa—. Es muy interesante. Dicen que las máquinas han sustituido a muchos trabajadores, y por eso hay huelgas y más pobreza.

—Oh, señorita, no necesita preocupar esa bonita cabecita suya con ese tipo de asuntos. Para eso estamos los caballeros. Es vital que detrás de cada hombre emprendedor y dispuesto a crecer y progresar haya una esposa esperándolo en su hogar, con la comida lista y el fuego encendido. Una mujer que sea remanso.

Una que no piense mucho y cubra sus necesidades básicas, consideró, fastidiada por la manera en que le habló.

—¿No cree usted que las mujeres pueden desempeñarse en algún trabajo más especializado y ayudar desde él? Yo soy buena con los números, por ejemplo. Padre confía en mi para supervisar la contabilidad y …

—Tengo entendido que los negocios en las Tierras Altas no van bien—la interrumpió con una sonrisa tiesa, y Nessa entendió el mensaje.

No solo le estaba diciendo que no era buena en contabilidad si los negocios iban mal, también que conocía su situación, y esto la avergonzó, por lo que parpadeó.

Sintió la mano de Isla en el bajo de su espalda y tuvo la convicción de que estaban pensando lo mismo.

—Usted es un hombre avezado en los negocios. Sabe que hay altas y bajas—indicó, con una semi sonrisa falsa, y él asintió.

—También reconozco cuando uno se hunde irremediablemente. Me gusta invertir en ese tipo de negocios, por cierto, pero solo cuando entiendo que puedo sacar rédito y hacerlo florecer.

Estaba hablando en doble sentido, y no le gustó nada. Clavó sus uñas en el interior de una de sus palmas, instándose a controlar sus impulsos, que la empujaban a levantarse y retirarse luego de gritarle que no quería nada con él, ni podría tolerarlo como esposo.

Este hombre cobraría muy cara la ayuda que pudiera dar, y dudaba de que esta llegara si él no creía que valiera el esfuerzo y redundara en un beneficio económico. ¿Lo valía Nessa? Tanto como tenía una auto estima sana, no lo creía.

Cuando este hombrecillo viera la escasa importancia que Nessa tenía para los nobles que eran sus parientes, se replegaría y buscaría alguien más adecuado para sus planes de inversión.

Salvo que lograras enamorarlo, Nessa. Es un hombre como cualquier otro, por tanto, susceptible a la seducción. Tuvo ganas de reír a carcajadas de sí misma, porque eso nunca pasaría. Su moral era demasiado elevada para venderse así.

No, Sommerset seguramente no la ayudaría, o si lo hacía, pretendería quedarse con las posesiones de los Campbell. El objetivo mismo de venir aquí se desvirtuaría.

Miró a la tía Brodie y la notó tensa, aunque sin perder la sonrisa. Algo similar encontró en Isla. Se incorporó, y Sommerset hizo lo mismo, en un gesto de galantería.

—Señor Sommerset, me temo que tengo que retirarme. Seguramente lo veré alguna vez en los eventos sociales que restan, pero estaré retornando a mi hogar en poco tiempo. Ha sido un placer conocerlo. Le deseo éxito en sus negocios.

Él parpadeó dos veces y pareció confuso y muy sorprendido, lo que la satisfizo. Cateto. ¿Creía que ella aceptaría la cárcel del matrimonio con él en la eventualidad de que salvara el patrimonio familiar? Si por un momento lo consideró, esta tarde con él había sellado la negativa.

Hizo un gesto cortés y lo dejó atrás, farfullando, y luego escuchó la voz de su tía aplacándolo. Los pasos que corrieron detrás suyo anunciaron a su hermana, y aceleró su caminar para llegar a su habitación, pero no pudo evitar que esta entrara tras ella.

Suspiró.

—Lo lamento, no sé qué… No pude…

—¿Cómo ibas a hacerlo?—Isla levantó las manos al aire con indignación—. ¡Es un hombre horrible! Lo único de lo que habla es de su dinero, sus posesiones, sus negocios. No encuentra nada placentero como no tenga que ver con eso. Y lo que dejó entrever…—se estremeció—. Prefiero que nos hacinemos en alguna casucha en Glasgow a pensarte en la casa de ese hombre y a su merced—declaró con apasionamiento.

—Se nos cierran las opciones, Isla.

—Confiemos. John puede tener buenas noticias a la brevedad. O nuestra suerte puede cambiar en los siguientes días, en las próximas galas.

—Isla, hemos de volver. No tiene sentido perder tiempo aquí, o gastar dinero que puede ser vital en los siguientes meses.

—Una semana más—hizo gesto de súplica—. La mascarada en la mansión de Worcester. El día de campo en la casa solariega de los Atholl. Luego de ello, nos volvemos.

—Está bien—asintió.

No es que quisiera ver otra vez a ese hombre tan pedante, el duque. La idea de un intercambio verbal con él era molesta. Mucho. Él se complacía en hacerle notar sus deficiencias, y no importaba lo atractivo que le resultara y lo mucho que sus ojos azules la atrajeran.

Era muy probable que ya estuviese cortejando a Lydia Bournemouth. Se había mordido para no preguntarle a Bonnie y Olivia la tarde anterior cuando se habían topado en la calle Bond, y habían pasado un buen rato mirando máscaras, sombreros y guantes.

Las hermanas Worcester habían gastado muchísimo sin que se les moviera un cabello, y sus primas también. Isla y ella se habían contentado con adquirir las máscaras que necesitarían para la gala siguiente, y aunque ella necesitaba guantes nuevos, se abstuvo de gastar las libras que guardaba con celo.

—Tienes que ensayar una canción, Nessa. Recuerda que se los prometiste.

Había sido un momento de debilidad, perdida en el gozo de cantar. La perspectiva de hacerlo enfrente a decenas de personas acostumbradas a escuchar a los artistas más importantes era escalofriante, y ya había tenido una pesadilla al respecto.

—Seguro que entienden si me retracto—musitó.

—Estarás amparada en una máscara, Nessa. Y Anne te dijo que te acompañará, con lo que la mitad de las miradas estarán sobre ella. La gente estaba alelada el día en que tocó el pianoforte en la mansión Argyll.

—Sí, eso es cierto. Iré con Anne en un rato—se acostó en su cama, y su hermana lo hizo a su lado—. No sé por qué me preocupo. No es como si pueden tener una opinión más baja de mí.

—Tu voz es preciosa, Nessa. Hay que ser muy necio para no reconocerlo. Lo harás muy bien. Y yo voy a bailar como si no hubiese mañana, sin preocuparme más por hacerlo perfecto y encajar. Es imposible encastrar donde no hay sitio para uno.

—Al menos Margueritte y Victoria tienen a sus cortejantes comiendo de su mano, y son hombres agradables. Eso es bueno, la tía Brodie va a tenerlo más sencillo el año siguiente. La querida Maude es muy joven y tendrá experiencia, y lo hará genial.

—Sí. Lo mismo Elizabeth. Es maravilloso que hayamos podido verlas y disfrutar de su hospitalidad y cariño. Edward es mi primo favorito.

—No es difícil considerando lo vanidoso de Kyle, y que no vimos a Archibald y George —sentenció, y llevó sus manos abajo de su nuca—. Isla, ¿alguno de los hombres que conociste te atrajo?

El silencio que siguió la alertó, y observar las mejillas encarnadas de su tez la hizo sonreír.

—Dime, anda.

—El duque de Lycombe es muy apuesto—suspiró—. Y un deslenguado sin modales,

también. Aunque no un pedante.

—Mm. La mala fama le precede.

—¿Qué hay de ti, Nessa?—le inquirió, curiosa, observándola, y ella miró a un costado, pensando en unas pupilas azules, una fragancia masculina intensa y unos dedos que le rodeaban el antebrazo con gentileza y le quemaban.

—No, no puedo decir que alguno de estos nobles me impresionara.

Mentiras, *mentiras*, canturreó una voz en su interior, y a la que su razón fustigó.

VEINTE.

Francis recorrió los espacios ya listos para la mascarada y se sintió impresionado. Las grandes salas de la mansión resplandecían. Una de ellas tenía sillas y sillones en sitios estratégicos para dar sitio a la charla y el descanso, con mesas cargadas de adornos y comida.

Se había liberado de muebles al salón central para crear una pista de baile en la que los invitados lucieran sus disfraces, girando y danzando bajo la miríada de luces y reflejos provocadas por la luz de las incontables velas de los candelabros y las lámparas de aceite. Los jardines también estaban iluminados.

Su madre y sus hermanas habían estado días hablando y planificando, contratando gente y dando directivas. Las invitaciones se habían cursado con menos anticipación de la deseada, porque la idea de esta mascarada había sido inspiración del momento, pero eso no fue óbice para que la mayoría de los convocados asegurara su presencia.

Nadie quería quedar por fuera de lo que las publicaciones llamaban l*a mascarada más esperada en la mansión del soltero más codiciado*. Esto se lo había hecho saber el tonto de Hugh una de las mañanas en que habían cabalgado juntos.

<<Quién diría que serías considerado el sol de la temporada, Francis. De habitual eres más una nube negra que arruina la diversión.>>

—¡Mira qué elegante y misterioso estás en tu dominó!—dijo su madre, y se dio la vuelta para saludarla.

La anfitriona estaba elegantísima en su vestido crema con incrustaciones en cristales, y la única concesión a la mascarada era el turbante en su cabeza, que tenía un zafiro incrustado en el medio y plumas en un costado.

—Estás hermosa, madre—besó su mejilla y ella sonrió.

—Gracias. Los carruajes ya están llegando. ¿Dónde están…?

—Aquí—se escuchó a Olivia, que apareció brincando, el sombrero de dos puntas en negro y blanco moviéndose en su cabeza.

—Un Arlequín. Mm, refleja parte de tu personalidad—le dijo, con una sonrisa amplia.

—Pues yo espero que esa capa negra no refleje tu ánimo, hermanito, porque no quiero nubes en esta fiesta. ¡Estoy tan ansiosa!

—No muy lejos de tu estado habitual, aunque el atuendo lo potencia—señaló Bonnie.

La miró, tratando de identificar el personaje que la inspiró.

—¿Una dama griega, romana?

—Perséfone, una diosa griega. Por ello las flores en el cabello—indicó.

—Esperemos que no haya un Hades que te rapte, hermanita—rio Olivia, y Francis frunció el ceño, mirando con seriedad a Olivia, que escondió su risita con su mano.

—Compórtense. El disfraz no da licencia para la picardía o el desliz.

—Eres demasiado aburrido, Francis—se quejó Olivia, cruzando sus brazos en el pecho —. Lo divertido es distenderse y olvidar un poco las convenciones. Es agotador estar siempre en pose.

—No es pose, son tradiciones, queridas, y Francis tiene razón. Vamos a la puerta a recibir a nuestros invitados.

Él quedó atrás y se dirigió a su escritorio, donde se reclinó con calma, pensativo. El comentario de Olivia, a la que reprendió, como era su obligación, no le pasó sin considerarlo, empero.

La máscara, el disfraz en general invitaba a perderse en el anonimato, al menos por algunas horas.

No dudaba de que los ojos entrenados de algunas damas lo reconocerían al cabo de un rato, pero mientras tanto, no tenía que bailar si no lo deseaba, y podía transitar sin ser agobiado por conversaciones aburridas.

El golpe en la puerta fue mera etiqueta, porque el duque de Lycombe ingresó sin esperar autorización, una sonrisa extendida en su rostro. Francis suspiró al observar el atuendo, y la ironía no se perdió en él.

—¿Un cuáquero, en serio? No podría haber una distancia más extensa entre tú y un puritano, Hugh.

Este se adelantó y se sentó en un sillón a su frente. Lo más impactante era sin duda el personaje elegido, pero Francis evaluó el disfraz en detalle. La capa y los pantalones confeccionados en telas de lana, en la gama de los negros y grises, y que debían picar, supuso. El blanco en puños y cuello contrastaba, y el sombrero redondo y hacia arriba, en punta, daba el toque final.

—Soy la imagen de la sobriedad y la sencillez, además de la moral severa.

—Me alegra que te diviertas, Hugh, y aunque nadie que te conozca superficialmente lo afirmaría, sí sé que alguna que otra cualidad cuáquera tienes. No las que mencionas, pero eres un ejemplo de honradez y sinceridad.

Hugh meneó su cabeza, desarmado por la seriedad con la que Francis le señaló eso, pero decía la verdad. No le gustaba cuando su amigo pretendía aceptar y mimetizarse en la imagen que la alta sociedad tenía de él.

Francis y Grayson lo conocían bien. Habían jugado juntos y fueron confidentes desde pequeños. Habían luchado a la par en una guerra espantosa, y acá estaban.

Hugh era un hombre de honor, y si sus hábitos licenciosos ofendían algunas damas de alcurnia o nobles hipócritas, eso era algo que no incidía en la percepción que Francis tenía de él.

—Gracias, mi buen amigo—dijo Hugh, asintiendo, y se reclinó—. La mansión

resplandece, y lo mismo las damas que me recibieron. Me apresuré a venir, queriendo eludir el borbollón de gente que sin duda se agolpará en la entrada.

Un nuevo golpe en la puerta anunció otra presencia, esta menos impetuosa, porque esperó a la autorización grave de Francis, que sonrió al ver entrar a Grayson.

La carcajada de Hugh hizo suspirar a Grayson, que se sentó y aceptó el whiskey que Francis le ofreció.

—Es el precio que pago por dejar mis asuntos domésticos en manos de mi hermano—gruñó.

—El puesto te sienta bien. Tenemos claro que tienes el mismo don de mando que un sultán—dijo Hugh.

Francis coincidía, por lo que asintió. La actuación de su querido amigo el duque de Bristolbridge había sido heroica en las guerras peninsulares, y había una cicatriz que lo atestiguaba debajo de las babuchas de seda oscura que cubrían sus muslos.

Había visto la muerte a la cara y sobrevivió para conducir a su batallón al triunfo detrás de Wellington, y habían sido testigos directos.

—La concurrencia es extraordinaria. Tuve que entrar por la puerta de servicio para evitar atascarme detrás de dioses griegas, faraones y seres mitológicos. Me encanta tu disfraz, Hugh, por cierto. Francis, manteniendo el estilo, dentro de lo tradicional.

—Que haya decidido participar es muestra de la adoración que tengo por mi familia—gruñó.

Se incorporó y fue hasta la puerta, que entreabrió. El sonido de voces altas y variadas más la música que llenaba el espacio anunció que la celebración comenzaba.

—No perdamos tiempo. Máscaras, caballeros, y a confundirnos en la multitud.

—Me pareció escuchar a tu madre anunciar que Anne Holloway tocaría hoy.

Hugh y Francis se miraron, sorprendidos. Grayson no solía interesarse en la música.

—¿Has desarrollado un interés por el pianoforte, amigo? ¿O por la que le arranca melodías tan sutiles y perfectas?

La inspiración súbita de aire desplegó las narinas de Grayson, y los otros rieron.

—Curiosidad, simple y llana. Me gustan los misterios, y esa mujer es uno. Dejó los escenarios cuando ya se había hecho un nombre, desapareció por años, y ahora vuelve, sin explicaciones.

—Seguro que puede atajarla antes de que se vaya y preguntarle en persona, su Gracia—bromeó Hugh—. Traté de hablarle en la gala de la mansión Argyll, y fracasé con estrépito, porque apenas si me miró.

—Tu fama te precede, te lo hemos dicho—dijo, y luego agregó, impaciente—. Basta de cháchara. Mi madre gastó una fortuna en asegurar que la bebida más fina y la comida más cara

estuviesen disponible.

Cubrió su cara con la máscara, que dejaba su labio inferior y mentón al descubierto, comprobó, mirándose con brevedad en el espejo de la pared lateral. La imagen que le devolvió lo conformó, porque su identidad se preservaba.

Grayson y Hugh le dieron igual impresión, ya que el primero tenía un turbante además de la máscara, y el segundo usaba una que le cubría toda su cara, al estilo de las teatrales griegas.

Se unieron a los grupos de invitados que circulaban y se dispersaron. Los murmullos y las risas provenían de los distintos subgrupos que se abigarraban en esquinas y en sillas que se habían dispuesto en el perímetro de las salas y en los pasillos que las comunicaban.

Solo el piso superior estaba vedado a la circulación y el ingreso, y él se había asegurado de que las habitaciones estuviesen debidamente cerradas. En este tipo de galas, a pesar de que la entrada era por invitación exclusiva, podían colarse personas de baja calaña.

Había cerca de doscientos invitados, y la servidumbre estaría afanada en la atención de estos, y si bien se habían contratado más manos, ser precavido no estaba de más.

Con una copa en la mano caminó por los distintos salones, y se ubicó en un costado del mayor, donde comenzó a pasar revista a la muchedumbre.

Su madre conversaba muy animada con la marquesa de Wittham y la vizcondesa de Argyll, las tres sin máscaras y muy elegantes en vestidos adornados con profusión y cargadas de joyas.

No muy lejos, el vizconde charlaba con el conde de Bournemouth, y la cara de este era de educada escucha, aunque su mirada recorría su alrededor, procurando escapar, imaginó, o atraer a alguien más para dividir la atención de lord Argyll.

El noble escocés era la representación del tedio, a juicio de Francis. No hacía muchos años que había heredado su título y luego se instaló en Londres, mas no era esto lo que le convertía en un hombre al que no muchos consideraban interesante o al que llamaran amigo.

Era probable que el conde de Atholl fuese el único que de habitual sostenía la charla larga, y eso tenía explicación en el lazo familiar que los unía. Era risible que un hombre tan dogmático y estructurado fuese tío de esa polvorita que era Nessa Campbell.

Su mirada barrió la estancia, curioso por encontrarla y descubrir qué disfraz había elegido. ¿Amazona, vikinga, diosa celta? Hizo una mueca divertida al considerarlo.

Cualquiera de estos personajes le sentarían de maravilla, porque compartían ese espíritu semi salvaje que intuía en ella, y que se volcaba aquí y allá en frases espontáneas, o gestos.

Era molesto cómo no se la podía quitar de la mente, pero no extraño, porque la chatura de la mayoría de sus interacciones verbales con debutantes y otras que ya tenían experiencia en la temporada eran sosas, amables y edulcoradas.

No reconoció su figura entre las asistentes, y que pudiera discernir esta del resto era …

alarmante. Carraspeó, y se encogió de hombros. El cabello rubio con vetas rojizas, esos ojos y esos labios expresivos eran rasgos inconfundibles. De seguro Hugh o Francis también reconocerían a varias asistentes por detalles notorios que las caracterizaban.

Un grupo grande de damas rodeaba un largo sillón en el que algunas estaban sentadas, y se las veía divertidas y entusiastas. Bonnie y Olivia estaban entre ellas.

Algunas de esas mujercitas tenían que ser las hijas del vizconde de Argyll, al menos Elizabeth, la amiga más querida de su hermana menor. Sí, cuando se dio la vuelta la reconoció caracterizada como una reina egipcia. El pesado maquillaje de ojos y la gorra en forma de esfinge no disimulaba su identidad, pero no todos lo buscaban.

Una de las hijas del conde de Atholl, no recordaba su nombre, lucía un vestido plisado en muselina blanca muy similar al que vestía Bonnie, así que supuso que era una diosa. El sombrero en forma de casco y la lanza en su mano le trajo a la memoria a Atenea, aunque no era el hombre más interesado en las antiguas culturas.

En el grupo había también una sultana vestida en seda roja, con turbante y una máscara que le cubría medio rostro, una hindú envuelta en un sari celeste brillante, otra diosa griega (esta tenía bordados motivos vegetales como espigas de trigo), y dos mujeres en trajes de dominós, como él, con cabellos cubiertos por capuchas amplias y en punta, y máscaras sofisticadas con plumas negras y bordó.

Francis entrecerró sus ojos y empinó su bebida, sin despegar la vista del grupo, y dejó su copa en una bandeja, para luego acercarse con sigilo al animado sector, como atraído por un invisible imán.

Era ridículo, se reprendió. Como si no tuviese algo más interesante que hacer que escuchar lo que conversaban unas mujeres jóvenes exaltadas por la ocasión.

Bah, nada más estaba ejercitando sus poderes de observación, y se abocó a mirar en detalle las siluetas y en especial, los rasgos no cubiertos.

Los acordes de una cuadrilla llenaron el salón, y los caballeros se movieron a buscar compañeras, y la formación se realizó entre risas, comentarios y chistes.

Se recostó contra la pared y observó que Hugh era uno de los bailarines. Se divertía sin fustigarse, permitiéndose disfrutar, algo que a él le costaba mucho.

Grayson estaba en la pared opuesta a Francis, y sus ojos estaban pendientes del mismo grupo que él, lo que le hizo enarcar las cejas. ¿A quién observaba su amigo, de habitual tan prescindente como él? ¿Había reconocido a alguien que le interesaba entre las damas?

Su mirada volvió al racimo de mujeres, que tenía menos integrantes porque tres de ellas danzaban, su hermana Bonnie una de ellas. Una de las que vestía disfraz de dominó detuvo el deambular de sus ojos, y estos se regodearon en la imagen.

Bingo. Esa boca rosa fuerte y con la curva del labio superior exquisitamente dibujado le

resultó inconfundible. Había atraído su mirada cada vez que su dueña estuvo cerca, ya fuese elaborando frases, cantando, o haciendo gestos. De las tonterías que un hombre se percataba en instantes como este.

Nessa, porque era ella, la reconoció, vestía un vestido borgoña oscuro que completaba con una capa negra cuya capucha era amplia, pero el contraste entre la piel crema y la tela era notable.

Su cabello no se veía, más los ojos destacaban. Tragó saliva, y sus ojos se entrecerraron, fijos en ella. Se sintió súbitamente… excitado, inquieto, y las sensaciones lo desconcertaron.

Él no era un hombre de reacciones viscerales. Al menos no lo había sido en un contexto como este y hasta que la conoció, tenía que admitirlo.

Mm. Inspiró hondo y trató de concentrarse en otros aspectos, personas o detalles de la sala, en la música y los bailarines. Se le hizo imposible, y agradeció no estar expuesto, porque así nadie notaba su desasosiego, y tampoco lo atosigaban.

Nessa Campbell estaba volviéndose una molestia, decidió. Su rostro y su voz aparecían en sus pensamientos más de lo que quisiera y de lo que era recomendable. La curiosidad y el no poder catalogarla como hacía con gran parte de los que lo rodeaban lo fastidiaba. O algo así.

Se despegó de la pared, pero en lugar de hacer lo obvio y sano, es decir, huir en el sentido contrario, sus piernas lo acercaron al magneto. Ella despertaba fibras dormidas en él, y se encontró haciendo una reverencia y extendiendo su mano para invitarla a la pista, donde un vals comenzaba a sonar.

Ella dudó, pero las demás la empujaron, y su brazo se extendió mientras se inclinaba con levedad. Francis tomó su mano con suavidad, envolviéndola con la suya, que pareció tragar los delicados dedos.

Ella giró para ponerse en frente, y sus ojos se encontraron mientras él la tomaba por la cintura, pasando su mano por debajo de la capa, mientras ella posaba su mano en su hombro.

Un cosquilleo lo recorrió, porque si bien el contacto físico estaba mediado por las telas de sus guantes y vestimenta, esta era la primera vez que estaban tan cerca.

Olía perfecto, consideró, sus narinas inflándose y aspirando la fragancia floral liviana, diferente a las más pesadas de los perfumes franceses con los que algunas damas solían embeberse.

Comenzaron a girar con lentitud, la música llenando sus oídos, y no quitó la vista ni una vez de los verdes con rayos dorados de la dama entre sus brazos.

Francis era de los que consideraban que el vals era un ritmo sensual y sugerente, pero no de los que lo derogaban por ello. Y esta noche, se encontró disfrutándolo como nunca.

Con ella siguiendo su guía, giraron, Francis sintiendo cómo Nessa se relajaba con cada movimiento, y no supo si era porque ella no se sabía reconocida y por tanto no expuesta a la

crítica, pero la torpeza que le había visto en la pista no existía hoy. ¿Sería que no lo identificaba, y por eso no estaba a la defensiva?

—Bonito disfraz—le dijo, por iniciar conversación, agravando su voz para mantener su identidad oculta.

Era más que excitante.

—Gracias. No es de los más creativos, pero cumple el requisito.

Ella sonaba… No había desafío o posición defensiva, sino calma, y los labios se plegaron en un gesto de compuesta sonrisa que los distendió. Suaves, llenos, brillantes.

Una boca sensual, que debía besar… ¿Qué estaba pensando, por todos los cielos? Parpadeó y volvió a mirarla, y no supo qué era mejor, o peor.

—¿Disfruta de la fiesta?—inquirió, y ella asintió.

—Confieso que es la que más me ha gustado—susurró y él bajó su cabeza para estar más cerca—. Puede que no hable bien de mí el confesar que prefiero a todos en sus disfraces, se me hacen menos…

—¿Temibles? ¿Pesados?—ofreció los adjetivos, sonriendo—. Las máscaras liberan, por ello es que nos encantan. El peso de las normas se disuelve.

Ella asintió, y el silencio se hizo entre ambos mientras continuaban danzando.

Francis notó a su madre en uno de los giros, tratando de llamar su atención, y se percató, con inesperado fastidio, que Lydia Bournemouth estaba a su lado.

—Me parece que este tipo de fiestas despoja de máscaras, aunque parezca un sinsentido —la voz de Nessa lo hizo volver a mirarla, enredado otra vez en el sortilegio de esos ojos intensos, y a la vez honestos, ingenuos. *Eso, eso es*, se dijo, *ella es real, sin dobleces*—. La que se nos exige portar, la socialmente aceptable.

Sonrió, y asintió. Tenía razón, por supuesto. Y mantener la fachada era agotador, al menos estos meses intensos en Londres. En su mansión solariega, en la intimidad de su escritorio en esta casa o de una reunión solo con los suyos, la vida se disfrutaba mejor.

Contuvo el gruñido que casi surgió de sus labios cuando escuchó que su madre le nombraba, y con ello desarmaba la protección del disfraz. Esto en pos de atraerlo a la que su progenitora creía la candidata perfecta para él.

Que él lo pensara hasta hacía pocas horas también no daba derecho a la duquesa a ser tan intrusiva, consideró. El pisotón en un pie y el vaivén de la damita entre sus brazos marcó el fin del hechizo, justo cuando los últimos acordes de la pieza sonaban.

Su brazo la envolvió por la cintura y la atrajo más, y aunque podía ser visto como un escándalo, la fusión de las capas escondía sus siluetas.

—Relájese, señorita Campbell. Lo estaba haciendo perfecto, y mis pies no temieron hasta ahora. Fluya conmigo, querida.

—Usted…—susurró ella, sus ojos grandes parpadeando—. Es usted… Su Excelencia.

—Francis… Mi nombre es Francis, Nessa—murmuró.

—Lo buscan, Excelencia—Su voz sonó más firme, y la sintió retraerse físicamente entre sus brazos, que intentaron soltarse, pero él lo impidió, sin presionar—. Su madre y la señorita Bournemouth esperan por usted.

—Me gustaba más cuando estaba de incógnito y girando en la pista sin ninguna preocupación. Y por ello le pido que me conceda la siguiente pieza.

—Pero, pero…

—Disfrutemos del disfraz, e ignoremos las presiones, Nessa—murmuró—. Cuénteme, ¿ha seguido usted con sus cabalgatas? Espero que haya mejorado.

Ella frunció sus labios, y él sonrió, satisfecho de conmoverla.

—Si desea saberlo, Excelencia, lo he hecho. Soy una mujer persistente y aprendo rápido. Puedo montar sin dificultades de costado e incluso saltar obstáculos.

—Tsk tsk tsk, Nessa. No es común ni aceptable ese tipo de espectáculos en Hyde Park, y no sería bien visto.

Falso, pensó. Le gustaría apreciarla en su versión amazona, los ojos fijos, reconcentrada, su cuerpo firme sobre el caballo, acompañando el galope con gracia.

Libre, espontánea. Una visión inquietante, decidió, porque su hombría se agitó, y eso era… Preocupante.

—Oh, entiendo que así lo crea; ya hemos establecido lo poco adecuada que soy.

—¿Oh?—parpadeó.

No recordaba haber sido tan poco caballero como para hacerla sentir inadecuada, ¿o sí?

—No pretendo dar un espectáculo, se lo aseguro.

—Si en algún momento le hice creer que la veo con ojos de desaprobación, me disculpo, Nessa. No ha sido mi intención…

—No es necesario que se disculpe—dijo ella.

Hubo un silencio por dos giros, y él volvió a la carga, empeñado en hacerla hablar, en saber más de ella.

—Veo que sustituyó sus guantes.

—Un préstamo de mi prima Margueritte. Los que rompí eran mis favoritos—ella suspiró, y volver a un tema trivial restableció el clima agradable entre ambos.

—Eran de muy buena calidad. Lo digo con propiedad, porque poseo una fábrica de ellos.

—Oh, tenía entendido que producía alfombras. Con lana escocesa.

—Así es.

—Mi familia vende lana, Excelencia. Tal vez alguna vez podríamos hacer negocios.

Sonrió ante la oferta. No había diálogos aburridos con Nessa Campbell.

—Tengo mis proveedores, Nessa.

—Si sus negocios crecen, siempre puede necesitar otros. Y mi familia lo consideraría.

—¿Mm? ¿De verdad?—sonrió, y ella asintió.

—Estamos dispuestos a proveer.

—No hago negocios en fiestas, ni con señoritas en disfraz.

—Pues creía que muchos negocios surgían en reuniones. ¿Es por mi disfraz, o por mi condición?

Francis se sintió perdido, y abrumado por la intensidad de la escocesa, que parecía hablar con total seriedad.

—¿Condición? Me temo que me he perdido…

—¿Es porque soy mujer?

Lo consideró, y luego decidió ser brutalmente honesto, porque ella lo merecía.

—Confieso que no he hecho negocios con damas.

—Siempre hay una primera vez.

Se detuvieron, y ambos se miraron con fijeza.

—El vals terminó. Debo…

—Entiendo. Su madre está inquieta y no es correcto dejarla esperando.

Francis asintió, y se separó, observando como ella se deslizaba hacia el extremo opuesto y desaparecía de su vista. Resopló, volviendo a la realidad, y se dirigió hasta donde estaba su madre, que lo recibió con alborozo.

—¡Querido, mira qué hermoso disfraz tiene Lydia!

Sonrió y asintió, apreciando la figura de la bonita mujer, que estaba ataviada con un sari rojo que marcaba su cintura y dejaba libre uno de sus hombros. Tenía un maquillaje dramático que acentuaba sus rasgos, con perlas en su cabello.

—Mi padre me lo trajo de la India en su último viaje. Es exótico y la tela, una maravilla.

—Lo luce muy bien. ¿Le interesa viajar, Lydia?

—Oh, confieso que si la opción es París, ahora que la paz ha retornado, mi respuesta es sí. Esos lugares tan lejanos y exóticos, empero… Me imagino que es agotador y muy incivilizado. Me han dicho que los nativos son lerdos y carecen de la habilidad de nuestros criados.

Estaba seguro de que a Nessa Campbell le encantaría viajar, y los que Lydia mencionaba como grandes aspectos en detrimento de conocer India, o tal vez África, para la escocesa serían meros detalles.

—Francis viaja mucho—dijo su madre—. De hecho, ha ido a la India dos veces, y a Egipto.

—Algo que pretendo repetir, así como conocer más las zonas alrededor del Mediterráneo.

Me han dicho que son paradisíacas.

—Oh, por supuesto, por supuesto—sonrió Lydia—. Mi querido padre viaja a menudo, aunque mi madre permanece en el hogar. No le gusta dejar las riendas de la mansión o de la casa solariega en manos de la servidumbre. Hay tanto por hacer.

Él asintió, ya aburrido. Lydia hablaba lo que se esperaba de ella, y si era honesto, aquello que había esperado encontrar en alguien apropiado. Solo que la palabra *adecuada* se sentía…

Sabía a poco, y limitaba. Constreñía. Hablaba de conformarse, cuando un hambre diferente, un deseo de más, mucho más, le distorsionaba los pensamientos y tenía sus emociones revueltas.

Percatarse de ello era irritante. Distorsivo, porque cuestionaba lo que hasta entonces veía como correcto, natural, esperable. Estaba visto que sus deseos estaban mutando y lo hacían preferir otro tipo de cualidades en una dama, y con esto, un futuro distinto.

No era un mero ajuste de preferencias, no, porque había un conjunto de derivaciones de elegir con la cabeza o con sus impulsos. *Es imperioso que sujete mis emociones. Nada bueno puede surgir del desvarío y descontrol más que arrepentimiento futuro. Esto que siento… Esto que creo sentir,* se corrigió, *es lujuria.*

Ahí estaba, eso era. Ponerle nombre a lo que Nessa Campbell le provocaba era un comienzo, le permitía actuar sobre ello para hacer control de daños. La lujuria podía drenarse.

Dejar de lado a la amante que había mantenido por años tenía estos efectos, y debía aprender a lidiar con ello hasta tener a una buena esposa, diligente, apropiada y cariñosa.

Sí, eso era todo. Evitar a Nessa, cortejar a Lydia, asegurar el compromiso y casarse. Asintió, más tranquilo y seguro de sí mismo.

VEINTIUNO.

Se escurrió entre los que ya comenzaban a danzar en la pista y, en el borde de esta, miró a los lados para buscar a su hermana y primas. Su mano fue hasta su cintura, como si rozar el sitio donde el duque la había tocado pudiese convocar a la tibieza que le había hecho sentir.

Francis… Le había pedido que le llamara por su nombre, pero eso no ocurriría en voz alta. Era demasiado íntimo, demasiado… Le haría sentir un aire de propiedad que era insano, como si pronunciarlo la acercara de una forma impropia, imposible.

No sabía qué pensar sobre él… Sobre ella y él. *No hay él y tú, tonta,* se conminó a la razón, y esta acudió en auxilia con pereza, y no tan aguda como era habitual.

La imagen de ambos danzando como si estuviesen solos en la sala, sus ojos fundiéndose y hablándose, diciéndose más de lo que las bocas articulaban. Desvarío. Intenso, bonito, loco desvarío.

Él era uno de los hombres poderosos de Londres, de Inglaterra. Rico, apuesto, lo tenía todo, incluso un objetivo claro, y este lo había convocado desde el otro lado de la pista.

Lydia Bournemouth estaba deslumbrante en su disfraz de hindú, potenciado por la joyería importantísima que rodeaba su cuello y muñecas. Contaba con el favor de la duquesa madre, que sonreía con placer y había urgido al duque a finalizar el baile. *Aunque él lo hizo con renuencia,* murmuró su vocecita interior.

Se movió hacia un rincón para tomar una copa de la bandeja de uno de los mozos que circulaban por el salón, sus ojos pegados a los que departían más lejos.

El duque se había quitado la máscara y su rostro no se despegaba del de Lydia, que reía y le tocaba una y otra vez con liviandad y un sentido propietario que no debía escapar a nadie alrededor.

Hacían una bonita pareja esos dos, en todos los sentidos. Imaginó que el racconto de la novedad en los periódicos del día siguiente sería en un tono de alabanza, la clase acomodada exultante de que dos de sus más ilustres miembros estaban en sintonía.

El trago le supo a hiel, le quemó la garganta y luego el estómago. Se despreció por sentirse tan poca cosa y en especial por permitirse sentir algo tan similar a la desilusión.

El por qué le era incomprensible. Apenas conocía a ese hombre, y las veces que habló con él sintió su desaprobación.

Hoy no… Esta noche no. *Si en algún momento le hice creer que la veo con ojos de desaprobación, me disculpo, Nessa. No ha sido mi intención.* Sus ojos conectaron con ella de otra manera. Con otras… urgencias.

El pensamiento la avergonzó, porque de inmediato consideró que adjudicaba al duque lo que era suyo. Se había sentido bien entre sus brazos, girando y bailando sin presiones, y por ello

más libre y sin fallar en sus pasos.

Hasta que se percató de quién era él. Luego… Había enloquecido, hablando sin control sobre venderle lana y… Cerró sus ojos, avergonzada por su conducta impropia y desesperada. Una prueba más de lo inadecuada que era, consideró.

—¡Nessa! ¡Aquí estás!—Anne apareció a su lado, y si su máscara no le permitió ver su rostro por completo, la manera en que mordía su labio y como restregaba sus manos le mostró sus nervios—. Ven conmigo, es momento de presentar la canción que preparamos.

Si algo faltaba para ponerla de peor talante, aquí estaba. Encerrada en el remolino que era su cabeza había dejado de lado que había accedido a cantar. ¿Se necesitaba otra muestra más de que su cabeza no funcionaba bien en Londres? Aquí estaba.

—Anne… Escucha, no creo que sea buena idea… No sé por qué dije que sí, pero…

—Lo hiciste y es un compromiso que debes honrar—le respondió con seriedad, tomándola de la mano y tirando de ella con suavidad—. Además de que tenerte a mi lado aliviará mi tensión, Nessa.

—¡Anne, tú eres maravillosa y todos esperan que toques como la excelsa música que eres! Yo…

—Es la primera vez que voy a estar sin el apoyo de otros músicos en años, y me comen los nervios. Tienes una voz preciosa, querida, lo haremos tal y como lo ensayamos. No tienes que quitarte la máscara. Bonnie me dijo que a la duquesa le pareció gracioso mantener la incógnita.

Nessa tomó aire con ansiedad mientras caminó hasta el pianoforte. Se ubicó detrás de Anne, quien deslizó sus largos dedos por las teclas arrancándoles dulces sonidos y llamando la atención de los asistentes, que se acercaron hasta formar un semi círculo.

Era extraño ver a su frente a un mar de desconocidos embutidos en disfraces que emulaban civilizaciones lejanas y exóticas, pero hubo sonrisas y aplausos.

La duquesa de Worcester apareció al frente, y agradeció a todos por estar, y a Anne y su *misteriosa acompañante* por acceder a brindar un espectáculo.

Anne comenzó a ejecutar una pieza, logrando magia con el sonido y Nessa bajó su mirada y se concentró, dejándose envolver por la música. Habían decidido interpretar una balada muy popular en los salones y un aria escocesa clásica que Nessa conocía bien.

A medida que la melodía fluyó y ella se relajó, su voz se hizo más fuerte y sin un ápice del temblor que temió la permearía. La convicción de que lo estaba haciendo bien la volvió más temeraria y enfocó en la multitud, distinguiendo a su hermana en primera fila, al lado de sus primas.

El gesto de aplauso de Isla la motivó, y se animó a batir palmas para seguir el ritmo, y pronto otras se unieron. Sus ojos se posaron en la figura comandante en uno de los extremos del

semi círculo, con las piernas abiertas y los brazos cruzados al pecho.

El duque de Worcester parecía en trance, los ojos clavados en ella, entrecerrados, y sus labios una línea fina que no pudo interpretar. A su lado, Lydia Bournemouth parecía no poder quedarse quieta, su mirada una y otra vez sobre él, más que en el espectáculo.

El fin de la interpretación fue recibido con aplausos entusiastas, y gritos de aprobación hacia Anne, que la tomó de la mano y se inclinó en una reverencia, que ella imitó con algo de torpeza. Cuando el círculo se rompió y algunos asistentes se dirigieron a ellas, Nessa gruñó:

—Anne, por favor, habla tú, no sé qué decir.

—Agradece, vienen a felicitarnos.

En segundos su hermana la estaba abrazando, luego sus primas, y Olivia y Bonnie, todas excitadas y hablando de lo maravilloso que había estado. Hubo más saludos y a todos respondió con un cabeceo, pero cuando a su frente estuvieron el duque y su madre, con Lydia a su lado, los nervios volvieron.

—Querida Anne, tu talento es exquisito, no me canso de decirlo—señaló la duquesa—. Espero que este retorno sea duradero, porque hay muchos preguntando si podrán disfrutarte en escena.

—Le agradezco, pero temo que estas fueron mis dos únicas actuaciones, y por puro respeto a la vizcondesa de Argyll y a usted—Anne hizo una reverencia refinada y respetuosa.

—Y tú… Nessa.—la noble se volvió hacia ella con un gesto menos amable, diferente al que solía dirigirle cuando había estado en días anteriores—. Estuviste muy bien, tu voz es muy dulce y afinada. No te reconocí cuando te vi bailando con mi hijo.

Ah. Esa era la causa de la frialdad repentina. El duque había bailado no una, sino dos piezas con ella, y de habitual, eso implicaba interés evidente. *Pero esta es una mascarada, y él no sabía con quien… Lo sabía, sí lo sabía*, se dijo, y parpadeó.

—Gracias, señora.

—¡Ah, no te había reconocido!—la voz de Lydia sonó firme, y la sonrisa tiesa no alcanzó sus ojos—. Tú eres una de las escocesas, ¿no es así? ¿Grant, Mac.. Algo?

—Campbell—intervino el duque—. Uno de los clanes más famosos de las Tierras Altas.

Agradeció el intento de contemporizar, porque el tono y las palabras de la bella mujer era despectivo.

—Los clanes desaparecieron hace mucho, y creo que lo que quedan allá son ovejeros, si no me equivoco. Cantó usted muy bien, señorita Campbell, debería considerar los escenarios. La gente paga por un poco de diversión luego de largas horas de trabajo.

—Oh, Lydia, eso no sonó bien, querida—la madre había llegado a su lado y el llamado de atención de la condesa más que reprender a su hija pareció ser una sutil reafirmación, por si Nessa no había entendido que consideraban sus dotes adecuadas para las masas, tal vez en alguna

taberna o burdel.

—Su voz es angelical, señorita Campbell—dijo el duque—. Digna de acompañar la música sublime que Anne interpretó.

—Esa aria que cantó me hizo rememorar mi tiempo en la milicia—dijo una voz masculina grave, y Nessa agradeció que rompiera el momento tenso y su creciente ira—. ¿Lo recuerdas, Francis? No faltaba día en que alguien en el batallón escocés la cantara a viva voz.

—Tal vez alguno de ellos fuese mi hermano—dijo Nessa, entusiasmada por la casualidad —. Él luchó en la península.

—Oh, me siento algo mareada—interrumpió la voz de Lydia, que se colgó del brazo de Francis… del duque, y de inmediato la atención de él estuvo sobre ella.

En segundos la mujercita fue conducida afuera por el duque y una cohorte de matronas. La música y el baile volvieron al salón.

—Señorita Holloway, ¿me haría el honor de concederme esta pieza?—escuchó al hombre de la voz grave decir, y Anne asintió.

—Ese es el duque de Bristolbridge—dijo Isla, a su lado, y la abrazó por la cintura—. Estuviste maravillosa, Nessa. Tu voz impactó a todos y trajo el silencio por unos minutos.

—La señorita Bournemouth no pareció nada entusiasmada, y parece creer que mi voz es más apta para lugares menos sofisticados.

—Ese comentario fue el más desagradable que he escuchado en mucho tiempo—señaló Bonnie a su lado, y que alguien que no fuera de su familia lo reconociera la reconfortó—. Habla bastante mal de los modales de Lydia.

—Se dejó ganar por los celos o la sospecha, creo yo—señaló Elizabeth—. Estuvo una pieza y media de vals tratando de llamar la atención del duque, que bailaba contigo. Cuando reconoció en ti a la que robó la atención del que ya considera su prometido, se enojó.

—Mi madre y la suya son las más interesadas, porque Francis todavía no ha dado pasos para propiciar algo formal entre ellos.

—Hasta hoy—reafirmó Olivia—. Hay que reconocer que Lydia está esplendorosa, y si Francis no se da prisa, ella va a favorecer a otros interesados, que los debe haber.

Nessa se dejó llevar por Isla, pero su paso fue cortado por un hombre alto y corpulento vestido en traje de cuáquero, que hizo una reverencia profunda y ofreció la mano a su hermana.

—Baila, anda—la instó, y no le dio tiempo a arrepentirse, deslizándose por una puerta hacia un pasillo largo, y entonces pudo respirar con más calma.

Estas galas se tornaban más y más complicadas de lidiar, y la convicción de que se había hecho de una rival sin pretenderlo la preocupó. Luego de unos segundos, desestimó la idea.

Lydia Bournemouth tenía la completa atención del duque, y los atributos físicos y sociales para mantener esta. Pronto escucharían novedades acerca de su compromiso y boda. O

no, porque ella estaría en su hogar, o dónde pudiesen refugiarse cuando lo perdieran todo.

Se asomó al salón por otra puerta, deseosa de regresar a la mansión Atholl, pero Isla danzaba, y lo mismo Margueritte. No tenía sentido molestarlas cuando se divertían.

Su mirada chocó con la figura de Charles Sommerset, que movía su cabeza de un lado al otro, buscando, y luego preguntaba a Maude y Elizabeth por ella. Muchos habían abandonado sus máscaras a estas alturas.

—¿Han visto a la señorita Nessa?

Se hizo atrás con rapidez, y caminó por el pasillo, doblando un recodo hacia el silencio, evitando otra sala donde había más invitados jugando charadas, conversando y riendo con estrépito.

No podía soportar la charla inocua y la pedantería de Sommerset. No esta noche. Probablemente tampoco mañana, o pasado. Era descorazonador que ni siquiera en el momento financiero más complejo para su familia, ella no pudiese instarse a tolerar y comportarse como una hija y hermana responsable por los suyos.

Había rogado varias veces porque la misiva de John encontrase eco en aquel al que había acudido. Era un tiro al aire y con escasas posibilidades, pero, así y todo, una esperanza.

Unos pasos apresurados más atrás la alarmaron. Estaba en una parte privada de la mansión, invadiendo un espacio. Si la encontraban…

Corrió en puntas de pie, tanteando las puertas del pasillo, hasta que pudo ingresar en una habitación, que entrecerró.

Suspiró al percatarse de que había convertido una situación tonta en algo mayor. Vagar por un pasillo se podía justificar como confusión. Entrar a un espacio privado era invasión.

Iba a volver sobre sus pasos cuando escuchó un par de voces acaloradas acercándose. Contuvo su respiración porque reconoció la voz del duque.

—¡Es inconcebible que irrespetes mi hogar con estas demandas! ¡Has perdido la cabeza!

—Para nada, y no son demandas irrazonables. ¿No es de un caballero piadoso ayudar a la familia, máxime cuando esta sufre?

—Tu familia sufre porque dilapidas tu dinero en depravación y vicios, Jason.

—Falacias. Rumores infundados que pretenden embarrar mi reputación. ¿Me darás ese dinero sí o no? Mi hijo será expulsado de Eton si no pago pronto. Y no querrás que el mundo sepa que tienes a una furcia con un bastardo en tu casa solariega, además de la que mantienes con todo lujo. ¿Qué dirían tu madre, tus hermanas?

Nessa sintió la sangre agolparse en sus mejillas, y una decepción fortísima en el pecho, que latió descontrolado. ¿Eso era cierto? Él… ¿Tenía un hijo? ¿Quién era este hombre que con tanto atrevimiento hablaba al duque?

—Si crees que me intimidas amenazando con gritar falsedades, te equivocas. No soy mi

padre, Jason. Nunca dejaría a un hijo de lado, aún nacido de la casualidad, y me cuido bien de que esta ocurra. Y en cuanto a esa amante que dices, llegas tarde. Ya no. Pero es una mujer que aprecio y respeto, y no permitiré que la molestes. No me amenaces, no conoces mi furia, y lo que haría por defender a los míos.

—Y tú no conoces a mis amigos, y el poder de mis deseos—dijo el otro, muy bajo, ominoso, y a Nessa se le antojó que parecía una serpiente siseando justo antes de saltar para clavar sus colmillos y envenenar a su presa.

Solo que el duque no era presa de nadie. La autoridad de su voz, el desprecio con el que hablaba a su interlocutor y la seguridad que demostró al rebatir a su interlocutor le hicieron convencerse de que Francis decía la verdad.

—Esa bazofia con la que te codeas, escoria de la sociedad, matones y ladrones, no me asusta. La única razón por la que tolero tu cercanía y no te expulso de mi casa son tu esposa y tus hijos, Jason. Vete en este instante de mi casa. No conseguirás nada de mí.

—Cuida tus espaldas, Francis.

Hubo un ruido sordo, y luego más, junto con sonidos y exclamaciones que Nessa reconoció como la de hombres en lucha. Abrió más la puerta y eso le permitió ver cómo el duque golpeaba a un hombre de cabello muy negros y este trastabillaba, para luego maldecirlo y alejarse.

Observó a Francis girando su cabeza y moviendo sus hombros, y cuando se dio la vuelta, distinguió la sangre corriendo por su barbilla. No pudo evitar el sonido de preocupación, y este sobresaltó al duque.

Sus ojos se abrieron en sorpresa al encontrarla en el vano de la puerta, ahora abierta por completo. Meneó su cabeza con incredulidad.

—Nessa… ¿Qué haces aquí?

—Yo… Buscaba algo de tranquilidad cuando escuché voces… Lo lamento, ya me voy—agregó, pasando apurada a su lado, pero el comando bajo y demandante la detuvo:

—Alto, espera. Tenemos que hablar.

++++

No había una parte de su cuerpo que no exudase tensión: sus nudillos aparecían blancos, sus dientes chirriaban, los tendones de su cuello y espalda alta estaban apretados y un incipiente dolor en su nuca anunciaba un dolor de cabeza en el horizonte.

Su tío, Jason Barnaby George, barón de Woodstick, había logrado sacarlo de las casillas y ponerlo del peor de los humores. Molestarse o fastidiarse en su presencia era habitual, pero el de hoy había sido un encuentro mucho más intenso y preocupante que otro antes.

La relación entre ambos, nunca buena y la mayor parte de las oportunidades salpicada con agravios velados o frases hirientes, había escalado. Las amenazas fueron abiertas y

descaradas, y eso derivó en un enfrentamiento físico vergonzoso e innecesario, que hablaba de lo bajo que había caído su tío, pero también de lo fina que era su paciencia esta noche.

Y para colmo, una de las razones para esto estaba frente a él y había sido testigo de la pelea. ¿Qué hacía esta mujercita en su escritorio, por todos los cielos? ¿Es que no podía dejar de perseguirlo?

Tragó saliva y aire mientras pugnaba por calmarse, y le indicó con su brazo que ingresara al recinto, cosa que esta hizo luego de dudar, pero la orden cáustica y su expresión tormentosa no daban lugar a desobediencias.

Su mente estaba eclipsada por la ira y el dolor que sentía en su nariz. Se pasó la mano por la misma y la retiró sangrante, y se desanudó el pañuelo con torpeza, que apretó contra su pómulo, nariz y zona derecha de su boca.

El puñetazo de Jason le había tomado por sorpresa, y respondió sin pensar. Con satisfacción pensó que su tío se había retirado más afectado, y en una pelea sin trampas, lo derrotaría en segundos, lo dejaría hecho un guiñapo.

Cálmate, el tenor de tus pensamientos denota lo desequilibrado que estás. Cerró la puerta tras de sí y le indicó una silla, mientras él iba por un vaso de whiskey, tomándose el tiempo para recomponerse.

¿Cómo osaba Jason hablarle así? ¿Amenazarlo con divulgar historias falsas y sin fundamento alguno? Aunque… Esa referencia a una mujer con un hijo en Worcester Manor hablaba de cierto conocimiento. Aquella desgraciada a la que ayudó… Bah, eso no importaba.

¿Qué creía su tío? ¿Que él le permitiría que arrastrase su reputación sin exigir compensación? El muy cretino pensaba que le dejaría salirse con la suya, pero eso no pasaría.

Estaba cansado de tolerar sus indiscreciones y demandas de dinero, algunas a las cuales había accedido a lo largo del tiempo por piedad a la familia que lo soportaba, esposa e hijos.

Ya no más. Este era el límite. Debió haber hecho caso a Hugh y a Grayson cada vez que le aconsejaron no financiar sus desmadres. *Eres bondadoso, Francis, demasiado con alguien que ha de desear tu muerte a diario,* solía decirle Hugh, y no lo había querido creer cuando más joven, pero… Así debía ser.

—Déjeme ayudarlo, Excelencia—le dijo Nessa, y cuando se dio la vuelta la encontró muy cerca, quitándose sus guantes y elevando sus manos para tomar el pañuelo.

Él asintió con un gruñido, y ella lo tomó del antebrazo y lo condujo a su sillón preferido. La dejó limpiar la zona afectada de su rostro con golpecitos suaves, sus dedos pequeños procediendo con cautela.

Le quitó el vaso de las manos y mojó el pañuelo en whiskey, y lo pasó por la cara, que ardió sobre el labio y la base de su nariz.

—Lo lamento. Iría por elementos para limpiar y desinfectar, pero… Eso llamaría

demasiado la atención, y no creo que usted o yo la necesitemos—dijo, retrocediendo, y quedó de pie a un metro.

Francis asintió, todavía en procura de ordenar sus pensamientos, empujando derivaciones de la confrontación con Jason para poder lidiar con la presencia de Nessa Campbell en su escritorio, en un sitio en penumbras, sin chaperonas.

La pesadilla de un noble, pensó. Estar entrampado con una mujer soltera a solas, comprometiendo su virtud y con la posibilidad de arrastrarla por el fango, de hacerse pública la situación.

No obstante, su preocupación no despertó. Al contrario. Los latidos de su corazón se acompasaron y la miró con atención.

Ella estaba incómoda, no sabía qué decir o hacer, y movía el peso del cuerpo de un pie al otro, mientras sus manos retorcían el pañuelo ensangrentado. Los ojos verdes, bellos, parecían más enormes, si cabía, repicando las luces que las velas proyectaban como brillos en sus pupilas.

—Tenemos una situación complicada entre manos, Nessa—señaló, extendiendo sus piernas y dejando que sus dedos jugaran con las tallas de los apoyabrazos del sillón—. Lamento que hayas tenido que presenciar algo tan desagradable. Créeme que no lo inicié yo, ni escaló por mi responsabilidad.

—Yo… Lo sé. No pretendí estar en un lugar tan privado ni en el medio de una situación que no me concierne y… Le juro que ni una palabra saldrá de mi boca, Excelencia.

—Francis…—le dijo, llevándose una mano al cabello, que se mesó, frustrado—. Te creo, Nessa—asintió, procurando llevar tranquilidad a la mujercita que estaba masacrando su labio inferior, mordisqueándolo, para luego pasar su lengua por él.

El movimiento le distrajo más de lo que debería, y disparó malas ideas. Ideas que lo agitaron y excitaron. Carraspeó, llamándose al control, ese que le gustaba tanto y se le escapaba cuando esta mujercita… *Contrólate*.

—Yo… Ya me marcho, Excelencia.

Frunció el ceño, e hizo la cabeza a un lado. Ella se negaba a nombrarlo, interponiendo el título como una barrera defensiva. A él se le antojaba que estaban más allá de las formalidades.

—No, Nessa, aún no. Verás, no es tan sencillo—se repantigó y chasqueó la lengua—. Estamos los dos solos aquí y …

—No es mi intención comprometerlo—intervino ella con pasión, negando con su cabeza, enfática—. No se me ocurriría ponerlo en una posición imposible.

—Lo sería para ti más que para mí, en caso…—comenzó a decir, y ella tomó aire y parpadeó, para luego negar con su cabeza y manos.

Tan bonita. ¿Cómo fui tan tonto de catalogarla como de un atractivo promedio cuando la conocí? No podía dejar de mirarla, de deleitarse con sus reacciones, como esta de oprobio.

—No es una amenaza, no lo dije con cálculo o …

—Lo sé, y eso me intriga. Verás, esta situación en la que estás es el sueño de algunas mujeres… Y no, no lo digo con pedantería, sino sabedor del interés calculador que despierta mi fortuna.

—¡No hable así! Usted es más que su dinero—le contestó, y el hecho de que pretendiese elevarle el ego le sonó encantador.

Era una mujer única. Pero se distraía de su punto.

—Tú necesitas… Hace menos de una hora procuraste negociar conmigo, venderme la lana que producen… Diría que hasta con desesperación…

—¡Es algo muy diferente!—Ella arrugó el entrecejo y le respondió con indignación—. No voy a pretender que no es cierto… Que los rumores extendidos sobre la precariedad de nuestra situación financiera no son ciertos.

—No suelo dar por ciertos los rumores—respondió, y ella resopló, menos tensa.

—El caso es… Una cosa es procurar encontrar la oportunidad de hacer un trato en igualdad de condiciones. Negociar, comerciar. Otra muy diferente es insinuar que podría querer cobrarle mi silencio, o exigirle que… Restañe cualquier daño que mi reputación pudiese sufrir.

—Hay quien diría que no es más que lo que un noble indiscreto y descuidado merece. Me hago cargo de que te he puesto en una situación complicada.

Ella resopló.

—Si no estuviese aquí, donde no debo, no habría pasado. Pero… Todo es abrumador, y no me sentía yo misma entre el tumulto y la multitud.

La confesión lo hizo mirarla con mayor detenimiento, y se acercó, colocando su mano en el antebrazo de la mujercita.

—Lo que dijo Lydia fue descortés e inmerecido. Tu voz… Es la segunda vez que te escucho cantar, y lo disfruté en cada oportunidad. Cantas infinitamente mejor de lo que bailas, Nessa.

—No lo hice tan mal hoy—dijo ella, y sonrió, y Francis sintió como si lo golpearan en el estómago y lo dejaran sin aire.

Era… Esa sonrisa iluminaba el rostro, y conquistaba. Irradiaba hechizos. Su mano se elevó y antes de que pudiese detenerla, su pulgar le acarició una comisura. Ella desorbitó sus ojos, y entreabrió sus labios, como si quisiese hablar, pero el sonido no saliera.

—No, nada mal—respondió, y no retiró su mano, sino que sus dedos bajaron la capucha y dejaron el cabello al descubierto.

Un mechón se deslizó por su mejilla y él lo reacomodó detrás de una oreja.

—Excelencia…

—Francis… Dime, Nessa, ¿cuáles son sus planes?

—Mm… Creo que lo mejor sería que saliera por ese ventanal, que parece dar a una zona retirada de los jardines. De seguro que puedo llegar hasta donde están mi hermana y primas sin que…

—No hablo de eso. Me refiero a los siguientes días.

—Oh—Ella parpadeó—. Creo que retornaremos a Escocia a la brevedad. No encuentro mucho sentido a permanecer en Londres…

—Tenía entendido que el señor Charles Sommerset te corteja.

Ella entrecerró sus ojos, y lo observó, con seguridad preguntándose cómo lo sabía, pero no le iba a decir que interrogaba a Olivia y Bonnie cada vez que venían de la mansión Atholl o de un sitio donde él presumía que habían estado con Nessa Campbell.

Así de enredado estaba él, mal que le pesara. Por las mañanas su mente parecía aclararse y decidirse por un curso de acción lógico, y Lydia Bournemouth era eso. Pero era ver a Nessa y dudar. ¿Cuándo dudaba él antes de esta temporada y de esta escocesa?

—Él… Sí, eso intenta, pero no tengo intenciones de aceptarlo. Con el mayor de los respetos por el señor Sommerset, no creo que seamos compatibles.

Claro que no, pensó. Sommerset era un idiota, no sabría qué hacer con toda esa pasión acumulada en Nessa. ¿*Tú sí*? Más dudas se le formaban.

—Compatibles—repitió, y se instó a retroceder, a dejarle espacio y comportarse con propiedad.

Ella era muy joven e ingenua, a pesar de su personalidad intensa.

—Creo que tiene que haber más que interés económico y adecuación social entre dos personas que… Que van a compartir una vida larga y formar una familia—susurró ella, y Francis asintió.

—Mm. Sería aconsejable. Aunque muchos no comparten esa idea tuya, Nessa. Les basta con conexiones y dinero.

—Yo no soy muchos—señaló ella, y él volvió a asentir.

No tenía duda alguna. Su mano envolvió el mentón femenino, y el leve temblor de los labios rosa atrajo su mirada como una presa a un ave rapaz.

Los sonidos externos desaparecieron, y Francis solo fue consciente del respirar rápido que levantaba el pecho de Nessa, y de la excitación en él.

La miró a los ojos, sin palabras, el deseo eclipsando su razón, queriendo paladear esa boca que había atrapado su mirada desde la vez primera.

Precisamente con la velocidad de un predador del aire que se lanzaba en picada, su cabeza bajó para que su boca atrapara la femenina, en el movimiento más espontáneo de su vida.

El contacto leve, sutil, de prueba, le dio oportunidad y tiempo para retroceder, pero ella no lo hizo. Sus labios se abrieron para él, y le supieron a gloria, a pesar de que la herida de su

boca molestó al apretarse y demandar más.

Pétalos suaves, húmedos, lo recibieron y le devolvieron el beso, y cerró sus ojos, embebiéndose del perfume a hierbas y flores que ya podía reconocer entre muchos.

El suave toque de yemas en su mandíbula le hizo abrir los ojos, y llevó su mano a la nuca femenina, enredando su cabello entre los dedos, mientras su lengua se introducía y saboreaba la calidez abrumadora y acariciaba la punta de la de Nessa.

Un suave gemido emergió de la garganta trémula, y el sonido quitó a Francis de la bruma de éxtasis en la que estaba.

Suspiró y bajó sus manos para tomarla por los hombros, percibiendo que ella estaba aún sacudida, sus labios palpitando, ligeramente hinchados, y la huella de su sangre en el superior.

Lo limpió con suavidad, y le habló con gentileza, mientras su cabeza comenzaba a recobrar equilibrio.

—Nessa… Voy a… Perdóname, no pretendí… Voy a salir, y enviaré a Bonnie. Explícale que fuiste testigo de una discusión entre un hombre y yo, y que te permití ingresar para recuperarte de la impresión. Ella te acompañará con tu familia.

Ella asintió, y él se retiró como si lo persiguieran. De hecho, así era, pero en su mente, y eran la lujuria y la pasión, amenazando con hacerlo perder pie.

Colocó su máscara, agradeciendo que le cubriera parte del labio superior, porque de aparecer en el salón con signos de una pelea, los rumores se dispararían sin control, tiñendo la fiesta que su madre había organizado con tanto esmero.

Se movió rápido para separar a Bonnie de sus amigas, llevándola fuera de la vista de los invitados, y entonces le dijo que había tenido un enfrentamiento con su tío, y que Nessa Campbell había sido involuntaria testigo.

Lo sensible del tema discutido con el barón hizo que derivara a la escocesa a su estudio, agregó, y ella estaba allá calmándose y esperando para que alguien fuese a buscarla.

—¡Oh, Francis, es horrible, pobrecilla! ¿Alguien vio…? ¿La llevaste tú? Espero que no, porque si alguien te vio a solas con ella…

—Ve, Bonnie, cálmala y reúnela con su familia. Después hablaremos, mañana.

No tenía intenciones de mentir a su hermana, salvo por omisión. Él tenía mucho, mucho por pensar y sopesar.

VEINTIDÓS.

Dos días habían trascurrido desde la mascarada en la mansión Worcester, y Nessa no podía quitarse los sucesos de la cabeza. El baile con el duque. Su conversación. *Ese beso*…

Cada una de las interacciones entre ambos se repicaba en bucle, y se encontraba revisándolas, apreciándolas, buscando explicaciones alternativas, y lo que era peor, saboreándolas.

El duque sacudió y le dio vuelta el mundo esa noche, movilizándola de una manera irracional. Desde entonces, eran escasos los instantes en los que su cabeza se mantenía ocupada en otra cosa que no fuese él. *Francis*…

Eran demasiadas las veces en que sus labios habían modulado su nombre en la soledad de su habitación, y sus pensamientos y fantasías carecían de otro tema, para su decepción.

Se había considerado más fuerte, más inteligente, más práctica. Vanidosa que era.

Lo apurado de la situación de su familia y el qué hacer al respecto se difuminaban cuando el rostro masculino, pleno de ángulos, se le aparecía. Su mandíbula cuadrada y velada por la barba bien recortada, su nariz regia, los intensos ojos que la atravesaban.

Los vellos de sus antebrazos cobraban vida cuando revivía la increíble sensación de la presión de la mano masculina en la base de su espalda, quemándola a través de las capas de tela.

Las yemas de sus dedos callosos sobre su rostro, acariciándolo con suavidad, despertando su piel a experiencias que no había vivido. Sus labios sobre los suyos, suaves al comienzo, luego dominantes, abriendo su boca y apoderándose de su aliento y de su razón.

Nessa era virgen, pero no una damita ingenua o despegada de la realidad carnal. Alguien como ella, curiosa e incansable, que recorría a diario el castillo, las edificaciones aledañas y los campos, había visto mucho.

No era ajena a la manera en que copulaban los animales, o a las formas en que un hombre y una mujer que se gustaban procedían allá en las Tierras Altas, más desinhibidas.

Había escuchado los chistes subidos de tono de los trabajadores de las caballerizas o pastores cuando contaban sus andanzas durante el tiempo libre.

Había sido testigo de los palmetazos ávidos de los mozos en la grupa de una muchacha, y se había topado con más de una pareja copulando en un establo o cocina.

Ella lo había vivenciado sin traumas y con naturalidad, porque la vida en las Tierras Altas era más libre, menos constreñida o sometida a reglas como en este Londres en el que se movían.

A no dudar, las cosas no debían ser tan rigurosas fuera de esos salones o mansiones, pero… Las damas de su edad debían tener castos hasta sus oídos, al parecer. ¿Cómo encajar?

Eso a pesar de que ella era tan virgen como ellas. Oh sí, lo era, porque lo único que había existido que podía ser tachado como contacto inapropiado eran unos besos robados en el calor de

una feria y en una fiesta.

Mas el toque rápido y torpe de Jonah MacAllister, el muchacho alto y dulce que creyó amar hacía dos años, no tenía punto de comparación con la forma en que el duque de Worcester se había apropiado de su boca.

¡Lo que ese hombre invocaba en ella! Un ardiente deseo de más de su presencia, de su voz, de su toque. Anhelaba que él la creyese digna de su cortejo, concluyó, para su desazón. ¡Qué débil era!

Cuando él la besó, su cuerpo entero lo sintió, y tembló. Sus labios y su lengua la envolvieron en llamas y estas quemaron el buen sentido y las verdades que la buena de Anne le había repetido sin cesar por meses y meses.

La noción de que la proximidad y el encuentro sin testigos no era apropiado desaparecieron.

Que el toque y el beso sin compromiso formal era sinónimo de deshonor se esfumó de su cabeza mientras el duque le hacía vivir la experiencia más sublime de su existencia.

Gozó sin reparos de la humedad y de la tibieza que las bocas fusionadas crearon. De las respiraciones mezclándose, y de paladear la saliva con trazos de brandy.

Enervante, así había sido, y la agitación se reflejó en el latir loco de su corazón, que pareció salírsele del pecho mientras él se adueñaba de sus sentidos.

La presencia del duque en la habitación apenas iluminada la envolvió, tragándose el entorno, y Nessa se había dejado invadir por las emociones que el cuerpo ancho, duro y firme presionado contra ella despertaba.

No había experimentado antes esa levedad, esa confusión de su razón, que se derritió y se dejó convencer por la convicción con que su cuerpo lo dejó hacer.

Le permitió tomar su boca y con ello se perdió, alelada, anhelante, mareada de deseos de más.

¿Cómo pensar con claridad y llamarse a la contención cuando esos ojos la miraban como si pretendiesen devorarla entera, y sus labios firmes y sensuales se pegaban a los suyos?

No, Nessa no podía ser dura consigo misma, porque había actuado siguiendo a sus impulsos, con la naturalidad del que se pierde siguiendo al corazón y sin pretensiones, sin maldad ni cálculo.

Aquel instante se sintió natural, perfecto. Pero no dejaba de ser inapropiado, lo entendía. No podía ser ella misma aquí. No pertenecía en estos salones, y le costaba demasiado esfuerzo cumplir con convenciones y reglas que le parecían ridículas.

Socializar con personas que la veían con desdén y desconfiaban de sus intenciones era duro. Dejarse envolver y conducir por la peligrosa atracción por un hombre noble con el que no tenía oportunidad y que no la consideraba a su nivel no era sabio.

Él le rompería el corazón, además de teñir su reputación y la de su familia.

¿Por qué la había besado así?, se preguntaba, y su mente se afanaba en encontrar certezas que se le caían al instante de encontrarlas.

¿Estaba el duque interesado en ella? ¿Era deseo del momento, un rapto de locura inspirado por la soledad de una habitación alejada de miradas?

¿Era un juego, la diversión de un hombre poderoso? Si esto era así, la que tenía todo por perder era ella. ¿Quién de esos fatuos que daban valor a las personas de acuerdo a su posición y título cuestionaría al duque?

Sí, habría rumores envolviéndolo, pero lo señalarían con benevolencia, y estos se desvanecerían prestos sin erosionarlo. Para ella, de saberse, de volverse público…

Es un juego peligroso y canalla el que él hizo contigo, y eres tan ilusa que te aferras a la esperanza absurda de que puede sentirse tan atraído y movilizado como tú. No debe repetirse, tienes que demostrar contención, recato, inteligencia.

No tenía que ser difícil, porque Isla y ella se marcharían en unos días, así lo habían acordado.

Fue un instante sin significado para él. Estuviste en el momento y lugar inadecuado, cuando el duque estaba arrebatado por la ira y la tensión que el enfrentamiento con ese hombre le provocó.

Pero a pesar de que quería convencerse de esto, también quería creer que había fuego ardiendo por ella en la mirada azul que la penetraba y que tuvo sobre sí en cada compás del vals.

En las dos piezas compartidas en la pista de baile, momentos en que él pareció verla solo a ella. Habían hablado, se habían tocado, y luego, se habían besado.

Fugaces momentos, intervalos en una noche larga, se obligó a pensar. En otros, en los formales, los que contaban para la alta sociedad, aquellos de los que se escribía y hablaba, el duque de Worcester había sido visto con Lydia Bournemouth.

Su sonrisa, la charla cordial, el devaneo cortés e intencionado, la cara descubierta, habían sido para la joya de la temporada.

La danza enmascarada, la conversación íntima en el espacio cerrado y alejado, el momento robado, para Nessa.

Esas eran pistas de que el duque de Worcester no tenía interés real en ella. ¿Era una presa sencilla para él? ¿Una mujer fácil con la que jugar y de la que podía disfrutar sin compromiso ni decencia?

El que así pudiese creerlo llevaba sabor ácido a su boca, y la entristecía. Era muy probable que el duque se hubiese dejado llevar por los rumores maledicentes que la habían rodeado apenas llegó, basados en su origen y estatus.

Ella había propiciado que su comportamiento, guiado por impulsos y fantasías, la

expusieran a ser considerada con liviandad por parte del hombre que la deslumbraba con la fuerza de diez soles.

No había actuado en acuerdo a lo que era la norma, esto es, pretendiendo, sonriendo cuando no tenía ganas, o huyendo de momentos incómodos o inconvenientes. Antes bien, se había metido hasta el fondo en ellos, sin recordar las lecciones de Anna.

La naturalidad entre estos aristócratas era sinónimo de descaro o atrevimiento. Así tacharían los testigos a sus paseos solitarios por un jardín en penumbras, cuando lo que quería era ordenar ideas, o escapar del tedio de una reunión.

Su retórica desinhibida o desafiante cuando se sentía cuestionada tampoco ayudaba. Habían sido varias las oportunidades en que el conde de Atholl, el señor Sommerset, su primo Kyle o Francis… el duque de Worcester, se lo habían hecho notar con un gesto o una frase que la llamaba a ubicarse.

Pero no podía escudarse en las normas que odiaba. Había irrumpido en el escritorio de un duque… Aquí no tenía excusa, como no fuera la mala decisión del momento.

No había sido astuta como para correr en el sentido contrario al del duque, y debió hacerlo apenas notó que él… Que él la atraía, le hacía sentir emociones inusitadas.

Había invertido cada instante que lo tuvo cerca observándolo, apreciándolo, chocando con él en charlas cortas y desafiantes, secretamente admirándolo, dejándose permear por sus cualidades físicas, por la masculinidad y autoridad que exudaba.

—Nessa, aquí estás—la voz suave de Isla irrumpió en su cavilar, y la hizo suspirar. En buena hora su hermana venía por ella, porque su cabeza iba a estallar si seguía entrampada en círculos—. Margueritte y las demás ya están en la sala principal. Su cortejante estará aquí en poco tiempo.

—No soy necesaria allí, Isla. Ese pobre hombre no necesita más damas alrededor. ¿Te imaginas? Lo volverán loco.

El entusiasmo de Margueritte era reconfortante y estaba más que claro que el interesado tenía su aprobación entusiasta. Su prima no había dejado de hablar de él, de lo guapo que era, de lo bien que bailaba, lo maravillosa que era su colección de monedas, y Nessa había visto la mirada gentil que él posaba en ella en las ocasiones en que había estado en la mansión.

La tía Brodie esperaba que el compuesto baronet diese hoy el paso formal de solicitar la mano de Margueritte. A Nessa se le antojaba que un acontecimiento así necesitaba la mayor privacidad posible entre los involucrados, y tanto ella como Isla tenían poco que ver en la reunión, más allá de alegrarse mucho por su queridísima prima.

—Es posible, sí, tienes razón.

Isla se sentó a su lado, ambas en silencio por largos minutos, sus miradas deambulando por el jardín, disfrutando de la compañía mutua, como tantas veces en su hogar.

Nessa la miró de reojo, esperando lo que también era común, que era que la menor interrumpiese el silencio.

Isla estaba diferente, lo percibía desde hacía unos días. La chispeante muchacha, entusiasta y feliz que había llegado a Londres se había ido apagando con cada semana que pasaba.

Nessa no tenía claro si esto obedecía a la evolución natural, es decir, que la novedad se había vuelto rutina, o si lo que habitaba en su hermana era desilusión porque debían marchar.

Tal vez así era, y no se lo decía porque no quería aparecer como egoísta, o que Nessa se culpara por arrebatarla de la ciudad. Era frustrante lo mucho que su cabeza se entretenía con cavilaciones y posibilidades.

Estaba harta de suposiciones, decidió. Esta era su hermana, podían hablar.

—Isla, ¿tú de verdad quieres irte? Porque odiaría obligarte a algo que vaya en contra de tu voluntad. La temporada promete aún, y …

Isla sonrió y negó.

—Te quiero, Nessa, y tan porfiada como puedes ser, tienes claro que no puedes obligarme a nada que no quiera. La situación de nuestra familia está por encima de deseos, lo entiendo bien. Y seamos francas, no hay nada de prometedor aquí para nosotros, hermana. Ahora que el señor Sommerset tiene claro que no aceptarás su cortejo, nada nos queda por hacer en Londres.

¿Era reproche lo que trasuntaban esas palabras? Tragó saliva. Sí, Nessa había esquivado a Charles Sommerset en la mascarada, y cuando él visitó la mansión al otro día, terco y negándose a aceptar lo evidente, Nessa rogó a su tía que le hiciese saber que ella estaba con jaqueca, y que preparaba su vuelta a Escocia.

Su tía estaba muy decepcionada y trató de hacerla entrar en razón, como le llamó, pero Nessa estaba decidida. Isla le había manifestado su apoyo, pero Nessa se cuestionaba si no había sido demasiado tajante, enredada como había estado en la fantasía que era para ella el duque de Worcester.

El desencanto en las palabras de Isla era palpable. Su tono, su expresión pensativa, sus gestos… No era la hermana que conocía, la enérgica y alegre, llena de planes y esperanzas.

Isla podía tornar una tarde plomiza y pesada en una de risas y juegos, siempre había sido así. Veía lo mejor en los demás, era el alma de las reuniones. Esta maldita ciudad y su gente no solo la afectaban a ella, decidió Nessa.

—Yo… Isla, no quiero parecer una egoísta caprichosa que deja que…

—Nessa, no, no lo pienso—rechazó con vehemencia Isla, y le tomó la mano—. Te apoyo en lo que decidas, haría lo mismo en tu lugar. Mi único lamento es no haber estado a la altura de las esperanzas de nuestros padres—suspiró, y miró adelante—. No tengo más que mi apariencia

como moneda de canje, y esta no sirvió de nada aquí, me temo.

Nessa desorbitó sus ojos y tomó el mentón de su hermana, girándola para la que la mirase.

—¡No digas eso, Isla! Eres muy hermosa por fuera, todos lo ven, pero lo mejor de ti es que tienes la misma belleza en tu corazón.

La abrazó, e Isla apoyó su cabeza en el hombro de Nessa, suspirando.

—Eso no paga deudas, Nessa—contestó—. Y no es lo que se aprecia por estos lares, lo sabes. No me gusta quejarme, porque estamos disfrutando de fiestas, buena comida, bailes, mientras nuestros padres y hermano lidian con las deudas y problemas… Es solo que… ¡Tenía tantas expectativas! Y sí, ya sé que me lo dijiste muchas veces, me hacía demasiadas ilusiones románticas—suspiró—. Pero es duro, ¿no es así? Estas personas son… Descarnadas. Clavan dagas a nuestra reputación a nuestras espaldas, se ríen de nosotras luego de sonreírnos, nos humillan con frases vaporosas…

Asintió. El grupo de damas que rodeaba a Lydia Bournemouth como una corte lo haría con una reina era cruel, y los adjetivos aparentemente casuales eran hirientes. *Advenedizas… Cazafortunas… Salvajes sin modales*…

No tenía dudas de que habían calado en la duquesa de Worcester, entre otras personas, porque esta la había mirado con gravedad cuando se retiraban de la mascarada, e incluso había frenado a Olivia cuando esta las había invitado para ir de compras al día siguiente.

La señora había sido tolerante mientras Nessa era una más entre las amigas de Olivia y Bonnie, e incluso le pidió que amenizara su gala, pero… Tal vez habían vertido veneno en su contra. Lydia, suponía.

Pero podía ser que Bonnie le hubiese contado que estuvo sola en la sala del duque, y con él, y la situación había alarmado a su madre. Sería natural que una mujer poderosa como la duquesa desconfiara de alguien como Nessa, sin blanca y con la reputación en descenso.

Suspiró y se obligó a prestar atención a su hermana. Aquí estaba, otra vez sumergida en sus dudas, cuando Isla se sentía mal. No podía ser tan egoísta.

—La otra noche, en la mascarada… Un hombre me dijo… Fue muy descarnado en su sinceridad. Dijo que se necesita más que una cara de ángel y levedad en los pies para lograr una alianza matrimonial. Fue cruel, y lo pretendió irónico, pero me sentí muy humillada, Nessa. Tiene razón, por supuesto, pero…

—¡Un bastardo, eso fue!—elevó la voz, indignada—. Ampararse en un disfraz para decir algo así fue muy grosero. ¿Quién era?—demandó saber.

—No importa, en realidad. Luego que mi estupor se evaporó, me llené de rabia, pero los días me han dado perspectiva. No se equivoca, Nessa. Es necesario aceptarlo.

Quedaron en silencio unos segundos.

—¿Crees que John tendrá buenas noticias?—inquirió Isla, y Nessa suspiró.

—Creo que lo sabremos cuando retornemos.

La voz de Anne llamándolas se esparció por el jardín, y cuando las vio, vino a ellas con celeridad.

—Nessa, Isla. El duque de Worcester está a la puerta, con su hermana Bonnie, y han solicitado verte—su mirada se clavó en Nessa, plena de interrogantes.

—Yo… La tía querrá recibirlo. ¿Estás segura de que me busca a mí?

Algo muy similar a la esperanza la excitó, pero procuró domarla con pragmatismo. Tenía que ser que venía a disculparse y marcar distancia. O a demandar que no dijese a nadie lo que había escuchado y presenciado.

Era una situación muy delicada en la que no habían ahondado, porque el beso lo llenó todo, pero esa pelea y las amenazas… Era un asunto familiar del que no tenía idea.

—Nessa, ¿qué querrá el duque contigo?—inquirió Isla, y las dos la miraban con fijeza.

—No lo sé—respondió—. Aunque es más factible que sea Bonnie la que necesita algo. ¿Tal vez hay una nueva gala, y pretenden que cante una vez más?

—Mm. No lo creo. Ya fue inusual que ofreciesen una mascarada—dijo Anne—. No lo hagas esperar, Nessa, es un hombre ocupado. El conde… Lamentará no estar aquí, pero más aún que no atiendan de la mejor manera a un hombre tan importante. Anda, apúrate.

No sabía qué pensar, pero la ansiedad y la expectativa la atravesaban, y la perspectiva de verlo una vez más era exhilarante.

¡Maldita esperanza que la exponía al dolor, que aparecía inevitable en su horizonte!

VEINTITRÉS.

Francis esperó, impaciente, su mano abriéndose y cerrándose alrededor de la fusta, que golpeó con suavidad en las botas de montar.

En la puerta principal de la mansión Atholl junto a Bonnie, a la espera de ser recibido, su resolución no se resquebrajaba, pero no estaba exento de dudas.

La decisión que había tomado le había implicado días de desasosiego y confusión luego de la noche de la mascarada. Su cabeza y sus emociones habían estado… Estaban en conflicto.

Luego de mucha reflexión y de ponderar su situación, la de su familia, y la de Nessa Campbell, y de consultar con sus amigos cercanos, había resuelto que se daría tiempo y oportunidad para explorar las emociones que le provocaba la escocesa.

Así expresado parecía sencillo, y una acción común en Mayfair por estos días, inmersos como estaban en una época de cortejos. Pero en su caso implicaba un golpe de timón considerable que modificaba sus planes, y que tendría impacto cierto entre los suyos.

Atrás había quedado la certeza de que no podría interesarse en alguien que no fuese una mujer de alcurnia, compuesta, sobria, elegante, buena bailarina, y de irreprochable origen, entre otros atributos.

Muchos daban por sentado que estos se resumían en la persona de Lydia Bournemouth, y en algunos momentos de los pasados días estuvo a punto de elegir el futuro que un compromiso con ella implicaba. Uno previsible, seguro y razonable.

Lydia era encantadora y muy bonita, y su familia hundía sus gloriosas raíces en el lejano pasado inglés. Prósperos, y además el conde Bournemouth tenía una postura y defendía ideas que se acercaban a las suyas.

La unión entre ambos sería maravillosa si solo se pensaba en términos como lo *apropiado, esperable, y razonable.* Su madre lo daba por hecho, y por ello Lydia había estado en cada gala o tertulia a los que asistió, así como solía ser visita diaria en su mansión.

Se la ponían en bandeja, y tal vez por ello Francis se había demorado en solicitar autorización para visitarla o cortejarla. Le molestaba la convicción de que las dos matronas, su progenitora y la de Lydia, tramaban para asegurarse de que se comprometieran.

El otro factor disuasivo, y el más fuerte, no podía negarlo, era su atracción evidente hacia la señorita Nessa Campbell. Esa escocesa que no se ajustaba a las costumbres de la nobleza londinense, que se mostraba desafiante con quien la molestaba, que bailaba mal pero cantaba con dulzura, lo había subyugado.

Su naturalidad, su belleza serena y sencilla, esos ojos expresivos y esa boca que sugería momentos de perdición que quería vivenciar no lo dejaban pensar con claridad y lo distraían.

El duque de Worcester se había encontrado pensando en ella primero de forma

esporádica, luego repetida, y desde la noche de la mascarada, en bucle. Embebido en ideas y planes que la involucraban.

¡Un beso! Eso había bastado para hacerlo caer de rodillas. Ella había sido tentación irresistible en un instante de soledad pecaminosa en su escritorio, y minutos después del enfrentamiento más grave con su tío, el barón de Woodstick.

—Excelencia, bienvenido, adelante. Hola, Bonnie, cariño—La condesa de Atholl les saludó con calor y sorpresa poco disimulada, y les indicó que la siguieran—. Mis disculpas por la espera, su Gracia—agregó, y les hizo pasar a una sala no muy grande, pero arreglada con gusto, y donde había varios sillones.

Bonnie y él se sentaron, y lo mismo hizo la condesa, pero en el borde del sillón. Su ansiedad se reflejó en sus manos restregándose y la columna de su cuello moviéndose al tragar saliva.

—Le agradecemos que nos haya recibido a pesar de que no habíamos dado aviso de nuestra visita.

—Oh, Bonnie es siempre bienvenida—señaló la condesa, y su hermana sonrió y asintió —. Por supuesto, usted también. Es una pena que el conde no esté para recibirlo y agasajarlo como corresponde. Debió viajar por un imprevisto—agregó.

—Nada inconveniente, espero—comentó, y la mujer negó.

—Nada de eso, no.

—¿Margueritte o Maude no están?—inquirió Bonnie—. ¿Isla, Nessa?

—Verán…—la condesa bajó la voz y se inclinó levemente hacia ellos, en gesto conspirativo, y el duque se encontró adelantándose también—. El baronet Cohen está en la otra sala, y ha venido a formalizar su interés en mi Margueritte.

El rostro de la mujer lo decía todo. Estaba exultante por su hija. Francis pensó que era el día de suerte en esta mansión, y su decisión traería aún más felicidad a la noble, que de acuerdo con lo que Olivia y Bonnie le habían dicho, era muy unida con sus sobrinas.

—¡Oh, pero eso es maravilloso, lady Brodie! Margueritte está muy entusiasmada con el señor Cohen. Así que habrá boda pronto.

—¡Es perfecto, claro que sí!—señaló la condesa con énfasis, suspirando, y luego se rehízo—. Mis disculpas, la emoción me hace perder mis modales.

—Entendemos que esté ocupada en algo tan importante, lady Atholl, y por ello no le quitaremos más tiempo—dijo Francis, sentándose envarado, ligeramente incómodo—. Verá, Bonnie aquí quiere invitar a sus hijas y a sus sobrinas a nuestra casa solariega.

Era algo que había decidido el día anterior, y había enviado comunicación a Saint para que todo estuviese listo para recibir a una decena de invitados. Su madre aún no lo sabía. De hecho, Bonnie era la única que estaba enterada.

La única a la que había hecho saber sus intenciones, y esto porque lo había perseguido como un sabueso luego de que había ayudado a Nessa a salir del escritorio y volver a la mascarada sin despertar sospechas.

¿Qué hacía Nessa en tu escritorio, Francis?

¿Cómo que fue testigo de tu pelea con nuestro tío y trataste de tranquilizarla metiéndola en una sala cerrada y sin chaperona?

¿En qué pensabas? ¿No te das cuenta de que Nessa ya tiene suficiente con los rumores malignos que han echado a rodar sobre ella, su origen e intenciones?

Cada respuesta suya había elevado la alarma en su hermana, y le había hecho sentir como un cretino. Le costó calmarla, y le aseguró que lo arreglaría, pero no sería corriendo a disculparse con Nessa sin pensar.

Por ello, pasó en conferencia consigo mismo, y con Hugh y Grayson. Y por ello estaba aquí.

—¡Eso es encantador, claro! Me temo que Margueritte no podrá, claro, y lo mismo el conde y yo. El baronet nos ha invitado a su hogar en Gales. Pero seguro que Edward no tendrá inconveniente en acompañarlas.

—Eso es muy conveniente. El joven Edward y yo compartimos el gusto por los caballos de raza. Condesa, un asunto más antes de dejarla ir a cumplir con el baronet—carraspeó—. Quisiera que me autorice a cortejar a la señorita Campbell.

La noble parpadeó, luego abrió su boca y volvió a cerrarla, y enrojeció, para luego palidecer.

—¿De verdad? Oh… Eso…—Francis asintió, y lo mismo hizo Bonnie—. Oh, por Dios, eso… ¡Es maravilloso!—sonrió—. Isla estará encantada, eso creo. Vamos a llamarla…

—¡No, no!—negó, maldiciéndose por la falta de claridad en su discurso. Había olvidado por completo a su hermana—. Me refiero a Nessa, lady Atholl.

Esta volvió a parpadear, confundida.

—¿Nessa?—Él asintió, y ella tomó una campana y la agitó—. ¿La de cabello rubio rojizo, Excelencia? ¿Que habla alto y suele dar su opinión sobre…?

Sonrió, divertido de que la propia tía reconociera el carácter desafiante y poco convencional de Nessa.

—Esa misma. La que baila mal y le gustan más los jardines que los salones.

La condesa asintió, sonriendo.

—Pues allí está precisamente. Me alegra, me alegra mucho que alguien de su importancia aprecie la valiosa gema que es mi querida Nessa.

—Una gema sin pulir, pero me gustan los desafíos—agregó, más satisfecho, y Bonnie suspiró.

—Oh, habrá desafíos—murmuró su hermana, pero justo entonces llegó a la sala la que reconoció como Anne Holloway.

¿Trabajaba en la mansión? Qué extraño, pensó, pero su mente se abocó a lo principal, que era su objetivo.

—Anne, por favor, ve y dile a Nessa que su Excelencia el duque de Worcester quiere hablar con ella.

—Sí, señora.

Francis se recostó en el sillón y esperó, sintiendo una ligera agitación nacer al considerar que tal vez ella… ¿Y si Nessa no aceptaba ser cortejada? Le había dicho que rechazó el de Sommerset.

Pasaron pocos minutos hasta que ella estuvo en la sala, por fin, y su rostro serio y cuerpo envarado no le inspiraron mucha esperanza, pero se obligó a no apresurarse.

Nessa no sabía de su intenso debate interno estos días pasados o de la decisión que había tomado. Era muy factible que estuviese nerviosa, sin saber qué pensar de su presencia aquí.

La última vez que estuvieron juntos habían compartido un beso ardiente y ella declaró que no usaría la situación a su favor para chantajearlo. Y él había escapado del escritorio y dejó que Bonnie se encargara.

—Hola, Bonnie—Nessa saludó, y le hizo una reverencia—. Excelencia.

—Buenas tardes, Nessa. Señorita Isla—saludó—. Gracias por recibirme.

—Nessa, querida, ven, siéntate aquí—lady Atholl le señaló su lugar, justo enfrente de Francis—. Tengo que retirarme para atender asuntos en la otra salita, Excelencia. Con su permiso —hizo una reverencia, y su cara sonriente buscó alentar a Nessa, que la miró con confusión.

Francis esperó que la mujer se retirase, y se reacomodó en su asiento, carraspeando.

—Señorita… Nessa, lo que voy a decirle ya se lo comuniqué a su tía, y ella me ha hecho saber que está de acuerdo—se detuvo, y ella parpadeó y esperó—. He estado pensando mucho y creo que este paso… Es lo más adecuado considerando la situación…—Mm, le estaba dando vueltas al asunto, y sonaba demasiado formal, frío. Más nervioso, tomó aire por la nariz con ruido—. Lo que pretendo decir es que he considerado varias situaciones y mis intereses, y …— Brr, sonaba horrible. Suspiró.

—Mi hermano, de habitual más fluido y articulado, quiere cortejarte, Nessa. ¿Aceptas?— dijo Bonnie, y Francis la miró con descrédito.

Bonnie le hizo una mueca de burla con clara diversión. Este momento sería compartido con Olivia y Samuel, y lo perseguiría, lo sabía.

—¿Cortejarme?—Nessa elevó la voz, y su cara fue un poema de sorpresa—. Pero… Pero… ¿Qué pasó con la señorita Lydia?

—Nada. No es a ella a la que he decidido cortejar. ¿Qué me dice, señorita Nessa

Campbell?

++++

Las palabras de Bonnie, refrendadas por las del duque, la congelaron, y el estupor la hizo sentir muy, muy confusa. Él había estado protagonizando sus fantasías, y por un brevísimo instante Nessa creyó estar viviendo una.

Esta no era una broma, se dijo, alelada, porque aquí también estaba Bonnie, y el pedido era formal. ¿Cómo es que él estaba aquí, estableciendo su intención de cortejarla?

Su primer reacción fue lanzar una pregunta propia de su boca sin frenos: inquirir por su vínculo con Lydia. Aunque no era tan ilógico. Muchos daban por hecho la cercanía entre ambos.

Luego, parpadeó, y bajó la cabeza, perdida otra capacidad de respuesta verbal, aunque en su mente campeaban los *síííss* enfáticos, decididos. Observó la figura del duque en su atuendo de cabalgar, en negro, gris y blanco. Era magnífico.

Tragó saliva. Le atraía tanto que contemplarlo la dejaba sin aire. Él aparecía estoico, aunque una de sus manos se abría y cerraba sobre la base de la fusta, ¿tal vez con tensión o expectativa?

¿Estaba nervioso? ¿O leía mal sus emociones? Levantó su mirada y encontró sus ojos fijos en ella.

—¿Y bien?—le inquirió, elevando sus cejas.

—El duque espera una respuesta, Nessa—susurró Isla en su oído.

La miró, para luego observarlo a él, que asintió.

—Está… Sí, creo que es una buena idea—dijo—. Acepto—asintió.

—¡Perfecto!—dijo Bonnie, y Nessa la miró, y sonrió con timidez.

La reacción de la muchacha era afectuosa, favorable, y la hizo sentir cómoda. Más, ¿pensarían los demás lo mismo? ¿Olivia, o su madre, la duquesa, que parecía tan en sintonía con Lydia? ¿Los amigos de su círculo? Seguro que no.

Esta no sería una noticia celebrada por aquellos que la habían mirado por encima del hombro y la habían hecho sentir que no pertenecía. ¿Cómo afectaría esto al duque? ¿Lo habría pensado bien? Tomó aire, procurando calmar el remolino interno.

—Queremos recibirte en nuestra casa de campo, Nessa. A ti, y a Isla, además de tus primas. Lady Atholl me dijo que su hijo Andrew probablemente pueda asistir.

—Y Anne—dijo Bonnie, sonriendo a la mencionada, que negó, nerviosa, quizás pensando que a la tía Brodie no le gustaría.

—Tienes que venir, Anne. Lo pasaremos genial—dijo Isla, y Nessa asintió.

Había fuerza en el número y en los aliados, decidió, y estas mujeres eran sus amigas, y las quería con ella en un lugar donde sería una extraña y necesitaría consejo y guía, estaba segura.

Poco a poco la niebla que pareció haber invadido su cabeza comenzó a despejarse, y las ideas y emociones que la habían invadido, enredadas, imprecisas, se ordenaron, y algunas comenzaron a prevalecer.

A la confusión siguió la alegría y el alivio, y a continuación el entusiasmo. El duque había establecido que quería cortejarla, y la invitó a su casa solariega, con sus primos y hermana. ¿Qué declaración de interés más nítido y cristalino se podía pedir?

Era mejor que un sueño. Entre las locas posibilidades que Anne, Isla y ella habían barajado allá en el castillo Campbell, donde gustaban de teatralizar y pretender que eran la sensación de Londres, nunca habían imaginado a un duque como pretendiente.

Nessa solía emparejar a Isla con algún barón, o el segundo hijo de un marqués, o el primo lejano y en línea de sucesión para un condado, pero se habían constreñido, conociendo las oportunidades limitadas que tenían.

Estas se habían desplomado apenas estuvieron en Londres en virtud de la crisis económica de su familia, que había sido ventilada por rumores y escritos maledicentes en panfletos que sazonaban el aburrimiento de los nobles mientras no estaban en fiestas o galas.

—Me gustaría hablar unos minutos a solas con Nessa—escuchó decir al duque, y su pedido fue atendido apenas lo pronunció.

Anne, Bonnie e Isla se incorporaron, esta última apretando su mano y sonriendo radiante, feliz por ella.

—Acordaremos detalles del viaje mientras tú y Nessa conversan—dijo Bonnie.

Las risitas marcaron su salida, y dejaron la puerta abierta para instalarse en las sillas del pasillo, supuso, porque los murmullos no se oían muy lejos.

—Nessa, ¿estás bien?—inquirió él, los ojos entrecerrados, evaluándola—. Entiendo que te tomé por sorpresa.

—Así es—asintió, colocando sus manos sobre sus rodillas—. Confieso que no esperaba que el duque de Worcester llegase aquí y …

—¿Tenías a alguien más en mente? Porque me imagino que cualquier dama que llega a los salones en la temporada tiene… expectativas. ¿Acaso no estoy acorde a las tuyas, Nessa Campbell?—inquirió, en un tono irónico, la ceja levantada, como si la retara a decir lo contrario.

Nessa se encogió de hombros, con una indiferencia que no sentía.

—Es el menos malo de los ingleses que encontré en Londres—estableció.

No iba a reconocer en voz alta lo mucho que la atraía. Este noble tenía el ego alto, no había necesidad de alentarlo.

—Bien, ese es un buen comienzo, supongo. Hay damas que tendrían vahídos en una situación como la que estás, Nessa. No pretendo sonar fatuo, pero hay publicaciones que han sostenido que quien tuviera mi atención sería afortunada. Han incluso subrayado lo simétrico de

mis rasgos, lo contundente de mi cuerpo marcado por la cabalgata y el boxeo, o incluso, mi posición y fortuna—indicó, con voz de falsete, como si estuviese leyendo tales publicaciones, y al final sonrió, y le guiñó un ojo.

Era guapo, lo sabía, pero se reía de ello. Nessa pretendió que no temblaba por dentro, que no la conmovía este duque en versión… juguetona. Fingió mirarlo como si se percatase de sus rasgos por vez primera, y una leve sonrisa se dibujó en su boca.

—Supongo que habría quienes remarcarían esos detalles suyos, sí.

—Dejaré pasar que no pareces muy convencida. Me he dado cuenta de que eres una mujercita difícil de persuadir, pero eso hará que me esfuerce—estableció, sonriendo, y Nessa lo observó con embeleso, apreciando como el gesto aflojaba sus rasgos y lo volvía más cercano, menos formidable.

Menos… duque. Más Francis, podría decirse.

—¿Ha venido en su caballo?—inquirió, señalando a sus botas y la fusta, y él asintió.

—La cabalgata suele despejarme la cabeza, y la necesitaba muy clara para llegar aquí y… exponerme—señaló, dudando al pronunciar la última palabra.

—Así que así se siente usted, expuesto—le dijo, y él asintió—. ¿La presencia de Bonnie a su lado…?

—Apoyo fraterno. Y un recurso útil. No creí que tuviera corazón para rechazarme frente a mi hermana, supongo.

Nessa rio, y él la coreó, brevemente. Luego se puso serio y la miró.

—Me ha tomado tiempo reconocer que… Aceptar mi interés profundo en conocerte más, Nessa, en explorar esta… conexión—suspiró con frustración—. Suelo ser más elocuente, pero no he… Es la primera vez que estoy frente a una dama dando a conocer mi deseo de cortejarla, espero lo comprendas.

Esas dulces palabras intentaban ser disculpa, pero eran una declaración en sí misma, y Nessa sintió la satisfacción filtrarse por sus ojos y en su rostro. Había sencillez y honestidad en este hombre al que había considerado pomposo y seco.

—Si le hace sentir mejor, no tengo mucha experiencia en esto tampoco.

Lo de Sommerset no contaba, porque no le había permitido expresarse con ella, así que eran dos primerizos.

—Me hace sentir mucho mejor. Ser tu primer pretendiente formal—aseguró él, sus ojos fijos en ella, y hubo una nota de posesividad en la frase que hizo que un estremecimiento la atravesara.

—Creí que había comenzado a cortejar a la señorita Lydia. Es una mujer con muchísimas cualidades, muy bien relacionada. Baila de maravilla, tiene el don de la conversación que los salones adoran...

—Oh, sí, ella se ha ganado la admiración de muchos, y tiene una cohorte de seguidores.

—Muchos piensan que usted es el favorecido entre ellos—deslizó, seria, y se mordisqueó el carrillo, molesta por demostrar la ansiedad que le provocaba pensar que él podría… Querría...

—Yo me siento muy favorecido ahora, aquí y contigo, Nessa—dijo él. Sus miradas se enredaron, la de él suavizada, cálida, y Nessa sintió que la acariciaba con ella—. A no dudar, la señorita Lydia es muy adecuada. Una representación de lo que muchos buscan en una dama de alta sociedad, y en una futura esposa.

Él se incorporó y se acercó a su lado, sentándose muy cerca, y su mano envolvió la de Nessa, para luego traerla a su boca y besar el dorso. Sus labios parecieron quemar su piel, con el mismo calor que la cera líquida lacraba un sobre.

—Sin duda así es—dijo muy bajito.

—Pero no es lo que quiero. Me convencí de que así era, pero…

—¿Qué cambió?

—Una presencia inesperada, directa desde las Tierras Altas. Nessa Campbell, erosionando mis certezas, modificando mis prioridades.

—Eso debe haber sido difícil de aceptar—dijo, expectante por escuchar la que confiaba sería la verdad.

Tenía que saber si era una debilidad pasajera, una locura momentánea de la que él se arrepentiría, el remordimiento en la mente de un caballero que creía haberse propasado.

O la atracción pura y libre, como la que la tenía a ella con la mirada pegada a él, sus dedos enredados en los masculinos.

—No me gusta actuar desde mis impulsos, pero tú los estimulas solo con aparecer en un salón. Cuando a eso se le suma tu charla vivaz y sin dobleces, el toque de tu piel, tu fragancia, tus labios, se me hace difícil proceder con calma. Estos días y noches han sido de intenso pensar y considerar aspectos…

—¿Cómo cuáles?—preguntó, impulsiva, urgida de saber

—Esa impaciencia curiosa es un rasgo… refrescante, lo confieso.

—La han señalado como una de las debilidades de mi carácter—murmuró, y él usó el dedo índice para levantar su mentón, y negó con suavidad.

—No vamos a hablar de debilidades o defectos. Sabe Dios que no deseo que retornes corriendo hacia las Tierras Altas cuando contemples los míos.

—Mm. Como has dicho, no he escuchado a nadie en los salones que no hable más que de los atributos y talentos del duque de Worcester.

—Traté de ser irónico antes. Sé lo que dicen y escriben sobre mí, así como lo que creen muchas de las matronas y muchachas en edad casadera. Repiten lo que escuchan y esparcen verdades a medias o, de plano, falsedades. La temporada, querida Nessa, se nutre de escándalos,

dramas, buenos y malos, ganadores y perdedores.

—Hasta hace apenas un rato, creí estar entre los últimos—confesó, en un susurro incrédulo. Carraspeó con suavidad, procurando mostrar mayor control—. Dígame, Excelencia…

—Francis…—corrigió—. No he logrado que me nombres, y te ruego que lo hagas desde hoy. A mí me gusta pronunciar tu nombre, como habrás notado.

—Francis… Lo que ocurrió en su escritorio…

—Te besé, además de tocarte de una manera impropia, aunque… deliciosa.

Ella se estremeció, pensando que así había sido, en efecto. Escandaloso, de conocerse, pero exquisito.

—¿Cree que se sobrepasó y necesita resarcirse? Es por eso… ¿Por eso está aquí? Porque de ser así, le ruego que me lo diga, y que se considere libre de cualquier responsabilidad.

—Nessa…

Ella negó y levantó una mano, dispuesta a ser muy honesta y quitarse la duda que la carcomía y amenazaba este momento.

—Si lo que le preocupa es que alguien sepa lo que ocurrió en su mansión esa noche… El enfrentamiento con su primo y sus amenazas, o el beso…—su voz era un hilo, pero su vista estaba clavada en él, queriendo ver su reacción.

—Creo que me sobrepasé, no hay duda de ello, pero no me arrepiento—le dijo con total convicción en su voz y expresión—. No me preocupa que alguien sepa lo que mi primo hizo y dijo… De hecho, en las siguientes horas podré dedicarme más a considerarlo, cuando tenga el camino allanado para cortejarte. Ya ves, pensar en ti quitó eso de mis prioridades.

—Oh…

—Me alegra saber que puedo dejarte sin palabras—elevó una de sus comisuras en una semi sonrisa—. Por otra parte, ya hay personas que lo saben—dijo, y su faz estaba calma—. Bonnie, los duques de Lycombe y Bristolbridge…—Ella inspiró con ruido, sorprendida, y él movió su mano para acunar su mejilla—. Conocen sobre el enfrentamiento con el barón y que tú lo presenciaste, así como que estuvimos a solas en el escritorio. No sobre nuestro beso. ¡Jamás! —sentenció con fiereza—. Eso queda entre ambos, Nessa. Un momento privado que atesoro y ansío repetir. No me avergüenza decirte que no he dejado de pensar en él.

Dios, esas palabras pronunciadas con su voz ronca y viril, un murmullo acompañado por ojos que estaban pegados a su boca. Nessa echó en falta su abanico, porque su rostro y su cuello estaban en llamas.

Se conminó a reordenar sus ideas y a no quedar presa de sus emociones, pero las yemas de Francis acariciando su barbilla, la manera casi… voraz en que la miraba, la intensidad con la que le hablaba, la enardecían y la debilitaban.

Pero debía sobreponerse, porque este instante entre ambos era de aclaraciones y

advertencias.

—Francis… Voy a tutearte, como me pides. Debes saber que lo que dicen sobre mi familia… Nuestras deudas son reales, y extensas. Estamos en una situación muy complicada. No tengo nada material para ofrecerte, no pertenezco a una familia con influencias. De hecho, necesitamos ayuda y por ello vinimos. Creyendo que podríamos…

—Encontrar a alguien que pueda ofrecerles apoyo financiero, sí, lo entiendo. No es inusual, y muchos que fingen horrorizarse y tachan a otros de cazafortunas están tan o más interesados en conseguir poder o dinero.

—Creo que hay mucha hipocresía, así es—dijo ella, elevando la barbilla, aliviada de que él concordara.

Había mucha altanería y doble moral en los que había tratado o cruzado estas semanas.

—Tengo la convicción de que tú y tu hermana se cuidaron de que no fuese su situación económica la que guiara sus pasos y acciones. De ser así, el señor Sommerset habría tenido su oportunidad y tal vez estaría en mi lugar—Entrecerró sus ojos, y fingió temblar—. O tú hubieses aprovechado el momento para demandar resarcimiento por mi atrevido comportamiento. No dudo que tu hermana Isla, que ha sido admirada con largura, ha de haber tenido posibilidades varias, pero, aquí están las dos…

Asintió, y un peso se quitó de sus hombros. Él decía las palabras correctas, y era el único, con excepción de sus seres queridos, que le había hablado como si la conociera, como si viera su espíritu y su corazón sin guiarse por apariencias o rumores.

—¿Cómo es que Lydia no logró…?

—No se trata de lo que ella no logró, sino de lo que hiciste tú…—tomó sus dos manos y la miró con mucha seriedad—. Aprecio a una mujer que puede hacerse oír y defiende sus ideas, que no cree en darme la razón para satisfacerme, que gusta de los caballos y conozca de negocios…

—Eso…—enrojeció, recordando el momento en que había intentado venderle la lana de sus majadas por anticipado—. Desesperación. Escuché cuando le contabas a Lydia sobre tu fábrica de alfombras—resopló—. Si supiese cómo moverme aquí, o si no estuviesen tan abocados a tratar a las mujeres como adornos finos o vientres para procrear, habría podido llegar a la City, o incluso pedir una audiencia con usted… Contigo.

—¿Oh, lo hubieses hecho?—sonrió y meneó su cabeza—. Sí, ¿por qué lo dudo?

—Lo que me ha detenido es que no quiero avergonzar a la familia de mi tía, a mis primas. O a la de mi tío Colin… El vizconde de Argyll.

—Así que te he conocido en un momento de contención y mesura—fingió desmesurar sus ojos, pero luego rio, y ella suspiró.

—Anne… La señorita Holloway dice que puedo ser muy tenaz y perseverante cuando

quiero algo.

—Oh, Nessa, esos son rasgos que tenemos en común—le susurró, y su cabeza se acercó de manera que sus labios quedaron a milímetros de su boca, y Nessa tragó saliva—. Te prometo que seré infatigable en mis esfuerzos por repetir ese beso.

Lo único que evitó que ella lo besara aquí mismo fue el sutil sonido de una garganta aclarándose, que les hizo sentarse rectos, Nessa muy roja, y el duque sonriendo.

—¿Es todo el tiempo que tengo, señorita Holloway?

—Me temo que sí, Excelencia. Lady Atholl me ha pedido…—dijo Anne, muy compuesta y seria.

—Compostura, mesura y respeto por las formas, como debe ser.

Se incorporó, y alisó su chaqueta, haciendo una reverencia a Nessa y a Anne.

—Nos veremos muy pronto. Worcester Manor estará a su disposición, y no puedo esperar a que me demuestres tus dotes como jinete, Nessa.

—No puedo esperar—murmuró, y no había una verdad más grande que esta.

VEINTICUATRO.

—No recuerdo haberte visto así, Francis—le comentó Bonnie cuando ya iban de vuelta a su mansión, cruzando el parque a paso vivaz de sus monturas.

La miró, dejando a un lado sus pensamientos, y la sonrisa dulce de su hermana hizo que se la devolviera.

—¿Así como?

—Entusiasmado. Interesado en algo más que en tu intervención en el Parlamento, en la nueva máquina para una de las fábricas, o en un caballo.

—Así como lo pones, se escucha aburrido y serio.

Tal vez lo era. Había pasado parte de su adultez con la cabeza puesta en temas grandes y generales, y había dedicado poco espacio a lo personal. O a su vida sentimental. La carencia de esta.

Visitar a Antoinette para satisfacerse había sido una actividad semanal, tan previsible como montar por las mañanas o reunirse con sus amigos en el club. Mecánico, carente de profundidad, además, porque había sido atento y generoso con su amante, pero nunca fue alguien importante en su vida.

—Sí, diría que sí—asintió Bonnie—. Y por eso me complace tu decisión. Que actúes en acuerdo con lo que sientes es emocionante, Francis. Me da esperanzas.

Miró a su hermana, frunciendo el ceño.

—No te entiendo bien, Bonnie.

—Si tú, tan apegado a las reglas sociales, no tienes prurito en romperlas en pos de una atracción tan fuerte… Creo que es posible pensar en un un futuro con alguien que desee, aunque no parezca estar a la altura de mi posición.

—¿Eso ocurre, Bonnie?—inquirió, alerta, sus ojos entrecerrados, tratando de leer en el rostro de su hermana, que lo negó.

—No hoy, pero… ¿Quién sabe qué podría pasar, ahora que nos muestras que podemos nadar fuera de aguas tranquilas?

Resopló.

—Esta tendencia tuya al discurso figurado. Mira, sé que a veces soy intransigente…

—O apoyas a mamá cuando lo está siendo—agregó, y él asintió.

—Para alguien como yo, hombre, adinerado, con poder sobre muchas personas, resulta fácil sortear las reglas, en ocasiones. Tienes edad suficiente para saber, o haber escuchado, que a veces hay una doble moral en los que imponen reglas, que las rompen en privado.

—Creo que hay casos así, sí—dijo ella—. Y oídos sordos y ceguera alrededor de los mismos.

—Mm. Quiero lo mejor para ustedes, tenlo muy claro, mi querida hermana. Pero los intríngulis de la conducta femenina en nuestro círculo, lo que se espera de ustedes… Más allá de lo que discrepe con ello, he pensado que incitarlas a romper con eso es exponerlas a momentos dolorosos y desilusiones. Quiero alegrías e ilusiones para mis hermanas, nada menos.

—El mundo no funciona así, aunque a veces lo parezca. Admiro cuando lo planteas y buscas cambios con pasión, como lo propones en la Cámara o lo promueves en tus propiedades. No sé por qué me convencí de que cortejarías a Lydia Bournemouth, y sufrí por ello—suspiró—. Creí que la devoción que sientes por nosotros te había convencido de que necesitabas una mujer como ella para conformar a nuestra madre.

—Sí, nuestra querida madre puede ser muy convincente, no lo niego, y reafirmo que ustedes son mi queridísima familia, Bonnie. Siempre estaré para ustedes, para ti. Cuando llegue el momento de defender tu postura lo haré, si creo que es lo que deseas y es algo bueno.

—Lo creo, Francis.

—Hay situaciones, personas, que nos mueven y nos hacen virar, Bonnie. Que hacen saltar las agujas de la brújula que nos conduce. Nessa Campbell parece ser eso para mí.

—Me alegra. Es un pelín inapropiada en su honestidad a veces brutal, o en su ingenua manera de apreciar cualquier asunto desde sus emociones, pero… También es divertida, natural, abnegada… Su hermana ha sido su prioridad desde el inicio, y sé que la situación de su familia la desvela. Y he visto cómo te mira…

—¿Oh? ¿Cómo?—inquirió, interesado.

—Con mucha, mucha admiración, y con la apreciación de una mujer que ve al otro muy atractivo.

—¿Cómo podía ser de otro modo?—bromeó, y Bonnie rodó sus ojos.

—Prepárate para la guerra que te espera en casa, Francis. Madre va a estar muy decepcionada, y va a querer convencerte de desistir de cortejarla.

—Eso no va a pasar—aseguró—. Y no tendrá mucho tiempo, porque hoy mismo parto para Worcester Manor. Quiero que esté preparado para recibirlos.

Luego de la reunión con su administrador y del encuentro con Grayson, con quien tenía asuntos pendientes.

No había sido por mera galantería que le dijo a Nessa que lo había distraído, en el mejor de los sentidos, de la situación con el barón de Woodstick. Esta no era una a desconocer.

Era un hombre vil que no dudaba en acudir a medios desagradables para conseguir lo que deseaba. Y no había nada que deseara con tanta fuerza como el ducado de Worcester, esto lo sabía Francis desde que era niño.

Su padre le había advertido que era necesario cuidarse las espaldas, pero Francis había desestimado que su tío hiciese algo más que *anhelar* su muerte.

Tenía que protegerse, y a los suyos, de cualquier acción que aquel pudiese tomar en su contra. Grayson y Hugh habían estado lívidos de ira cuando se enteraron de la pelea y las amenazas proferidas, y habían insistido en que tenía que tomar el toro por las astas.

<<Un duelo>>, había dicho Hugh, <<rétalo a duelo. El muy cobarde se meará en sus pantalones, y se irá corriendo a la ratonera en la que vive. Y de aceptarlo, no te costará nada terminar con él. Eres el mejor tirador que conozco>>.

<<Eso no solucionará el problema a largo plazo>>, había discrepado Grayson. <<Ese hombre no procederá con honor cuando decida eliminar el obstáculo que representas, Francis. No quiero alarmarte, pero tu tío está en caída libre, sus deudas impagables a estas alturas. Se rumora que tiene vínculos con los bajos fondos. Drogas, robos, contrabando>>.

Grayson tenía contactos muy estrechos con magistrados, guardias y policías privados que controlaban la seguridad de la ciudad, así como en el Ejército, por lo que Francis no tuvo duda de que su información era más que acertada.

<<¿Estás convencido de que podría llevar a cabo alguna acción en mi contra?>>, le preguntó, y Grayson había dudado.

<<Presentarse en tu casa, desafiarte, amenazarte, golpearte… Eso es desesperación, Francis, y sabes que esta empuja a los hombres a tomar las peores decisiones. Máxime cuando no hay un gramo de honor, como es el caso de ese bastardo. Déjame que investigue un poco más y podré informarte mejor>>.

Había acordado con esto, y le dijo que no reparase en gastos para contratar al mejor investigador privado que conociera. Francis no tenía temor de un enfrentamiento con su tío con los puños o con arma de fuego, pero Grayson había abierto sus ojos a algo más grave.

Pronto se divulgaría la novedad de que estaba cortejando a Nessa y la posibilidad real de un compromiso y posterior casamiento pondría iracundo a su tío, y podría empujarlo a acciones indeseadas y peligrosas.

Parpadeó y sacudió esta idea de la cabeza, porque lo hablaría luego con Grayson.

<<¿Cómo que estuviste con esa escocesa a solas y sin la protección de un testigo, Francis? ¿Es que perdiste el juicio? Esas dos mujercitas, hermosas como son, están a la caza de un hombre rico, y le serviste la oportunidad en bandeja de oro>>, había dicho Hugh, recordó ahora, su cabeza volviendo a su reciente encuentro con Nessa.

La manera en que esta había indagado para comprobar que él no estuviese proponiendo el cortejo por culpa y honorabilidad reafirmó lo que ya sabía: Nessa no había considerado obligarlo, no le había puesto una trampa ni buscó aprovecharse del momento.

<<Pones demasiado mérito en los rumores, Hugh>>, había dicho Grayson, divertido con el escándalo dibujado en la faz de su amigo, por lo habitual distendido y poco dado a juicios apurados. <<No me parecieron de esas mujeres que hacen lo imposible por *cazar a alguien*,

como dices.>>

<<¡Cómo si fueses a enterarte de algo que no sea lo que la señorita Anne Holloway haga o diga!>> dijo Hugh, y Francis notó que este había logrado lo imposible, molestar a Grayson, que resopló indignado, mas no dignificó el comentario con una respuesta.

Lo que su amigo había dicho a continuación, empero, había traído de nuevo la atención a la situación de Nessa. Esta era la razón por la que había recibido con gracia y sin alboroto lo que esta pretendió contarle como novedad: la bancarrota de su familia.

<<En otro orden, debo contarles que recibí correspondencia de aquel soldado escocés que salvó mi vida, ¿lo recuerdan?>>dijo Grayson.

Por supuesto que lo hacían. El muchacho había sido la barrera que protegió a Grayson de una estocada feroz en medio de una lucha sangrienta en la Península.

El batallón de escoceses, al que varios oficiales ingleses denostaban, estaba compuesto de hombres fieros y valientes, y aquella defensa arrojada fue uno de los tantos ejemplos.

<<¿Qué es lo que quiere? Lo que sea, lo ayudaremos>>, dijo Hugh, que era generoso y no dudaba en ser amigo de sus amigos. <<Cuando prometiste que estarías para lo que ese soldado necesitase, Francis y yo también lo hicimos>>.

<<Por supuesto. Tenemos una deuda enorme con él>>, había afirmado Francis, antes de saber lo más importante. Nunca había conocido el apellido del soldado, que se le develó en la reunión. *John Campbell*. Hermano de Nessa e Isla.

El detalle de la situación había sido sucinto, pero se había enterado del endeudamiento, del robo que sufrieron, de la prenda que pesaba sobre su ganado.

La suma que le solicitaba a Grayson no era tan alta, pero sin duda imposible de afrontar para un terrateniente escocés. Con el pedido venía la promesa de devolver cada libra con futuras ventas de lana y carne.

Algo improbable en el corto plazo, pero eso no preocupaba a ninguno. Fue Francis quien hizo notar a los otros la conexión, y eso pareció aflojar un pelín la actitud de Hugh en relación a las jóvenes.

Que el destino o Dios o vaya a saber quién estuviese enredando las vidas de todos había sentado bien a Francis, y fue el empujón para la decisión definitiva, que hoy se había concretado.

No podría estar más satisfecho, y esperanzado, a pesar de la espina que el barón representaba en su vida. Lo resolvería, vaya que sí, y se dedicaría a esculpir su futuro, en el que esa preciosa escocesa tendría protagonismo principal.

VEINTICINCO.

Fragmento del diario de Anne Holloway

Henos aquí, en Worcester Manor, la propiedad campestre del duque de Worcester. No creí conocer este lugar, del que había escuchado maravillas. Los comentarios extasiados le hacían justicia.

Es magnificente, y a la vez encantadora. La gran casa nada tiene para envidiarle a su homónima en Londres, porque es muy amplia, con dos pisos, escaleras de mármol, esculturas y pinturas de maestros reconocidos.

Mas los muebles, cortinados, alfombras, y detalles diarios nos recuerdan que estamos en la campiña, y toda la combinación es una mixtura de discreto lujo y confort sin que se pierda la impronta rural.

Los colores que predominan son matices de marrones, verdes, ocres y azules, y ellos nos referencian el denso bosque apenas a dos millas, el río que corre cortando la propiedad al medio y las tonalidades variadas del cielo al amanecer y atardecer.

Aire limpio, fraganciado y fresco pone rubor a nuestras mejillas en las caminatas, picnics o cabalgatas. No es que haya participado en una de estas últimas, porque no he podido acercarme a un caballo en años, y ni siquiera el entusiasmo de Nessa por la caballeriza poblada de los corceles más increíbles lo ha logrado.

Los cuatro días transcurridos hasta hoy han sido de descanso y disfrute, y me han permitido alejarme de la casa Atholl, del conde y la condesa, y por tanto, me he sentido libre. Sin preocupaciones ni sensación de culpa constante; por el contrario, entretenida y asombrada, en el mejor de los sentidos.

La decisión del duque de cortejar a Nessa me tomó por sorpresa, como a todos. Que un hombre de la talla de su Excelencia la eligiera entre tantas candidatas importantes que pululan por la temporada es un hecho significativo.

Habla de la inteligencia de un hombre que es capaz de distinguir una flor diferente en un jardín multicolor y con aromas fuertes. Una flor sencilla entre las exóticas, que a la vista rápida parece simple y de la que se aprecia la belleza cuando uno se toma el tiempo.

Nessa es eso y más, lo sé, y me alegra tanto verla feliz. Sí, sonriente, abierta, expectante, con la mirada fija en cada paso del hombre, embelesada por él. ¿Quién podría culparla? El duque es guapísimo y se ha mostrado cercano y divertido, presentándonos una faceta de su personalidad que probablemente solo su familia y amigos cercanos conocen.

Él está embobado con Nessa, también. No deja de agasajarla, de cuidar que esté atendida, cómoda, y se encarga de esos menesteres con el celo de alguien que ya la ve como

suya.

Son los pequeños gestos los que evidencian su interés. El cómo apoya su mano en su espalda para guiarla, o le ofrece su brazo a la hora de caminar, y su presteza para ayudarla a montar y desmontar, aunque ella aprendió a hacerlo sola, tras días de práctica en las caballerizas de Atholl. ¡Cuánto me gustaría ser mirada y tratada así!

Oh, no dudo de que haya contactos más estrechos entre ambos, porque esos paseos suyos para mostrarle las joyas de la propiedad suelen traer a Nessa sonrojada y nerviosa, y al duque con una sonrisa traviesa.

Me inquietó al comienzo fallar en mi función aquí, cuidarla, ser su chaperona, pero tanto Bonnie como Olivia me han hecho ver que su hermano está decidido, porque su corazón fue conmovido por Nessa.

No conocía a mi hermano sacudido por una mujer*, me dijo Olivia*, y me encanta que sea alguien como Nessa la que lo logró. Y que Lydia esté lejos. Temí que Francis se inclinara por alguien como ella, hermosa pero vacía. Nessa es encantadora, y es justo lo que necesita. Alguien que lo haga feliz y lo desafíe un poco a diario.

Es algo que puedo ver a Nessa haciendo. Competitiva como es, no lo dejará quedarse con el triunfo en nada, y la manera en que corrió para llenar su canasta cuando competimos para recoger zarzamoras, o cómo discute al jugar cartas, es muestra clara. El diálogo entre ambos combina ironía, inteligencia y una sutil complicidad que crece día a día.

¿Lo único que distorsiona el inusual cortejo en este idílico retiro? La avinagrada cara de la duquesa madre, que se guarda de comentarios abiertos o de destratar a Nessa, pero que no evita que su faz evidencie su malestar con la elección de su hijo.

La escuché una mañana quejándose con Bonnie mientras desayunaban, y cuando el duque y Nessa habían ido a cabalgar. Luego, por la tarde con Olivia mientras hacían tareas en el jardín, o pretendían hacerlo, porque de la manera en que usaba su pala, creo que el jardinero tuvo mucho por arreglar . Al otro día igual, y así hasta hoy.

No puedo creer que Francis sea tan tonto como para caer en las redes de esa chica.

No debí darle entrada a nuestra casa.

Me han dicho que su situación económica es desesperada y vinieron a Londres a por un hombre con fortuna. Lo ha enredado, ya no lo reconozco.

Lydia Bournemouth está desolada, lo sé, tuve que avisar a su madre, y la vergüenza no me dejó dormir por la noche.

¿Qué van a decir? Seremos el hazmerreír, y él perderá credibilidad, además de dinero.

Cada frase me golpeó por Nessa, y también porque refleja lo que la mayoría dirá de ella y pensará del duque. Me molesta, me pone triste, porque muchas de esas frases se podrían aplicar a mí con precisión.

Es lo que piensa la condesa Atholl de mí. No puedo evitar encontrar algunos paralelismos entre las Campbell y yo.

Pero creo que el duque no se dejará permear por lo que su madre piense o quiera, porque ha frenado cada intento de aquella por llevar la conversación por caminos escabrosos, defendiendo a Nessa antes de que sea atacada.

Es irónico que siendo Isla la que adora las historias de amor, sea Nessa la que esté viviendo una.

Oh, porque no me cabe duda alguna de que estos dos están cayendo rápido uno por el otro.

++++

—Esta propiedad es enorme. Hemos recorrido varios puntos estos días y todavía me dices que hay sitios que debo conocer—dijo Nessa, mirando alrededor con curiosidad mientras tocaba la grupa derecha de su caballo con su fusta.

El paisaje adelante era más quebrado en comparación con lo plano de las tierras que rodeaban la casa principal. Lejos, a la izquierda, se avizoraba el bosquecillo de robles y a la derecha, el trillo que conducía a la zona más poblada, donde los arrendatarios tenían sus sembradíos y animales.

—De hecho, hoy voy a mostrarte mi lugar favorito—sonrió Francis, y Nessa clavó su mirada en él.

No creo que alguien me pueda impactar más que este hombre en la grupa de su magnífico corcel. Nadie monta con tanto aplomo y gracia, o domina al nervioso bruto sin que se le mueva un pelo mientras discute apasionado sobre la necesidad de nuevas leyes para la sociedad.

Sí, él era atractivo, varonil, y lograba que sus piernas temblaran y su mente se enredara en imágenes que la hacían ruborizar. No había observado el cuerpo de un hombre con tanto detalle antes.

Pero estos días parecía obsesionada, y era… Agradable, salvo la parte en que él la atrapaba con sus ojos pegados a sus brazos o pecho húmedo, como ocurrió ayer, cuando se quitó la camisa y corrió para zambullirse en el agua en una decisión espontánea que la asombró.

Habían estado caminando y entraron en calor, y él decidió que un chapuzón lo aliviaría. El pecho ancho, los pectorales marcados y con poco pelo, el estómago plano, los bíceps abultados, todo era muestra de un hombre que ejercitaba.

Nessa se había atragantado mientras lo veía nadar con brazadas enérgicas, imaginando qué se sentiría ser abrazada por esos brazos fuertes, o apoyar su mejilla en ese torso que imaginaba duro y tibio.

Y cuando emergió del agua, trepando con agilidad y se estiró y sacudió, su cabello sobre

sus mejillas, goterones gruesos corriendo por los valles y colinas de piel, ella apenas respiraba, imaginando su lengua trazando esas líneas y saciando su sed…

La mirada sabedora la atrapó en el acto del pensamiento prohibido, y el calor asfixiante de un rubor la consumió desde la raíz hasta su escote.

<<¿Estás viendo algo que te gusta, Nessa?>>, le había dicho, viniendo hacia ella, sonriendo con travesura, y pareció más joven y libre, y ella había asentido, pero mirando a un costado, tímida y sin saber qué hacer o decir.

Por fortuna, él sí, y había tomado su rostro entre sus manos y la había besado, lento y dulce, largo. Esa se estaba convirtiendo en una costumbre bonita. Los labios encontrándose parecían un acto recurrente que ella sabía que no podía aburrirla jamás.

Había una sed en ella que no se apagaba de manera tradicional, un hambre de esa boca asediándola, de la lengua masculina abriéndose paso para acariciar la suya y enervarla, dejarla jadeante, con el pecho subiendo y bajando como si hubiese ejercitado por un largo rato.

Sus labios volvían hinchados de cada paseo, y sentía sobre sí la mirada divertida de Isla y evaluadora de Anne. Por supuesto que huía hacia su habitación antes de que la duquesa adivinase en qué gastaban su hijo y ella parte del tiempo juntos.

La desaprobación se leía en la mirada y en el gesto molesto de su boca, y la ponía nerviosa, mucho. Había traído el tema a colación con Francis, ofreciéndole marcharse para que su madre no estuviese incómoda en su casa, pero este se negó con vehemencia.

<<De ninguna manera. Tú eres la mujer que elegí, y la única que puede decirme sí o no. En tus manos estoy depositando mucho de mí, Nessa, ¿lo entiendes? Mi deseo de una familia, mis esperanzas de una vida bonita y feliz, de tener a mi lado a una esposa que entienda mis pasiones y mis compromisos. Que me quiera con mis virtudes y fortalezas, y disculpe mis debilidades y defectos>>.

<<En la medida en que obtenga lo mismo de vuelta, estoy contigo en esto>>, le había contestado sin un ápice de duda en su corazón.

Acá eran Francis y Nessa, para su alivio, si bien la deferencia de la servidumbre y arrendatarios, así como la magnificencia de la casa solariega y los campos aledaños eran recordatorio de su fortuna y posición.

Cuando ambos estaban juntos y solos, sus manos se buscaban, y exploraban, bosquejando mapas mentales de sus cuerpos. Sus bocas se regalaban disfrute, dulce en algunas ocasiones, ardiente y húmedo, generando deseos de más en ocasiones en las que nadie los rodeaba.

Y esto sucedía más y más, porque la convicción de que esta relación crecía no solo la tenía Nessa, sino las hermanas de Francis, la suya, y Anne. Incluso también el querido Edward, que estaba resultando un invitado de lujo, divirtiendo con sus ocurrencias y siendo el perfecto partenaire para los bailes improvisados, los juegos de mesa, la charla insustancial o seria.

Su primo sería un hombre digno y haría feliz a alguna mujer en el futuro. Nessa tenía la impresión de que Olivia tenía su mirada puesta en él, por cierto, pero no era algo que diría a Francis. La duquesa tenía suficiente con ella, suponía.

—A doscientos metros está mi rincón de pensar—dijo él, mirándola con desafío—. Te reto a …

No había terminado de decir la frase que Nessa ya estaba espoleando y gritando a su caballo para que iniciase el galope.

—¡No había dado la orden de salida!—escuchó, y el batir de las patas de su caballo y del que venía en inmediata persecución la exaltaron, aferrándose a las riendas con firmeza y asegurándose en la montura, su pantorrilla derecha encasquetada en el hueco para ese fin, y el pie izquierdo en el estribo.

Esto era un regalo, decidió, y cuando la cinta de su cabello se desató y voló, y su cabello se esparció y pareció flotar como un halo sobre sus hombros y espalda, Nessa se sintió en las tierras de su familia.

¿El único detalle molesto? El duque pasó a su lado como una flecha, cual centauro mítico, demostrando sus cualidades de jinete magnífico, que le permitieron ganar la improvisada carrera, y esperarla ya en tierra, con una sonrisa triunfante y oscuridad en su mirada, que la taladró de pies a cabeza.

Con las riendas del corcel en su mano vino a ella y le pidió las de su cabalgadura, y la guio hasta un conjunto de árboles que conformaban una especie de parque, porque el orden y la variedad de especies sugería la mano humana.

Rodearon el mismo y cuando Nessa iba a preguntar adónde iban, vio el cottage pequeño. Una especie de refugio en el medio de la naturaleza.

—Tu rincón de pensar.

—Alejado de todo y todos. Mi refugio cuando el mundo se vuelve complejo y tengo que desentrañarlo. O cuando quiero traer un pedazo de él para disfrutarlo a solas.

La tomó por la cintura y la elevó sin esfuerzo para desmontarla, pero no la dejó en el suelo sino que la apretó contra sí, y Nessa se encontró con los pies en el aire. Sus brazos se colgaron de su cuello en un movimiento instintivo y sus ojos conectaron, por un breve instante sin palabras.

Nessa intuía que entrar en ese cottage marcaría un antes y un después en su relación, y acceder a hacerlo era la muestra de la confianza más elemental en él. Que la tenía. Francis había sido honesto, honorable y encantador, así como querible y apasionado.

Nessa sabía que lo quería todo con él, aunque se le desdibujaban los tiempos y el orden de los sucesos. Los convencionalismos lo marcaban muy claro, pero la química entre ambos era mucha, y parecían haber renunciado a conocerse pautados por las reglas de la élite. Al menos,

eso le parecía, y la desaprobación de la duquesa lo enfatizaba.

—¿Soy un pedazo de tu mundo?—susurró, y él asintió, suspirando, y se acercó para quedar a milímetros de su boca, sobre la que habló:

—Te estás convirtiendo en el axis de mi mundo, a una velocidad que sería alarmante, de no ser que lo deseo y quiero con imprudente necesidad.

La dejaba sin palabras, pero podía sentar un punto de una manera más efectiva, decidió, y por ello asaltó su boca sin más consideraciones. Sus labios atraparon el superior de Francis, y lo sorbieron, para luego hacer lo mismo con el inferior, mojándolos, saboreándolos.

La respuesta no fue inmediata, porque él la dejó hacer, aunque sus manos fueron más abajo, para sostenerla firmemente por las posaderas. Un gesto de una intimidad que no la alarmó.

Desde el día en que él solicitó cortejarla Nessa había sabido que su cuerpo y su corazón no saldrían ilesos, pero la maravilla suprimió el leve temor que había acompañado a esta convicción.

Las reacciones de su cuerpo eran desconocidas, porque si ella no ignoraba las dinámicas entre hombres y mujeres, no las había vivenciado más allá de besos castos.

Que no eran los que Francis ofrecía, ni los que ella parecía determinada a devolver. No, no había nada de púdico o contención en la manera de pegarse a él y en el recorrido que sus dedos hacían en su cabeza, enredándose en su cabello, atrayéndolo más, como si fuera posible fundirlo en ella.

Acción que repitió ahora mismo, mientras mordisqueaba y trazaba los labios de Francis con su lengua, para volver a besarla, desgranando pequeños sonidos de gozo.

Francis rompió la inacción para envolverle la boca, y su mano se deslizó presta por su columna para sostener su nuca y cambiar el ángulo del beso, lo que le permitió devorarla mejor.

Así se sentía, y le nubló la cabeza, su corazón pulsando frenético y repiqueteando en sus oídos. Los ojos cerrados, ciega a nada que no fueran sensaciones recorriéndola por sus senos y pubis, extrañas, pero exquisitas.

Con renuencia, Francis apartó su boca y aflojó su abrazo para permitirle descender. Al deslizarse Nessa rozó la evidente huella de su excitación, que se pegó a su vientre cuando estuvo sobre sus pies, en tierra aunque a ella le pareciera que volaba.

—No sé si ingresar sea buena idea—dijo él, posando su frente en la de Nessa y besando la punta de su nariz—. Quería hablar a solas, porque las constantes interrupciones en la casa son frustrantes, pero… Me temo que estoy entendiendo el punto de una chaperona, porque tenerte a mi merced apela a mis instintos más básicos. Te deseo mucho, Nessa, y me disculpo por mi crudeza—Sacudió su cabeza—. Parezco un jovencito inexperto, lo que no soy, pero así me pones —acarició su mejilla y bajó por su garganta, trazando el tendón de su cuello con dos dedos.

—Creo que las buenas ideas son cuestión de perspectiva—respondió, con más confianza

y aplomo del que sentía—. Dejo constancia de que me gusta tu cruda honestidad y desde una posición mucho menos experta…—se aclaró la garganta, y a pesar de la grana furiosa de su tez, completó su discurso—… Creo que estas sensaciones urgentes que siento son deseo.

—Mi directa y honesta escocesa, no da nunca un paso atrás—susurró él, sus ojos ranuras oscuras fijándola como la presa que Nessa se sentía—. No puedo ser menos valiente—le susurró, y sus brazos la envolvieron por la espalda y la parte trasera de los muslos, de manera que quedó acunada contra su pecho, y así la ingresó al cottage, que estaba sin llave.

VEINTISÉIS.

En su cabeza, traerla al cottage se había visto como el paso lógico de abrirle su mundo casi por completo, exceptuando las fábricas. Ella conocía la mansión de Londres, la casa solariega y sus zonas campestres más notables, y solo había quedado mostrarle este. Su reducto rural.

Por ello había pedido a Saint que se asegurara de que estuviese limpio y con refrigerios, tarea que este delegó en Pete O´Dampey. Su medio hermano, una preocupación para más adelante, había vuelto con la novedad de que la llave se había perdido, razón por la que el lugar estaba abierto.

No había contado con estar tan excitado al llegar. Tanto, que apenas podía contenerse de tocarla y besarla. Su miembro en alerta, sin acatar órdenes de disciplina, y Nessa tenía que sentirlo.

Era inapropiado, por decir lo menos. Debería sentirse avergonzado de haberla traído a un lugar lejos de sus familiares y de Anne, que estaban en la propiedad para mantener las formas.

Mas la deseaba, joder, ¡y cómo! Arrebatarla del grupo entusiasmado que inventaba a diario actividades conjuntas era darse la oportunidad de hablar más, de conocerse, de continuar absorbiéndose mutuamente.

Así se sentía: eran opuestos en algunos sentidos, pero en lugar de repelerse, se atraían y sus diferencias se complementaban. Y en otros, eran afines.

Empero, lo que le interesaba ahora no era su pensamiento político, sus ideas sobre lo mucho que la mujer podía hacer y no se le permitía (punto que defendía con pasión), o su inagotable curiosidad por cómo manejar una propiedad rural.

En este instante en que la tenía contra su pecho, vibrando de nervios, tibia y liviana, con sus enormes ojos sin un pelín de desafío, llenos de ingenuo deseo, Francis se sintió dueño del mundo.

Con su preciosa carga protegida, caminó hasta su sillón favorito, y allí se sentó, ubicándola sobre su falda. Ella movió su cabeza y llevó una mano a su cabeza para tratar de ordenar la mata de suave cabello rubio rojizo que la cabalgata y el viento habían enredado.

Bajó su rostro para besarla, otra vez. Una adicción, pero de las bonitas, eso era la constante necesidad de saborear sus labios, que humedeció y mordisqueó sin prisa.

El ardor y naturalidad algo torpe con los que ella respondía al comienzo había mejorado, aprendiz capaz y ágil como era, y demostrando que la práctica hacía al maestro.

Desde que habían llegado, Francis no había dejado pasar momento a solas sin besarla, esa era la realidad, obsesionado como estaba con esa boca. Había sido así desde la vez primera en que la vio.

Pero quería más, y la soledad del cottage y la disposición de Nessa estaban deteriorando su voluntad de respetarla y preservarla, como debería. No tenía dudas de que era pura, y avanzar sobre sus impulsos y tomar su virginidad sería adelantarse a disfrutar de un regalo que tendría que recibir una vez que el matrimonio se hubiese formalizado.

Pero también era cierto que él ya no tenía dudas de que Nessa Campbell era la única mujer con la que quería casarse. La que le haría anhelar llegar a su casa y con la que disfrutaría de momentos maravillosos, felices, y discusiones amenas y triviales, y con la que no podía existir el tedio. La futura madre de sus hijos, esa era Nessa.

Su propia madre aún no lo entendía, pero lo haría, porque no podía dejar de apreciar cómo ella alegraba cada día de Francis y lo estimulaba, mental y físicamente.

Su nariz ascendió por la columna de su sedosa garganta, y se coló por la línea de la mandíbula, subiendo por la parte trasera de su oreja, dando oportunidad a los labios para que mordisquearan el lóbulo.

Nessa se estremeció, denunciando que estaba torturando una zona erógena, y el gemidito suave lo enardeció, por lo que cerró sus ojos, llamándose a la cordura.

—Me desarmas, Nessa—le susurró, su mano acariciando el muslo a través de la tela de su pollera de montar.

—Ese es un halago que no creí recibir. La primera vez que te vi te consideré un engreído pomposo—murmuró ella, sonriendo, llevando sus dos manos a sus mandíbulas, e inclinándose para besarlo, movimiento que la frotó contra su polla enhiesta, y él graznó, en una queja-ruego que no encontró salida, porque ella la tragó en un beso abrasador.

Él tomó sus muñecas y se hizo atrás, respirando con dificultad, la cabeza baja, conminándose a la calma. Ni en los momentos más tensos de su corta vida como militar Francis se había sentido así, al límite.

La lucha contra las huestes napoleónicas no había tenido el impacto que Nessa sí. Traerlo de rodillas, y hacerle perder la ecuanimidad y el control que tanto le gustaba mantener.

Debería estar pensando en el barón y sus amenazas, empujando a Grayson para conseguir información sobre sus movimientos, pero aquí estaba. En un cottage apartado en su propiedad, aislados por kilómetros de sus familiares, atizando un fuego peligroso y divino.

—Lo soy en ocasiones, pero no contigo. Ya no, al menos—dijo, y su mano trajo la tela de la falda hacia arriba hasta encontrar el hueco que le permitió colarse y entrar en contacto con la piel suavísima. Cerró los ojos, arrebatado de deseo, y acarició desde la rodilla hasta la zona media del muslo, en líneas, y luego círculos—. Noto que sigues sin atar tu falda a la pierna. Eso podría hacer que un viento la elevara y expusiera lo que solo puede ser para mis ojos—susurró con intensidad en su oreja, y ella tembló.

Ahhh, lo que le hacía a su ego el tenerla entregada y anhelante, a la espera de su toque, de

sus besos, de la pasión que él quisiese desatar.

Y tan poderoso como esto lo hacía sentir, le era más y más claro que él era un esclavo de los deseos y fantasías que ella provocaba. Perdición hermosa, prisión que no podía esperar a cerrar sobre él, eso era.

Su mano subió por el muslo un poco más, sorteando los *cajones,* esa suerte de calzoncillo a la rodilla compuesto por dos perneras que se ataban a la cintura y dejaban una abertura central, que sus dedos buscaron como al Grial.

Nessa se tensó cuando sintió la invasión de su intimidad por la mano que se posó en la colina cubierta de vello suave y enredado con el que sus dedos jugaron.

La miró fijo para observar su reacción, dispuesto a retroceder al mínimo vestigio de indisposición o rechazo.

Cuando este no llegó, y lo que si hubo fue un suave morderse los labios y pupilas llenando el iris, probó una avanzada más atrevida, dejando que sus dedos mayor e índice se deslizaran por el canal de su intimidad, resbaloso por la humedad creada por la ostensible excitación de su bella escocesa.

Ella gimió suave, dulce, y se encorvó con ligereza al recibir la audaz caricia, lo que llenó a Francis de una desesperación hambrienta.

Sin pausa, le abrió las piernas para crear más espacio, y la movió para que quedara sentada con su espalda contra su pecho y con los glúteos sobre su polla.

Maniobrar otra vez con la pesada tela de su falda, enaguas y cajones fue más sencillo, porque usó sus dos manos. Una se convirtió en cepo en la cadera femenina, para sostenerla, y la otra volvió a la carga en su bajo vientre.

—Dime que me detenga—le murmuró, su boca mordiendo su oreja y luego por su cuello, encadenando besos leves y húmedos.

El silencio resonó, pero ella se recostó más contra su pecho, y sus piernas permanecieron abiertas, lo que Francis asumió como aceptación. Su deseo escaló al cielo, y su mano izquierda maniobró con botones y cuerdas para liberar los senos.

Cuando uno de ellos estuvo expuesto, lo torturó con suavidad, apretándolo, acariciándolo, concentrando su experiencia en su dedo pulgar para lograr que su pezón fuera un botón duro y tenso.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!—gritó ella, moviéndose sobre su pelvis, torturándolo a su vez, llenando sus testículos de semilla y volviendo roca su miembro—. ¿Cómo es que…? ¿Por qué me duele pero a la vez…?

La ingenuidad de la pregunta, que se refería a porqué sus pechos y su coño parecían conectados, así como la definición de tenso deseo físico como un dolor-placer, recordaron a Francis que Nessa era virgen, y que tenía que hablarle y calmarla, además de excitarla hasta el

desquicio.

—Shh, es natural, mi preciosa. Tus pechos y tu coño—lo apretó con suavidad, y deslizó un dedo en su interior, provocando que ella se sobresaltara y lanzara una exclamación estrangulada— se excitan mutuamente, digamos, con la debida estimulación. Y esta lubricación que cubre tu coño y hace que mis dedos resbalen, empapados, es la muestra de lo mucho que te excito.

Movió su mano izquierda para dar atención al otro seno, y unió un dedo más al que se hundía en el canal, calando hondo, hasta que chocó con la membrana que certificaba su presunción.

—Tu himen te protege todavía, y cuando te tome, deberé romperlo, y eso va a doler, por un breve instante. Luego, vendrá el placer.

—Oh, por Dios, santo cielo—gimió Nessa, echando su cabeza atrás para que quedara sobre el hombro masculino, su cara transfigurada, y Francis supo que hacerla llegar a un orgasmo no tomaría mucho.

De pronto, la necesidad de ver su faz transformada de placer y su cuerpo desarmarse sobre sus dedos fue más importante y necesario que dar satisfacción a su miembro.

La convicción hizo que sus movimientos ganaran en precisión y sus dedos se convirtieran en herramientas sutiles.

—Aquí…—tocó el pequeñísimo bultito que tanto placer daba a las mujeres, cuando estas trascendían su función de meras reproductoras y no tenían miedo de sentir. Nessa era de estas, Francis lo sabía—. Este es el clítoris, y es la muestra de que algo minúsculo puede ser poderoso.

Su índice se abocó a estimularlo con vicio, y tomó menos de un minuto que ella se quedara muy quieta y luego se sacudiera y elevara su cabeza, gimiendo con descontrol, para correrse con su nombre en sus labios, para frenesí de Francis, que finalmente la acunó, el corazón palpitando como si hubiese hecho un esfuerzo físico brutal.

Cerró sus ojos mientras le decía lo bella que era y lo hermoso que era su rostro en la cima del placer, e hizo caso omiso al desastre viscoso en sus pantalones, porque se había corrido como un niñato. Hugh reiría hasta el fin de sus días si lo supiera, algo que no pasaría.

—¿Francis?

—¿Mm?

—Esto es muy… satisfactorio. No imaginé que fuera posible… ¿No tienes que…?—carraspeó, y hubo un silencio, que él entendió.

—Quiero mostrarte lo maravilloso del sexo poco a poco, y da por seguro que te deseo mucho, pero me complacerá esperar para poseerte.

—Si tú crees que está bien, supongo que es así, aunque por el vigor con el que el mozo de cuadra movía sus caderas contra las de la hija de la cocinera de nuestro castillo creí que eso era

todo lo que pasaba entre un hombre y una mujer.

Francis lanzó la carcajada, porque el comentario era típico de la deslenguada, que había presenciado un acto físico, al parecer, pero no tenía mucha idea de las infinitas variantes que hacían de este tan maravilloso. Máxime si era con alguien que se quería.

—Nooo, ese es el sexo en su versión más simple. Tal vez apurado y robado—sugirió, y ella pareció pensarlo.

—Eso supongo, no sé. Yo era más chica, y ahora que lo dices, en esa época esa mujer estaba casada, creo.

—Deja a esa mujer y lo que pudiste ver en el olvido. Te voy a enseñar a pensar en el sexo con reverencia. Conmigo—advirtió, ayudándola a elevarse y girándola para mirarla de frente, y la abrazó—. Solo conmigo.

—Solo contigo. No hay nadie que quiera como a ti. Nunca lo ha habido, ni lo habrá—señaló, convencida. Francis asintió, solemne, y se removió—. ¿Pasa algo?

Incómodo en sus pantalones y sabiendo que era hora de volver, negó, y la ayudó a acomodar sus prendas.

—Todo está bien, Nessa—la besó con dulzura—. No podría estar mejor. ¿Entiendes que esto significa que estamos comprometidos y nos casaremos?

Ella asintió con lentitud.

—¿Eso es lo que quieres?

—Es lo que quiero—aseguró—. Tú también, espero.

—Sí. Quiero todo contigo, Francis. Deseo que tu madre me acepte y que nuestro compromiso no altere tu vida—agregó con sencillez—. Pero temo que esto no va a ocurrir.

—Alteraste mi vida al llegar a Londres, y lo celebro. Habrá algunos saltos en el camino, pero nada serio, ni importante—le aseguró—. Mi madre aceptará mi decisión, y llegará a quererte, como ya lo hacen Bonnie y Olivia.

Estaba convencido de esto.

++++

El pasar de los días afianzó la convicción de que no estaba viviendo una fantasía. Francis J. George, quinto duque de Worcester, la estaba cortejando de verdad. Más que eso, le aseguró que le pediría su mano al conde de Atholl y su tía al volver, como los representantes de sus padres en Londres, y habló de viajar con ella a Escocia a conocer a su familia.

Los días en Worcester Manor se extendieron, e idílica era la palabra que se le ocurría para resumir su estadía allí, y la forma en que el vínculo entre los dos se había vuelto íntimo.

Oh, Nessa era muy consciente de que los actos entre ambos serían considerados obscenos y lascivos, y su reputación sería llevada al lodo de saberse que dejaba que el duque… Que él la tocara y besara por cada porción de su cuerpo.

Cada. Porción. Y eso incluía sus senos y su bajo vientre, pensaba por las noches, estremeciéndose con el recuerdo de sus dedos en ella, que la hacían vibrar y volar.

Lo que había visto y oído en su hogar no la había preparado para las sensaciones reales de estar a merced de un hombre, entregada a sus deseos. Francis no había hecho nada que ella no quisiese, dándole tiempo a retirarse o negarse cada vez que la hizo vivir la pasión y el placer.

Curiosa como era para todo, Nessa no conocía su cuerpo como pensó, ni se había aventurado nunca a recorrerlo, pero el duque parecía propuesto a mapearlo con esmero, y con él se sentía bonita, apreciada, hasta venerada.

La ronca pasión que brotaba de los labios que la besaban, succionaban y torturaban era enloquecedora, y eso que aún… Él estaba decidido a no poseerla por completo, imbuido por la honorable idea de que no comprometería su virtud hasta que las formalidades se cerraran.

Y estaba haciendo lo necesario para acelerarlas. Era estimulante, porque refrendaba la suposición de Nessa de que él la deseaba, y mucho.

Los signos físicos eran inequívocos: los ojos que quemaban, las manos que acariciaban, las yemas de los dedos en constante contacto con su piel, su boca aprovechando cada instante para apoderarse de la suya y consumirla.

Nessa ardía cuando escapaban del asedio de la duquesa y de las que se habían vuelto sus obligadas acólitas, Bonnie, Olivia, y el bromista Samuel, que había arribado a la propiedad y puesto humor a las comidas y juegos.

Había sustituido a Edward y Anne, que se habían marchado. Por ello el muchacho era improvisado chaperón, y cuando Francis había sido grosero con él y le había gritado que les molestaba y no lo quería alrededor, les había susurrado que lo lamentaba, pero tenía orden de no dejarles solos.

Resoplando, había tomado a Nessa de la mano y la había llevado consigo a los establos, donde ordenó que alistaran sus caballos, y habían ido al cottage. Cada tarde, allí habían compartido momentos increíbles, de mágica soledad y mutua veneración.

Nessa había rogado para ver y sentir más de él, y Francis accedió a quitarse la camisa, dándole visión de su pecho, que acarició, besó, y sobre el que incluso dormitó.

La dureza de su entrepierna se había vuelto una constante entre ambos, y ella esperaba que no le doliera, porque tenía que ser agotador controlarse.

Él la había calmado argumentando que le gustaba desafiarse, y que encontraba salida a sus impulsos en montar y en golpear un saco de boxeo que había colgado en un sector de las caballerizas.

Cuando descubrió que lo hacía con el torso descubierto, se había complacido en ir a observarlo, para luego besar los nudillos rojos con ternura.

Francis decía que esto no era nada, simple práctica. *Lo hago como hábito con oponentes*

dispuestos, y he atizado a Hugh en varias ocasiones.

Bien, había pensado ella, porque el duque de Elywood era un idiota. Había estado en la casa por un día, pero le bastó para molestar a Isla con sandeces.

La intimidad física con Francis crecía, pero también lo había hecho la emocional. Él le había detallado sus intereses, le explicó lo que pensaba sobre los cambios en la sociedad y los que quería que ocurriesen, le contó lo que anhelaba para su familia.

Incluso le había hablado sobre la terrible relación que tuvo con su padre, y quién era Pete O´Dampey, el rudo empleado que *solo recibía órdenes de Saint*, el administrador de Worcester Manor.

Eso era lo que el joven le había dicho con inquina a Nessa cuando esta le pidió que llevara unas cartas a la posta del poblado. Ella se guardó bien de contarle a Francis en su momento, pero sí lo había comentado con el agradable señor Saint, porque no correspondía que un subordinado hablara con esa falta de respeto, máxime cuando ella había sido educada y gentil.

El administrador había meneado la cabeza y le dijo que lo solucionaría, a lo que ella agregó que no pretendía nada, salvo que lo supiera. No estaba en ella que castigaran a alguien por una tontera.

Cuando Francis le contó sobre su origen, lo complicada que era su actitud y el rencor que lo llenaba, y que se volvía más y más desafiante con él, al borde del insulto, entendió los reparos de Saint, y la llenó de orgullo comprobar que su prometido era un buen hombre.

Francis había roto sus prejuicios y destrozado la imagen que se había hecho de él. El duque pedante, pomposo y frio se había vuelto un hombre de carne y hueso gentil, preocupado por su familia y también por la sociedad, y abocado a impartir justicia y construir sobre la base de lo que su padre destruyó.

Tal vez no lo lograría del todo con este Pete, al que la vida y la crianza habían vuelto hostil, pero su otro medio hermano, Ewan, parecía encantador, y ella ya quería conocerlo. Y los empleados de esta propiedad, o los de sus fábricas debían agradecer tenerlo como su patrón.

Sí, su pensamiento actual estaba en las antípodas del que tuvo unas semanas antes, y no cabía en sí de gozo.

—¡Nessa, ven!—llamó Isla, con Olivia y Bonnie a su lado—. ¡Llegó una carta para nosotros!

Se movió con celeridad, alborozada y a la vez preocupada. Incluso un pelín culpable, porque su aprehensión por las deudas había aminorado desde que vino aquí…

O mejor dicho, sus prioridades se habían modificado, y esto era un problema, porque las dificultades en su casa no desaparecían porque ella estuviese enamorada.

—Las dejamos para que lean tranquilas—dijo Bonnie, y ellas asintieron, sentándose en un banco cerca de la gran fuente de Apolo que era el orgullo de la duquesa.

De Francis, no tanto.

—Oh, Nessa, es la letra de papá. ¿Crees que ya sabe del cortejo del duque?

—No sé. Es más probable que las cartas se hayan cruzado—dijo ella—. ¡Anda, lee en voz alta!

—Ya va, ya va. A ver,

Mis queridas hijas.

Espero que sigan bien. Su madre me leyó la carta anterior y me da tranquilidad saber que están de maravilla, y Londres es lo que esperaban, en especial para ti, Isla. Supongo que el cariño de Brodie y sus hijas y las novedades de la ciudad habrán ablandado tus juicios, Nessa.

—Oh, si padre supiera—dijo Isla, mirándola y moviendo las cejas con gesto que pretendió ser sugestivo—. Lo ablandada que te tiene el duque de Worcester. No, no leyó tu carta.

—¡Sigue!

Por acá, las cosas mejoran, gracias a Dios. O a John, que tomó las riendas de nuestros problemas y escribió a un amigo del Ejército para solicitar ayuda económica. Tal parece que nuestro John salvó la vida a un noble durante la guerra, y este quedó en deuda con él. Fue escribirle y este de inmediato reaccionó y movió sus influencias, ¿Pueden creerlo?

Estoy escribiendo esta carta justo cuando se retiró del castillo un importantísimo banquero de Glasgow, que trajo dinero en persona, y nos dijo que nuestras deudas serán atendidas.

Solo tenemos que remitir a nuestros acreedores a sus oficinas, labor a la que John se ha puesto de inmediato. Su ánimo ha cambiado, su voluntad ha vuelto, hijas mías, y ¡estamos salvados!

También se me informó que llegarán importantes comerciantes a evaluar nuestras majadas y acordar próximos negocios. El alivio que siento es inconmensurable.

Isla, Nessa, no hagan nada que no deseen, queridas. No es necesario sacrificio alguno de su parte, y aquí las esperamos con los brazos abiertos.

Las quiere y extraña, su padre.

Hubo un silencio largo, y luego, gritos y abrazos entre ambas, además de lágrimas y palabras emocionadas de alivio.

—¡Es maravilloso! ¡Qué alivio han de estar sintiendo! Y qué descanso, te lo juro, porque ya no lo tolero más—susurró, y se abrazó más a Nessa, que parpadeó, con sorpresa.

—¿Isla? ¿Qué ocurre?

—Estoy tan feliz por ti, Nessa, espero que lo entiendas.

—Lo sé, sin una duda.

No había celos entre ellas, nunca había sido así.

—Pero me siento perdida. Llegué emocionada, y así seguí por unas semanas, pero… No

siento que encaje en este sitio, en Londres. La sucesión de galas y los comentarios desagradables se acumulan uno sobre otro, Nessa, y me ahogan.

—Isla, eres tan hermosa que es cuestión de tiempo para que…

—Es que estoy cansada de que solo vean eso de mí, Nessa—suspiró—. No parece que valga por otra cosa que por como luzco, y tú sabes que soy una mujer inteligente, aunque a veces demasiado soñadora.

—Claro que lo eres—dijo con fiereza.

—Además, ¿de qué sirve ser bonita, si se ve como una trampa?

—¿Cómo?—preguntó, sin comprenderla.

—Eso me han dicho, que uso mi rostro como carnada para llevar a los hombres a mis redes—murmuró.

—¿Quién fue el idiota descerebrado que lo dijo? Voy a atizarlo—amenazó—. Mejor, le diré a Francis que lo haga.

—No importa, y respondí como se debía, pero eso no quita que me cuestione qué hago aquí. Y ahora, con esta carta…—sonrió—. Es una liberación. No hay necesidad de ir a más fiestas, Nessa, si así lo prefiero. ¿No te resulta increíble? ¡Tanto que di la tabarra con eso!

—Pues irás a una más, al menos, porque cuando regresemos a Londres y la novedad de mi compromiso se extienda, muchas querrán acercarse a mí para incordiarme e insultarme con elegancia. Te necesitaré a mi lado.

—Y me tendrás—aseguró, haciendo un gesto de asentimiento vehemente con su cabeza —. ¡Me hace bien verte feliz, hermana!

—Pues no permitiré que tú no lo seas—le contestó—. Haré lo imposible por tenerte con el ánimo alto. Ten fe. Cuando la polvareda que desataremos Francis y yo entre las matronas y señores se asiente, los rumores que nos envolvían y señalaban se irán apagando, y pronto no existirán. Entonces, uno de esos caballeros que te hirió vendrá y…

—Oh, no, no, no, Nessa—negó, determinada—. No soy rencorosa, pero tengo memoria larga. No aceptaré a mi lado a nadie que se complació en humillarme o recordarme lo que soy…

—Lo que creían que eres—corrigió—. Porque tú vales mucho, Isla, y tienes razón.

—Señoritas, ¿están conspirando aquí, las cabezas tan juntas? ¿He de preocuparme?

Nessa se volvió y contempló el rostro atractivo y la sonrisa seductora que danzaba también en los ojos azules.

—Para nada, Excelencia. Solo buenas noticias por aquí.

—Eso es grato. Isla, voy a robarte a tu hermana. Tenemos mucho que planear, y la duquesa madre quiere afinar detalles del anuncio del compromiso y la futura boda—guiñó un ojo, e Isla batió palmas.

Ella se mordió los labios y asintió. Una boda. Sonaba increíble, en particular, que la

duquesa quisiera involucrarse en ella. Tal vez lo hacía con la esperanza de poder postergarla, a la espera de algo que salvara a su hijo de la ignominia.

Sus ojos no se entibiaban al mirarla, a pesar de que era educada con ella. Lo comprendía. Que Francis la hubiese elegido era extraño.

Conmovedor, maravilloso, y le llenaba el alma de dicha, pero a ojos ajenos, era una elección poco apropiada. *Pero fue su elección*, se dijo.

VEINTISIETE.

—Te lo agradezco, madre—dijo Francis, besándola con cariño en la mejilla, y ayudándola a subir al carruaje en el que se volvía a la ciudad. Bonnie y Olivia ya estaban sentadas, y les sonrió—. Compórtense. Estaré con ustedes en un par de días.

—No sé por qué necesitas ir a Kidderminster, Francis, pero no discutiré—dijo su madre, la boca apretada.

Sus decisiones la tenían muy molesta, lo entendía, pero confiaba en que las semanas irían erosionando su disgusto y le harían ver que no habría retroceso en las determinaciones que él había tomado. La principal, el compromiso y próxima boda.

No había esperado tanta inquina y reluctancia. Creyó que sorteada la sorpresa y el impacto de que eligiera a Nessa, lady Brenna asumiría la relación y trabajaría con ahínco para fortalecerla, porque con ello lo hacía con su hijo y el ducado.

No había ocurrido, y si su madre no expresaba su desaprobación frente a Nessa de manera explícita, su proceder frío era mensaje obvio y le molestaba, mucho.

Lo había comentado con Hugh, que había estado de visita dos días atrás, y para su sorpresa, este pareció entender a su madre mejor que él.

<<Es difícil aceptar que tú, el compuesto y razonable hombre que siempre fuiste, hayas caído en los brazos de una mujer de la que se rumora es una cazafortunas.>>

<<¡No lo es! Cualquiera que esté con ella más de una tarde y se tome el trabajo de conocerla de verdad lo entiende>>, sentenció, pero Hugh se había encogido de hombros y hecho un gesto de duda. << ¿Qué carajos te pasa? ¿Justo tú, que eres tan amplio en tus gustos y saltas cualquier norma, la juzgas?>>

<<No lo hago, respeto tu inteligencia, pero creo que piensas con otras partes de tu cuerpo, amigo. De todos modos, te apoyaré>>.

Esa conversación le había dejado mal sabor de boca. Lidiar con las estúpidas pretensiones de su medio hermano Pete, lo habían terminado de agotar.

La última interacción con él, a pesar de la mediación de Saint, había sido a gritos, e incluyó amenazas de contar su verdad a sus hermanas. ¡El nervio! ¡Lo desagradecido de su acción!

Esta misma mañana había dado órdenes a Saint de que lo despidiera. No podía seguir avalando su comportamiento, no más. Se le entregaría una suma de dinero importante y con eso, si era inteligente, podría empezar una vida decente en algún sitio lejos de su familia.

Lo ponía lívido el que creyesen que podían obligarlo a actuar en base a amenazas, como si fuese un cobarde incapaz de lidiar con la bazofia. Que quienes lo hiciesen compartieran una parte de su sangre lo rebelaba más. El hermano y el bastardo de su padre, nada menos.

Nada había sabido del barón de Woodstick, y creía que eso eran buenas noticias. Grayson le habría hecho saber si se enteraba de que se traía algo entre manos. Su amigo tenía oídos y ojos entre las autoridades y los guardias más importantes que caminaban los barrios bajos de Londres.

Su prioridad aquí era consolidar su relación y disfrutar de su prometida. ¡Con qué facilidad había derivado su curiosidad y atención a Nessa en atracción irresistible!

Ella despertaba su cuerpo, porque sus ojos, manos y labios no podían dejar de posarse en ella, y cuando estaban solos, de regodearse en la maravilla que era su piel, sus curvas, sus pechos, y su sexo.

Tocarla y hacerla correr con la incansable tracción de sus dedos en su húmeda intimidad se había convertido en su ejercicio favorito.

Su mano estaba trabajando extra por las noches, friccionando su miembro hasta correrse con el recuerdo de esos ojos verdes desenfocados y su expresión de éxtasis.

Se removió en su sitio mientras saludaba la salida del carruaje familiar, y luego se dio la vuelta para dirigirse al otro, ya listo, donde lo esperaban Samuel, Isla y Nessa.

El destino era la fábrica de alfombras, porque quería que ella viera con sus ojos cómo la lana, producto que conocía tan bien, se convertía en una pieza especial.

Aprovecharía para hablar con el administrador y anunciarle que estarían ampliando los proveedores, porque era su intención que la lana de las ovejas de Campbell llegara a Kidderminster.

Así lo habían planificado con Grayson, quien había orquestado el plan que llevó alivio a las penurias económicas de la familia de Nessa, algo que no le diría todavía.

Esta había recibido una carta de su padre que la tenía feliz, igual que a su hermana, y el alivio se notaba en ambas. Esto quitaría presión sobre sus hombros, porque no estarían urgidas.

La novedad del compromiso y la boda ya la sabían su madre y hermanas, además de Grayson y Hugh, y Francis les pidió que la difundieran, para desarmar a los rumores que habían hostigado a las hermanas. Nessa no estaba disponible, pero Isla podría beneficiarse.

—Nessa, Isla, gracias a Dios que vienen también. Francis piensa este como el viaje al mundo de los sueños, porque así ve a sus fábricas, pero verán que es aburridísimo—dijo Samuel mientras ascendían al carruaje.

Las dos rieron.

—Yo quiero ver esas máquinas de las que me habla, y conocer el proceso—dijo Nessa.

—Dios, son tal para cual—gruñó su primo, al que asestó una palmada leve en la nuca.

—Ponte serio, que esto te va a servir. Ya te he dicho que tienes que comenzar a prestar más atención a los negocios.

—Sí, sí—indicó—. ¿Les parece si jugamos charadas? Va a ser un viaje largo.

—Menos de una hora—gruñó, meneando la cabeza—. Dos si hay que hacer el rodeo por

el río.

—Juguemos—dijo Isla con entusiasmo.

La siguiente hora transcurrió entre adivinanzas, referencias al paisaje y preguntas de Samuel sobre Escocia. El cochero gritó que deberían hacer el rodeo, porque la ruta estaba cortada por el río crecido, y estiró las piernas, tomando la mano de Nessa, entre las suyas.

El sonido de disparos lo tomó por sorpresa, y las sacudidas del carruaje mostraron que los caballos se habían espantado. Los gritos de las mujeres se elevaron, como los improperios de Samuel.

—¡Al piso del carruaje, y aférrense a los maderos!—rugió, y abrió la puerta, parándose en el vano, intentando no perder el equilibrio mientras miraba alrededor.

Los caballos corrían enloquecidos y sin control, y la mitad del cuerpo de Jackson, el conductor, se asomaba, balanceándose sin control. Sin vida, comprendió, y la alarma subió de nivel.

Adelante, se aproximaba la hondonada grande en la que había habido múltiples accidentes de carros. ¡Tenía que detener el vehículo! Se quitó la chaqueta y procedió, ignorando los gritos de horror de Nessa.

Se abrazó a las maderas y caminó rápido por las salientes, llegando al pescante, del que apartó con cuidado a Jackson, pobre alma. Intentó controlar el furioso galopar, pero el silbido de otros disparos le anunció compañía no grata.

—¡No se asomen!—gritó, desesperado, porque la posibilidad de que hirieran a Nessa o los otros lo aterró.

—¡Francis! ¿Qué ocurre?—escuchó a Nessa gritar, e inclinó la cabeza con esfuerzo para tener visión trasera.

Nessa se asomaba por la puerta, y más lejos venían jinetes con armas en la mano.

—¡Adentro, Nessa! ¡Nos atacan! ¡Cierra la puerta!

El rugido la hizo actuar y obedecer, justo a tiempo, porque se acercaban, y la bala de uno de ellos se insertó en su hombro. No tenía otra salida que controlar la dirección de los caballos, pero sin detener su galopar, porque no tenía armas.

Más disparos. Maldijo con furia, enfocándose en gritar a los brutos y tironear de las riendas con propósito, a pesar del dolor.

Si lo lograba, si torcía el rumbo para lograr que esquivaran la parte más peligrosa de la inminente hondonada, el poder de la cabalgata de los cuatro corceles ganaría a los jinetes y tal vez, podrían llegar al poblado. Quedaba poco, bien poco, se alentó.

Entonces, la debacle se abatió sobre ellos. Uno de los disparos que arreciaban dio en uno de los caballos, que relinchó, herido de muerte, y con su caída arrastró al resto y al carruaje, provocando el rodar de brutos y el balanceo del carruaje, que se volcó de lado, arrojándolo por

encima del pescante.

El golpe y el dolor terrible en su espalda y piernas, los cracs que señalaban la rotura de huesos, y el impacto que nubló su vista y pareció hacer explotar su cabeza, no le impidió tener un último pensamiento.

¡Nessa, Nessa, noooo!

++++

Isla y Nessa reían festejando un chiste del joven Samuel cuando el estampido de un tiro y el relincho alocado de los caballos rompió la calma, y precipitó acontecimientos desastrosos.

Francis había saltado y gritado que se protegieran en el suelo, mientras se lanzaba hacia el exterior y buscaba un equilibrio difícil por el vaivén descontrolado del carruaje.

Antes de que desapareciese de su vista le gritó que se cuidara, y trató de mantenerse quieta y tranquilizar a Isla y a Samuel, pero era imposible.

El ruido de balazos y los cimbronazos del pesado vehículo no anunciaban nada bueno. El carruaje volcaría si no lograban controlarlo, y para ello, había que calmar a los caballos, lo que era imposible con el ruido de las balas.

Se arrastró y abrió la puerta, sin pensar, en su mente solo la idea de ver a Francis, rogando que estuviera bien. Le gritó, desesperada, y mirar atrás la aterrorizó, porque jinetes desconocidos y con pañuelos venían en persecución.

—¡Adentro, Nessa! ¡Nos atacan! ¡Cierra la puerta!—le gritó Francis, torcido desde el pescante, y ella obedeció, con pavor.

—¿Qué pasa, Nessa?—gritó Isla, y ella se aferró a uno de los asientos.

—¡Un ataque! ¡Forajidos!

—¡Maldita sea! ¡Bastardos!—gruñó Samuel, que intentó levantarse, pero ella le tomó del brazo.

—¡No! ¡Francis está tratando de controlar los caballos! No puedes salir, están disparando.

—¡Está en peligro, Nessa! ¡Tengo que…!

—Si lo haces, te expondrás, y eso no ayudará a Francis.

Un cimbronazo a la derecha y un crujido espantoso fue el preludio de sacudidas furibundas que los arrojaron unos contra otros y les hicieron golpearse contra las maderas.

Enseguida, el carruaje tembló y se inclinó a un lado, y el golpazo brutal de un choque frontal los sacudió.

—¡Nessa!—El grito de Isla fue lo que escuchó antes de que la negrura la tragara.

Dolor. Pinchazos. Gritos de hombres y relinchos. Sonidos de balazos. Un gemido femenino sordo y apagado que denotaba un dolor mayúsculo.

Nessa emergió de la inconsciencia a la vorágine de sonidos que la envolvía, y su cabeza

se elevó enloquecida, buscando las fuentes de los sonidos.

Peligro, dictaba su cabeza. *Ataque, bandidos. ¡Francis! ¿Dónde está Francis?* Miró frenética alrededor, percibiendo el amasijo de maderos y cuero, y a Isla desvencijada en el piso, sangrando y gimiendo de un modo estremecedor.

—¡Isla, Isla!—se incorporó con extrema dificultad, sintiendo náuseas y un dolor atroz en su cabeza, pero la urgencia de escuchar el corazón de su hermana opacándolo todo—. ¡Oh, Isla! —sollozó, y su oreja fue al pecho, casi desmayándose de alivio al escuchar el débil pero rítmico sonido de los latidos—. ¡Vas a estar bien!—le dijo, y sus ojos se clavaron en la posición imposible de su pierna izquierda.

Estaba quebrada, no cabía duda, y el dolor debía ser intolerable. Acarició su cabello y buscó algo para elevar su cabeza, reparando entonces en el corte feroz en su cara, y cerró los ojos con desmayo.

—Nessa… Duele… Mucho…

—Shh, querida, lo sé, pero va a pasar. Iré por ayuda, tranquila—susurró, y le besó la frente—. Estarás bien, lo prometo.

—¡No me dejes, Nessa, por favor!—sollozó, y le partió el corazón, pero tenía…

Tenía que ir afuera y ver qué había ocurrido con Samuel, con Francis.

—No lo haré, Isla—se obligó a hablar con autoridad y sin demostrar dolor, guardando el llanto, porque su hermana tenía los ojos muy abiertos—. Voy a buscar a Samuel, y a Francis. Estaré contigo enseguida. Confía en mí, Isla.

Se movió presta y sin dar atención al mareo que la quería detener, y salió a trompicones. Apenas bajó, vio el desastre.

El carruaje estaba metido hasta la mitad en una hondonada del camino, y había un caballo muerto atado al mismo.

Unos metros adelante, vio a Samuel de rodillas frente a un cuerpo exánime, y gritó sin control, corriendo hasta él, para encontrar a Francis sin conciencia.

Se arrodilló y buscó signos de vida, percibiendo el hombro sangrando, además de la cabeza.

—¡Francis!

—Está vivo, pero inconsciente. Se golpeó duro, eso creo, contra esas salientes de roca—las miró, y luego a Samuel—. ¿Están bien? ¿Isla?

—Isla…

El ruido de caballos la impelió a incorporarse, y a su lado Samuel.

—¡No son ellos, Nessa! ¡Vi que daban la vuelta y se iban cuando uno fue abatido por tiradores! ¡Estos que llegan!

Así que había estado inconsciente apenas segundos, y la acción no terminaba.

—¡Francis!—se escuchó el grito entre los jinetes que llegaban en desorden, los dos primeros ya desmontando a la carrera.

—Hugh…—dijo Samuel—. Y Saint. ¡Gracias a Dios! ¡Aquí! ¡Aquí!—gritó, y Nessa volvió a caer frente a Francis, buscando señales de que seguía con ellos.

—¡Despierta, amor mío, por favor! ¡No te rindas! ¡Te prohíbo que te dejes morir!—le susurró en el oído—. Por favor, por favor.

—¡Maldita sea! ¡Mil veces maldita sea!

El duque de Elywood cayó de rodillas a su lado, y puso sus dedos en el pulso de Francis. Luego, palpó su cuerpo y con velocidad rompió la camisa en pedazos.

—Balazo en el hombro. Costillas quebradas. Golpe en la cabeza—determinó—. ¡Saint! ¡Tenemos que llevarlo al poblado!

El administrador estuvo a su lado al instante, y comenzó a gritar órdenes. Nessa estaba de rodillas, temblando.

—¡Nessa! ¿Estás bien?—escuchó que le decían.

—Isla… Isla… En el carruaje.

Hugh lanzó una imprecación y se incorporó para correr al destruido vehículo, en el que se metió sin vacilar, y del cual emergió pálido, gritando por auxilio.

Nessa vio que con los dos hombres habían llegado una decena de trabajadores de Worcester Manor, que se dividieron para colocar los cuerpos de Francis e Isla sobre improvisadas camillas hechas con los maderos y tientos de cuero.

Se ubicó a la cabecera de ambos y les habló en susurros todo el tiempo, mientras Hugh detenía la hemorragia en el hombro de Francis y luego acomodaba con delicadeza la pierna de Isla, que parecía una muñeca rota.

El carruaje en el que colocaron a los heridos demoró menos de lo pensado porque el poblado estaba cerca, y solo cuando llegaron y médico y enfermera se abocaron a lidiar con los heridos, Nessa se permitió derrumbarse y llorar en silencio.

—Nessa, tienes que permitir que vean tus heridas—le dijo Samuel, y ella asintió, pero no se incorporó.

—Cuando terminen con ellos. Yo estoy bien—susurró.

Luego de un rato, la enfermera vino a ella y le limpió y vendó algunas heridas menores. Ella y Samuel habían salido bien librados.

La pobre Isla había estado del lado más afectado del carruaje, y Francis había sido herido de bala en un hombro, y el impacto de volar varios metros y chocar con una piedra había ocasionado lesiones muy serias.

Luego de horas, Saint vino con refrigerios, que ella no tocó, y se enteró de lo que había pasado. Habían sido emboscados. El ataque se había perpetrado con astucia, y de no haber sido

por el accionar de Francis, que azuzó a los caballos para escapar, y por la llegada de Hugh y Saint con refuerzos, esos indeseables les hubiesen matado.

—¿Quién? ¿Por qué?—susurró.

—El barón de Woodstick está detrás de esto, ¡hijo de mil perras!—gruñó Hugh, y su rostro, que solo conocía distendido en arrogancia y liviandad, tenía una oscuridad amenazante—. Trata de quedarse con el ducado de la manera más vil. Francis no entendió la amenaza real que representa.

—Lo amenazó, yo lo escuché, pero Francis… Dijo que todo estaría bien.

—Grayson se enteró de lo que tramaba apenas ayer. Ese malnacido estuvo reclutando escoria en los bajos de Londres para esto. Por eso volví a Worcester Manor. Me crucé con el carruaje de la duquesa, y aunque azucé mi caballo para alcanzarlos, ustedes ya habían partido. Busqué a Saint… Como cosa del destino, este estaba frenético, organizando una partida para venir tras el duque, porque uno de los mozos de cuadra le hizo saber que O´Malley había reído y dicho que el duque moriría hoy.

—¿Qué? ¿Ese no es …?—Nessa parpadeó, incrédula.

—El bastardo medio hermano que le dijimos que tenía que mantener lejos. ¡Maldito Francis y su afán de salvar el mundo!—levantó sus brazos al aire Hugh—. No dudo que el barón haya estado tramando con él. Era la pieza perfecta, dándole información sobre los movimientos de Francis.

—Lo encontraremos, Excelencia—dijo Saint, la voz helada—. No encontrarán cómo escapar de nosotros. Son de Londres, incluido Pete, que solo conoce el entorno de la propiedad. Tendrán que detenerse en alguna posada, y mis hombres lo atraparán.

—Así como haremos con el barón—dijo Hugh.

—Francis… ¿Estará bien?—inquirió Nessa, que solo quería escuchar sobre su prometido y su hermana.

—El pronóstico es cauto. No ha despertado, y el golpe de la cabeza es complicado. Perdió mucha sangre. El doctor hizo lo que estaba en sus manos, y está cómodo y atendido.

—¿Isla?—gimió.

—Su pierna está quebrada en dos partes, y sanará. Su rostro…—Hugh hizo un silencio—. Sanará, pero va a quedar una huella en él. La herida fue muy profunda—indicó, la voz más baja y con algo que era indudablemente pena en su rostro.

Nessa sintió las lágrimas deslizarse por su faz y una liviandad extraña invadirla, y se sentó en el piso, desgonzada, agotada.

—Venga conmigo, señorita. Tiene que descansar, y le daremos algo para el dolor de los golpes—le dijo la enfermera.

—Francis…—dijo.

—Lo cuidaremos bien, Nessa. Descansa. Él querrá que estés bien cuidada. Y tu hermana está sedada para calmarla—dijo Hugh.

Se dejó conducir, sin fuerzas para negarse, azorada por lo que el destino les estaba poniendo como prueba.

++++

El cuerpo le dolía todo, y tenía machucones en brazos, muslos, espalda y estómago, pero nada roto. No había podido comer, y había retornado rápido a la casa del doctor del poblado, que era donde estaban Francis e Isla.

Durmió en un sillón que tuvieron la deferencia de proveerle, sin hacer caso a las insistencias de Hugh o Saint de volver a la posada del pueblo. Pasó la noche entrando a las dos habitaciones para comprobar que respiraban, que estaban vivos.

Estaba entredormida cuando escuchó las voces altas afuera, y parpadeó, confundida. Era de día, comprobó, y la voz inconfundible de la duquesa, autoritaria, se impuso sobre las que procuraban calmarla a la entrada.

—¡Quiero ver a mi hijo, Hugh, y no me vas a detener! ¿Doctor?

—Excelencia, por aquí, le aseguro que hemos hecho lo mejor por él.

El taconeo enérgico la trajo a su lado de inmediato, pero la mujer la ignoró en pos de entrar a la habitación que el médico le señaló. Nessa se incorporó, aturdida, e ingresó tras la duquesa.

—¡Oh, Francis, mi querido!—dijo, su voz quebrada, y sus manos arrollaron la tela de las sábanas, balanceándose, sus piernas doblándose, pero sin llegar a caer.

—¡Duquesa!—gritó el doctor, sosteniéndola con un brazo y haciendo señas de que le acercaran un sillón, cosa que Hugh hizo, y el galeno usó unas sales para espantar el desmayo.

—Oh, mi querido hijo, adorado…—susurró la mujer, y estiró el brazo para tocar el rostro.

Nessa se mordió el labio y se acercó a los pies de la cama, su mirada clavada en el rostro guapísimo del hombre que amaba, que yacía pálido y parecía menos imponente y poderoso.

Lágrimas de pesar bañaron las mejillas, pero contuvo los sollozos, porque no sumaban nada. Estaría bien, se recuperaría, volvería a sonreír y a abrazarla, a montar a caballo y hablar de alfombras o de máquinas.

Su brazo se estiró y se posó en la pantorrilla cubierta por la sábana, sin presionar, cediendo a la necesidad de tocarlo, de sentirlo.

—Entonces, ¿está estable?—inquirió la duquesa.

—Así es. La herida del hombro sanará, y lo mismo las costillas. El trauma general, la pérdida de sangre, y el golpe en su cabeza es la razón para la inconsciencia. Esto es lo que me

preocupa, y no me atrevo a asegurar nada.

—Ha de verlo un especialista. Tenemos que llevarle a Worcester Manor. ¿Resistirá el traslado?

—Si se hace en condiciones óptimas, sí. Pero…

—¡Saint!—dijo la duquesa, y el administrador apareció en la habitación de inmediato, el rostro grave y su mirada en Francis—. Contrate uno de los coches de correo ahora mismo. No importa lo que haya que pagar. Son los más grandes y cómodos. Dos cocheros. Doctor, irá con él por cualquier inconveniente.

—Excelencia… Mis pacientes.

—No hay ninguno más importante—cerró la duquesa con un gesto imperioso.

Nessa apretó su boca para no intervenir y decir que su hermana estaba herida y necesitaría asistencia, y si se lo llevaba, ella no podría estar con los dos.

—Lady Brenna, quisiera…

—Lo que desees no tiene importancia, Nessa. Mi hijo, el duque, está grave, y tengo que llevarlo a un lugar donde pueda ser atendido y esté seguro. Esos rufianes están sueltos, y el barón aparecerá en cualquier momento como un ave de presa, para presionar. Podría intentar otra vez…

—No pasará, estaremos resguardando cada rincón de la propiedad—dijo Saint.

—Mi hermana está herida y …

—Razón de más para que te quedes con ella y la cuides. Francis tiene quien lo haga. Cuando se recupere de esto, Dios así lo quiera, necesitará tiempo y tranquilidad.

—Los golpes en la cabeza son imprevisibles. Podría despertar sin problemas, o hacerlo sin recuerdos. Incluso…—dijo el médico, pero fue interrumpido por la duquesa.

—Ante un escenario tan complejo, creo que coincidirá en que se impone la presencia de la familia a su lado, y nada de distracciones.

Ella parpadeó, confundida, y sacudió su cabeza.

—Yo… soy parte de…

—Nessa, Nessa…—la interrumpió con impaciencia, su mirada en su hijo, el dolor colándose en sus rasgos de habitual serenos y fríos—. He tolerado este capricho de Francis contigo, pero no lo haré más. Mi hijo está muy grave, y lo que tú aportas a su vida es preocupación. ¿Crees que no sé qué fue uno de los que aportó dinero para pagar las deudas de tu padre? El barón de Woodstick, ese bastardo de mi esposo, tú… ¡No han hecho más que explotar a mi hijo!—estalló— ¡No la quiero aquí! ¡Sáquenla!

—Cálmese, mi señora, le hará mal, y afecta al herido. No sabemos cuánto puede escuchar —dijo el doctor, que miró a Nessa—. Señorita, por favor, ¿podría…?

Asintió, como una autómata, y salió de la habitación, sin palabras, aturdida. Hugh y Samuel bajaron la vista, y no supo que otra cosa hacer que no fuera ir con su hermana, la única

familia que tenía aquí.

Se sentó muy tiesa a su lado, y la miró dormir por lo que parecieron horas, hasta que vio sus pestañas aletear y sus ojos observarla.

—¿Nessa? ¿Qué…pasó? Ohh—gimió, y apretó sus ojos, adolorida.

El gran vendaje rectangular que cubría parte de la cara era un ominoso recordatorio de un huella que al parecer el tiempo no borraría del todo. ¿Cómo se lo diría? ¿Cómo lo tomaría?

Quería a su madre aquí, a la tía Brodie. Alguien que la abrazara y le dijera que todo iba a estar bien, tal como ella le dijo a Isla entre los restos del carruaje.

—Nessa…

—No te canses, Isla. Hubo un ataque, y un accidente con el carruaje. Tienes la pierna rota, pero ya la vendaron y se curará. Cortes, golpes y raspones por doquier, por ello estás con dolor.

—Sí—cerró y abrió sus ojos—. ¿Samuel, Francis?

—Sin heridas el primero, todavía inconsciente el segundo.

Y se lo llevarían de su lado, y le impedirían verlo, porque al parecer era mala para él, a pesar de que lo amaba y él también, y había sido tan maravilloso como para hacer algo por su familia sin que se lo pidiera.

Los ruidos y movimientos afuera de la habitación la alertaron, y dio una palmadita a Isla y la instó a descansar, tras lo cual salió y cerró tras de sí.

Alcanzó a ver a los hombres portando la camilla que trasladaba a Francis, y corrió para ver cómo lo introducían con cuidado y trabajo en el coche contratado.

Saint ayudaba a la duquesa a ingresar en un faetón, y Nessa se acercó para dar una mirada a Francis y ver que estuviese bien. Habían dispuesto el interior con mucho esmero e iría cómodo.

—Nessa, es mejor que dejes que lo lleven sin problemas—escuchó a Hugh a su lado. Parpadeó, y lo miró—. La duquesa habló guiada por el dolor, pero hay una parte de verdad en lo que dijo. Todavía hay peligro para Francis, y estará bien atendido en su propiedad, a la que ya se llamó al mejor médico de Londres.

—Cuidaré a Isla y cuando pueda iré a verlo. Quiero estar con él cuando despierte—indicó.

—Dejé pago un coche para que las traslade hasta la mansión Atholl con la mejor atención para tu hermana. Lo mejor es que ambas vuelvan a Londres, hasta que esto se resuelva—le contestó Hugh.

El duque de Lycombe. Este no era el hombre afable al que Francis hacía referencia. Era el aristócrata cerrando filas con la duquesa y haciéndola sentir un estorbo al que habían tolerado mientras Francis jugaba, pero que hacían a un lado apenas este no podía detenerlos.

—Va a querer verme cuando abra sus ojos—lo dijo con convicción, porque nadie fingía

un amor como el que él le había demostrado.

—Francis va a querer justicia y venganza por encima de todo—le contestó con mucha dureza—. Tú no lo conoces como yo. No hay nada que esté por encima de su responsabilidad con su familia, y perder la vida implica dejarla desamparada. No tendrá mente más que para destrozar a sus enemigos. Tal vez después de eso vaya por ti, pero no me quedaría parada esperando. Con honestidad, he visto que lo obnubilaste, pero no creo que esa emoción sobreviva a una experiencia así.

Cada palabra era un golpe bajo y la destrucción de un sueño, pero como era habitual en ella frente a los que pretendían herirla, no lo demostró. Lo miró muy fijo y le dijo lo más sincero que se le ocurrió.

—Alguien debió herirte mucho para que tengas tan pobre opinión del amor, y de una mujer.

Luego, fue hasta el carruaje y miró a Francis antes de que se lo arrebataran. La palidez calma del rostro que adoraba fue lo último que apreció, y el corazón pareció astillársele de a poquito a medida que el carruaje se alejó, a paso de hombre.

—No pierda la fe, señorita—escuchó la voz serena de Saint a su lado—. El duque es un hombre recio y fuerte, y va a sobrevivir para enterrar a sus enemigos. Y va a volver a usted, porque también es un hombre enamorado. Lo conozco desde niño—le sonrió, y Nessa apretó los labios y no dijo nada.

Se dio la vuelta para ir a Isla, su única certeza en este instante, y sabedora de que tendría que sostenerla a pesar de la rotura de su corazón.

VEINTIOCHO.

¡Cómo costaba abrir sus párpados, joder! Parecía que pesaban como bloques. Lo intentó con mayor ahínco. Una, dos, tres veces, y parpadeó, para cerrarlos y proteger sus ojos de la luz brillante que los hería.

Otra vez, y otra, hasta que se acostumbró y pudo focalizar. Confundido, tomó aire y el dolor en su cuerpo le hizo lanzar una interjección, que sonó débil y corta. Movió su cabeza a un lado, y el encontrar objetos queridos le ubicó en su habitación.

Estaba en su dormitorio en Worcester Manor. Era temprano, dedujo al mirar al otro lado y ver el color del amanecer ingresando por el ventanal, esa luz aún tenue que anunciaba el comienzo del día filtrándose por cortinados entreabiertos.

—Excelencia…—la voz baja y el rostro preocupado, pero también aliviado de Thomas, su valet, lo despertó más.

¿Thomas, aquí? Solía quedarse en Londres cuando venían por unos días, como esta vez. Parpadeó ante el pensamiento, y frunció el entrecejo. Le dolía bastante la cabeza, ¿por qué? Y estaba en cama cuando debería…

—Excelencia, ¿cómo se siente?—inquirió Thomas.

—Mm… Cansado… adolorido. Como si me hubiesen arrollado—gruñó, y hubo recuerdos pugnando por aparecer, chispazos, pero un dolor punzante atravesó su cráneo y cerró sus ojos de nuevo—. ¿Qué me pasó?—dijo bajito.

—Tuvo un accidente con el carruaje. Sucedió posterior a ser emboscado y perseguido en el camino a Kidderminster, Excelencia.

La información lo agitó, y quiso moverse, pero la opresión en el pecho y la sensación de cuchillos atravesándolo le hizo perder aire, y abrió la boca con desesperación, boqueando por el ansiado oxígeno.

—Lento, respire lento. Tiene un par de costillas quebradas, es por eso que le duele al respirar o agitarse—aclaró Thomas—. Señor, debo ir por su madre y avisar que despertó. Ha pasado por un infierno, y …

Asintió, autorizando su salida. Respiró procurando no agitarse, pero se le hacía difícil, y el sueño parecía reclamarlo otra vez. Su cuerpo debía estar muy débil. Voces lejanas. Parpadeó, sintiéndose invadir por la pesadez.

—¡Francis! Querido mío, despertaste.

La cara de su madre anegada de lágrimas estaba cerca, y su angustia… Lo molestó, por lo que movió su brazo para tocarla.

—Tranquila…—Hablar costaba—. Duele…

—Sí, mi querido, lo sé, lo sé. ¡Calmante, Thomas!—ordenó con aspereza, y volvió a

mirarlo—. Estarás bien, Francis. Lo peor ha pasado. Han sido días duros, pero has sido fuerte y te recuperarás—le dijo con fervor, apretando su mano con suavidad.

—¿Cuánto…?

Si tan solo pudiese articular más de una palabra sin quedarse sin aire y fuerzas, lamentó.

—Dos semanas, querido. Dos terribles semanas en las que nos tuviste en vilo. Has estado grave, mucho, pero ya pasó—Su madre sollozaba en silencio, tratando de mostrarse fuerte.

—¡Francis!

Enseguida tuvo a Olivia y Bonnie a cada lado de su cama, y a Samuel más atrás. Sonrió, e hizo un gesto leve de saludo con su cabeza, pero…

—Cansado… Pero tengo…

—No te preocupes por nada—negó su madre—. Todo está bajo control aquí. Hugh y Grayson, benditos sean, están ocupándose de tus asuntos en Londres, y Saint del resto. Tú descansa, que ahora que despertaste, todo irá mejor.

—Sí…—asintió, dejándose llevar por la duermevela, y aunque algo importante se le escapaba, no tenía fuerzas.

+++

—… muy alentador, pero hay que ser cauteloso y no permitir que se frustre o exceda esfuerzos.

La voz grave exudaba autoridad, pero era desconocida, pensó, abriendo los ojos. Mm, seguía en su habitación… Y era avanzada la tarde, porque la luz entraba oblicua.

Se movió, e intentó incorporarse, pero gruñó al experimentar otra vez el dolor feroz.

—¡Excelencia, con calma!—El dueño de la voz, un hombre mayor con porte distinguido apareció a su lado—. Moverse con brusquedad no es conveniente. Soy el doctor Merry White, y me he encargado de su salud estos días.

—Dolor…

—Sí, lo entiendo. Le estamos administrando calmantes. Nos congratula que haya despertado. Voy a revisarlo, si me permite.

Asintió, y dejó que el médico le mirase los ojos y moviese su cabeza a un lado y otro, y luego su pecho y hombro, en los que tenía vendajes, percibió.

—Se ve bien. No hay infecciones y las heridas han cerrado. El dolor es normal.

El hombre apareció satisfecho, y sus palabras fueron tanto para él como para su madre, que estaba más lejos, y para su amigo Hugh.

Le alegró verlo, e intentó una sonrisa.

—Estoy… vivo—dijo, y se mojó los labios uno con otro—. Sed…

—Por supuesto. Vamos a ponerle más cómodo. Dolerá un poco, pero deje que los que le ayudan hagan la fuerza.

Costó varios minutos, y el jodido médico tenía razón, dolió, pero estar en una posición semi sentada con almohadones detrás llevó alivio a su cuerpo y respiró mejor.

Tomó agua con lentitud. Su mirada fue evaluando a los que le miraban, y esbozó una sonrisa.

—Les… asusté.

—Asustarnos es poco—gruñó Hugh—. Pero debí confiar en lo duro de tu cabeza y en tu porfía para aferrarte al mundo de los vivos.

—A Dios gracias—murmuró su madre, más compuesta que en la mañana.

—Excelencia, ¿qué recuerda?

Tomó aire con cuidado y entrecerró sus ojos, y dejó vagar a su mente en pos de memorias que explicaran su situación. De a poco, comenzaron a llegar algunas.

Caballos desbocados. Su miedo al ver que se precipitaban a una hondonada. Volar por los aires. Disparos que sonaron fortísimo en su cabeza y lo agitaron, y al hacerlo, su respiración se volvió errática.

Se movió, y el dolor de cabeza y pecho lo partió al medio, y graznó, los dientes apretados.

—Con calma, Francis, contrólate, tú puedes.

La voz profunda de Hugh a su lado lo instó a volver a sus cabales, recordándole que había pasado una vida trabajando para poner su voluntad por encima de sus impulsos. Le tomó unos instantes, pero logró recobrarse.

—Accidente, y disparos. Me atacaron. ¿Quién?

Su voz sonaba extraña a sus oídos, como si viniera de adentro de una caverna, pero el imperio de su pregunta sonó igual de cáustica que siempre, o más, creyó.

—No importa, Francis, después…—dijo su madre.

—¿Quién?

—El barón de Woodstick financió y planificó el intento de asesinato, y tenemos las pruebas casi todas listas para exigir justicia, Francis. No quedará impune, porque hemos atrapado a los perpetradores. Pete O´Malley entre ellos.

El nombre desorbitó sus ojos. ¡Ese maldito infeliz, desagradecido! *Calma, tranquilo, respira.* Dolor, dolor.

Tomó un momento para recuperarse, y lo hizo bien, porque el gesto de aprobación del médico lo demostró.

—Así, duele menos, ¿verdad?

Asintió.

—Cuando me recupere… Si no lo condenan… Duelo…

—¡Oh, por Dios, Francis! ¿Quieres llevarme a la tumba?—estalló su madre, pero se

frenó, claramente en su beneficio.

Clavó su mirada en Hugh, que asintió en silencio. No necesitaba palabras para que su amigo entendiera su determinación. Ese hombre…

El barón había firmado su sentencia de muerte, y también Pete. ¡Habían tramado para matarlo! Para quedarse con el título y destruir a su familia.

—Pete… Idiota… ¿Qué piensa?

—Es un débil mental, pura escoria. Dinero, eso piensa. No te preocupes, está tras las rejas, Grayson se aseguró de ello. Falta el cabecilla, pero es cuestión de tiempo, y él delatará al barón.

Pete le informaba de sus movimientos, pensó. Por eso el barón había sabido de la mujer con su bebé en la propiedad, recordó. Lo dijo cuando tuvieron la pelea, allá en Londres, cuando Nessa fue testigo.

¡Nessa!

—¿Dónde está Nessa?—se hizo adelante, alerta, agitado, y no le importó el dolor—. Ella… Iba en el carruaje, ¿qué pasó con ella?—insistió, y la mirada huidiza de su madre lo espantó—. Hugh, ¿murió, dime? ¡Tengo que saber, dime!

—No, no, tranquilo, quédate quieto. No murió, no, ella está bien—repitió, y el aire volvió a ser importante, y el dolor a taladrarlo.

—¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?—inquirió luego de unos segundos.

—Ella… —dijo su madre.

—Su hermana Isla está bastante lastimada, la está cuidando.

Isla… Pobrecilla, sí, iba en el carruaje, recordó. También Samuel. Pero él estaba bien, lo vio en la mañana, sí.

—¿Se recuperará?

Los ojos de Hugh bailaron en sus órbitas, y eso delataba que algo no estaba bien, lo conocía. Pensó un instante antes de responderle.

—Lo hará, aunque pueden quedarle algunas secuelas.

—¡Ese maldito, maldito hombre! No merece vivir.

—No, no lo merece, y lo hará por poco tiempo—indicó Hugh, con una gravedad poco usual.

Estaba conmovido. Solo lo había visto así en algunos momentos infaustos de su vida, y durante la guerra.

—Quiero que atiendan a Isla de la mejor manera. Sin reparar en gastos.

—Eso está hecho—asintió Hugh.

—Necesito a Nessa aquí—añadió—. Isla puede recuperarse en Worcester Manor.

—Ellas están en Londres, Francis—dijo su madre—. Cuando tú te recuperes, podrás

viajar.

—Quiero a mi prometida conmigo—insistió, y aunque sonaba como un niño caprichoso, la urgencia por tenerla junto a él aumentaba.

Necesitaba su consuelo, su voz, su presencia. Curaría más rápido con sus cuidados, estaba seguro, además de que podría protegerla de cualquier intento… El temor lo acució.

—¡Hugh, tienen que protegerla! Ese hombre está libre todavía, podría…

—Grayson tiene la situación bajo control, Francis—indicó—. Tienes que…

—Preparen todo para ir a Londres—ordenó, sin atender a nada más que a su necesidad de ir a ella.

—¡No puedes viajar así!—dijo su madre—. ¡Te harás daño, hijo! ¡Razona! ¿Qué te ha hecho esa mujer? ¡Te ha enloquecido, tú no eres así!—estalló, muy agitada, roja.

La miró con asombro, y luego con sospecha, porque ella evitaba su mirada. Su madre nunca aprobó a Nessa.

Nessa no estaba en Worcester Manor a su lado, como debía ser, y la excusa de Isla… ¿Por qué llevarla a Londres si estaba mal, y no traerla aquí, para ser atendida como él?

—Madre, ¿qué hiciste?—preguntó, y se movió para sentarse, con tanta torpeza que casi se cayó de bruces.

Thomas, que había estado a un costado, y Hugh, vinieron en su apoyo, mientras el médico cacareaba que tenía que calmarse, respirar, sentarse.

—Todos fuera, menos mi madre y Hugh—dijo, muy serio, y fue obedecido al instante.

Temblando sobre sus piernas y atravesado de dolor no era la figura de autoridad que hubiese querido, pero sus ojos tenían que estar trasmitiendo a ambos su furia y desazón. Su decepción.

—¡Dime qué hiciste!

—¡Lo que debía! Alguien tenía que traer razón en la insania, y tú no podías. Estabas entre la vida y la muerte… Esos atacantes estaban sueltos. No podía permitir que nos rodeasen más dramas y problemas, y esas escocesas son eso. Así que la alejé.

Se quedó en blanco unos segundos, sin poder creer que su madre… El atrevimiento, la presunción de saber mejor que él lo que quería… Lo que *debía* hacer, según sus parámetros. Se llenó de rabia.

—¿Cómo es que nunca demostraste esta decisión con nuestro padre, mamá? Porque de haberlo hecho, Peter O´Malley no existiría—le espetó, con rabia, que se disolvió de inmediato al ver el dolor permeando su faz.

—Eres cruel, hijo mío.

—Tal vez, pero tú… Tú, madre… ¿Cómo pudiste? Nessa es la mujer que amo, tienes que haberlo visto. ¿Cuándo había estado tan feliz, tan esperanzado y libre?

Oh, le costaba hablar, y se agotaba con rapidez, ¡maldita sea! Quería salir, ir por su carruaje y volar a Londres, ir por ella y asegurarle que nadie, nadie, podía separarlos, porque ella era su alma.

Sí, lo era, porque la desazón de no tenerla le hacía doler el corazón más que sus costillas quebradas.

—Francis… No puedes hablar así a tu madre—dijo Hugh—. Quiere lo mejor para ti, y tal vez tiene razón, amigo. Date tiempo para pensar…

Lo miró, desconociéndolo.

—No tengo nada para pensar. Me la he pasado pensando mi vida entera. Quiero *sentir*, Hugh. Creí que lo habías entendido. Que podrías entenderlo, tú, que sabes tanto de ser incomprendido y mal valorado…—se tambaleó, furibundo, y caminó con dificultad al sillón al lado de la ventana.

—Francis, entiende…

—¡Déjenme solo! Quiero mi carruaje listo para partir mañana a primera hora. Hagan pasar al doctor.

—Hijo…

—De Pete podría entender la traición, pero de ustedes… No lo imaginé jamás—murmuró, y no lo conmovió el llanto de su madre ni la faz sombría de Hugh—. Te agradezco la ayuda, Hugh. Encargarte de mis negocios, de mi familia… Pero Nessa es parte de mi vida… Lo será, otra vez, y si no eres capaz de aceptarlo, o te empeñas en despreciarla e ignorarla, deberemos dar por finalizada nuestra amistad.

—Joder, crecimos juntos. ¿Una escocesa puede partir una amistad de años?—le respondió con rabiosa indignación.

Se sumió en el silencio y no les miró más, y solo cuando salieron y el médico ingresó y lo nombró, volvió la vista a la puerta. Tenía un viaje para el cual prepararse, e iba a ser muy dificultoso.

++++

Como había pasado siempre con cada pelea de su infancia y primera juventud, Hugh no se retiraba, sino que se quedaba rondando, en silencio, su faz seria y ofendida, esperando sus disculpas.

En este caso, Francis lo estaba soportando en su viaje de vuelta a Londres, y cada kilómetro que recorrían lo ponía más y más iracundo, porque, ¡joder!, cómo le dolía todo.

Finalmente, la bronca estalló, y los reproches e idas y vueltas duraron el resto del viaje. Cuando llegaron a la mansión, el rostro del médico era de cansancio absoluto, y los dos duques se miraban con fiereza.

Hugh se bajó airado y dejó la puerta abierta para él, ayudándolo a descender, y ambos

bufaban.

—Su Excelencia, dichosos los ojos—dijo Cameron, que gritó para que viniesen a ayudarlo, pero Francis se sacudió de los brazos solícitos y cuadró los hombros, caminando con la seguridad que podía. Poca, para su desmayo.

—Con cuidado, Excelencia—dijo el galeno, que lo siguió, y revisó sus heridas y signos luego de que estuvo tendido en un sillón.

—Estoy bien.

No lo estaba. Se sentía agotadísimo. Pero no demostraría, tenía que resolver, ir por Nessa.

—¡No estás bien!—ladró Hugh—. Te estás recuperando, y te has forzado en extremo. Dígale, doctor.

—Su cuerpo se recupera, Excelencia, pero este viaje fue agotador… En más de un sentido—agregó, suspirando—. Recomiendo descanso total, comida sin excesos y tomar las cosas con más calma.

—Lo haré, una vez que tenga a Nessa a mi lado. ¡Cameron!

El mayordomo se apersonó a su lado muy compuesto.

—Envíe un mensajero a la mansión Atholl. Que haga saber que estoy en Londres y solicite que la señorita Nessa Campbell venga aquí—dijo, y luego se corrigió—. No, mejor, que lleve mi tarjeta y diga que mañana estaré yo allí. Es mejor que me presente en persona. Nessa puede ser un pelín quisquillosa—sentenció, pensativo—. Ha de estar muy molesta.

—Mm, su Excelencia…—Cameron carraspeó, y Francis lo miró.

El hombre estaba… agitado.

—¿Qué ocurre?

—Verá usted… Hace unos días un enviado de la condesa Atholl trajo la invitación para una boda, de una de sus hijas—Francis parpadeó, impaciente ante la pausa—. No es mi costumbre fomentar el cotilleo, pero dicho enviado… Mencionó que las sobrinas de la condesa… Habían vuelto a Escocia.

Un mazazo a la cabeza no habría tenido peor efecto. ¿Retornado a Escocia? Pero… ¿Por qué haría eso Nessa, si sabía que …? ¿Si ellos…?

La resolución imparable que lo había traído de vuelta a Londres retrocedió, impactada por la inesperada noticia.

—¿Está…? ¿Estás seguro, Cameron?

—Me temo que sí, Excelencia. Mm… Al parecer…—el mayordomo suspiró, cerrando los ojos, sufriendo por tener que hacer algo que detestaba, que era hablar de más, y exponerse a parecer un chismoso—. La infausta novedad del ataque que usted sufrió se extendió, y con ella el que la duquesa había expulsado a la señorita Nessa de Worcester Manor. Entonces, la familia del baronet Cohen exigió a los Atholl que enviasen a sus sobrinas de vuelta a Escocia, ya que de no

hacerlo, la boda no sería vista como conveniente. No sé si me expliqué con claridad.

—¡Joder!—susurró Hugh, hablando por primera vez—. Francis, te juro que eso no lo sabía, tienes que creerme, estuve viajando entre Londres y tu propiedad la mayor parte del tiempo, y…

Francis estaba helado. Incrédulo. Había bastado que él no pudiese protegerla para que la trataran como a una leprosa, pensó, sintiendo la furia larvada volviéndose marea roja, y el sonido agitado de su respiración fuerte trajo silencio a la sala.

Pugnó por calmarse, por tomar las riendas del desastre, pero la convicción de que había perdido lo más preciado lo frustró y finalmente, aulló su ira y sus gritos llenaron el espacio, exigiendo que lo dejaran solo.

—Francis…—dijo Hugh desde la entrada, insistente malnacido que era—. Lo voy a arreglar, Francis, te lo prometo. Te llevaré yo mismo a Escocia, amigo, pero tienes que tranquilizarte. Solo podrás llegar a ella si te mejoras.

—Mañana…—sentenció—. Mañana mismo partimos, Hugh… Así me tome un mes llegar a ella, y deba parar en cada posada del camino, lo haré.

—El barón está aún suelto, y en un carruaje en camino serás blanco fácil. Escucha… Iremos, pero cuando estés fuerte, y ese maldito haya sido atrapado. Grayson lo conseguirá en pocos días, Francis.

—¿Cómo voy a lograr que me acepte de vuelta?—susurró.

—Iré contigo. Le rogaré, le haré ver… Aunque ella sabe que no fuiste tú quien la rechazó —le dijo.

Eso no cambiaba el desenlace. Ella estaba lejos, herida, humillada, y tal vez creyendo que él había despertado y estuvo de acuerdo con el abandono. *Tienes que recuperarte para ir a ella, y para eso, debes descansar. Y confiar en tus amigos.*

Hugh podía portarse como un estúpido de tanto en tanto, pero era incondicional. Aquí estaba, después de todo.

—Hugh, dile a Grayson que quiero a ese hijo de mil perras muerto—sentenció—. Necesito quitar de mi espalda el problema para poder viajar y dejar a mi familia segura.

—Así será.

Cerró los ojos y se tendió en el sillón largo, convocando al sueño y a la sanación de su cuerpo para poder viajar lo antes posible hasta ella.

DESENLACE.

Se tendió en el pasto y miró el cielo, una ramita en su boca, dejándose permear por la brisa y los olores, como cada tarde desde que había regresado a su hogar.

Las tierras ancestrales, incólumes al cambio y a sus emociones turbulentas, le habían dado algo de paz y perspectiva. No habían aliviado el dolor y la nostalgia, pero esto sería algo con lo que tendría que vivir, porque la burbuja había estallado allá en Worcester Manor, y se había quedado sin nada.

No *sin nada*, se corrigió, forzándose a enumerar las bendiciones que la rodeaban. Lo había comenzado a hacer para contrarrestar la tristeza que la acongojaba día sí y otro también, y amenazaba extenderse a los que la querían.

No podía permitirlo, porque Isla tenía ya mucho pesar, y John estaba mejor, mucho, pero aún tenía camino por transitar para estar entero.

Nuestras tierras, el ganado y el castillo están libre de deudas. Tenemos negociada la compra de la lana de la siguiente esquila de estas pequeñas… Miró al rebaño que cuidaba, o fingía cuidar, porque no la necesitaban y no había peligro en los alrededores.

Papá y mamá están bien, contentos, aunque preocupados por nosotros. Elizabeth, Maude, Margueritte y Anne nos han escrito y nos envían su amor. Oh, y la tía Brodie anunció que vendrá en el verano. La pobre se siente tan culpable, pero… ¿Qué otra cosa podía hacer? El futuro de Margueritte estaba en juego, y no guardo nada de rencor.

¿Para qué hacer desarrollo de lo feo, si aparecía solo y a cada rato en su cabeza?

Lo más cercano, su pobre hermana. Isla tenía su pierna herida, pero mejoraba a diario, y se arreglaría con el tiempo. Su rostro…

Ah, la línea que atravesaba su pómulo desde el rabillo del ojo y hacia el lóbulo de su oreja se veía roja, fiera.

Al comienzo le aseguraron que se iría decolorando, pero los espejos habían desaparecido del castillo, y ahora se cuidaban de mencionar el tema. Isla pretendía que nada la molestaba, pero su llanto se escuchaba por las noches.

Había cartas que no habían llegado y que Nessa aún soñaba con recibir. Sabía que el duque había sobrevivido. Así lo hizo saber Grayson en una carta a su hermano. Resultó que el oficial al que John salvó había sido el duque de Bristolbridge.

Dio gracias a Dios por salvarlo, porque amaba a Francis con locura, pero parecía… Comenzaba a creer que lo que la duquesa había dicho era cierto. *Lo que tú aportas a su vida es preocupación… Lo han explotado…*

O lo que había agregado el duque de Lycombe, que conocía tan bien a Francis: *he visto que lo obnubilaste, pero no creo que esa emoción sobreviva a una experiencia así.*

Comenzó a entonar una melodía y dejó que las estrofas fluyeran, concentrándose en el canto. El tiempo lo curaba todo, lo decía la gente sabia, y debía ser así.

Ella tenía la libertad de las praderas, a su familia con ella, sus mascotas… Sonrió y miró a *Lento* y *Buster*, su caballo y su perro.

Y había planes de crecimiento para la producción, lo que era notable. Más ganado de carne y ovejas para sortear los tiempos difíciles que pudieran venir. Cerró los ojos y elevó la voz, sin importar que los únicos espectadores fueran animales.

—La voz más bella del mundo emanando de los labios más dulces—escuchó, y abrió sus ojos alelada, y se hizo un nudo tratando de incorporarse.

Francis… De pie, a diez metros. En su traje de montar favorito. ¿Qué…? Pero…

—¿Francis?

—Nessa…

Él avanzó con calma, pero los últimos metros los cubrieron ambos a saltos, y se frenaron apenas a unos centímetros, sus ojos paseando por el cuerpo del otro, como si ambos quisieran comprobar con detalle que estaban bien.

—Estás vivo, sano—susurró—. Temí que… Hasta hace unos días temí que hubieses muerto.

Bajó la mirada porque se le inundaba, y apretó los labios para detener el llanto ruidoso que se le había agolpado por semanas. Había llorado poco, muy poco, como aletargada. Como si llorar implicase el reconocimiento del fin del sueño.

—Oh, Nessa, Nessa—la abrazó con fervor, y la apretó como para fundirla contra sí, aunque luego dio un graznido y aflojó—. Joder, estas costillas aún duelen… Han sido semanas largas, te lo juro. Quería venir, pero… Me costó recuperarme.

—Fue horrible dejarte atrás. Estabas tan quieto, tan pálido… No quise abandonarte…

—Lo sé todo, y he estado furioso… Aún lo estoy, y me va a costar perdonar a mi madre —susurró.

—Confieso que la he odiado, Francis, y no me juzgues por ello—dijo, con su honestidad habitual, y él sonrió, meneando la cabeza.

—¡Cómo te he extrañado! No te juzgo. Mi madre no conoce otro círculo que el de la nobleza, y frente a la debacle, reaccionó con virulencia.

—Me detesta.

—Digamos que no eres su favorita, pero… Ya comprendió que no hay otra mujer para el puesto de duquesa de Worcester que no seas tú.

Aspiró muy hondo, y lloró más, y se le iba un peso grande en agua que drenaba tristezas y decepción, y también humillación, porque si el duque la quería con él, ¿qué diablos importaba lo que dijera el mundo entero?

—Escúchame, te diré lo que va a pasar. Vine preparado porque no sabía con qué Nessa me encontraría.

—Te amo, Francis. Que estés aquí es suficiente declaración. Si no me quisieses, te hubieses quedado en Mayfair.

—Mi pragmática escocesa, tienes toda la razón.

Sus brazos se deslizaron por su talle y hacia sus omóplatos, y con suavidad, la trajeron a él, para besarla largo y devolverle el alma. Sus labios no se despegaron por un rato, reconociéndose y mimándose, humedeciéndose, hasta que los ladridos de Buster, que empujaba a Francis, les hizo separarse, riendo.

—Bienvenido a mi mundo, Excelencia—sonrió Nessa.

—Mm, estoy fascinado de estar en él—La besó otra vez, y luego la abrazó por los hombros, y la giró para que miraran la majada—. ¿Esa es la lana de mis futuras alfombras?

—Eso parece.

—¿Crees que podrán cuidarse solas? Porque como comencé a decir hace unos instantes, cuando me distrajiste con tu declaración de amor…

—Que no respondiste…

—Te amo, Nessa Campbell. Por eso, pasé por el castillo y hablé con tu padre, y le pedí tu mano. También le dije que quiero que nos casemos de inmediato, porque no voy a arriesgar a que ocurra algo que nos separe.

—¿Casarnos aquí, en las tierras Campbell?—se asombró.

—Sí. Traje a un sacerdote conmigo. El carruaje vino completo, en realidad. Un médico, por si acaso, también. Bonnie, Hugh, Anne.

—¿Anne y Bonnie?—se alegró, y aplaudió—. Eso es maravilloso. Isla estará feliz de verlas. Ella… quedó con una gran cicatriz, Francis, en la cara, y está devastada, aunque no dice nada. Nada—lo abrazó, dejando que la angustia fluyera.

—Shh, amor mío. No hay nada que no se solucione, ya verás. Anda, cálmate. Bésame otra vez, por favor.

¿Cómo no complacerlo, si la hacía feliz? Alguna noche en vela la había pasado fantaseando con lo que haría y diría si lo viese otra vez, y había ensayado discursos rencorosos encendidos, pero…

Lo que le surgió apenas verlo recortado contra el cielo escocés había sido puro amor. Uno que él le devolvía, tocándola como si no creyese que estuviesen juntos, besándola con la entrega a la que la había acostumbrado, allá en el cottage.

Volverse a ver había sido retomarse como si el tiempo no hubiese pasado y los dolores e incógnita, las humillaciones, nada pesase. Increíble, pero ¿para qué complicar lo sencillo? El amor era el amor.

—Nos van a casar—dijo él.

—No tengo nada, ni ropa, o …

—Mi madre envió un vestido maravilloso, joyas, y regalos. Sabe que tiene mucho por resarcirse, y es una manera de comenzar. Te pido que lo comiences a considerar, sin presiones. Yo mismo todavía estoy muy afectado. También te ruego piedad con Hugh, que te trató mal y está arrepentido. El idiota ha hecho lo imposible por reunirnos. Organizó el viaje y fue el que capturó a mi tío cuando escapaba.

—Ohh, ¿de verdad? ¿Qué pasó con él?—Abrió sus ojos, expectante.

—Está muerto. Las pruebas que Grayson recolectó, que incluían las confesiones de los que nos emboscaron, lo desesperó, y organizó su huida a Francia. Hugh lo desafió a duelo en el mismo lugar donde lo atraparon, y lo ganó con facilidad.

—Bien—asintió—. Así que no hay peligro para ti.

—No, salvo que tú te arrepientas de casarte conmigo—dijo, muy serio.

Ella negó.

—No, no lo haría.

—Vamos, Nessa. No hagamos esperar a nuestros invitados.

++++

Cuando despertó este día, no creyó que lo terminaría en una de las habitaciones de huéspedes, con el duque de Worcester como su esposo.

La ceremonia había sido de lo más sencilla: menos de una veintena de personas presenciándola, pero la mayoría de ellas las más importantes de su vida.

El vestido que utilizó era hermoso, de hechura simple, pero de una tela espléndida, y las perlas y rubíes del collar y de sus aretes la hicieron sentir una… duquesa, lo que era ahora. ¡Increíble!

Bonnie, Anne e Isla también lucían radiantes, aunque su hermana había usado un sombrero con un tul cubriendo su rostro. La había abrazado tanto unos minutos antes de la boda, a solas en la cocina, y le prometió que haría todo por ayudarla a ser feliz.

Isla asintió, y le dijo que era feliz por ella, y se emocionaba por el amor que veía en Francis, y que lo merecía.

Le alegraba el que Anne fuese a permanecer un tiempo en el castillo, porque sería una compañía vital para su hermana. Confiaba en que podría lograr que fuera a ella y a Londres, en un futuro.

—Ven a mí, duquesa. Quiero verte desnuda por completo, por fin—la llamó Francis desde el borde del lecho, en el que se desvestía con rapidez—. No puedo creer que al fin ha

llegado el día de hacerte mía—susurró, y la tomó de la cintura, atrayéndola para colocarla entre sus piernas.

Ella se quitó los guantes con morosidad, y luego desató cintas y desabrochó el vestido, que dejó caer, y a este siguieron las capas que la envolvían, hasta que quedó desnuda ante los ojos hambrientos de su esposo.

Su esposo. El duque. Que deslizaba sus manos por sus lados y las volvía arriba, y luego por sus senos, y en rápido movimiento, hacia sus glúteos.

La empujó hacia él, y su boca se apoderó de uno de sus pezones, que lamió con suavidad, y Nessa casi colapsó ante la sensación que la recorrió por el vientre y que él pareció atajar en su sexo con sus dedos, y enviar de nuevo en ascenso al presionar su clítoris.

Pronto no era más que una madeja de placer y gemidos, y estaba aferrada a su cabello, dejándose venerar.

No hay material que sea tan suave como tu piel, Nessa…

Me fascinan tus reacciones a mis caricias…

Eso, Nessa, goza con mi lengua, mis dedos… Te estoy preparando, mi amor…

Hoy vas a ser toda mía…

—Sí, sí, sí—parecía ser todo lo que ella podía decir.

Cuando estaba a punto de estallar, él se retraía, para empezar de nuevo en una tortura indescriptible. Puede que ella lo haya maldecido alguna de esas veces, e incluso amenazado, pero no podían culparla. La volvía loca.

Estaba a punto de colapsar cuando él se incorporó y la ayudó a tenderse en la cama, y sus dedos volaron para quitar lo que quedaba de su atuendo. Nessa lo vio por primera vez en su gloriosa magnificencia.

Era… Era… Hermoso. Poderoso. Sus piernas gruesas y de músculos tensos, sus caderas finas y su abdomen plano, y su… Su miembro envarado, rígido, largo y… ¿Cómo?

Parpadeó, y tragó saliva, y elevó su vista, encontrando la de Francis muy fija sobre ella.

—No temas nada, querida mía—le susurró, plantando una rodilla en el lecho, y avanzando con sus brazos para quedar sobre ella, y le sonrió—. Va a ser hermoso, ya verás—susurró—. Un poco de dolor, pero breve. Lo demás será largo placer.

La besó y la envolvió en su calor, piel a piel, restregándose contra sus pechos, y luego elevó el torso y fue momento para que su miembro se encontrara con el sexo de Nessa y lo enervara.

Ella se abrazó a su nuca y lo atrajo para besarlo con entrega, y mientras sus bocas se gozaban, el miembro duro buscó su lugar natural y lo exploró en enviones cortos, abriéndose paso, y Nessa instintivamente se abrió más, envolviendo las caderas de Francis con sus piernas.

—Eso es, así… Déjame entrar… Voy a dejar mi huella en tu interior para que no me

olvides nunca.

—No podría… Ahhh—gimió, transida de ansiedad y deseo, sintiendo algo de dolor cuando la masculinidad encontró freno, y un grito largo siguió, porque la estocada que rompió la barrera dolió.

—Ya está, mi Nessa. Adiós virtud, hola placer infinito—le susurró en la oreja, y pujó en ella, y acompañó los enviones con besos a sus pezones, y caricias por sus curvas, urgiéndola a responder, y lo hizo.

Lo tocó y besó, y elevó sus caderas para recibirlo y empujarlo, sus ojos fijos en el azul que la envolvía. Entonces, se encontró entrando al Paraíso, desarmándose, contorsionándose en una liberación maravillosa.

Gritó su nombre, y recibió el suyo de vuelta, y no perdió de mirar cada reacción de su esposo, que era placer dibujado en cada rasgo.

La sonrisa de ambos al aplacarse el remolino turbulento de la entrega total fue… Mágica.

—No tenía idea de que… sería tan maravilloso—dijo muy bajito, y él la abrazó fuerte y asintió.

—Tampoco yo.

Lo miró confusa.

—Pero tú… Tienes mucha experiencia.

—En el sexo, sí. En la entrega amorosa, soy tan virgen como tú. Lo era.

Ella sonrió.

—Perfecto—asintió—. Al final, sí era la mujer adecuada para ti, ¿o no?

—No podría haber una más adecuada. No pensé que una escocesa en apuros fuese mi dulce perdición, pero me entrego.

—Oh, sí, duque querido, eres tan mío como yo soy tuya. Y que tiemble Londres, porque iré de vuelta, y no pienso cambiar un ápice.

—Ni se te ocurra, Nessa. Concuerdo. ¡Qué tiemble Londres!—rio, y la besó—. ¿Tu primer acto como duquesa?

—Lo acabo de hacer—guiñó el ojo—. Y creo que me gustará practicar para dar herederos al ducado. Mi segundo acto, elevar a *Lento* al cargo de caballo oficial. Va a ser la sensación en Hyde Park.

—Nessa…—gruñó—. Es un jamelgo.

—Es un caballo maduro y confiable. Y quiero que sus últimos años sean por todo lo alto, al lado de tus sofisticados caballos. Será un pedacito de mi hogar conmigo. Y tal vez puedas enseñar a montar a tu heredero en él. Es muy bueno con los niños.

La sonrisa extensa de Francis y su mirada soñadora le dijo que lo había comprado con ese argumento. Sonrió, y lo volvió a besar.

La temporada había tenido un final inesperado, pero perfecto.

FIN.

UN DUQUE DISOLUTO PARA UNA ESCOCESA MARCADA



Capítulo 1.

—Señorita Isla —la voz baja de Nail sonó detrás e hizo que Isla levantara la vista.

La mucama se había detenido a la entrada de la habitación y llamaba su atención desde el vano de la puerta, sus ojos bajos, evitando mirarla de manera directa.

Nail, al igual que la mayoría de los sirvientes, familiares y amigos que circulaban por el castillo, lo hacían de puntillas a su alrededor, y evitando hacer foco en su rostro. Isla no lo tomaba a mal, porque sabía que temían dejar traslucir alguna emoción, tal vez inquietud o disgusto, y con ello molestarla.

Para quienes vivían a su alrededor su marca no era un problema, lo veían como un detalle menor, una línea que se desvanecería con el tiempo, como decía su padre. No era así para Isla, que no dejaba de lamentarse, a pesar de hacer esfuerzos para no ser una mujer vana y superficial.

La cicatriz que su faz portaba era la huella permanente de una tragedia que entristecía sus días y la mantenía despierta y desalentada por las noches hasta que el cansancio la vencía.

Las ojeras omnipresentes abonaban la impresión de melancolía, imaginaba, pero no parecía posible o probable romper el ciclo de auto conmiseración en el que estaba sumida.

No a corto plazo. Al menos ya no lloraba, y eso era un avance, aunque esto fuese porque estaba seca por dentro. Drenada.

—Dime, Nail —contestó en voz baja, sin quitar vista del libro y pasando página, fingiendo estar absorta en su lectura.

La querida escritora Fanny Burney no dejaba de consolarla incluso en estos momentos aciagos de su vida, o a los que esta había quedado resumida. Soledad y recogimiento en las alturas del castillo familiar, donde se guardaba de las miradas indiscretas y preservaba el poco orgullo que le quedaba.

—El señor Angus solicita que se una a la familia para la cena. La mesa ya está dispuesta y la esperan. Su señora madre… Ella me pidió que le advierta que no comerán a menos que usted los acompañe, y están hambrientos.

Isla apretó los labios y suspiró muy quedo. Su querida progenitora era incansable en el esfuerzo por arrancarla de su refugio, y no dudaba de que cumpliría lo que amenazaba. Isla no deseaba irritar las vidas de los que amaba.

Más de lo que ya lo había hecho, en realidad. Era consciente de que los tres más cercanos a ella caminaban de puntillas a su alrededor y procuraban bañarla de amor y cuidados.

—Gracias, Nail. Dile que estaré con ellos en breve.

Esperó a que la mucama se alejara antes de cerrar la novela que leía y pasó la mano por su tapa, con reverencia. *Evelina* era su novela favorita, desde siempre, pero hoy día lo era por distintas razones.

En el pasado y hasta su ida a Londres para participar de la temporada social, había sorbido cada palabra de las páginas que detallaban el mundo de bailes y cortejos, de paseos, viajes en carruajes, de cortesías y galanteos.

Mas la realidad que encontró allá distaba demasiado de la ficción que había anhelado. Vivir algunos meses en Londres y transcurrir por las elegantes mansiones y lugares habituales del selecto grupo de nobles, la Ton, le había abierto los ojos.

Había visto los grises y oscuros de aquel mundo: la hipocresía, las apariencias, la crueldad y las ambiciones. Y estas también estaban en la pluma de Fanny, pero ella las había pasado por alto. Tonta ingenua que había sido. No más.

Se levantó de la tumbona e hizo una mueca al experimentar el leve dolorcillo en la pierna que había sido afectada en el accidente de carruaje que había hecho que su vida virase. Si bien la quebradura había sanado bien y su extremidad estaba recuperada, era inevitable que le molestase al estar un tiempo quieta.

Caminó lento para dirigirse a su dormitorio, que estaba contiguo a la sala que era su refugio diario. Esta servía de escritorio donde su padre y su hermano Jhon discutían los asuntos financieros de la familia por las mañanas.

Mas en las tardes Isla la reclamaba como su santuario, un espacio donde encontraba la soledad que tanto anhelaba desde su regreso de Londres, hacía más de un año.

El sonido de sus pasos resonó en el ancho pasillo, acompañando el frufrú de su sobrio vestido oscuro. Vaya si había cambiado también su preferencia por los colores, dejando atrás los vibrantes rosas, magenta, azules, amarillos, como si su humor y su apariencia debieran estar en consonancia.

Con un movimiento instintivo de su mano acomodó su cabello claro para que cayera sobre su faz y velara la mitad. Parecía tan lejos aquel tiempo en que había disfrutado peinándolo en elaboradas trenzas y recogidos, destacando la simetría y belleza de sus rasgos.

<<¡Qué niña tan bonita! ¡Tendrá a los hombres que quiera a sus pies!>>

<< ¡Qué joven tan hermosa! Se casará muy bien,>>, eran los cumplidos que la habían rodeado durante toda su vida, hasta que el accidente los silenció.

Ridículo el que echara de menos lo que a menudo la había fastidiado, como que la consideraran una flor bonita con poco para decir y aportar. Ingresó a su dormitorio y se sentó en el borde del lecho, distante apenas un metro de la ventana.

La vista del paisaje tan querido, iluminado por los suaves colores del atardecer, era un consuelo que no por efímero dejaba de valorar.

Pasó la mano por el edredón de pieles, deleitándose en su suavidad. Todo en su habitación era nuevo, una inversión de su padre para devolverle el confort perdido, para intentar rescatarla del pozo de tristeza en el que había caído tras el accidente.

Suspiró y tomó el aguamanil para verter agua en la palangana, y lavó sus manos, cara y cuello con cuidado. Evitó con cuidado la cicatriz que marcaba parte de su faz, desde el rabillo del ojo hasta el lóbulo de la oreja.

Luego tomó el plaid grueso, tejido por su madre con la lana de sus propias ovejas y teñido en los colores clánicos de los Campbell, y lo envolvió alrededor de sus hombros, encontrando en él un consuelo más allá de lo físico.

Desde la antigua prohibición de lucir el emblema y los colores, premisa que los ingleses habían establecido el pasado siglo, solo el viejo Duncan, su abuelo, había osado lucirlos en público y en abierto desafío. Uno que no tuvo consecuencias porque la locura de sus últimos años había sido cosa conocida por los lugareños.

A Isla le gustaba esta prenda, le recordaba la historia de su familia y la confortaba más allá de lo físico. Encontraba refugio en la idea del pasado, uno en que había sido feliz. Algo tonta y cabeza hueca, consideraba, con las ideas de amor romántico y las esperanzas de conseguir al hombre de sus sueños en los salones de baile y palacios ingleses, pero feliz al fin.

Abrigada, suspiró hondo y se instó a bajar a pasar tiempo con los suyos. Vivir como una reclusa no tenía sentido, su vida no había terminado. Su familia le daba calor y cariño, y esto era lo que su alma necesitaba. Sucumbir bajo el peso de la pena era tonto.

Emprendió el descenso por la escalera de piedra con cuidado, y luego recorrió los pasillos, apreciando los tapices y la madera nueva que relucía en ventanas y puertas, y los muebles. Estas eran las muestras más obvias de que la situación económica de los Campbell había mejorado y las deudas ya no los ahogaban.

Ella había estado ajena a la emergencia financiera de los pasados años, gastando sin ton ni son, y había sido un gran impacto descubrir que sus padres y Nessa habían hecho lo imposible para darle la oportunidad que soñaba.

La ayuda del duque de Worcester, el esposo de su hermana, así como sus amigos, a los que Jhon había acudido por desesperación, había sido providencial. El recibir buen precio por la lana, merced a la necesidad de materia prima de la fábrica del duque de Worcester, fue empujón para levantar cabeza sin aumentar las deudas.

Eso era un alivio, y el orgullo había vuelto a su padre y a su hermano. Este, en particular, había mejorado semana a semana, dejando atrás la peligrosa tristeza con la que había vuelto de las guerras en el continente, a la par que su cuerpo sanó.

Se detuvo un momento al sentir un pinchazo en su muslo, pero fue cosa de nada, por lo que retomó la marcha. Lo que de seguro no podría hacer pronto era bailar, pensó, pero eso no era necesario.

¡Vaya ridículo que haría en aquellos salones y los susurros de desprecio que recogería su falta de gracia! Sacudió la cabeza para desalentar pensamientos inconsecuentes, innecesarios.

Las voces y sonidos de risas de los suyos la llamaron a olvidar lo que no tenía sentido y le hacía mal. Observó a los tres seres que eran su mundo y sonrió. Jhon estaba guapo y fuerte, su padre sano y alegre, su madre plena de energía y risas.

Se conminó a no arruinarles la cena con dramas sin sentido, por lo que dibujó una sonrisa leve y saludó con suavidad.

—Hija, ya pensaba que no vendrías, y estaba dispuesto a ir por ti—dijo su madre, que vino a ella con los brazos extendidos y la abrazó.

El aroma a lavanda y hierba fresca la envolvió y la hizo cerrar sus ojos, deleitándose en la fragancia única de su madre, que la sosegaba.

—Me dijo Nail que amenazaste con no ingerir alimentos, y eso no puedo permitirlo.

—¡Cómo si eso fuese posible!—rio su padre Angus, que recibió un palmetazo en su brazo—. Pero confieso que podría comer media oveja, querida. Anda, siéntate. Tenemos noticias, además.

La curiosidad le hizo elevar una ceja, pero sus padres ya estaban inmersos en llenar platos y copas. Miró a Jhon, pero la faz imperturbable de su hermano no le comunicó nada. Agradeció cuando un plato rebosante estuvo a su frente, y por unos minutos se abocó a comer con lentitud, masticando cada trozo de carne y verduras con concentración, mientras su padre y hermano parecían obrar actos de magia con los suyos. La mirada de su madre sobre ella no le fue ajena, y la observó a su vez.

—¿Qué noticias?—inquirió—. ¿Está todo bien con Nessa?—completó con ansiedad.

Su querida hermana estaba felizmente casada y muy, muy enamorada, y la noticia de que estaba embarazada había llenado de alborozo a la familia, aunque su madre lamentaba tenerla tan lejos, e Isla coincidía.

Extrañaba a su hermana, que había sido siempre su amiga y confidente, pero sabía que estaba bien cuidada y era muy querida. Eso la hacía feliz.

—Llegó carta de Nessa—dijo su madre Maisie—. Apenas si la leí hace una hora. Ella está muy bien, su tripa crece día a día. Ya sabes cómo es tu hermana y lo colorido de su lenguaje —suspiró—. Solo espero que se esté conteniendo frente a su señora suegra.

La madre del duque había sido contraria a la idea del matrimonio de su hijo, Francis Worcester, uno de los más importantes y ricos nobles de Londres, con una escocesa algo arisca y con poco para ofrecer en términos de finanzas y abolengo.

Él, por otro lado, no había dejado que esta oposición le detuviese y había venido por Nessa sin dudar luego de recuperarse de las heridas sufridas en el mismo accidente en que Isla adquirió su cicatriz y se quebró la pierna.

El romance entre esos dos había sido casi mágico, creía Isla, y era muestra del destino y la incidencia de aspectos más elevados que el dinero y el estatus entre las personas. Pero no se

engañaba, esto era una excepción en la norma: los nobles cerraban filas y se vinculaban entre ellos, y dejaban por fuera a los advenedizos.

Lo había sentido y sufrido en carne propia. Había cicatrices que no se le veían, pero estaban en ella, profundas. Su orgullo había sido herido no pocas veces en aquellos salones y por palabras que dañaban más que espadas.

Recordaba bien algunas de sus decepciones, esas que Nessa había escuchado con paciencia a pesar de los inconvenientes en que habían estado y sus idas y venidas con el duque de Worcester.

Isla se podía escuchar quejándose entonces, lamentándose del trato que les habían dado.

<<Tenía tantas expectativas. Y sí, ya sé que me lo dijiste muchas veces, me hacía demasiadas ilusiones románticas. Pero es duro, ¿no es así? Estas personas son… Descarnadas. Clavan dagas a nuestra reputación a nuestras espaldas, se ríen de nosotras luego de sonreírnos, nos humillan. *Advenedizas… Cazafortunas… Salvajes sin modales*>>

—Isla, querida, concéntrate. Nessa envió consejos a tu padre, telas para mí, e invitación para que tú y Jhon la visiten en Worcester Manor, donde irá para pasar los últimos meses del embarazo.

—¿Qué?—sacudió la cabeza, el cabello moviéndose sobre su mejilla y nariz y rozando su labios, provocando un cosquilleo que no la inmutó, porque la novedad la tomó por sorpresa—. Pero… ¿En qué piensa Nessa? ¡De ningún modo puedo volver allá!—se llevó las manos al pecho, que le palpitaba frenético.

La idea de volver era loca, no podía, no quería.

—Mi querida… Nessa probablemente se siente sola y asustada, aunque no lo confesaría, ya sabes lo tozuda que puede ser. Nos necesita. Necesita a su hermana, a la familia. Y lamento tanto no poder ir, pero sabes que mi espalda no toleraría un viaje así.

Se mordió los labios y calmó su respiración mientras pensaba. No podía no acudir al llamado de Nessa. Esta no la convocaría sin motivo, sabedora de lo afectada que Isla estaba por el accidente, la cicatriz, y las vivencias de la temporada social en Londres. Elevó la mirada y se topó con la de Jhon, que la miraba con seriedad.

—No estarás sola, Isla. Y no es Londres—insistió Maisie con suavidad, y su mano vino a ella para envolver sus dedos—. Nessa no es ajena a tu situación, y sabes que te cuidará contra viento y marea.

—Sí, lo sé, pero… La idea de retornar es… ¿Cómo voy a confrontar las habladurías, las miradas y comentarios de pena y …?

—Con la convicción de que sigues siendo la misma jovencita hermosa, dulce e inteligente. No ha cambiado nada, mi Isla—dijo Angus, la voz algo elevada y su rostro

enrojecido.

Su padre no llevaba bien su retraimiento y deseos de soledad, y no reconocía que mucho había cambiado. Le sonrió con afecto, pero meneó su cabeza.

—Padre, me ves con los ojos del cariño, y esos no son los que me mirarán en Inglaterra.

—¿Por qué te importa, Isla? Si tú los desprecias…—dijo Jhon, siempre práctico—. No necesitas nada de los nobles con los que te codeaste, y Nessa se aseguró de que solo sean ella y su esposo en la propiedad rural.

Suspiró y meneó su cabeza. Un mundo de sirvientes y visitas iban y venían a las casas solariegas de la alta sociedad londinense. Por otro lado, también era cierto que Bonnie y Olivia, las hermanas del duque de Worcester la habían visto al momento de la boda de Nessa, y eran dulces y amables, incapaces de hacerla sentir fuera de lugar o desdichada.

Su madre era más dura, pero también una dama educada, y en deuda con Nessa por su comportamiento terrible cuando el accidente. Su hermana Nessa sería su escudo, y también iría Jhon.

—Pero no te he contado todo, mira. Bonnie tiene un pretendiente y están en proceso de planear su boda, por lo que la suegra y su hija se quedarán en Londres. Anne viajará a Worcester Manor también, por cierto. Tu tía Brodie ha aceptado que auxilie a Nessa tanto como la necesite.

Anne, la querida amiga. Esto era agradable, pensó. Parpadeó por unos segundos, indecisa, sus pensamientos en bucle considerando la ansiedad que le provocaría el dejar su refugio, el tener que socializar y mostrarse.

—Hija querida… Sé que ha sido difícil.… —la voz de su madre se quebró, y esto hizo que Isla se recompusiera. No podía afectar a su madre por su egoísmo y cobardía—. Pero eres fuerte. Quizás un cambio de aire te haga bien.

La compasión en los ojos de su madre hizo que las lágrimas escaparan de los ojos de Isla. La tristeza que había mantenido contenida durante tanto tiempo fluyó con libertad, y el silencio acompañó el llanto.

Maisie se acercó y la abrazó, ofreciéndole el consuelo que solo una madre podía dar.

—A veces, siento que no puedo más. Todos mis sueños, todo lo que quería… —se detuvo, luchando por controlar su llanto—. Ya no soy la misma—Maisie acarició su cabello con ternura.

—Claro que sí, Isla. Tu esencia sigue intacta. Has olvidado los discursos que me soltabas cuando estaba en mi peor momento—le dijo Jhon, y ella asintió y suspiró. Él tenía razón—. La cicatriz que te perturba es apenas un trazo, y un testimonio de tu fuerza, no de tu debilidad.

—Sigues siendo tan hermosa, mi querida. Pero tu corazón y tu espíritu son lo que de verdad importan.

Isla intentó sonreír a través de sus lágrimas. Sabía que las palabras de su madre buscaban

alivianar su dolor, pero aceptarlas era un desafío.

—Siempre serás nuestra Isla, fuerte y valiente. Isla miró a su padre y a su madre, y una sensación de gratitud la invadió.

—Así que, ¿iremos?—inquirió Jhon, y ella abatió sus pestañas y bajó su rostro, pero luego de unos instantes, asintió.

Nessa la quería allá, sus padres la querían ver bien, su hermano iría con ella. Si se sentía mal, había mucho campo y habitaciones en Worcester Manor como para retroceder y esconderse, decidió.

—Iremos. Voy a escribir a Nessa para hacerle saber que llegaremos en dos semanas. Ese es tiempo suficiente para preparar nuestro equipaje, que resuelvas los asuntos de la propiedad y…

—Puedo encargarme de todo—gruñó su padre—. No es necesario dilatar la partida. Demasiado tiempo para pensar conspirará contra la decisión que tomaste y no conviene que esto ocurra. ¡Estoy tan contento! Temía que no pudiéramos sacarte de ese pozo en el que te has…

—Querido, come esto, y cállate—dijo Maisie, y Jhon sonrió, gesto que Isla imitó.

—Contrataré un carruaje solo para nosotros, Isla—dijo Jhon, y ella agradeció el detalle, pero negó.

—Es muy caro.

—Podemos pagarlo, sin dudar—sentenció Angus, dando por terminado el diálogo, y ella no dijo más.

La idea de viajar días y días con desconocidos que fijarían sus ojos en ella no le sentaba bien, así que aceptaría la bendición de un carruaje solo para los dos hermanos.

Capítulo 2.

—Bienvenido, su Excelencia—saludó Martin a Hugh con su clásica reverencia envarada —. Lady Elywood, permítame ayudarla—se movió con más celeridad para tomar la mano y ayudar a descender del carruaje a la mujer de mediana edad, robusta y de gesto imperioso.

—Gracias, Martin—dijo el duque, caminando hacia el interior de la mansión y dejando atrás al mayordomo y a la cohorte de sirvientes para que lidiaran con su madrastra y los bultos del equipaje, que se había duplicado en París en virtud de las visitas a las modistas y joyeros de moda.

Habían sido dos semanas infernales y comparables a sus peores días en el ejército cuando la campaña contra el impío Bonaparte. De hecho, prefería días de marcha y subalimentación, la lluvia en la espalda y la inseguridad de la batalla a las charlas de salón y fiestas que debió soportar.

¿Por qué, oh, por qué insistía en contentar a esta mujer? Era imposible, la historia se lo decía. Lady Avery no hacía más que usarlo, fingiendo buena voluntad hacia él en público y en los salones encumbrados, pero no se cansaba de restregarle en privado lo inadecuado y pecador de su carácter, acciones y decisiones.

Hugh no podía entenderse. No lograba cortar el malsano vínculo con la mujer que lo había criado. Esa sensación de deuda, de culpa, de remordimiento que lo corroía, ella las usaba a su favor y el de su hijo Alan, su medio hermano, y eran espinas que lo incordiaban.

No tenía por qué soportarlo, pero lo hacía, y algunos días de calma eran la recompensa. No estos quince atendiendo los caprichos y atenciones de la Duquesa viuda, como llamaba la servidumbre a su señora. Se habían sentido como un peso brutal.

Pero estaba de vuelta, y no podía esperar a desestructurarse y correr a los brazos de alguna de sus amigas para solazarse en los placeres de la carne. Sonrió con un dejo de fastidio al pensar en el horror con el que Lady Avery Lycombe lo miraría y los epítetos fríos que brotarían de su boca para calificar a Hugh como un pervertido disoluto que avergonzaba la memoria de su padre.

Esa condenada mujer le hacía tener ganas de tomar hasta perder el sentido y hacer honor a la falsa imagen de bebedor empedernido que tenía, uno entre varios vicios que se le adjudicaban y no poseía, pero no le importaba alimentar el mito.

El que lo creyeran volvía sencillo desplumar a los vanidosos nobles de sus libras por el simple placer de avergonzarlos. *Jugador, bebedor, mujeriego, disoluto, pendenciero,* los adjetivos salpicaban las veladas conversaciones de las damas en los salones, pero no evitaba que le sonrieran castas e invitantes detrás de abanicos, o que pegaran sus pechos palpitantes al suyo al danzar.

Que los panfletos y periódicos especializados en cotillear hicieran su fama más conspicua parecía agregarle atractivo y atraía a mujeres con deseos de pegarse al lado prohibido de las convenciones, esposas de condes o marqueses incluidas, y a Hugh no le gustaba discriminar.

Aunque también debía decirse… Últimamente su libido y sus deseos parecían dormidos, atemperados. Lo atribuía a aburrimiento y a la falta de incentivos interesantes, por supuesto, y el viaje a Francia no hizo nada por cambiar esto. Como si fuese posible, con lady Avery vigilando sus pasos con el ojo de un halcón entrenado.

—Hugh—escuchó a su hermano Alan llamarle, y detuvo su marcha.

—Alan—nombró, y se balanceó sobre sus pies, mirando al menor, su único hermano.

En verdad era hermano de crianza, ya que Hugh tenía seis años cuando su padre desposó a Avery Stone, viuda reciente con un niño de meses. Así, Alan había sido criado como hijo del duque Barnaby Lycombe, y Hugh siempre le consideró su hermano.

Empero, a medida que crecieron la distancia emocional entre ambos no dejó de aumentar, y hoy parecía que un abismo les separaba, como no fuese en cuestiones financieras y de apariencias.

Por un breve instante se observaron, sin saber bien qué decirse, lo que hizo del reencuentro algo extraño. Solía ser así desde que recordaba. Había cinco centímetros de diferencia en altura en favor de Hugh, que con su metro ochenta y cinco era más alto que el promedio, mas lo que los separaba no era solo lo cronológico o lo físico.

Hugh era de cabello castaño claro y ojos café, y Alan tenía el cabello como ala de cuervo y los ojos de un celeste clarísimo, que a menudo miraban con cínica fijeza o evadían al interlocutor con inquina, en especial si este era más diestro, más comunicativo o inteligente.

Algo que solía pasar, porque Alan no era el hombre más listo del lote, a juicio de Hugh, y este había tratado de verlo siempre con aprecio, así este no fuese correspondido.

—Necesito cinco mil libras.

Joder, así nada más. Alan ya ni siquiera se tomaba el tiempo de ensayar algo de urbanidad y recato, o abrazar la convención de un saludo amigable y fraterno. Exigencia, demanda, imperio en el gesto duro de la boca apretada y la mirada que no bajaba.

¿Por qué cojones tolero este destrato?, se preguntó Hugh, su temperamento buscando encenderse y su reacción instintiva la de mandar a tomar por culo al ingrato y recordarle que hablaba con un noble y como tal le debía deferencia.

No se puede comprar respeto o exigirlo cuando este no nace, se dijo, y Alan era su única familia. O lo más parecido a esta. En verdad, estaba solo, y así había sido desde que su padre murió.

Barnaby había sido frío y autoritario, pero incluso en su indiferencia había tratado a Hugh con respeto, algo que Alan o lady Avery no se molestaban en fingir.

—Esa es una suma brutal, Alan. No es como si pueda entregarla de inmediato, y menos sin saber para qué.

—Hay un negocio… Me ofrecieron ser parte en una compañía que hace inversiones en India. Ya sabes, algodón, azúcar…

Alan era un idiota de esos que se dejaba embaucar con la facilidad de un niño. La Compañía de las Indias Orientales controlaba con mano férrea el comercio con la colonia y los inversionistas se aferraban a sus acciones con la convicción del que tenía oro entre sus manos.

No había chance de que un recién llegado sin dinero propio como era su hermano pudiese ingresar de manera legítima en la ecuación, por lo que tenía que estar siendo timado. Suspiró internamente y se preparó para la recepción de su respuesta.

—No hay tal negocio. Lo sabría de ser así. Una tajada en la Compañía se valora grandemente, y tendría a muchos queriendo participar.

—Es un dato secreto que obtuve de una fuente confiable—Alan elevó su voz y sus mejillas enrojecieron, y sus manos se hicieron puños a los lados de su chaqueta—. Si me anticipo…

—No pasará.

Se dio la vuelta, sabedor de lo que se venía, y si estar en lo cierto era fruto de la experiencia, no dejó de doler.

—¡Eres un egoísta malnacido! ¡Despilfarras el dinero en mujeres, caballos y fiestas vanas, pero no puedes ayudar a tu único hermano a levantar cabeza! ¡Lo que tienes debió ser mío! Padre debió legarme a mi el título y la fortuna, y lo sabes.

Se dio la vuelta y con la voz más fría y su rostro más serio confrontó al descarado que se atrevía a cuestionar no solo su rol, su persona, sino la ley de herencia, base del sistema legal que caracterizaba al país y a la nobleza.

—Eres un tonto, Alan, y tu atrevimiento bordea el desacato. Nadie en su juicio toleraría un exabrupto como el que acabas de lanzar. La única razón para que lo haga es porque te aprecio.

—¡No necesito tu aprecio! ¿Quién necesita el aval de un pretencioso licencioso que amenaza acabar con el legado…?

—¡Suficiente!—rugió Hugh, enfurecido, dando un paso adelante, perdida toda compostura—. Si no callas ahora mismo, sabrás lo que soy capaz de hacer con aquellos que me desafían y se ponen enfrente mío. No te equivoques, Alan. No me conoces, no de verdad.

Que este imbécil pagado de sí mismo que había crecido entre algodones, alejado de cualquier inquietud y escuchando el veneno que su madre vertía en su oído en contra de Hugh se atreviera a hablarle en términos derogatorios era cruzar límites de etiqueta y cordura.

Alan dejaba de lado, a sabiendas, y tal como su madre lo hacía, que Hugh no era un noble mimado. Era un héroe de guerra condecorado que se había ensuciado las manos y disparado en

combate, luchando codo a codo con sus soldados.

Un inversionista sagaz que tenía su dinero resguardado y creciendo merced a inversiones inteligentes y cuidadas, varias de las cuales eran fábricas y tecnologías en expansión. Su fortuna era cuantiosa.

Los juegos de cartas, las apuestas en el hipódromo, la manutención de mansiones y propiedades era costosa, pero la administración de impuestos y rentas estaba en manos de personas de la confianza más extrema de Hugh, con excepción de la casa solariega, que le había entregado para que administrara a este mismo que le reprochaba. Solo porque lady Avery se lo había rogado. O algo parecido. Ella comandaba más que rogaba.

Si le quisiesen… Si se preocupasen, si colaborasen con él y le aliviaran cargas… Si le tratasen con respeto y urbana gratitud… Pero no estaba en las cartas, claro que no. Hugh solía pensar que había culpa en él, también, pero, ¿qué más daba?

No era como si un viaje a Paris y el ser un lacayo para lady Avery por semanas le ganase su gratitud, y de todas maneras, lo intentaba, como el insensato que era. Entregar miles de libras a Alan para que fuese timado al instante, empero… Era una tontería, y ya había ocurrido varias veces. Un límite debía ser trazado.

—Quiero hacer mi camino. Ser respetado.

—No lo serás si entregas el dinero al primero que te ofrece un negocio construido en el aire y con el único fin de timarte.

—¡No sabes lo que es vivir dependiendo de la caridad!—casi gritó Alan, mordiendo las palabras.

—Vives rodeado de lujos, atendido el día entero, sin responsabilidades ni inquietudes. La mejor comida, vestimenta, diversiones, lo que quieras. La mayoría de los ingleses no puede satisfacer a plenitud las más básicas de sus necesidades—contestó, con más pasión de la que debía, porque Alan nunca vería esto, ni le importaba.

A su hermano no le interesaban los pobres, los desahuciados, los desgraciados. Hugh, por su parte, no se inmolaba por ellos y reconocía sus privilegios, pero al menos entregaba sumas sustantivas a refugios y familias sin recursos. Era algo que había surgido como una cruzada entre él, Grayson y Francis, sus amigos incondicionales, y algunos nobles liberales más.

—Debería importarte yo, que soy tu familia—reprochó Alan, ciego a nada que no fuese su interés, y convencido de la injusticia en las acciones de su hermano mayor.

—Porque me importas, no te daré ese dinero y te evitaré la pena de ser el hazmerreír de nuestro círculo.

Cerró el tema moviéndose con velocidad hasta su escritorio, en el que se encerró con calma, sin demostrar la furia que lo consumía. Con él mismo más que con Alan. No podía seguir tolerando el irrespeto de Alan, ni el de su madre.

Debía poner un límite, mal que le pesara, y la convicción de que esto no podía demorarse mucho más lo molestó. En su mente todavía estaba nítido lo que había vivido Francis, el duque de Worcester. Las tramas alrededor de los adinerados y encumbrados podían ser complejas y amenazar hasta la vida.

En el caso de su amigo, había sido un familiar cercano el que tramó para quedarse con el título y el dinero, matándolo. Se estremeció. No creía que Alan o su madre fuesen capaces de algo así, pero…

A veces sentía que no tenía a nadie en su rincón, y solo la convicción de que era un hombre con privilegios excepcionales hacía que expulsara la auto conmiseración de su mente por un tiempo, mas esta no lo abandonaba del todo.

No le era extraña la idea de que había hombres menos ricos, incluso pobres, que eran infinitamente más felices que él. ¿A quién alteraría el día que el duque de Elywood desapareciera? A Francis y a Grayson sí, lo sabía. A nadie más. O sí. Para Alan sería el día más feliz de su vida, y su madre lo secundaría.

El sonido de nudillos sobre la madera y la apertura de la puerta lo distrajo.

—Su Excelencia, este recado llegó en la mañana—dijo Martin, que sostenía una bandeja mediana en sus manos, y la acercó para que Hugh tomara el sobre y lo abriera.

Reconoció de inmediato la letra impaciente de su amigo Francis, y sonrió. Si, podía contar con sus amigos, lo sabía. Les había dicho que retornaría este día y no demoraban en requerir sus presencia, y esto le animó.

Estimado Hugh,

Espero que llegues hoy, tal como estimabas, porque la oportunidad es excelente. Mi cuñado Jhon está en Londres y estoy seguro de que querrás verlo y recordar viejos tiempos con él. Al menos aquellos momentos que no fueron terribles, ya sabes.

Nos reuniremos por la tarde en el club. De paso podrás contarnos cómo has soportado tanto tiempo en Francia.

Francis.

Perfecto, pensó, y suspiró aliviado. Una excusa para salir y enfrascarse en la charla y la camaradería con aquellos con los que compartía intereses y aprecio. *No,* se dijo, era más que eso. Francis y Grayson eran hermanos de la vida, porque ellos sí cuidarían su espalda y le ayudarían de ser necesario.

Sus amigos veían más allá de sus falencias y sabían que la mayoría de las que la sociedad le adjudicaba no existían en la actualidad. La guerra, la muerte de su padre, su propio cansancio, habían apagado las rebeldías de sus veinte, pero la mala fama le precedía y no se disolvía.

La volubilidad de sus relaciones románticas, si así podía llamarse a sus ligues, tampoco contribuía, pero ese rasgo no iba a cambiar pronto. O sí, si atendía a su falta de interés sexual en el último tiempo, la apatía con la que encaraba una actividad que solía apasionarle. Nah, no es nada grave. Una etapa de introspección y desinterés pasajera, eso era.

No tenía pensado sentar cabeza ni formar familia a corto plazo. Las flores de los salones eran coloridas, perfumadas y refinadas, pero a él le llamaban más las mujeres de sangre caliente y cuerpos prietos que no dudaban en tomar su placer en los brazos de un hombre. Tristemente, estas no constituían buenos prospectos de esposa en los círculos que frecuentaba.

—Martin, encárgate de que traigan té y refrigerios aquí mismo, y ve que preparen mi cabriolé—ordenó.

El mayordomo asintió, aunque dudó, y finalmente habló.

—Su Gracia y el hombre hizo una reverencia y se retiró presto a cumplir la directiva.

Hugh aflojó y quitó su pañuelo, se quitó su chaqueta, desabotonó los primero dos botones de su camisa, y entrelazó las manos a su espalda, concentrando su mirada en los jardines de su residencia.

Era una de las mansiones más hermosas y sofisticadas de la calle Cork, cercana a Bond y Piccadilly, una de las joyas arquitectónicas de Mayfair, solía decir su padre.

El jardín era enorme, y una pequeña imitación de los tradicionales jardines del país, con su pensada falta de estructura en relación con sendas y desorden de plantas, arbustos y árboles. Los paisajistas que lo habían diseñado priorizaron lo natural y no la artificial geometría del estilo francés.

La rivalidad política y la guerra habían reforzado la defensa de detalles tan menores como manifestación de nacionalismo. El estanque, el puentecillo, el pabellón con líneas romanas eran clásicos, y solo la introducción del pabellón chino que su madrastra había hecho construir constituía una disrupción a la idea.

A Hugh le gustaba perderse en cavilaciones observándolo desde la ventana de su escritorio o dormitorio, y también recorrerlo, porque era una forma más de escapar de las presiones familiares y las que su posición imponía.

Le daba serenidad y hacía que sus pensamientos volvieran a su eje, y recomponerse después de duelos verbales que le afectaban de una manera que ni Alan ni lady Avery imaginaban.

Le creían frio, indiferente, cruel, y lo prefería así. Le habían roto el corazón muchas veces, que sangraba ante ellos sin que lo vieran. De la misma forma que había sangrado cuando Harper… *No, no, no,* retrocedió su mente. Ese nombre, esa memoria, ese dolor, no podían ser convocados.

Pasaron unos minutos en los que se abocó a pensar en sus próximos compromisos y

reuniones, y cuando el té y los bocadillos fueron servidos en la pequeña mesa que tenía para tal fin, comió con voracidad.

—Si me permite el atrevimiento, diría que Francia no lo trató como debía, Su Gracia. Se le nota más delgado—dijo Martin, que estaba envarado como un poste cerca de la puerta.

Hugh no había logrado que se relajara a su alrededor, aunque siempre podía contar con sus frases salpicadas y atinadas. Era cierto. Había estado a disgusto en muchas de las recepciones a las que lady Avery le arrastró, la mayoría en salones de su familia de origen.

—La comida francesa no es el problema, Martin, sino los que están alrededor mientras uno debe consumirla. Déjame decirte que hay tanta vanidad y beneplácito en esos nobles retornados del exilio que parecen haber olvidado que están otra vez en París porque los ingleses derrotamos al que los expulsó.

—Me lo imagino. Pero está otra vez entre los suyos, Excelencia, y cuidaremos bien de usted—le dijo, un pequeño gesto de asentimiento en su cabeza, y por primera vez Hugh se sintió bienvenido en su casa.

—Gracias, Martin. ¿Está listo el carruaje?

—Preparado—carraspeó—. Lady Avery quiere saber si estará disponible mañana en la noche. Está organizando una cena con invitados. Y hay una invitación de la condesa de Gloucester.

—No estaré aquí—contestó, se limpió la boca con cuidado, y bebió el resto de su té de un sorbo.

—Ella… Ha dicho que es imperioso que usted…—Martin se detuvo, frustrado, y Hugh lo entendió, porque su madrastra era persistente hasta el agotamiento, y no tenía duda de que atosigaba a la servidumbre de formas indecibles.

—Hazle saber que mi prolongada ausencia del país hizo que mis compromisos se acumularan, tal como se lo dije al partir de París, y esta misma mañana al llegar a Londres. Mi administrador, mi abogado, mis amigos y mi carrera política no pueden esperar. La condesa de Gloucester de seguro lo entiende, ya que su esposo es tan activo como yo.

El juego de palabras era intencionado, porque el conde era un calavera reconocido, además de un empedernido jugador y perdedor consuetudinario a manos de Hugh, que se había compadecido de no pocas deudas generadas en momentos de alcoholizada porfía.

No entendía qué pretendía su madrastra al querer arrastrarlo a socializaciones intrascendentes. Era mejor que se lo dijera Martin y él se escabullera. Esa mujer lograba convencerlo de decisiones y acciones que lamentaba, y tenía especialización en manipular su culpa, sentido de responsabilidad familiar y de su título.

—Así lo haré, Su Gracia.

—Voy a Brook´s, Martin. Es probable que no vuelva temprano, aunque eso dependerá de

la generosidad con la que mis apreciados amigos estén dispuesto a dispensarme.

Martin sonrió con brevedad. Era usual que cenara con Grayson o Francis, aunque desde que este se había casado y la tripa de su esposa crecía con su heredero, esto se había vuelto menos frecuente.

Nada que objetar, si bien le había costado asumir el enamoramiento de Francis y que este fuera en favor de una escocesa a la que había tildado de cazafortunas. A ella y su hermosa hermana.

Suspiró. Tiempo pasado, y era hombre como para reconocer su error, incluso en la cara de la bonita Nessa Campbell, que tenía un genio de cuidado. El recuerdo le hizo pensar en Jhon Campbell, al que la nota de Francis aludía.

Así que estaba en Londres, pensó, mientras tocaba el pañuelo y lo acomodaba con cuidado en su cuello, y reacomodaba su ropa. Hacía varios años que no lo veía, ¿tal vez desde 1814?

Había sido parte de la división que él lideraba y donde Grayson era el segundo al mando, recordó, y había sido herido. Jhon había salvado la vida de su amigo, y por ello le estaría agradecido siempre.

Razón suficiente para acudir en su ayuda económica cuando la solicitó. De manera extraña, no habían conectado a las hermanas Nessa e Isla hasta que Grayson mostró la carta de Jhon. Era interesante como se enredaban vidas y destinos.

El trayecto hasta el club Brook´s, sede no oficial de los liberales, whigs le tomó breves minutos, y disfrutó de la brisa fresca y del suave golpeteo del carruaje. Volver al sitio era reconfortante, por ridículo que pareciera.

Decía mucho de su vida también que él se sintiera más a gusto en un lugar pleno de extraños con distinto grado de dinero y título que en su mansión.

Capítulo 3.

Ingresar a Brook´s lo embargó de una agradable sensación de cercanía, una que había dejado de vivenciar en su casa hacía mucho. Tal vez no había existido desde la más tierna infancia, con seguridad, y había muerto con su madre.

El que un lugar tan abigarrado y de habitual lleno de hombres notables y vanidosos fuera su lugar confortable en el mundo revelaba a las claras que su mansión no era un hogar y era triste, mas no constituía algo en lo que Hugh perdiera su tiempo penando.

Su personalidad se había forjado en la indiferencia emocional, la exigencia académica y social, y la violencia. Su modo de vida disipado, o lo que hacía para pretenderlo la mayor parte del tiempo, era una manera de rebelarse y castigar a los responsables, aunque su padre, actor número uno, ya no estaba.

—Su Gracia, bienvenido—le saludó uno de los empleados más antiguos del club, Jeremy, que más de una vez le había ayudado a llegar a su carruaje, en especial en sus primeros años de beber sin control—. Se le extrañó las pasadas semanas.

—Estaba de viaje, pero ya estoy de vuelta y decidido a ponerme al día. ¿Algún cotilleo interesante de última hora?

El empleado sonrió y meneó su cabeza, pero se acercó un poco más, y le contestó en tono bajo:

—Las cosas han estado tranquilas aquí. Dos o tres lo adjudicaron a su ausencia, Excelencia, si me permite el atrevimiento.

Lanzó una carcajada que llamó la atención de varios, y asintió con vehemencia.

—No dudo que algunos no me echaron de menos, Jeremy, no te inquietes. ¿Tu hijo está recuperado?

—Sí, su Gracia, gracias. Mi esposa ruega por su salud todos los días. Su ayuda…—la voz del hombre se quebró y Hugh sacudió su cabeza.

—Nada, Jeremy, dile a tu mujer que ruegue por aquellos que merecen el cuidado del Señor. Me alegro de que todo esté bien. Voy a mi mesa habitual.

—Tendrá su scotch en un minuto.

Sorteó los sillones y uno de los grupos de hombres que conversaba con calma, que lo saludaron con gestos corteses y sin sonrisas, y se detuvo con el conde de Derby, quien le inquirió por su viaje a París.

—La capital ha recuperado esplendor, pero el país no deja de tener el mismo problema de siempre—indicó, y el conde elevó una ceja.

—¿A qué se refiere?

—Los franceses, por supuesto.

—Por supuesto—asintió el noble, con una semi sonrisa que no llegó a sus ojos, y Hugh rodó los ojos mentalmente, porque lo estirados que eran algunos de estos nobles era fastidioso.

Sí, sabía que su actitud prescindente o descarada molestaba a los más recalcitrantes, pero la mayoría de estos hombres lo conocía y lo veía actuar en el Parlamento, y tenían que saber que no era tan llano como parecía.

No era tibio en la defensa de sus ideas. *Ese es el corazón del problema, Hugh. Demasiado radical, además de que no te escondes detrás de etiquetas y doble vida.*

Su mirada recorrió el espacio que transitaba recalando en varios pervertidos o codiciosos que hacían de la explotación del otro su pan diario y no eran cuestionados. Era injusto, peo así de hipócritas eran.

Nobles que pagaban miserias a los que trabajaban sin parar en sus propiedades y fábricas, o que cambiaban de amante como de pañuelo. No obstante, se cuidaban de guardar las apariencias en Almack's o en las mansiones donde los eventos de la temporada social ocurrían, y sus actividades no llegaban a los periódicos o panfletos.

No como tú, Hugh, tonto de capirote, que generas olas por donde pasas, aunque sea por equivocación, y no las corriges. Para muestra estaban sus últimos escándalos: el duelo con el bastardo del barón de Woodstick, quien intentó matar a Francis, se atribuyó a un lío de faldas y a celos.

Su intento de defender a una prostituta de la saña de un cliente se había dado vuelta y terminó siendo considerado el agresor. Una y otra vez desoyó a Grayson, que lo instaba a amenazar a los dueños de los medios de prensa con juicios y demandas, pero no le importaba.

Nada modificaba quién era y lo que pensaba y hacía. Si querían creer lo peor de él, ¿qué más daba? Hombres como Jeremy y su esposa, y otros como ellos, le agradecían y lo estimaban. Era suficiente.

—Francis, Grayson—saludó, su sonrisa extensa desmintiendo lo parco de su expresión, y quitó su sombrero, sentándose en la silla al lado del primero de los duques—. Los eché en falta, mis amigos. Y Jhon…—extendió su mano, gesto que descolocó al nombrado, que vio su intento de incorporarse y saludarlo con una reverencia frenado, pero no dudó en estrechar la mano con firmeza—. Es un placer volver a verte luego de tanto tiempo y en circunstancias tan diferentes.

—Coincido, su Excelencia—dijo el nombrado—. No hay punto de comparación entre el campo de batalla, el barro, la violencia, con este club…—carraspeó con cortedad evidente en su rostro, levemente sonrojado—. El duque de Worcester insiste en que está bien que esté aquí, pero…

—Eres mi invitado de honor, Jhon—intervino Francis, apurándose para cortar los pruritos del escocés.

Hugh asintió:

—¡Pero por supuesto que está bien, mi querido amigo! ¡No solo eres un soldado que defendió a su Rey con ardor, sino un hombre cabal y un héroe! Muchos aquí tendrían que agradecer que hay hombres íntegros y valientes dispuestos a hacer la tarea que ellos no se atreven…—rezongó, más bajo, y Grayson carraspeó e intervino para callarlo, siempre el contemporizador y grave que buscaba evitarle problemas.

Hugh se encogió de hombros ante la mirada que le advertía que no jalara demasiado de la cuerda de estos hombrecillos rimbombantes que vivían en un mundo de palabras ampulosas y tomaban decisiones sobre la vida de miles sin conocer demasiado de estas.

Y esto entre los whigs, que eran los más abiertos, porque si pensaba en los bastardos tories, esos conservadores que no querían modificar nada del sistema que oprimía sin piedad.

Anda, Hugh, cálmate, se instó. *Tampoco es como si tú sepas de verdad lo que se siente no tener comida caliente en tu mesa o debas trabajar hasta la extenuación.*

<<Cuidado con la arrogancia y con la manera en la que les censuras, porque aunque no lo reconozcas, eres uno de esos afortunados que lo ha heredado todo>>, recordó a su padre decirle con seriedad. *<<No tienes real idea de cómo viven y piensan los que defiendes, no de verdad>>*.

—Hugh, calma tu exuberancia, no queremos hacer una escena. No es necesario—le advirtió Grayson, y Hugh elevó sus manos en gesto de aquiescencia—. Ah, perfecto, Jeremy, justo a tiempo con el scotch. Su Gracia necesita ese trago para distraer el estilete que tiene por lengua.

Una semi sonrisa y el meneo de cabeza del empleado fueron la respuesta medida que Jeremy se permitía con ellos, y Hugh resopló y bebió un trago largo, y luego se concentró en el escocés.

Jhon Campbell estaba diferente a cómo lo recordaba, pero suponía que eso pasaba con los que habían pasado por el frente. Allá, cargando contra los franceses, preocupados y aterrados, sucios y en alerta, todos los hombres habían sido sombras de sí mismos.

El escocés estaba más lleno, más corpulento, los músculos de sus brazos tensando su chaqueta. Sus rasgos eran una mezcla de los de sus hermanas, se percató, y mientras Francis y Grayson preguntaban por la política escocesa, Hugh se dejó envolver por la reminiscencia del pasado, que comenzó a pasar ante sus ojos como un crisol de imágenes.

Habían sido unos pocos años como oficial en las guerras continentales, entre 1808 y 1815, y de manera salteada, porque el juego de la diplomacia y las alianzas había hecho que el astuto corso Bonaparte avanzara por Europa cortando negocios y amistades a Inglaterra, pero sostener una guerra constante no era posible para una nación insular.

Esto no era óbice para que sus memorias fuesen malas. En su cabeza resonaban altos y claros los ecos de los gritos de dolor e ira, los sonidos de los disparos de mosquetes disparando al

unísono para compensar la falta de precisión de esas armas, los Brown Bess. Las bayonetas hundiéndose en los cuerpos enemigos… Tragó saliva y bebió un trago largo para salir del espiral en el que el pasado lo envolvía.

—Jhon, ¿has sanado bien?—inquirió, y este le miró y asintió.

—Así es—dijo con brevedad.

Así eran sus respuestas, por lo que veía. Directas, al grano, sin vueltas.

—Eso es bueno. Sé que su propiedad en Escocia ha solventado sus problemas y la producción es más eficiente.

Francis resopló ante su referencia velada a las deudas y delicada situación en que les había dejado la huida de un tío con los ahorros de la familia y la falta de dirección en los negocios.

Algo que, como Hugh acababa de mencionar, estaba solucionado, por lo que Francis no debería ser tan sensible. Su cuñado Jhon era un hombre templado en lides muy serias, no se iba a molestar ni ofender por una charla franca. Y que tenía razón lo demostró el gesto de asentimiento y su respuesta sin rodeos.

—Sí, y ya le he dicho a Francis cuánto agradezco su apoyo para que esto fuese posible. Fue su espaldarazo económico y las conexiones que abrieron para nuestros negocios los que nos dieron la mano que necesitábamos para levantarnos—Jhon se removió en su asiento y les miró a los ojos uno a uno—. Quiero disculparme en persona por agobiarlos con mi miseria. Esa carta que envié… Fue un manotazo desesperado, me temo—Las palabras brotaron veloces, y el hombre se encorvó con levedad, como si el peso de la vergüenza le agobiara—. No debí… Pero la emergencia nos acuciaba, y …

—Jhon, por favor, no es necesario que te disculpes por nada—intervino Grayson con gravedad—. Ayudar a los tuyos me dio la oportunidad de pagarte de algún modo lo que hiciste cuando salvaste mi vida. Tu acto de increíble valentía es la razón por la que esté hoy aquí.

—Fue instintivo, y me sabe mal que mi pedido fuese interpretado como una solicitud de pago a una acción que cualquier hombre de bien…

—No, no disminuyas tu heroico gesto, Jhon—intervino Grayson—. Pocos harían algo así. Pero, por otro lado, además de un compañero de armas, eres el cuñado de mi mejor amigo, lo que te convierte en parte de nuestro círculo.

—Ser parte de la familia del duque es un honor—respondió Jhon—. Pero no exageremos, este círculo suyo…—miró alrededor, y elevó sus cejas, volviendo sus ojos a los que le miraban —. Difícilmente estos que me rodean me vean más que como servidumbre intentando escalar posiciones. Y no me preocupa, porque esto es… incómodo—uno de sus dedos tironeó del pañuelo de su cuello.

Hugh sonrió, divertido. Sí, él y sus amigos podían despotricar sobre su círculo, pero se

movían cómodos en él, y la ropa era un ejemplo adecuado.

—Es más cómodo el kilt, me imagino, o un plaid sobre el hombro—dijo, y Jhon levantó su vaso y elevó uno de los lados de su boca en un gesto irónico.

—La libertad que estas prendas permiten no tiene precio. Ustedes visten con suma elegancia, por supuesto.

—Ninguno como Grayson. A él le gusta seguir las tendencias al dedillo, y su pobre valet no cobra lo suficiente, considerando las veces que debe ir por pañuelos y chaquetas a la calle Bond—bromeó Hugh, y Francis sonrió ante el resoplido fastidiado de Grayson.

—He ahí una de las razones por las que el tedioso y disipado duque de Elywood es tan denostado. Cuando no altera a su audiencia con sus advertencias trasnochadas sobre la revolución que vendrá de manos de los desposeídos, molesta a sus escasos amigos con sandeces.

—Grayson, Grayson… Sabes que lo mío es el drama—suspiró.

—Me imagino que este no habrá faltado en este viaje tuyo a Francia—intervino Francis, y los ojos se concentraron en él.

—Tu imaginación no está a la altura. Fue una pesadilla.

—No entiendo por qué te empeñas en seguir los dictámenes de esa déspota y no le pones freno—graznó Grayson.

—Coincido—añadió Francis, y a Hugh no se le pasó la mirada curiosa de Jhon sobre él.

Sus amigos no eran timoratos a la hora de expresar el desprecio que sentían por su madrastra, y era un sentimiento nacido de años de observar cómo Hugh era maltratado y denostado verbalmente.

La mujer no era tímida a la hora de hacer saber sus opiniones sobre su hijastro, y su inadecuación para todo.

—Debe haber sido difícil volver a Francia—indicó Jhon, y Hugh asintió.

—Sí, y aunque las circunstancias fueron tan distintas, fue igual de malo. Si la nuestra es una sociedad con reglas, etiquetas y convenciones ridículas, el esnobismo de la nobleza francesa es…—hizo un gesto de disgusto.

—Y eso a pesar de que la revolución y Bonaparte arrasaron con la rutina brutal de la corte los Borbones. Los diplomáticos ingleses más veteranos dicen que Versalles antes de 1789 era abrumador.

—Pero el actual rey… No es tonto, o al menos las circunstancias le han hecho aflojar en sus intenciones de someter y exprimir a sus súbditos. Esperar veintidós años por la Corona puede hacer que un hombre sea pragmático—dijo con sorna.

Era sabido el intrincado camino que Luis Estanislao, Borbón coronado como Luis XVIII, debió recorrer para recuperar el trono que esta dinastía había perdido al ser guillotinado su hermano Luis XVI.

Su exilio había sido largo, el final del cual lo cumplió en la misma Inglaterra, y fue esta la cabeza de las sexta y séptima coalición que lo llevaron al trono de Francia, dos veces.

—¿Cuál era el interés de lady Avery en ir a París y arrastrarte con ella?—inquirió Grayson, sus ojos entrecerrados.

Hugh sacudió su cabeza.

—¿Molestarme? ¿Ponerme de malas? Porque la charla inocua, las pretensiones vanas y ridículas de su familia, por otra parte lejana, me pusieron los nervios de punta.

—Lo dicho, no entiendo por qué…

Tampoco yo, Grayson, pensó. No era lógica la manera en que buscaba complacer y atemperar la prepotencia de esa mujer cediendo a sus ridiculeces, pero era la única familia… Conexión con algo parecido a esto que tenía. Se encogió de hombros y dirigió su mirada a Jhon.

—¿Cómo ha encontrado a su hermana? Debo decir que Francis la tiene entre algodones y sedas, y lady Nessa va a impacientarse si esto continúa.

El que no hubiese estado estas últimas semanas no quitaba que la apreciación era justa, y la sonrisa de Grayson mostró su acuerdo. El duque de Worcester había perdido equilibrio y templanza, al menos en lo que a su esposa se refería. Había sido extraño de ver, desconcertante incluso.

Su actitud con ella no había sido la mejor, Hugh lo sabía, pero había tenido tiempo y acciones para resarcirse. La manera vil en que se había comportado al cerrar a Nessa Campbell el acceso a Francis cuando este estuvo postrado por el accidente de carruaje era un remordimiento que lo molestaba.

Sí, había reconocido su error, y el retar a duelo al maldito instigador del intento de asesinato y terminar con su vida fue su manera de purgar su conciencia. La escocesa que había considerado una mujer manipuladora e interesada era una esposa adorable y adorada por Francis, sencilla y sin dobleces que levantaba su voz y no aceptaba que la callaran.

Por un momento evitó la mirada de Jhon, incómodo por el derrotero de sus pensamientos.

—Nessa está muy bien, y si bien la echamos de menos en Escocia, ha hecho de Inglaterra su residencia. Aquí está su vida.

—Sí, pero eso no significa que no les extrañe, y si las visitas han parado, no dudo que apenas de a luz y pueda viajar, las retomaremos. Ambos queremos que Angus y Maisie sean parte de la vida de nuestro hijo.

—Nuestra madre está expectante y lamenta no poder viajar.

—¿Qué hay de su otra hermana? ¿Cómo está ella?—preguntó, y se movió en su asiento, cuidando su tono para no parecer curioso en exceso.

Pero se había preguntado por ella a menudo. Isla Campbell. ¿Qué sería de la bella mujer que había sido tan afectada en aquel accidente? Recordaba el suceso como si fuese hoy, y no

olvidaba la visión de la mujer quebrada y doblada como una muñeca rota, con la cara ensangrentada por un corte profundo y extenso.

Había quedado una huella en su faz, lo sabía por Francis y por las breves alusiones en conversaciones entre este y Nessa. La duquesa de Worcester estaba muy preocupada por su hermana, que se aislaba y prefería la soledad.

Una pena que un accidente hubiese arruinado así las esperanzas de la mujercita bella que había abrazado la vida social de Londres y la temporada con entusiasmo, y que él no dudó tenía esperanzas de casarse bien usando esos atributos.

Lo descarado y descarnado de sus comentarios para con ella entonces le avergonzaban, porque había hecho su propósito hacerle saber que belleza sin dinero o título no funcionaba bien entre los nobles ingleses. Había sido un cretino de proporciones, por supuesto.

—Isla vino conmigo. Nessa le suplicó que la acompañase estos últimos meses de su embarazo.

La noticia le sorprendió, y arrugó el entrecejo, mirando a Francis, que asintió ante la respuesta de su cuñado. Caray, esta si era una sorpresa. Por lo que había interpretado, la mujercita apenas dejaba su habitación en la propiedad familiar.

—Tu hermana debió ser muy convincente. Tenía entendido…

—Hugh…—rezongó Francis, que de habitual se impacientaba con la que llamaba su *malsana curiosidad.*

—Nessa es una fuerza natural, y cuando se propone algo, dirige sus esfuerzos redoblados a ello.

—No lo podría haber dicho mejor—sonrió Francis, y Hugh suspiró.

El hosco duque de Worcester, un hombre de negocios aguzado y de temperamento fuerte era arcilla en manos de Nessa.

—¿Se recuperó de sus heridas?

—La pierna está bien, no le molesta. La cicatriz de su rostro, empero…—Jhon suspiró y Hugh hizo un gesto de pesar—. Es la razón de su reclusión, y Nessa fue enfática al prometer que estarían tranquilas en Worcester Manor.

Por supuesto, la propiedad rural de Francis era el lugar ideal para que Nessa transcurriera los últimos meses de su embarazo con tranquilidad y respirando aire fresco y limpio. Y para que la devastada hermana menor de los Campbell la acompañara sin sentirse observada y acomplejada.

A diferencia de otros nobles, el duque de Worcester y su familia no eran de los que invitaban a extensa cantidad de nobles a pasar días de fiesta, caza, cabalgatas y juegos, además de cenas sofisticadas.

—Nos marcharemos en dos días. Casi todo está listo, Anne se ha encargado de ello. Por

fortuna aceptó acompañarlas y tu tía accedió—agregó Francis, y Jhon asintió.

—Anne fue una compañía invaluable en Escocia y mis hermanas la adoran. La tía Brodie es una mujer generosa.

—Espero que nuestras visitas allá no sean vistas como una intrusión—dijo Grayson, y Hugh se giró para observarlo, una sonrisa divertida en su faz.

Su amigo estaba muy interesado, fijo, diría, en Anne Holloway. Y eso era una novedad más que interesante, considerando su comportamiento casi monacal. Discreto, decía Grayson, y le espetaba que el que no gritase sus aventuras a los vientos y la prensa, como hacía Hugh, no implicaba que no las tuviese.

—Eres bienvenido allá, y tú también, Hugh. Lo digo para que parezca que te invito, porque sé que irás igual.

Sonrió con suficiencia, y aunque había un trasfondo de impaciencia en Francis, Hugh sabía que lo recibiría con calidez. Worcester Manor siempre había sido un refugio para él, de la misma forma que lo sería para Isla, imaginó.

—No molestaré ni seré grosero, lo prometo.

—Lo sé, Hugh. No hay necesidad de que lo digas, hemos visto más que tu fachada desde siempre—dijo Grayson, que se hizo atrás, y sonrió—. Por supuesto que entendemos que su hermana puede sentirse agobiada, pero no haremos nada que la incomode. El lugar es inmenso.

—Me imagino que debe ser terrible perder aquello por lo que los demás nos consideran y aprecian—Hugh dejó escapar su pensamiento en alta voz, y lo lamentó de inmediato, porque lo que era una reflexión piadosa, a su entender, crispó el rostro de Jhon.

—Nosotros jamás definimos a Isla por su belleza, que no ignoramos. Ella es más hermosa por dentro, y su inteligencia y cultura rivalizan con su bondad.

—No me cabe duda alguna, y me disculpo si soné altisonante.

A la interna, empero, no dejaba de considerar que la carta social que tenía para jugar era esa, su hermosura, mal que le pesara a Jhon. Y sí, que fuera bonita no quitaba que fuese también sagaz y culta.

No la conocía, salvo las contadas ocasiones en que socializó con ella en las galas, algunas danzas y charlas breves. Pero había aprendido a apreciar a Nessa y su honestidad, y no creía que fuese muy distinta de Isla. Aunque la acusó de ello la pasada temporada, se recordó. La realidad era que tenía cosas por las qué disculparse, si se daba la ocasión y ella se lo permitía.

Esto podía ser difícil. Las mujeres bellas solían ser vanas, su experiencia con estas le habían dejado esa enseñanza. La imagen de la que le había marcado cuando muy joven danzó en primera plana en su mente, pero la apartó con la firmeza que le daba la experiencia. No quería recordarla, y no lo haría. No había lugar para dolores auto infligidos en su presente.

Capítulo 4.

La conversación en la sala contigua a la que Isla se había refugiado se mantenía entusiasta, salpicada por risitas y exclamaciones de júbilo de las tres mujeres que rodeaban al joven que estaba de visita.

El hijo del barón de Seaford, así lo había nombrado el ama de llaves cuando le ofreció servirle el té en la salita coqueta en la que ahora estaba. Un detalle incitado por su hermana, por supuesto, que no había dejado de bañarla en amor y consideración desde que habían arribado a Londres y a la mansión Worcester.

La mansión de Nessa, se dijo, y sonrió con calidez, llevando la taza de labrada porcelana, finísima, a los labios. Jhon y ella habían arribado un día antes de lo esperado porque el carruaje nuevo y los corceles veloces, además del clima, les habían acompañado.

Las diferencias entre este viaje y el que la había traído aquí tiempo atrás eran abismales. La primera vez que había partido de Edimburgo, cada detalle del paisaje que transitaban la había extasiado. Había estado ansiosa y expectante por sumergirse en el mundo que la esperaba.

La compañía había sido interesante ya que además de ella, Nessa y Anne, les acompañó un matrimonio de comerciantes que habían amenizado el viaje con charla interesante, y con los que se habían entretenido y conversado sin parar. Incluso bailaron, recordó, en aquella taberna de camino.

Nessa había estado a la defensiva y un pelín gruñona, lo que había atribuido a nervios y reticencia, aunque luego supo que estaba muy preocupada por las deudas familiares. A las que ella había estado ajena, su cabeza como la de un pájaro, llena de ilusiones.

Nada de eso estuvo presente en el viaje que culminaron ayer. Fueron ella y Jhon en un carruaje elegante y cómodo que implicó un gasto considerable, e Isla estaba segura de que esto había sido planificado por Nessa y pago por el duque… *Francis*, se corrigió, porque él insistía en un trato desestructurado y había eliminado los *Excelencia y Su Gracia* entre ellos.

Suspiró. Venir había supuesto un cambio abrupto, y las emociones durante el recorrido habían sido duda, ansiedad, temor, tristeza, aunque también el deseo de ver a Nessa otra vez y acompañarla. Por ella estaba aquí, desafiándose.

El caso era que al llegar antes, había más gente alrededor de la que desearía, como el caso actual. Mas no podía exigir que el mundo se detuviese por ella y su circunstancia.

El barón era el pretendiente de Bonnie, una de las cuñadas de Nessa, que por fin había tenido su historia de amor y esta estaba por llegar a su punto cúlmine. La boda estaba en proceso de planificación y en un mes la joven cumpliría su sueño de casarse con el hombre que la había enamorado a pesar de su timidez y falta de refinamiento, como había mencionado la madre del duque.

Una matrona que había crecido en su estima con el tiempo, luego de que se había mostrado adecuadamente contrita y arrepentida de sus acciones y de sus dichos para con Nessa.

Su hermana y la suegra habían reconstruido su relación y hoy día era buena, o al menos así lo aseguraba Nessa en sus cartas. Isla había visto cordialidad y conexión educada entre ambas, y que la noble la hubiese recibido con calidez y frases de aliento, sin mencionar su apariencia, fue un alivio.

Más lo era saber que ella no viajaría a la residencia rural de Worcester Manor porque los arreglos de la boda se llevaban toda su atención. Olivia sí les acompañaría, pero era encantadora y en breve participaría de su segunda temporada con calma y sin grandes aspiraciones. Así se lo había dicho, riendo.

La amistad que la joven Worcester había forjado con las primas solteras de Nessa e Isla la hacían sentir en su elemento, había agregado, en especial Maude y Elizabeth. Y también Edward, había mencionado, arrebolada. Isla se preguntó si la menor de los Worcester había desarrollado sentimientos para con su primo más querido y divertido, el hijo de la tía Brodie. Eso sería bonito, decidió.

Voces masculinas nuevas y más altas se unieron a la reunión, e Isla elevó su cabeza, nerviosa, intentando reconocerlas. La ansiedad se expresó en el movimiento de su rodilla y la leve agitación de su respiración. ¿Cómo es que continuaba llegando gente?

Su mirada se dirigió a la puerta que comunicaba ambas salas, que estaba apenas abierta, y la posibilidad de que los presentes vinieran a ella la llenó de incertidumbre. Comenzó a incorporarse, dispuesta a huir por la otra entrada, la lateral que comunicaba a un pasillo y este a las escaleras que conducían a la recámara donde la habían ubicado.

Entonces escuchó la voz de Jhon y Francis, lo que la calmó. Habían vuelto. Se sirvió un poco más de té, y justo cuando hincaba su diente en una masa deliciosa, una voz grave que reconoció de inmediato la envaró. ¿Ese era…?

—Tiene un gusto exquisito, señor Seaford. Bonnie es una mujer encantadora, inteligente y dulce, y estoy seguro de que serán muy felices.

—Gracias, Hugh, me abrumas con tu gentileza—contestó Bonnie, e Isla estuvo segura de que la adorable mujer estaba sonrojada.

La sencillez y falta de vanidad de las hermanas de Francis era remarcable, pensó, considerando lo importante que era la posición de su familia en la nobleza inglesa.

—Me aseguro de decir alto y claro lo que quienes te conocemos pensamos, y no tengo duda de que el futuro barón ya lo ha comprobado.

—Es así, y no podría coincidir más—dijo este.

—Esa lengua tuya siempre tan almibarada, querido Hugh, pero claro que en el caso de mi Bonnie, no dice más que la verdad—dijo la matriarca Worcester, e Isla plegó sus labios en un

gesto de disgusto.

Ese duque podía ser encantador cuando se lo proponía, y la relación que lo unía con la familia de Francis era muy cercana, pero para ella no era más que un hombre vano y que podía ser cruel.

Con ella lo había sido. Fue más indiferente que otra cosa, argumentó su voz interior más medida, pero desechó la templanza con virulencia. Recordaba muy bien el rictus suficiente y las frases impenitentes y poco amables que le había dirigido, haciendo énfasis en su pobreza, su falta de recursos, y sugiriendo intenciones codiciosas y calculadas por su parte.

—Isla, querida, ¡qué gusto verte!—la voz femenina baja la sacudió, y la que la abrazó por sorpresa fue una Anne llorosa y conmovida.

La abrazó de vuelta y por unos instantes no hubo más que lágrimas y sonrisas entre ambas, mirándose y susurrándose saludos y bienvenidas.

—Shh, calla, no hablemos alto, que la sala de visitas está llena y no quiero atraerlos—dijo Anne—. ¡Estuve tan feliz cuando Nessa me dijo que vendrías! Y que tu tía me haya liberado para poder ir con ustedes a Worcester Manor…

—Eso es encantador, Anne. ¡Lo que he extrañado nuestras charlas!—dijo, abrazándola, y no mentía.

Anne se había convertido en parte de su familia a pesar de no compartir sangre y de que la conocieron apenas hacía unos años. Había ido a Escocia enviada por la tía Brodie, la hermana de su padre, quien se había comprometido a pulirlas como joyas para el momento de la presentación en sociedad, y Anne había sido la encargada de enseñarles reglas de etiqueta, moda, posturas, uso de utensilios, y tanto más.

Pero lo había hecho con cariño, a la vez que con empeño, lo que había sido importante en el caso de Nessa, que siempre prefería cabalgar a danzar. Sonrió con luminosidad y palmeó el asiento a su lado.

—También te he extrañado, Isla. La casa de tu tía nunca fue lo mismo sin ti y Nessa, aunque por fortuna esta nos visita a menudo y las invitaciones a esta mansión no escasean. ¿Viste qué bonita está Nessa?

—Radiante—coincidió—. Tú también estás preciosa, aunque se te nota cansada—indicó.

—La labor no escasea en la casa del conde de Atholl.

Isla asintió, reparando un poco más en las ojeras. Su tía era maravillosa con la familia, ayudándolos siempre que podía, y el que las hubiese recibido con generosidad era perfecto, pero con Anne…

Lady Brodie se comportaba severa, fría, y no entendía por qué. Anne no era sino amable, generosa, talentosa. Una artista, eso era, pero nadie lo diría en casa del conde, donde se la trataba como una sirviente más. Eso era doloroso de ver, y al parecer no había cambiado.

—Podrás descansar en Worcester Manor. Caminaremos, montaremos, juntaremos flores, podrás tocar tu…

—Vaya, me pareció escuchar voces por este lado, y mi aguzado sentido del oído no me engañó. Señoritas…

La voz del odioso duque de Lycombe llenó la estancia, e Isla palideció y bajó su cabeza de manera instintiva, dejando que la mata de cabello cayera sobre su cara.

—Su Excelencia—escuchó que Anne le saludaba.

—Hugh, ven aquí—se escuchó a Francis decir y entrar también, seguido por Nessa, que de inmediato fue hasta ella y se colocó delante de manera casual, escondiéndola de la vista del odioso, que se mostró imperturbable.

Isla le observó de reojo, y percibió que si bien él sonreía a Anne y hacía gestos de asentimiento a la charla, estaba quieto en la mitad de la sala y no hizo caso a la invitación de su amiga para volver a la sala de visitas. Su mirada se enfocó en ella, abrumadora, quemante, como si no parpadeara.

—Señorita Isla, quería saludarla y darle la bienvenida a Londres, otra vez. Francis y su hermana están encantados, y lo que a ellos les alegra, también a mí.

—Gracias—respondió, y le rebeló que su voz fuera tan baja, y no le miró, aunque hizo un gesto de asentimiento con su cabeza.

—Hablaremos más en la cena. Francis siente pena de mi soledad y me ha invitado. Espero no le moleste.

¿Por qué insistía en hablarle?

—Esta no es mi casa, no osaría opinar sobre a quién se invita—indicó.

En su fuero interno comenzó a preguntarse si había hecho bien en venir.

—Perfecto, es un alivio. Por cierto, y perdone si sueno atrevido, pero se la ve diferente. Solía usar colores más vibrantes, y le sentaban bien. Estos oscuros… Me temo que no son lo suyo.

Abrió su boca en descrédito, congelada en su sitio. ¿Con qué derecho…? ¿Cómo se atrevía él a señalar, a sugerir…? Abrió y cerró sus manos y buscó aire, porque había dejado de respirar.

Escuchó un sonido sordo y luego una queja masculina, y torció su cabeza para visualizar su entorno. El duque de Lycombe se frotaba el hombro y rezongaba, pero eso no impidió que Francis asestara un golpe en su bíceps, y luego se inclinara para susurrarle con severidad y señalarle la puerta.

No tuvo duda de que su cuñado estaba recriminándole la irrupción en este espacio y los comentarios, y se sintió humillada al considerar que ese hombre… Ese libertino no tenía por qué saber que ella no quería, no se sentía con fuerzas para socializar y mostrarse amable, dulce,

interesante y atenta.

No tenía por qué opinar sobre los colores que le sentaban y los que no, sobre quién había sido y quién era, consideró con rabia ciega. No quería que la viese con pena y le dijera que si antes había creído tener alguna oportunidad de codearse con los poderosos, ricos y nobles como él, hoy esto era impensable.

Se concentró en mirar adelante, sus ojos clavados en el hermoso bodegón que adornaba una de las paredes de la sala, y dejó que el entorno desapareciese, el ruido en su cabeza alto y una punzada en su pecho lastimándola.

Venir había sido un error. Nessa quería lo mejor para ella, su familia política era gentil y la recibió con cariño, Jhon no permitiría que nada le ocurriese, mas… No podían evitar que el resto del mundo se acercase y opinase sobre asuntos que le dolían y para ellos eran meros detalles.

Isla no estaba preparada para confrontar a ese tipo de personas, de las que el duque de Elywood era un ejemplo. No estaba lista para que los comentarios y las miradas no la afectaran. No estaba…

—Isla… Isla, querida, tranquila… Está todo bien, mírame. Por favor, escucha…

La voz de su hermana permeó la niebla de su mente, y miró las manos que envolvían las suyas y el rostro de Nessa apenas a centímetros, afligida y llorosa al intentar calmarla. *No es justo, no puedo hacerle esto, está embarazada y aquí está, doblada al medio y angustiada por mí.*

Se forzó a adoptar una postura menos rígida y a esbozar una tímida sonrisa que escondiera el sacudón interno. Podía fingir, podía mostrar una coraza y tranquilizar a la que siempre la protegía, a la que había sido su escudo contra los problemas desde que tenía memoria.

Nessa la abrazaba cuando tenía malos sueños y se colaba en su cama para contarle cuentos de magia bonita cuando eran dos niñitas. La llevaba a pasear tironeando del caballo manso que apenas caminaba. Se guardaba las malas nuevas y le aligeraba las cargas.

Como cuando le ocultó que tenían problemas económicos y la dejó que gastara en vestidos, que gastara, danzara y disfrutara del sueño de participar en la temporada social de Londres.

—Estoy bien, Nessa, no te inquietes, en serio. Es que ese hombre es tan obtuso, tan tonto que me irrita y me hace enojar—susurró, y apretó la mano de su hermana, extendiendo la sonrisa.

Nessa la observó, dudosa, evaluando sus expresiones, su postura, e Isla no bajó la mirada, decidida a darle su mejor actuación. Ni en sueños haría que Nessa lamentara haberla empujado a venir, a pesar de que ella misma dudaba de lo acertado que esto era.

Isla no había hablado del accidente con su hermana, no de verdad, pero intuía que esta

tenía que sentirse culpable. Así era Nessa, asumiendo cargas que no debía, solo porque amaba a su familia.

—Oh, Isla, sí, Hugh puede ser muy frustrante, frío incluso—suspiró, y se sentó a su lado. Isla observó que estaban solas, y agradeció que Francis hubiese quitado al otro duque del medio —. Aunque no lo parezca, sin embargo, no me queda duda de que quiso darte la bienvenida y hacerte sentir cómoda—dijo Nessa, e Isla abrió su boca con sorpresa y parpadeó.

—¿Es que estás loca, Nessa? Ese… ese hombre es cruel y no mide sus palabras. Estoy segura de que si hubiese estado unos minutos más habría dicho algo más hiriente. Sin duda me hubiese hecho saber mi inadecuación, que ya existía, y que no estoy apta para estar en uno de los mismos salones que él pisa.

Se incorporó, decidida a no seguir con el tema y con la necesidad de estar sola para rehacerse. Mostrarse indignada y molesta era algo que Nessa valoraría más que verla triste y sin consuelo, y su ánimo iba en esa dirección, por lo que tenía que salir de su vista.

Alisó su falda, mientras Nessa se apresuraba a ponerse a su lado y luego a seguirla por el pasillo.

—Isla, te prometo que no habrá tanta gente en la casa solariega…

—Nessa, no dejes que esto te preocupe, ¿sí? Estoy cansada y quiero refrescarme antes de la cena.

—¿Cenarás con nosotros?

Nessa inquirió con ansiedad, e Isla asintió, a su pesar, lo que distendió la faz de su hermana.

—¿Ese hombre va a estar también?

—Sí, Francis le invitó. Hugh suele cenar con nosotros cuando está en Londres. Así como lo ves, que parece un hombre al que nada importa y se lleva todo por delante, no tiene a mucha gente a su alrededor.

—Por algo es—argumentó, y Nessa sacudió su cabeza, pero no agregó nada más, incitando una leve curiosidad en Isla, que mató de inmediato.

No le importaba ese duque cruel e indiferente. Pero como parecía que estaría alrededor aquí y no dudó que iría a la casa solariega, era mejor que se acostumbraba a su presencia y optara por una estrategia para lidiar con él.

Ignorarlo, eso sería lo mejor, y no actuar como una desencajada o recluirse. Había venido para estar con Nessa, y no cometería el error de hacerle pasar tragos amargos a su hermana. Esta había tenido muchos de esos.

Si usó la excusa del cansancio del viaje para retornar a su habitación, tenderse en el lecho y sentir el alivio en su espalda baja y caderas le hizo notar que no había exagerado.

Habían sido cinco días de bamboleo, y a pesar de que el carruaje era moderno y absorbía

parte de del traqueteo, había dormido poco y mal. En contraste, las camas de las posadas en que pernoctaron eran cómodas. Mas su ansiedad y nerviosidad habían hecho que se durmiera muy tarde, y cuando caía rendida, tenía pesadillas que la despertaban. La sensación de caer, de vacío bajo sus pies, de su cuerpo absorbiendo el dolor de golpes era recurrente.

Suspiró y estiró sus brazos arriba, mirando sus manos, que entrelazó y trajo luego sobre su pecho. *Todo estará bien*, se dijo, *estoy rodeada de gente que se preocupa por mí. Mis dos queridos hermanos están conmigo y no permitirán que nada me ocurra. Solo debo ser más fuerte y no dejar que me afecten las cosas nimias.*

Como la llegada de ese *duque.* Su Gracia, el duque de Elywood. Hugh, como le llamaba su cuñado. ¡Qué hombre tan frío y pagado de sí mismo! Uno al que le gustaba escuchar su propia voz, porque no parecía poder callarse y soltaba lo primero que se le venía a la lengua, sin consideraciones de cortesía o propiedad.

Como el hombre poderoso que era, acostumbrado a hacer y deshacer, señalando, averiguando, juzgando. *Se necesita más que una cara de ángel y levedad en los pies para lograr una alianza matrimonial*, recordó una de las frases que le había espetado con suficiencia detrás de su disfraz en la mascarada a la que ella y Nessa habían asistido la pasada temporada. Y hoy, lo que había dicho de los colores…

—Pero tiene razón—susurró.

Tenía que admitirlo, se había abocado a que la tristeza que sentía, el desconsuelo, se hiciesen evidente en lo que usaba. Llevaba su decepción como manto, en forma de vestidos oscuros y sin gracia que no iban con ella. Había adorado los atuendos de rasos y sedas en magenta, azules, con flores, los rosas… Todavía le encantaban.

Si ella veía el esplendor de la naturaleza, o las maravillas de la arquitectura y el diseño de esta mansión y los jardines, así como había apreciado el pasaje por las calles comerciales al llegar. Era como si el accidente la hubiese succionado y hubiese abandonado su yo genuino para dejarse envolver por lo que la ponía de peor ánimo.

Eso era lo que su madre había intentado hacerle ver cada vez que irrumpía en su habitación con ramos de flores fragantes para adornar su espacio. O cuando le dejaba alguno de los vestidos que había usado en Londres sobre el lecho, extendido, como si le dijera que la esperaba, que aún le quedaba y sentaba.

Su pobre madre, Maisie, no había dudado en gastar el dinero que quedaba luego del pago de deudas en adornar el viejo castillo escocés con tapices coloridos y pinturas. Quería que no olvidara que la belleza estaba a su alrededor, y le recordaba a diario que no la había perdido, que una marca en su faz era un detalle.

Tu bello rostro tiene una huella de vida, mi querida. Tus ojos maravillosos, tus rasgos finos, la suavidad de tu piel, lo sinuoso de tu talle se mantiene. Pero sobre todo, tu dulzura, tu

fuerza, tu inteligencia, está ahí, guardada. Esperando que tu corazón entienda que eres mucho más que belleza física. Tal como querías, Isla, los que te amamos y aquellos a quienes se lo permitas van a verte, en tu esplendor. Y qué premio excepcional eres, hija mía.

Lo que lograba el amor. Cegaba a las personas. *No importa, nada importa salvo que los que quiero estén bien, y si tengo que tolerar a ese hombre desagradable por un rato, que así sea. Mi prioridad son Nessa y mi sobrino, o sobrina.*

Capítulo 5.

—Eso fue impulsivo, Hugh, y precisamente lo que te pedí que evitaras—dijo Francis, sentándose en su sillón sin quitarle los ojos de encima, su ceño fruncido—. Las dudas que tenía al extenderte la invitación eran acertadas—gruñó más bajo.

—Me equivoqué, lo lamento, tienes razón—respondió, serio.

No necesitaba que Francis le dijera que se había comportado de una manera imperdonable con esa mujercita, su mente lo estaba fustigando por ello desde que fue consciente de que su lengua dejó fluir lo que pensaba sin filtro.

Si tenía que esbozar una defensa, aunque pobre, era que lo había impactado el aspecto de Isla Campbell. La advertencia de que se abstuviera de comentarios improcedentes porque la hermana menor de su esposa no estaba en su mejor estado emocional no había hecho mella en él. No había creído que la situación fuese tan seria.

Su lado caballeresco, que existía y de habitual iba de la mano de la prudencia en presencia de las damas, se fue a la basura cuando sus ojos divisaron a Isla en postura y vestimenta de matrona añeja rodeada de un halo de tragedia y tristeza sinigual.

—Me sorprendió—dijo, acercándose a la silla próxima a la ventana, y se sentó con pesadez—. Te escuché, pero no imaginé que la hermosa mujer que conocí, sonriente y vivaz, fuese la misma con la que me topé en esa sala. Es como… Como si le hubiesen succionado vida, color, Francis—completó, meneando su cabeza.

Su amigo bebió con lentitud y asintió, y luego chasqueó su lengua.

—Nessa está muy preocupada por ella. Frenética, diría más. Estar lejos sabiendo que Isla estaba sumida en la melancolía la carcomía, y por ello demandó su presencia aquí. Ellos están muy angustiados, incluso Jhon, y si bien habló poco en el club, conmigo se explayó más. Isla pasa recluida en su habitación o en la biblioteca del castillo. No hace nada de lo que solía gustarle. Ha cambiado su vestimenta, no habla con nadie que no sean sus padres, Jhon o la servidumbre más cercana.

—No entiendo. ¿Cómo puede haber cambiado tanto por un accidente? Debo haberme perdido de algo—argumentó, y Francis suspiró.

—¿Es que no has visto su rostro?—su amigo rodó sus ojos, y Hugh bufó y asintió con vehemencia.

—Claro que sí, lo que ella dejó ver con media cara cubierta por su cabello. Sí, sé que tiene una cicatriz, Francis, no soy tonto. Mas lo que se aprecia al mirarla sigue siendo tan apetecible e interesante como antes, con excepción de que va cubierta de aburridas prendas color noche.

—Hugh… No se te ocurra decir algo así a Nessa o …

—¿Crees que tengo deseos suicidas?—gruñó—. Esa mujercita tuya me caería a guantazos y su hermano me retaría a duelo, no lo dudo. Lo que quiero decir…

—Sé lo que dices. Isla es muy hermosa, pero para ella todo cambió el día del accidente, Hugh. Una cicatriz como la que porta… ¿Cómo crees que hace eso sentir a una joven a quien toda su vida ensalzaron por su belleza?

Sí, Francis tenía razón, por supuesto. Hugh parpadeó y llevó sus manos atrás, enlazándolas en la espalda baja mientras giraba para observar el exterior de la propiedad. Él más que nadie debería entender que las apariencias eran máscaras traidoras y escondían putrefacción, dolores y decepciones, ¿no era así?

¿Qué importaba que él y otros hombres vieran a una mujer de cuerpo fantástico, cabellera brillante y sedosa, labios llenos y palpitantes, cuello grácil y delicado cuando observaran a Isla Campbell, si ella se veía…? ¿Marcada, desagradable, fea? No tenía idea de lo que pensaba o creía, por supuesto.

—Me disculparé—dijo.

El sonido de la puerta al abrirse hizo que se volviera. Nessa ingresó al escritorio con una expresión tormentosa, y las manos en las caderas. Francis suspiró, y Hugh supo que no tendría apoyo en él. De reojo vio que incluso esbozaba una sonrisa, el traidor.

—Su Excelencia, Hugh, si me permite, voy a hablar con libertad absoluta… No, no, no, no diga nada, y escuche muy bien—Hugh cerró la boca que había abierto para hacer saber su arrepentimiento y prometer no repetir el error—. Mi hermana es una mujer excepcional. Cálida, genuina, dulce, culta, incapaz de dañar a nadie y siempre dispuesta a extender su mano para ayudar a quien la necesita, rasgo del que he tomado ventaja para pedirle que viniera a mí. Una sola me pidió, y fue no exponerla a situaciones como la que usted generó apenas hace minutos.

—No quise…

—No ignoro el cariño y la amistad que usted y mi esposo se tienen…

Joder, había dejado de tutearlo, incluso, lo que demostraba que su furia era intensa.

—Querida, respira y cálmate. Hugh no puede evitar ser un zopenco, es parte de su identidad—dijo Francis, que se sentó con calma y le sonrió, divertido.

—Va a envolver su identidad en mucha seda y miel si quiere continuar accediendo a esta casa—indicó, y Hugh elevó una ceja, alarmado por la seriedad de la escocesa.

—Nessa, no me parece…—intervino Francis, que se hizo adelante en la silla, menos distendido.

—Esta es la oportunidad de sacar a Isla del caparazón en que se envolvió, Francis— Nessa dejó de mirar a Hugh y fue hasta su esposo, que tomó sus manos y las besó, y luego hizo lo mismo con su barriga.

Era una imagen tan íntima que descolocó a Hugh, que parpadeó, y consideró si debería

salir, si la paliza verbal ya habría terminado, pero las pupilas de Nessa estuvieron sobre él otra vez.

—Exhibirá su mejor comportamiento en la cena. Evitará hablar a Isla, o siquiera mirarla.

—No creo que hacer como si no estuviera sea adecuado—argumentó, y Nessa hizo un sonido de indignación y miró a su esposo, que se encogió de hombros—. Quiero decir, a las mujeres les gusta que las vean, que las consideren, que…

—Dudo que sepa con claridad que les gusta a las mujeres, salvo… Nada, nada—sacudió Nessa su cabeza—. Hablo en serio. No molestes a Nessa. Y si pretendes ir a la casa solariega, lo que creo, téngalo en cuenta. Entre el bienestar de mi hermana y el suyo, mi opción será siempre clarísima—espetó, luego dio un giro y salió de la habitación.

—Estas escocesas, qué veta dramática que tienen—dijo, y Francis rio.

—Deberían saludar el que te digan a la cara lo que piensan, Hugh. Yo lo hago, lo disfruto. No hay engaños ni dobleces en Nessa, dice lo que piensa y con pasión. Es lo que me enamoró de ella, entre otros aspectos. Y su hermana no es distinta, aunque más medida. No es algo que apreciaremos pronto, pero confío en que sacarla de su castillo ayudará a que recupere gusto por el mundo y apreciación por la mujer que es.

El golpe breve en la puerta anunció al mayordomo, que hizo saber que la cena se serviría en breve, y ambos se dirigieron al gran comedor de la mansión. El bullicio de la cháchara femenina les recibió, y Hugh recorrió la mesa con su mirada. La madre y hermanas de Francis estaban sentadas en uno de los lados, y a su frente, Nessa, Anne e Isla.

Hugh se dirigió a la silla junto a la de Olivia y la ubicación le hizo quedar en leve diagonal a Isla, sobre la que pasó su mirada con descuido, pero no dejó de ver que había cambiado su vestido por otro menos oscuro, en un azul que contrastaba con la cremosa piel de su cuello y escote alto.

La conversación apenas si medró mientras Francis se sentaba a la cabecera y las sirvientes servían los cortes de carne, las patatas y ensalada. El tema predominante era el casamiento de Bonnie, y él se sumergió en la conversación con naturalidad.

Estas dos jovencitas eran como sus hermanas menores, y que ya estuviesen inmersas en el mundo del cortejo y preparativos para comenzar sus familias era increíble.

—¿Qué piensas, Hugh?—Olivia le inquirió con excitación—. ¿No crees que Bonnie y el señor Jonah Seaford son perfectos el uno para el otro?

La jovencita acompañó la pregunta con un suspiro y una sonrisa que delataba que esperaba una respuesta positiva y ya imaginaba algo así para ella. Hugh asintió.

—Mm, sin duda. Es un hombre serio y con gran talento para los negocios, eso dicen.

Evitó agregar que esa era la razón para que su padre, el barón de Seaford, todavía tuviese

liquidez y no hubiese perdido sus propiedades. El hombre tenía en Ascot su segunda casa, y sus apuestas solían ser alocadas, desesperadas.

Su mirada se detuvo en Francis, que lo miró e hizo un leve gesto con su cabeza. Sí, su amigo estaba enterado al detalle, por supuesto. No habría dejado piedra sin levantar para saber los antecedentes y situación de esa familia, y si la boda seguía en pie, era porque había habido una interesante charla entre el prometido, Jonah, y Francis.

—Cuéntenos sobre su viaje, Excelencia. ¿Es París tan bonito como cuentan?—dijo Anne, con suavidad, y le pareció revelador que la mujer estuviese tan cómoda aquí como para intervenir.

Había sabido que su vida en la casa del conde de Atholl no era de las más cómodas, y viejos rumores al respecto aparecían de tanto en tanto, en especial en el pasado año luego de que la excelsa música había interpretado su clavicordio en algunas veladas de la nobleza.

—Es una ciudad interesante. Se nota todavía la conmoción que Bonaparte provocó entre los franceses, dividiéndolos más que la propia revolución.

—¿Cómo es eso?—se interesó Bonnie, siempre la curiosa lectora, y Hugh le sonrió.

—La restauración de los Borbones no ha sido sin conflictos, y se nota en el nerviosismo de los nobles retornados, a pesar de que sus celebraciones intentan acercarse a la pompa y el boato de la corte del siglo pasado. Hay protestas por las calles por la carestía y la falta de productos, y por el no cumplimiento que Luis XVIII ha hecho de promesas exageradas formuladas al calor de su deseo furibundo de volver al trono.

—No es algo que nos sea ajeno—intervino Francis—. Eres consciente de lo complicadas que están las negociaciones con algunos gremios, de las presiones para cambiar reglas y hacer surgir otras a favor de los desamparados. Una parte de nuestros pares se niega y eso tiene al sistema en tensión.

Asintió, y su mirada se desvió al resto de los comensales, pasando por encima de Isla, y deteniéndose un segundo en ella, que lo miraba y bajó su vista con rapidez. Maravillosos ojos, intensos y enormes.

El cabello estaba peinado en una trenza que caía sobre un hombro mientras un grueso mechón peinado como un bucle cubría con estrategia la mejilla opuesta. De no haber sabido que había una cicatriz allí no lo hubiese detectado, consideró. De inmediato se recompuso y recreó su sonrisa liviana, volviendo sobre el tema.

—Me aburrí a morir, he de decirlo. Al tercer día no tenía lugar por visitar, y fui arrastrado a galas interminables.

—¿Qué lo llevó allí, su Gracia?—inquirió Anne, curiosa.

—Hugh, señorita Anne, dígame Hugh. Y en respuesta a eso, la presión de mi señora madre, que tiene familia allá y adora todo lo que venga de París. Su equipaje se multiplicó para

el retorno.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Adoro los vestidos franceses!—suspiró Olivia, y hubo sonrisas.

—Demasiado recargados para mi gusto—acotó su madre.

—Y costosos. Aunque tengo la impresión de que el hecho de que fuese inglés duplicó su precio. No somos bien considerados entre los sectores medios, y menos aún entre los jornaleros y obreros…

—Esos sectores sentían a Bonaparte como un representante más cercano que la realeza de sangre—intervino Francis—. No pocos lo extrañan y confían en su retorno.

—Oh, por Dios, eso no es posible, ¿verdad?—se horrorizó Bonnie, y Hugh suspiró.

Sabía que la repulsión de la mujer tenía que ver con el hecho de que la guerra provocada por el general francés había llevado a Francis lejos y lo había puesto en peligro.

—Pues no. Nuestro ejército lo derrotó dos veces, y lo colocó en una isla perdida en el Océano, donde vive, o vegeta, mejor dicho, vigilado y controlado. Es el emperador de una peñón en el mar, podríamos decir. Y así debe ser. Todo el que considere que puede arrollar la soberanía de otras naciones y llevar el conflicto a sus puertas, debe ser contenido.

—No te sabía tan apasionado en la política, Hugh—dijo la matriarca de los Worcester—. Me alegro que hayas encaminado tu vida y asumas postura.

—Madre, Hugh ha tenido este pensamiento desde siempre y lo reafirma en el Parlamento sesión a sesión, del mismo modo que es un defensor fiero de leyes que hagan de nuestra sociedad una más justa para los que trabajan para ganarse el pan a diario—dijo Francis con paciencia.

—No es lo que se lee de él—intervino Olivia, riendo bajito, buscando complicidad en Bonnie y las demás, pero cuando esta no llegó y hubo unos segundos incómodos, enrojeció hasta la raíz—. Yo… Oh, lo lamento.

—Olivia Worcester, ¿qué maneras son esas?—se indignó su madre, ruborizada, pero Hugh tomó su copa y lanzó una carcajada despreocupada.

—No se inquieten, sé lo que se dice y escribe de mí—sus ojos bailaron de un rostro a otro, y su faz relajada procuró insuflar liviandad en la sala.

Su vista aquilató la actitud de Isla, cabeza baja concentrada en su plato, a pesar de que sus manos estaban quietas y apenas había tragado bocado. Esto llamó su atención, pero desestimó la postura de inmediato.

Por supuesto, ella no estaría interesada en conocer otro lado suyo que no fuese el que corría de boca en boca. Ya tenía su idea sobre él, y Hugh no tenía tiempo ni interés en cambiarla.

—Lo que se dice de otro sin prueba ni necesidad, y con crueldad, es producto del cotilleo envidioso o de la maldad—intervino Nessa con pasión, y Hugh parpadeó y asintió, agradecido por el comentario.

Sus ojos volvieron a pasar por sobre Isla, y sus puños estaban cerrados y los nudillos

blancos. Era probable que estuviese recordando momentos duros. Él mismo tenía memoria de haber presenciado o escuchado comentarios impenitentes sobre las Campbell, y había verbalizado otros.

—Dejemos de hablar de Francia y de ese horrible Bonaparte—se quejó la madre Worcester—. Y confiemos en que no haya otro como él.

—Oh, madre, siempre habrá ambiciosos y aquellos que creen que pueden conquistarlo todo. Y quienes los apoyan. No todos los bonapartistas se sienten derrotados, y hay simpatizantes incluso en Inglaterra.

—Eso sería traición—dijo Bonnie, alelada, y tanto Francis como Hugh se encogieron de hombros.

—Los hombres que así traman piensan más en sus beneficios personales que en el bien de la nación. De la misma forma que los que se niegan a dar derechos o mejores condiciones a los trabajadores—intervino Hugh—. Francis es un excelente ejemplo de lo contrario, su fábrica es un modelo de lo que deberían ser las relaciones entre patrones y empleados. Muchos de nuestros pares no lo ven, no todavía.

—O no les interesa. Incluso quienes deberían representar a sus iguales en la Cámara de los comunes velan por sus intereses más que por quienes les votan.

—Una balanza donde pesa el plato de los que lo tienen todo, y lo imponen sin dudar—intervino Isla por primera vez, con voz muy baja, pero Hugh clavó su mirada en ella.

Una declaración rebelde y apasionada que al menos cuestionaba la imagen de mujer dulce y sin opinión cierta que él tenía en su mente. Había carácter y garras en Isla Campbell, y tal vez lograr que este aflorara podía ser una manera interesante de lograr que dejara de sentir lástima por sí misma y de preocupar a su entorno, pensó.

—Nadie tiene todo, señorita Isla—le dijo, y la tormenta en los ojos que ella le devolvió muy brevemente antes de bajar su mirada fue abrumadora.

Alguien debió herirte mucho para que tengas tan pobre opinión del amor, y de una mujer. Las palabras resonaron en su mente. Nessa le había dicho esto cuando Francis había estado herido y Hugh ayudó a su madre a separar a la escocesa de su amigo.

No había comprendido entonces la profundidad del vínculo creado entre esos dos. Y sí, le habían herido mucho y a pesar de su poder y dinero, le habían dejado claro que era un pobre hombre con propiedades.

—Hablando de temas más livianos, y volviendo al cotilleo, pero positivo…—intervino Bonnie—. ¿Han escuchado que la princesa Carlota está embarazada? Ojalá llegue a término esta vez.

—Oh, seguramente lo hará. Está rodeada de la mejor atención, además de que su esposo es tan adorable con ella. Dicen que ha atemperado su carácter, e incluso el Regente lo considera

adecuado, luego de tantas idas y venidas.

—Ah, los casamientos reales son un verdadero ejemplo de diplomacia y cuando están inmersos entre tanta complicación… El Regente y su esposa no han hecho fácil nada de esto—dijo Hugh, y movió sus cejas.

En verdad, no mentía. La enfermedad del Rey, las amantes del Regente, la infame relación con su esposa y los intentos de adjudicarle amantes y un hijo extramarital, la fuga de la princesa, todo alimentaba la mala imagen de la monarquía y si los liberales eran bien vistos por el Regente cuando joven, al ascender no les había dado mucho sitio en las decisiones.

—Dicen que Leopoldo la calma y es gentil con ella, y Carlota está feliz. Hasta hay apuestas sobre si será niño o niña. Eso es esperanzador—dijo Olivia, con ojos soñadores.

—Lo es, mi querida. Confío en que nuestro país mejorará y nuestros compatriotas accederán a lo que merecen—sentenció su madre.

No retengan la respiración mientras esperan, pensó Hugh, que era un cínico irremediable. Su mirada volvió a recalar en Isla, que comía el postre con extrema delicadeza, y se fijó en sus dedos largos y sin duda suavísimos.

Mira a otro lado, Hugh, no te obsesiones. Te han dicho que prefiere no ser foco de miradas, y Nessa no se anda con rodeos.

Capítulo 6.

Iba de salida, casi llegando a la puerta de la mansión cuando el mayordomo llamó su atención con un suave carraspeo, y su postura envarada y rostro tenso le anticipó que lo que le diría lo fastidiaría

—¿Qué ocurre, Martin?

—Su señora madre… Lady Avery—se corrigió y se apuró a continuar antes de que Hugh hiciera alguno de los gestos de molestia que le eran inevitables cuando esa palabra aparecía para nombrar a la que le había arruinado cualquier posibilidad de sentir amor filial—. Desea que le comunique que espera su presencia en la velada de esta noche.

—¿Velada?—elevó una ceja—. ¿Hace escasos dos días que llegamos y ya se las arregló para organizar una cena con invitados?—miró alrededor y se fustigó por no haber prestado atención al apurado paso de sirvientes que iban y venían—. Por Dios, ¿quién nos honrará con su presencia esta vez?—inquirió con sorna—. ¿La condesa de Guilford? ¿La vizcondesa de Goderich? ¿O ha logrado atraer a la condesa de Jersey? Esa sería una visita interesante—rio con acritud.

La afamada mujer, la amante del Regente, repelía y atraía a su madrastra por igual, o eso creía Hugh. Tanto como a la benemérita lady Avery Lycombe disgustaba la desinhibida exhibición de su amorío con el monarca casado, y la situación que esto había generado con la legítima esposa, la obvia influencia que la noble tenía en la cima del poder era algo que la codiciosa duquesa viuda admiraba. En particular, su condición de patrocinante del selecto Almack´s, donde de seguro quisiera incidir.

—Es la marquesa de Wittham, Excelencia.

Rodó los ojos ante la mención de la mujer que organizaba alguno de los eventos más esperados de la temporada social, y que era una cotilla y casamentera reconocida. ¿Es que lady Avery estaba intentando que incidiera en la selección de alguna noble importante para su hijo?

No dudaba de que hilara esta intención, y había tomado a mal que él se hubiese negado en forma sistemática a promocionar a su hermanastro. No entendía que con su fama, le haría flaco favor a Alan. Aunque no era esa la razón de fondo para que Hugh se negara, no.

Había precaución en su actitud. Alan era un hombre complicado y podía ser impredecible en su trato con las mujeres. No arriesgaría su palabra para conectarlo con una delicada noble flor social a la que pudiese decepcionar.

—Lamentablemente no estaré aquí en la noche, Martin. Tengo una invitación ineludible en la mansión Worcester. Hazle saber cuánto lo lamento, y …

—Sé de buena fuente que estuviste en la casa del duque de Worcester ayer, Hugh—la voz suave pero con un dejo de impaciencia le hizo cerrar los ojos un momento, y se preparó para una

dosis de edulcorada presión.

Lady Avery brillaba en inmaculadas muselinas, joyería ostentosa y un peinado intrincado. Había que reconocer que era una dama elegante y todavía hermosa. Su rostro apenas esbozaba líneas finas de expresión a sus cincuenta y dos años. Una vida sin esfuerzos ni vicisitudes lograba eso.

—¿Dije Worcester? Mi error, querida madre. Es la mansión Bristolbridge.

—De seguro tu buen amigo Grayson puede entender que pospongas tu encuentro debido a…

—No va a pasar, no. Hay asuntos que he de tratar con él. Estas semanas en el exterior provocaron que haya situaciones que debo encarar, y Grayson es el mejor asesor financiero de Londres.

—La marquesa estará… decepcionada—arrastró la última palabra, y el fulgor de sus ojos mostró su molestia.

—Lo superará. Una mujer como ella entiende que un duque tiene responsabilidades impostergables que están por delante de cualquier gala.

—No lo creo, considerando tu fama y que por lo general no dudas en anteponer tus deseos mundanos a cualquier tarea o responsabilidad, como dices.

—Querida madre—insufló exagerada atención a su tono—, tú bien sabes que hay muchísima inquina y mala voluntad en el cotilleo insustancial de los panfletos que se leen en las mansiones a media tarde—rebatió, con una sonrisa falsa, porque a pesar de su rostro impávido, le molestaba que se hablara de él.

Hacía meses que no daba motivos reales para ello. En parte porque estaba cansado de mostrarse como un rebelde sin causa, pues sus discursos y diálogos eran escuchados con descrédito entre aquellos a los que quería convencer (políticos y nobles como él, o burgueses adinerados) o ayudar, como aquellos con los que se entrevistaba y conectaba para tener sentido de realidad.

Era imposible conocer qué pasaba de verdad entre la mayoría de la población bebiendo en el club liberal, visitando Tattersall o danzando en Mayfair. Había que ir a la fuente, y él lo hacía.

—También es real que has estado en el medio de situaciones y personas complicadas y no convenientes, Hugh. El duque de Worcester ha equivocado el camino al casarse con esa escocesa. Dicen que es una salvaje, y su familia busca aprovecharse de la generosidad de tu querido amigo Francis.

Le rebeló y puso de malas la referencia a Nessa y los suyos. Esta mujer no tenía idea de cómo era la esposa de Francis, y le gustara o no, era una duquesa, y en su vientre crecía el futuro del ducado de Worcester.

Por otro lado, hablar de aprovecharse del dinero ajeno… Debería empezar por cuidar a su hijo, que gastaba de manera exorbitante en tonterías y apuestas.

—Francis es un hombre muy inteligente, además de poderoso, no te inquietes. Como quiero asegurarme de que mis finanzas y propiedades gozan de la misma bonanza y salud que las suyas es que necesito reunirme con mi administrador y con Grayson.

—Oh, querido, tienes razón. Por un momento he olvidado tu tendencia a dejarlo todo sin control en pos de tus deseos. Es lo que me impulsó a pedirte que me acompañaras a París, la razón de querer tenerte en la casa. Tus amistades en garitos y burdeles, tu excesivo beber… Es necesario que reflexiones y cambies… Estos son tiempos peligrosos, querido, tus opiniones extremas no le hacen bien al ducado, a la familia. Bastaría una decisión del Regente para modificarlo todo.

Hugh frunció el ceño ante el encendido y extraño discurso expresado con las manos al pecho, en un formato de tragedia que no entendió. Las toses y carraspeos detrás suyo lo sobresaltaron, y cuando giró y encontró la mirada escrutadora de la marquesa de Wittham y su séquito, se guardó la maldición que pugnó por escaparse de su garganta.

Su madrastra se complacía en dejarlo en evidencia y remarcarle errores y defectos, fuesen estos reales o supuestos. Pero las frases finales tenían un tono oscuro y de amenaza cierta que le intranquilizó. ¿Por qué mencionar al Regente, a sus opiniones?

—Buenas noches, querida Avery—dijo la marquesa con un tono engolado, sin quitarle la vista de encima—. No desespere, los jóvenes son así de impetuosos, pero de seguro el duque no tardará en recorrer el mismo camino que su padre y los buenos pares del reino que se afanan por engrandecernos.

—Oh, lo sé, lo sé. Exagero, con seguridad, pero se escuchan tantas cosas. La agitación de la turba, gente indigna pugnando por cambios innecesarios… Basta que un hombre sano y joven se pierda en la bebida y las apuestas y se deje llevar por malos consejos para perderlo todo.

—Madre, sí, exageras, no hay peligros—sentenció con brusquedad, la primera palabra sonando tan falsa como la sentía—. Vivimos en un país excepcional que crece y nos cobija, tenemos privilegios como ninguna otra clase, y las finanzas están en su esplendor—detalló, y se sintió fatal por tener que decir esto en alta voz—. Lady Wittham, me disculpo por no poder acompañarla esta noche—se inclinó, dibujando una mueca de pesar.

La mencionada hizo un gesto de calma con su mano y le sonrió, con frialdad.

—Disculpas aceptadas, Excelencia. Trataré de consolar a lady Avery. Dios sabe que una madre sufre cuando hay preocupaciones importantes en su cabeza.

—Asegúrese de que le quede muy claro que todo está bien, miladi. Mi querida y buena madrastra no tiene nada que temer. O su hijo—sonrió, y no dejó de ver el ligero temblor de lady Avery al escuchar su mención de Alan en términos tan desapegados. Tan bastardo como podía

parecer, era conveniente que recordara que vivían sin presiones porque él se los permitía—. No es conveniente hacer olas innecesarias.

Se retiró luego de envolverlas con una sonrisa tan radiante como ficticia y haciendo una reverencia galante, pero por dentro estaba furibundo. ¿Cómo se atrevía su…. La duquesa viuda a sugerir que bebía y apostaba y a poner en cuestión su sanidad mental y su capacidad?

No era ninguna tonta, no. Había intencionalidad en sus expresiones, y si Hugh no percibía aún su juego, sí estaba seguro de que la marquesa no dudaría en echar a andar rumores basados en las palabras de su madrastra, tuvieran estos asidero o no.

Sus largas zancadas lo tuvieron en la puerta en un instante, y con voz seca ordenó a Martin que trajeran su caballo. Había considerado usar el tílburi, pero su agitación necesitaba encontrar salida, por lo que una cabalgata sería lo mejor. Su fusta golpeó la parte alta de sus botas mientras esperaba su caballo con impaciencia.

Una vez que montó el brioso corcel, magnífico ejemplar comprado en Tattersall hacía dos años, chasqueó su lengua y lo espoleó, dirigiéndose hacia Hyde Park, distante unas calles, que recorrió como un autómata, mientras las frases daban vueltas en su mente.

¿Amistades en burdeles? ¿Descontrol con la bebida? ¿Que le había pedido que la acompañara para alejarlo de tentaciones? Falacias, y ella lo sabía. Hugh bebía poco y cuando estaba en ambientes seguros, como era el caso de Brook´s o las mansiones de sus amigos, los únicos, los de siempre, Francis y Grayson.

Instó al corcel a abandonar el trote y galopó con libertad por los senderos del parque, desierto a estas horas en las que las sombras comenzaban a cubrir Londres. Uno debería esperar al menos agradecimiento de aquellos que mantenía, pensó con ira, perdida toda calma y sentido del equilibrio.

La duquesa viuda y su hijo deberían agradecer y callar, disfrutar de los beneficios de ser mantenidos en la mayor de las comodidades. ¿Ella creía que él era un pelele moldeable que soportaría el destrato por mantener apariencias? ¿O consideraba que Hugh le debía algo?

No le había dado sino desaires y desamor, además de golpes. ¿Cómo creía que le iría si insistía en horadar su posición? Y no importaba que él mismo hubiese llevado esta al suelo por inmadurez, rebeldía contra su padre y las convenciones que hoy comenzaba a aceptar. Estaba en el camino de vuelta, encontrado un objetivo y una misión, además de mantener el antiguo ducado en la familia. Servir al país y a los que lo engrandecían, y estaba claro que la mayoría de estos estaban por fuera de los círculos de la nobleza.

Para poder hacer esto, necesitaba el poder y el dinero que venían de la mano del título, lo había entendido. No permitiría que las críticas nacieran debajo de su techo, era ridículo.

Su propósito inicial había sido dejarse ver en la taberna donde se reunían algunos hombres que eran activistas y habían liderado la protesta más reciente en procura del acceso al

voto, pero decidió que en el estado emocional y mental en que estaban, el único que podía calmarlo y darle perspectiva era Grayson.

Francis y su familia debían haber partido al campo o lo harían en la mañana, y había abusado de su generosidad ayer. Su mente le llevó de vuelta a la cena y a los juegos posteriores.

Charadas y cartas habían sido una diversión que agradeció y le distendió, y había visto que incluso la seria y compuesta Isla, que se había retirado a un costado al comienzo, también aportó ideas y adivinó respuestas a graciosas adivinanzas.

Por supuesto, nunca le miró de frente ni se dignó a hablarle o contestar las suyas, pero había notado cierto alivio en Nessa, y por tanto en su esposo.

A él volvió la voz de su madrastra denostando a la escocesa y a su amigo, y volvió a apretar las mandíbulas. Cuando llegó a la mansión de Grayson, tragó saliva y con monosílabos entregó el caballo al sirviente y se dejó conducir a la gran sala por el ama de llaves, la inefable señora Perkins, que no dejó de contarle sobre su nieto.

—Adelante, el señor Grayson está en su escritorio—le dijo la regordeta señora, que conocía a su amigo desde el nacimiento y se preocupaba por él como una madre—. Le he dicho que debe dejar de trabajar hasta tan tarde. No hay nada que no pueda solucionarse en la mañana —gruñó, y Hugh sonrió.

—Sabe cómo es Grayson, señora Perkins. Siempre el infatigable y exigente consigo mismo. Pero estoy aquí para alegrarle—guiñó el ojo, insuflando al gesto más vivacidad de la que sentía.

No le iba a decir a la buena señora que venía a depositar miserias sobre los hombros de su amigo.

—¿Se queda a cenar, Excelencia?

—Por supuesto. ¿Qué preparó hoy la señora Cork?

La cocinera era una mujer gruñona de mediana edad que solía echar a Hugh sin recato cuando este aparecía en su cocina, pero sus platos eran maravillosos.

—Sopa de almendras, faisán con verduras variadas, y crema inglesa—susurró el ama de llaves con una sonrisa.

—Ya estoy disfrutando esos platos en mi mente.

Abrió la puerta del escritorio de Grayson con ruido, sobresaltando al que leía junto al fuego. Hugh valoró el pesado ejemplar que tenía en las manos y sonrió. Su amigo no era sino un hombre de gustos sencillos y deseo de conocimiento feroz, mas su posición le demandaba incontables tareas.

Su gusto por lo detectivesco y la ciencia forense, además, hacía que tuviese contactos estrechos con las fuerzas del orden, lo que venía bien. Así había sido en el caso de Francis, pues la información recabada de diversas fuentes había hecho posible que el propio Hugh llegara con

tiempo suficiente para salvar a Francis y sus acompañantes de una muerte segura en manos de maleantes.

No evitó el accidente y lo que este trajo aparejado para Francis, Nessa e Isla, pero les salvó la vida.

—Buenas noches, Hugh. Esperaba verte hoy—sonrió Grayson.

—¿De verdad?—se sentó en uno de los cómodos sofás y colocó su pie izquierdo sobre la rodilla opuesta.

—Ayer estuviste con Francis, estás evitando los lugares que eran tu segunda casa en el pasado, no permaneces en la tuya como no sea para dormir…

—Oh, así de previsible y lamentable soy, ¿eh?

—Nada de lamentable, mi amigo, no pongas en mi boca palabras que jamás pronunciaré. Imagino que te quedarás a cenar, y la señora Perkins ya lo sabe.

—Así es. Me ha extrañado no encontrar a nadie.

—Mi madre y mis hermanos han viajado a Gales esta misma mañana.

—Oh, ¿es que ocurrió algo?—se adelantó, curioso y preocupado, pero Grayson desestimó su inquietud con un gesto de su mano.

—Nada de eso. Era un viaje planificado que se adelantó porque mi madre no cabía en sí de ansiedad. Sabes que mi hermana dará a luz en cuestión de semanas, y al parecer las contracciones se presentaron con anticipación. El médico recomendó quietud.

La familia de Grayson era encantadora, si algo ruidosa, a su juicio. Sus hermanos menores tenían veinticinco (Beth), veinte el mediano, Peter, y quince años el menor, Joseph. La diferencia entre ellos y el mayor era bastante, pero el difunto duque de Bristolbridge había parecido preferir gestar hijos a lo largo de los lustros.

—¿Tú no irás?—le preguntó, sabedor de que no eran solo las obligaciones las que mantenían a Grayson en Londres.

Esto negó, pensativo, para luego acotar:

—Lo haré cuando Beth de a luz. Sabes que no comulgo demasiado con mi cuñado.

Lo tenía claro. El barón era un hombre inteligente, pero dado a la charla y nada hábil para los negocios, con lo que el que debería haber sido un matrimonio próspero y que asegurara bienestar y seguridad económica para los sobrinos de Grayson, no lo era. No faltaba oportunidad en que este tenía que resolver algún desaguisado.

—¿Tienes un nuevo pañuelo? ¿Y esa chaqueta?—cambió el tema y lo incordió con el que sabía era un tema que aseguraba fastidio en Grayson, que rodó los ojos y dejó el pesado libro a un costado.

—Eres insoportable. Que me guste cambiar de atuendo y esté atento…

—A las tendencias que impone nuestro Rey a expensas de ese dandi idiota sin cerebro—

completó, haciendo un gesto de fastidio.

—Bah, deja eso. Dime, ¿cómo estuvo la cena anoche?

Su curiosidad tenía un objetivo, y Hugh sonrió y se repantigó en el sillón, sus ojos brillantes.

—¿Quieres saber si cierta señorita muy guapa que toca el clavicordio estaba allí?

La mirada seria y pretendiendo desapasionamiento no lo engañó, y rio con ruido, haciendo que Grayson moviera su cabeza en actitud de derrota.

—¿Lo estaba?

—Sí, y se la notaba cómoda, a diferencia de lo que ocurre en la casa del conde de Atholl.

Su amigo asintió con lentitud.

—¿Qué hay de la otra escocesa? ¿La viste?

—La vi. Lo que Jhon nos dijo… Más que acertado. No parece la misma… Es decir…—trató de ordenar sus ideas—. Sigue siendo una mujer muy bella, y no creo que la cicatriz haya malogrado su rostro… O sí, de acuerdo a los parámetros de simetría y perfección, tú me entiendes… Lo más impresionante de su cambio es otra cosa… Su postura, su seguridad, su talante. Todo parece corresponder a una mujer diferente.

Bajó su voz, reconcentrado en rememorar la cabeza baja, la actitud alerta ante la mirada ajena, la tristeza que usaba como un manto.

—¿Y cómo no, Hugh?—indicó Grayson—. Una cosa es una cicatriz de batalla o duelo que, cuando no deforma, puede ser hasta ostentada como una muestra de valor entre los hombres. Para una joven en su edad casadera que tenía tantas ilusiones debe ser devastador pensar que perdió lo que la realzaba y distinguía. Porque debes recordar bien el impacto que su presencia provocaba en los salones la pasada temporada. La admiración, la lujuria, la envidia—completó.

Hugh lo miró, un poco mosqueado ante la idea de que Grayson parecía haber estado más impactado por Isla de lo que dejó entrever, pero su amigo no tenía sino esa expresión del que está haciendo un diagnóstico de situación.

—Una marca no puede cambiar eso.

—Oh, pero Hugh, pareces empeñarte en señalar algo que sabes que no es así. La mayoría de las personas admiran la perfección, la piel inmaculada, sin marcas, sin defectos.

—La mayoría de esa misma gente tiene feas marcas en su carácter—dijo con fastidio, y Grayson rio y asintió.

—Pero no son visibles a simple vista, mi amigo, y eso las salva, al menos hasta que uno las conoce íntimamente. Pero ya, dejemos la filosofía. ¿Qué te ocurre? Te noto más agitado y serio que de habitual.

—Lady Avery me ocurre. ¿Puedes creer que pretendió… o me hizo quedar como un patán alcohólico y apostador sin límites ante la marquesa de Wittham? Insinuó hasta que podía

perder la fortuna, que el Regente podría decidir intervenir, y no sé qué zarandajas más…—resopló—. Sé que no debería dar entidad a esto, pero me rebela su constante necesidad de hundir mi imagen y dar munición a mis detractores.

—Mmm. Eso hace más incomprensible el que la acompañaras a París, Hugh, realmente. Es necesario que cortes ese cordón que te ata a ella. No fue buena para ti en la infancia, ni después, y mucho menos hoy, que está más vieja y agria.

—Debo ser menos inteligente de lo que me doy crédito.

—O eres más gentil y componedor de lo que pregonas, pero déjame decirte algo, amigo —Grayson vino a él y lo miró con seriedad, balanceándose sobre sus dos piernas, midiendo sus palabras—. Ten cuidado. Procede con cautela. Son tiempos revueltos, y hay gente esperando que nuestra causa se comprometa. Les hacemos perder dinero cuando pregonamos mejores condiciones laborales, porque se enriquecen con la pobreza extrema de sus empleados. Los que exigen mano dura y restricción violenta se impacientan y nos ven como la causa de que esto no ocurra, así que tejen para hacernos perder incidencia. Y algunos son taimados y no dudan en usar estrategias execrables.

—¿Crees que soy el eslabón débil en la cadena, Grayson?—endureció sus facciones y se envaró, disgustado por el camino que la conversación tomaba.

Su amigo negó con énfasis.

—Creo que para algunos podrías ser un blanco que apuntar.

—Tú sabes algo que no me estás diciendo—acusó.

—Yo tengo sospechas y algunos indicios, pero no diré más hasta que los compruebe. Eso sí, te recomiendo seguir evitando los que fueron tus lugares habituales. Es más, te animo a cambiar de aire. Te hará bien alejarte de tu… de lady Avery, de Allan.

—No voy a ir a mi casa de campo—intervino, seco, y Grayson asintió.

Sabía lo que aquel lugar representaba para él. Malos recuerdos junto a otros dolorosos.

—Siempre puedes ir a Worcester Manor. Francis te recibirá, y ahora que Isla te ha visto, y tú a ella, no estará tan alerta y podrá ignorarte, con lo que Nessa no se inquietará.

—Es posible, sí. Me reuniré con mi administrador, con mi abogado. Veré que todo esté bajo control, y me aseguraré de que les queda claro que Alan no debe gastar más de lo que he establecido. Me recibió con un pedido de dinero para uno de esos negocios que suele inventar.

—Es lastimoso que su madre no le haya estimulado a aprender de ti y sí ha exprimirte y vivir de tus limosnas.

—Grayson, no te cortes, dime lo que piensas—ironizó, y luego rio.

Tan directo y sin rodeos como su amigo era, tenía razón. Lo mejor sería alejarse de Londres por unos días.

Interludio 1.

—¡Es inconcebible! Estos imprudentes ilusos…—gruñó el vizconde de Sidmoth—. No sé de qué otro modo definirlo. Tal parece que no entienden su posición. ¿Creen que pueden impresionarnos y empujarnos a aceptar que se aprueben medidas que van en contra de corazón mismo de la nación?

Su enfadada diatriba logró enfáticos movimientos de acuerdo de los cuatro nobles sentados a su lado. El ambiente en el Parlamento había estado caldeado, los gritos de whigs y tories superponiéndose, colándose injurias además de retóricas vacías e ideas que no hacían más que poner en peligro la base misma de la sociedad.

—Que las demandas y los cánticos en nuestra contra y para obtener réditos se griten en fábricas y en las calles, vaya y pase. Uno no puede esperar más que patadas de los asnos, y lo podemos controlar acudiendo a la fuerza pública. Pero cuando son nuestros pares los que complotan para romper el orden natural…—dijo el conde de Liverpool, líder del partido tory, y hubo nuevos asentimientos.

El vizconde de Goderich observó el recinto legislativo a su alrededor. La mayoría de los whigs se habían retirado, con excepción del cuarteto a veinte metros que charlaba y reía, tan satisfecho como ellos estaban lívidos.

Encajó las mandíbulas y los maldijo, su mente exenta de ideas que no fueran de odio y rencor. Era por hombres como esos, *los tres duques liberales*, como les llamaba la prensa, que el statu quo inglés se resquebrajaba.

Los duques de Elywood, Bristolbridge y Worcester. Una vergüenza nacional. Que esos mentecatos sin noción de patria que no respetaban la tradición, legada por siglos de lucha, tuviesen más privilegios, dinero e influencias que él era un insulto. Hablaba a las claras de lo mal que estaba Inglaterra.

La risa alta y desvergonzada del peor de ellos, el duque de Elywood, llevó ácido a su garganta. Había sido esa bazofia quien había tenido la peor intervención en la sesión que finalizaba.

La reunión había sido virulenta. Esos bastardos perseguían el objetivo de congraciarse con la turba y aprobar exenciones a la ley de granos y otras de impuestos, algo que pondría en jaque al erario público.

Uno ya demasiado afectado por la sangría efectuada por los gastos de la larga guerra contra el déspota francés que había sido relegado a Santa Elena. Sumado a esto, las locuras constructivas del Regente, que parecía no prestar más atención que a sus amantes y al arte. ¿Para qué necesitaba Londres pabellones de caza exóticos, por ejemplo? Absurdo.

—Que sugieran la posibilidad de extender el voto a la chusma… A esos que no obedecen

más que a impulsos y deseos—indicó con desmayo, y los rostros de los demás demostraron que pensaban lo mismo.

No se atreven *a ir más allá de la queja y el cotilleo, no obstante,* consideró con menosprecio. Había hecho el intento de sumarlos, de incitarlos a reaccionar, con cuidado, pero no había conseguido más que meneos de cabeza. *Cobardes*.

No tenían los cojones de proceder para anticiparse a la revuelta que vendría. Pero había otros como él por ahí, decididos a tomar el toro por las astas y operar para impedir la debacle de la grandeza inglesa.

—Hay que frenar eso—dijo el conde de Guilford—. Exigir a la policía que se mueva más, que controle los tumultos. No se puede permitir que cualquiera se suba a una tribuna a arengar a los hostiles y rebeldes.

—Debemos vigilar a aquellos con poder, me temo. Hombres como el duque de Elywood son peligrosos. Hoy defendiendo a los que ponen palos en las ruedas del progreso, mañana, ¿quién sabe? Es errático, imprevisible. ¿No les parece extraño el momento de su viaje a Francia? Supe por mi esposa que su señora madre estaba alelada por las reuniones que tuvo en París con hombres cuestionables.

Las miradas de los otros se concentraron en él, y el vizconde asintió, regocijándose en la inquietud que sus expresiones generaban. Sí, el miedo al bonapartismo seguía enraizado en muchos aristócratas europeos, y estos no eran la excepción.

—No creo que Hugh Lycombe sea tonto, y mucho menos un traidor—intervino, seco y al grano, el duque de Wellington—. Estuvo en la guerra, fue un oficial valiente y arrojado, y condujo a sus hombres a las batallas con inteligencia. Hay más en ese duque de lo que parece, y no me trago lo que dicen los panfletos.

El vizconde de Goderich guardó la agria respuesta que estuvo tentado de dar. La arrogancia de Wellington se fundaba en su éxito bélico innegable, y era un hueso duro de roer, mas no importaba.

La semilla se sembraba lenta, y era lo que él estaba haciendo. Echar a rodar rumores que tiñeran la imagen de sus enemigos políticos era tan sencillo. Cuando llegara el momento de tomar acciones reales y quitarles poder, prestigio y propiedades, a nadie le extrañaría y lo encontrarían justificado.

Entonces, su grupo político crecería y podrían desmontar y anular decisiones y leyes imprudentes que relegaban de su puesto natural a los hombres que, como él, velaban por el bien de la nación.

También guiarían a la monarquía por el camino de la grandeza. La institución secular formaba parte de la tradición inglesa, y hoy era bastardeada por ese degenerado del Regente,

Sí, el primero en la lista y el más sencillo de controlar sería el duque de Elywood. Él

mismo se había construido una imagen de vicioso, dilapidador y lujurioso. Agregarle traidor y loco a las etiquetas que portaba no costaría mucho, máxime cuando se tenía a los más cercanos a él en la palma de la mano.

Una vez que el noble, poderoso en apariencia, cayera, el dinero, las tierras y mansiones del duque estarían en manos de aquel cuya voluntad era débil y al que podría controlar como a una marioneta.

Ríe, ríe hoy, que aún puedes, gusano infeliz. No tienes idea de lo que se te viene encima, pensó, mirando con frío desdén al que parecía disfrutar de un chiste muy gracioso, probablemente algún detalle sórdido sobre su vida licenciosa.

—¿Irán a White´s?—preguntó el conde de Liverpool, y los otros asintieron, con su excepción.

No malgastaría su tiempo en reuniones sociales que no lograban nada. Tenía asuntos por resolver, y la caída de la noche era el momento ideal para reunirse con aquellos que serían los ejecutores de su voluntad.

Nuestra voluntad, se dijo, cruzando miradas con el incondicional e inesperado aliado que charlaba con su grupo político a diez metros.

Era interesante notar cómo los errores de Hugh Lycombe se acumulaban, y sus malas decisiones tejían las causas de su caída en desgracia. Y como esta era la bola que empujaría a los que, como él, querían destrozar a la nación inglesa.

Capítulo 7.

Worcester Manor se levantaba orgullosa y elegante, rodeada por jardines plagados de parterres de rosas, setos con formas y fuentes. Hacia un costado nacía una senda que era flanqueada por robles y cipreses que debían ser tan antiguos como la misma casa.

Los muros sólidos en ladrillos rojos contrastaban con la caliza de las columnas, el techo de pizarra y el verde de las enredaderas. Enormes ventanas de madera permitían mirar lejos y eso hacía que la luz natural inundara el interior.

Este era igual de magnífico, pero en él predominaban el cristal de las lámparas, las alfombras orientales más bellas, pinturas de artistas renombrados, y una imponente escalinata de mármol que conducía al vestíbulo principal.

Lo que Isla adoraba más y que había añorado en Escocia cuando la magra colección en el castillo se mostró insuficiente para atemperar su soledad era la bella biblioteca repleta de libros que Francis había puesto a su disposición.

En esta había pasado la mayor parte de los dos días que llevaba en la casa solariega, pero hoy Nessa se había mostrado decidida a sacarla al exterior, y por ello estaba en el jardín, donde les sería servido el té en un rincón hermoso preparado para tal fin.

Se sentó y dejó que sus sentidos se llenaran con los estímulos naturales. El aire olía a flores y resinas y se sentía como una caricia sobre la piel de su rostro y manos, demasiado pálida por la falta de sol.

El cielo despejado estaba salpicado acá y allá por nubes blanquísimas como copos de algodón y las rosas de diversos colores eran motas de color dramático surgiendo entre gamas de verdes. Suspiró y respiró hondo, deleitándose en la sensación de perfección a su alrededor.

La calma del ambiente de serena belleza apenas se interrumpía con sonidos de la vida animal: piar de pájaros, relinchos, los ocasionales ladridos de los tres perros que dormitaban al sol a una distancia prudente. Sonrió, porque esto se parecía un poco a su hogar.

El sonido de unos pasos la hizo torcer su cabeza, y asintió con una sonrisa cuando una de las criadas depositó la bandeja con la tetera y tazas, y otra arregló platos con pastas.

—¿Está usted cómoda, miladi?—dijo la más joven, Dolly, que quedó mientras la otra se retiraba.

La muchacha era vivaz y decidida, y no se había mostrado molesta ni inhibida por la cortedad de sus respuestas y sus evasivas. Por el contrario, había estado a su lado para ayudarla con su equipaje, preparando su baño, e incluso ofreciéndose a peinarla y vestirla, algo que no había aceptado.

—Estoy bien, gracias.

—¿Té?

—Sí, está bien—asintió.

—Señorita…—Dolly le habló mientras servía el té—. Si me permite el atrevimiento…—miró alrededor con actitud conspirativa, y luego la observó con una mirada comprensiva que pareció la de alguien mayor y ya de vuelta en la vida—. Es usted hermosísima, ya la había visto cuando estuvo aquí el año anterior. Y eso no ha cambiado, miladi.

En otro momento o lugar, o viniendo de alguien más, tal vez se hubiese molestado. Se había acostumbrado a que no se hiciera referencia a su aspecto, como si los que la rodeaban quisieran evitar que su ánimo se resquebrajara y se derrumbara.

Mas la manera en que la joven lo dijo fue tan fresca, tan natural, y tan convencida, que Isla parpadeó y luego asintió.

—Me temo que estás siendo amable, pero no honesta—respondió—. Esta cicatriz—retiró el cabello para despejar el área afectada de su rostro y dejar en evidencia la marca—le quitó belleza a mi rostro y…

—Pues a mí me parece que le da carácter, si me permite—depositó la tetera y acercó la taza, disponiendo luego dos pastas en un platillo—. Había rumores, ¿sabe usted? Cuando se supo que vendría. Los hombres que estuvieron ese día hablaban de lo que le pasó. Cuando la vi descender del carruaje, tan bella como antes, igual de delicada y fina… Me alivié. Mas como he visto que usted se cubre y su actitud cambió, quiero que sepa que la vemos espléndida. Los rumores entre los arrendatarios son sobre la joven con cara de ángel que volvió a Worcester Manor.

No pudo decirle nada porque gruesas lágrimas caían de su rostro, alelada por la gentileza de la joven criada, que le acercó una servilleta finísima para enjugarlas. El toque frío y húmedo en la mano que tenía sobre su falda la sobresaltó, y entonces vio que uno de los perros se había acercado y había depositado su cabeza en su muslo, en una actitud tan dócil y adorable que la quitó del emocional estado en que la amabilidad de Dolly la sumió.

—Oh, Matty, ¡quita de aquí, vas a ensuciar el vestido de miladi!—protestó Dolly, que intentó mover al gran mastín inglés de su sitio, pero este no cedió un ápice.

—Déjalo—sonrió Isla, acariciando la cabeza y las orejas del gran can.

—Es del señor Saint, el administrador. Es travieso, pero adorable. Y muy mimado.

—Hola, Matty—susurró Isla, bajando su cabeza y sonriendo al perro, que lanzó una especie de suspiro y se sentó sobre sus patas traseras, haciendo sentir el peso de su gran cabeza sobre la falda de Isla—. Sí que eres un perro encantador, ¿eh, guapo?

—Veo que ya estás haciendo amigos. Y no podrías haber elegido mejor. Matty es una belleza—se escuchó a Nessa decir mientras se acercaba con calma, y Dolly se apuró a retirar una silla y acomodar cojines para que estuviese cómoda.

La tripa de su hermana crecía y estaba radiante, pensó Isla, sus dos manos en la cabeza

del mastín.

—¿Le sirvo té, miladi?—dijo Dolly, solícita, y Nessa asintió.

—¿Cómo te sientes?—inquirió Isla.

—Perfecta—respondió, mientras daba un gran mordisco a una de las pastas más azucaradas, que saboreó con gusto—. Dolly, Anne debe haber terminado de practicar con su clavicordio, ¿puedes decirle que estamos aquí?

—Por supuesto—dijo la joven, que se dirigió presta hacia el interior de la mansión.

—Es un día glorioso, ¿no te parece?—dijo Nessa, que se hizo atrás y acarició su vientre mientras miraba a su alrededor.

—Sí, lo es. Este es un lugar tan bonito, Nessa.

—Mm. Sí. Le falta un poco de desorden, si me preguntas. Me gusta la naturaleza menos controlada, pero…

—Eso abona la imagen de escocesa salvaje que circuló por Londres, hermana mía—dijo Isla con solfa, y obtuvo la mirada pensativa de Nessa sobre ella—. Aunque es comprensible que prefieras estar acá y no intentando danzar en algún salón. ¿Recuerdas los pisotones que le diste a tus compañeros?

—Para nada. Y lo de escocesa salvaje…

—¿Es que no recuerdas a Lydia Bournemouth y su séquito diciéndolo? ¿O a…?

Nessa rodó los ojos.

—Claro que sí, Isla, por supuesto. Pero se tragaron sus palabras, ¿o no?

—Pues sí, querida—sonrió, y tomó una de las exquisitas pastas, que mordisqueó.

El quejido del perro hizo que cortara un pedazo y se lo diera, pero lo consumió tan rápido que pareció un acto de magia.

—Eres un chico enorme, de seguro necesitas mucho más que esto.

—No le des más, o Saint se va a fastidiar. Pretende que lo acompañe en sus recorridas por la propiedad y a los arrendatarios, pero Matty deambula por la cocina y los sitios donde sabe que lo van a alimentar, y desaparece cuando Saint está por partir.

—Inteligente, ¿eh?—sonrió, y volvió a acariciar al animal entre las orejas.

—Me alivia verte así, Isla—escuchó y levantó la vista para mirar a su hermana, que tenía los ojos aguados—. Con una sonrisa, calma, sin esconderte.

Suspiró, y movió su brazo para alcanzar la mano de su hermana, que apretó.

—Sé que les he preocupado y a ti en particular, Nessa. Lo lamento, ha sido duro—tragó saliva—. Es como si con el accidente hubiese aflorado mi parte más oscura, y si bien tiene que ver con la cicatriz, con sentirme disminuida… Creo que ya me estaba sintiendo mal antes. No encontré en Londres lo que había ido a buscar, y eso me desconcertó. Me sentí… No vista, desestimada, como si lo que de habitual me hacía resaltar no fuese importante, y cuando esto

desapareció…

—No, Isla, eso es un error, no ha desaparecido—protestó Nessa—. Has sobredimensionado esa marca, que es cada vez menos visible, y…

—Eso dicen los que me rodean, pero no es lo que veo, Nessa. Y, de todos modos, es más grande que eso... Soy una contradicción ambulante. Me quejaba antes porque creía que solo veían mi exterior, y hoy, porque este se modificó y me provoca inseguridad. Es como si mi identidad hubiese estado atada a cómo lucía.

—Eres Isla Campbell, dulce, gentil, inteligente, romántica, culta. Siempre has logrado que la gente a tu alrededor se sienta cómoda, tienes la capacidad de consolar y encontrar caminos alternativos a los problemas… ¿Sigo? Porque tengo muchos más atributos para señalar…

—Isla Campbell tiene los ojos verdes más impactantes, que me provoca envidia, además de su cabello sedoso y brillante, y la fineza de su cuello, manos y rasgos del rostro no tienen igual. Baila genial, sabe de muchos temas, es excelente organizando una reunión, escribiendo… También puedo seguir—dijo Anne, sentándose a su lado y uniendo su mano a la de las dos hermanas—. ¿Lo más bonito de Isla? Que no se deja derrotar por una tarea o asunto, y es obstinada y valiente.

Suspiró despacito, y sobre su falda, el mastín pareció imitarla, lo que hizo que las tres rieran y las lágrimas que aguaban sus rostros se diluyeron con rapidez.

—De tanto que me hablan sobre mi belleza interna y lo que todavía me queda, voy a terminar creyéndolo.

—Harás bien, porque refrendo que lo que mi adorada esposa y Anne te dicen—dijo Francis, que se sumó al trío—. Es tiempo de que te plantes con firmeza y dejes atrás toda tristeza.

Era obvio que las había estado escuchando, y si esto la sonrojó un pelín, quedó desestimado de inmediato. Eran familia ahora, y sus palabras la reconfortaron.

—Muy bien, muy bien, dejemos este momento emotivo detrás—instó Nessa—. Edward estará aquí mañana, junto con Maude, Elizabeth y Olivia. ¿No es eso perfecto?

Isla asintió con suavidad, notando el cambio en sí misma. La perspectiva de socializar con un grupo amplio no la paralizaba, su corazón se sentía más liviano y su ánimo elevado ante la perspectiva de ver a sus queridos primos.

Adoraba a Edward, que se había convertido en un hombre encantador y jovial, y Maude y Elizabeth eran dulces, amables y alegres. Ellos, además de Margueritte y la tía Brodie habían sido constantes en su preocupación por ella, y no habían dejado de escribirle desde que Isla había dejado Londres atrás luego del accidente.

Quería verles, sí, y le haría bien. Había pasado mucho tiempo encerrada en sí misma y actuando como una ermitaña, y eso había enlentecido su curación emocional. Isla había sido una

niña y luego una joven decidida y de las que miraba hacia adelante y que no se hacía demasiado problema por nada.

Es que siempre estuvieron tus padres y hermanos para hacerte la vida más sencilla y protegerte de las espinas, Isla. Tendieron a alivianarte problemas y evitarte tensiones. Eso explica que te hayas derrumbado ante el primer escollo real que no pudieron controlar o minimizar, consideró, en el que se dio cuenta que era un momento de lucidez y auto comprensión inesperado. Casi una epifanía, vamos.

Había estado llorando por los rincones y dando tumbos contra las paredes de su mente, que se negaba a aceptar que algunas certezas de su vida habían cambiado. Era una mujer que había encontrado límites, personales y sociales.

Su natural gentileza y belleza no fueron suficiente para lograr lo que deseaban en el sofisticado Londres, donde había impactado al llegar y por breves momentos con sus rasgos, pero luego le hicieron sentir que había aspectos importantes de los que carecía. Dinero, conexiones, aceptación.

Aquello había sido removedor. Isla había estado muy afectada y no lo reconoció en su momento. Había procurado aceptar con gracia cada frase viperina que le dirigieron o escuchó de pasada en los salones en los que había soñado danzar.

Había sonreído y tratado de asestar los golpes a su orgullo que se acumularon una vez que la novedad de su llegada y hermosura se disolvió. A medida que su tarjeta de baile no se llenaba y la escasez de cortejantes interesantes se hizo evidente, Isla se fue desmotivando hasta que no le quedaron más que deseos de retornar a la seguridad de su hogar.

Relegó estos cuando fue consciente de que tenía que apoyar a Nessa cuando atrajo el interés oficial del duque de Worcester y vio que su hermana lo deseaba, quería a ese hombre. Todo había salido bien, excepto que Isla había sido daño colateral en el intento por quitar la vida del duque.

El punto era que su ánimo y estima propia habían estado en cuestión antes del accidente. Este y la subsiguiente marca no hicieron más que empujarla y hundirla en el dolor y la humillación, y como no podía salirse de eso, se envolvió en las emociones negativas y dejó que estas la definieran.

Este viaje, notó, el llamado de Nessa a volver y su decisión de aceptar, que fue a regañadientes, la estaban sacando de su espiral de emociones negativas y era como volver a poner su cuerpo y alma al sol, dejándose entibiar por rayos de esperanza.

No, eso no quitaba la cicatriz de su cara; no, tampoco le daba esperanzas locas de cambios sustanciales en su vida, pero podía aceptar que la querían aquí y disfrutar del contacto y las actividades que aquellos que la amaban organizaban para entusiasmarla.

Nessa había tenido razón, y eso era costumbre con su hermana mayor. Estaba claro que

no la necesitaba en un sentido literal, porque estaba más que atendida y tenía gente preocupada por su bienestar. Pero la quería con ella, como compañía, como apoyo moral en un momento de cambio sustancial para ella.

Joder, ¿cuántas veces desde pequeñas habían imaginado su futuro, los esposos que tendrían, los hijos que llegarían? Descontado, la más interesada había sido Isla, que no había tenido fantaseado más que con príncipes, caballeros invencibles y nobles de altísima jerarquía como consortes, pero eso no importaba.

Adoraba a Nessa, y no le provocaba envidia o sentimientos negativos que fuese ella la que logró quedarse con el sueño de un hombre guapo y rico, honesto y fuerte. No, porque si Isla estaba triste y se sentía sin esperanzas para su futuro romántico, el amor por Nessa era incondicional.

Así que tenía mucho por lo que estar agradecida, y eso era reconfortante. Esta tristeza que le nacía por su situación y que la habían llevado a sentir la necesidad de despegarse de todos, de recogerse en el silencio y la soledad, pasaría. Para ello, tenía que actuar y aceptar que los demás la echaban de menos y acercarse.

Estaba en el camino para recuperarse, y lo haría dejándose permear por la calidez de su familia, divirtiéndose con ellos, permitiendo que la naturaleza de Worcester Manor, el aire y el sol la tocaran.

Incluso si tenía que tolerar a otras personas no tan amables o cercanas, porque estas inevitablemente venían en el combo que era su familia avenida con la del duque. Poco a poco. Sin forzarse, sin exigirse, pero siendo sincera consigo misma, sanaría.

Capítulo 8.

Hugh escuchaba sin parpadear, su faz sin expresión, el cuerpo tenso e inmóvil, con excepción de su mano derecha que se abría y cerraba sin cesar. La que había creído una visita sin mayores contratiempos se había convertido en una larga y con derivaciones inesperadas.

—… Y si bien la liquidez no está en cuestión, su Excelencia, porque las inversiones que con tanta sabiduría realizó están teniendo retorno, los gastos han ido en aumento en este último año. El presupuesto de la mansión se duplicó, el de la casa solariega igual…

—¿Cómo puede ser? No han existido contrataciones nuevas, y la producción…

—Ha sido afectada por el clima y el incendio de las cosechas cuando estaban listas para ser levantadas. Los arrendatarios pidieron que lo tuviera en cuenta y así lo hizo, su Gracia. Su hermano…—el administrador lo miró con seriedad—. No creo que alguna de las decisiones que tomó sobre la propiedad hayan sido ajustadas.

Hugh apretó sus mandíbulas, maldiciendo su torpeza, que no estuvo más que ligada a la necesidad de quitarse a Alan y a su madrastra de encima con sus quejas y reclamos, tiempo atrás.

Le había dado a Alan autoridad para administrar la casa solariega y su producción directa, y esto se estaba volviendo un arma de doble filo. Era su culpa, y el rechazo que sentía hacia el lugar. Una contradicción flagrante, porque el ducado se apoyaba en ella, por supuesto.

—No, por supuesto que no—suspiró—. Alan no es sino un tonto sin capacidad de gestión.

—Su Gracia… Es más que eso, me temo. Los gastos son exorbitantes, y no condicen con lo que ocurre en la propiedad. Me tomé la libertad de enviar a uno de mis hombres allá, Excelencia—El hombre aclaró su garganta, nervioso—. No pretendo insinuar nada, mas… Animales de la mejor sangre fueron adquiridos, en papel… Ganado, caballos. Incluso carruajes, mobiliario, pinturas.

Hugh arrugó el entrecejo, y meneó su cabeza.

—Al menos eso puede ser vendido de vuelta.

—Ese es el caso, Excelencia. En los papeles Elywood Abbey debería lucir espléndida, su interior rivalizar con las mansiones más majestuosas de Mayfair. Las caballerizas deberían albergar pura sangre, el ganado debería estar gordo. No es así.

—¿No?—repitió, casi con estupidez, parpadeando.

—Mi hombre recorrió el lugar. Me dice que hay poco personal, el mantenimiento es pobre, las habitaciones están despojadas de muebles y objetos… El personal… comenta.

—¿Comenta? ¿Qué es lo que dicen?—se sulfuró.

Joder, ¿cuánto hacía que no iba allá?

—Hay molestia. Salarios adeudados—dijo en voz baja, con delicadeza—. Me disculpo

por estar diciendo esto ahora, su Gracia, pero su hermano… Él desechó mi ayuda, ¿lo recuerda? Y usted…

—Lo dejé hacer—respondió, quedo. Era un tonto, un crédulo—. Me están robando, señor Bloch, ¿es eso lo que me dice?

El hombre palideció y se atoró, bajando la vista, pero luego pareció recuperar valor, y le miró.

—Le digo que se han aprovechado de su confianza, y me temo que también de la mía, y por ello me disculpo y entenderé si decide despedirme, Excelencia. Debí estar más atento, concentrarme más…

—Quiso hacerlo. Lo desestimulé cada vez que trajo este asunto a colación. No imaginé… No creí que Alan pudiese ser tan necio—se recompuso, y se incorporó, caminando por el espacio reducido que era la oficina de su administrador principal—. Quiero que envíe a sus hombres de mayor confianza a las tierras y evalúe qué daño puede haberse hecho a los arrendatarios, qué amenazas. Que a todos les queden claros los términos, señor Bloch.

—Sí, por supuesto.

—Deberán hacer un recuento de cada objeto de Elywood Abbey, y lo contrastará con lo que mi hermano dice haber comprado. Reducirá el presupuesto en acuerdo a lo que el personal encargado de la producción y la casa le digan.

—Así se hará—asintió con vehemencia, tomando nota—. Esto revocará las autorizaciones de compra dadas a su hermano, y será necesario hacer esto conocido por los proveedores.

—Hágalo. De igual forma, quiero un detalle de lo que se gasta en la mansión.

—Eso…—el administrador enrojeció, y aflojó el pañuelo en su garganta—. Lady Avery…

—No se inquiete, yo le comunicaré en persona los cambios que se efectuarán.

Era algo que debía hacer. La mujer era prepotente y avasalladora, lo sabía por experiencia e historia, y él debía tomar responsabilidad por la decisión firme que acababa de adoptar.

Era la primera vez que escogía el camino de la confrontación con ella, pero tenía que decir basta y recordarles quién era. Oh, lo sabían, pero en los papeles. El título de duque, su importancia y poder, que muchos reconocían, no había sido obstáculo para que su madrastra e hijo lo irrespetaran de manera sostenida.

Y él les había dejado ser y hacer porque prefería no amargar sus días o ganarse su odio. Algo que tal vez tuvo desde el inicio, desde que su padre había desposado a esa fría mujer, cuando el cuerpo de su madre todavía no tenía meses en la tumba, y Hugh no había logrado superar su muerte.

¿Cómo era que se engañaba a sí mismo de forma repetida? Una y otra vez a lo largo de

los años había sido consciente de lo poquísimo que valía a los ojos de lady Avery, y por consiguiente, de Alan. Las mismas veces socorrió, ayudó y acompañó a los dos en aventuras financieras, viajes repentinos y fiestas aburridísimas, además de bajar la cabeza en aquiescencia cuando le denostaban con dureza por su estilo de vida.

Como este era una reacción al sometimiento a normas y a la influencia malsana en su hogar, el esquema se había repetido en bucle. *No más, ya no más*, se dijo, afirmándose en la determinación de tomar control de su ducado, de su fortuna, y de su vida.

Estos días habían sido una bofetada tras otra. El desprecio de lady Avery y sus frases inoportunas y peligrosas frente a testigos, el despilfarro indecente de dinero y el robo descarado de su propiedad rural.

—Inconcebible—murmuró, con furor, mientras dejaba atrás la oficina de su administrador.

Caminó con velocidad por Piccadilly y luego tomó la calle Saint James, sin un destino cierto en su mente. Era demasiado temprano para un trago en el club, no tenía deseos ni necesidad de comprar nada, y no tenía alguien a quien contar sus pensamientos.

—Qué solitario estás, duque de Elywood—susurró, pensando que era triste que solo se le ocurrieran dos personas a las que ir, y ninguna era de su sangre.

Francis había dejado la capital, y Grayson le había enviado una nota para hacerle saber que partía para Gales. Al parecer, el parto de su hermana se había adelantado, y entre las prolijas y escuetas líneas que su amigo escribió, Hugh había podido entrever preocupación. Ese era un asunto de verdad serio, se dijo, y no los que él se traía entre manos.

Tenía que dejar de dar entidad al desamor e irrespeto de la gente a la que el matrimonio de su padre lo ató. Había dedicado años a procurar llamar la atención del anterior duque de Elywood con sus escándalos y desplantes.

Con ello no hizo más que alejarse de este y los últimos años entre ambos estuvieron llenos de gritos y disputas. En el proceso se ganó una reputación que hoy lamentaba porque ponía en cuestión su opinión y acciones en temas y situaciones que le importaban. Como el bienestar de la gente común, que no estaba bendecida por un título.

En rigor, siempre fue sensible a las carencias y problemas de la servidumbre que trabajaba en la mansión y en la casa solariega. El vagar por las cocinas, los jardines, las caballerizas, le había permitido escucharles conversar y lamentarse o quejarse de sus problemas. Los trabajadores no se coartaban de hablar cuando el que rondaba era un niño o joven.

Asimismo, había sido involuntario testigo de la forma en que lady Avery les trataba. Con desprecio, prescindencia, sin consideraciones. Al heredar el ducado, una de sus primeras decisiones había sido mejorar los salarios y las condiciones de quienes trabajaban para él. Era un asunto de justicia, a su modo de ver.

Sin embargo, no impuso control a su madrastra de los gastos de la casa, y si estos se habían duplicado, Hugh no lo había visto reflejado en nuevas adquisiciones o en eventos importantes. Lady Avery adoraba asistir a galas, al teatro, vestir a la moda, pero esto no tenía sentido.

—Está guardando ese dinero, por supuesto. Ella y Alan drenan mis reservas y llenan sus ahorros, y lo hacen a mis espaldas, tomándome por un redomado idiota.

Bien, en parte lo era. Pero iba a remendar los agujeros por los que se escapaba el dinero, y a confrontar a ambos, así le costara gritos desaforados, intentos de manipulación a través de la culpa y la vergüenza y alguna que otra violencia física.

Lady Avery gustaba de golpear en el pasado, cuando Hugh era débil, pero su mano no era tan pesada como antaño y ya no podía utilizar la fusta con él. Y Alan… Ah, Alan le conocería de verdad si hacía el mínimo intento de venírsele encima.

—¡Su Excelencia! ¡Su Excelencia, qué gusto verle!

Suspiró y aminoró sus pasos, sin reconocer la voz femenina y preparándose para unos minutos de frívolo intercambio que poco haría por alimentar su ánimo. Esbozó una sonrisa adecuada y se dio la vuelta, llevando su mano a su sombrero y haciendo una reverencia para saludar a las dos mujeres que le observaban con curiosidad.

Trató de recordar quiénes eran, pero no le resultó sencillo. Eran nobles, por supuesto, y a la mayor la recordaba como anfitriona en uno de los eventos del pasado año, pero no le venía a la mente cuál. Su vestimenta era muy elegante, como la de la joven bonita que la acompañaba y lo miraba con una sonrisa medida.

—Qué agradable encontrarlas—saludó, y llevó sus manos a su espalda baja.

—Su Gracia, hacía buen tiempo que no lo veíamos. Desde la fiesta en mi mansión, si mal no recuerdo. Oh, no pude decirle entonces lo honrada que me sentí de que acudiese. Mi querido esposo vio con buenos ojos que lo hiciera, a pesar de que sus posiciones políticas están en polos opuestos, por supuesto.

Bien, un dato interesante. Eso quitaba de consideración al menos a tres de los nombres que se le habían ocurrido.

—Oh, pero claro, no creo que las opiniones del Parlamento deban manchar la temporada, ¿no piensa usted igual? Después de todo, tenemos otras cosas en común.

—Eso digo yo. Mi querido Colin lo entiende también. Él está tan feliz de que el duque de Worcester haya desposado a su querida sobrina—dijo la mujer, su faz esbozando un gesto de pretendida satisfacción que Hugh no creyó, porque los ojos…

Ah, los ojos, siempre los ojos, se dijo. Los de esta mujer carecían de calidez, y la mención de su sobrina política no cambió nada. La reconoció solo por la referencia a Nessa. Era la esposa del vizconde de Argyll, ese petimetre conservador y altisonante con poco para decir y

nada para aportar como no fuesen ideas para mantener el sistema funcionando sobre las mismas bases.

—Un ejemplo de cosas en común, en efecto—dijo, y sonrió—. Me temo que llevo algo de prisa, miladi.

—Por supuesto. Mas no quisiera dejar pasar la oportunidad de invitarle a mi mansión, Su Gracia. Verá usted, mi Megan, aquí presente…—envolvió el antebrazo con dedos firmes, y la mujercita sonrió como una perfecta marioneta, silenciosa—. Su habilidad con el piano mejora día a día, y nos gusta que pueda exhibir su talento ante verdaderos conocedores, gente culta como usted que ha viajado tanto. Habrá una cena mañana mismo, y nos encantaría recibirlo. Es una gala pequeña para la familia, dada la ocasión especial.

—Oh, pero me temo que no podrá ser. Tengo entendido que ellos han viajado a la casa de campo—Hugh parpadeó, desconcertado. Una ocasión especial, dijo—. ¿La razón de la reunión es dar la bienvenida a sus sobrinos Jhon e Isla?—inquirió, con curiosidad impropia.

La expresión desconcertada de la mujer le dijo todo. No, ellos no eran la razón de la reunión.

—Pues… No, realmente no—ella carraspeó—. Por supuesto que serán bienvenidos. Seguramente mi querida cuñada, lady Brodie, olvidó avisarme de tan regocijante noticia.

—Elizabeth lo mencionó ayer, madre, ¿no lo recuerdas?—intervino la hija con espontaneidad que se ganó una mirada de reojo de esas vigorosas y que instaban al silencio.

—Oh, debo haber estado distraída.

—Lady Argyll, lamento tener que desairar su invitación, pero mi partida es inminente. Asuntos urgentes me reclaman. Y me temo que el duque de Worcester y su encantadora sobrina, Nessa, también han partido. El aire de campo es muy bueno para las embarazadas.

—Oh, es una pena, pero con seguridad habrá oportunidad de contar con su presencia en alguna gala esta próxima temporada. Mi querida Elizabeth y su prima Maude estarán participando, y ambas son un dechado de virtudes.

—No lo dudo, miladi—hizo una reverencia profunda y dibujó una sonrisa, con la que se despidió.

Bien, era claro que su reputación no estaba tan arruinada. Aunque también era real que había mucho de desesperación en las redes que algunas matronas tendían para captar interesados en sus hijas.

En las consideraciones de algunas de mujeres no entraban criterios como la honorabilidad o la fidelidad, sino las billeteras y la elevada posición social en que una alianza matrimonial con alguien de alta cuna garantizaría.

Al parecer una parte de la familia de Nessa, Isla y Jhon no tenía interés cierto en saludar su llegada y veían a la primera como el acceso a las conexiones de Francis. *En todas las familias*

hay problemas, Hugh, no tienes la exclusividad.

Recordó que las escocesas habían llegado a Londres a residir en la casa del conde de Atholl, ese idiota pagado de sí mismo que tenía algún esqueleto en su ropero. En las oportunidades en que Hugh había compartido tiempo con Nessa y sus primas, esta joven que vio hoy no estaba.

Claramente había una partición en el clan, y que dos encantadoras jóvenes como Nessa e Isla no tuvieran buen vínculo con la rama del vizconde de Argyll hablaba bien de ellas a su juicio. El hombre era denso, pedante, insufrible. Prefería a Atholl, si tenía que elegir.

Algo que no tengo *que hacer*, dijo, y su cabeza volvió a enfocarse en su vida. Su paso recuperó vigor. Debía ir con cautela, eso estaba más que claro. Había asuntos que aclarar en su mansión en lo referente a gastos, y lo haría, pero la confrontación con Alan no podía darse hoy.

Era un tema de pruebas fehacientes y de tener la seguridad absoluta. Sus ojos debían apreciar la debacle, el robo que el administrador, receptor de la información que otros proporcionaban, le había comunicado.

Su ira, que al comienzo fue ciega y le hizo pretender inmediato resarcimiento, se atemperó. Furioso y cargando como un toro ciego no lograría nada. Su madrastra era inteligente y lo enredaría exigiendo pruebas contundentes y detalladas.

Casi podía escucharla. *¿De qué pinturas y muebles hablas con exactitud? Porque renovamos la decoración. ¿Cómo puedes acusar a Alan? Él no hizo más que atender tus asuntos, los que dejas de lado por tus correrías.*

¡Qué patético se sentía en momentos como este, sabedor de que por tanto tiempo había doblado la cerviz ante esa mujer horrible! ¡Cómo se mofarían de él sus rivales políticos y aquellos que le creían un redomado cínico sin escrúpulos si supieran que había tolerado por mucho tiempo que le denigraran y manipularan por mantener la paz en el pequeño y frío círculo familiar que le rodeaba!

No, su idea de dejar los asuntos de Elywood Abbey en manos de su administrador no era buena. Él era el duque, el señor de la casa solariega, de las tierras, el referente para los arrendatarios, y debía retomar el control, no importaba cuánto le fastidiase volver allá. Tenía que comprobar lo que se le había informado.

<<Endereza la espalda, Hugh. Levanta la cabeza y observa. Estas son tus tierras, y la gente que en ella trabaja es tu responsabilidad, y no solo tu fuente de rentas. No dejes de hablar con ellos, de acercarte. La figura del duque es de autoridad, pero también es de calma, de referencia, de consejo.>>

La voz y las palabras de su padre parecieron llegar de lejos, y así era, en realidad. Los doce años que hacía que había muerto no hacían que Hugh olvidara que ese hombre duro en muchos sentidos, inexpresivo, incapaz de demostraciones de afecto, también había sido recto y

justo con aquellos bajo su mando y protección.

Excepto conmigo, consideró, *aunque tal vez no había sido su intención*. Hugh había estado lleno de rencor con él porque le había obligado a sepultar la memoria de su madre casi en el mismo momento en que lo hizo con su cuerpo.

No se podía llamar de otro modo al hecho de que no había nada en la mansión que la recordara, y no había sido exclusiva responsabilidad del vendaval que fue la llegada de lady Avery a la vida de ambos.

Sí, ella lo había cambiado todo, lo recordaba bien: cortinados, muebles, servidumbre, las rutinas diarias. Fue como si su padre, que se la presentó como su *segunda madre a la que aprendería a querer*, desapareciese para Hugh. Ya no hubo cabalgatas juntos y solos, y sí con Alan en el medio. No más lecciones de finanzas o política, o lo que fuese.

Su crianza, las decisiones sobre su educación, alimentación, viajes, amistades, quedó en manos de lady Avery, que grabó lecciones con la fuerza de su palma o del cuero. De pronto todo lo hacía mal y cada día había una tarea ingrata por realizar en pago por una palabra incorrecta, un paso mal dado, una actitud equivocada. El silencio de su padre, que se veía menos en la casa, habilitó cada decisión de su madrastra.

De no haber conocido a Francis y Grayson en Etton y haber trabado amistad con ellos, y por tanto ganado acceso a sus familias, lo que le aseguró semanas enteras con ellos en el campo y también en Londres, porque su madrastra lo prefería sujeto o lejos, no sería el hombre que era hoy.

Sí, se había equivocado, aún lo hacía a menudo, pero se consideraba uno con ideales y preocupaciones de justicia. No era feliz, todavía lo sujetaban ataduras a esa infame mujer y su hijo, pero eso cambiaría. Oh, sí, había dicho eso antes, pero no había tenido la convicción absoluta que llenaba su mente hoy.

Había sido suficiente. Era tiempo de decir basta y cortar las amarras que tontamente había mantenido. Su familia no era tal. Sus amigos lo eran, y a ellos se aferraría en el proceso de purgar su entorno. Con cautela, sin prisas, con pruebas, así debía ser.

Capítulo 9.

La charla con su madrastra había sido breve y… extraña. Hugh había esperado, se había preparado para una reacción visceral y agria de lady Avery, condimentada por frases frías y punzantes, destinadas a lastimar. Esperó gritos, la negativa redonda a aceptar los términos económicos que planteó, pero no había ocurrido así.

Sí, ella no escatimó en frases irónicas y lapidarias, aunque esas eran las habituales, las que constituían sus interacciones desde que tenía memoria. El pan diario de sus charlas eran las sonrisas despectivas, las referencias agudas a su falta de moral, los gestos de ojos y labios que anunciaban la superioridad moral de lady Avery.

Lo que no hubo fue furia y negativa cuando él anunció con determinación que el presupuesto de gastos de la mansión se recortaría a la mitad, y que evaluaría la situación de Elywood Abbey.

Para su sorpresa, lady Avery pareció quedarse sin palabras, sus gestos reducidos a la mínima expresión, y apenas si ensayó algunas protestas sin calor ni fuerza, para luego dejarlo en el salón, solo y confuso.

—Oh, Hugh, tu padre estaría tan decepcionado—fue la última frase, justo al pasar la puerta.

Esa frase no contaba como munición, de tan usada que estaba, pero la manera quieta y dramática le impregnó significado, supuso. No eran nada al lado del furor que esperó, de la ponzoña que creyó se volcaría en palabras y reproches, además de alusiones a su tacañería y deseos de humillarla ante sus amistades y la alta sociedad en general.

Se había preparado para rebatir sin tregua una ofensiva verbal. En su lugar hubo compostura no exenta de actuación que apuntaba al público que eran el estoico Martin o a la servidumbre que se movía por los laterales del salón en variadas actividades.

Hugh solo advirtió la presencia de la modista y su ayudante al salir del espacio y toparse con sus miradas acusadoras, que si bajaron al piso con velocidad al saludarle con respeto, le dejaron ver que lo habían escuchado todo. Sería la comidilla en unas horas, eso era seguro, pero poco le importaba.

Se sintió bien el tomar acción y poner límites, y esto era el inicio. Si lo que sabía sobre Alan y su actuación en Elywood Abbey era tan malo como le explicaron, tomaría medidas serias, y esas de seguro alterarían a la duquesa viuda.

Aunque sea cierto en la mitad, alejarte de una vez de ellos y asegurarte de tomar efectivo control de tu vida y legado es necesario. Lo había considerado por años, sin decidirse, siempre echándose atrás, indeciso, porque actuar era extirparlos de su vida y propiedades, y por tanto ir contra los deseos de su padre.

—Su Excelencia…

Se volvió para atender a su mayordomo. La expresión de Martin era inescrutable, como de habitual, y no por primera vez Hugh se preguntó qué pensaría de él en realidad. La servidumbre en general.

¿Le verían como un hombre superficial y vano? ¿Le creerían el pelele que él se sentía en manos de lady Avery? ¿O simplemente no les importaba? Suspiró y se mesó el cabello.

—Dime, Martin.

—El duque de Bristolbridge ha enviado una misiva.

Extendió la pequeña bandeja y Hugh asintió y tomó el sobre. La curiosidad le picó, porque no era habitual que Grayson le hiciera saber algo por escrito, como no fueran notas cortas informando intrascendencias.

Su amigo era un hombre desconfiado por naturaleza, al que no gustaba dejar huellas de sus ideas y pensamientos. Era probable que fuese una derivación de su interés por la investigación y el espionaje.

—Gracias, Martin—Parpadeó y luego decidió que su mayordomo tenía que saber de su boca los cambios que ocurrirían—. Habrás escuchado lo que dije sobre el recorte de gastos. A partir de hoy el detalle de estos y la determinación de lo que es necesario o no pasará por mi o en su defecto el señor Bloch.

—Lo entiendo, Excelencia. Mm…—el hombre dudó—. Si me permite… ¿Esto implicará cambios en el personal?

Hugh negó con énfasis.

—No, Martin. No se despedirá a nadie ni se tocarán salarios. Tampoco en la manutención de los corceles o gastos obvios que surgen en una mansión de estas características. Lo que se limitarán son gastos extraordinarios.

Incomprensibles, inexistentes, que no tenían justificación real, y que debían ser en verdad extracciones de su dinero a las arcas de casas de apuestas a las que Alan alimentaba, apañado por su madre.

—El señor Alan es quien de habitual lleva las cuentas, o su señora madre, y lo que me pide ya se realiza, Excelencia. Les entrego puntillosamente un detalle…

La agitación debía ser importante en el mayordomo, porque uno de los lados de su boca se elevó y un tic muy leve apareció en uno de sus ojos. Hugh se apresuró a calmarle.

—No tengo ninguna duda de su celo en la tarea, Martin. Le estoy pidiendo que me entregue ese detalle de gastos y necesidades en forma directa, o al administrador en mi ausencia. Como es una orden directa, ninguna otra puede ir en contra de esta.

—Por supuesto, su Gracia.

Hubo alivio en el tono de Martin, y Hugh se preguntó entonces cuántas veces su falta de

seguridad había logrado que su madrastra o Alan impusieran su voluntad al tergiversar su voluntad o directivas.

—Estaré en la biblioteca.

Una vez solo se repantingó en el sillón y abrió la carta de Grayson.

Hugh,

Me temo que debo marchar a Gales antes de lo que pensaba. Mi hermana comenzó con labor de parto antes de lo esperado. Estaré allá algunos días.

No quise irme sin hacerte saber lo que me enteré por estas horas. Sabes que tengo ojos en varios sitios de la ciudad. Alan fue visto en varias oportunidades ingresando por la puerta lateral del club de los tories. Quien me lo dijo lo reconoció porque lo vio contigo en Ascot más de una vez.

Sí, las únicas oportunidades en que su hermanastro se pegaba a él eran cuando iba a Ascot o Tattersall.

Eso me preocupó, como comprenderás, porque tu hermano no es el más astuto del lote. No sería extraño que alguno de esos bastardos conservadores haya creído que podría ser una baza en tu contra. Por ello pedí que le siguieran. Lo que descubran te llegará en forma de notas a la oficina de tu notario, Hugh.

Siempre el listo y desconfiado Grayson, sonrió, pero práctico y un paso adelante de sus rivales. Y amigo fiel. Luego se puso serio. Ese idiota, necio e inconsciente de Alan. No tenía dudas de que buscaría aliados donde hubiese dinero, y si estos eran los rivales políticos del hermano que le mantenía, ¿qué más daba?

En otro orden, y algo que me puso en alerta mayor. Una de las mujeres que trabaja en uno de los sitios que solías frecuentar, una Shelby Darsey. No sé si en efecto la conoces. Al parecer se ha dedicado a echar a rodar rumores sobre ti.

Acerca de tus simpatías con Francia y Bonaparte, y de la manera terrible en que solías hablar del Regente. Es claro que alguien le ha pago, Hugh, y nada de lo que está pasando a tu alrededor parece aislado. Me marcho con preocupación, y te insto a ser cauto y medir tus pasos y salidas. Espera mi regreso para hacer nada.

Incredulidad era poco. Le envolvió la agitación y la indignación, y se incorporó de un salto, dejando la carta a un lado. Caminó con rabia de un lado al otro, su mente en caos. Shelby Darsey… Dio vueltas al nombre, pero no lo recordaba. No era bueno con los nombres de las mujeres con las que se divertía de manera casual.

Esto era ridículo. Él no hablaba de política con sus amantes… Joder, él solo las follaba, no había otro interés que ese. ¿Quién iba a creer esa tontería? Él luchó contra los franceses, tuvo una actuación destacada, fue un oficial condecorado, por todos los cielos.

Y no era tan tonto como para hablar del Regente en público y menos en burdeles o clubes, no importaba cuánto discrepara con algunas de sus decisiones, que lo hacía.

Podía sentir el complot gestándose alrededor de él, como una telaraña sutil, y que no era alocado se lo decía Grayson. Apretó sus labios y puños y se obligó a la calma, aunque fuese difícil. Sentir que no le daban respiro y tenía a muy poca gente en su rincón era… Decepcionante y doloroso. Mas, ¿no era el pan de su vida?

+++

La sensación de urgencia y la impaciencia aumentaron con cada milla que el carruaje recorrió acercándose a Elywood Abbey. Su primitiva decisión de no venir había quedado atrás. Era ridículo y le enervaba no poder evitar la incomodidad y molestia que le atosigaban cuando llegaba al corazón de sus posesiones.

Este debería ser su lugar en el mundo, tal como Worcester Manor lo era para Francis, barruntó. El remanso donde recogerse de las urgencias diarias en Londres, de sus negocios y de la actividad política. El sitio donde encontrar solaz. El paisaje y la naturaleza circundante de seguro lo ameritaban.

Era obvio que no podía escapar de sus memorias y no las superaría evitando los lugares de su infancia y juventud. Estas eran sus tierras, su casa, la gente que dependía de él. Le debían obediencia y respeto. Quería ver, comprobar, interrogar a quienes podían echar luz sobre los asuntos sórdidos que Alan llevaba entre manos.

Suspiró cuando el carruaje se detuvo y contempló la mansión con una mezcla de sentimientos encontrados. La piedra grisácea de Elywood Abbey se recortaba majestuosa en la campiña. El aire fresco del atardecer llevaba consigo el aroma de hierba recién cortada y la dulzura de las flores, pero para él también traía el peso de responsabilidades pendientes y recuerdos dolorosos.

El cochero se acercó, mas Hugh descendió antes de que el hombre le ayudase, y se encaminó con decisión a la enorme puerta de madera de la entrada, la grava debajo de sus botas crujiendo con levedad.

Unos metros antes de alcanzar el vano, la puerta se abrió con presteza y el rostro del que debía ser el mayordomo le recibió con seriedad. Un completo desconocido, eso era, pensó, entrecerrando sus ojos. ¿Dónde estaba Stuart?

—Buenos días, milord. ¿En qué puedo ayudarle?

Hugh le miró con sorpresa, e inclinó la cabeza a un lado.

—Puedes moverte de la puerta y dejarme entrar. Estoy cansado y de malhumor. Quiero el té en la biblioteca.

El hombre parpadeó y luego sacudió su cabeza, mirando de arriba abajo a Hugh, y luego

hizo su cabeza a un lado para mirar el carruaje, y entonces pareció entender, y su rostro enrojeció y tartamudeó:

—¿Su Excelencia? Señor…—sus manos se movieron con rapidez, algo frenéticas, mientras se movía del paso para permitir el ingreso a Hugh—. No lo reconocí, su Gracia, le ruego me disculpe.

—¿Dónde está Stuart?—le dijo, y a sus oídos sonó duro e inclemente.

—El señor Stuart… Él ya no trabaja aquí…

—¿Qué hay de su hijo? ¿Perry? ¿Por qué no es él quien…? ¿Y la señora Millie White?

—Lord Alan… Él fue quien decidió despedirlos, así como a la mitad del personal, Excelencia.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace algunos meses de eso. Ellos…—el hombre se balanceó sobre sus piernas, visiblemente incómodo, y su mirada se hizo huidiza—. Hubo discusiones y…

Hugh se dio la vuelta y avanzó por el gran salón, mirando alrededor en procura de encontrar los detalles que más identificaban el lugar. El espacio amplio y elegante decorado con tapices antiguos y muebles de época que recordaba aparecía deslucido, y desnudo de personalidad. Había huecos ineludibles que comenzaron a mostrarle la exactitud de lo que su administrador le había informado.

Fue entonces cuando notó las ausencias que le confirmaron los peores presagios: dos pinturas del afamado artista David ya no colgaban en las paredes. Y los espejos con marco de oro… Y… Resopló, sintiendo que la furia le invadía como un fuego líquido que avanzaba desde su estómago y por su tracto hasta la garganta.

¿Cómo se atrevió Alan? No eran solo los objetos, era la gente. ¿Cómo osó a expulsar a Stuart y los suyos, a la señora Millie White, el ama de llaves? Eran el personal histórico de la casa. Lo cuidaron, lo sirvieron, lo mimaron. Así había sido con él, también, y no lo olvidaba.

O sí, lo hice, consideró. Ellos no habían sido sino gentiles y afables con él. Le curaron raspones, le consolaron como pudieron cuando corría sollozando por golpes de su madrastra o desolado por sus crueles expresiones. Y él los olvidó, los asoció con ella.

Tonto. La casa, las personas, la campiña, nunca fueron el problema. El problema se fue contigo y se asentó en tu otro espacio, y se lo permitiste. Se lo permites aún, que te degrade, que te use.

Abandonaste a esta gente, se increpó, esta vez la furia dirigida contra sí mismo. Su ceguera, su inmadurez. *Permitiste que las incapaces manos de Alan gestionaran y saquearan la joya del ducado, por cobarde. Por escapar de memorias viejas que deberías haber superado hace mucho. Esta gente está sin trabajo por ti.*

—Excelencia, ordenaré que le preparen su habitación. El té y…

—¿Quién es usted?—le preguntó, sus brazos en las caderas y los ojos fijos en el hombre, que tragó saliva.

—Mac… Burns, Excelencia. Yo… Me encargaba de mantener los jardines, pero su hermano… Él me ordenó…

—¿Qué personal tiene a cargo?

—Mm. La señora Kate Brows, la cocinera. Y Meg.

—¿Nadie más?—preguntó con incredulidad.

—Es que… verá, Excelencia, muchos decidieron irse cuando los pagos…—hizo un sonido asustado cuando Hugh lanzó una imprecación.

—¿Me está diciendo que no se les pagaba el salario en tiempo?

No podía creer lo que escuchaba. Joder. Él despotricaba contra los patrones injustos y abusivos, eran la base de sus diatribas en el Parlamento, diantres. Alan había llevado las cosas muy lejos, mucho.

—Hace al menos cinco meses, Excelencia. La mitad fueron despedidos entonces. El señor Stuart trató de convencer a su hermano de… Quería hablar con usted, su Gracia, pero el señor Alan se volvió loco y gritó, mucho. Yo… no tenía donde ir, y aquí al menos… Tengo techo, comida, seguridad.

Encajó sus mandíbulas.

—¿Cuánto hace que Alan…? ¿Cuándo fue la última vez que vino aquí?

—Dos semanas, Excelencia.

—Quiero que busque al señor Stuart—ordenó—. Dígale que he venido y que necesito hablar con él.

—Sí, sí—asintió con vehemencia.

—¿El palafrenero también…?

—Me encargo yo de los caballos, su Gracia—respondió—. No quedan muchos… El señor Alan vendió la mitad de los ejemplares pura sangre hace un mes.

Encajó las mandíbulas de manera que sus dientes chirriaron. Era inaudito. Se lo había dicho su administrador, sí, pero no lo creyó posible. Alan adoraba esos corceles tanto como él. La selección era excepcional, y si Hugh no venía aquí, sus caballerizas en Londres se nutrían con finos ejemplares. No últimamente, recordó.

—¿Quién compró tanta cantidad? Es una cifra considerable para pagar—inquirió, su voz más calma de lo esperable.

—Ah, una parte de ellos fueron a las tierras del conde de Alastair, su Gracia.

Ese bastardo. Claro que su vecino, integrante del sector más recalcitrante de los tories, se complacería en comprar sus caballos, probablemente a un precio de ultraje. No sería extraño que las pinturas faltantes estuvieran en su salón.

Con seguridad se habría jactado de ello con sus pares, riendo y vanagloriándose de la decadencia del duque de Elywood y sus problemas económicos. No había dudas en su mente de que Alan habría argumentado que era Hugh quien necesitaba el dinero.

—Bien. Prepara mi caballo.

—Su té…

—Lo tomaré a la vuelta. Tengo mucho por hacer.

No pasó media hora que estaba en camino. Las primeras paradas fueron las casas de los arrendatarios del sur. Empezaría por casa de los Pritchard, quienes habían servido fielmente a la familia de Elywood durante generaciones.

Al acercarse a la modesta vivienda de piedra cubierta de enredaderas, Hugh fue recibido por el anciano señor Pritchard. Hugh le recordaba, aunque el hombre había cambiado. El rostro arrugado y curtido por el sol, así como las manos ásperas de tanto trabajo en el campo eran testigos del paso del tiempo. El arrendatario se adelantó para saludarlo, con dificultad, y Hugh se apuró a desmontar.

—Bienvenido de vuelta a Elywood, milord. Hace un buen tiempo que no le veíamos por aquí.

—Así es, Miles—Se felicitó de recordar el nombre—. ¿Cómo ha estado?

—Como se puede, considerando mi edad, Excelencia. Usted sí que ha cambiado. Es todo un hombre—movió su cabeza, y Hugh esperó que lo que la expresión demostraba fuese aprecio.

—¿Su familia?

—En el campo, trabajando y tratando de reponernos de la sequía.

—Ha sido brutal, lo sé.

—Fue un alivio que haya pospuesto el pago de nuestra renta. Esperamos poder hacerlo lo antes posible—dijo Pritchard.

Hugh asintió con seriedad. Posponer el pago había sido una decisión natural y necesaria, de consideración al bienestar de aquellos que dependían de la tierra que él poseía.

—Es lo mínimo que pude hacer. Vuestra lealtad y labor son fundamentales para el mantenimiento de Elywood—respondió Hugh con voz grave pero cálida.

A este encuentro siguieron otros, y en cada una encontró datos, recuerdos. El señor Dawkins, el arrendatario más cercano a la mansión, le mencionó algo que hizo que Hugh frunciera el ceño con preocupación.

—Milord, he escuchado rumores. Seguramente no son más que eso, y vienen de lares vecinos, de las tierras del conde de Alastair. Dicen que parte de Elywood Abbey se ha vendido. Y…—el hombre carraspeó y enrojeció, pero luego se repuso y le miró—... Se dice que su hermano podría heredar el ducado en algún tiempo. Pensé que podría estar usted muy enfermo.

Esto era preocupante. Mucho. Se sumaban los agravios y la información extraña.

—Pues gozo de muy buena salud, por fortuna. He venido porque yo mismo he escuchado rumores alarmantes, y me encuentro con algunas sorpresas. No tardaré en resolverlas, por cierto, y quédese tranquilo. Estoy bien, así como mis finanzas, y por ello mi decisión de apoyarles en este momento de necesidad es irrevocable. Enviados de mi administrador estarán tratando con ustedes de aquí en más, aunque vendré con más regularidad.

—Su hermano no es un hombre querido, Excelencia.

El hombre era directo, y no bajó los ojos, y Hugh le respetó por ello.

—Una razón más para que le quite la responsabilidad que le di.

No defendería la imagen del que era su familia, pero que le demostraba momento a momento que le había engañado y esquilmado sin piedad. Apretó los labios en una línea tensa.

Como había temido, los rumores estaban extendidos entre sus arrendatarios. Tenía que tranquilizarles. Alan había utilizado su nombre y su confianza para justificar sus acciones imprudentes.

El enojo y la decepción eran hondas, y con cada visita aumentaron. Oh, sí, la confrontación con su medio hermano era inevitable y sería amarga, dura, pero necesaria.

—Excelencia, por cierto, ¿recuerda usted a la familia del caballero Fishburne?

Asintió, y su faz se volvió granito, a pesar de que en su fuero interno el sobresalto existió. ¿Cómo olvidar el apellido de Harper, aquella que fue su desvelo y fijación, su primer amor?¿A la bonita rubia de ojos azules, tímida y dulce, que le hizo soñar con fantasías que estaban destinadas a romperse?

—Lo recuerdo. ¿Por qué lo menciona? Hace muchos años que se fue de las tierras.

—Sí, cuando su hija Harper se comprometió con aquel joven, el hijo del molinero del vizconde Clerk. El caso es, se le ha visto por aquí. Estuvo en Elywood Abbey, fue uno de quienes vinieron por los caballos, su Excelencia—lo miró con cara de complicidad, haciéndole saber a Hugh que estaba enterado de lo que ocurría en la casa solariega—. Es probable que los demás no le conocieran, porque el viejo Stuart y su hijo ya no viven allá…

—Regresarán, si no han conseguido algo mejor. Ya he enviado a por él. Elywood Abbey no es lo mismo sin él. Nunca debió ser despedido.

—Ya decía yo que había algo raro—asintió y sonrió el hombre, más seguro—. Ese caballero nunca anduvo en cosas buenas y decentes, milord, y sé que su padre no le apreciaba.

—Tampoco yo. Hizo bien en decirme, porque eso me permitirá prohibir su regreso.

Lo haría con gusto. El maldito había sido quien empujó a la joven Harper a conquistarlo, con la idea de atrapar al heredero del ducado, cuando la muchacha amaba a otro. Sí que Hugh había caído, enamorado y esperanzado.

Había descubierto la verdad por casualidad, y la crueldad de las palabras de la mujer, que

comprendía hoy como fruto de la desesperación, así como las del caballero, le habían destrozado el corazón y convertido en el cínico descreído que era.

Los trémulos besos y abrazos en el campo en flor, sus caminatas entre los árboles y por la ribera del río, de la mano, riendo. Todo había sido falso. Había llorado, como un tonto, y cuando se lo contó a su padre, este no hizo más que chasquear la lengua y decir que era previsible, porque las ambiciones no descansaban. Le fustigó por su credulidad, y su madrastra usó la información como insumo para avergonzarlo y humillarlo por años.

La desconfianza había quedado grabada en él como una marca de fuego, y le hacía renegar de cualquier vínculo sentimental, en especial con aquellas hermosas mujeres que usaban su beldad como carnada.

Apenas recordaba el físico de Harper, para ser honesto, y tampoco a su padre, pero el hecho de que no dudaran en venir a sus tierras a llevarse lo que era suyo lo rebelaba, y era otro elemento para sumar en la lista larga de agravios que Alan le había hecho a sus espaldas.

Necesitaba pensar con calma para proceder con inteligencia. Había que recontratar a la gente de confianza a la que se había despedido, o encontrar otra a la que pudiese mandar y cuya lealtad le fuese incondicional.

Había que reencauzar la producción, contratar personal de seguridad para la casa. Empezaría con lo básico, lograr la vuelta de los Stuart. El señor Bloch debería enviar gente para lidiar con el resto. Y volvería.

Decidió que necesitaba más que nunca la voz y los consejos de Francis. Retrasar algunas determinaciones unos días no sería grave. Lo principal estaba encarado. Esperaría para hablar con Stuart y le ofrecería lo que fuese necesario para traerlo de vuelta, así como a su hijo. Saint, el administrador de Francis podría recomendarle a alguien eficiente y confiable que llevara los números y controlara gastos y entradas de dinero.

Interludio 2.

—La fragancia de estas rosas es maravillosa—susurró Isla, hundiendo su nariz en una de las que había cortado y a las que quitó las espinas.

Anne asintió e imitó el gesto con las que tenía en sus manos. El aroma y los colores eran impactantes, y adornarían las estancias de Worcester Manor a la perfección. Pero la necesidad de decoración no era lo que la empujó a invitar a Isla a ayudarla con la tarea.

No, Anne quería distraerla de sus pensamientos, en los que solía ensimismarse. Quería que tomara aire fresco, que caminara y recorriera el lugar. Las sendas que zigzagueaban por los extensos jardines eran ideales, pero había también caminos bordeados de árboles que llamaban a perderse en la naturaleza.

Nessa había logrado traerla aquí, arrancarla de su encierro en Escocia, pero había que empujarla a dar pasitos para que se integrara, disfrutara y dejase de lado esa melancolía en la que se encerraba.

Anne no ignoraba que el accidente sufrido había sido grave, pero Isla se comportaba como si una parte de ella hubiese fallecido en el camino a Kidderminster, y eso era por demás erróneo.

La mujercita mustia y quieta que había retornado a Londres apenas era la sombra de la que ella conoció y con la que convivió y compartió tanto tiempo allá en el castillo de las Tierras Altas y luego en la temporada anterior de la capital inglesa.

Anne se incorporó de su posición en cuclillas, y cuando Isla trató de hacer lo mismo de su postura arrodillada sobre una manta, se tambaleó por un momento y se apoyó sobre ambas manos para ponerse de pie, sobándose el muslo.

—¿Esa pierna te molesta?

—En las ocasiones en que estoy mucho tiempo en una postura, o cuando hay mal tiempo. En general no, sanó bien. Mejor de lo que pronosticaban, de hecho.

—Eso es afortunado—contestó, y por un momento consideró dejar ahí el tema, mientras caminaban para entrar a la casa.

Luego, decidió inquirir un poco más a fondo. Nessa le había dicho que Isla esquivaba hablar de sus emociones con ella, y le había rogado que lo intentase, y no había mejor momento que este.

—No quiero sonar entrometida pero… Me parece que el accidente afectó mucho más que tu pierna o tu rostro, Ilsa. Tu carácter cambió, tu postura ante las cosas, ante la vida. Te has vuelto… —se cortó, buscando una expresión que fuese descriptiva sin sonar agresiva.

—¿Amargada? ¿Gris? O sin color, como dijo el duque de Elywood—señaló, su voz perdiendo intensidad a medida que hablaba.

Anne se detuvo y giró para mirar a su amiga. Porque Isla y Nessa eran eso, las sentía así, a pesar de que las conoció hacía relativamente poco tiempo. Ella no había tenido un vínculo tan cercano con nadie antes, y por ello le dolía esta Isla que tenía ante sus ojos.

—Querida, aunque trates de apagar tu belleza con esos grises, azules y marrones, esta resplandece en cada rasgo, en tus ojos, en tu cabello, en la elegancia innata con la que te mueves, y no hay cicatriz que lo quite.

—Ay, Anne, no digas eso. Sabes que no es así—sacudió su cabeza con vehemencia, y su labio inferior tembló con levedad.

Que las emociones corrían más profundo lo denotaron sus brazos, que apretaron el ramo contra su pecho y varios pétalos volaron ante el rudo tratamiento, y también un punto rojo nació en el escote de Isla, provocado por alguna espina que no había sido quitada.

Isla se miró y pasó dos dedos por la pequeñísima herida, apretándola, y luego rebuscó en uno de sus bolsillos y colocó sobre el lugar el pañuelo que encontró, todo sin hablar. Anne reconoció su reconcentración como deseo de dejar el tema, pero insistió con porfía.

Continuar tratando a Isla con guantes, sin hablar del tema, como si no existiera, no ayudaba, a su juicio. Ya había pasado mucho tiempo y se imponía confrontar el asunto, no esconderlo.

—Esa marca de tu rostro no te quitó un ápice de hermosura, Isla.

—No es verdad. Es una cicatriz imposible de ignorar. No puedes decir que no sería la comidilla de cualquier salón en el que entrase, y el objeto de las risas y cotilleo de nobles. Algo digno de escribir como una rareza molesta.

Sus palabras trasuntaban acidez, eran amargas y llenas de dolor, y brotaban como el pus cuando una herida infectada se abría y drenaba. Anne sintió su corazón apretarse y las lágrimas se agolparon en sus ojos, prestas a derramarse, pero hizo un gran esfuerzo para contenerse.

¿De qué servía que ella llorase por el dolor de Isla, que era hondo, mucho? Tenía que hacer más. Hablar, sacar de adentro las emociones y exponerlas a la luz, eso era la manera de curarse, y para ello tenía que prestar oídos y tener el corazón abierto.

—Es una cicatriz, es visible, y sí, hay gente horrible que haría lo que dices, en los salones y en otros lados. Pero… ¿Esa es la gente que a ti te importa, Isla? ¿Lo que piensan y creen ellos de ti es lo que tiene valor? Porque te aseguro que la mayoría de quienes te ven siguen viendo la bella mujer que eres. Y de todos modos, para los que te queremos y conocemos bien, eso siempre fue accesorio, o complementario a tu buen talante, tu alegría, tu inteligencia clara.

Sí, lo dijo con convicción y apasionamiento, porque era la verdad, y el suspiro de Isla y el menear de su cabeza denotó que no acordaba, pero tampoco se cerró a escucharla o se retiró con indignación.

—Anne… Esta cicatriz es imposible de pasar por alto…—Se retiró el cabello del rostro y

lo colocó detrás de su oreja, y pasó su dedo índice por la cicatriz—. Sí, está más pálida que al comienzo, pero se siente rugosa, y me hace sentir… Desagradable. Fea. Lo que me hacía especial… No quiero sonar como una vanidosa idiota, pero…

Le tomó la mano y la apretó.

—Isla, tienes que mirarte con ojos más piadosos, querida. Solías quejarte de que las personas no te veían, no de verdad. ¿Lo recuerdas? Me lo dijiste varias veces.

—Uno debería tener más cuidado con lo que desea. Parece que se atrae aquello que se desea, aunque esto llega de la manera más peculiar e indeseada—susurró—. Me fastidiaba que me observaran y me halagaran por mi aspecto. Ahora… me gustaría que no me tuvieran lástima por como luzco. En ambos casos… Solo veían o ven mi exterior.

Era verdad, no podía negarlo, pero creía que su punto se mantenía, por lo que lo reforzó.

—¿Crees que tu familia o tus amigos te ven con pena, Isla? ¿O que les importa tu cicatriz?

Isla negó.

—Sé que no. Mis padres, Jhon, Nessa, tú… Mis primas Maude, Margueritte, Elizabeth… No han sido sino baluartes. Lo tengo claro. Su insistencia para sacarme de esta tristeza me entibia el corazón, Anne, yo… No me creas desagradecida, o superficial…

Se mordió los labios con tal fiereza que Anne temió se lastimara, pero aflojó el gesto enseguida, y gotas gruesas se formaron en el rabillo de sus ojos y corrieron suaves, mansas, por sus pómulos.

—Sé que no eres nada de eso—Le tomó la mano y la tironeó con suavidad para ingresar a la casa—. Creo que necesitas dejar de pensar tanto. Hay mucho de lo que disfrutar y apreciar. Debes focalizar en el aquí, el hoy. Tu hermano Jhon está bien y se recuperó. Tus padres tienen la tranquilidad económica que les faltaba. Nessa… Está feliz y tendrás un pequeñuelo al que mimar en breve. Tus primos han venido para acompañarles y apenas se levanten, comenzará la diversión. No te encierres en tu recámara, Isla. Deja que te envuelvan las risas, los juegos, el calor de los que te quieren. Eso te demostrará que nadie te quiere por cómo te ves, sino por lo que eres.

—No sé si voy a poder volver a ser yo—murmuró.

—El tiempo y el amor de los tuyos te ayudarán. No necesitas volver a ser la misma, las personas cambiamos. Pero echamos de menos tus sonrisas, tus chistes, la manera en la que te las arreglas para hacer sentir a todos bien a tu alrededor. Tus comentarios oportunos. Tus…

—Ah, Anne, no sé si pueda, pero…—suspiró, y asintió—. Lo voy a intentar. Sé que lo que me dices es por mi bien, y siento el cariño que me tienen y lo preocupados que están.

—Eso está bien, Isla, es lo que queremos. Ven, estas rosas necesitan agua. Busquemos algunos jarrones.

—Estas quedaron arruinadas—hizo una mueca, mirando las que componían el ramo que abrazaba con una mano contra su pecho.

—No, para nada, míralas bien. Tan hermosas como son, también son resistentes—indicó, e hizo un guiño—. Se parecen a alguien que conozco.

Isla sonrió y meneó su cabeza.

—Gracias, Anne. Creo que… necesitaba hablar, aunque me parecía que no.

—No me agradezcas. Ya necesitaré yo tu oreja algún día, no lo dudes.

Ah, si ella contara… Pero no, no era el momento, el lugar, ni tenía la necesidad.

—Isla, Anne, acá están. Estamos por salir a caminar un poco para conocer el lugar, ¿nos acompañan?

Maude, la más joven de las hijas de la querida tía Brodie, condesa de Atholl, era la que se acercó a ellas con una gran sonrisa, y no muy lejos venían su hermano Edward y su prima Elizabeth, la encantadora hija de la *no* tan encantadora vizcondesa de Argyll.

—Claro que sí—dijo Anne, que miró a Isla.

Esta esbozó una sonrisa y asintió, y Maude aplaudió con levedad.

—Excelente—indicó Edward—. Quiero que me muestren las caballerizas, por cierto. Los caballos del duque son famosos, y no puedo esperar a verlos todos.

—Solo a ti se te puede ocurrir que vayamos a un lugar tan oloroso y lleno de bosta cuando la mañana es ideal para pasear por los jardines—suspiró Elizabeth.

—Si desean que juegue con ustedes a todas esas tonteras que inventan, tendrán que darme gusto en esto—dijo él, petulante—. Si es una visita completa por los establos, incluso puede que les deje ganar a las cartas.

Todas, Isla incluida, rieron, y Anne sintió alivio. Con el calor de su familia, con momentos de alegría y diversión, sin presiones, Isla curaría.

—Como si alguna vez lograras ganar—dijo Maude—. Como no sea con trampas.

—¡Falacias!—fingió escandalizarse Edward, que era un bromista y agradable joven—. No sabes perder, Maude. Y que Nessa e Isla tengan tanta suerte es la razón por la que de habitual perdía. Aunque siempre me he preguntado si Nessa no hacía trampas. De ti no desconfío, Isla, porque eres incapaz de fingir. Pero tu hermana…—hizo un gesto de desconfianza.

—¡Mira que eres atrevido!—dijo Isla, y sonrió—. ¿A que no se lo dices a ella?

—Pff. Si la descubro en algo, la voy a confrontar.

—Adelántense a ir a los jardines, yo coloco estas flores en agua y les sigo—dijo Anne, y les observó caminar afuera, Elizabeth del brazo de Isla.

Se apuró a solicitar jarrones, pero una de las criadas le aseguró que ella se encargaría, y luego se detuvo a charlar con Nessa con brevedad, ya que esta estaba con el duque, y ambos escuchando al hombre que estaba diseñando muebles para la que sería la habitación del futuro

miembro de la familia.

Cuando salió, se topó con la llegada de un carruaje, y se detuvo para ver quién arribaba. No había escuchado que el duque o Nessa estuviesen esperando a alguien más.

Cuando vio que era el duque de Elywood, suspiró, contrariada. Su llegada iba a molestar a Isla, justo cuando había tomado la decisión de salir de su caparazón. El noble había sido desagradable con su amiga el anterior año en los eventos en que coincidieron, esto se lo había contado Nessa.

Le había hablado en términos derogatorios, había sido hiriente, y si esto era algo que casi era necesidad para moverse en las altas esferas, o así lo creía Anne, también era cierto que Isla estuvo muy sensibilizada por su decepción al final de la pasada temporada.

Era en parte su culpa, porque ella la había preparado y entusiasmado con Londres y Mayfair, y no debió. No debió alentar los pajaritos en la cabecita joven de Isla. Había mucha hipocresía, crueldad, cinismo e interés entre quienes danzaban, bebían y comían hasta el hartazgo e hilaban futuros a base de compromisos matrimoniales.

Isla había ido en busca de un hombre como el de las novelas que leía, y encontró que recelaban de ella, cotilleaban sobre sus intenciones y su origen, y la dejaron de lado con el pasar de las galas, al punto que su tarjeta de baile comenzó a tener espacios y los cortejantes que la visitaban eran inadecuados y oportunistas.

El duque de Elywood era uno más entre esa fauna, aunque su posición social lo eximía de hacer lo que no deseaba. Socializaba cuando y con quién quería, y se reía de los convencionalismos con su estilo de vida peculiar, disipado.

Anne no tenía buena imagen del aristócrata, al que consideraba vano e incapaz de comprometerse, tal y como el conde de Atholl, su protector, decía, aunque a ella le gustaba de Elywood lo que los conservadores detestaban: el duque Hugh Lycombe era libertino, pero estaba comprometido con las causas de los más humildes.

En eso los tres duques amigos coincidían. También Grayson… *El duque de Bristolbridge*, se corrigió. Su cruzada política era por la grandeza de Inglaterra, las libertades económicas y los derechos básicos para los trabajadores de las fábricas londinenses. Era admirable.

Era probable que este hombre, el duque de Elywood, sostuviera esas luchas más por amistad con los otros dos que por creencias firmes. Lo miró acercarse, impecable en su atuendo, y con su rostro más serio y compuesto que de costumbre.

—Señorita Hathaway—la saludó con una inclinación breve de cabeza, quitándose el sombrero, y Anne notó ojeras más profundas y líneas de preocupación que no solía tener.

Pero sobre todo observó que no sonreía, y había impaciencia, urgencia en su mirar y en su postura.

—Su Excelencia, bienvenido. Le haré saber al duque que llegó.

—No se preocupe, ya me guiará el mayordomo con él. Iba usted de salida, no la quiero distraer.

—No es molestia alguna. Están en el piso superior. Pase, por favor.

Había algo extraño en él. Su gravedad, la severidad de su expresión, la falta de emoción que trasuntaba su actitud. No parecía el mismo hombre que caminaba por los salones y mansiones con una sonrisa cínica en su rostro.

El mayordomo estuvo enseguida con ellos, y se encargó de conducirlo por la escalera, por lo que Anne volvió sobre sus pasos. Lo que le sucediera a ese hombre no era de su incumbencia. Debía tener algún problema con sus finanzas, sus apuestas o las mujeres que apilaba a las sombras de su vida social.

Capítulo 10.

Cada día que pasaba se sentía un pelín mejor, más fuerte, menos agobiada, y eso tenía que ver con estar rodeada por las personas que la contenían, animaban y no la dejaban encerrarse. Sí, tal vez los demás todavía no lo veían, o no les parecía suficiente, pero caminaba adelante.

Nessa y Anne, pero también Francis y Jhon habían hecho su propósito el entretenerla e inventar actividades que la habían hecho caminar, andar en carruaje, sonreír y jugar, además de charlar con liviandad.

El bucle de conmiseración y tema único de su mente se había aquietado y la perturbaba menos, y eso era un alivio para su espíritu. Por momentos veía retazos de su yo previo al accidente, y en esos instantes sentía esperanza y creía lo que le decían: esto pasaría, se reconciliaría con su imagen y valoraría sus virtudes y talentos.

La bucólica, casi idílica paz mental que sentía al retornar de su paseo por el camino de abedules y castaños se resquebrajó al ingresar a la sala de la mansión y encontrar que Nessa y Francis estaban sentados escuchando al duque de Elywood.

¿En qué momento había llegado este hombre?, se preguntó, haciendo una mueca y retrocediendo veloz, intentando zafar del encuentro, pero las miradas fueron a ella, y se detuvo.

—Disculpen, no pensé que estarían ocupados—aclaró, retomando su retroceso, pero Nessa sacudió su cabeza, y Francis se incorporó.

—Isla, ven, toma asiento junto a tu hermana. Hugh y yo tenemos que tratar temas de negocios y lo haremos en la biblioteca.

—Está bien—respondió, tensa, inclinando su cabeza con levedad para que la mata de cabello cayera sobre la marca, y caminó hasta el sofá, sin mirar al duque de Elywood.

Se sentía un poco traicionada. Le habían dicho que nadie fuera de la familia vendría, no personas que pudiesen alterarla, y este noble tenía la capacidad de hacerlo. Había demostrado que también se regodeaba con ello, y no lo necesitaba aquí con sus frases incómodas.

—Señorita Isla, me complace verla otra vez—saludó él, sin incorporarse y mirándola con una semi sonrisa algo vacía, sin la intensidad que le caracterizaba—. No tengo intención de molestarles o arruinar la diversión y calma, no hubiese venido si no necesitase el consejo de Francis.

Isla se ruborizó. No era difícil darse cuenta de que la única razón para que este orgulloso hombre considerara que debía justificar su presencia era ella. Nessa debía haberlo señalado sin prurito. Era humillante, pero no podía hacer nada. No pretendía que los demás modificaran su vida, rutinas y amistades por ella.

—No tiene por qué explicarse, y menos conmigo—dijo, muy tiesa.

—No suelo hacerlo, pero pretendo que Francis y Nessa me hospeden un par de días, y me parece que limpiar el aire entre nosotros se impone.

—Le repito que no es necesario…

—Lamento mucho mi comportamiento y palabras el pasado año, Isla, y soy sincero. Los eventos de la temporada social sacan lo peor de mi personalidad, pero le prometo que hay rasgos positivos en la misma.

—Reafirmo los dos aspectos—dijo Francis—. Isla, cuida de Nessa. No ha dicho nada, pero sé que ha tenido algunas molestias hoy.

La actitud contrita y la disculpa inesperada del duque de Elywood fue una sorpresa, y no pareció falso. No había ironía o petulancia en su rostro o postura. Se veía diferente. Preocupado. Ansioso, incluso, urgido. Pero esto pasó a segundo plano como consecuencia de lo que Francis dijo sobre Nessa.

—¿Qué molestias has sentido?—le inquirió con preocupación, colocando su mano sobre el vientre abultado de su hermana—. ¿Es algún dolor? ¿Contracciones?

Nessa resopló y se recostó más cómoda, pero su cabeza se movió con énfasis.

—Tonterías. Francis es un alarmista. Las molestias son normales para una mujer que tiene un vientre enorme que le hace perder el equilibrio al caminar y debe ir al retrete incontables veces en el día y la noche.

—¿Estás segura? ¿No estás escondiendo nada para evitar que nos inquietemos y…?

—No, no pasa más que eso, lo prometo. Escucha, Isla, quiero que sepas que Francis no esperaba a Hugh…

—Lo tuteas, eso es una novedad—murmuró—. No sabía que tenías una relación tan cercana con él. Me extraña, porque él es…

—Verlo a menudo y socializar con él me ha dado otra visión de su persona. Grayson y Hugh son como hermanos para Francis, y la visita de ambos a nuestra casa es constante. Al comienzo estaba muy tensa a su lado, lo confieso. Fue frío, inclemente cuando…

—Lo sé…

Nessa, tan dura como parecía, se angustiaba al recordar el accidente, y también evitaba el tema por ella.

—Le he escuchado hablar de temas importantes para la gente común con sensibilidad y sin prejuicios, Isla. Es muy apasionado, y ha impulsado leyes que amplían los derechos de los trabajadores y limitan los castigos cuando se expresan. Es una lucha constante, pero he visto que no es un hombre cruel, y su fama…—meneó su cabeza—. Francis y Grayson me contaron que se asienta sobre lo que hizo años atrás, cuando más joven y rebelde. No bebe, salvo en alguna cena o con sus amigos, sus apuestas son limitadas y muy medidas, y al parecer su reputación de Casanova no tiene asidero estos días.

A Isla le costaba reconciliar esa información con la imagen de cínico y disipado con la que el duque de Elywood se dibujaba en su cabeza, pero sabía que Nessa no le diría esto si no lo creyese, de no haberse convencido.

Él había hecho mucho por resarcirse con Nessa luego del accidente. Había retado a duelo al hombre que planeó el intento de asesinato de Francis, el tío. *También te vengó a ti, Isla, porque aquel bastardo fue el culpable de tu pesar.*

Y hoy se había disculpado con humildad con ella. *El beneficio de la duda, Isla, tienes que dárselo. No puedes seguir actuando guiada por el rencor. Debes dejar atrás ese sentimiento, es veneno.*

—Confío en tu capacidad de juzgar a las personas, Nessa, y sé que no estaría aquí si creyeras que me puede herir de algún modo—Sonrió y apretó la mano de su hermana, empujada por la súbita necesidad de decirle cuánto la quería y apreciaba su preocupación por ella, por la familia en general—. Te amo, hermanita, y sé…—Suspiró—. No es que quiera ser difícil y comportarme como una desagradecida, o preocuparte, y a nuestros padres… No he podido evitarlo, Nessa. Me he sentido…—Esta vez su suspiro vino desde lo más hondo, y al exhalar, drenó frustración y pesar—. Un poco perdida. Sin donde asirme, a pesar de que sé que sus manos están tendidas.

—Siempre—susurró Nessa, y la abrazó—. Me alegra que te abras de a poco y dejes fluir lo que te aqueja, tus emociones. Esa mujer resguardada y silenciosa, metida hacia adentro… No eres tú, Isla.

—Tal vez ahora lo soy—indicó.

—No, no. Tú eres mi hermana alegre y esperanzada, la que ve los colores hasta en una tarde plomiza de frío invierno. Te has apagado y cubierto de capas para protegerte porque sientes ira, dolor, miedo.

Era cierto. Y le estaba sorbiendo la posibilidad de una vida bonita y de disfrutar con los suyos. *Olvida, deja atrás lo que te ata al pasado que quisieras torcer. No se puede modificar lo que ocurrió.* Pero sí era posible quitarle peso e influencia a las memorias incómodas y humillantes de la pasada temporada.

No fue como esperaste y soñaste, y esto es también tu responsabilidad. Pusiste demasiadas expectativas en un mundo que se guía por reglas distintas a las del tuyo. Debes asumirlo, así como comprender y abrazar la realidad de que tu rostro está marcado y eso no hace que tu vida se termine.

—Resulta que la primera impresión de ese duque cuando me vio… Lo que dijo de los colores… Tuvo razón, aunque me pareció desagradable y petulante que lo dijera.

—Fue ambas cosas, porque Hugh no tenía por qué manifestar su pensamiento sobre ti en alta voz. Pero sí, ya que lo dices tú, creo que hay razón en ello. También noto que estos días han

aparecido algunas prendas de color más vivo, y lo tomo como muestra de que tu ánimo cambia.

Asintió, y una leve sonrisa animó su faz.

—Solo para contrarrestar cualquier comentario que ese impertinente quisiera realizar sobre mí, hoy usaré uno de los vestidos que madre hizo empacar.

—Si la presencia de Hugh te desafía así y te vuelve combativa, pediré a Francis que extienda su estadía de manera indefinida—dijo Nessa, riendo, y por unos segundos ambas fueron las desinhibidas e ingenuas escocesas que tramaban y charlaban sin cesar allá en su hogar. Luego, Nessa se puso más seria, pensativa—. Él está afrontando problemas graves, Isla. Hugh… Su familia, si así se puede llamar a esos dos que no se cansan de exprimirlo además de humillarlo… Han ido muy lejos, y me temo que esto empeorará. Francis dice… Él cree que hay un grupo buscando detener su trabajo en el Parlamento. Sabes que Francis, Grayson y Hugh sostienen una cruzada por cambios sociales, por mejoras.

—¿Un grupo? ¿Unido a su familia? Eso es… triste.

De verdad sonaba como si ese hombre… Ese duque parecía tener todo lo que proveía la felicidad: era apuesto, masculino, elegante, rico, poderoso… Y, no obstante, le faltaba el soporte amoroso de una familia. *Eres tú la rica, Isla, y te has empeñado en creer que perdiste lo importante, cuando ha estado a tu lado a cada instante.*

—No quisiera que Jhon, papá o Francis estuvieran nunca en los zapatos del duque de Elywood, Isla. Tiene varios frentes abiertos, y nada sabía. Enterarse de ello ha sido como recibir una paliza, y vino aquí a reagruparse, eso nos dijo. Al lugar donde está uno de sus apoyos incondicionales. Eso son Francis y Grayson para él, pero este viajó a Gales. Así que estará unos días, organizando su defensa y ataque, supongo.

—Quiero que Francis sepa que no me siento mal por ello y no voy a comportarme como una niñata abrumada ni hacer pataletas.

—Isla, ¡nadie piensa que…!

—Pues yo sí. Me estoy dando cuenta de que he estado tan absorbida en mí… En mi decepción, en mis fracasos, en mi dolor… Yo, yo, yo…—Resopló, y se incorporó, turbada por la idea de que había estado tomando y tomando de los suyos—. Pues esto se acaba en este momento—dijo, forzándose a hablar con claridad y demostrar decisión. Así tenía que ser, y si su voluntad se quebraba de aquí en más, los demás no tenían que presenciarlo—. Estoy bien, Nessa —rodó los ojos ante la preocupación de su rostro con líneas marcadas en la frente y el ceño fruncido—. Solo… despertando. Está bien…—se corrigió, porque ahora su hermana había torcido la cabeza—. No estoy genial, pero mis pensamientos han cambiado. Es como si… La pared que había en mi cabeza entre mis emociones y mis pensamientos ha caído. No sé, es… raro.

Lo era. En cuestión de un rato había pasado de sentir lástima por sí misma a decidir que

no penaría más. *O lo venías considerando y todos estos días de pasarla bien, de disfrutar, han sido fructíferos.*

Enterarse de que había alguien hermoso y poderoso pasándola mal, y que eso no lo evitaba su perfección física… De una manera ridícula, esa información la ayudaba. Sí, era tonto, porque su mente comprendía que riqueza, belleza y felicidad no iban de la mano.

Pero una cosa era saber y otra era *saber*. Algo así. No se alegraba de que ese duque la pasase mal, empero, no era ese su sentir.

+++

Venir había sido lo correcto, reafirmó mientras abotonaba su camisa, alistándose para la cena. Su ánimo había cambiado apenas había bajado del carruaje y mirado a su alrededor. Los jardines en flor, el ir y venir de la servidumbre, la recepción cálida de Francis y también de Nessa, y la comprensión que demostró esta con su situación le hizo sentir en casa.

La idea era triste sino ridícula, pero Hugh no se engañaba. Worcester Manor se sentía más hogar que sus mansiones en Londres y Elywood Abbey. Aquellas eran cáscaras ostentosas a las que les faltaba calidez.

Esa que solo proveían las personas gentiles y de buen corazón, que se preocupaban y ocupaban de otros sin anteponer el interés económico o las ambiciones políticas.

Se observó en el espejo, anudando con destreza su pañuelo. Se vio un poco desprolijo. Se pasó la palma por el mentón y la mandíbula, y la barba naciente y no rasurada con prolijidad, como solía estar, le raspó la piel. El gesto y la sensación lo llevaron atrás, a la guerra.

A España, a Francia. Por un momento primaron gritos, sonido de disparos, la vibración de la batalla, y suspiró. Este dolor en su estómago, que sufría desde hacía dos días, era similar a aquel que le aquejó en aquellos años, y que solía acompañarse con jaquecas.

Había una en su horizonte en este instante, consideró, mesándose las sienes. No había traído medicina consigo, pero imaginó que podría conseguir láudano aquí si su molestia derivaba en dolor lacerante.

Acomodó su cabello, que estaba más largo de lo necesario considerando la tendencia de sus rulos a hacerse poco manejables, y sin detenerse más se dirigió al comedor.

Era el último en llegar, al parecer. La mesa larga de cedro estaba tendida con elegancia no exenta de sencillez, y el rumor de la charla y las risitas femeninas lo envolvió.

—Hugh, estaba a punto de enviar por ti—dijo Francis.

—El viaje fue largo, y me tendí en lecho para descansar los ojos, pero dormité—respondió, y se dirigió al lugar que supuso le habían asignado, al lado de Olivia y, cuando se sentó se percató de que enfrente estaba Isla.

Sonrió de manera mecánica, y se recordó ser precavido y no esforzarse por aderezar las conversaciones con comentarios tontos. Nessa le había recordado apenas arribó que su hermana estaba frágil y por ello le suplicaba que no dijera nada inconveniente. No la culpaba por desconfiar de él.

La comida fue servida y la conversación animada y distendida fluyó, incorporando tópicos de los más bizarros que incluyeron las novedades sociales del momento, datos curiosos sobre nuevas máquinas, diplomacia, los conocimientos que Samuel había adquirido en Etton en este año, etc.

Las primas de las escocesas, Maude y Elizabeth, unían fuerzas con la hermana de Francis, Olivia, en contra de los dos jóvenes, Samuel y Edward, y los desafíos comenzaron a aparecer a la hora de los postres.

—Sé que puedo derrotarte en una carrera, Edward—dijo Maude, la más bulliciosa—. He estado practicando en Hyde Park por meses.

—No creo que puedas, hermanita. Soy demasiado bueno.

—Y humilde—agregó Nessa.

Hugh sorbió su crema con deleite, y advirtió que el diálogo había logrado que Isla esbozara una sonrisa, sin quitar ojo de sus primos. La manera en que el gesto iluminó su rostro y lo distendió fue increíble.

Como ver abrirse a una flor. El hecho de que su vestido fuese diferente esta noche, en tonos de pálidos azules y blancos, colaboraba. Sus mejillas tenían dos círculos rosa producto de la tibieza del ambiente.

Sus labios eran del mismo rojo de una cereza, bien dibujados, y con un perfecto arco en el superior. La piel de su cuello y de sus manos, que se movían con delicadeza con los cubiertos y servilletas, era pálida, nívea.

El cabello iba recogido con sencillez, mechones de castaños a los que las luces arrancaban reflejos rojizos y dorados, y que caían con pericia sobre la zona que ella no ocultaba del todo, aunque tampoco liberaba.

Que bella mujer, pensó, bajando la vista de inmediato al darse cuenta de que sus ojos se habían detenido en ella un tiempo más extenso del apropiado.

—Desafío aceptado, pero lo haremos en equipo—escuchó, y sus ojos fueron hacia Samuel, el primo de Francis. El muchacho gesticulaba, mirando a los lados—. Nos dividiremos en dos. Edward comandará un equipo, y yo…

—¡Ni pensarlo!—intervino Olivia, decidida—. Ese rol le corresponde a Francis.

—Me quedaré con Nessa, y estaremos cómodos en la línea de llegada, bebiendo té mientras ustedes hacen el tonto—intervino este—. Cedo mi lugar a Hugh, que es tan competitivo como todos ustedes juntos.

Elevó una ceja, en silencio cuestionando a su amigo, que le devolvió una sonrisa. Sacudió su cabeza, divertido por la actitud desinteresada de Francis, que tiempo atrás hubiese estado vigilando el uso que se hacía de sus amados caballos de competición.

¿Cómo culparlo? Tenía razones de sobra para poner esa preocupación detrás de otras con nombre de mujer y forma de vientre henchido. Era un hombre enamorado, ni más ni menos. Hugh tenía una visión muy cínica de las relaciones sentimentales en las altas esferas, y la temporada social era una competencia, un remate civilizado en el que los padres ponían en exposición a sus hijas en espera de ofertas suculentas.

—No quiero estar en el mismo equipo que Samuel, que pierde en todo—insistió Olivia, y el mencionado resopló indignado.

—Tú porque quieres estar en el de Edward—escuchó Hugh que Samuel decía a Olivia por lo bajo, y sonrió con amplitud.

Su mirada encontró la de Isla, que había escuchado y contenía una risita, sus ojos refulgiendo. Había chispazos del pasado en ella, consideró, y cuando miró a Nessa, la encontró sonriendo también al mirar a su hermana, y lo mismo Jhon.

El lacónico escocés no parecía encontrar sentido en conversar demasiado, más allá de monosílabos, pero su actitud protectora con sus hermanas era obvia.

—Muy bien—dijo Hugh—. Desafío y liderazgo aceptado. ¿Cómo armaremos los equipos?

—Somos nueve descontando a la parejita feliz—dijo Edward—. Propongo que nos dividamos a gusto o disgusto. Olivia rechazó a Samuel, por lo que estará en mi equipo.

—Pues yo no voy a estar con Edward, sé lo tirano que es—frunció el ceño Maude, provocando risas y la mirada indignada de su hermano.

—Debo practicar con el clavicordio—anunció Anne—. Prometí a su señora madre que lo tocaría durante la recepción de la boda de Bonnie, y me temo que no he tenido oportunidad de hacerlo.

—Pues eso hace que seamos pares—dijo Hugh, mirando a Isla, que parpadeaba, y desvió su mirada, fijándola en su primo.

—Edward, me sumo a tu equipo—dijo ella entonces, y Hugh sintió un leve pinchazo de decepción que se le antojó ridículo. Era de esperar.

—Voy con Edward también, así hay dos hombres en cada equipo—dijo Jhon.

—Por lo tanto me toca con su Excelencia—dijo Elizabeth con timidez, y Hugh sonrió.

—Haremos esto más divertido—dijo Nessa—. Le pediremos a Saint que envíe a alguien a esconder cinco objetos en la propiedad, dobles. El primer equipo que llegue con el total de piezas, gana.

—¿Y qué gana?—preguntó Samuel—. Vamos, hagámoslo interesante. Por ejemplo…—

hizo un sonido con su garganta, pensativo, y luego sonrió—. El equipo ganador tendrá al otro como lacayo por un día. Si ganamos… Nah, cuando ganemos, estarás a mi merced—le dijo a Olivia, que resopló.

—¿Todos de acuerdo?—dijo Edward, y hubo síes entusiastas en las bocas de Maude, Elizabeth y Olivia, encogimiento de hombros, como el de Hugh o Jhon, y parpadeo sin compromiso de parte de Isla.

—Perfecto. Digamos que las 10 es una buena hora—dijo Francis—. Dispondré que haya ocho caballos ensillados para esa hora.

A la cena sucedió un agitado juego de naipes, con acusaciones de trampa y sonidos airados, y Hugh se retiró temprano, su salida coincidiendo con la de Isla, a la que acompañó en silencio por la escalera de mármol.

—Buenas noches, que descanse. Creo que mañana la competencia será feroz. Le desearía suerte, pero…—sonrió, y ella hizo lo mismo.

A medio metro de él, una cabeza más baja que Hugh, adorable en su timidez, ella le miró por vez primera con ojos exentos de rencor, tristeza o desconfianza, y Hugh sintió alivio.

Tenía varios asuntos por resolver en su vida, y si la enemistad que él forjó con la escocesa podía ser considerado un tema menor y accesorio, él no lo veía así. En algún momento desde que volvió a verla se le había vuelto necesario. Lo correcto, lo que abonaría el camino al hombre que quería ser.

Uno capaz de trascender la miopía de los de su clase y dejar atrás la marca de su pasado, y al que no cegaba el orgullo. Uno que reconocía sus errores. Uno que no sería catalogado como vergüenza de sus antepasados o disipado y execrable.

Capítulo 11.

No sabía si era buena idea, hacía mucho tiempo que no cabalgaba, y no quería hacer el ridículo o quedar atrás. El ambiente de competición entre sus primos, Olivia y Samuel era intenso, y solo Jhon y el duque de Lycombe se veían relajados.

—¿Estamos listos?—gritó Edward, y hubo asentimientos, y la división se produjo alrededor de Nessa, que aparecía arrebolada, y excitada comenzó a detallar los preparativos.

Seguro que lamentaba no poder participar, ella que adoraba cabalgar, pensó Isla, sonriendo mientras observaba cómo su hermana entregaba sendas listas a los líderes del grupo.

Sus ojos se detuvieron en los dedos del duque de Elywood cuando tomó el papel. No tan elegantes y suaves como se esperaría de un dandi dedicado a la vida fácil. *Recuerda lo que dijo Nessa, esa imagen es incorrecta, falaz.*

—Les sugiero que se organicen para aprovechar el tiempo y conseguir los objetos. Tendrán una hora, y si no hay logrado obtenerlos, ganará el equipo que encuentre más—agregó Francis—. Si son menos de tres, quedarán descalificados y Nessa, Anne y yo podremos disponer de sus servicios.

Hubo murmullos y sonidos de rechazo y queja, pero al final los grupos se alejaron uno del otro y procedieron a montar. Isla tuvo a su lado a su hermano en un santiamén, ayudándola, protector como de costumbre, y reparó en que el animal que le habían elegido era más bajo que los demás, y eso tenía la mano de Nessa.

—¡Equipo, reunión!—dijo Edward, solemne, y arrancó risas en los otros—. No se rían, tenemos que ganar. Dios sabe qué se les ocurrirá que hagamos si perdemos. Muy bien, a ver… Un libro, un bastón, un paraguas, un sombrero, un manojo de llaves.

—¿Se supone que debemos buscar debajo de cada piedra y tras cada mata y arbusto?—dijo Olivia, batiendo sus ojos hacia Edward, e Isla no pudo reprimir una risita.

Jhon la miró y asintió con una mueca divertida, con el mudo gesto haciéndole saber que veía lo mismo. Edward y Olivia se hacían ojitos y él, su primo más divertido y gentil, moderaba su habitual modo bromista con ella.

—Nos toca el área izquierda, tomando el bosquecillo como referencia.

—Lo mejor será dividirnos para recorrer el terreno palmo a palmo. De ese modo iremos rápido y los objetos serán más fáciles de visualizar desde la grupa de los caballos. Luego, de ser necesario, caminaremos para registrar las zonas de vegetación más espesa—dijo Jhon, y los demás asintieron.

—Suena como un gran plan. Manos a la obra. Si les parece, tomamos aquel árbol como referencia, y Olivia y yo recorremos la zona derecha —Edward señaló uno de los solitarios pinos —, y ustedes dos la izquierda.

—De acuerdo—dijo Isla, y en minutos estaban divididos en pares y comenzando la búsqueda.

—Esos dos no podrían ser más obvios en su mutuo interés—dijo Jhon, e Isla asintió.

—Sí, ya el año anterior me había parecido que Olivia miraba con admiración a Edward. Hacen una bonita pareja.

—¿Crees que a Francis y su madre les parezca una buena idea? Sé que la tía Brodie dice que sus finanzas están bien, y el conde se jacta de ello, pero… Hay diferencias, en especial sus posiciones políticas.

—No creo que eso le importe a Francis. Adora a sus hermanas, y si su madre podría ser más renuente, el duque priorizará la felicidad de su hermana.

—Mm. Ya él demostró que es capaz de olvidar los deberes y convenciones por amor. Es tan extraño…—murmuró Jhon—. Ver a Nessa como la duquesa se me hace irreal. No imaginé que estaría tan cómoda en ese rol.

—Jhon, ¿de verdad crees que Nessa se ve a sí misma como la duquesa?—Ambos rieron y negaron—. La razón de que esté aquí es para escapar a los compromisos sociales, que deja para su suegra y cuñada, con el perfecto pretexto de su embarazo. Luego será el parto, y la tranquilidad del bebé…

—Sí, es probable. Vamos por aquí, cuidado con ese tronco.

—Lo vi, Jhon—rodó los ojos—. Estoy bien, sabes que no soy mala jinete, solo no tan buena como tú y Nessa. Pero de seguro supero a Maude, Elizabeth y Olivia. Allá, mira, en la rama de aquel roble… ¿no es eso…?

—Un paraguas, sí. Buena vista, vamos por él.

No dudó en azuzar el caballo con su bota, y la excitación de la búsqueda la llenó. Unos veinte minutos más tarde se reunieron con Edward y Olivia, que habían encontrado el sombrero, y la exploración a pie comenzó.

—Hemos de ser sistemáticos, cubriendo bien el terreno con la mirada. No quiero que Samuel me tenga como su criada, así que vamos. Un bastón, llaves y un libro, a por ellos—dijo Olivia con decisión.

Isla caminó con calma, sus ojos escudriñando el pasto, mirando detrás de matorrales y desniveles del terreno donde había piedras grandes. Envuelto en abundante papel, justo en el hueco de un árbol solitario, encontró el libro.

La curiosidad le hizo quitar el envoltorio, y lanzó una exclamación cuando vio el nombre. *Emma*, de Jane Austen. ¡Qué adorable! No había tenido la oportunidad de leerlo, a pesar de que sabía de su existencia. Apenas llegara lo llevaría a su habitación.

Pues si quieres tener tiempo de leerlo y no convertirte en la criada del duque de Elywood por un día, tienes que seguir, se instó.

—Se ve usted como si ya hubiese ganado—escuchó, y el sobresalto que la voz masculina, le provocó, ligeramente ronca, hizo que diera un saltito y su mano fuera a su pecho.

—Me… asustó—susurró, y se ruborizó al encontrar al duque a escasos diez metros de ella, montado en un caballo blanco que debía ser el de mayor alzada de los establos de Worcester Manor.

Elegante y natural, despreocupado y atractivo, así se veía.

—Veo que ha encontrado el libro, y creo que debo recordarle que los miembros de su equipo no verían con buenos ojos encontrarla leyendo sobre esa piedra. Hay una competencia en pleno apogeo.

El tono era liviano y las palabras una broma sutil, pero que él comprendiese su deseo real, que leyese en su rostro su interés por este libro hablaba de alguien observador.

—Me ha descubierto. He encontrado algo que supera mi deseo de jugar—le mostró la portada del libro, y él asintió.

—Sí, esa señora Austen se ha convertido en una mujercita muy famosa entre las damas. Debería volver. Si pierden, tendrán mucha tarea sobre sus hombros.

—Oh, pero digo lo mismo, su Excelencia. Está usted lejos del área que le corresponde.

—La vi por aquí y quise ver si estaba bien.

Ella le miró, y percibió gentileza en su faz y en sus ojos, y la versión amable del duque de Elywood se le antojó… encantadora. Parpadeó ante el adjetivo que su mente conjuraba para definir al que hasta hacía bien poco había ponderado como vano y cruel.

Conocer a alguien en otro contexto y tiempo, bajo otra luz, proveía de una nueva perspectiva.

—Estoy bien, gracias. Y estaré mejor.

No supo por qué se lo dijo, pero le surgió. Tal vez porque esa mirada insistente parecía querer analizar sus emociones, como si temiera verla quebrarse ante sus ojos.

—Eso me alegra. Veo que ha elegido colores distintos, y le sientan. Del mismo modo, el sol, el aire y las sonrisas, señorita Isla. Worcester Manor está haciendo maravillas.

—Le agradezco el interés por mi salud, su Gracia.

—Hugh. Me gustaría que como Nessa y Jhon, me llame por mi nombre.

—Jhon y usted tienen una historia, fueron compañeros de armas. A Nessa la conoce más, y es la esposa de su amigo. Yo…

—Me haría feliz que me llame Hugh, Isla. Pretendo ser su amigo también—indicó, y el peso de esa mirada sobre ella la sofocó.

Se ruborizó hasta la raíz, tonta que era. El duque… Hugh… estaba tratando de ser gentil, solo eso.

—Muy bien. Hugh…—se inclinó un poco para ver detrás de él—. Samuel viene hacia

aquí, y creo que su cara dice que no le gusta la confraternización con el enemigo.

Él echó su cabeza atrás, su cabello largo levemente enrulado brillando al sol, y rio con ganas.

—Corre, aléjate, Isla, no sé que sería capaz de hacer. Parece obsesionado con ganar.

Ella rio también, y giró, apretando el libro contra su pecho. El trecho hasta encontrar a su primo lo hizo con paso ligero y contenta. Se dijo que tener *Emma* entre sus manos era la razón principal, pero el encuentro y el diálogo, aunque insustancial, le mejoró el humor.

Entonces, mientras colocaban juntos los cuatro objetos que tenían entre manos, se dio cuenta de que en ningún momento había sido consciente de su marca. No lo pensó, por lo que no la escondió, le habló con total libertad, y él…

Él no había indicado molestia, desagrado, ni interés. Era… Exhaló. Era liberador. Le daba esperanza.

—¡Joder, allá van, los cuatro juntos, de regreso! Han de haber encontrado todos los objetos—gritó Olivia, y cuando miraron, vieron el rostro exultante de Samuel, que agitaba sus dos brazos en señal victoriosa—. ¡Oh, no puede ser!

—Venga, retornemos. No tiene caso seguir. Aceptemos la derrota con la cabeza alta—dijo Jhon, divertido.

+++

Había sido entretenido, mucho más de lo que esperó, y por un buen rato había dejado atrás sus preocupaciones y dilemas. La obcecación de Samuel con derrotar al equipo de Olivia, con la que tenía una rivalidad fraternal, les condujo al final a la victoria, y no paró de reír con el baile triunfal y la manera en que la muchacha sufría con lo que Samuel le anunciaba que serían sus tareas al día siguiente.

En la distribución de los derrotados salió beneficiado, porque Maude había elegido a su primo Jhon y Elizabeth a Edward, con lo que la bonita Isla estaría bajo sus órdenes al día siguiente, y si estuvo tentado de liberarla, decidió que charlar con ella podía ser interesante. El breve diálogo que habían compartido durante la competencia fue civil e incluso tuvo matices de divertido, por lo cual tenía expectativas.

Por momentos sentía que se escondía en Worcester Manor, como la avestruz que esconde la cabeza frente al peligro, pero cada vez se aseguraba que lo que hacía era rearmarse y planear su estrategia.

Francis y él habían hablado y ya su amigo sabía todo de su situación, y había estado de acuerdo en que había que pensar con calma y atender a los movimientos de los rivales y la familia.

Ambos lamentaban no contar con la presencia de Grayson, pues sus vínculos podrían facilitar la vigilancia y control de aquellos de los que Hugh sospechaba como sostenedores de

una trama que buscaba desacreditarlo (más todavía) y esquilmarlo.

Entre estos incluía a su hermanastro a su madrastra, al Conde de Alastair, Shelby Darsey, pero no descartaba que hubiese más involucrados. Estaba seguro de que unos días de seguir a Alan darían respuesta a esto. Si Grayson no retornaba pronto, recurriría a un investigador privado.

Por ahora, creía que la situación estaba controlada. El administrador tenía órdenes claras de no abrir el grifo de su dinero a su familia, Martin sería el encargado de llevar las cuentas de la mansión, y lo haría con tacto, sin perder el aplomo y eficiencia, confiaba en él.

Hugh estaba también más tranquilo al respecto de Elywood Abbey, pues había logrado que Stuart, el antiguo mayordomo y su hijo retornaran, y con él la servidumbre de mayor confianza que había sido despedida.

Había establecido que su hermanastro no tenía más poder de decisión sobre la casa solariega y las tierras, y de ser necesario, debía ser acompañado fuera de los límites de la propiedad.

Estaba seguro de que el hijo del mayordomo, Perry, un muchacho decidido y muy fuerte, no tendría pruritos en hacerlo, dado el amargo sabor que les había dejado el despido sufrido. No habría más desmanes en sus propiedades, de eso se había asegurado.

Claro que su presencia era necesaria, y retornaría a Londres a la brevedad. No pretendía que sus empleados dieran la cara por él, pero estaba aquí recuperando aliento y asumiendo el duro trago de la traición. Así se sentía: vilmente traicionado.

No había ignorado que no lo querían ni lo respetaban, pero no imaginó que lo despreciaran y odiaran tanto. Esto abría interrogantes: ¿hasta qué punto podrían llegar? Después de todo, Alan era el segundo en la línea para el ducado, pues su padre había hecho los papeles correspondientes, y no dudaba de que su madrastra soñaba con esa posibilidad. No le gustaba la respuesta que su mente esbozaba, pero no era un hombre ingenuo. De todas formas, no se adelantaría.

Dedicó la tarde a acompañar a Francis en su recorrida por las propiedades de dos arrendatarios en necesidad, situación que resolvió con la practicidad que le caracterizaba, y luego estuvieron en Kidderminster visitando la fábrica de alfombras.

Las condiciones de trabajo de los obreros eran buenas, eso era evidente. Había ventilación, no se les sobrecargaba y se rotaban los turnos cada nueve horas, y la revisión de los libros, que presenció, le mostraron que Francis pagaba mucho más que el promedio de los dueños de fábricas londinenses.

Su amigo defendía condiciones de trabajo que sostenía, como el hombre recto y justo que era. Pero, por supuesto, esto implicaba recortes en las ganancias, y eso no era algo que la mayoría de los inversionistas, nobles o de la gentry, estuviesen dispuestos a hacer. No en vano

había una feroz intención de detener las reformas.

En la noche y luego de la cena, la competencia de los jóvenes volvió a aflorar, esta vez en el juego de whist. Francis y Nessa se retiraron temprano, y quedaron Jhon, Isla y él como espectadores de la guerra de naipes entre Olivia y Edward y Samuel y Anne, que no pudo excusarse esta vez porque Maude y Elizabeth decidieron irse a dormir temprano.

—¡Haces trampa!

—¡No sabes perder!

Las frases de confrontación se sucedían mientras la partida avanzaba, y cuando Jhon finalmente se retiró, Isla y él quedaron solos, alejados varios metros de los contrincantes. Hugh se sorprendió de que ella permaneciera a su lado, y le alegró.

—¿Esos dos han sido siempre así?—inquirió ella en referencia a Samuel y Olivia, y Hugh asintió.

—Desde pequeños. Sam es huérfano desde muy pequeño. Sus padres murieron en Bengala, y sus tíos le trajeron y criaron como uno más de los hermanos. Olivia y él son cercanos en edad y siempre hacían travesuras juntos, de habitual Olivia dirigiendo. Al crecer, no cambiaron mucho, aunque la veta de competitividad de Samuel se exacerbó. Caso presente—le indicó con un gesto de su cabeza, pues los dos estaban enredados en una discusión menor.

Isla sonrió y asintió.

—Suele ser así entre hermanos. Nessa y yo peleábamos mucho cuando niñas.

—No sabría decirlo, no tengo experiencia al respecto.

Ella le miró con curiosidad, y luego le preguntó:

—¿No tiene hermanos? ¿Primos?

—Tengo un hermano adoptivo, Alan. Tenemos diferencia de edad, pero en esencia, nunca fuimos demasiado unidos. Su madre era… es—se corrigió—. Sobreprotectora. Y mi padre era hijo único, así que… Como dije, no viví ese tipo de infancia llena de juegos y travesuras.

—Eso es una pena—dijo.

—Supongo que uno no puede extrañar lo que no conoce, pero… Grayson y Francis siempre hablaban de los suyos con tanto afecto…

—¿Les conoció cuando jovencito?

—Estudiamos juntos en Etton y nos volvimos inseparables. Para mí fue como encontrar agua en el desierto—confesó.

Era raro que se sintiese tan cómodo hablando de sus emociones, de algo que era tan privado, pero Isla le hacía sentir que era seguro. Su actitud de curiosa escucha y cabeceo comprensivo, su sonrisa tímida.

Los Campbell no eran un grupo de cotillas ni buscaban beneficiarse de los demás. Lo había entendido luego de pensar como un gilipollas y proceder como tal, mas por fortuna la

beldad a su frente parecía haber pasado página.

—Nessa y yo fuimos muy unidas, como pegadas a la cadera, y lo mismo con varios de nuestros primos. Los presentes—indicó a los que ahora jugaban en tenso silencio, las miradas en los naipes—, y Margueritte. Hay otros, usted les conoce, pero no tenemos tanta cercanía. Están aquí por mí, lo sé. Porque Nessa, mamá gallina que es, les pidió que me rodearan, y también a Anne, que es una persona bella.

—Es afortunada, Isla. Pocas personas convocan tanto amor alrededor, o se acercan cuando uno está herido y débil—sentenció, melancólico, hablando de sí mismo.

—Sí, lo sé bien. Para los hombres es más difícil creo yo. Les cuesta expresarse, reconocer que están mal. Al menos Jhon…

—Su hermano vivió situaciones muy duras, Isla. La guerra… Eso cambia a las personas. El horror de la violencia bruta y ciega, la impiedad, la sangre, el miedo… Si le sumamos el que fue herido y su recuperación ameritó un tiempo largo, no es extraño que haya impactado en su carácter.

—Por mucho tiempo no podíamos dejar de despotricar contra ese maldito francés que tomó por asalto el continente. Nos preguntábamos por qué nuestro país… Porqué los jóvenes tenían que ir a esa máquina de muerte—dijo ella con pasión, gesticulando, moviendo su cabeza, y él se complació en observarla.

—Bonaparte no tenía límite en sus ambiciones. Los conquistadores son así, las fronteras de lo que desean se amplía cada vez que lo obtienen. Que Inglaterra y Escocia fuesen parte de sus territorios era algo que sobrevendría de no ser detenido. Llevó conflicto allá adónde fue, y ayudar a los españoles con su guerra de independencia, así como dar el golpe final a su reinado imperial fue lo mejor que pudo pasar. Ningún hombre debe tener tanto poder.

—Jhon dice lo mismo, con palabras más breves—sonrió ella—. Y la paz es bienvenida. Las poblaciones inermes sufren cada vez que estalla una guerra, están en el medio, arrasados por unos y otros.

Era refrescante conversar con una dama capaz de hilar frases inteligentes y que no tenía temor a dar a conocer su opinión. No era usual en las interacciones que Hugh sostenía con la mayoría de las señoritas de la alta sociedad, aunque también era verdad que no daba posibilidades.

Si no estuviese compartiendo tiempo y charla con esta mujercita, se hubiese quedado con la impresión que se permitió de ella la pasada temporada: arribista, vana, que usaba su belleza como anzuelo. No podía haberse equivocado más.

—A su hermano se lo ve bien hoy día, empero.

—Sí. Está sano y se hizo cargo de las tareas del castillo y las tierras. Me acompañó aquí y a pesar de su renuencia inicial a interactuar, no lo está pasando mal.

Hubo un silencio de algunos minutos en los que ambos contemplaron a los otros, que estaban cerrando el juego, y esta vez la que festejaba era Olivia.

—Excelencia…

—Hugh—corrigió él.

—Tiene a sus amigos, Hugh. Me refiero… Uno no elige la familia, y cuando esta no es lo que queremos o necesitamos… Los amigos lo son. Y sé que los suyos son incondicionales, por algo está aquí cuando…—ella se encogió levemente, y se sonrojó—. Me enteré que está atravesando algunas dificultades.

—Mm. Así es. Tiene razón. Francis y Grayson, y sus familias, han sido referentes y han estado para mí cuando les necesité.

—También usted lo fue. Sé lo que hizo por Francis, y que desafió a duelo al instigador del accidente.

—Francis estaba herido y con otras preocupaciones. No podía dejar que ese hombre siguiera planeando el desastre para mi amigo.

—Es usted leal y honorable, Hugh. No lo pensaba hasta hace unos días, pero se lo reconozco.

La garganta se le constriñó un poco, y suspiró, llevando su mano a la nuca, que mesó con fuerza, y luego la miró, contrito.

—Lamento mucho las tonterías, las barbaridades que le dije el año anterior. Mi yo social… Es complejo. Cínico, engreído, impetuoso. Es fachada, para ser honesto. Me fastidia, me aburre y me molesta mucho la hipocresía, la falsedad, la deshonestidad que pulula en esos salones. Y me torna despiadado y prescindente. Lamento en el alma que haya sido usted objeto de mis peores emociones.

Lo dijo con convicción absoluta y mirándola a los ojos.

—Fue horrible, con franqueza, no le mentiré. Me sentí mal, atacada. Pero quedó atrás, y le agradezco las disculpas, que acepto.

—Me hace feliz—dijo, y era real—. Solo por eso seré muy benévolo mañana, Isla.

Ella sonrió y giró la cabeza, y luego asintió. Hugh nunca se había sentido más cómodo con una mujer.

Capítulo 12.

Isla descendió las escaleras con cuidado, tratando de que su pierna no le jugara una mala pasada. La cabalgata del día anterior la había cansado más de lo que creyó, pero en realidad se había dormido avanzada la madrugada porque comenzó la lectura del libro de Jane Austen, y se había entusiasmado.

Por ello se despertó más tarde que de habitual y cuando se percató la hora, aceleró la higiene y el vestirse porque pensó que tal vez el duque la estaría esperando para que cumpliera con su tarea de criada por un día.

Se había divertido el día anterior, como hacía mucho no le ocurría, en contradicción con lo que había pensado cuando el juego se propuso. Compartir con sus primos y sus hermanos habría sido como volver a la infancia allá en Escocia, cuando no había división ni rencores familiares y los primos avanzaban como una plaga por las tierras alrededor del castillo en procura de frutos y hierbas o simplemente cabalgando y corriendo, gritos y risas elevándose al cielo.

Lo que había dicho el duque… *Hugh. É*l le había insistido en varias ocasiones que deseaba que se tutearan y se llamaran por el primer nombre… Hugh había mencionado que era afortunada por tener una familia amplia en la que confiar y a la que acudir cuando los problemas acuciaban, pero también para disfrutar los logros y alegrías.

Le entristeció que no fuera el caso del duque. Su mente no dejaba de considerar lo que él le había dicho sobre su familia y la soledad que le había envuelto durante su infancia y juventud. No podía imaginar lo silenciosa que debería haber sido la vida de un niño en una mansión gigante y solitaria.

Probablemente rodeado de criados que le atendían en lo material pero que no podían sustituir la falta de sustento emocional de los padres. Le confió que la única familia con la que contaba eran su madrastra y el hijo de esta y si bien había sido vago al hablar de ellos, sus expresiones y su voz denunciaron que no había amor allí.

La apenaba más aún porque en su situación actual, le vendría bien tener apoyos. Los problemas del duque parecían ser más serios de los que de normal envolvían a los nobles de su clase, y lo dedujo por la gravedad de los rostros tanto de Francis como de Hugh cuando se enfrascaban en diálogos.

A pesar de eso, él había actuado con naturalidad, integrándose a la perfección a las actividades diarias, con animación. De las primeras acciones al llegar y verla, fue su honesta disculpa y arrepentimiento por el pasado, por la forma en que la había tratado y los dichos poco felices sobre su persona. Había sido humilde y bondadoso con ella, gentil.

Su comportamiento y su discurso durante estos días presentaban a un duque en franca

contradicción con el que había quedado pegado en la mente de Isla. Esta versión le gustaba, lo reconocía.

Hugh en Worcester Manor estos días era una perfecta representación de los caballeros que habitaban en las lecturas que realizaba. El hombre que había esperado encontrar el año anterior, sin éxito.

Se apuró hacia el comedor, pensando que estaría aún desayunando, pero no fue así, y Nessa indicó que su esposo y Hugh habían partido hacia Kidderminster, donde su presencia era requerida para solucionar una situación con las máquinas de hilar de la fábrica textil.

La referencia a la ciudad la estremeció levemente. Había sido en camino hacia ese poblado que Francis, Nessa, Samuel y la misma Isla habían sufrido el atentado que le trajo tanto dolor y le cambió la perspectiva vital, y sus esperanzas. Suspiró y se obligó a quedarse en este agradable presente, que era un paso intermedio.

—Tú lo tendrás liviano hoy, prima—indicó Edward, que estaba en ese momento haciendo las veces de criado personal de Maude.

La jovencita, entre risas, no paraba de pedirle té, pastas, servilletas.

—¡Eso no es justo! A mí me tocó la peor parte—se quejó Olivia, que estaba sentada en un banco pequeño con las piernas de Samuel sobre su regazo y limpiaba sus botas con torpeza.

La cara de miseria de su prima contrastaba con la de absoluta diversión y gusto del muchacho, y lo único que evitó que Isla riera sin disimulo fue la convicción de que Olivia se enfurruñaría más aún.

—Tú te lo buscaste. Sabes que soy imbatible—dijo Samuel, envanecido, y Olivia resopló.

El resto de la mañana y parte de la tarde lo dedicó a la lectura. Estaba encantada con Emma, y este ya se había tornado en su libro favorito.

Rechazó la invitación de sus primos que, con algarabía y excitación, organizaron un picnic en el arroyo. Ella quería disfrutar del tibio sol de la tarde rodeada del esplendor de colores del jardín y con la posibilidad de acceder a todo el té que quisiera.

Pasar sus días en una mansión como esta cuidada por los que la querían, pero además atendida en sus mínimas necesidades y algún que otro capricho, sin tener que realizar tareas que no le gustaban, era un beneficio enorme.

Había alcanzado al leer cerca de la mitad del libro cuando escuchó la llegada del carruaje que traía a los dos duques de vuelta. Dejó la novela a un lado y observó sin rubor al atractivo duque de Elywood. Era un hombre llamativo desde su postura, alto y ancho de espaldas, y caminaba a largas zancadas.

Su cabello oscuro aparecía despeinado, pero se le ocurrió que debía ser difícil mantener a raya los rulos. Era claro que hacía buen tiempo que no lo cortaba, y si esto podría ser calificado como desprolijo en los salones, a Isla le parecía sentador.

Él había dejado también crecer algo de barba, o los inicios de una. Era probable que sus preocupaciones le tuviesen tan acuciado que los detalles diarios de la apariencia se habían dejado de lado.

Mientras ambos hombres caminaban y gesticulaban intercambiando frases y sonrisas y sendas palmadas cuando se separaron, Isla se vio invadida por una imagen súbita que la dejó alelada. *Su mano mesando la barbilla de Hugh, enredándose y desarmando su cabello.*

—Esto es una tontería—susurró, y se removió con incomodidad ante lo impropio de su fantasía, ruborizándose como si esta estuviese expuesta para que Hugh la examinase.

Que estuviese acercándose a ella en este preciso instante no colaboró para calmarla.

—Buenas tardes, Isla. Veo que estás disfrutando de un día muy tranquilo.

—Buenas tardes. Ha sido una jornada de disfrute para mí, y se lo debo a su salida. No puedo decir lo mismo de Olivia, o de mi hermano—sonrió, y la tranquilizó el que su voz no delatara el nerviosismo que le provocó su atrevido pensamiento.

—Puedo imaginarlo. De todas formas, estoy aquí ahora y he pensado que podría utilizar mi premio de una manera que nos permita disfrutar a ambos.

Ella parpadeó, curiosa.

—Correcto, aunque no imagino en que está pensando.

—Tu compañía anoche fue muy agradable. No es habitual para mí el charlar con tanta naturalidad y largura con una mujer—colocó las manos de manera defensiva, y meneó su cabeza —. Sí, sé que eso no habla bien de mí.

—Mm, es de lamentar, mas no desespere—sonrió—. Es algo habitual. Gran parte de los hombres tiende a pensar que no pueden conversar de temas serios con sus esposas o hijas, y evitan los tópicos políticos, por ejemplo. Como si nuestra condición implicara que no tenemos opinión al respecto.

—Touché—hizo él un pequeña reverencia con su cabeza, y sonrió.

Isla se encontró fascinada por el gesto, que distendió la boca de labios gruesos y dibujados a la perfección. No se había fijado antes, tal vez es que aparecía más evidente porque la incipiente barba negra destacaba sus labios. Como fuese, Isla se sintió un poco inquieta por el derrotero de su mente.

—No me dice aún cuál es la actividad en la que estuvo pensando—dijo.

—Una muy simple y sencilla, además buena para la mente y el cuerpo. ¿Me acompaña a una caminata? Francis dice que el sendero hacia el arroyo está flanqueado por árboles en floración y entre ellos se encuentran frutales, por lo que se pueden avistar muchos pájaros. No se me ocurre algo más campestre.

—Encantador—asintió Isla, incorporándose.

Él se ubicó a su lado y con galantería le señaló adelante. Por unos instantes y hasta que

alcanzaron el camino no hubo diálogo, pero el silencio fue eliminado por la llegada de Matty, el mastín, el que a pesar de su tamaño jugueteaba como un cachorro y se colocó entre ambos, moviendo la cola con entusiasmo, uno redoblado cada vez que era acariciado o palmeado.

—No pensé que fuese necesario llevar chaperona, pero este can cumple la función de maravilla—dijo él, el buen humor irradiándose en su sonrisa amplia.

Había un gesto de contento en su atractivo rostro, evaluó Isla, que lo miraba de reojo cada pocos instantes. Hugh observaba la naturaleza alrededor y no escatimó constantes palmadas y caricias en el lomo y cabeza de Matty, al que comenzó a tirar ramas. Ambos rieron al notar que se cansaba con rapidez del ejercicio y a los pocos minutos trotaba indiferente adelante.

Isla respiró hondo una y otra vez, mirando el paisaje, las flores y los pájaros, dejando que sus sentidos se poblaran y disfrutaran de los estímulos. En ningún momento, sin embargo, dejó de estar consciente de la presencia del duque a su lado.

La distancia entre ambos se redujo a medida que caminaban y pronto sus antebrazos y codos se rozaban sin que eso pareciese inadecuado ni molesto. Natural, así lo sintió. La suave brisa desordenó su cabello, lo que un sombrero hubiese evitado si hubiese tenido la precaución de traerlo consigo.

Trató de ordenar los mechones que caían sobre su faz y provocaban cosquillas en su nariz y barbilla, y sus manos rozaron la cicatriz. Parpadeó. ¿Cuándo había dejado de pensar en ella? Estaba segura que no lo había hecho hasta este instante. Lo miró de reojo y le encontró observándola con atención.

—Tu presencia adorna un salón como la pintura de un gran maestro lo hace con la pared de uno, pero en el medio de la naturaleza eres una aparición.

Isla tragó saliva y sopesó la declaración que fue dicha sin pretensiones, de manera espontánea.

—Agradezco la extrema gentileza, aunque ambos sabemos que eso no es cierto.

—No suelen acusarme de mentiroso con frecuencia—dijo él, pateando una piedra con despreocupación, para luego mirarla con una fijeza que la clavó en el lugar—. Dicen que la belleza es una cuestión de quién la mira. Yo veo beldad superior, pero no tomes la palabra de un solo hombre. Te deben haber dicho toda tu vida que eres hermosa. Incluso en mis momentos más torpes el pasado año, mis frases lo aseveraron.

—Es verdad que desde niña y hasta el momento del accidente las alabanzas a mi apariencia eran sistemáticas. Tanto así que muchas veces sentí que mi único valor era ese. Pero después… Esta marca que elige ignorar por mera galantería, y que no es necesaria, por cierto…

—Esa marca no cambia nada—dijo el con rotunda obcecación—. Tu familia debe haberlo aseverado una y otra vez durante este tiempo.

—El espejo me dice lo contrario—porfió, deseando que él dejara el tema.

—No voy a discutir la percepción que tienes de ti misma. Pero quiero que estés convencida de que para mí nada ha cambiado de tu exterior. Sigues siendo la misma belleza, aunque no creo que la uses a tu favor. Mi visión de ti se modificó porque veo la agudeza de tu mente y la sensibilidad de tu corazón. Por esa razón me ha sido fácil confesarte algunas cosas que no se las he dicho ni siquiera a Francis o Grayson.

Isla asintió, y luego de un trecho en silencio, llegaron al arroyuelo. Él se quitó la chaqueta y con caballerosidad la tendió sobre la hierba.

—Francis dijo que podríamos ver patos, faisanes, y más por aquí—miró alrededor—. Está muy quieto.

—Mis primos hicieron un picnic más temprano, y puedes imaginar la de gritos y movimiento. Toda fauna alrededor debe haberse refugiado en el corazón del bosque.

Él se echó atrás de manera de quedar tendido sobre su espalda mordisqueando un paso dulce

—Esto me recuerda algunos momentos de mi juventud allá en mis tierras de Elywood Abbey. Es un lugar tanto o más hermoso que este. Aunque siempre careció de la vida y la tibieza que encontré en este lugar—murmuró, pensativo.

—Es triste que sienta de esa manera con relación a sitios de los que debería sentirse parte.

—Los lugares que queremos y valoramos están atados a las vivencias, buenas y malas, y a las personas que nos rodean. Estuve allí antes de venir, y para mi vergüenza, porque es mi responsabilidad como duque, no recordaba muchos rostros de los que encontré, y aquellos que estaban unidos a la casa, en mi memoria, habían sido despedidos.

—¿Qué cosa tan terrible le ocurrió en aquel sitio que…?—comenzó la pregunta con ingenua curiosidad, para cortarla a la mitad al percatarse de que invadía la intimidad y la memoria del duque.

—Malos tratos. Físicos y mentales. Mi madrastra no fue un ejemplo de madre devota y paciente. Mi padre era un hombre rígido que dejó mi crianza en sus manos y nunca creyó nada de lo que le contaba sobre su crueldad. Lady Avery era astuta como para no dejar marcas muy visibles.

Isla se llevó una mano a la boca, horrorizada.

—Lo lamento tanto—susurró.

—Mucha gente cree que los castigos duros nos hacen fuertes y enderezan el espíritu. Yo pienso que nos vuelven duros, insensibles. Pero, ¿sabes qué? Duelen más las palabras crueles cuando son sistemáticas y se enredan en nuestra cabeza y colaboran con una percepción denigrante de nosotros mismos.

Él sacudió su cabeza como espantando recuerdos oscuros, y la miró, encogiéndose de hombros.

—Al menos encontró gente en su camino que le mostró que no era así.

Un soplo de brisa más fresco la hizo estremecer y provocó que el duque se incorporara de inmediato y le tendiera la mano para ayudarla. Luego, sacudió la chaqueta y la colocó sobre los hombros femeninos.

Ella le agradeció con un *gracias* muy bajo, y comenzaron a caminar de vuelta, Isla dejándose permear por el olor masculino que la prenda desprendía, una fragancia que no dudó reconocería como de Hugh donde fuera, estuvo segura.

Matty, que había desaparecido de su vista, tal vez corriendo alguna presa menor, de pronto estuvo a su lado con ladridos de contento, y cuando Hugh lo palmeó, Isla focalizó en sus manos.

—¿Cómo es que un hombre que no se dedica a labores manuales tiene unas manos tan callosas?

El las elevó y cerró en puños, y tiró puñetazos adelante, a la vez que hacía movimientos de saltos sobre una y otra pierna.

—El boxeo es una excelente manera de drenar la ira y el exceso de energía.

—Eso lo explica. Así que es hábil con los puños y también con las armas.

—Como dejaste entrever, un noble tiene mucho tiempo libre…—dijo, y sonrió cuando ella se encarnó.

—No quise insinuar…—respondió, aturdida—. Sé que debe encargarse de sus posesiones y controlarlas, y que las tareas políticas llevan mucho esfuerzo y tiempo.

—Es así. Pero también tenemos mucho tiempo libre—sonrió, e hizo un guiño.

Isla sintió su corazón latir más fuerte, porque la complicidad del gesto, la intimidad de las confesiones, la cercanía física, las frases encendidas de él argumentando que su belleza seguía intacta…

Estaban haciendo que pensara y sintiera cosas que no debía. Como que él le gustaba. Como que era un hombre más sencillo, sensible y normal de lo que imaginó. Como que podía imaginarse con él en un futuro… Ideas locas, peligrosas para su estabilidad emocional, que recién comenzaba a reafirmarse.

—¿Cómo te imaginas tu futuro?

Isla se sobresaltó, porque pareció que hubiese leído su cabeza. Se aturdió un poco y contestó lo primero que le vino a la mente.

—No tengo expectativas.

—¡Eso no puede ser! Toda mujer joven tiene muy claro lo que desea. Un esposo, hijos, una mansión, infinidad de vestidos, viajar, no sé. No puedes no tener expectativas.

—Tuve demasiadas. Llegué a Londres con muchos pájaros en mi cabeza, llena de las ideas románticas de las novelas que suelo leer. La interacción en las distintas veladas me fue

haciendo perder esperanzas. Vi mucha hipocresía… Con honestidad, había perdido todo interés y estaba desencantada antes del accidente. Este me hundió en un pozo de tristeza e incentivó mi inseguridad.

—Confío en que la seguridad está volviendo a ti. Así tiene que ser. Eres una mujer hermosa, además de inteligente, dulce. Cualquier hombre se sentiría honrado y encantado de desposarte.

—Vuelves a ser galante, pero prescindente de la realidad.

—Isla, no lo creo—carraspeó—. Gracias por acompañarme.

Se percató entonces de que estaban llegando a la casa, y Jhon la miraba desde uno de los bancos. En sus ojos percibió la curiosidad, y le sonrió, haciéndole ver que todo estaba bien. Más que bien. Se sentía fortalecida, entibiada.

Su estima aumentaba día a día, y que el duque fuese uno de los que aportaban para que esto ocurriera era no solo inesperado, sino también emocionante.

Calma tus impulsos, Isla. No te dejes llevar por tus fantasías, que levantan vuelo rápido y colapsan con la misma velocidad y dejan tu corazón con laceraciones.

—Isla, ¿dónde estabas? Te busqué por toda la casa—dijo Anne, apareciendo del medio del jardín.

—Salí a caminar. Fui hasta el arroyo.

—Oh, te habría acompañado con gusto.

—Lo sé, querida, pero el duque… Hugh, me invitó cuando llegó de Kidderminster y …

—¿Hugh?—dijo Anne, entrecerrando sus ojos y esbozando una leve sonrisa—. Veo que estamos en términos de tuteo. Eso es… inesperado, considerando que hace unas semanas no le podías tolerar.

—Sí… He visto otras facetas de él, y es agradable. Honesto. Me pidió disculpas por el destrato del pasado. Hay mucha gentileza y es divertido.

—Además de guapo.

—Sí—Se arreboló ante su respuesta natural, y Anne rio bajito.

—Oh, Isla, me alegra tanto verte así. Tu sonrisa ha vuelto, conversas más… Nessa está aliviada, ¿te percatas? Ella estaba tan preocupada. Todos—susurró, e Isla asintió.

—Lo sé. Estoy más fuerte. Me estoy aceptando, con mis cambios.

—El duque… Siempre me pareció que él estaba interesado en ti. Más allá de sus palabras crueles, de sus frases cínicas… En cada gala veía sus ojos sobre ti, y te aseguro que eso no era habitual en él. Luego, su comportamiento inexcusable cuando el accidente… Lo detesté. Y lo volví a apreciar cuando se disculpó con Nessa, hizo mucho para congraciarse, incluso perseguir al tío de Francis para retarle a duelo. Estos días lo veo proclive a hablar contigo, a ser gentil y me dices que se disculpó. Está trepando escalones para convertirse en alguien a quien apreciar.

La idea de que Hugh se hubiese interesado en ella antes era risible, pero no la pudo dejar de considerar, porque le gustó, mucho. Ella… No tenía que olvidar que secretamente había caído rendida ante su figura cuando lo conoció, y sus expectativas se llenaron con su rostro, hasta que recibió crueldad y destrato de su parte.

—El… Dice que mi cicatriz no modifica mi apariencia, que sigo siendo tan bella como antes.

—Es un hombre sincero. Otra cualidad apreciable—dijo enfática.

—No puedo creerle, Anne. No puede ignorar que esta marca existe y …

—Y también lo armonioso de tus rasgos, el brillo y ese color maravilloso de tu cabello, la suavidad de tu piel, tu talle que me hace envidiarte, porque no puede haber vestido que no te siente como un guante…

—Mm. No sé, lo veo como un empujón de energía y alguien más que me estimula.

—Si ayuda, me parece maravilloso.

Vaya si ayudaba, consideró. Mucho.

Interludio 3.

Anne levantó la vista del teclado del clavicordio, tocando de memoria, la suave melodía invadiendo la sala y envolviendo las actividades que los grupos dispersos realizaban.

Maude, Olivia y Elizabeth conversaban y reían con animación, y a Anne se le antojó que parecían un ramillete de alegres flores veraniegas: coloridas, despreocupadas, livianas y sin el equipaje que suponía el poseer un pasado gris y un futuro chato, como ella.

Giró el rostro y encontró a Francis y Nessa, abrazados e inmersos en su mundo, charlando con calma y con sus ojos conectados, él con una mano en su vientre. Haciendo planes para cuando el primer fruto de su unión llegase, imaginó, y sonrió con placer, porque Nessa se merecía esta felicidad que vivía.

En el extremo del salón, en una mesa, Jhon, Edward y Samuel discutían con más calor, o eso parecía, porque había gestos, brazos al aire, resoplidos. Política o algo vinculado con caballos, imaginó, porque poco más que eso ocupaba las mentes de estos tres.

Finalmente sus ojos se fijaron en la más llamativa de las escenas: Isla y el duque de Elywood estaban en el rincón más alejado a ella, y sus cabezas estaban muy cerca, ambos mirando el libro abierto que la escocesa tenía en sus manos, y sobre el que parecía hablar con pasión.

Sonrió, y bajó la vista, focalizando en el clavicordio al perder una nota, molesta con su distracción. Volvió la vista al par, que ahora reía, él hablando y luego sonriendo, meneando su cabeza, como si le divirtiese lo que estaba escrito en la novela.

Anne no entendía cómo el duque pareciese tan interesado en una lectura que la mayoría de los hombres encontraría sosa y demasiado sentimental y femenina. Si *Emma* era un libro que a ella le parecía agradable, pasatista, como la mayoría de lo que Austen escribía, no era lo que alguien como Hugh Lycombe elegiría como su novela de cabecera.

Empero, ahí estaba, escuchando lo que Isla tenía para decir y mostrarle de esta. Y su interés no medraba, ni un pelín. No por primera vez en estos días, notó la manera en que Isla le miraba. Con atención, sin bajar la vista, y sin preocuparse una sola vez por su rostro.

Era maravilloso, consideró. Día a día ella se aflojaba, se volvía menos y menos consciente de su cicatriz, y con ello su talante natural, dulce y alegre, comenzaba un retorno medido.

Lo extraordinario era que el duque de Elywood estaba teniendo un protagonismo inesperado en esta recuperación. No hubiese imaginado que ese hombre tendría un efecto tan favorable en Isla.

A la reticencia inicial que Isla mostró el primer y segundo día, que se manifestó con silencios y retrayéndose de intervenir en diálogos en la mesa, le había seguido una apertura

progresiva.

Esta se manifestó en su vestimenta, en sus presencias más largas en las reuniones en el salón y en su participación en las actividades que los enérgicos primos, Olivia y Samuel generaban.

A medida que los días pasaron, Isla y el duque comenzaron a gravitar uno hacia el otro. Se había vuelto habitual el que estuviesen sentados juntos en las comidas y luego de estas, compartiendo el té de las tardes, y realizando largos paseos y cabalgatas calmas, en general solos luego del quinto día, si Anne no llevaba mal la cuenta, y creía que no.

La risa reverberó en el salón, por encima de la música, y no solo Anne miró a Isla, que no percibió que era foco de atención de su hermano, de Nessa y Francis, inmersa como estaba en una perorata que el duque escuchaba con suma atención, también desconectado del resto de los presentes. Como en una burbuja, pensó, así estaban, su interés uno en el otro.

¿Sería esto bueno? No tenía idea. Que Isla estuviera alegre y encontrara eco en el hombre podía hacerla tener expectativas, y no había nada en el pasado del duque, que Anne recordara, por lo menos, que sugiriese que tenía interés en sentar cabeza.

Tener esperanza era bueno y necesario, pero cuando esta era infundada o fundada en utopías, podía ser destructiva. Anne lo sabía bien. Su vida se estructuró en torno a ellas, hasta que maduró y entendió que el mundo no cambiaría porque lo deseara.

La vida de Isla no es la tuya, y ella tiene mucho por lo que luchar y esperar. ¿Quién dice que no recibirá lo que merece? No ha perdido un ápice de su encanto, y con el velo de tristeza levantado y mayor confianza en sí misma, con aceptación y orgullo de lo que es, además del aval del duque de Worcester, tendrá pretendientes y podrá elegir, aunque ella no lo crea ahora mismo.

Terminó la melodía, y se incorporó, dudando si ir hacia uno de los grupos o escabullirse hacia su habitación. La mano de Nessa agitándose la llamó, y sonrió, avanzando hacia su amiga. En el fondo de su visión, notó que el duque de Elywood había tomado la mano de Isla y la observaba, señalando algo de su palma.

Recordó lo que la joven le había comentado más temprano acerca de que la espina de las rosas que portaba con solemnidad le habían pinchado la yema de un dedo, y que era responsabilidad de Hugh por no quitarlas todas cuando le obsequió las flores.

Hugh, no Excelencia, ni el duque. La familiaridad del trato, además de que él tuviese ese gesto con ella hablaba de… ¿cortejo? La noción la dejó sin palabras, azorada, y se dijo que era tonta por no haberlo pensado antes.

¿Era eso lo que estaba haciendo el duque? ¿Cortejando a Isla? ¿O recurría a esas tácticas para resarcirse de lo mal que se había comportado con la joven? Isla le dijo que se había disculpado, que se le notaba que estaba muy arrepentido, y Anne le creyó.

La actitud del duque era muy distinta a la que ella había avizorado en las puntuales ocasiones sociales en las que lo vio en el pasado. Donde antes encontraba vanidad, cinismo, sarcasmo, hoy veía una postura más humilde, abierta, sin frases altisonantes.

Y el pasar de los días borró las líneas más duras y de preocupación que vio en el momento en que él llegó a Worcester Manor. Se había enterado de que tenía dificultades y estaba enfrentado con su familia por comentarios sueltos entre Nessa, Jhon y Francis, y también por algunas frases de Isla. Esta había ido enredando el nombre del duque cada vez más en los diálogos.

<<El duque dice que la nobleza de París es incluso peor que la de Londres.>>

<<El duque dice que es cuestión de tiempo e insistir para que los obreros se organicen en sindicatos formales, y que habrá tensiones.>>

<<Fue un paseo encantador. Tropecé más de una vez, pero Hugh me ayudó cada vez. No le espanta mi torpeza.>>

Ahora que pensaba, hacía ya días que Isla tuteaba al duque. Anne casi rodó los ojos ante su ceguera. Tal vez la confusión tenía que ver con el hecho de que todos lo hacían. Todos menos Isla hasta hacía una semana.

<<Hugh está a la espera que el duque de Bristolbridge retorne de Gales para volver a Londres>>. Por Isla se enteró del porqué este último no había aparecido por Worcester Manor.

Al parecer una hermana estaba a punto de dar a luz, y su familia estaba a su lado. Como debía ser, y no esperaba menos de un hombre tan responsable y estructurado como Grayson James.

Llegó hasta los esposos y les sonrió, aceptando la invitación de Nessa a sentarse.

—Anne, tocas cada vez mejor. Bonnie está encantada de que animes su boda—le dijo Francis, siempre el caballero, y Nessa asintió con vigor.

—Gracias. Intento hacer un buen papel, y por eso he estado ensayando tanto. Lamento no acompañarte como debiera—hizo un mohín de disculpa.

Era real, la ponía muy nerviosa la responsabilidad que había caído sobre sus hombros, tanto como la conmovía el que la consideraran para un momento tan importante para la familia de Francis.

—Ni que hablar. Estoy rodeada de cariño y cuidados. Mira toda esta gente, mi familia y amigos—sonrió Nessa—. Pero lo haces de maravilla, es como escuchar a un ángel envolviéndonos con su melodía.

Anne sonrió de vuelta. Que la condesa de Atholl, tía de las Campbell, la hubiese enviado a Escocia había sido lo mejor que le había pasado, se repitió, como un mantra. Lo había vivido como un exilio al ir, pero había sido maravilloso.

Vivió con ellos desastres, problemas, enfermedades, y también esperanzas y alegrías,

como el matrimonio de Nessa. Le confortaba que Jhon estuviese tan bien, e Isla… Estaba en el camino correcto para volver a ser la mujercita que conoció.

Capítulo 13.

Claro que una nunca puede formarse una idea exacta de nadie antes de conocerle. Nos imaginamos una cosa y luego no hay quien nos la saque de la cabeza. Isla releyó la frase y parpadeó. Austen tenía razón en su mayor parte, excepto en la de no quitar el preconcepto de la mente.

Lo que ella había pensado sobre Hugh, los juicios que había hecho sobre él en base al puñado de veces que se vieron en Londres, habían moldeado una idea de él: arrogante, frio, superficial. Estos rasgos no habían aparecido durante su estadía en Worcester Manor, al contrario.

El duque no había sido sino amable, agradable en sus maneras, gentil, locuaz y divertido, dedicándole tiempo, mucho más del que pasaba con su amigo o los demás invitados a la casa solariega.

Le satisfacía que su conversación le pareciese interesante y no dudase en abordar tópicos complejos con ella, compartiendo alguna de sus creencias y luchas en el Parlamento. En estos momentos fue testigo de lo apasionado y genuino que era con sus ideales, y eso borró de un plumazo los adjetivos *indiferente* y *clasista* de su cabeza.

En suma, su mente había virado y le observaba con agrado. Con aprecio creciente. Era un caballero, un amigo, podría decirse, tanto como Edward, y… *Ay, Isla, no te engañes. Hace algunos días que es más que eso en tu corazón.*

Agitó su abanico para mantener a raya el calor que le subía por el cuello y el rostro. ¿En qué la convertía el hecho de admirar a ese hombre, más allá de su carácter? En una descarada, no tenía dudas, pero suponía que mientras esto fuese en su cabeza y no se hiciese evidente a los demás, podría conservar un atisbo de orgullo.

Tonta, más que tonta, confundiendo la gentileza y compasión con interés en ella como mujer. No confundiendo, él no le había manifestando nada. La esperanza, como una llamita todavía pequeña, se había encendido en ella.

¿Por qué se iba a los extremos?, pensó, frustrada. O estaba sumida en la desesperanza y el desánimo, o mirando a Hugh como si este tuviera la llave de su futuro. Era ridícula, y se exponía sin sentido a caídas y a sufrir.

¿Por qué hemos puesto nuestra ilusión en una esperanza?, había leído, y otra vez, la reflejaba. ¿O ella lo que leía? Ya no sabía bien.

—¡Isla, Isla!—Maude apareció presurosa y se sentó enfrente, agitada—. Francis nos ha pedido que organicemos una cacería para mañana.

—¿Cacería?—frunció el ceño—. Oh, no creo que sea algo en lo que quiera participar.

—¿Por qué no? ¡Será muy divertido! ¿No recuerdas lo bien que la pasábamos cuando lo

hacíamos allá en Escocia? Era muy pequeña, pero todavía recuerdo el bullicio, la excitación, y entonces nos dejaban atrás para recibir las presas. Esta vez seremos protagonistas.

Isla rio, y meneó su cabeza.

—Maude, ¿qué sabemos tú o yo de cazar?

—¡Iremos en pares! Samuel, Edward, Jhon, además de los dos duques, y Saint. Olivia irá con Edward, por supuesto—agitó sus cejas y las dos rieron, acercando sus cabezas—. Yo iré con Jhon, Elizabeth con Samuel, Anne con Francis por orden de Nessa, y tú con el duque de Elywood, que parece tu caballero designado desde hace un buen tiempo. Jhon iba a ofrecerse, pero se le adelantó el duque. Interesante, ¿no crees?

Ignoró el comentario, dicho con intención para provocar su respuesta, y llevó su taza de té a los labios.

—¡Aquí están!—escuchó, y entonces la rodearon las demás, y comentarios excitados la llenaron de detalles.

—Saint dice que aquí se crían los mejores faisanes de la región, especialmente para instancias como esta. El guardabosques se asegura de ello.

—No habrá apuestas esta vez, espero—dijo ella—. Se vuelven demasiado competitivos cuando lo hacen, y si no me importa al jugar whist o croquet, con armas de fuego en mano…

—Tranquila, será una perfecta manera de pasar los últimos días aquí—dijo Elizabeth, e Isla recordó que se marcharían el día siguiente a la cacería.

Ellos no demorarían en hacerlo, porque el día de la boda de Bonnie estaba muy cerca y su madre ya había enviado varios mensajes requiriendo la presencia de Olivia y Francis. La idea de que perdería contacto diario con Hugh, de que ya no darían esos paseos largos donde hablaban de todo la turbó.

Se había acostumbrado a él, eso era. Pero lo bueno terminaba, era irremediable. También lo malo, y en su caso era verdadero. Se había fortalecido, se sentía más dueña de sí misma, con energía para volver a hacer lo que le gustaba, y eso incluía socializar.

La boda de Bonnie, que sería una gran gala y en la que estaría lo más granado de la alta sociedad, sería una prueba de fuego, pero al menos no retrocedía ante la idea de asistir y exponerse.

La cena de esa noche tuvo invitados, entre ellos Saint, el burgués Darrington y su esposa, además de un hijo, que debía tener la edad de Edward. El burgués era la persona de confianza de Francis en la fábrica.

La velada se regó con vinos excelentes y la conversación seria pronto aburrió a los más jóvenes, que se excusaron apenas pudieron. Sus primas y Olivia probablemente corrieron a alistar su vestimenta para la mañana siguiente, y a cotillear.

Nessa, Anne y la señora Darrington platicaron con fluidez, e Isla intervino en alguna

oportunidad, sin mayor interés. La mujer era parlanchina y su mirada no había sido disimulada, e Isla estuvo segura de que en algún momento vendría una pregunta. No se equivocó en esto, pero sí en quién interrogaría.

—Me enteré del accidente del pasado año—dijo el hijo—. Lo lamento. Terrible asunto. Me imagino cuánto habrá incidido en usted. Una cicatriz así habrá hecho evaporar sus perspectivas. Me han dicho que los caballeros de Londres son muy selectivos—bajó la voz, pero la frase hizo que Nessa y Anne callaran, y la señora Darrington murmurara una reprimenda a su hijo, a pesar de la edad.

—Esa es una rudeza imperdonable, señor—dijo Nessa, su voz fría e impersonal, y su rostro duro y enfocado en el idiota.

—Nessa, déjalo, no es necesario…—le susurró, impelida por el deseo de no turbar el ambiente de la cena.

No le importaba que un hombre con modales bruscos vertiese su opinión. No le importaba él. O sí, pero lo procesaría a solas. La falta de modales era impactante.

El susurro a su derecha la hizo mirar, y vio que Anne hablaba a Hugh, que encajó sus mandíbulas y su mirada se elevó y clavó en el joven, que ya se estaba percatando de que había cometido un error imperdonable, y estaba granate.

—No es propio de un caballero, pero sobre todo de un hombre de bien el no controlar la lengua y dejar que esta agreda, en especial a una dama.

Ilsa se removió, muy incómoda, viendo que esto sería un drama que no quería. La voz de Hugh era glacial y su boca estaba torcida en un rictus desagradable, como si se estuviese conteniendo.

—No fue mi intención…—graznó el hombre, y su madre intentó interceder:

—Excelencia, él no pensó, es un muchacho inexperto en cuestiones sociales y… No quiso…

—Harían bien en enseñarle, porque no solo fue una falta de modales imperdonables, sino un comentario cruel.

—Mis más sinceras disculpas—el padre se incorporó, rojo desde la punta de sus orejas hasta la papada—. Su Gracia, señoras, Excelencia…—hizo reverencias a todos—. No sé que ocurrió, pero les ruego lo adjudiquen a insania momentánea. Me encargaré de que no se repita jamás—su cara furibunda se volvió a su hijo—. ¡Discúlpate! ¡Discúlpate con la dama en este instante, y ve al carruaje!

El hombre obedeció sin chistar, e Isla asintió ante las frases de disculpa. Quería que el momento pasara para ir a refugiarse en su habitación y evitar las miradas, que ya sentía se cernían sobre ella para analizar su ánimo.

No tenía por qué preocuparse. El matrimonio no demoró en retirarse, la dama muy seria y

compuesta, y sin mirarla, como si Isla fuese la culpable de que el tonto de su hijo careciera de inteligencia. ¿A qué hombre en su sano juicio se le ocurría molestar a la cuñada del duque que era el jefe de su padre?

Ensayó una disculpas para poder retirarse, y ante las miradas compungidas de Nessa y Anne, rodó los ojos, y suspiró.

—Estoy bien, no se inquieten—les apretó las manos, y sonrió—. Ese hombre no me afectó, lo digo de verdad. Trajo tempestad sobre su persona, en verdad. A su padre casi le da una apoplejía—sonrió, y vio a Nessa aflojarse, y luego asentir.

—¿En verdad no te molestó?

—¡Claro que sí!—dijo, y meneó la cabeza—. Pero fue en el momento, y no me provocó llorar o encerrarme, sino darle una bofetada por desubicado. Lo cuento como algo positivo.

—Oh, sí que lo es. Sana reacción.

La voz de Hugh sonó a su lado, y miró arriba, porque él le sacaba una cabeza, para quedar prendada de los ojos oscuros que parecían querer atravesarla, tal vez para comprobar que no mentía.

Oh, no lo hacía. Lo que más la impactó, y quería estar a solas para valorar, fue la reacción masculina protectora hacia ella y la manera en que confrontó al agresor. No tuvo dudas de que había estado tentado a tomar al tonto por el cuello.

—Hablé en persona con ese hombrecillo—dijo—. Francis aguantó el chaparrón de disculpas y lamentos de sus padres. Les aseguro que no volverá a cometer un error así con nadie.

—Me alegro que le hayas metido el miedo en el cuerpo—gruñó Nessa—. Si no estuviese tan ancha hubiese ido yo, pero…

—No necesito que pelees mis batallas, hermanita—dijo Isla, y miró a Hugh—. Pero te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecer. Es mi… Lo que corresponde, nada menos—dijo él.

—Voy a acostarme. Mañana será un día largo. Espero que no confíes en mis dotes de tirador o en mi capacidad para no espantar a los faisanes.

—Tu compañía será más que suficiente—indicó, y les hizo una reverencia—. Buenas noches, damas.

—¿Te has dado cuenta de que tienes a tu caballero de brillante armadura listo para defenderte?—le dijo Nessa, sonriendo, ambas mirando como él se alejaba.

—Tonterías—fingió bostezar, y se despidió.

Le iba a costar dormir, lo sabía. Había sido un noche con altibajos, pero se quedaba con la firmeza de esa mirada en la suya, con la convicción de que él se preocupaba por ella.

+++

La actividad y el ruido en el jardín eran inusitados para la temprana hora. El desayuno había sido dispuesto en varias mesas, y estaba en su apogeo, la servidumbre portando teteras y platos con distintas comidas.

Hugh miraba con impaciencia la puerta, esperando ver a Isla reunirse con ellos. Se preguntaba cómo habría pasado la noche. Esperaba que la actitud firme y la entereza que sus palabras trasuntaron luego del desagradable episodio nocturno fueran una expresión de que no había sido afectada.

La situación vivida había sido desagradable. Ese gilipollas redomado, débil mental o mentecato absoluto no tenía excusa, y su reacción al percibir lo que ocurría había sido visceral. Había tenido deseos de apretar su garganta hasta ahogarlo, y recién entonces soltar, para luego abofetearlo en forma repetida y ponerlo de rodillas a los pies de Isla.

No lo había pensado. En rigor, quién debió tomar cartas en el asunto fue Francis, que era el dueño de casa, además de que Isla era su cuñada y el agresor el hijo de uno de sus empleados. Empero, su amigo no tuvo oportunidad de intervenir, como no fuera al final.

En ese impulso suyo hubo indignación y desconcierto ante lo sorpresiva descortesía, furia ante la crueldad irreverente que demostró ese patán con una mujer tan especial como Isla.

Anne le había repetido las palabras en un susurro cuando él demandó saber qué pasaba, las palabras de Nessa las primeras en hacerle notar que algo iba mal en ese sector de la mesa. Abrió y cerró la boca con indignación. *¿Evaporar las perspectivas de que algún caballero selectivo de Londres la eligiera?*

Las implicancias de las frases vertidas sin recato ni razón por el tonto lo ponía de pésimo humor, porque había similitud con la respuesta que la propia Isla le había dado días atrás, y él se había hecho la promesa de ayudarla a encontrar esperanzas en su futuro.

La visión que teníamos de nosotros mismos podía ser muy frágil, él lo sabía. Su madrastra había talado la suya sin descanso por años, y esto le había vuelto un monigote en sus manos.

Ya no más. Descubrir las mentiras y malas acciones de Alan, estos días de solaz y de pensar con objetividad, así como el sentirse tan bien con Isla y conectar con ella le habían alimentado de la sólida convicción de que tenía que desbrozar su vida de malas hierbas, y el corte inevitable se acercaba.

Había encontrado en Isla un alma gemela, a pesar de las diferencias de pasados, de fortunas, de géneros. Ella se había convertido en una amiga. Una con la que tenía fantasías poco apropiadas, era cierto, pero podía contenerse y comportarse a la altura.

Ella tenía las cualidades que adornaban a cualquier mujer, y esperaba haber calado en su gentil corazón lo suficiente como para que lo percibiese como alguien en quien confiar y a quien

acudir en caso de necesidad.

Suspiró con alivio al verla salir de la casa y su mirada se detuvo en la contemplación de la atractiva dama. Embutida en su chaqueta de caza, pantalones de montar, botas alta y sombrero, parecía la estampa de una amazona moderna. Todas las damas estaban vestidas de manera similar, pero a sus ojos, ella destacaba.

La manera grácil en que se movió en su dirección, como una diosa evaluando a los mortales a su alrededor, sonriéndoles, saludándoles, deteniéndose para hablar con ellos… Joder, se le disolvía la objetividad, y su pensamiento y mirada no tenían nada de amistoso y fraternal, por lo que bajó la vista.

Ya era suficiente que debiera domar fantasías inoportunas e impropias que le asolaban y le complicaban el conciliar el sueño. Isla no merecía que él pensara en ella de *esa* manera. Tal vez la separación que sobrevendría cuando ambos retomaran sus vidas era necesaria. Se le estaba complicando controlar su libido, su corazón, e incluso su cabeza.

La observó sentarse al lado de Nessa, que se inclinó para preguntarle algo, que no dudaba sería similar a lo que él se preguntaba, y la sonrisa clara y abierta en su faz lo calmó. No se apuró a unirse a ella, la dejó tomar su té y picotear la variedad de alimentos.

Se unió al grupo de hombres, que estaban escuchando a Saint, al que Francis había puesto en la tarea de coordinar.

—Los pares de participantes ya están armados, y aquí—señaló el plano de la propiedad, que había dividido en cotos de caza—, están determinadas las zonas. A cada uno se le asignarán perros y un batidor. Algunos lo necesitarán mas que otro, porque las zonas de matorrales es despareja.

—¿Las armas?—preguntó Edward.

—Una por pareja. Nada de tontear con ellas y querer enseñar a disparar, o dejar que las damitas prueben puntería. La seguridad del grupo ante todo. Sé que tenemos muy buenos tiradores entre nosotros—Saint miró a Jhon, Hugh y Francis, y luego al resto—. Confío en que las lecciones de tiro que los demás tomaron estos días ayudarán. Asegúrense de estar siempre atentos a la ubicación de los otros cazadores y de los batidores. Estos a veces se agachan, desaparecen de la vista, se incorporan de prisa… Es su tarea, asegúrense de no pegar un tiro a uno de estos hombres.

Las armas fueron entregadas y Hugh revisó la suya, asegurándose de tener munición, y se reunió con el joven que les ayudaría a asustar a los faisanes para hacerles volar y que pudiese disparar. Cuando estuvo todo listo y se determinó que las parejas debían ponerse en la línea de salida, Isla vino a él.

—¿Qué hago yo?

—Cuando los perros levanten los faisanes, los colocarás en esta bolsa. Y me ayudarás a

determinar que no haya nadie en la línea de tiro.

—Bien. Ey, grandote, ¿tú vas con nosotros?—rio, y se agachó para acariciar la cabeza de Matty, que vino a ellos con determinación, y se colocó detrás suyo cuando Saint le llamó, hasta que este suspiró.

—No trabaja tan bien como los spaniels y pointers, pero puede ayudarles.

Hugh asintió y acarició al perro, que se había convertido en uno más en los paseos que él e Isla realizaban a diario.

—¿Vamos?—indicó, e Isla asintió.

Las siguientes dos horas pasaron muy rápido, y Hugh sabía que decepcionaría a Saint, porque hubo mucha conversación, risas y diversión con Isla, y pocos disparos. Matty contribuyó espantando la mitad de los faisanes y entorpeciendo al batidor, que resoplaba frustrado al final de la jornada.

—Pensé que tu reputación de héroe de guerra y tirador de excelencia nos aseguraría la victoria—dijo ella, en tono de chanza—. Pero esta bolsa está muy liviana.

—Nos divertimos y, de todas formas, somos pocos para comer tantos faisanes.

Fueron de los últimos en llegar y cuando ya se estaba haciendo el recuento general. Los ganadores fueron Jhon y Maude, que habían cazado bastante más que el resto.

—Si Samuel no hubiese fallado buena parte de los disparos habríamos ganado—se quejó Elizabeth, y él resopló, pero no negó.

—¡Fue una actividad de lo más divertida!—dijo Isla, y Hugh sonrió, un pelín orgulloso de sí mismo.

Interludio 4.

El vizconde de Goderich bebió su jerez con lentitud, dejando que su lengua y garganta se impregnaran del dulce sabor, paladeándolo. Lo hizo por costumbre, porque esta era la única copa de alcohol que se permitía a diario, fundada en su firme convicción de que los excesos eran peligrosos.

También lo hizo por el deleite de ver a su interlocutor sumirse más en la ansiedad y el nerviosismo. Cocinándose a fuego lento en la incertidumbre. Alan Lycombe. Esa familia tenía que estar enferma, porque producir dos hijos tan débiles, tan despreciables, no parecía natural.

Luego recordó que este a su frente no era hijo natural del fallecido duque. Marcus Goderich apenas había conocido al quinto duque de Elywood, pero su tío, quien le había legado el título de Vizconde, no había tenido nada grave o destacable para decir sobre él. Tal vez las falencias tenían que ver con la mujer que les crio, pero eso no importaba.

—¿Recibió mi nota?—inquirió Alan, parpadeando frenético y haciendo sonar sus dedos sobre la madera de la pulida mesa del club, y Goderich elevó una ceja, fustigándolo con los ojos y retándolo a parar.

—La recibí—respondió, y se reacomodó en su silla, llevando sus manos a su estómago.

Se jactaba de vestir con elegancia tradicional, acudiendo a la misma familia de sastres que había confeccionado la ropa de su padre y abuelo. Su esposa le insistía que anexara a su guardarropa algunas de las tendencias impuestas por ese dandi idiota al que el Rey favorecía, pero antes muerto que caer en la degradación.

—Ese maldito…—La mano izquierda de Alan Lycombe temblaba. Lord Lycombe, baronet, pensó con suficiencia. Un título vacío, tanto como el cerebro de este mentecato—. Habló con mi madre… Fue cortante, no hubo manera de convencerlo. Eso es extraño… Mi madre siempre ha podido…—Sacudió su cabeza, pero el vizconde no dejó pasar ese trozo de información. Su apuesta a este hombrecito y a su madre como aliados, o accesorios, era porque había investigado y sabía que era cierto, Hugh Lycombe nunca había cuestionado a su madrastra —. Recortó los gastos de la mansión a la mitad. ¡La mitad! ¿Cómo se supone que se puede mantener un nivel de vida acorde a nuestra importancia? Y estuvo en Elywood Abbey…

—¿Fue allá? Tenía entendido que no le gustaba y lo evitaba. Por ello era usted el encargado.

Vaya encargado. Era risible. El vicio del juego estaba en la sangre de esos dos, pero al menos el duque no tenía deudas. Nunca. Eso era llamativo, de hecho. Era rumor público que le gustaba apostar a todo: caballos, naipes, ganadores en duelos, lo que fuese.

Sin embargo… No habían encontrado nada. Diferente el caso del que tenía enfrente. Estaba hundiéndose lentamente, pagando intereses leoninos en los círculos legales e ilegales.

Por ello, había vaciado la casa solariega de sus tesoros más importantes: pinturas, vajillas, y los costosos corceles. De ello se había beneficiado su vecino, el conde de Alastair, que era uno de los integrantes del núcleo duro de los tories, como Goderich. Todo estaba enredado, algo que este tonto a su frente no entendería.

—Creo que me equivoqué al considerar que el administrador no se enteraría de algunos movimientos económicos, y alertó a Hugh. Nada me ha dicho, sin embargo. No lo he visto, no ha retornado a la casa.

—No es difícil imaginar dónde puede estar. Solo hay tres lugares a los que es habitual: la mansión Worcester, la de Bristolbridge o el club whig.

—No ha ido allí, he estado… esperando.

Dios, era patético.

—Mi consejo es que le espere en su casa, y trate de hilar alguna explicación plausible para la venta de los David y la de sus caballos—Alan abrió sus ojos y tragó saliva, y su mirada se volvió más cauta, resguardada. *Así es, idiota, lo sé todo*—. La condición de nuestro apoyo a su situación es condicional a su influencia y la de su madre sobre el duque de Elywood. Ese dinero que debe usted pagar en unos días… Es una suma muy elevada. Estaríamos en condiciones de ayudarle si nos asegura que cuando el momento llegue, su testimonio y el de su madre sepultarán al duque. Tenga en cuenta que deberán sostener acusaciones de traición, entre otras, y será un escándalo.

—¿Eso me asegurará el ducado?—le contestó, su mirada oscureciéndose. El vizconde imaginó que debía estarse imaginando dueño de todo—. Si es así…

—Si lo que hemos planificado y comenzamos a ejecutar funciona, y para ello le repito que es necesario que se plante en contra de su hermano, incluso ante los tribunales, le aseguro que será el próximo duque de Elywood.

—No hay nada que mi madre quiera más.

Asintió, y miró a su alrededor, haciendo un gesto leve a uno de los empleados, que de inmediato estuvo a su lado.

—Guíe al señor afuera, por la entrada lateral—indicó, dando por terminada la reunión, que le había brindado poco, salvo la convicción de que había que acelerar la jugada. Su mirada se hizo fría y calculadora—. Es menester que no vuelva por aquí. No pueden relacionarnos, bajo ningún concepto. Eso pondría en riesgo nuestra operación.

Alan asintió, con vehemencia, y siguió al empleado afuera. Goderich barrió el club con la mirada hasta posarse en Liverpool, que hizo un gesto de saludo que correspondió. Suspiró, y solicitó los implementos para escribir.

Era necesario adelantar la publicación de los libelos y untar manos para que lo distribuyeran con rapidez. Tapizarían los cafés, bibliotecas, parques, mansiones y salones con la

información.

Y habría que hacer el sacrificio mayor, aquel con el que al comienzo había discrepado, pero luego entendió que no había otra manera de llamar la atención y tirar abajo a los que complotaban contra Inglaterra.

Dos notas concisas fueron enviadas luego de media hora. Una de ellas a su administrador, para que la hiciera llegar al hombre que gestionaría el… *silencio* de Shelby Darsey. La mujer había sido de utilidad, regando a quien quisiera oírla su pretendida sórdida historia sexual con el duque de Elywood y la defensa que este hacía de los franceses y de Bonaparte en la intimidad. Su tiempo se había acabado, empero.

La segunda misiva fue a la imprenta, dando vía libre para que uno de los artículos que se había enviado se publicase mañana mismo. Solo cuando ambos mensajeros trajeron las notas de respuesta que le aseguraban que sus órdenes se ejecutarían, se incorporó y se dirigió a la salida con paso liviano.

Cuando los ánimos se caldearan y las acusaciones llegaran, él y los que lo respaldaban harían el movimiento político necesario para fomentar el acto aparentemente imposible: quitar el título a un noble.

No hay nada imposible, nada, pensó. *Para cuando terminemos con el duque, su figura será odiada y las acusaciones de asesinato y traición sellarán su destino.*

Capítulo 14.

La conocida dama SD ha sido contundente al afirmar ante quien quisiera escucharla y no haga oídos sordos guiado por el interés, que un lord que la frecuenta, fogoso entre las sábanas y aficionado a todo lo que sea juego y placer, que ha retornado recientemente de París, es un firme admirador del prisionero de Santa Elena. Tanto como para reunirse con aquellos que traman para su retorno.

Hugh rodó los ojos con fastidio y luego meneó la cabeza. Esto era ridículo, y ambiguo. ¿Qué se podía esperar de un libelo del que nadie se adjudicaba autoría? En silencio, tomó lo que Grayson, recién llegado a Worcester Manor, le tendía. The Morning Post. Frunció el ceño, y sus ojos fueron al artículo que había sido señalado.

Su Excelencia HL continúa actuando con imprudencia rayana en la rebelión. Le conocíamos por su veleidad sexual y por abrazar todo vicio, pero la ostensible postura a favor del antiguo emperador y en contra de las autoridades naturales de Francia a la cual Inglaterra reconoce legitimidad, es cuasi traición. La información viene de las fuentes más cercanas y por ello, genera enorme preocupación.

—¡Bastardos hijos de perra! ¿Cómo es posible que The Morning Post se pliegue a publicar estos embustes? Fuentes más cercanas… Esto es ultrajante. ¿Hay más?—inquirió, y Grayson asintió, mostrando un puñado de publicaciones similares.

—Nadie va a saber que hablan de ti, o lo van a creer. Es obvio que son una sarta de sandeces escritas sin ton ni son—dijo Nessa, que estaba sentada al lado de Francis y parecía azorada, pero saltando a su favor.

Hugh suspiró con largura, dejando caer sus hombros, sintiéndose de repente muy cansado. *Veleidad de carácter. Abrazar todo vicio. Traidor.* Quién sabe que otros adjetivos descalificativos resonarían en las calles de Londres, en White´s, en Brook´s, en Almack´s… Era como tener a su madrastra replicada por decenas, tal vez centenas.

—Por desgracia, no hay nada más sencillo y fácil para nuestra sociedad que atar cabos. Las pistas están, no es difícil. Por obra y gracia de plumas sin conciencia, paso a ser enemigo de la nación.

—¿Cómo pueden publicar algo así? Una cosa es la libertad de expresión, y otra distinta la difamación—insistió Nessa, su rostro una evidencia de lo desagradable que esto le parecía.

—Este tipo de ataques viles son habituales. A pesar de que los costos son altos y la censura y castigos al vilipendio existen, la expansión de la prensa ha hecho que baste poder pagarlo para que se publique lo que se quiera. No obstante, el vicio y la virulencia contra Hugh…—Grayson meneó su cabeza, y la agitada forma en que jugó con su pañuelo delató su rabia—. Es inusitado. Esta es una campaña que busca algo, hay alguien orquestando esto.

—¿Podría ser Alan, Hugh? Es el más afectado por tus decisiones, y sabemos que debe mucho dinero, además de que te robó—intervino Francis, pensativo.

—No tiene el dinero para hacerlo, y tampoco la inteligencia, me temo. No dudo de que sí tenga las ganas y la falta de escrúpulos, pero eso no paga las publicaciones.

—Ese periodicucho vive de cotillear en vidas ajenas y de los escándalos. Sé de gente que ha pago para colocar artículos, y para bajarlos también. No tiene credibilidad.

—Tal vez no, pero lo leen masivamente. Y se han preocupado por cubrir lugares públicos, para que no lo lea solo la nobleza. Apuesta a quitarte credibilidad, Hugh, y eso lo leen los activistas, los obreros…

—Ellos han de saber que Hugh y ustedes sostienen varias de sus ideas. De seguro no lo van a creer—dijo Nessa con pasión.

—Creo que para ellos va a primar el hecho de que mi vida es vergonzosa, gasto dinero sin control mientras trabajan y sufren, y soy un anti—inglés. Una escoria, vamos—resopló y se mesó el cabello sin control.

Se sentía abrumado, necesitaba aire.

—Hay que hacer un movimiento en contra. Dejar constancia de la actuación de Hugh en la guerra, su impecable historial militar. Wellington lo sabe, lo ha dicho una y otra vez en las reuniones. Que todos sepan que condonó deudas a sus arrendatarios por la sequía, que es la voz cantante de las leyes sociales más progresistas—dijo Francis, pero Hugh negó, y Grayson igual.

—Implicaría recoger el guante, reconocer que es el hombre al que se alude en los libelos. Esperan una reacción, no se puede caer en su trampa—dijo Grayson—. Debemos enfocarnos en descubrir a los que están complotando. Tengo gente siguiendo a Alan, y su última entrada a White´s es el día anterior a la aparición de las primeras publicaciones.

—¿Con quién se reunió?

—No lo sé, todavía, pero… Lo sabré. Retorno hoy mismo a Londres y te prometo que llegaré al fondo de esto.

—Volveré a Londres también yo—decidió Hugh, pero los otros negaron.

—Lo mejor es tu ausencia. Haré saber que estás aquí, para evitar elucubraciones sobre un nuevo viaje a Francia—suspiró—. Cada vez más creo que tu madrastra te arrastró allá de manera intencional, Hugh. ¿Lo has pensado?

Él asintió, el rostro pétreo. Había llegado a esa conclusión, sí, y no podía creer que había sido tan ingenuo de ir. En su defensa, era imposible imaginar una maquinación así.

—No entiendo bien de dónde podría venir esto. Entiendo que eres un incordio para los conservadores, Hugh, pero… No esperaría este tipo de acciones de Liverpool, de Guildford.

—No obstante, hay pistas claras. Alan en White´s… El conde de Alastair convenientemente comprando todo lo que aquel vendió…

—Eso puede adjudicarse a codicia pura y simple—dijo Nessa—. No hace falta ser un tory para actuar como un cerdo—gruñó, y Francis la abrazó.

—Tenemos que fijar una reunión con nuestros pares. Nuestra situación es ya compleja por la preferencia del Regente por la visión de los tories. Lord Grey, Lord Grenville, Lord Althorp, el señor Henry Brougham… Hay que hablar con ellos—dijo Francis.

—Procedamos con cautela—señaló Grayson—. Algunos de ellos han sido cuestionados en relación a su postura con Francia. Lord Grey se mostró escéptico con los borbones franceses en el 14, y trató el regreso de Napoleón en el 15 como un asunto interno. La realidad mostró lo equivocado que estuvo. No va a querer que esos fallos de razonamiento sean recordados.

—Hay que reunirse de todos modos. Lo haremos Lord Melbourne y yo, sé que contaremos con su apoyo—dijo Grayson—. Y me iré contactando con algunos de los hombres que conozco en las fábricas más grandes.

—Necesitamos ayuda profesional—dijo Hugh, rompiendo el silencio—. No importa el gasto, quiero que los mejores investigadores sigan a Alan y a mi madrastra. Que no quede lugar al que van sin cuestionar. También que investiguen a esa mujer… No la conozco, nunca la vi—dijo, la frustración colándose tan hondo que le dieron ganas de gritar.

Se sentía atado de pies y manos.

—Estamos juntos en esto, y llegaremos al fondo de este asunto. No podrán con nosotros, Hugh—dijo Grayson, y Hugh asintió.

—No saben lo que agradezco contar con ustedes.

—Les mantendré informados, no desesperes. Trata de distraerte. Francis me ha comentado que lo has hecho bien.

El pretendido tono críptico no logró el objetivo de despistar a Nessa, que resopló y rodó los ojos, mientras gruñía entre dientes, y Francis sonreía.

Sí, Grayson había traído un balde de agua helada a su bucólica y agradable realidad. Habían sido días encantadores, y había logrado olvidar de momento los problemas, a la vez que había avanzado en su amistad con Isla.

En rigor, para Hugh había significado avanzar con pasos de gigante. Su mente era objetiva al calificar sus charlas diarias y el tiempo compartido, en aumento día a día, como una relación cordial.

Su cuerpo, por otro lado, sus emociones… Ella despertaba un interés sexual y romántico en él que no correspondía al de amigos. Su inexperiencia con relaciones tan puras como la que tenían le hacía ser muy cauto, y sopesar cada paso, tratando de no asustarla y hacer que se refugiara una vez más en el caparazón en el que había vivido luego del accidente.

Le gustaba pensar que estaba contribuyendo a que ella recobrara seguridad y ganas de entrar al mundo y no observarlo de afuera. Hacía días que quería besarla, abrazarla contra su

pecho y disfrutar del suave compás de su respiración. Sentir sus labios en su cuello, sus dedos en su rostro, su mirada en él nublada de pasión.

Sí, estaba mal, no lo dudaba. Ella no le daba muestras de otro interés que no fuera el de pasear juntos, charlar sobre temas diversos, o disfrutar de la compañía mutua. Él gozaba de estar a su lado, eso no se dudaba. El simple hecho de observarlo le brindaba placer.

Estaba comenzando a memorizar las líneas de su rostro, la curva de su cuello, y las de su talle. Este se sentía breve y frágil cuando la ayudaba a montar, y su piel era raso que rozaba al pasar cuando la ayudaba a colocar sus pies en los estribos, o las veces que tomaba su mano para ayudarla a cruzar un paso en el arroyo, o con cualquier excusa que pareciese plausible.

—¿Hugh? ¿Escuchaste lo que dije?—le dijo Grayson.

Parpadeó, y negó, deseando que su amigo creyera que su distracción era producto del disgusto. Sí, en parte lo era. No quería pensar más en esta locura. Quería estar afuera, respirar tranquilo, procesar con tranquilidad el ataque.

—Si decides volver en estos días, contra mi mejor consejo, porque no lo recomiendo ahora mismo, tu conducta ha de ser intachable. Esto significa nada de confrontación verbal o física, incluso si es de la más alta justicia. Por supuesto, debes abstenerte de ir a sitios de apuestas, o a boxear. Si, ya sé, es indignante y te rebela, pero estás en una posición muy delicada, Hugh, quiero que lo comprendas muy bien—Grayson suspiró—. Este sería un excelente momento para tener sellado un compromiso matrimonial—rio con ironía—. Uno puede soñar con escenarios favorables aunque sepa que es más factible que lluevan cerdos.

Escuchó la risa de Francis, Nessa y la del mismo Grayson, pero no las acompañó. De todo lo que este acababa de soltar, la última frase fue la que se pegó a su mente. Entrecerró sus ojos.

Una idea peregrina comenzó a danzar en su cabeza, como salida de la nada. Una que podría hacer coincidir el novedoso interés y deseo por la escocesa con su necesidad.

Grayson no se equivocaba, no solía ocurrir, y aunque mencionó la idea de un compromiso con sorna, creyéndolo imposible, Hugh consideró que tampoco erraba hoy. Sopesó la idea con rapidez. No le disgustaba, no, por el contrario.

Mas Isla no aceptaría una relación romántica con él. Una cosa era la amistad, otra ser su esposa. Además, su idea se gestaba como un recurso egoísta surgido ante circunstancias apremiantes para él.

No podía ser tan cruel, no otra vez. Usarla para distraer y entretener a la sociedad que la había aceptado a medias, para luego lastimarla con cotilleo e indiferencia cruel, no era de caballero, ni de hombre. No quería hacerle eso. *No puedo ser tan canalla de usarla para mis fines*. Suspiró.

El caso era que su cabeza, enredada como estaba, le decía que no era solo por necesidad

que esta idea bailaba en su mente como una posibilidad. No, su fijación se había forjado en la apreciación de los rasgos de la mujer magneto.

Manos que parecían danzar al moverse con gracia para tomar las flores que le entregaba cada vez que paseaban por el prado y colocar alguna en su cabello. Labios que observaba con embeleso cuando sonreían y articulaban palabras. Naricilla que se arrugaba cuando no entendía algo. Ojos envueltos y potenciados por las pestañas más largas que hubiese visto. Talle creado para ser envuelto por su brazo.

—… faltan dos semanas para la boda de Bonnie, y nuestra madre querrá que estemos de vuelta con varios días de anticipación—decía Francis en ese instante—. Ese es un buen momento para…

—No creo que el compromiso sea mala idea. De hecho, es brillante—soltó, con espontánea expresión de su conflicto interno, antes de pensarlo mejor, y los tres pares de ojos que se desorbitaron casi le provocaron reír.

Casi, porque el enredo que tenía en su cabeza, sopesando pros y contras, era brutal.

—Hugh, no sé si estás pensando con claridad—dijo Nessa, parpadeando, su boca fruncida.

¿Sería que ella, sagaz como era, pero también munida de ese sexto sentido que le solían atribuir a las mujeres, intuía lo que pensaba?

—¡Claro que no lo está haciendo!—señaló Francis, rodando sus ojos—. Nunca, en el tiempo que lo he conocido, la palabra compromiso fue pronunciada por Hugh en una frase que no fuese para burlarse del acto o despotricar contra sus implicancias.

—Hay una primera vez para todo. Creo que Grayson tiene razón. Es la solución ideal para aquietar rumores, para generar atención positiva, para…

—¿Quién aceptaría una relación así?—Nessa habló sacudiendo su cabeza, y la entendió, claro.

Hablaban de esto como si fuese una estrategia fría y médica, un movimiento político. Tenía que expresarse con cuidado y que la esposa de su amigo no asumiera que sus intenciones eran una estrategia vacía de sentimientos…

Si de verdad quería que Isla aceptara… Y sí, quería, estaba seguro de eso. Por lo que necesitaría a Nessa, y también a Jhon de su lado.

—Quiero ser claro. En otras circunstancias, afrontaría este temporal acudiendo exclusivamente a las estrategias que hemos pensado. Pero ocurre que… Este tiempo aquí, conviviendo, interactuando, divirtiéndome y disfrutando… Verlos a ustedes dos tan imbricados, formando una familia—miró a Francis y Nessa—. Ha hecho que mi visión sobre el matrimonio y la familia cambien.

—¿Así nada más, en diez días?

Nessa no estaba convencida, desconfiaba.

—He tenido tiempo para observarles, lo sabes. Me has visto más veces que a la mayoría de tu familia y amigos. Su mansión y la de Grayson son, además del club y el Parlamento, los únicos lugares en los que estoy cómodo.

—Bien, eso es cierto—asintió ella.

—No es como si la mayoría de las relaciones que se tejen en los salones y mansiones surja de otra cosa que de breves encuentros mediados por matronas y reglas—argumentó Grayson, pensativo—. Empero… Te conozco, Hugh, tú tienes a alguien en mente, y si no me equivoco, no es algo intempestivo, como pretendes hacernos creer.

Carraspeó, y se sentó en una de las tumbonas, sopesando lo que diría, pero decidió que no había manera de que lo que pronunciaría no levantara conflicto.

—Creo que Isla sería la mujer ideal—Escuchó cómo Nessa jadeaba y se atoraba, pero siguió para cubrir la negativa que supo se gestaba—. Es perfecta. Dulce, bella, gentil, inteligente, culta, cualquier hombre con ambiciones la querría como esposa, y yo soy un jodido ambicioso. Ella…

—¡Estás loco!—Nessa vino a él con furia en sus ojos y la expresión desencajada, y su dedo índice lo golpeó en el pecho. No se movió, y la miró fijo, escuchando su perorata exaltada, que Francis trató de aquietar abrazándola por la cintura y llevándola contra su pecho, lo que no la frenó—. Mi hermana es sagrada, ¿me oyes? Ella es todo lo que dices y más, y no será juguete en tu desastre, no la usarás como distracción y la someterás a esas víboras de la alta sociedad que no esperan más que tener algo que destrozar con sus lenguas viperinas y …

—Shh, calma, querida, el bebé… Hugh no pretende…

—Deja tú también—se soltó del abrazo de Francis y se movió para quedar entre los dos.

—Sabes que ella ha estado mal. Vino aquí a curar, a ser feliz y estar protegida, a recuperar las ganas de vivir y su alegría, y…

—Y lo ha hecho—dijo Hugh—. Su familia ha logrado que ella ría de nuevo, pero también su firme voluntad. No quiero hacerle daño, no es mi intención, te lo aseguro, Nessa. No soy un hombre malo, no hay nada maligno o torcido en mis intenciones, te lo juro.

Su voz trasuntó su seriedad, su convicción, y Nessa aflojó su postura un tanto, y comenzó a pasear en círculos. Hugh sentía los ojos de Francis encima suyo, furiosos, pero no se calló.

—Escucha, Nessa. Grayson dijo que esto no es abrupto y… No lo es. No había considerado la posibilidad del compromiso porque… Casi diría que no estaba en mi cabeza. Pero sí ha crecido a diario mi interés por ella. Mi deseo de verla, de conversar, de compartir momentos. Sabes que hemos pasado muchas horas juntos, hablando de todo… Ella sabe más de mí que la mayoría de los que me conocen, incluso algunos pensamientos que ni Francis o Grayson conocen. Y eso es decir.

—Isla está frágil—murmuró Nessa—. Sí, sé que han sido inseparables últimamente, y me pareció bueno. La he visto volver a ser la hermana que conocí… Pero eso es aquí, protegida en Worcester Manor, entre los que la queremos. ¡Tú intentas arrastrarla a esa jungla en Londres, Hugh!

—Yo quiero… No quiero perder lo que tenemos… La idea de volver a ese vacío de mi hogar, a estar solo, a vegetar en mi mansión esquivando a mi familia, sabiendo que traman en mi contra… Se me hace insoportable.

—¿Crees que llevar allí a Isla es inteligente? ¡Creo que eres egoísta!—gritó, furiosa, y Francis la abrazó y posó una mejilla en su cabeza.

—Isla estaría contigo, con su hermano, protegida. Yo me encargaré de lady Avery y de Alan. Y nadie que pueda lastimarla se acercará a ella. No pretendo exponerla en ningún salón ni fiesta. No quiero hacer nada que la misma Isla no desee. Es simple: quiero que sea mi esposa, si ella acepta. Podemos vivir tan separados del resto como elija. Socializar con mis pares nunca ha estado en lo más alto de mi lista de intereses.

Nessa parpadeó varias veces, para alivio de Hugh, y de Francis, cuyos ojos dejaron de clavarse como dagas en él.

—Va a negarse de plano. La conozco, y sé cómo se siente, como ve a Londres… Ella vino con tantas ilusiones, tan confiada…—suspiró—. Ella era la que se suponía iba a tener su historia soñada, no yo.

—Pues me alegro de que haya resultado distinto—indicó Francis, y extendió su mano, que ella tomó. En otro momento de su vida, Hugh hubiese visto esto como algo tan cursi, con cinismo. Hoy… No. Había cambiado—. Querida, Hugh no es un hombre mentiroso ni cruel, aunque sus formas disten de ser las de un caballero, o aunque su imprudencia sea manifiesta. Lo miró, y sacudió su cabeza—. Intuí que había algo más que simple deseo de solventar viejos malentendidos después del tercer día de paseos, flores, sonrisas mutuas y conversaciones en rincones. A ella se la ve bien, y es quien debe decidir. No nos toca a nosotros hacerlo por ella. Si Hugh nos lo dijo ahora…

—Es porque quiero su apoyo, y haré lo mismo con Jhon. Prometo que no le haré daño, que la voy a proteger, y aceptaré lo que decida. Es probable que estemos hablando de más, y que ella se niegue de plano a mi propuesta.

—Isla ha de decidir. Pero no te atrevas a usar términos como propuesta o estrategia con ella, Hugh, si es que deseas tener una oportunidad. Por el bien de mi hermana, desearía que se niegue. No deseo verla destrozada una vez más—susurró, y luego suspiró—. Estaba todo tan bien, demasiado.

—Lo seguirá estando—aseguró Francis, que miró a Hugh como conminándolo a proceder con cautela y a no complicar las cosas en el seno de su familia.

Se hizo la promesa de que no sería así. Miró a Grayson, que observaba la situación con actitud pensativa, y le hizo un gesto, buscando saber su opinión.

—Si esto ha de funcionar, espero que sea para hacerles feliz a ambos, mi amigo. No dudo que el que te vean sentando cabeza será positivo para tu imagen, pero intuyo que tú estás pensando más allá, y me alegra.

Asintió, y se dijo que esto había ido mejor de lo esperable. Si lo hubiese planeado no habría salido tan bien. Se sintió extraño. Había entrado a esta sala y comenzado esta reunión recibiendo pésimas noticias, pero su cabeza fue valorando situaciones, hechos y catalogando las emociones atadas a cada una, y sin pensarlo, había corrido el manto a un pensamiento recurrente al que no había dado forma hasta hoy.

Isla Campbell era la única mujer por la que había sentido más que lujuria desde la temprana juventud. Con ella el tiempo transcurría rápido y se sentía feliz. Mirarla lo provocaba, y le consumían los deseos de tenerla en su vida de manera constante. Ahora… Era necesario verbalizarlo ante ella, hacerle ver que juntos podían ser fuertes y felices.

Con el tiempo lograrían reforzar sus sentimientos, tal vez amarse. Hugh no tenía duda alguna de que dosis extras de esa mujercita lograrían que cayera a sus pies sin remedio. Si ella pudiese devolverle devoción y cariño, sería suficiente.

Capítulo 15.

La llegada del duque de Bristolbridge había cambiado la atmósfera de liviana despreocupación en Worcester Manor. La gravedad del rostro de Grayson James al llegar, de normal un hombre medido y muy agradable, ya había sido llamativa, pero la reunión convocada en la biblioteca y las voces altas que de allí se escuchaban, la mayoría de Hugh, eran muestra de que había problemas.

—Es extraño que el duque haya venido así, de improviso, y no haya saludado a nadie antes de meterse en ese lugar con los otros dos—dijo Anne, e Isla asintió.

Grayson había entrado como un viento de tormenta, saltando la presentación que el mayordomo estaba por hacer, y apenas si había mirado a sus costados antes de comandar a los otros dos duques a reunirse.

—El duque de Bristolbridge es un hombre compuesto y muy amable. Estaba desencajado —murmuró—. Es algo vinculado con Hugh.

—Traía periódicos, panfletos en la mano. Alcancé a distinguir The Morning Post—dijo Edward, que se sentó junto a ellas—. Deben ser malas noticias, tal vez algo no marcha bien con esos proyectos de leyes nuevas que promueven.

—No, es algo más—dijo Isla—. Nessa no hubiese durado en esa habitación tanto tiempo si fuese algo político o que no le concerniese—consideró Isla.

El sonido de pasos apresurados les hizo mirar, y enseguida entraron a la sala Maude y Elizabeth, ambas con sus ojos muy abiertos, la primera agitando un panfleto en sus manos.

—Esto se le cayó al duque al ingresar, el cochero nos lo alcanzó para que se lo hagamos llegar. ¡Miren!

Se incorporaron y vinieron a Maude, que quedó en el medio señalando un titular al que acompañaba media página de desarrollo.

—¡Un duque en apuros del que no diremos el nombre, ja! Claro, como si con las iniciales y las referencias no fuese cristalino de quien escriben.

—¡Estos son más que rumores!—susurró Anne, compungida—. Son acusaciones veladas, malevolencia pura. Lo que sugieren…

—Es traición—indicó Edward—. Eso es lo que dejan entrever con toda esa palabrería barata en la que lo que más destaca es amigo bonapartista, su viaje a Francia para tramar la vuelta…

—Pero Hugh luchó contra Bonaparte—argumentó Isla, que estaba demudada ante la manera descarada y cruel en que Hugh era denostado por alguien que escribía barbaridades escudándose en el anonimato del papel—. Es falso—protestó.

—Sí, pero este tipo de publicaciones no se molesta en investigar si es verídico o no. Su

fuente son los rumores, y contribuyen a expandirlos porque estos se venden bien. No hay nada que atraiga más a la alta sociedad que una jugosa historia que incluye a uno de los suyos—dijo Edward, meneando su cabeza.

—El duque de Elywood ha de estar acostumbrado a que escriban sobre él—dijo Elizabeth.

—No así—agregó Edward, con una mueca—. Una cosa es que se escriba sobre sus duelos, sus amoríos, su vida de disipación y …

—Él no es así—intervino Isla, muy tiesa, molesta y saliendo en la defensa del hombre que había visto detrás de esas etiquetas—. Tal vez hubo momentos en que sí, pero no estos días.

—Probablemente no—Edward se encogió de hombros—. No es lo que importa, porque esto es más grave. Le puede traer muchos dolores de cabeza con los otros whigs.

—Tal vez eso es lo que molestó a Grayson y por ello llegó tan disgustado—agregó Anne.

—No, estos tres son incondicionales. Estoy seguro de que Francis y Grayson están con Lycombe—dijo Edward, pensativo.

—¿Qué está ocurriendo?—dijo Jhon, ingresando a la sala y frunciendo el ceño al verles como un racimo alrededor de un panfleto—. ¿Qué es tan interesante?

—Una publicación en la que se acusa al duque de Elywood de ser bonapartista—casi gritó Maude, y los *shhh* la instaron a bajar la voz.

—¡Tonterías! Hugh fue un oficial de impecable actuación en España y Francia, nos dirigió con valor y astucia—gruñó Jhon—. Es mucho más de lo que se puede decir de varios nobles estirados que no sabían ni dónde estaban parados.

Las voces altas masculinas más la de Nessa se acercaron, y todos buscaron asientos, Maude colocando detrás de ella el panfleto, ruborizada. Cuando entraron, Isla supo de inmediato que lo que ocurría tenía a su hermana iracunda, y cuando sus miradas se encontraron, vio preocupación en su ceño fruncido.

¿Por qué estaría Nessa tan inquieta? ¿Sería que Francis también estaba siendo cuestionado? Podía ser, estos tres eran como uña y carne. Buscó a Hugh y le vio tormentoso, su rostro casi inexpresivo con excepción de sus ojos que parecían brasas sobre ella. Parpadeó, incómoda.

—Jhon—el duque de Bristolbridge saludó a su hermano con una inclinación de cabeza, y luego miró a los demás—. Me disculpo por mis maneras al llegar—añadió con contrición—. La urgencia me volvió grosero.

—Supusimos que había un asunto imperioso que atender.

—Así es—dijo Francis—. Hugh está siendo vilipendiado por la prensa, en algo que no puede ser más que una campaña orquestada en su contra.

—¡Eso es terrible!—dijo Isla, sus ojos muy grandes posados en él, tratando de apreciar

sus emociones, pero nada dejaba traslucir como no fuera intensidad, su postura como la de un animal presto a saltar, tenso, silencioso.

—¿Una campaña?—Edward parpadeó, y luego se envaró, nervioso—. ¿Cree usted que hay motivaciones políticas detrás de eso? Los panfletos suelen aumentar los rumores, en especial cuando están flojos de primicias.

—No cuando son tantos hablando de lo mismo, como si la misma fuente les alimentase—indicó Grayson, negando con su cabeza—. No son solo panfletos. Hay periódicos de relativa seriedad pero tirada extensa que están repicando las mismas falsedades. Creando opinión, generando dudas y poniendo en entredicho la honorabilidad y lealtad de Hugh.

—¡Algo se debe poder hacer para frenarles!—dijo Isla con más calor del necesario, y se ruborizó cuando los ojos de varios confluyeron en ella.

Hugh se movió unos pasos para quedar más cerca, y no le quitaba la mirada de encima, como evaluando su reacción, y Nessa… Oh, Nessa parecía tan molesta, disgustada.

—Es menester saber quién está detrás de esto—dijo Jhon, pensativo, e Isla aprovechó a quitar su vista de Hugh, nerviosa.

—Sí, lo es—sentenció Francis—. Pero eso llevará tiempo. Y Hugh debe reaparecer en Londres, porque no puede aparentar que se esconde del mundo mientras este lo acusa con vileza.

—Va a ser el foco del cotilleo y la atención allí donde esté—dijo Maude, y pareció achicarse en su asiento cuando este la miró—. Lo siento, pero sabe que…

—Sí, Maude, tienes toda la razón. Por ello creo que debo darles otra cosa sobre la que hablar. Algo tan jugoso que sobrepase esto, al menos de momento.

—¿Qué podría ser tan…?—dijo Anne, y calló, parpadeando, como si un chispazo la alcanzara, e Isla esperó que siguiera.

—El anuncio de un compromiso matrimonial—dijo Hugh, y entonces Isla volvió sus ojos hacia él, y la esperanza que había tenido…

La ciega, tonta y pequeña esperanza de que ellos pudiesen hacer crecer cariño sobre la amistad, pareció explotar dentro de ella.

—¿Un compromiso? ¡Oh, pero se lo tenía guardado!—dijo Maude, confundida.

—¿Es alguien que conocemos?—inquirió Anne, con voy baja.

—No puede ser algo de mucho tiempo. Francis hubiese comentado algo—intervino Samuel, que al parecer había llegado a la sala junto a Olivia.

Isla guardó silencio, y trató de hacerse más pequeña, y dio incluso un paso atrás. Tenía que salir de aquí y dejar al duque respondiendo las preguntas y estableciendo su estrategia. Debía ir a su habitación porque sentía que la desilusión se le colaba en gestos y estaría temblando y con lágrimas en sus ojos de no estar mordiendo el interior de su mejilla y clavando sus uñas en las palmas.

—Es algo muy nuevo, tanto que aún no he tenido tiempo de proponerlo a la interesada— escuchó que decía Hugh, con voz grave y calma—Si bien parecerá intempestivo, confío en que esa mujer valorará mi persona por encima de los rumores violentos y falsos, y me ayudará a capear el temporal—Isla dio un paso más atrás, y estuvo casi en la salida. Vio que Nessa no le quitaba la vista de encima, pero bajó su mirada—. No será una propuesta como la que se merece, pero sí aseguro que será más que una relación dictada por las circunstancias. Mi compromiso con ella será de largo plazo, y lo haré con gusto.

—¡Qué romántico suena eso, querido Hugh!—dijo Olivia, llevando sus manos al pecho.

Isla se deslizó fuera de la sala y caminó con velocidad, alejándose de su familia y de Hugh, dejado que la decepción la abrazara con cada paso que daba hacia su recámara.

¿Quién sería la mujer en que él confiaba para estar a su lado en este momento? Sus palabras indicaban cariño, confianza, así que debía ser alguna amistad añeja. No le había mencionado a alguien así, pero, ¿por qué lo haría?

—Isla… ¡Isla, espera!—la voz la frenó, y suspiró, cerrando los ojos, tratando de recomponerse para darse vuelta y no mostrarse rota.

No quería que él se percatase de que ella había dejado que junto a la camaradería y amistad creciesen sentimientos distintos. Que se había permitido sueños y otra vez, estos colapsaban. Exhaló hondo, y ensayó una sonrisa que supo no tenía calor.

—Hugh, me sentí un poco oprimida allá, disculpa. Sé que estás en un momento complicado…

—Te fuiste cuando estaba tratando de explicar… De decirte…—dijo él, e Isla sacudió su cabeza, pensando que se había perdido el momento en que él la llamó.

¿Sería que salió tan aprisa que no le escuchó? Vio movimiento detrás, en la puerta que daba entrada al pasillo, y notó que Nessa estaba allá parada, mirándoles. De seguro sabía que había sido afectada por las novedades, y estaba inquieta por ella. Volvió su vista sobre Hugh.

—Oh, lo lamento, ¿qué querías decirme?

—Hablé con Francis y Nessa. Aún no tuve oportunidad de hacerlo con Jhon, y lo lamento, porque es lo que corresponde primero, pero… Quiero saber si estás de acuerdo.

Le miró, sin entender.

—Quiero que consideres darme la oportunidad de cortejarte de manera formal, y que aceptes ser mi prometida, Isla. Tú eres la mujer ideal para mí, y tu compañía en estos momentos de mi vida, en que me siento atacado por varios flancos, me resulta necesaria, fundamental.

Estaba inmóvil, enraizada en el piso, en mitad del pasillo de Worcester Manor, y sus corazón pulsaba fuerte y su mente parecía invadida por una niebla liviana.

<<Cortejarte. Que aceptes ser mi prometida. La mujer ideal.>> ¿Acababa Hugh de decir esto? ¿En verdad cada palabra que pronunció en la sala había sido para ella? ¿Cómo podía

ser? ¿Es que él también sentía que su vínculo era especial y…?

Calma. Calma. Él está en una situación muy apurada. Esto es estrategia. Una jugada destinada a mejorar su imagen y generar tiempo para que descubran quiénes traman contra él. No es amor. No es deseo. Es necesidad.

—Hugh… Yo… No sé qué decir…—susurró, y él tomó su mano y la apretó con levedad.

Isla miró sus dedos envolviendo los suyos, la suya tan blanca y la de él más oscura y con las callosidades del deporte. Su mente era una mezcla de ideas y las emociones se le agolparon.

—Sé que es abrupto y te toma por sorpresa. No es la manera adecuada ni la que mereces, lo dije antes, mas… No puedo pensar en alguien más para esto, Isla. No es solo que Grayson lo sugirió, y es bueno para mi imagen… Es que de verdad la he pasado tan bien aquí, estos días. La perspectiva de no verte y poder charlar, pasear… Te echaría de menos. Sabes lo solo que estoy.

Lo sabía. Se lo había dicho más de una vez. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer que no fuese un error? Claro que quería, si había venido a Londres antes a buscar a alguien como él. Luego, cuando las cosas cambiaron, y no veía solución, encerró su esperanza.

Él le proponía un sueño. Pero ella no era apropiada, consideró entonces. No lo había sido antes, ¿cómo lo sería en el presente, su cara marcada y tal vez hazmerreir de los salones? Se estremeció, y parpadeó.

—No puedo ayudarte, Hugh. ¿Qué diría de ti el que te comprometas con una escocesa sin dinero y con una cicatriz en el rostro?

—Eso es irrelevante para mí—la mano de él soltó la suya, y se posó con suavidad en su mejilla, y sonrió—. Tengo dinero para ambos, más del que necesitaré en varias vidas, más del que tienen muchos de los que me juzgan… Y ya hemos hablado de esa marca. No cambia nada.

—Será lo primero que vean, te juzgarán, se mofarán…

—No me afectará, y estaré feliz de que hablen de mí en cualquier término que sea, mientras los rumores de traición, sedición y complot desaparezcan. Pero voy a protegerte, Isla. Nadie que pretenda hacerte mal se te acercará. No podrán herirte. No es necesario que te expongas si no lo deseas, y …

—No lo es—dijo Nessa, interviniendo, cortante, su rostro tenso—. Quiero que entiendas que esta elección es tuya, Isla, y no debes sentirte presionada. Hugh puede pelear sus batallas de otro modo, sin involucrarte…

—Lo entiendo, sí—asintió, y miró a Hugh, que había callado, dejando lugar a que Nessa expresase su obvio malestar y desacuerdo.

Isla se mantuvo unos instantes en silencio, considerando, ponderando, y entonces decidió que nada obtendría con negarse, y tal vez en su futuro lamentaría haber sido cobarde y no abrazar lo que le ofrecía este hombre.

Lo que conocía de él le decía que la cuidaría, no dudaba de que la protegería, y ella lo

quería. Oh, sí, *lo quería, lo quería, lo quería.*

—El matrimonio no debe pensarse de manera liviana, y basarlo en algo tan volátil como…—sentenció Nessa.

—Con todo respeto, hermana, he visto y escuchado que basan las relaciones sobre bases tan endebles como las apariencias y el estatus. Sin amor, sin deseo, sin cariño ni amistad. ¿O piensas que tu matrimonio con Francis es la regla?

—Claro que no—dijo ella—. Pero tú y Hugh…

—Somos amigos—dijo ella—. No me parece una base tan mala para un matrimonio sólido. Pero… tengo que pensar condiciones—susurró, y Nessa abrió su boca con sorpresa, a la vez que Hugh distendió su boca en una sonrisa enorme.

—¿Eso quiere decir que estás de acuerdo…? ¿Aceptas?

—Voy a hacerlo, pero como dije, tengo condiciones. Quiero hablarlas en privado—decidió, y miró a Nessa, que parpadeó.

—Isla, Jhon y yo debemos charlar, hay aspectos que considerar, y …

—Lo harán, pero primero, quiero hablar con Hugh.

Nessa suspiró y rezongó por lo bajo, la palabra *porfiada* elevándose en el aire, pero al final les dejó solos.

—Ven, vamos a la biblioteca.

Él hizo un gesto para indicarle la habitación, y ella asintió, y mientras se adelantaba, trató de ordenar sus ideas para que primara la razón y las emociones que se sentían como mariposas en el estómago no la cegaran. *Cuidado con los impulsos, Isla*, se dijo.

Una vez a solas, ella caminó, tocando libros y observando los periódicos que habían quedado sobre el escritorio y algunas sillas, leyendo algunos con velocidad, mientras él se sentaba en una butaca y la miraba, esperando.

—Esto es como un salto al vacío para mí, Hugh. Lo hago con mucho temor…—dijo, y se acercó a él—. Tengo fe en que podrás sostenerme y no me expondrás a los lobos.

Él se incorporó y vino a ella, y la tomó por los hombros con suavidad. Su mirada era serena y su rostro distendido.

—Voy a hacer el mayor esfuerzo para escudarte de dolores y humillaciones. Van a buscar afectarte y a mí, pero si estamos unidos y advertidos, podremos sobrellevarlo. Creo que cuando el temporal amaine, la calma nos encontrará juntos y en armonía. Como dijiste, la amistad es una buena base para un matrimonio.

—¿No lo lamentarás? Las decisiones apuradas…

—No lo lamentaré.

—Quiero respeto, fidelidad, no recibir a nadie que no quiera ni verme forzada a ir donde no deseo.

—Así será.

—Mm…—enrojeció, pero no podía evitar el tema—. Con relación al funcionamiento del matrimonio… ¿Será real?

Él sonrió e inclinó la cabeza a un lado.

—Tanto como desees. Quiero tener herederos, por supuesto. Pero si tú no deseas seguir luego de un tiempo… Hay maneras…

—Si tú me prometes que no me traicionarás ni me mentirás…

—Prometido. Y para que conste, sería un placer consumar el matrimonio, si lo deseas.

Oh, esto era… No podía evaluarlo en este instante, porque sus emociones estaban contenidas por la muralla racional que su mente imponía para poder funcionar.

—Eso lo podemos hablar luego. Tal vez ni siquiera será necesario que lleguemos a la instancia del matrimonio. Imagino que… Hay un tiempo para el cortejo, y si los rumores desaparecen…

—¡No voy a anunciar algo que no haré, Isla! Nuestro compromiso será real. Entiende que de verdad siento que conectamos, y no he conocido a nadie como tú. Amiga, compañera…—él meneó su cabeza—. —Eres una mujer fascinante, además de bondadosa. Estaba… Temía que me rechazaras de plano, que la simple idea de comprometerte conmigo te parecería una locura—susurró él.

—Creí que hablabas de otra mujer, lo confieso. Me molestó un poco—se ruborizó—. Que no me hubieses contado de alguien tan importante en tu vida.

—Di por supuesto que entendías, en base a lo que hablamos. No te he mentido.

Se inclinó hasta que sus labios rozaron los suyos, y ella parpadeó.

—No lo hiciste.

—Tus respuestas me dan esperanza. Me vuelven audaz.

Su barba rozó la barbilla femenina, e Isla, parpadeó, sintiendo que el cosquilleo en su mejilla repicaba por la piel de su cuello, su escote, enervándola. Oh, ¡cómo anhelaba que él la viese como la mujer que era!

—¿Deberíamos cerrar el trato con un beso?—Hugh preguntó en voz muy baja, casi pronunciadas sobre sus labios.

—No lo sé—susurró ella.

Él dibujó el contorno con su índice.

—Quiero besarlos, he pensado en ello, pero… No quiero que te sientas obligada. Ahora mismo estoy siendo más que inapropiado. Las mujeres como tú son guardadas con celo por su familias para que su virtud no sea cuestionada. No deseo incomodarte.

—Puedes… besarme—susurró ella, no dejando que la timidez se impusiera a lo que deseaba—. Ya hemos establecido que nos importa poco lo que opinen los maledicentes.

Su frase le hizo actuar, y ella tragó saliva, arrebolada pero ansiosa. La boca gruesa se posó sobre la suya y el beso fue uno suave, con el mismo peso que las mariposas debían imponer sobre una flor.

Tal vez porque ella no retrocedió, o porque hubo un gemido corto de su parte, Hugh apretó el contacto y abrió sus labios, y de pronto su boca era succionada y humedecida por un calor desconocido que la descolocó, pero al que se pegó.

Sus manos fueron a la camisa masculina, que arrugó al atraparla entre sus puños. El cuerpo era sólido, firme, pero la manera en que la tenía envuelta y cómo la besaba… Había ternura, cuidado, respeto en el contacto.

Este compromiso que él le ofrecía, el matrimonio que sobrevendría… No lo esperó, pero era real. Le había hablado de amistad, de compañía mutua, de cariño, y ella le creía. Y si su corazón y su cuerpo querían más, no podía prometerles que eso llegaría, aunque este beso… Este primer beso era lo que había soñado desde que comenzó a entender cómo funcionaban las relaciones, sabía a primer paso de una cadena hermosa. Quería que así fuera.

Capítulo 16.

—¡Cómo se atreve a hablarme en ese tono y a plantear tal desvarío! Soy la duquesa de Elywood, no voy a permitir que ose irrespetarme de este modo. Alan, ¡haz que saquen a este hombre de aquí!

La voz altisonante de su madrastra alcanzó a Hugh cuando ingresaba a la mansión y resopló, preparándose para una situación por demás desagradable. Por lo que se gritaba, el señor Bloch, su administrador, había venido antes de lo esperado y de algún modo lady Avery había logrado que le dijera el fin de su visita, provocando la ira ante la respuesta honesta del hombre. Y la furia de esta mujer era de cuidado.

Apuró el paso para evitarle a su empleado más incomodidad de la que debía estar pasando, y no le extrañó verle incorporado y rojo. A las claras se veía que no sabía si obedecer a la mujer y marcharse, o soportar el vendaval y esperar por Hugh.

—Buenas tardes—saludó, y el alivio del señor Bloch se notó en el aflojar de su postura y de su quijada.

—Su Excelencia, buenas tardes. He…

—¡Debes despedir a este hombrecillo en este instante, Hugh!—dijo su madrastra con el imperio que pudo conjugar, y este era mucho—. Ha tenido el descaro de decir que debo marchar de la mansión.

En otro momento de su vida le hubiese hecho dudar, habría puesto por delante la unidad familiar, o la fachada de esta, habría pensado en que su padre se revolvería en su tumba si tomaba alguna decisión que molestara o irritara a lady Avery, mas…

Ya nada de esto le importaba. Ni siquiera quedaba la ficción de la unidad, porque Alan se encargó de mostrar que no solo no valoraba la tradición familiar al malvender los preciados bienes de la casa solariega, algunos de ellos centenarios. A sus rivales, nada menos.

La vuelta a Londres había sido intempestiva, pero no por ello sin planificar. Luego de que se había enterado del ataque periodístico, que estaba convencido tenía objetivos más profundos, aunque no los detectase todavía, y al terminar su reunión con Nessa y Jhon, a los que pidió de manera humilde y formal autorización para cortejar a Isla, había venido el momento de sentarse en calma, solo.

Y había pensado, planeado, decidido. Por primera vez había sentido que se ponía en la piel de duque, consciente del poder que portaba en sus manos, y decidido a usarlo a su favor.

Por ello su primer visita al retornar fue al señor Bloch, al que informó sus próximos pasos. El hombre había quedado pálido, a no dudar anticipando lo que hoy vivía, pero había procedido a cumplir sus órdenes al pie de la letra.

—El señor Bloch no hace más que cumplir mis órdenes, lady Avery—anunció, y se

adelantó para ubicarse en el centro de la habitación—. ¿Tuvo oportunidad de anunciar los cambios en su totalidad?—inquirió, y el administrador negó.

—No, su Gracia.

—Bien, llego a tiempo entonces. Por favor—hizo un gesto al administrador para que se sentara en la silla detrás del escritorio, y este así lo hizo—. He hecho una exhaustiva investigación y recorrida de mis propiedades estos días. He tenido sorpresas, algunas de ellas infames—Su mirada dura fue a Alan, que aparecía mudo y hostil—. Te di la responsabilidad de gestionar las tierras y la casa solariega, y no has hecho más que malvender objetos y animales, además de despedir a la gente que ha sostenido aquel lugar por años.

—¡Eso no es cierto, son falacias sostenidas por…!

—Estuve allí. Hablé con la gente, con los arrendatarios, incluso con algunos de los que transportaron a sus nuevos dueños a los objetos que tomaste como si te pertenecieran. Eso es no solo inmoral, sino un delito por el que podría hacerte pagar…

—¡No te atreverás!—gritó lady Avery, su rostro furibundo—. ¿Quién va a creerte? ¡Tu fama te precede! ¿Quién dudará que los vendiste tú para pagar tus deudas? Eres un libertino…

—La fortuna de su Excelencia es sólida y ha crecido varias veces desde que el difunto duque murió—intervino el señor Bloch, con dignidad, intentando defenderlo, y Hugh apreció el gesto.

La sorpresa en la faz de su madrastra evidenció que no lo sabía, y no era raro. Hugh no hacía ostentación, ella no tenía idea de que era muy bueno para los negocios. Ella había creído a pies juntillas lo que le pretendió insuflar con golpes y humillaciones: que él era un inútil, un bueno para nada que no fuese la diversión vana y malgastar.

Era irónico que estas fueran características que describieran a Alan.

—No puedes expulsarnos, Hugh. Esta es mi casa. Tu padre no permitiría que me dejaras sin nada.

—Se ha previsto que se traslade a una cómoda casa propiedad del duque en Regent Street. Tendrá una asignación anual que le permitirá vivir de acuerdo a su estatus. Aquí tengo los papeles. Todo está dispuesto—indicó Bloch

—¿Y Alan? Es tan hijo como tú, y… No debes, Hugh, somos familia—su voz se hizo más fina e implorante.

Era claro que veía su determinación, y que no iba a quebrarle. De ordinario él hubiese cedido ante las primeras frases, para evitarse problemas o disgustos.

Hugh no era perfecto, lejos de ello, y se aceptaba, por ello no le molestó sentir un perverso, aunque efímero placer al ver desconcertada y sin respuesta a la mujer que le había hecho la infancia y la juventud amargas.

—Alan tendrá también una asignación.

Este se movió con prisa y fue hasta Bloch.

—Muéstreme los papeles.

Así lo hizo, y cuando leyó las cifras, palideció.

—¿Pretendes que subsista con esta miseria?

—Es mil veces la cifra que gana un trabajador que está doce o catorce horas en labor. Tú la obtendrás sin trabajar por ella, y solo porque me place. Podría dejarte sin un centavo, y créeme que he estado tentado… Culpa a tu adicción al juego, tu estupidez y codicia.

—Vas a lamentar esto, Hugh—la voz de su madrastra se volvió dura, y no escondió el odio en su mirada—. Disfruta mientras puedas de tu impudicia. ¿Crees que esta acción contra tu familia te sumará puntos? Tu prestigio decae sin remedio, y es por tus acciones.

—Ya me encargaré yo de lidiar con todo aquel que intente horadar mi figura, inventando falsas pruebas y echando a rodar mentiras. Por otra parte, creo que será entendible hasta para el más lerdo que haga cambios en esta casa, considerando que pronto tendrá una figura femenina que la llene y tome las decisiones.

Lady Avery parpadeó, sin entender, para luego hacer una expresión de sorpresa, y posteriormente uno de desprecio.

—No sé a quién has logrado convencer, imagino que a una de esas mujerzuelas que frecuentas… Serás el hazmerreír y traerás vergüenza. Tu padre moriría otra vez si te viera hoy. No mereces ese título.

—Y sin embargo, es mío por herencia, por derecho, y pese a quien pese.

—Cuidado, Hugh. No estés tan seguro de que nadie puede sacarte tu título…—empezó a decir, y Alan la cortó con un seco:

—¡Madre!

Esta cerró su boca, apretando sus labios hasta que estos parecieron una fina línea, pero no dijo una palabra más. No había más qué decir, al parecer. Hugh se sintió… Liviano, aunque también decepcionado.

Por primera vez ponía coto al abuso, les enrostraba su miseria, y no hubo negación ni arrepentimiento. En alguna pequeña parte de él había creído que tal vez lady Avery pediría perdón, o que Alan haría justificaciones y aludiría que no lo hizo, o que le obligaron. Nada.

—La casa está ya lista para recibirles. Pueden coordinar con Martin el embalado de lo más urgente, y dar las órdenes para que el resto de sus pertenencias sean transportadas a la brevedad.

—¿Nos echas así, sin tiempo para prepararnos, como a mendigos?

—Como dije, todo está listo. No te faltará nada, dentro de límites razonables que tú establecerás en acuerdo a la pensión anual. Señor Bloch, que firmen esos papeles a la brevedad. Es mi mejor oferta, e inapelable, por lo que sugiero que no le atosiguen sin sentido. Cumple mis

órdenes. Buenas tardes.

Hizo un gesto de saludo, y les dio la espalda, y se retiró sin mirar atrás. El silencio detrás suyo pareció atronador, solo roto por la tos nerviosa de Bloch.

Estaba hecho. Finalmente, era libre. Una de las cosas buenas que nacía en medio de los problemas que sobrellevaba.

Cuando estaba saliendo, encontró a Martin esperando para abrirle la puerta. No tuvo duda de que había escuchado todo, y se detuvo a su lado.

—Señor Martin, asegúrese de que la servidumbre sea ágil al ayudar a lady Avery y a Alan a empacar sus pertenencias. Ni un objeto de la casa se va con ellos.

El hombre asintió, impertérrito.

—Así se hará, milord.

—A partir de mañana comienza una nueva era en esta casa, Martin. Vamos a cambiar la fisonomía de la mansión y los jardines. Encárgate de averiguar el nombre de alguien que pueda dar una imagen más moderna y colorida en el exterior. Y la sala de recibir visitas como el comedor se remodelarán en colores más alegres. Quiero que mi prometida encuentre calidez y comodidad en esta casa.

—¿Prometida, señor?—Martin hizo un gesto muy leve de sorpresa, que Hugh se habría perdido de no haber estado esperando su reacción.

—Así es.

—Bien por usted, su Excelencia. Ya era hora, si me permite el atrevimiento.

—Se lo permito, Martin, y tiene usted razón—sonrió.

Se sentía liberado, con esperanzas y confiado. Aquellos que tramaban contra él se disgregarían y dejarían de intentar hundirlo cuando le vieran fortalecido y asentado. Con decisión, se encaminó a Brook´s. Grayson esperaba por él, y era su primera aparición pública desde la andanada de embustes publicados.

Algunos le ignoraron, pero no faltaron aquellos que vinieron a él, y por eso llegar a la mesa donde su amigo le esperaba tomó un tiempo, que no desaprovechó. Mostró su faz calma, ridiculizó los rumores y se asombró por la falta de basamento de los mismos, incluso aseguró que estaba en proceso de descubrir a quien tramaba contra él, pero sobre todo, cuando llegaba a su destino, lanzó la novedad.

—Señores, estoy feliz de comunicarles que este ferviente inglés, que ha luchado por su país y detesta las mentiras y a los franceses con igual fuerza, está comprometido.

Hubo rumores y cabezas meneándose en aprobación, y también algunas felicitaciones. Varios nobles le palmearon la espalda, otro le dijeron que era un alivio que demostrara inteligencia y talento político como para distraer la atención pública. En diez minutos había desactivado la desaprobación de sus pares y logrado que no le dejaran solo.

—Buen trabajo—dijo Grayson—. Imagino que la reacción de tu madrastra fue más iracunda. ¿Aceptó tu decisión?

Ambos habían finalmente retornado juntos desde Worcester Manor y habían hablado bastante. Hugh se había abierto un poco más acerca de su pasado y de los abusos físicos recibidos, y Grayson había reaccionado con rabia, para luego hacer las sugerencias de procedimiento que Hugh siguió al dedillo.

—Con gritos al comienzo, pero no hubo demasiado calor en su defensa. Me llamó la atención una de sus frases, al final… No le di importancia, pero me repica en la mente… Dijo algo así como que no creyese que no podían sacarme el título… Alan la cortó de inmediato, no la dejó seguir.

Grayson enarcó las cejas y luego entrecerró sus ojos, pensativo.

—¿Crees que fue una amenaza? Si muero Alan heredará…

—No lo sé… Es curioso el verbo… Sacar.

—Asumí que se refería a cuando muriese. ¿Es posible quitar un título nobiliario? Nunca he escuchado de algo así.

—Mm. No es algo que haya ocurrido en siglos… Recuerdo haber leído que los duques de Norfolk pasaron por ello. Varios de ellos, pero fue el cuarto el que sufrió las consecuencias cuando apoyó a los católicos y a María, en contra de la reina Isabel. En todos los casos fue resultado de traiciones, e involucró la decisión del Parlamento y del Rey.

Ambos quedaron en silencio, y Hugh se removió en su asiento.

—Un rumor no basta para que se establezca una causa.

—No, sin duda que no—dijo Grayson—. No te preocupes, Hugh. Has hecho bien, y el anuncio de tu compromiso debe estar comenzando a rodar. Con cada uno de estos hombres que llegue a su casa y comente, la noticia se conocerá en cada rincón de Mayfair al final del día. Eso ayudará a calmar las aguas, como ocurrió aquí mismo.

Asintió. Así había sido.

—Descubriremos quién está detrás de esto. Tal vez ni tengas que casarte, si lo hacemos a tiempo.

Negó.

—No, ese es un hecho, Grayson. Así se lo dije a Isla, y es lo que quiero.

Grayson lo miró con seriedad no exenta de incredulidad.

—Hablas en serio—dijo entonces.

—Sí. Es una buena mujer, y se ha convertido en una amiga.

—No es habitual que uno se case con sus amigas.

—No. Pero creo que me hará bien, y a ella también.

Más que eso, sus sentimientos corrían más profundo, pero no los tenía tan claros como

para verbalizarlos sin enredarse.

+++

—¡Isla, mi querida niña!—la tía Brodie se le acercó apenas descendió del carruaje, y la envolvió en un abrazo—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—También yo, tía—le respondió, emocionada, dejándose mimar por la condesa de Atholl, la hermana de su padre, que no había perdido nunca el vínculo con ellos y les había recibido y ayudado a cada momento—. Maude y Edward insistieron en que debía quedarme aquí unos días, pero no quiero ser…

—¡Qué gusto! Claro que debes vivir con nosotros unos días. Quiero que hablemos, y Margueritte y Victoria van a estar felices de verte. Han estado muy ocupadas.

—Maude me lo ha contado todo, y me siento muy feliz por ellas, tía Brodie. No merecen menos que esos caballeros que al parecer son tan gentiles y buenas personas.

—¡Isla! ¡Has llegado!

Margueritte llegó a ella y la abrazó, y luego se separó para mirarla, sonriendo.

—Te ves mucho mejor. Ya no se te notan ojeras ni ese halo de tragedia.

—¡Margueritte Jane Atholl!—se indignó la tía Brodie, pero Isla sonrió.

Esto era lo que adoraba de su familia, la sinceridad, en el caso de Margueritte, bastante brutal, pero no podía negar que tenía fundamento.

—Deja, tía, Marguie tiene razón. Es un halago, me ve bien.

—Bonitísima, por cierto. Tenemos que hablar—la tomó del brazo con determinación—. Hay tanto que quiero contarte.

—Pues Isla no se queda atrás con sus novedades—intervino Edward, con una sonrisa—. Ya les dirá. Madre, voy directo a mi recámara. Han sido semanas muy agradables, pero eché en falta mi cama y mis objetos.

—Querido Edward, estás soñando. El conde te espera, quiere charlar contigo de algunos asuntos—Brodie suspiró ante la mueca de fastidio de Edward—. Eres el mayor, y tienes que estar enterado de todo. Es tiempo de que pienses en serio en madurar. Cortejar a una jovencita bonita y con la cabeza bien puesta…

—Oliviaaaa—se elevó la voz de Maude, y Edward la miró muy serio, por lo que se calló.

—Iré al escritorio entonces—resopló—. A imbuirme de las divertidas tareas administrativas y financieras que corresponden a un conde.

—Vamos a la sala, mis muchachas. Quiero que me lo cuenten todo. Han sido muchos días.

Antes de ingresar a la casa, empujada por la energía desbordante de su tía, Isla se detuvo, recordando a Anne. La vio parada junto a la portezuela del carruaje, esperando por su equipaje. Su tía no le había prestado atención alguna, e Isla se sintió mal por su amiga.

No podía entender por qué la cálida y amable tía Brodie trataba a Anne con tanto desapego, cuando no indiferencia absoluta. Cuando estaba cerca, apenas si le dirigía la palabra, como no fuera para ordenarle hacer algo, y se desprendía de ella en cuanta ocasión podía. El tiempo más largo fue cuando la envió a Escocia, y ahora a Worcester Manor.

—Anne, ¿vienes?—le preguntó, y esta pareció reaccionar, y le sonrió, negando.

—Nos veremos más tarde, Isla. Quiero descansar un poco.

Asintió e ingresó a la mansión, y rodeada por las burbujeantes hermanas, a las que se unió Victoria, la mayor, que monopolizó la conversación con las novedades de su compromiso y los detalles de su casamiento en unos meses. Margueritte fue más humilde y sucinta con los datos sobre su cortejante.

La tía intervenía acá y allá, interesada en saber cómo llevaba Nessa su embarazo, además de inquirir por Jhon, así como por su padres, enredando información sobre ella misma y su esposo el conde.

—Madre, respira un poco—dijo Maude, risueña, ganándose una mirada firme que la hizo reír—. Deja que Isla te cuente lo suyo.

—Por supuesto, claro. Dime, cariño, ¿qué es esa novedad?

Isla se ruborizó. Todavía le parecía extraño, casi irreal, a pesar de que el duque de Elywood, Hugh, había sido enfático con ella y sus hermanos, declarando su interés y concretando este en una solicitud de cortejo que tanto Nessa como Jhon aceptaron, la primera a regañadientes, pero sin poder oponerse, porque Isla había proclamado su acuerdo.

—Estoy comprometida, tía Brodie.

Esta parpadeó, y el movimiento de sus ojos fue el único de su cuerpo por un momento, hasta que su boca se abrió y cerró. Victoria y Margueritte lanzaron sendas exclamaciones de sorpresa, y la reacción de las tres fue simultánea, provocando la risa de Isla y Maude.

—¿Comprometida?

—¿Cómo es posible?

—¿Con quién?

—Es… muy reciente.

—¿Es alguien que conociste en Worcester Manor?—inquirió su tía, con cautela.

—No nos digas que has aceptado la propuesta de alguno de los empleados del duque, Isla —Victoria entrecerró sus ojos—. No tienes que asentir ante la primer propuesta, eres una mujer con conexiones, y pese…

—Por favor, querida, no sigas, sueles embarrar las buenas intenciones que te guían con una pésima elección de palabras—advirtió Brodie a su hija Victoria, que suspiró y asintió.

No podía haberse definido mejor la tendencia de su prima a ser poco cuidadosa con su discurso.

—¡Es el duque de Elywood, madre! Él pidió a Nessa y a Jhon para cortejar a Isla.

—¿El duque de Elywood? Oh, Dios…—Brodie se llevó una mano al pecho y tragó saliva —. Hugh Lycombe es un hombre… complejo. Su reputación deja mucho que desear, y en estos últimos días… La prensa ha escrito algunas historias sobre él.

—Las hemos leído, tía. Puras injurias sin fundamento—dijo Isla con pasión, y su tía parpadeó, y bajó la vista, como buscando qué decir.

—No está en mi conocimiento si esto es así, mas… Digamos que es inquietante. Es extraño… Por muchos años se habló de su renuencia al compromiso, su voluntad de permanecer solo. ¿Cómo es que se compromete contigo de manera tan súbita? No me malentiendas, queridísima, es precaución. No tiene que ver contigo.

—El duque es muy agradable y sus modales son impecables. Un caballero, y no se despegó de Isla luego del tercer día. No hubo actividades que no las hicieran juntos, madre. Se notaba que estaba deslumbrado por Isla.

—No tanto así, pero trabamos una bonita amistad—intervino esta, procurando aterrizar la descripción.

Su tía era un encanto, pero también un hueso duro de roer, y si se le ponía entre ceja y ceja que Hugh la lastimaría, haría esfuerzos por separarlos, incluso contra lo que Nessa y Jhon aceptaron.

—Isla, tanto como me gusta verte resplandecer otra vez, y tu faz y postura me muestran que has recobrado energía y voluntad… Digamos que no quisiera que eligieras mal, que aceptaras a tu lado a alguien que no es capaz de sacrificarse y comprometerse.

—Hugh… El duque y yo hablamos con sinceridad. Él desea sentar cabeza y solucionar problemas personales y familiares. Necesita una mujer en quien confiar que le de respetabilidad, eso me dijo. Prometió ser leal y fiel, me dio su palabra de que seré cuidada y protegida, y eso… Eso es mucho más de lo que podía esperar, tía. Me sentía desahuciada.

Los ojos de Brodie se aguaron, y asintió, sin palabras, para luego recuperar la voz.

—Es posible que Hugh Lycombe haya decidido acallar los rumores y eso está bien. Si alguien puede cambiar la voluntad de un hombre tan decidido a mostrarse como un cateto sin moral, esa eres tú. Solo espero que él esté a la altura de tus deseos y necesidades.

—Creo que lo hará, tía—carraspeó, y buscó aligerar el momento—. Dime, ¿crees poder ayudarme con mi guardarropa? No tengo deseos de socializar, no dudo que saldré herida si lo hago, y Hugh me indicó que no lo considera necesario, pero… Se acerca la boda de Bonnie, y…

—Y habrá alguna velada en esta casa, y de seguro en la casa de tu tío Colin—dijo Brodie, e Isla negó.

—No, no iré a esa velada, eso es seguro. Elizabeth lo entenderá.

—Por supuesto—dijo Maude.

—Las facturas de los gastos se deberá enviar a la casa de Francis… Jhon me ha dicho que podemos pagar lo que haga falta de vestidos y accesorios, y …

—No dudo de que Nessa tiene el respaldo necesario, y es bueno saber que el duque de Worcester apoya el vínculo.

—También el de Bristolbridge.

—¿Qué es lo que ambos apoyan?—se escuchó, e Isla parpadeó al notar que el conde de Atholl les había escuchado, y la miraba con curiosidad.

—El compromiso de Isla con el duque de Elywood—. ¿Puedes creerlo?

Los ojos muy abiertos evidenciaron que no, no podía.

—¿Elywood ha manifestado su intención de…?

—Está cortejando a Isla, formalmente—dijo Maude.

—Eso es… curioso. E inteligente de su parte—asintió, luego de considerarlo—. ¿Tú has aceptado? ¿Sabes que es un hombre complicado?

—He aceptado—levantó su barbilla y miró al conde a los ojos.

Intuía que este despreciaba a Hugh, pero había rivalidades políticas en el medio. Su tío era un conservador y no sostenía posiciones favorables a las que Hugh, Francis y Grayson defendían.

—Esta novedad va a correr a toda velocidad. ¿Estás preparada para enfrentar la curiosidad y escrutinio en las veladas a las que concurrirás?—le preguntó, serio, y su mirada fue a Brodie—. ¿Es eso conveniente?

—Le agradezco su preocupación, milord, pero le aseguro que entiendo las implicancias de este compromiso, y no aceptaré las impertinencias de aquellos a los que no debo nada. De hecho, asistiré a muy pocas veladas.

—Ojalá sepas lo que haces, y lo mismo ese mentecato pretencioso—murmuró el conde, que se retiró sin más.

—Mi querido conde no tiene buena opinión del duque, debes disculparlo. Bien, bien, esto es fascinante. ¡Cómo ha pasado el tiempo! Hace poco eran todas tan pequeñas, y hoy estamos organizando compromisos y bodas. Iremos a la calle Bond hoy mismo, sí. ¡Té, por favor!—ordenó, e Isla se alivió.

Esperaba que ella y Hugh pudieran demostrar a los incrédulos o preocupados de su familia, o a las amistades, que su compromiso era en serio y no una fachada. También quería que fuera útil y funcional a Hugh, por supuesto, y ser feliz.

De no tener expectativa alguna había pasado a tener muchas, decidió.

Capítulo 17.

—Sonríe, Isla. Eleva tu cabeza y mira al frente y a mí. No te inquietes por nada. Es un día hermoso, el sol calienta nuestro rostro y esto es más concurrido que los senderos de Worcester Manor, pero podemos disfrutar del mismo tipo de charlas.

Caminaban con morosidad por Hyde Park, una invitación a la que accedió porque quería salir de la casa Atholl, donde el duque era recibido con reparos y reticencia. No esperó que hubiese tantos nobles a esta hora del día y que su presencia levantara tanta curiosidad.

—Hay gente con demasiado tiempo para gastar. Este es un lugar de exposición, como recordarás, así que hagámosle ver que estamos encantados de la decisión que tomamos. En mi caso, es real—aseguró, y le tomó una mano, cortado por el carraspeo detrás. Anne, Olivia y Samuel hacían de chaperones del encuentro.

—También estoy conforme con este compromiso, Hugh.

—Me alegro de que no te hayas arrepentido de tu decisión. Quiero que sepas que mi casa está siendo alistada para el momento en que tomes posesión de ella. Serán tus dominios, y podrás hacer los cambios que desees.

—¿Tu madrastra…?

—Ya no será un problema en ella. Tiene su nuevo hogar y una pensión sustantiva, como Alan. Este, en lugar de agradecer que no le denunciara y que le adjudique una suma anual más que generosa, ha redoblado esfuerzos para denostarme y acercarse a mis detractores. Uno de los hombres que Grayson contrató para seguirle nos lo confirmó.

—Es tan triste. ¿Qué pretende…?

—Creo que no razona bien, y le manipulan con la posibilidad de que pueda obtener mi título. Y es tan tonto, además de que está hundido por sus malas decisiones económicas, que no se da cuenta de que una vez se aprovechen de su eventual utilidad, le quitarán del medio.

—¿Quiénes son esos seres tan siniestros?—se estremeció ella, y Hugh se detuvo y se dio la vuelta para mirarla con atención.

—Uno de los investigadores que contraté cree haber identificado alguno de ellos, y prometió que nos lo hará saber apenas tenga pruebas concretas. No veo la hora. Los ataques en la prensa son demenciales, y han comenzado a permear el ánimo de algunos whigs, así como son la munición con la que los conservadores me atacan en el Parlamento. He podido desarmar algunas acusaciones con pruebas. Hay insistencia en derramar rumores sobre mi presencia en garitos y lugares de apuestas, pero Grayson tiene mucha influencia con la policía y los bajos fondos, y está contrarrestando fuego con fuego. En estos momentos, hay una guerra de noticias y rumores falsos involucrando a buena parte de la cúpula de los tories.

—¿Crees que está teniendo el efecto deseado? Me refiero…

—¿El mostrarnos paseando por aquí, por la calle Bond o Regent, o tomando café en un local? Creo que nos muestra cercanos y afirma el rumor ya extendido por todo Mayfair acerca del compromiso entre el libertino más grande y la escocesa marcada.

Ella parpadeó.

—¿Así me llaman?

—Así nos llaman. Es una manera de darnos entidad, y nosotros responderemos ignorándolos—Hubo un silencio largo, y luego vino la pregunta—. ¿Crees que podrás con esto?

—Esto no es nada preocupante. No es cómodo, pero… Mi cabeza era una zona mucho más intensa meses atrás.

—He hablado con Francis y Nessa. Ellos creen que mi oferta de realizar la boda luego de la de Bonnie es adecuada. No llevará mucho tiempo de organización, considerando que nuestros invitados serán pocos. Eso si tu acuerdas.

—Sí. No tengo mucha gente para invitar, salvo la familia.

—Pues en mi caso, es más reducido aún. Será bonito, lo verás.

+++

—El señor Perkins me asegura que el vizconde de Goderich es la persona detrás del complot—dijo Hugh, apretando las mandíbulas.

Estaban sentados en el club un día después de una agitada reunión en el Parlamento que había encendido los ánimos y en la que los insultos habían dejado de ser velados.

Amigo de la plebe y las malas costumbres.

Libertino, deja a su familia en la calle y expuesta a la miseria.

Cuidado con sus pasos, dicen que se ha acercado a Santa Elena, y su amor por Bonaparte será su perdición política.

No les había dado cuartel entonces. Les había tirado al aire las acusaciones de complot contra él. Había hecho saber que sabía de buena fuente que lo querían hacer caer con la acusación de traición. Había expuesto la que creía era la trama destinada a quitarle lo que era suyo.

No importaba que no hubiese podido enrostrar los nombres de los líderes a los que fingían furia y le acusaban de mentiroso. Les dijo que era cuestión de horas el que atraparan a los lacayos que delatarían a los jefes, y el escándalo sería grande.

Lo habían pensado bien, él y Grayson. Agitar el avispero, eso debían hacer, para provocar movimientos que delataran a los cabecillas. Y había funcionado. El investigador tenía nombres.

Su furia y urgencia había sido acicateada por el uso que se había hecho del nombre de Isla, y las barbaridades que habían comenzado a publicarse sobre ella. Estaba claro que habían querido contrarrestar el positivo impacto de la noticia de su compromiso con basura, creando

nombres terribles para su bella prometida, acusándola de connivencia y pantalla de un duque, cuestionando su integridad.

Isla nada había dicho, pero él supo que se enteraba, y le rebeló que debiera pasar por ello. Por ello había enviado abogados a las imprentas más conocidas y a los responsables de los periódicos, en una medida que buscó ser ejemplarizante.

Este tipo de sanguijuela solo entendía de dinero, y aleccionó a los notarios para que fuesen contundentes con sus amenazas de encerrar, encarcelar, arruinar económicamente. No había arma que no usaría para proteger a Isla.

<<Desde el momento en aceptaste ser mi prometida, te convertiste en mía para cuidar y proteger, Isla. Voy a hacerlo con todo lo que tengo,>> le había dicho, y la había besado con suavidad, gozando del contacto firme con sus pulposos labios.

Boca que no le cerraba entrada. No, ella respondía con entrega, con pasión, cada vez que él robaba esos besos, o los toques suaves en su cuello de seda, o los abrazos que la llevaban contra su pecho. Y robar era la definición correcta, porque Brodie primero y luego Nessa, parecían dragones guardianes de un tesoro. No que él discrepara.

Por ella, su defensa había pasado a ser ataque. Que se metieran con él, que procuraran destruirlo, era comprensible. Era un escollo, un problema, un revoltoso entre los nobles. Para los ultraconservadores, de donde él creía que venía el golpe, era alguien despreciable que renegaba de su clase para favorecer a la plebe. Pero que fueran contra una mujer, y en especial contra Isla, era imperdonable.

—El vizconde de Goderich—barruntó, y miró a Grayson—. Ese asno… No es extraño. Es un ortodoxo a ultranza. Un hombre que siempre ha estado en las antípodas de lo que defendemos y planteamos.

—Incluso lejos de algunos de sus colegas. Su discusión con Wellington fue legendaria, y este barrió el piso con él—dijo Grayson—. Por otro lado, es muy amigo del…

—Conde de Alastair, sí—asintió Hugh—. Por él debe haber llegado Alan a esa basura de Goderich. Debe haber algunos más.

—Probablemente. Si lo que desean es la locura de un juicio político, necesitan….

—Más votos.

—Por fortuna, creo que las olas que han hecho van amainando—afirmó Grayson.

Eso esperaba. Ya eran varias semanas de inquietud y ataques. Debía parar, y entonces, podría enfocarse en analizar mejor su vida, sus posturas, su relación con Isla y lo que quería de esta. Con esta.

+++

—Temo tropezar en uno de los giros y hacer el ridículo—dijo Isla, mientras se sentía mecer en los brazos fuertes y protectores de Hugh.

Este sonrió y negó, y continuó guiándola con exquisita precisión hasta que la danza murió, y la tomó de la mano para acercarla al sitio donde sus primas y hermana se ubicaban. La boda de Bonnie Worcester estaba en su apogeo, y la mansión brillaba como una gema.

Al menos ciento cincuenta invitados disfrutaban de una fiesta maravillosa e Isla había pasado de estar muy ansiosa y hasta preocupada, a sentirse en ascuas y urgida. Habían sido días intensos los que se sucedieron desde que volvió de Worcester Manor.

A su estadía corta con su tía y primas, que la ayudaron a elegir nuevo guardarropa y disfrutar de su familia en Londres, le sucedió su ubicación en la mansión Worcester, que se preparaba para esta boda.

En este sitio volvió a conectar con la rutina de las convenciones y tradiciones de la nobleza inglesa, y aquí también recibió a Hugh cada día. Desde aquí fueron a Hyde Park, o a la calle Bond a tomar café o comprar un sombrero, pañuelo o libro, lo que fuese que les permitiese estar relativamente solos y conversar con avidez.

Ella le echaba de menos cuando no le veía, se preocupaba por él y las luchas en varios frentes que encontraba. Cuando él estalló por los ataques periodísticos que la tomaron como blanco, Isla se había sentido envuelta de cariño y protegida a un nivel desconocido.

La intensidad de sus sentimientos se acentuó, y la convicción de que resistiría lo necesario si el premio eran él y un futuro juntos, la hizo relativizar los insultos. Lloró, sí, por supuesto.

Se volvió a mirar al espejo y a cuestionarse. Hubo horas en que se entristeció, pero de esas emociones se recuperó rápido cada vez. La sacaron de ellas el roce de sus labios, sus yemas en su piel, la caricia leve a sus cabellos. Las palabras suaves y de estímulo. La convicción de que él realmente la creía bonita, inteligente, suya para desposar.

<<*¿Estás bien, Isla? ¿Es esto lo que quieres? ¿Estás segura*?>> le insistió Nessa, y ella asintió cada vez.

<<*Sabes que vendré como el viento al rescate si es necesario*>> le dijo Jhon antes de irse, y le tranquilizó, y le hizo prometer que retornaría con sus padres para su casamiento.

No era necesario que la rescataran. Del pozo al que había caído la habían sacado la ayuda de su familia, su propia rebeldía, y sobre todo la convicción de que había futuro en este hombre y en lo que sentía por él.

Lo quería. Lo quería, se repetía, sin vergüenza, y sabiendo que él tal vez no le devolvería el mismo sentimiento.

Nos queremos juntos por distintos motivos. Es desigual, desparejo, pero no importa. Lo amo, y él me tiene cariño. Me desea, y creo que yo también, a pesar de mi inexperiencia. Somos buena compañía. Su soledad se regocija con la mía. Una vez que la maldad que impulsa los ataques contra él sea controlada, haremos crecer una familia.

—Oh, Isla, ¡qué bonita está Bonnie!, ¿no lo crees?—dijo Olivia—. Piensa que en poco tiempo, tú estarás atravesando por lo mismo.

—Bonnie está bellísima, y tú igual, Olivia. La mía será una boda más sencilla, por cierto.

Hubo algunos resoplidos y risitas detrás suyo, que ignoró, y cuando Olivia desorbitó sus ojos, le hizo un leve gesto para que no demostrara agravio por ella.

—Aunque la mona se vista de seda… El duque de Elywood está desesperado, eso está claro—escuchó—. Tan desagradable, ese rostro…

—Es la odiosa de Rosie Beauchamp, la hija del marqués—susurró Olivia, y luego elevó su voz, fingiendo horror—. ¡Es increíble que hable así alguien que tiene los dientes como un caballo y el cabello tan pajizo como las matas secas de las tierras afectadas por la sequía!

Isla no pudo evitar sonreír, y sentir satisfacción cuando escuchó la airada exclamación detrás, y se dio vuelta para presenciar la retirada. Sonrió a Olivia, que levantó su copa, satisfecha de sí misma. Sí, estaba protegida, pensó.

Los Worcester, sus primos Atholl y Argyll, Grayson James y su familia, que conoció hoy, y Hugh, en especial Hugh, habían sido escudos toda la noche. ¿Qué podía afectarla?

El sonido del clavicordio se esparció, y entonces fue momento de Anne para conquistar. La mano suave envolviendo su muñeca la sobresaltó, pero era Hugh, que la miraba con intensa concentración, y le sonrió.

+++

—Isla, te espero en el jardín.

Ella asintió y dejó que se adelantara, mirando alrededor y bebiendo de su copa, focalizando en la pista. Luego del que consideró un tiempo prudencial, se movió con calma hasta que sus pasos la llevaron por el pasillo menos concurrido, y por este derivó a la zona norte de los jardines, donde solían reunirse.

Hugh se veía tan… Excitado. Sus ojos la devoraban, no podía describirlo de otro modo. Él estuvo a su lado de una gran zancada, y tomó sus manos, que besó con suavidad, y luego usó para tironearla hacia él.

—Hermosa y mía—susurró, y ella se estremeció.

Envolvió la base de su cabeza con cuidado y la atrajo hacia su boca, que besó con pasión, y luego abandonó sus labios para deslizarse por su rostro: mejillas, mandíbula.

Ella se sintió invadir por el calor y el deseo, pero no estaba tan perdida como para ignorar el lugar, el momento. El contacto físico entre ellos se había vuelto habitual, explorando sus labios y acariciando sus rostros, sus brazos, pero lo que veía en los ojos de Hugh hoy era deseo desinhibido.

—Nos van a ver, Hugh.

—Sí… Ahhh, bonita, hay momentos en que el deseo de tenerte entre mis brazos me hace

perder el foco. Deseo… más.

—También yo—le aseguró—. Vamos a mi habitación, será lo mejor. Si alguien nos ve aquí será para aumentar tus problemas.

¿Atrevida? Sí, tal vez, pero no importaba. Ella sentía que lo que pasara entre ambos hoy, mañana, no cambiaba las cosas. No la hacía impúdica, ni a él poco honorable. Si sus ojos había dejado de ser amistosos hacía mucho. Se miraban con necesidad.

Ella dio la vuelta y tomó destino a su habitación. Los pasos detrás determinaron que la seguía, y fue tan sencillo como dejar la puerta abierta para que él ingresara a sus dominios más privados. Y se sintió bien verlo allí.

—Isla…—susurró, y la abrazó, besando su clavícula, su mentón, sus labios. Una mano se colocó sobre sus senos y ella cerró sus ojos, vibrando. Estas eran sensaciones nuevas, y las quería, las necesitaba.

—Dime si deseas parar…

—No.

Sus labios siguieron dejando marcas candentes en su rostro, cuello y pecho con una lentitud maravillosa. Isla gimió sin poder controlarse. Sentía que no reconocía su cuerpo, que parecía gritar por el de Hugh.

La dureza de su pelvis contra su cadera se sentía extraña, pero incitaba su curiosidad de manera perversa. Sus manos picaban por tocarlo, por recorrerlo con sus yemas, deleitarse con su piel y con su miembro.

Nunca había pensado que la intimidad con un hombre sería tan conmovedora y la haría sentir con hambre. Entendía en este momento por qué la presencia de chaperonas era tan necesaria.

Cuando había atracción e interés mutuo estas sensaciones podían ocasionar problemas serios. Ella estaba en uno: no podía dejar de jadear, su cabeza estirada disfrutando de esa lengua que trazaba el largo de su cuello e iba hasta la misma hendidura entre sus senos.

—Tus senos… Llenos, tan blancos…—murmuró—. Me provoca devorarlos…—Su mano habilidosa lidió con la parte superior de su ropa, su boca abierta era como la de un pájaro en procura de comida, y cuando se cerró sobre uno de los pezones, Isla echó su cabeza atrás con un gemido alto e incontrolable, que no hizo sino convertirse en cántico cuando él succionó y acarició con la punta de su lengua.

—Más…—le urgió, sin detenerse a evaluar cuán necesitada sonaba.

—Sí… Más…—contestó, y se movió para sentarse en el borde del lecho, abriendo sus piernas para colocarla entre ellas y tener acceso más cómodo a sus pechos, que hostigó, acarició y provocó con labios, lengua, yemas.

Isla se convirtió en una mujer sin control, guiada por impulsos que eran como pinchazos

que partían de sus corolas y viajaban a su vientre y de allí a su intimidad, que se humedecía más y más.

Esto era enloquecedor, maravilloso, pecado sublime, y quería más, más. Hugh no paró, una de sus manos ahora trabajando para deslizar su vestido y demás al piso, dejándola desnuda, pero sin regodearse en ello, porque era pura acción.

Su mano estaba en este instante colocándose firme sobre el triángulo de su pelvis.

—¿Puedo tocarte aquí, hermosa mía?

Ella dejó escapar un sí que fue casi un suspiro, y los dedos de Hugh juguetearon con el vello que cubría su coño, y luego viajaron, muy lento, mientras él la observaba, bebiendo de sus reacciones.

Pronto estuvo sobre lo único todavía intocado del cuerpo de Isla, y una de sus manos presionó el vértice de sus muslos, justo donde ella sentía que le dolía y le urgía.

El sonido de encantada aprobación que él dejó escapar cuando sus yemas se insertaron entre los pliegues de su coño no hizo nada para aplacar a Isla, que abrió sus piernas en desvergonzada aprobación y demanda.

Fuego, eso la recorría, y no quería nada que apagara estas sensaciones únicas.

—Ah, Isla… Tan húmeda. Me estoy volviendo loco de ganas de probarte—jadeó él, y le encantó percibir lo afectado que estaba él.

El libertino, disipado y cínico hombre del que hablaban los libelos la miraba con hambre, pero también con reverencia. Ella se elevaba con cada caricia, con cada beso de esa boca que no paraba y asediaba su torso y su cuello, sus labios.

Los dedos callosos se sentían suaves y lentos sobre su intimidad, y ella temblaba y se mecía al compás de la excitación más grande que hubiese sentido jamás.

—Nadie te ha tocado aquí, solo yo—dijo, su voz misma como el pecado, grave, baja, pegada a su oído.

—Solo tú—afirmó, dejándose llevar por sensaciones abrumadoras, desconocidas, divinas. Cuando él tocó un punto pequeño, como una pequeña bolita, cada nervio de su cuerpo lo sintió, y jadeó, abriendo su boca y fijando sus ojos grandes en él.

—El clítoris, el lugar más placentero de una mujer. No dejes de mirarme, Isla—comandó, sus ojos brasas—. Mírame, porque esto que vas a vivir… Soy yo, Hugh, quien te lo brinda.

Isla temblaba, sacudida por oleadas de placer desconocido, y se apoyó sobre sus hombros, temiendo caer. Entonces pareció que algo se desataba en su bajo vientre, una vibración monstruosa al compás de esos dedos que no la dejaban de tocar y esa boca succionando su pezón.

Gritó sin control, pero él la silenció con un beso tórrido, y la apretó contra su pecho, de manera que las convulsiones de placer morían en su cuerpo. Gimió mientras el remanente de la

explosión se agotaba, y entonces, fue consciente de que él se había incorporado y si su miembro tenso se apretó contra su estómago, él se limitó a susurrar palabras dulces en su oído, y a besarla con suavidad.

Isla no había encontrado palabras todavía cuando él finalmente le dijo:

—Maravilloso. No había presenciado algo tan hermoso.

Apoyó la mejilla contra su pecho, y mientras recuperaba el aliento, algo en lo más profundo de su ser la instó a atreverse. Él era su prometido, no la traicionaría, no la abandonaría, lo creía un hombre honorable y lo deseaba.

Por ello, se atrevió a lo inimaginable para una mujer que se preciara de decente. Sus manos se deslizaron por el vientre de Hugh, hasta su abultada erección y lo acarició a través de la tela.

—Isla…—jadeó él, y su excitación pareció crecer bajo la palma femenina—. No es necesario… No tienes que hacerlo, no pretendo que …

—Quiero. Quiero esto. Confío en ti—susurró con una voz que casi no reconocía como suya—. Lo que tienes para darme, lo tomaré.

—Oh, joder…—boqueó él—. Estoy tratando de ser un caballero, de cuidarte… Pero te deseo, Isla, no tienes idea…—murmuró.

Ella se hizo un arco contra él, frotando su intimidad contra el que parecía un barrote de hierro candente.

—Deseo tocarte. Déjame ser osada.

Él se movió como un rayo para quitar lo que era barrera entre ambos, y cuando lo tuvo desnudo ante ella, no pudo reprimir un sonido de admiración ante el cuerpo prieto de muslos poderosos y caderas angostas, y sobre todo, un miembro que era tanto intimidante como atractivo.

Las manos de Isla actuaron con voluntad propia para adorarlo con su tacto. La suavidad de su polla era extraña, y el color de un iracundo rojo en la cúspide del grueso falo llamó a sus ojos.

La yema de su índice rodeó la cabeza y esparció la cremosa humedad, y luego su mano envolvió el largo sin apretar, y movió arriba y abajo, deslizando la piel extra. Él echó su cabeza atrás y graznó…

—Oh, joder, Isla… No sabes lo que me haces… Te deseo tanto, tanto… Pero no quiero apresurar nada, no sientas que…

Su reticencia, que Isla sabía era muestra de su preocupación por cuidarla, le pareció tierna y añadió más a la creciente convicción de que este era su hombre, el que había soñado. Mas no era necesario que él la resguardara de sentirlo, de hacerlo vibrar, porque ella quería conmoverlo tanto como él lo hizo minutos atrás.

—Isla, oh, Isla…—murmuró él con voz ronca, y ella no cejó en la íntima caricia, hasta que le vio temblar y perder compostura.

Entonces, él se movió y la arrastró con él, colocándola sobre el lecho y abriéndole las piernas en V, y se tendió sobre ella, haciendo que su miembro se deslizara sobre el coño, de manera que las dos humedades colisionaron y se extendieron, y la íntima caricia de sus intimidades les hizo enloquecer y perder registro de nada que no fuese el alcanzar completitud.

—Voy a entrar en ti, Isla, a menos que me digas ahora mismo que no quieres—susurró, mordiendo su labio inferior, y ella negó.

—Hazlo. Quiero que me hagas tuya. No he querido algo tanto—se le quebró la voz.

Isla se estremeció y se aferró a sus hombros en busca de fuerza, perdiéndose con cada embestida de su lengua y cada caricia de su virilidad. Hugh dominó su boca y su cuerpo hasta ponerla al límite, y solo entonces, su miembro se colocó en su entrada y con suavidad se coló en su interior.

Le sintió a cada centímetro, él pugnado por abrirse paso en su apretado canal, y ella gimió y jadeó, abriendo más sus piernas, procurando hacer lugar para él. Oleadas de éxtasis la inundaron, transformándola, volviéndola liviana, y cuando el dolor llegó, fue tan breve que lo ignoró, porque de inmediato fue seguido de delirio.

El grito de Hugh que anunció la descarga la conmovió y cerró los ojos, dejándose llevar por él, estremecida. Sus cuerpos vibraban en la misma sintonía, e Isla se llenó de esperanza. El suyo sería matrimonio que surgía de la necesidad, pero se construiría sobre la amistad y la pasión.

+++

Hugh miró el rostro de Isla, que dormía a su lado con placidez, envuelta por su brazo derecho. La suave luz de las velas se reflejaba en la piel tan blanca como algodón y parecía levantar iridiscencias, que se repicaban en su cabello suelto y desparramado sobre la almohada y el pecho del propio hombre.

Tomó un mechón entre sus dedos y apreció su suavidad, mientras su mente repasaba en un bucle exaltado los momentos que acababan de vivir. Volvió su mirada a ella, y se movió para quedar sobre un lado, sin quitar el apoyo de su antebrazo a la cabeza femenina, que apenas si se removió.

Agotada, saciada, pensó, y su miembro intentó reactivarse, incitado por el eco de las emociones que lo embargaban. Cuando pensó en comprometerse con ella, su impulso estuvo hecho en gran parte de interés y necesidad de tener a su lado a alguien que le ayudara a crear imagen de hombre asentado y construyendo una familia.

Sí, también lo guio la convicción de que ella era adorable, dulce, y que había un vínculo y una conexión que les ayudaría a sobrellevar el matrimonio si no surgía algo más.

Hete aquí que había sido así, y lo surgido era… increíble. Una relación amigable y aceptable acababa de convertirse, en virtud de la lujuria compartida, en una donde la pasión física era un componente monumental. Cada segundo con esta mujer había sido un torbellino de sensaciones que lo dejaban sin aliento.

No había estado ciego, claro que sus ojos habían catalogado sus curvas y su talle debajo de sus vestidos. Fue de las primeras cosas que le atrajeron, el año anterior. La razón por la cual la había invitado a danzar una y otra vez cuando coincidían.

Pero apreciarla en su rotunda desnudez, ver cómo su piel se teñía de rubores y sus pezones se endurecían por el frio, y luego por la excitación… Tocar esas curvas, delinearlas, besarlas, era una experiencia de elevación.

Había despertado en él un deseo tan voraz que apenas pudo contenerse. Su vulnerabilidad y belleza lo habían desarmado y la conexión que sintió fue profunda y casi primitiva. Su boca había catado, sorbido, mordisqueado, paladeado… Esa piel…

La volvió a acariciar ahora mismo, su dedo recorriendo el hueso protuberante de su clavícula. Los labios estaban un pelín hinchados, observó, y no era extraño, porque se habían cansado de besarse y encenderse.

Se estremeció, y tragó saliva con lentitud. Que esta escocesa le entregase su virtud con la confianza, la convicción y la pasión que lo hizo lo abrumaba y lo llenaba de una emoción que no lograba definir. Hugh no había tenido a nadie que creyera en él de manera tan ciega, tan pura, y eso era impagable.

No merecía a Isla Campbell, eso era seguro, pero la necesitaba, la deseaba. Lo único que haría que la dejase sería el verla sufrir por su culpa. Resarciría sus debilidades para estar a su altura. La protegería de los que querían verlo sufrir y caer.

Ella le daba fuerzas para alzarse contra su madrastra, contra Alan, y cualquier otro que pretendiese afectarlo. Ella era su nueva, inesperada y sublime razón para vivir con ganas.

Hugh había vivido con velocidad, buscando causas que apoyar, banderas que levantar, pero había estado vacío. Solo, con excepción de sus amigos. Amargado detrás de su fachada con una sonrisa cínica eterna. Esperando recibir dádivas de comprensión y aprecio de quienes mantenía y eran la familia que su padre eligió y le legó.

Era curioso cómo el tiempo y el destino lo cambiaban todo, y colocaban en su lugar las cosas y personas. Tiempo atrás, cuando conoció a Isla, no había estado listo para ella. Pero esta vez… Esta vez sí, pensó con intensidad.

El sonido de sus gemidos era algo que no olvidaría. La forma en que su cuerpo frágil y curvado se había arqueado contra él, la manera en que lo había tocado, explorando su anatomía con una curiosidad apasionada que mostraba a las claras la inexperiencia…

Había sido fuerte, intenso, y tanto como la deseó, y la deseaba, esto se enredaba con

ternura y la necesidad de protegerla y adorarla. Saber que él era el primero y el único que la había tocado, que había accedido a sus lugares más íntimos y recónditos era un privilegio que atesoraba. Cada sonido, cada susurro, jadeo, gemido, había sido una melodía que tocó las fibras más profundas de Hugh.

La muda respuesta positiva cuando él le preguntó si podía tocar su intimidad fue significativa: la mirada fija en él, la confianza y la entrega de sus ojos le habían dado una sensación de poder y responsabilidad.

Esto era un regalo que no tomaba a la ligera. Cuando ella alcanzó el clímax su cuerpo estremecido y convulsionado por el orgasmo se sintió como magia. Se había aferrado a sus hombros confiando en que no la dejaría caer. Su nombre pronunciado por esos labios femeninos y en ese tono roto lo llevaron al abismo.

Le resultó difícil mantener el control y luego fue tarea imposible. ¿Cómo resistir a Isla tocando su vientre? ¿A sus manos pequeñas y suaves deslizándose y apretando su erección en un acto de valentía y deseo que le pareció adorable?

Fue un punto de no retorno y los susurros de confianza y deseo sellaron el destino y les llevaron a unirse de la manera más pura y completa que un hombre y una mujer podían. No mintió cuando dijo que ella en su orgasmo era de las imágenes más hermosas que había visto.

En este instante, con ella a su lado, volvió a repetirse una promesa que estos días parecía repiquetear en su cabeza: la haría feliz a como diese lugar. Sería un esposo abnegado, respetuoso y apasionado, y le daría lo que deseara.

Esperaba que fuese suficiente para una mujer que valoraba el romance tanto como sus lecturas sugerían.

Capítulo 18.

Isla se volvió consciente de su entorno con lentitud, su cuerpo laxo y descansado. Había sido una noche maravillosa, única, especial, y si Bonnie había sido la protagonista de la fiesta, como debía ser, no creía que hubiese estado tan feliz como ella.

Hugh había sido lo que había esperado y fantaseado, y más. La había hecho sentir bella, deseada, saciada, y si enrojecía al recordar sus sonidos y la manera descarada en que se entregó a él, sin dudas, no era por arrepentimiento.

Si, a los ojos de muchos estaría manchada y su virtud por los suelos, pero Isla sentía que esta noche había sido la versión libre y honesta de sí misma, la mujer recuperando su identidad y revelándose, tomando lo que quería.

También había conocido una faceta nueva de Hugh y de ambos juntos que era exhilarante. En su mente y con su cuerpo había sellado la entrega de su corazón al duque de Elywood, y confiaba en que él lo cuidaría como el frágil colibrí que aquel era.

El golpe suave en la puerta anunció a una de las doncellas que llegaba con agua tibia y la información de que el té sería servido en breve. Se alistó con calma, mirándose en el espejo mientras cepillaba su cabello, ese en el que Hugh había enredado sus dedos.

No parecía que hubiese cambiado, y de hecho, la cicatriz estaba allí, destacando incluso un pelín más sobre la piel pálida de su mejilla. No la inquietó ni rebeló. Había hecho la paz con esta marca, y día a día la aceptaba un poco más.

Le importaron sus ojos, que brillaban con emoción. Le gustaban sus labios, que guardaban la memoria de los besos en su leve hinchazón. Su piel debía tener impresas las huellas de Hugh y la idea la entibiaba. Se estremeció, tocando luego su boca, perdiendo su mirada en el vacío, llenándose de memoria.

Su vida había sido un vaivén de sensaciones y emociones en los últimos dos años. Del entusiasmo y la esperanza que sintió al llegar a Londres para su debut social al dolor y la desesperanza, en la que estuvo demasiado tiempo perdida. De esta se arrancó al volver a Inglaterra, y hoy… Este día era el pico de felicidad y cambio.

Lo que vendría parecía maravilloso, lo sentía casi en la punta de sus dedos, más y más cerca en la medida que Hugh solucionaba sus problemas y enderezaba su vida para recibirla en ella y convertir sus sendas en una.

Con una sonrisa en sus labios y su paso liviano ingresó a la sala, donde ya Olivia, Nessa, Francis y su madre tomaban té y charlaban. Las voces eran medidas y los rostros mostraban los rastros de la noche.

Habían dormido algunas horas, pocas, porque la fiesta se extendió hasta muy tarde en la madrugada. Los bostezos se mezclaron con los comentarios, y algunos chismes emergieron, a los

que Isla prestó escasa atención, su mente volando a lo que había sentido y vivido en su lecho y con su prometido.

—Excelencia, el duque de Bristolbridge ha llegado, y desea hablar con usted y con la señorita Isla—escuchó la voz del mayordomo y volvió su mirada al hombre, desconcertada.

—Eso… es inusual—murmuró Francis, apretando sus labios, y se incorporó.

Ella parpadeó, y la convicción de que algo andaba mal se le hizo cierta y le cerró la garganta. Tenía que ser Hugh… Lo otro en común que ella y Francis tenían era Nessa, y esta les miraba con el ceño fruncido, ajena a lo que ocurría, y era claro que se sentía molesta por ello.

—Acompáñame, Isla. No le hagamos esperar. Grayson no estaría aquí tan temprano y en persona si lidiase con una situación que solucionaría con el envío de una nota.

—Tan atípico—escuchó que decía Olivia, y sus nervios aumentaron.

Francis caminó adelante con decisión, y la esperó con la puerta de la biblioteca abierta, que cerró apenas pasó. Grayson James estaba parado con sus piernas abiertas mirando al jardín, sus brazos en la espalda baja, muy tieso. Al darse la vuelta, su rostro tenso y lo apretado de su boca no anunció nada bueno.

—Grayson…

—Shelby Darsey está muerta. Asesinada. Uno de mis informantes la encontró hoy temprano en su casa.

—¡No puede ser, joder!—Francis elevó la voz y dio un puñetazo en la madera de la pared, e Isla se sobresaltó.

—Mac la siguió a su casa anoche, y el guardia de la noche no vio nada extraño, pero puede haber dormitado. No le conozco. El caso es que Mac retornó en la mañana y algo no le sonó bien. Shelby se movía temprano a hacer sus compras y tenía una rutina, que hoy no cumplió. Se coló en su casa. Apuñalada en su lecho.

—Esto es grave—murmuró Francis, e Isla parpadeó.

¿Shelby quién? ¿Debería conocerla? ¿Por qué parecía que era un problema tan grande? ¿Qué hacía ella aquí? No entendía, salvo que lo relatado era horrible. Una mujer había sido asesinada con cruda vileza. Era tan triste.

—Esto es una complicación superlativa. Hugh… Él se fue temprano anoche, y los tiempos parecen coincidir. El lugar donde vivía esta mujer no es lejos de aquí. Y lo que se comentó anoche se considerará causa obvia.

¿Lo comentado anoche? No entendía. ¿Qué tenía que ver Hugh con esa mujer, la muerta? El frío se volvió más y más presente en su cuerpo, y se envaró, sin poder moverse o hablar, como una muñeca.

—Buscan inculparlo. Debió estar todo planeado al detalle, no hay coincidencias aquí—dijo Francis, e Isla sintió un escalofrío recorrerla.

¿Culpar a Hugh? ¿Por qué? ¿Quién era esa mujer en la vida de su prometido? Pero él… ¡Hugh no mataría a nadie! Salvo cuando tenía que ver con la supervivencia, en batalla, o en un duelo. Se aturdió, la incertidumbre mezclándose con el miedo y los celos. ¿Quién era esa Shelby para Hugh?

—Cuando descubran el cadáver…—dijo Grayson.

¿Cómo? Pero…

—¿Es que quien la encontró no dio aviso a las autoridades? Esa pobre mujer…—se llevó una mano a la boca, incrédula.

Esto era cruel, desafiaba toda lógica.

—Mac no podía hacer nada por ella, Isla, y mi informante no es un miembro destacado de la sociedad—Grayson se acercó a ella y le habló con suavidad, su rostro gentil—. Habría sido cuestionado, y tal vez culpado en el sitio, sin más. Hizo lo astuto, y con eso nos compró tiempo. Tiempo que vamos a necesitar para pensar en la defensa de Hugh, en una coartada.

—Él estuvo conmigo anoche. Los invitados le vieron. Bailamos, estuvo a mi lado.

Francis carraspeó, y Grayson miró hacia otro lado. Notó la incomodidad de ambos, y supo qué querían preguntar, mas la prudencia los frenaba. No iba a detenerla a ella, no. No le importaba qué pudiesen pensar sobre su moral, o la falta de ella.

Si Hugh necesitaba que el mundo supiera que habían estado juntos y a solas esa noche, Isla lo gritaría con orgullo y sin pensarlo.

—Él…

—Estuvo toda la noche a mi lado, ese tiempo que desapareció—miró a Francis a los ojos, y este asintió, y luego suspiró.

—Nessa va a matar a Hugh.

—Nessa no va a hacer nada. Él es mi prometido, y yo soy una mujer adulta que no necesita que peleen sus batallas.

—Isla…—Grayson carraspeó—. Tú estuviste sola la última parte de la noche. Hugh se fue más temprano que el resto de los invitados.

Ella palideció. Sí, eso era verdad. Después de… del acto, habían vuelto al salón, mas… Recordó que él había charlado con algunos hombres mientras ella estuvo con Nessa y Bonnie, enterándose de sus planes de viaje.

—Oh, Dios—susurró—. Pero, ¿por qué alguien creería que él…? ¿Quién es Shelby?

La puerta se abrió con fuerza y Hugh ingresó con su rostro descompuesto. Miró a Grayson y luego a ella, y de vuelta al duque:

—¿Es cierto? ¿Está muerta?

—Así es. Su cuerpo no ha sido descubierto, pero lo será. Quien la mató se va a encargar de ello, a la brevedad.

—Me van a acusar, es su objetivo. Las mentiras que esparció sobre mí serán vistas como la causa, y su muerte como mi forma de quitar testigos del camino. Por ello anoche su nombre fue mencionado con tanta fuerza—se percató, la amargura de su voz la entristeció.

Parecía cansado, agotado de tolerar, y la miraba con tal desesperación que el corazón le sangró, y fue a él, tomando sus manos.

—Eso creemos. El que esté detrás de esto te vigila y preparó esta jugada—dijo Francis—. ¿Con quién hablaste de esto anoche?

Él hizo memoria.

—Con el barón Willis y el conde de Atholl. Ambos sacaron el tema, el segundo muy molesto, por cierto—miró a Isla—. Me intimó a dejarte, por cierto. Dijo que manchaba a su sobrina con mi perversión.

Isla se encogió, furibunda con el estirado esposo de su tía Brodie. Él apenas se percató de su presencia o la hizo sentir cómoda alguna vez en todo el tiempo que pasó en su casa, ¿y ahora se presentaba preocupado por él?

—¿Alguien más?

—No sé… El grupo de March, Prude y el marqués Bonesville. Ninguno de ellos tiene nada contra mí, salvo inquinas deportivas o financieras. Nada grave.

—Es inútil inquirir sobre el origen de un rumor. Este nace y crece con velocidad y fuerza, y adquiere vida propia. El problema que tenemos es asegurar que tienes coartada para cada momento de la noche.

—Estuve aquí, ustedes me vieron—protestó, las manos en alto—. También los demás. No mataría a una mujer, así fuese mi enemiga más odiada, ustedes lo saben…—los miró con seriedad, sus ojos más grandes, intensos al fijarse en cada uno de ellos, y en especial en ella—. No pueden creer que yo…

Isla negó con énfasis. No, no creía que él fuese capaz de algo tan vil.

—Te creemos, Hugh. Cálmate, no te inquietes. Estamos contigo—le aseguró, yendo a él y tomando su mano.

Él asintió con desmayo, y miró a sus amigos.

—Mira que eres cabrón. No hay duda en nosotros, Hugh, lo que hay es urgencia. Tenemos que tener cubierto cada minuto de tu noche con testigos que prueben que no fuiste allá.

—No va a ocurrirte nada. Tú estabas conmigo, Hugh. Tienes muchos testigos, yo la primera—reafirmó Isla.

—Tú no puedes decir nada—le advirtió él, enfrentándola, tomando sus manos, pero ella negó, vehemente.

—Francis y Grayson ya saben que estuvimos juntos, solos, y lo gritaré si es necesario.

Se le transformó el rostro y miró a sus amigos, furioso y fue a ellos iracundo, empujando

a Grayson, que suspiró, y lo empujó de vuelta.

—Cuidado, Hugh, mira que me estoy quedando sin paciencia y no me controlaré si me presionas. Tenemos asuntos que resolver.

—¿Cómo se atreven a cuestionar a Isla? ¿A hablar con ella de nuestra… de nosotros, sin mi presencia? ¡No es de caballeros, Grayson!

—Estamos pasados esa instancia, Hugh. Es mi cuñada, la quiero como una hermana—dijo Francis, muy serio, yendo hasta Hugh, que se soltó de la pinza que era la mano de Grayson y fue hasta ella, abrazándola por la cintura con posesividad y a la vez ternura.

—No voy a exponer a Isla de esta manera, ni en sueños. Haré…

—¡Deja las tonterías, Hugh! ¡Te acusarán de asesinato si no hacemos las cosas rápido y bien! ¿Qué es un escándalo más en tu larga lista? Si la confesión de Isla quita las sospechas de una muerte de ti, debe hacerlo.

—¡No voy a permitir…!

—Es mi decisión, y lo haré—Isla dijo con determinación, fiera, mirándole a los ojos, haciéndole saber que estaba a su lado en las buenas y en las malas.

Él la había ayudado a ser fuerte, e Isla le devolvería el favor con creces, porque les permitiría estar juntos.

—Si se suman las sospechas de colaboracionismo con los franceses, las de la muerte de Shelby como modo de cubrirlo, con tu fama, bastarán algunas voces enojadas que sugieran que el Parlamento debe intervenir para que seas juzgado por alta traición y asesinato. No solo te van a arrebatar el título, las tierras, el dinero. Pueden colgarte por eso.

—¡No puedes permitir que triunfen, Hugh! ¡Te necesito! No me quites la esperanza que insuflaste en mi pecho.

Él la miró en silencio, un largo momento, y luego sacudió su cabeza y resopló.

—¡Es tan inmundo, tan bajo…! Me han acorralado, me dejan sin salida—murmuró.

—Tengo a mis hombres recorriendo la zona y averiguando. Van a aparecer pistas que nos guíen al culpable, y cuando lo tengamos, le haremos escupir el nombre del instigador. Jalaremos de la cadena tan fuerte que cada miserable involucrado caerá—afirmó Grayson con solemnidad.

—No perdamos tiempo. Es vital que sepamos cómo actuar y qué decir cuando vengan por ti.

—Estuviste aquí, el tiempo a solas con Isla incluido. Te fuiste temprano.

Asintió.

—Sí, mi cochero me llevó directo a casa, y Martin me abrió. Comentamos sobre la gala y le pedí que me llamara temprano. Se fijó la hora entonces.

—Bien, eso es suficiente para evitar que te encarcelen sin más. Sugiero que permanezcas en esta casa, Hugh. Si vienen por ti, quiero que esté Francis, en caso de que haya impulsividad

por parte de la autoridad.

Él asintió, en silencio, pensativo, y luego elevó su vista y dijo a Isla:

—No tuve nada con esa mujer, Shelby, aunque probablemente alguna vez coincidimos en sitios poco santos, Isla.

—No tienes que explicarme—susurró ella, aunque le agradeció que se percatara de que ella estaba a ciegas sobre esa mujer.

—Esparció el rumor de que éramos amantes. Dio detalles de mis supuesta simpatía con Bonaparte. Supongo que ayer llegó el fin de su vida útil para los que le pagaban. Se convirtió en un cabo suelto que podían endilgarme a mí.

—Pobre mujer—se compadeció Isla—. No se percató de que la usaban, y de que no permitirían que se retractara.

—Admiro tu inteligencia clara—le dijo Grayson, con aprobación—. Hay un grupo muy enfocado en esto, planeando y gastando dinero para crear pistas falsas y rumores que tiren abajo a Hugh. Supongo que fue al que vieron más endeble…

—Gracias, mi amigo—ironizó este.

—Sin conexiones familiares amplias, con fama de disipado, liberal a ultranza… Su familia se hizo una buena e inesperada aliada, empujada por la codicia y deudas de Alan. Lo están usando, eso es obvio. Esos rumores sobre tus actividades durante el viaje partieron de él. No sería raro que encuentre mal fin—auguró Grayson, e Isla notó que Hugh hacía un gesto de tristeza.

Era inevitable que el vínculo todavía tirase de él, a pesar de lo mal que lo habían tratado, de lo que descubrió. *Pobrecillo*, pensó. Su duque, en apariencia un hombre fuerte e inexpugnable, tenía brechas fáciles de encontrar. Grayson tenía razón.

—Estabas al borde del abismo y no lo sabías—dijo Francis, e Isla envolvió su mano con la masculina, apretándola.

—Ya no—dijo—. Estamos aquí para evitar que caigas.

Él le sonrió, y asintió, apretando su mano de vuelta, su mirada con una ternura desconocida que la reconfortó. Enfrentarían esto y vencerían, determinó.

Capítulo 19.

Hugh se hundió en el sillón de la biblioteca y dejó que el silencio le envolviera y trajera paz a su cabeza, que punzaba y parecía bajo agua. Respiró muy hondo para serenarse y aclararse, y con ello ordena sus ideas y sus acciones.

No podía hacerlo con los demás a su alrededor, a pesar de que no buscaban sino su bienestar, y sus molestias y preocupaciones iban mucho más allá de lo necesario.

Lamentaba muchas decisiones que había tomado cuando era un niñato rebelde y obnubilado intentando demostrar que era relevante y nada le importaba, que tomaba sus propias decisiones.

Esto había abonado algunos años de comportamiento descarriado a los ojos de los juzgaban con rapidez y era la razón por la cual, como bien dijo Grayson, él fuese el lado vulnerable de la coalición que los tres conformaban. Eso lo avergonzaba y humillaba, por supuesto.

Por otra parte, lo entristecía la falta de límites de sus enemigos. Que no se detuvieran ante nada y la vida de una mujer no valiese ante sus ojos y en virtud de sus deseos hablaba de crueldad absoluta.

Francis y Grayson eran su familia, lo había sentido así antes, pero hoy que su mundo aparecía sacudido por fuerzas que buscaban romperlo, destrozarlo, se lo habían reafirmado. Se colocaban a su lado, espalda con espalda, dispuestos a luchar y protegerlo.

Aun así, le había enfurecido el que interrogasen a Isla sin él, que la hubiesen comprometido a gritar al mundo que ambos habían estado juntos, forzándola a un primer plano que ella no estaba fuerte como para tolerar.

No es lo que mostró, Hugh. Te dijo sin dudas que haría saber que estaban juntos, no tembló su voz ni su mirada, no retrocedió su cuerpo.

Tal vez… Ella era más fuerte de lo que imaginaba, su prometida. Su escocesa fiera, dispuesta a jugarse por él, a alzar su voz para testificar que no había podido ir con Shelby, porque estaba en su habitación. Y tanto como él necesitaría esa confirmación, era sellar su reputación de casquivana y…

¿A quién le importa lo que los demás piensen, si ella y yo sabemos que entre nosotros hubo pasión arrolladora y entrega mutua? ¿En qué incide que algunas voces se alcen para juzgarla, si estoy para sostenerla y elevarla, para quererla y respetarla?

Empero, que fuerzas externas maniobraran para que algo que debía ser íntimo, bello y un secreto de ambos, fuera de público manejo y conocimiento lo volvía loco de ira. Si tuviese un nombre, una pista firme… Oh, la tomaría y se encargaría. Vería de…

—Estás pensando demasiado alto, Hugh, y no es bueno. Ya sabemos que puedes ser

impulsivo, y este es un caso en el que no podemos dar ningún paso alocado—le dijo Grayson.

Le miró de reojo, y resopló.

—Detesto que seas la voz de mi sinrazón, Grayson, tanto como me alivia—murmuró.

—Lo sé, Hugh, lo sé. Ten paciencia, mi amigo, y no te enfades. Actué veloz con Isla porque sabía que tú no lo harías. Como el caballero que eres y que pocos perciben porque lo escondes bien, preferirías conservarla dentro de una caja de vidrio y hundirte en los problemas.

—Mi actitud demuestra que no soy tan desprendido—murmuró—. Me vuelve loco la posibilidad de usarla como mi escudo. Soy yo quien debería…

—Francis, Nessa, Anne… Todos hablan de lo mucho que hiciste en Worcester Manor por ella. Cómo tu presencia y cercanía la ayudaron…

—Anne, ¿eh?—le dijo, buscando picarlo, pero Grayson no reaccionó.

—Isla no dudó un segundo en establecer que estuvieron juntos y en asegurar que no le importaba contarlo. Es tu prometida, Hugh, y sé que su relación no es una fachada. Hay sentimientos fuertes entre ustedes, y esa fuerza es la que te va a salvar. ¿Qué es un momento de incomodidad para ella si te asegura quedar fuera de sospechas? Tú estarás a su lado para evitarle momentos malos, y lo mismo su familia.

Era cierto. Pretendía ser amarras, escudo, alas. Quien la anclara en la tormenta, como ella estaba haciendo con él. Quien la defendiera de las miserias ajenas y de las miradas y susurros de desdén que no merecía.

Quien la incitara a volar, para seguirle el vuelo y descubrir juntos paraísos que les habían sido negados.

—¿Hugh? ¿Podemos hablar?—la voz suave de Isla llamó su atención, y Grayson hizo una inclinación y les dejó solos.

Hugh se incorporó y fue a ella, abrazándola sin pensarlo, apretándola contra sí para nutrirse de la calidez que desprendía, hundiendo su nariz en su cabello, y besó su frente, sus sienes, y acercó su boca a su oído.

—Isla, no tengo palabras para decirte… Lamento que…

—Shh, no quiero que me digas nada. No sientas que tienes que disculparte conmigo, Hugh. Cuando acepté ser tu prometida lo hice con convicción y esperanza. No la he perdido. Sé que tú no harías nada para lastimarme y no voy a permitir que te lastimen. Es simple.

Se separó y tomó su rostro entre sus manos. Tan bello que una marca no podía opacarlo. Tan suyo que el pecho se le salía. Esto que sentía… Esta emoción que crecía y crecía, y amenazaba a llevarlo de rodillas, no podía ser otra cosa que amor.

Parpadeó, y valoró la revelación, jugando a buscar palabras que pudiesen expresarlo. Se quedó corto, por lo que su frente descendió para apoyarse en la de Isla, y la envolvió por la cintura.

—Prometo cuidarte. Cuando esta pesadilla termine, seremos libres de vivir sin miedos. Nada deseo más que tenerte a mi lado a diario, Isla—tragó saliva—. Si algo sale mal…

—No pasará—dijo ella, negando, y él llevó sus ojos para que estuviesen a la altura de su mirada.

—Haré lo necesario para asegurarte bienestar económico y seguridad.

—¡Hugh, eso no es lo que me importa!—dijo ella, retrocediendo, molesta.

—Lo sé, y por eso a mí sí. Si lo que Grayson ha establecido no funciona y el juicio contra mí avanza, mi única tranquilidad será que estés segura y cuidada.

—Lo estaré, no necesito tu dinero.

—Eso es una de las tantas cosas que te separan de mi familia. Me valoras por lo que soy, tan poco como esto…

—Tú vales mucho. Te quiero por el hombre que eres y en el que te convertirás—ella enrojeció al decirlo, y Hugh asintió con solemnidad—. No lo digas de vuelta, no pretendo que sientas igual, pero necesito que lo sepas.

—Dame tiempo a ordenar mi caos, Isla. Te juro que muchas emociones en mi pecho llevan tu nombre.

La besó con dulzura y cerró sus ojos, deleitado ante la evidencia de que el ruido de su cabeza se aquietaba con la presencia de esta mujer, con el contacto de sus cuerpos.

+++

—Queremos hablar con su Excelencia el duque de Elywood. Su mayordomo nos hizo saber que estaba aquí.

La voz imperiosa en la entrada hizo eco en el pasillo y llegó a la sala donde estaban él y Francis. Hugh se sentó muy recto, acomodando su pañuelo y pasando su mano por el cabello, la ansiedad jugando en su estómago.

—Hora de la verdad—murmuró, y Francis asintió.

Los dos tenían periódicos en mano, y así les encontró el hombre de estatura media y ojos intensos y escrutadores que se presentó como Marc Scott, el jefe de la Policía del Támesis. El que le acompañaba se presentó como un subalterno que pertenecía al grupo de los Bow Street Runners, conocido por su eficiencia en la aprehensión de delincuentes menores.

—Su Gracia—Scott les saludó con una inclinación de cabeza.

—Señor Scott, siéntese, por favor—Francis le señaló el sillón al frente de ambos, y el policía se sentó, sin despegar sus ojos de Hugh, que no movió un músculo.

Tenía mucha práctica en parecer imperturbable.

—¿A qué se debe su visita? Es extraño que la policía venga a Mayfair. Máxime la que

tiene su jurisdicción más cerca del río.

—No es inusual, empero, cuando investigamos hechos delictivos que pueden tener origen fuera de ella—señaló Scott.

—Oh, por supuesto, y en lo que sea necesario, tendrá usted mi colaboración—Francis elevó una ceja, y dobló el periódico—. Me intriga. ¿Puede el duque de Elywood permanecer o es algo que deba responder sin testigos?

—No te inquietes, Francis. Les dejaré…—se incorporó Hugh.

—No, lord Elywood, en verdad nos interesa usted—retrucó Scott.

—Ah, ¿sí?—Hugh torció su cabeza—. ¿Qué asunto le trae a mí, señor Scott?—inquirió, sentándose con calma.

—¿Conoce usted a una señorita Shelby Darsey?

—No puedo decir que sí—negó Hugh, y no mentía. No la recordaba, si alguna vez la conoció—. Aunque sí he escuchado de ella en relación conmigo. Los rumores no me son desconocidos. Esa señorita ha estado ocupada ensuciando mi nombre. ¿Es que por fin se va a hacer algo al respecto? En buena hora—movió su cabeza con vehemencia—. Aunque si hubiese que enjuiciara a todos quienes cotillean con maldad, no habría suficientes prisiones.

—La señorita Shelby fue asesinada, su Excelencia—le dijo, sin quitarle ojo de encima, esperando su reacción, y no le decepcionó, abriendo sus ojos con sorpresa.

—¡Asesinada! ¡Inconcebible! Es tal y como lo hemos dicho una y otra vez en el Parlamento, Francis, esta ciudad necesita cambios. Ha crecido de golpe, foco de migraciones, y la miseria… Es causa de los crímenes.

—Excelencia…

—¿Nos escuchan acaso? No, la atención de los tories está en el arte, en las relaciones exteriores, en el comercio. Así es como la pobre gente de Londres está expuesta a la criminalidad.

No le costó nada elevar la voz y usar los argumentos que componían su pensamiento, y el policía se removió, fallando en interrumpirlo, por lo que fue el mismo Hugh el que volvió al tema.

—Pero, dígame, ¿quién lo ha hecho, y por qué razón? ¿Tenía ella vínculos con criminales? Mis amigos y yo teníamos la teoría de que alguien le había pagado para esparcir falsos rumores sobre mi persona. Sabe cómo es la política, lo desalmada que puede ser. Hay muchos que no quieren que las cosas cambien, que la población adquiera derechos y oportunidades porque creen que les quitará su posición.

Scott miró al otro hombre, que no se había movido de su posición cerca de la ventana.

—Milord, hubo una denuncia anónima, que fue la que nos permitió encontrar el cuerpo de la desgraciada mujer. En ella se sugiere que usted…

Hugh desorbitó sus ojos y se hizo atrás, demostrando sorpresa y su mirada se clavó en el policía, y luego en el otro, que pareció más amedrentado.

—¿Que yo, qué, señor Scott? ¿Me dice que alguien me ha acusado de asesinar, nada menos? ¿A una pobre mujer sin peso ni importancia real para mí? Eso es… Eso es absurdo—suspiró, y mezcló desaliento y enojo—. ¡Eso es un ultraje, señor Scott! ¿Reciben una denuncia, anónima tan luego, y eso le hace venir a mí? ¿No tiene usted otros datos, pistas, eventuales sospechosos?

—Excelencia, sé que es muy irregular, pero no pretendo más que justicia para esa mujer. Los pobres también la merecen—indicó, cortante a pesar de lo cuidadoso de sus palabras—. Y si bien es cierto que nos señalaron los hábitos disipados de la señorita, no podemos no investigar.

—El duque de Elywood no dijo eso, señor Scott—intervino Francis—. Entienda la conmoción que siente al ser acusado…

—Indagado, nada más. No es mi intención acusar a nadie sin pruebas.

—Entiendo su posición—dijo Hugh, muy serio—. No me gusta, me siento atacado con vileza, pero entiendo que no es usted el responsable. Responderé sus preguntas, pero demando que se investigue el origen de la denuncia.

—Lo haremos.

—Mi amigo el duque de Bristolbridge se encargará de enviar a uno de sus hombres, investigadores de confianza, para que acceda a esa denuncia y ayude en la investigación. Sé que nunca hay suficientes manos.

—Su Gracia, ¿dónde estuvo usted entre la entrada del sol de ayer y la media mañana del día de hoy?

—Bien, eso es sencillo. Aquí, la mayor parte del tiempo. La hermana del duque de Worcester celebró su boda ayer, y hubo un fiesta que se extendió hasta la madrugada.

—5 de la madrugada se fueron los últimos invitados—dijo Francis.

—¿Estuvo aquí hasta esa hora?

—No—negó él—. Me marché a eso de las 4. Mi chofer me llevó a mi mansión, y allí me recibió mi mayordomo. Pueden preguntarles, les dirán lo mismo.

—¿Y estuvo usted siempre con testigos? No hay tanta distancia hasta la casa de esa mujer, y los tiempos podrían…—intervino el otro hombre, en el que Hugh clavó sus ojos, encajando sus mandíbulas.

El momento que menos quería estaba aquí. Demoró la respuesta, analizando si era necesario o bueno. No tenían nada contra él, estos hombres se movieron empujados por una pista que era poco menos que fantasma.

—¿Milord?

—Disculpen—la voz femenina suave les interrumpió, y Hugh cerró los ojos, suspirando

—. Oh, Hugh, no sabía que estabas ocupado.

El señor Scott se incorporó y el otro se hizo a un lado, ambos con sus miradas fijas en Isla.

—Mi prometida, la señorita Isla Campbell—dijo, y ella sonrió a ambos.

—Encantada, señores. Repito mis disculpas.

—No es necesario, miladi. Dígame, ¿puedo?—le dijo a Hugh, y este se encogió de hombros, con derrota—. Estoy aquí por un asunto delicado. Somos policías, y estamos investigando la muerte violenta de la señorita Shelby Darsey.

—¡Oh, qué terrible!—ella se llevó la mano al pecho.

Hugh se sintió mal por esta charada que se les obligaba a ejecutar, y más aún, por arrastrar a Isla a esto.

—¿Conoció usted a esa señorita?

—No, no lo creo. ¿Es habitual que asistiera a las galas de la temporada social? Tal vez el año anterior la crucé en alguna, no lo sé. Soy escocesa, y volví hace poco menos de dos meses.

—No, no frecuenta los mismos círculos.

—Entonces no es posible que la conozca—parpadeó, y miró a los dos con desconcierto —. ¿Y cómo podrían Francis o Hugh…?

—¿El duque de Elywood estuvo aquí la noche entera? ¿Es testigo de ello?

—Sin duda alguna—afirmó—. Ohh. Pero no es posible que piensen que Hugh… ¿Qué está pasando?

—Tranquila, mi querida—Hugh fue a ella, y le tomó una mano—. El señor Scott investiga una pista. Puedes decirle lo que viste anoche.

—Pues… Lo normal en un evento. Mi prometido es muy protector conmigo. Verán, desde que tuve el accidente que me provocó esto—señaló su cicatriz, e hizo un gesto—. Me es difícil socializar sin sentirme insegura, y Hugh es mi gran fortaleza.

—Lamento su accidente, señorita, pero déjeme decirle que apenas sí se le nota. Comprendo el celo de su prometido, y lo felicito. Empero, en algún momento, se habrán separado.

—Solo cuando él se fue a su casa. Sobre las 4 de la madrugada.

—En el tiempo anterior, él no salió de los salones, socializó y conversó con el resto de los invitados.

—Bueno…—ella carraspeó, y se ruborizó, y Hugh se dio cuenta de que recién ahora Isla se sentía más insegura, y la cortedad la llenaba—. Hubo un período de tiempo en que ambos estuvimos… solos.

El señor Scott asintió, animándola a seguir, e Isla parpadeó, y miró a un lado, elevando la barbilla.

—Señor Scott, mi prometida no va a dar detalles de nuestra… intimidad. Es algo que nos concierne a ambos, y veré que sea severamente sancionado si osa repetir esta sensible información.

—Por supuesto, por supuesto—se apuró el policía a decir, con énfasis—. Bien, esto despeja mis dudas. Hablaré con su cochero y su mayordomo para corroborar y que esta ruta de la investigación se cierre.

—Señor Scott, este crimen debe ser esclarecido—dijo Francis con autoridad—. Es obvio que hubo la intención de dañar a Hugh de manera irreparable, y esto es un plan orquestado desde hace tiempo. Le pido que no ponga obstáculos a la ayuda que nuestro común amigo, el duque de Bristolbridge, le enviará en forma de agentes. Pero desde mi cómoda posición en esta biblioteca puedo ver que el complot se ejecutó de manera burda y sin información correcta. Quien hizo esto no sabía que Hugh estaría aquí, en una celebración, y tampoco contaba con la cercanía que este e Isla tienen.

—Recientemente descubrí que mi propiedad rural había sido vaciada de objetos caros y ancestrales que fueron malvendidos. Fui arrastrado, por estupidez, a un viaje a París, y eso se usó, junto con los rumores creados por esa desdichada señorita, a abonar mi imagen de traidor. ¿Puede usted imaginar lo que me haría si le agregamos el cargo de homicida? Se ha querido endilgarme este horrible acto como manera de darme el golpe de gracia.

—Su Señoría, si esto es así, lo averiguaremos—dijo el hombre, que ahora estaba con sus ojos entrecerrados, valorando la información—. ¿Tiene sospechosos claros?

—Algunos, pero nada diré hasta no tener seguridad. Formaron parte de mi círculo hasta hace muy poco. Otros, desconozco, pero el duque de Bristolbridge podrá darle detalles.

—Iremos a verlo. Me alegro de haber venido, su Gracia. Confieso que la nota me pareció extraña, y algo me olió mal. No me equivoqué. Señorita, caballeros.

Se retiró, seguido por el otro, que no había dicho una palabra, y su mirada había ido una y otra vez a Isla, como hechizado. Hugh no lo culpó. Ella estaba magnífica. Era formidable. Se agachó para besarle la mejilla, y ella le sonrió .

—Esto fue mejor de lo esperado. Ahora, todo será cuestión de que Grayson ponga a sus hombres en esto. Me da la sensación de que esa nota y el asesinato han sido chapuzas. Ejecuciones mal logradas de un plan bien pensado. El cerebro, o cerebros, detrás de esto no ha de estar nada contento.

Probablemente. Hugh tomó a Isla de la mano y la envolvió.

—En rigor, lo que han hecho hasta hoy ha sido lograr que Isla y yo conectemos más, y eso es algo para agradecer—dijo, sonriendo, y luego se puso más serio—. Me duele considerar que Alan debe estar metido en esto, y me provoca pavor que pueda ser…

—¿Crees que pueda ser el asesino de esa mujer? Tu hermano no maneja armas, Hugh. No

maneja nada—resopló Francis.

—Por eso. Justo por eso. ¿Quién podría estar tan interesado y desesperado para sacarme del medio que él? ¿Y quién más torpe? Es el títere ideal de personas con intenciones ulteriores.

—Si tienes razón, lo averiguarán. Tú no puedes sentirte mal por él, te engañó, te robó…

—Es mi hermano de crianza.

—No lo hizo nunca familia, Hugh. No te llenes de culpa—le dijo Isla, y Hugh asintió.

Deseaba que esto terminara. Quería que los responsables pagaran, y dedicarse a vivir, sin lamentaciones y con Isla a su lado.

Interludio 5.

Anne observó la escena, angustiada. El duque de Elywood estaba pálido, y se abrazaba a la cintura de Isla como a una tabla en el mar. Las noticias eran descorazonadoras, imaginó, aún a pesar de que cerraban un ciclo de dos semanas en ascuas.

Hoy Grayson James había traído la noticia de la muerte de Alan Lycombe a la mansión Worcester, y la manera en que había sido abatido era terrible. Al parecer había sido golpeado sin pausa ni piedad, y las sospechas recaían en un circuito de apuestas que funcionaba en los bajos fondos de Londres.

Del registro de la propiedad donde el cuerpo había sido encontrado había surgido la vinculación de Alan con la señorita Shelby Darsey. El cuchillo usado en su asesinato estaba todavía ensangrentado bajo una tabla mal dispuesta del piso, y a pesar de que había dudas varias, la investigación se había cerrado.

Anne había escuchado a Francis susurrar a Nessa que la policía no creía que la muerte de Alan se asociase a los bajos fondos, pero no tenían manera de comprobarlo. Lo habían matado para callarlo, como un cabo suelto más.

Se preguntaba qué podía haber pasado por la cabeza de un hombre como Alan Lycombe, para poner en riesgo la vida de fortuna y privilegios a la sombra de su hermano, y terminar siendo el objetivo de un asesino.

—Está usted pensando mucho, señorita Holloway.

Se estremeció al escuchar la voz tan grave y calma que nunca fallaba en conmoverla. Se llamó a recomponerse y no demostrar lo mucho que la afectaba.

—Su Excelencia. Estaba siendo involuntaria testigo del pesar que llena al duque de Elywood. Está muy afectado.

Él dirigió su mirada hacia donde el mencionado estaba, sentado en uno de los lados de la fuente, con Isla a su lado que le hablaba quedo. Esos dos parecían dos piezas destinadas a unirse desde el principio de los tiempos, y por ello ensamblaban a las mil maravillas.

—Lo está, pero es natural. La traición de una persona cercana es difícil de entender y perdonar, pero cuando una muerte tan sórdida acontece, uno no puede más que preguntarse si pudo hacer algo por evitarlo, si estuvo alguna vez en sus manos cambiar el destino.

—Lo entiendo, aunque lo sé un desatino. No es buena cosa culparse por aquello que está fuera de nuestras manos. Pobres mortales que somos, apenas vemos más allá de nuestras narices.

—Muy profundo, y real.

Él se sentó en una de las sillas al frente suyo, dejando la mesa en el medio. Le vio dar vuelta su taza y se apuró a tomar la tetera, incorporándose para servirle. Sintió su mirada en su faz todo el tiempo, y su corazón latió fuerte.

—¿Usted cree que el hermano del duque mató a esa mujer? No parece que estuviera en su persona. Las veces que le vi… Parecía un hombre nervioso, algo torpe incluso. Sé que hizo cosas terribles, pero…

—He notado su poder de observación, su atención a los detalles. Es lógico que la explicación no le cierre. Me gustaría escuchar su lógica.

—Oh, por favor, no me malentienda. Solo soy una mujer a la que le gustan los misterios y los acertijos. Es que me parece burdo que Alan guardase un cuchillo ensangrentado en un lugar tan obvio. Me imagino que su madre, esa mujer terrible, debe haberle impuesto reglas estrictas de orden y disciplina. ¿Para qué conservarlo? Además, y esto es pura especulación, ¿era tal su desesperación por deudas que alguien le mata, y con ello a la gallina de los huevos de oro? Porque Hugh… el duque mantuvo la asignación anual, y la de su madre es muy buena también. Alan era la debilidad de lady Avery, eso dicen, no lo habría dejado en la estacada. Y si Alan no mató a Shelby, alguien más lo hizo, con lo cual hay protagonistas que no conocemos.

—Brillante, Anne. Es usted tan afinada en sus hipótesis como cuando toca el clavicordio. Una mujer tan astuta como usted sería una ayuda excelente en mi línea de trabajo.

—Créame que no me vendría mal, y si es una oferta formal, no dudaría en aceptarla—dijo, con rapidez, y luego se hizo atrás, molesta ante su intempestiva salida.

Él la observaba tamborileando con tranquilidad con una mano y llevando la taza de té a sus labios. Cuando posó el pocillo en el plato, agregó:

—Creía que tenía un puesto firme en la mansión del conde de Atholl.

Sí, eso había pensado Anne también. No había sido cómodo ni agradable, pero había sido seguro. Por años había tenido un lugar difícil de precisar bajo el ala del conde, y en menor medida de la condesa, que la detestaba.

Nunca, hasta el pasado fin de semana, en que esta había estallado, había sabido por qué. Hoy, entendía el rechazo de la alegre y compasiva Brodie Campbell hacia ella. No lo había provocado, pero era resultado de algo que dolía en carne viva a la tía de Nessa e Isla.

Como consecuencia, había decidido marchar, en contra de los deseos del conde. Pero no podía seguir exponiendo a la mujer a su presencia cuando esta la afectaba. Así que había venido a la mansión Worcester en busca de refugio, y aunque sabía que Nessa la recibiría por tanto tiempo como fuese necesario, Anne estaba decidida a tomar control de su vida.

—Ya no vivo en la mansión Atholl. Y me urge trabajar. No se sienta comprometido, me precipité a aceptar algo que dijo como un halago, y …

—Sostengo lo que dije, Anne—revisó sus bolsillos y extrajo una tarjeta del bolsillo superior de su chaqueta—. Esta es la dirección de mi administrador. Pase por allí mañana en la tarde. Tendrá detalles para usted.

—Gracias—susurró, tomando la tarjeta entre sus manos tembleques.

El duque de Bristolbridge estaba haciendo el más grande favor que Anne hubiese recibido.

—Grayson—la voz alta de Francis les alcanzó, y le vieron acercarse con rapidez—. Hugh, Isla—gritó a los otros para que viniesen a unirse—. Nessa está comenzando el trabajo de parto.

Su cara resplandecía, pero sus manos temblaban.

—¡Oh, maravilloso!—dijo Isla, llevando sus dos manos al pecho en forma de plegaria.

—¿Necesita que la ayudemos?—inquirió Anne, que rogó que no, porque no tenía idea de cómo.

—La partera está llegando y el médico no demora. Estaré en la habitación contigua, pero quería decirles…—miró a Grayson, y sonrió—. Me complace anticiparme, por una vez. Me crucé con el conde de Liverpool en el distrito comercial. Los tories están de luto. Ayer en la noche el vizconde de Goderich fue arrollado por un carruaje cuando caminaba hacia su casa. Estaba ya oscuro y el vehículo se dio a la fuga.

—Limpieza. Eso me plantea profundas interrogantes. Creí que la trama terminaba con Goderich, pero veo que no. Será imposible ir más allá—rezongó Grayson.

—Al menos el plan no funcionó, y se habrán percatado de que no es tan fácil derribarnos. Tienen que haber visto que cuando apuntan a uno, los demás no nos quedaremos mirando—dijo Hugh, y su palma acarició la base de la espalda de Isla de manera automática.

Anne retiró la vista y se incorporó para ir hacia donde Nessa comenzaba a trabajar para traer a la vida a su primer vástago. Testimonio de amor, eso era, así como la relación inesperada de Isla y Hugh Lycombe.

Mirar desde un costado la felicidad de estas dos parejas era un privilegio, y Anne estaba contenta de haber ayudado a esas dos mujeres Campbell a venir a Londres, porque aquí encontraron lo que necesitaban.

Si alguna vez ella fuese vista con la mitad del amor que Nessa e Isla, se sentiría bendecida.

Capítulo final.

Eran pocas personas, considerando que el que se casaba era un duque, y sería esperable encontrar un nutrido grupo de invitados.

Isla y Hugh se habían asegurado de que en el recinto donde unirían sus vidas de modo formal estuviesen aquellos que querían y eran familia, de sangre o porque la vida les había obsequiado su amistad.

Esto era lo que pasaba en el caso de Hugh, y a Isla se le encogía el corazón al pensar que el hombre que amaba había vivido tan solitario.

Ella, por otro lado… Su mirada recorrió los presentes, y una sonrisa brillante se dibujó en su boca, y se repicó en cada uno de los que sus ojos tocaban.

Sus padres. Oh, su pobre mamá Maisie había llegado muy cansada y quejándose de su espalda, pero había sido verla y recuperarse. *Mi niña, ¡qué felicidad siento! Partiste de allá tan triste, y mírate hoy, brillando por tus ojos y tu piel.*

Su padre Angus había asentido, emocionado, e Isla le abrazó largo. Hoy se les veía orgullosos y felices.

Nessa estaba radiante, con Francis a su lado, y con el pequeño Henry en brazos. Isla hizo foco en su sobrino, de apenas un mes, y el pecho se le llenó de amor.

Su hermano Jhon, compuesto y guapo. Sus primas Maude, Margueritte, Elizabeth, la tía Brodie, Edward, Anne. Por supuesto que el duque de Bristolbridge.

—Tu turno, mi querida—le dijo Hugh, y le cedió el lugar para que procediese a firmar las capitulaciones matrimoniales—. Con esto te aseguras el control de mi vida y mis bienes, Isla. Estoy atado a ti.

Ella sonrió, meneando su cabeza, y estampó su firma, a la que siguieron las de Jhon y Grayson como testigos.

Más allá de la chanza que las palabras de su esposo… Oh, ¡qué increíble sonaba! En fin, Hugh había tomado buen recaudo de que las disposiciones legales fueran muy claras y determinaran el acceso total de Isla a su fortuna en caso de necesidad, y a Francis como respaldo.

Su intención era frenar cualquier intento que su madrastra pudiera hacer en su contra. Grayson le aseguraba que no era posible, pero él parecía empeñado en cubrir cada detalle, en no dejar nada al azar.

Que la mujer hubiese aparecido a la mansión a reclamarle por su hijo Alan, inconcebible como se escuchaba, le había dejado un sabor muy feo, y había sido Grayson el que envió un abogado para establecer que si lady Avery aparecía o molestaba a Hugh o Isla, perdería su pensión. Esto había provocado nuevos libelos y rumores, pero se habían diluido con rapidez.

Apenas Isla notó que la presión social sobre Hugh medraba, y la urgencia por estar juntos

el mayor tiempo posible aumentaba, había fijado la fecha, y demandado como condición que no hubiera invitaciones extendidas a nadie que no invitarían a una cena amigable. Y aquí estaban.

La mano de Hugh apresó la suya, y el beso con el que apretó sus labios le supo dulce, aunque con un toque de travesura al enredar su lengua en el último instante.

—Aquí tiene, miladi. Una copia de las capitulaciones para que guarde a buen recaudo— el clérigo extendió los papeles e Isla los tomó con recato.

—Y con ellos va mi corazón, en tus manos—susurró Hugh—. Te amo, Isla—le susurró, sonriendo.

Ella entrecerró sus ojos y los clavó como dagas en él. ¿De verdad? ¿La primera vez que pronunciaba esas palabras era en medio de la gente que ya comenzaba a rodearles y a hablar a la vez?

Se aseguraría de remarcarlo cuando estuvieran a solas, y de demandar repetición adecuada.

—¡Felicidades!

—¡Es maravilloso!

—¿Es cierto que se van un tiempo a Elywood Abbey? Esperamos una invitación, por supuesto. Ya tenemos mucha práctica en las actividades campestres, y a Nessa y Francis les vendrá bien un respiro. Henry les está consumiendo las energías—dijo Samuel, y Olivia resopló detrás.

—Iremos allá, sí. Hugh quiere crear nuevas memorias, y estoy deseando conocer la casa.

Habían charlado largo sobre esto. Hugh le había confesado que sus memorias negativas también tenían que ver con una mujer de la que creyó estar enamorado cuando muy jovencito y que le había engañado.

Isla no podía esperar a crear recuerdos nuevos de este presente pleno de felicidad. Amaba a este hombre que se le había colado en el corazón a pesar de que trató de frenarlo y mantener la aversión primaria creada por las terribles interacciones del pasado.

Había tocado que ambos estuviesen en los momentos más bajos de sus vidas para que se viesen de verdad. Para que fueran capaces de percibirse por debajo de sus murallas, y rescatarse mutuamente.

Su cicatriz había dejado de ser un tema relevante o importante para ella. Nunca lo fue para Hugh, y tampoco para el resto de esta familia que la abrazaba y saludaba.

—Me haré cargo de los arreglos para que los anuncios en los periódicos se realicen. Es la manera de que la alta sociedad sepa que eres un hombre casado y no estás disponible, Hugh. Evita problemillas interesantes, Isla, como tener en la puerta a matronas con tarjetas de invitación para galas y eventos.

Isla sonrió al flemático amigo de su esposo, que parecía un mago de la solución de

problemas. Era un hombre tan agradable, y a la vez peculiar.

—Muchas gracias, Grayson, por todo—le dijo, con emoción, porque era claro que había ayudado a mantener a Hugh a su lado.

—Deja, no le digas más, que se envanece—rio Hugh, que palmeó a Grayson, y este sonrió y meneó su cabeza, moviéndose hacia el fondo del lugar.

—Hugh, compórtate—le dijo, y tomó su mano—. Hablaremos luego sobre esas palabras tuyas. Las he esperado, y las mencionas al pasar…

—Te amo, Isla Campbell—tomó su rostro entre sus manos, con delicadeza absoluta—. No imaginé que la mujercita a la que acusé de usar una carnada para atraer interesados me perdonaría y usaría su anzuelo en mí—hizo un guiño, y ella parpadeó, indignada.

—¡Hugh! Eso es…

—Falso, por supuesto—se puso serio—. Me siento afortunado de que hayas aceptado ser mi esposa, mi compañera de vida, mi amante—susurró—. Vamos a casa, duquesa.

Isla abrió los ojos con desmesura, y Hugh se percató de que ella no había considerado que ese era su título a partir de hoy.

—Oh, ¡es increíble!—sacudió su cabeza—. Vamos a la casa, sí. Todo está listo allá, Martin se aseguró de ello. Mis padres y Jhon…

—Se quedan con nosotros, sí. Me gusta la idea de charlar con esos dos. La casa es muy grande, es bueno verla con más vida.

—Hugh, nos aseguraremos de llenarla con pequeñas voces—prometió, y lo abrazó.

—Eso quiero, Isla. He estado muy solo. Viniste a llenar mis espacios con tu presencia, y no podría estar más contento.

—También yo—susurró, y le besó, para luego tomarle de la mano y caminar con él hacia el grupo que les esperaba al lado de los carruajes.

Una vida nueva comenzaba, e Isla la miraba con esperanza y sin miedos. Su cara seguía marcada, pero eso había dejado de ser motivo de tristeza. Se aceptaba, se quería, y tenía a Hugh solo para sí. Como debía ser.

FIN.

BONNIE Y JONAH

Novela corta



INTRODUCCIÓN

Esta historia transcurre paralela a las que se desarrollaron en las dos novelas anteriores de la serie, por lo que puede haber algún spoiler, si es que no las has leído.

Es una novela corta de un personaje secundario, pero no le falta tensión, romance, y pasiones. Espero te guste, y me sigas acompañando en mi viaje por la escritura.

UNO.

JONAH.

El bullicio envolvía cada rincón de Ascot mientras los carruajes llegaban al hipódromo para dejar a los nobles y burgueses acomodados, muchos acompañados por sus familias.

Esta era tanto una instancia de diversión y momento de apostar para los hombres, como de socialización para las damas. Una vidriera más, vamos.

Jonah Seaford descendió del cabriolé y caminó en dirección a la tienda de campaña mayor, recinto exclusivo donde la élite se reunía para mirar las carreras y platicar. Una vez en la entrada, se detuvo, mirando al interior.

Se instó a la compostura, ajustando su sombrero de copa y pasando sus manos por la tela de su chaqueta. Sus ojos barrieron el espacio con impaciencia hasta que encontraron a su padre.

Con un vaso de whisky en la mano, este se mezclaba con los hombres que formaban parte del círculo de apuestas más ruidoso. Su corazón latió rápido, y la conocida mixtura de frustración y miedo lo envolvió al ver cómo el Barón reía y gesticulaba, presto a apostar sumas de dinero que sabía muy bien la familia no podía permitirse.

Jonah entrecerró los ojos, observando cómo se inclinaba hacia uno de los caballeros con quienes solía frecuentar en eventos como este. La figura corpulenta de Lord Stanhope destacaba entre los presentes.

Era uno de los principales acreedores de su padre, Jonah lo tenía muy claro. El leve asentimiento y la sonrisa cínica de Stanhope ahora mismo le indicaron que otra deuda acababa de sellarse.

¡Estás acabando con lo que nos queda! quiso gritar Jonah, incapaz de detener lo que ocurría frente a sus ojos. No sin hacer un escándalo y poner su reputación en entredicho. Más aún.

Lo había intentado muchas veces, solo para ser desairado por su padre, quien le recordó cada vez que él era el Barón, y que las propiedades y el capital eran suyos, y que siempre había sido capaz de resolver sus problemas.

Falso esto último, pero Jonah no tenía la autoridad para detenerlo a pesar de que el Barón les llevaba lenta e inexorablemente hacia el precipicio económico. Las tierras y la mansión familiar estaban en riesgo de perderse.

Las cosechas apenas habían logrado cubrir los gastos más básicos de las tierras y la casa solariega, el ganado había menguado en número por ventas apresuradas para saldar deudas urgentes.

Si su padre seguía por ese camino, y no parecía que esto fuese a cambiar, no habría futuro

para los Seaford. Jonah heredaría deudas.

Su mirada vagó por el recinto, buscando algo en lo que enfocarse que le quitase la opresión pesimista de sus pensamientos y la angustia de su pecho. No le provocaba unirse a ninguno de los caballeros a su alrededor, inmersos en conversaciones triviales.

Hablaban de los caballos, de las últimas apuestas y del jerez que fluía en copas finamente decoradas. Jonah no podía concentrarse. Su mandíbula estaba tensa y sus manos se aferraban al bastón con tal fuerza que sus nudillos palidecían.

Justo cuando estaba considerando marcharse, su atención fue capturada por una figura que caminaba en su dirección, atravesando el mar de damas adornadas con sombreros exuberantes decorados con plumas y encajes.

La mujer destacaba por su sencilla elegancia, y la reconoció de inmediato. Bonnie Garnett, la hermana del duque de Worcester, avanzaba con pasos medidos, sus rizos castaños cayendo en suaves ondas sobre sus hombros.

La había visto antes en varias galas, y cada vez lo había impactado, robando su mirada por tiempo más allá del apropiado y logrando que el resto de las debutantes pasara a un segundo plano.

Le pasó igual hoy. El vestido celeste que la envolvía con exquisitez era sobrio, y resaltaba su belleza de una manera que no necesitaba adornos excesivos.

Era imposible no notar cómo sus ojos, de un verde suave, miraban a su alrededor con una mezcla de curiosidad y leve restricción. Había algo en su postura semi tiesa que sugería que estaba tan incómoda como él.

Como si, a pesar de la seguridad que proyectaba, se sintiera fuera de lugar en medio de tanta ostentación. Jonah no podía dejar de verla.

Tal vez era porque le atraía y sorprendía su sencillez. Se veía tan distinta de las demás mujeres que competían por llamar la atención con sus trajes brillantes y sus conversaciones sobre modas y bailes.

O tal vez era porque ella parecía igual de fuera de lugar que él en medio de aquel alboroto. Lo cierto era que su atención fue robada por la mujercita.

A medida que sus pasos la acercaban sus ojos se encontraron y el aire a su alrededor pareció detenerse por un instante. Ella no evadió la mirada, no abatió sus ojos, y dibujó una leve sonrisa.

Jonah contuvo la respiración, sintiendo que un inusitado júbilo le invadía, además de una mezcla de curiosidad y el extraño anhelo de acercarse más. De hablarle.

Decidió no resistir ese impulso, contrariando protocolos detallados que todo caballero sabía y debía cumplir. Era osado, sí, porque no habían cruzado palabra antes, pero… No perdía nada con un saludo.

—Lady Bonnie—dijo cuando estuvo cerca, inclinándose ligeramente en señal de respeto —. Espero que esté disfrutando del paseo.

Bonnie bajó su cabeza en una leve reverencia, sus mejillas teñidas de un tímido y adorable tono rosa. Sus ojos aguamarina se fijaron en él, parpadeando con levedad. ¡Qué bonita, bonita era!

—Lord Seaford—respondió con voz suave pero segura, aunque su mirada se tornó cautelosa y ella miró alrededor, tal vez recordando que había convencionalismos que él había roto al acercarse sin consideración de su entorno.

Como convocada, una matrona con gesto serio se posicionó a su lado, y le miró con reconvención. Detrás vino la que Jonah sabía era la hermana menor, de habitual muy sonriente. Sí, era probable que las hubiese estado observando hacía un buen tiempo.

—Ascot está especialmente concurrido hoy, ¿no cree?—dijo Bonnie con afabilidad, y a Jonah le alivió y gustó que ella no cortase el diálogo.

Asintió, tratando de ignorar el ruido a su alrededor.

—Demasiado concurrido, diría yo. Mucha gente exhibiéndose como si esto fuese un escenario—agregó, su lengua dejando claro lo que pensaba de la fauna que le rodeaba, su mirada recorriendo los grupos de personas que iban y venían.

El parpadeo de la bella demostró su sorpresa ante el exabrupto, que él lamentó de inmediato. Había hablado con demasiada franqueza, se reprendió, pero cuando vio una pequeña sonrisa formarse en los labios de Bonnie, el alivio fue mayúsculo.

—Supongo que es una manera de decirlo. Aunque no es lo que se suele escuchar en un lugar como este.

—Tal vez no—admitió Jonah, inclinando la cabeza hacia un lado—. Pero tengo la impresión de que usted tampoco disfruta del espectáculo social tanto como los demás.

Bonnie lo observó durante un momento, como si estuviera evaluando si debía abrirse o no. Finalmente, asintió.

—Tiene razón. A veces, todo esto se siente… vacío.

Jonah sintió que una sonrisa genuina se formaba en su rostro, por primera vez en días. Ella era como un soplo de aire fresco y le hacía querer quedarse. Su sencillez, su honestidad, la forma en que parecía no apreciar el juego de apariencias era reconfortante.

Esto a pesar de que ella era plena y totalmente parte de este ambiente, perteneciente a una de las familias más poderosas de la nobleza.

Y aunque sus preocupaciones sobre las finanzas de su familia seguían presentes, golpeando su cabeza como un martillo, en este momento lo único que quería era continuar hablando con esta mujer, a pesar del hosco gesto de la chaperona.

———

BONNIE, su visión del encuentro.

Caminó con lentitud por el paseo principal de Ascot, sintiendo los ojos de las otras debutantes sobre ella, como dardos. Por más que pretendía que esa era una impresión producto de su timidez, para calmar su incomodidad, sabía que no era así.

Su vestido de muselina celeste era muy simple, lo mismo su sombrero, y los comentarios en alta voz no eran necesarios para que Bonnie percibiera la desaprobación en las miradas de algunas damas recargadas de plumas y vestidos llamativos.

Intentó mantener una expresión neutral y fijarse en los detalles a su alrededor. Este era un lugar vibrante, lleno de conversaciones animadas y risas. El ruido de las carreras, los aplausos y las apuestas entre caballeros llenaban el aire.

Los mercaderes ambulantes vendían pañuelos bordados y pequeños artículos de lujo, mientras que en las exclusivas tiendas de campaña, los nobles se reunían para almorzar ligeros entremeses y beber jerez.

La elegancia del lugar era incontrastable, y tal como en los salones, Bonnie se sintió… Incómoda. Como si no perteneciera, lo cual era erróneo, porque su familia era una de las más encumbradas de la élite.

No era desconocimiento de la riqueza o del poder que su hermano y amigos tenían lo que provocaba esa sensación. No, lo que la descolocaba era lo ostentoso y extravagante. Los modales encorsetados, la falta de naturalidad, las expectativas que rodeaban a las jóvenes como ella.

Fue mientras su mente se liaba con estas nociones que su mirada lo vio, y su corazón comenzó a latir un poco más veloz. Jonah Seaford. El hombre alto y de apariencia seria estaba muy quieto, parado entre la multitud de caballeros que iban y venían.

Vestía con la misma elegancia que los demás, pero su expresión no era la de alguien que disfrutaba del evento. Su cabello oscuro y su porte distinguido lo hacían atractivo, tal vez demasiado.

Bonnie bajó sus ojos, reprendiéndose por lo impropio de su mirada fija. Miró en derredor en busca de su hermana Olivia o de la señora Tremain, y suspiró aliviada de que no la hubiesen visto.

Mas no pudo contenerse de mirarle otra vez. Este caballero se había convertido en una pequeña obsesión suya. Le había observado en cada gala en la que coincidieron. Él la atraía, y no era menor. Bonnie no se había sentido así al respecto de ninguno de sus cortejantes.

Había oído hablar de su familia, no obstante. Su hermano Francis había comentado el caso del Barón de Seaford como el de uno de esos nobles idiotas que no dudan en tirar su capital

en apuestas descontroladas.

Sí, en general ese tipo de diatribas iba dirigida como admonición al querido primo Samuel, que rodaba los ojos y asentía, sabedor de la lección que implicaba. ¡Cómo si su astuto primo fuese a caer en algo tan bobo!

Pero cuando sus ojos se encontraban con los de Jonah Seaford, como en este instante, lo que había escuchado sobre su familia quedaba en suspenso, arrinconado en su memoria.

Era atractivo en un sentido poco habitual. Su mirada era intensa, pensó, pero no agresiva ni calculadora. Antes bien, él parecía… Como ella, incómodo con el entorno.

Cuando él comenzó a caminar hacia ella, Bonnie no detuvo su paso ni cambió la dirección. Imaginó que detrás suyo vendrían sus acompañantes, aunque poco caso hizo.

El porte del caballero era elegante, sus pasos seguros, aunque había una leve rigidez en sus hombros, como si llevara una carga pesada. Cuando se detuvo a su frente y la saludó inclinando su cabeza, los nervios constriñeron su estómago y parpadeó sin parar.

—Lady Bonnie—la saludó, y se inclinó—. Espero que esté disfrutando de su paseo.

Bonnie sintió calor en sus mejillas y se reprendió por su tontería. Este era un saludo normal, casual, no podía leer más en él. Correspondió con una leve inclinación de su cabeza.

—Lord Seaford—le saludó, y su voz sonó más baja de lo que hubiese deseado.

Es que no estaba habituada a lidiar con caballeros que no fuesen su hermano y sus amigos más cercanos, que eran casi familia: los duques de Elywood y de Bristolbridge.

Un carraspeo alto le informó que su chaperona estaba a su lado, y su gesto imperioso y ceja elevada indicó que no apreciaba la incorrección del noble, que se había acercado a Bonnie rompiendo convenciones.

Al instante estuvo Olivia también con ella, sonriendo, extasiada con el ambiente.

—Ascot está especialmente concurrido hoy, ¿no cree?—dijo Bonnie, con suavidad, pasando de la actitud condenatoria de la señora Tremain y animándose a charlar más, ahora que estaba custodiada como era debido.

—Demasiado concurrido, diría yo. Mucha gente exhibiéndose como si esto fuese un escenario—señaló él, y Bonnie pensó que no se había equivocado.

Él no se sentía a gusto aquí, consideró, parpadeando. No era habitual que se hablase tan abiertamente, y le gustó su honradez. Sonrió. En un mar de superficialidad, la honestidad era un respiro de aire fresco.

—Supongo que es una manera de decirlo. No es lo que uno espera escuchar en un lugar como este

—Tal vez no—admitió Jonah, inclinando la cabeza hacia un lado, y luego dijo, más quedo—. Pero tengo la impresión de que usted tampoco disfruta del espectáculo social, o no tanto como los demás.

Su voz resonó en ella, grave, y se preguntó cómo lo intuía. ¿Sería que él la había visto antes, que la observaba? No, de seguro bastaba verla para darse cuenta.

Las damas, en especial las que se presentaban en la temporada social, sonreían sin parar, estaban en exposición, resguardadas y custodiadas, compitiendo por la atención de los solteros potentados.

—Lady Bonnie, su hermano nos espera—intervino la chaperona, impaciente, y ella asintió.

—Pero está más entretenido este sector—refunfuñó Olivia, mirando hacia las mesas donde se exhibían cintas y sombreros.

—Señor Seaford, con su permiso—dijo Bonnie, contrariada, deseando poder quedarse un poco más y recibir la atención de esos ojos oscuros sobre ella.

Una mirada serena y un gesto amable la evaluaron, y Bonnie se sintió vista, como nunca. Era absurdo, su familia se preocupaba por ella, la querían, no le faltaba nada material ni el amor de los suyos, pero…

El problema era el resto del mundo que la rodeaba como una burbuja, y la apretaba con exigencias. Las palabras de su madre resonaron en su cabeza.

Es tiempo de que te cases, Bonnie, el reloj corre. Tienes que esforzarte, querida. Atraer la mirada de un hombre que pueda cuidarte.

Había excepciones, claro: sus amigas Maude y Elizabeth, su cuñada Nessa y la hermana de esta, Isla. Anne. Con ellas podía hablar sin preocuparse por ser malinterpretada o señalada.

¡Claro que quería casarse, pero con alguien que le gustara, que la entendiera, que la viera! Ella quería alguien como este hombre, Jonah. Él había capturado su atención.

No tenía idea de si debajo de su atractivo empaque había cualidades mayores, pero intuía que sí. Era su instinto el que le gritaba esto.

Le había escuchado hablar y discutir en las galas en las que coincidieron, en las que ella se acercó para escucharle, curiosa. Sus comentarios mostraban que no era el tipo de persona que se dejaba llevar por las apariencias, ni de los que se envanecían o exageraban sobre sus fortunas o conocimiento.

Eso le provocaba una mezcla de fascinación, esperanza y desesperanza a la vez. Su hermano tendría mucho que decir sobre Jonah y su familia si los veía interactuar.

Nada bueno, aunque en este momento no le importaba. Que él le hubiese hablado, que la mirase con ese respeto y que no intentase impresionarla con un discurso grandilocuente… Bonnie se sintió feliz.

Los colores vibrantes, el olor de los entremeses fríos servidos en las carpas o las risas de los grupos de damas a lo lejos no lograron distraerla del impacto del encuentro.

DOS.

La mansión Seaford, antaño majestuosa, hoy era una sombra de lo que había sido. Las paredes de piedra, otrora bien cuidadas, estaban cubiertas de musgo y suciedad, producto del abandono que había sufrido con los años.

El interior no era mejor. Las alfombras desgastadas y los muebles de caoba sin brillo eran testigos silenciosos del lento pero constante declive de la familia. Todo aquello que había sido de valor (la platería, los candelabros de cristal, incluso algunas de las pinturas más costosas) había desaparecido, vendido para cubrir las crecientes deudas de su padre.

Jonah atravesó los pasillos de la casa con el ceño fruncido, su mente ocupada con los mismos pensamientos de siempre: la desesperada situación económica de la familia y la constante sensación de que lo que les quedaba estaba al borde del colapso.

Llegó al salón donde el barón estaba sentado en una butaca desgastada, con una copa de brandy en la mano y una expresión de indiferencia en su rostro. No se molestó con las minucias del saludo, hacía mucho que la relación entre ambos era tensa al extremo. De parte de Jonah solo había ira soterrada y rencor, del otro lado… Indiferencia.

—Padre, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? ¡Esto tiene que acabar! Tus apuestas nos están desangrando—dijo Jonah, con un tono de voz firme, aunque no exento de cansancio—. La casa está vacía, las tierras empeñadas y las cuentas en números rojos. Si seguimos así, no quedará nada.

Su padre levantó la mirada y esbozó una sonrisa suficiente y en sus ojos leyó lo habitual: el barón creía que la suerte siempre estaría de su lado, contrariando lo que los datos de la abrumadora realidad mostraban.

—Hijo, no te preocupes tanto—respondió, bebiendo un largo trago—. Esto no es más que una mala racha, pasajera. Ya verás. En la próxima oportunidad lo recuperaré todo.

Jonah apretó los puños, frustrado ante la ceguera e irresponsabilidad de su padre. ¿Por qué no entendía que anteponía sus deseos y su vicio al bienestar de los suyos?

—¡No puedes seguir confiando en una suerte que no ha sido más que esquiva en los últimos meses! Nos desangras… ¡Estamos al borde de la quiebra más infame! Debes ver la realidad. Nos hundimos, y ahora le debes dinero a Lord Stanhope. Sabes lo que eso significa.

El barón resopló, restando importancia a la mención del noble usurero.

—Stanhope es un hombre razonable. Me dará tiempo. Siempre lo hace. Y cuando gane, no tendrás de qué preocuparte.

—¡Stanhope no es tu amigo!—gritó Jonah, sin poder contener su ira—. Es un buitre, tanto como se vanagloria de ser un miembro honorable de los *tories*. Es sabido que no pocos entre estos le temen. Si decide cobrarse lo que le debes, lo hará sin dudarlo y no tendrá piedad.

—No haría eso—negó, y Jonah sintió la bilis arder en su garganta.

La angustia y el sentirse de manos atadas le estaban provocando síntomas físicos, con solo veinticinco años. Su madre trataba de calmarlo día tras día, pero la pobre no sabía ni la mitad de los problemas que les rodeaban. Jonah no tenía corazón para decirle.

—¿Te das cuenta de lo que podría significar eso para la familia? Ya hemos perdido ganado, parte de las tierras... Toda la sociedad sabe que nuestra situación es desesperada. ¡Es humillante!

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Se pasó la mano por el cabello, desordenándolo con su vehemencia. Intentó calmarse, porque no tenía respuesta del otro lado.

No tenía sentido discutir con su padre, pero tampoco podía quedarse de brazos cruzados mientras la ruina se cernía sobre ellos.

_____

Debe haber algo que pueda hacer, esgrimía su mente, distraído mientras custodiaba a su madre y su hermana Gwen por los comercios de Bond Street. O mejor dicho, mientras vigilaba de cerca y con celo que la selección de telas y vestidos para la nueva temporada no excediesen el presupuesto que podían afrontar.

Intentaba no frustrar a su hermana cada vez que ella se emocionaba con prendas finas, y le provocaba culpa el cortar las alas a sus expectativas. Las deudas de la familia eran omnipresentes, y Jonah hacía lo posible por restringir los gastos, sin querer frustrar las pocas ilusiones que Gwen aún albergaba.

Mientras su madre conversaba con la modista Jonah se quedó afuera, observando el bullicio de la calle, absorto en sus pensamientos. Fue entonces cuando la vio.

Bonnie, murmuró su mente, encantada de desintoxicarse de la frustración y embeberse en la belleza femenina que lo desvelaba. Ella caminaba con su madre y su hermana con la misma elegancia discreta que lo había cautivado en su encuentro en Ascot.

Su vestido de tonos pastel ajustado con una simple cinta alrededor de la cintura, resaltaba su figura esbelta y femenina. Ella parecía flotar más que caminar, y los ojos volvieron a encontrarse, con el mismo efecto. No podía quitarle la mirada de encima.

Bonnie bajó la suya, y el rubor fue obvio en su tez de perla. Al pasar a su lado, la fragancia suave de flores silvestres le envolvió y respiró hondo, deleitado. El gesto de saludo fue muy leve, la bonita cabeza castaña balanceándose, y él lo correspondió, tocando su galera. Las otras dos mujeres le sonrieron con educación, aunque la más joven tenía curiosidad en sus ojos.

Mientras se alejaban, Jonah sintió una punzada de deseo: de seguirla, de hablar con ella, de interactuar más allá de esos intercambios fugaces. *Ridículo*, pensó, meneando su cabeza.

Además de impropio.

Su situación era complicada, y la realidad de su familia seguía acechando en su mente. ¿Cómo podía involucrarse en su vida cuando él mismo estaba atrapado en un laberinto de deudas y desesperación?

Tanto como le gustaría presentarse en la mansión Worcester y hacer claro su deseo de cortejar a la bonita mujer, no era conveniente. Su posición era inestable, no tenía nada para aportar al matrimonio, y el Duque le pondría de patitas en la calle en un santiamén.

Por ello había evitado acercarse en las galas, a pesar de que le hubiese encantado bailar con ella, por ejemplo. ¿Para qué ilusionarse? Su padre se había encargado de volverlo un candidato inadecuado.

Suspiró, y a través del vidrio miró a su hermana, rogando al cielo que su belleza la hiciese merecedora de alguien que la apreciara y no dudara en tomarla como esposa a pesar de su posición económica.

———

Era la hora de la cena en la residencia Worcester y la familia y amigos estaban reunidos alrededor de la larga mesa del comedor. El duque en la cabecera sonreía mientras observaba como su esposa Nessa charlaba con animación con Elizabeth y Maude, sus primas cercanas.

Olivia conversaba con todos y ninguno a la vez, lanzando invitaciones para jugar Whist o a las charadas después de la cena. Bonnie seguía las charlas a medias, participando ocasionalmente. No podía dejar de pensar en Jonah Seaford.

El encuentro en Bond Street había sido inesperado, pero el breve cruce de miradas había sido intenso. La había dejado inquieta. Él estaba afuera de un negocio de telas.

¿A quién estaría acompañando? ¿Sería a algún familiar? ¿Alguna mujer? Bonnie no era ingenua, sabía que los caballeros, algunos, tenían queridas, mujeres con las que saciaban apetitos mundanos.

No lo creía, no. Él parecía un hombre recto, sin dobleces. *No lo conoces, Bonnie, ¿cómo puedes establecerlo con tanta seguridad?... Instinto*, se dijo. No había rastros de engaño en sus ojos.

Se conminó a no dejarse llevar por sus deseos. Que él le gustara, y mucho, no le volvía un candidato posible. Ella había sido presentada en la temporada pasada y en lo que iba de esta, y él habría podido hacer evidente su interés, si existiese.

Ni siquiera había tenido la cortesía de solicitarle un baile. Su nombre en su tarjeta de danza era algo que había esperado con ansiedad en las pasadas galas. En rigor, él no había bailado, con nadie.

Debes dejar de pensar en ese hombre y concentrarte en los que sí están dispuestos a cortejarte, y además mostrar más entusiasmo del que desplegaste frente *al hijo del marqués de Cholmondeley*.

Su madre se lo había señalado ya: *es un muy buen prospecto, hija, si bien su título es de reciente creación, son ricos.* Eso era probable, pero no volvía al hombre más atractivo con su aburrida conversación sobre el clima, los sellos postales y sus referencias a la caza.

Parpadeó y se incorporó para seguir a los demás, que ya se dirigían al salón. Aparentemente Olivia había convencido a la mayoría a jugar. Las risas resonaron apenas la partida comenzó, enfrentando a Elizabeth y Maude, que intentaban superar a Olivia y Nessa.

La atmósfera era de una ligera competitividad, y Bonnie se acercó y se sentó al lado de Maude, atisbando las cartas y participando con observaciones. Luego, ante la queja de Olivia de intervención tramposa, se retiró a un costado, riendo.

—Bonnie—le dijo Francis, acercando su otomana a ella—. Me dice nuestra madre que no te ve muy entusiasmado con la temporada. Ella, sin embargo, parece convencida de que pronto tendremos aquí al heredero de Cholmondeley.

Bonnie se removió, incómoda. En verdad no había nada de malo en el hombre, no per se. Es que ella quería… Más.

—Mm. La tercera vez de algo no la vuelve más interesante. Eso me ha pasado, con franqueza. Estuve muy ilusionada el año pasado, y ni que hablar que el primero fue tremendo. Pero este…—se encogió de hombros—. Con franqueza, me parece tedioso. Y lord Cholmondeley es… Aburrido. Sí, sé que el matrimonio es un acto serio y no pretendo diversión, pero…

Su hermano asintió, en silencio, y se hizo atrás en el asiento, observándola.

—Sabes que no tienes por qué aceptar su cortejo si no lo deseas. Si tú me dices que quieres mantenerte soltera, o que vas a esperar al indicado, eso basta.

—Mamá…—dijo, y Francis asintió, y sonrió.

—Sí, mamá se preocupa, pero no es como si vayas a quedar desprotegida económicamente si no te casas. Me he asegurado de que tengas tu fortuna personal, lo sabes, y esas inversiones te han vuelto rica por ti misma. No necesitas a un hombre que te cuide y te mantenga.

Miró a su hermano y asintió. Lo que describía era real. Francis no era sino un hermano protector que no dudaba en escuchar sus deseos y tenía una mente abierta.

Estaban en una posición cómoda, podían darse el lujo de esperar, de rechazar, e incluso de elegir. No pocos codiciosos habían pretendido cortejarlas a ella y a Olivia buscando la posición y el dinero que ser las hermanas del duque representaba.

—Lo sé, lo sé.

—¿No hay alguien que te interese?—preguntó Francis, entrecerrando sus ojos, y Bonnie parpadeó, desviando su vista.

Su hermano era inteligente y escuchaba cuando su madre, Nessa, Olivia, e incluso la servidumbre le hablaban, o le llevaban información. No dudó de que la chaperona le pasase datos, deseando congraciarse con él al mostrar que cumplía su función al dedillo. Su propio rubor la delataba ahora, además.

—Hay alguien, sí. No es que haya mostrado interés o se haya acercado con intenciones… Lo he visto en las galas, en Ascot, en paseos…

—¿Le conozco, imagino?

—Es… Jonah Seaford—musitó, muy quedo, deseando que la charla no llegase a oídos del resto.

Por fortuna seguían compenetrados en el juego.

—Bonnie… Ese hombre…—Francis frunció el ceño, y se puso más serio—. No tengo nada puntual contra él, pero su padre…

—Lo sé. He escuchado lo que has dicho sobre sus deudas… Mas los hijos no tienen por qué pagar por los pecados de sus padres, y…

—Ciertamente no, pero… Su posición es complicada, Bonnie. Y empeora semana a semana.

Bonnie lo miró a los ojos, viendo en su expresión una mezcla de afecto y preocupación. Ella respetaba a su hermano, mucho, pero no podía evitar sentir una pequeña rebelión en su interior.

—De todos modos, es una tontería. Como dije, él no ha dado ningún paso para… No es como si…

—Pero a ti te gustaría—dijo Francis, suspirando—. En fin… No nos adelantemos. No te preocupes por nada, mi querida. Mi propia historia me ha hecho ver que lo que debe ser, será—añadió con filosofía, y Bonnie sonrió.

Sí, la historia entre Francis y Nessa había sido… Interesante e inesperada.

—¡Ven aquí, Bonnie!—le gritó Olivia, exultante—. Ya gané aquí, necesito nuevos adversarios.

Bonnie suspiró y se incorporó, dispuesta a dar batalla a su competitiva hermana, y a dejar de lado su creciente obsesión con Jonah Seaford. No había ningún fundamento para esta, como no fuese lo atractivo que le parecía, y esa sensación de que conectaban que había ido creciendo en ella, también sin causa real.

Deja de construir cosas con tu mente, Bonnie, se reprendió.

TRES.

El aire fresco de la mañana se colaba por las ventanas abiertas de la mansión de los Worcester. Bonnie estaba sentaba en uno de los sillones del salón, con el bordado descansando en su regazo, y aunque su postura denotaba serenidad, su mente estaba lejos de las labores manuales.

Su reconcentración tenía un nombre, y este se repetía sin cesar en su obstinada cabeza: *Jonah Seaford*. Habían pasado varias semanas desde sus encuentros en Ascot y Bond Street, y aunque se habían visto en algunas reuniones sociales desde entonces, cada interacción la dejaba con más preguntas que respuestas.

Las advertencias de su hermano sobre la complicada situación financiera de los Seaford seguían retumbando en su cabeza. Ella era inteligente, entendía que la posición de su hermano, sólida desde toda perspectiva, y que se extendía a ella como un manto cómodo, atraía a muchos con malas intenciones.

Sí, era desconfiada, y ¿cómo no? Era inevitable que hombres con pocos escrúpulos fueran en busca de jovencitas con pájaros en su cabeza y familias con dinero, máxime si su situación era desesperada.

Jonah Seaford le atraía, y mucho, y a su juicio era honorable y no parecía de esa fauna, pero… ¿Podía asegurarlo? No, lo que tenía eran deseos, expectativas, y por ello la advertencia fraterna era adecuada

—Bonnie, querida, parece que tus pensamientos están en otro lugar.

La voz suave de Nessa la sacó de sus pensamientos. Bonnie levantó la vista, ofreciendo una débil sonrisa.

—Hola, Nessa, no te escuché llegar.

Su cuñada se sentó a su lado y la observó por un instante.

—Últimamente te noto distraída, incluso diría que preocupada. ¿Qué es lo que te tiene tan abstraída, Bonnie?

Suspiró y dejó la aguja sobre el paño, dudando si decir en alta voz sus tribulaciones. Solo había relatado a Francis lo que sentía, y estaba segura de que este no había contado nada a nadie, Nessa incluida, respetando el deseo de Bonnie.

—Es… Hay alguien que…—se acomodó en su asiento, sus mejillas ruborosas. La sonrisa abierta y la escucha atenta de Nessa la ayudaron a seguir—. Hay un caballero que me desvela. Digamos que he puesto mis ojos en él hace un tiempo, y no puedo quitarlo de mi cabeza.

—Oh, ¿de verdad? Eso es interesante, Bonnie. Te has pasado dos temporadas dando calabazas a cortejantes—rio Nessa—. ¿Quién es el afortunado hombre que ha logrado interesarte?

—Das mucho crédito a mi persona, Nessa—sonrió, apreciando el comentario de su cuñada, más sabiendo que era desproporcionado.

Bonnie se sabía una mujer bonita sin excesos, bastante común, lejos de la belleza fulgurante de Isla Campbell, la hermana de Nessa. Sus mejores dotes no se reconocían a simple vista, eso creía, y poca gente… En especial pocos hombres se molestaban en apreciar su vasta cultura o su sagacidad para los negocios.

Su hermano era diferente, y le permitía echar ojo a los números de sus inversiones y hacer comentarios, pero en general… La mujer noble era educada para bordar, danzar, vestir bonito y tener hijos.

—No el suficiente crédito, no. Mereces lo mejor—afirmó Nessa, que solía indignarse con su *ceguera*, como llamaba a la modestia basada en hechos de Bonnie—. Anda, dime, ¿quién ha llamado tu atención esta temporada?

—Su nombre es Jonah, y es el hijo del barón de Seaford.

Nessa parpadeó y asintió, aunque no hubo cambio en su rostro. La escocesa no reconocía los nombres de la mayoría de los nobles que veía y tampoco le interesaban demasiado, algo que encantaba a Bonnie, que apreciaba la naturalidad por sobre todas las cosas.

—Bien, no lo conozco, o no le recuerdo, pero de seguro ha de ser un hombre interesante para captar tu mirada. Cuéntame sobre él.

Bonnie asintió.

—Es guapo, pero no pagado de sí mismo. Le he observado durante algunas galas, y si bien viste con elegancia, no es un dandi al estilo del señor Brummel, lo cual me gusta.

—Sí, concuerdo. El refinamiento excesivo en la ropa de un hombre me pone nerviosa. No me gusta estar al lado de uno que invierte más tiempo y dinero que yo en su vestimenta.

Ambas sonrieron. Francis era un hombre elegante, y lo mismo el duque de Elywood, su buen amigo Hugh, pero en un sentido tradicional. Tal vez el más preocupado por su aspecto era Grayson, el duque de Bristolbridge, el otro integrante de los llamados *Duques liberales*, en palabras de los nobles conservadores del Parlamento.

—Es muy reservado, y no sé si se debe a timidez o decisión expresa, pero no se involucra en danzas ni se acerca a las debutantes. Creo que acompaña a su hermana. No es apocado o falto de inteligencia, empero, porque le he escuchado hablar y defender sus ideas con entusiasmo, cuando es inquirido.

—Mm, sí que le has prestado mucha atención—dijo Nessa—. Y definitivamente creo que no debe tener un pelo de tonto para atraerte así.

—El asunto es…—apretó un poco sus labios—. No sé ni por qué lo considero… Él no ha mostrado más que amabilidad cuando nos cruzamos, no es como si ha hecho expreso su interés en mí, o algo así…

—Pues te mira como Samuel a la tarta de frutas—intervino Olivia, llegando para sentarse en una poltrona al frente, sin un reparo por haber estado escuchando la conversación—. ¿Crees que se me han pasado por alto las miraditas soñadoras que los dos cruzan?

—Olivia…—dijo Bonnie, tratando de hablar con calma y desarticular cualquier idea que la menor estuviese pergeñando en esa aventurera cabeza suya—. No quiero que digas nada impropio si le cruzamos alguna vez, ni molestes a nuestra madre con…

—Es como si no me conocieras—La menor abatió sus pestañas intentando aparecer como una desvalida dama, algo que no era.

—Porque te conozco te advierto que…

—Mmm, sí, sí, no haré nada que te avergüence, pero déjame decirte, Bonnie, ese caballero está más que interesado en ti. El problema no es ese…

—Lo sé—susurró.

—¿Por qué debería haber algún problema?—preguntó Nessa, sus cejas arqueadas.

—Su padre es el apostador con más deudas y peor suerte de Ascot, o eso he escuchado. ¿No recuerdas que Francis lo ha mencionado, Nessa?

Esta parpadeó, y entrecerró sus ojos, haciendo memoria, y luego sacudió su cabeza.

—Tantos nombres y títulos, me pierdo un pelín.

—Jonah Seaford es como una patata caliente, no hay familia que lo consideraría con seriedad para su hija, y lo mismo corre para su pobre hermana menor—dijo Olivia, que no era sino directa en sus apreciaciones, aunque a Bonnie le molestara en este momento su descripción —. Madre desmayaría y sufriría de vahídos recurrentes si le dices que…

—Por ello te pedí que no lo hagas—cortó, severa, dirigiéndole una mirada seria.

—No lo haré, pero si este interés tuyo no cede, y el de él se hace expreso… O si en algún momento él viene aquí a solicitar autorización para cortejarte… No creo que madre lo permita, o Francis.

—Él lo sabe—dijo Bonnie—. No le preocupó mayormente.

—Tal vez no cree que esto entre ustedes…—comenzó Olivia.

—Si ese hombre es decente y honorable, y está interesado en ti, y si tú lo deseas, Francis no hará otra cosa que apoyarte, Bonnie. Tu hermano las adora, y no hará nada para interponerse en su felicidad, salvo que sospeche artimañas—dijo Nessa, convencida.

—Palabras de una mujer enamorada—suspiró Olivia, sonriendo.

—Sabes que es así—respondió Nessa, y tanto Bonnie como Olivia asintieron.

Lo sabían.

———

Bonnie aún sentía el calor del rubor en sus mejillas tras confesar a su cuñada Nessa y confirmar a su hermana Olivia el creciente interés que albergaba por Jonah Seaford.

Lo que menos quería era que la novedad llegara a su madre, pues la alarmaría hasta el desmayo, dado lo público de los problemas económicos de los Seaford. No era como si esto fuese otra cosa que ideas en su cabeza, además.

Tenía que distraerse, decidió, dejar de pensar y salir. Esa misma tarde invitó a Olivia para aventurarse en una caminata vigorosa por Hyde Park para aprovechar el clima, acompañadas por la omnipresente señora Tremain.

El sol brillaba y la brisa fresca acariciaba las hojas de los majestuosos árboles que bordeaban los senderos. Algunas jóvenes paseaban con aire despreocupado, riendo en pequeños grupos mientras disfrutaban del paseo.

Había logrado abstraerse cuando de repente, al doblar una esquina del parque, vio a Jonah Seaford acercarse acompañado de una joven de cabellos oscuros, de unos dieciocho años, de porte sencillo pero encantador.

Esa debe ser su hermana, pensó Bonnie, sin apartar la vista del hombre que ocupaba sus pensamientos. Al pasar junto a ellos, Olivia se detuvo y sonrió con amabilidad, y Bonnie trastabilló, sorprendida y ruborosa, deseando que la tierra se la tragase. Si Olivia se mandaba una de las suyas…

—Qué sombrero tan precioso llevas —comentó Olivia, dirigiéndose a la joven.

—Oh, gracias, eso es muy amable, lady Olivia—la joven parpadeó, reconociendo a Olivia, y una sonrisa ancha se desplegó en su faz.

—Creo que hemos coincidido en algunas galas, pero no hemos tenido oportunidad de socializar—dijo Olivia.

—Soy Gwen, Gwen Seaford.

—Encantada, Gwen. ¿Cómo estás llevando esta temporada?

—Oh, es un poco…

—Abrumador, sí, lo entiendo, me pasa igual. ¿Les molesta si les acompañamos?

Sin esperar respuesta, tomó el brazo de Gwen y sonrió a Jonah, que asintió con caballerosidad, sonriente, e ignoró el carraspeo de la señora Tremain.

Jonah hizo un gesto señalando adelante, tras una inclinación respetuosa, y comenzó a caminar junto a Bonnie, las otras dos en la vanguardia, y la señora Tremain detrás, tal vez muy seria y ceñuda (algo que Bonnie no volteó a comprobar).

Por unos minutos avanzaron en silencio, escuchando la cháchara de las dos adelante. El sendero estaba bordeado por árboles centenarios y elegantes jardines floridos. Los pasos de Bonnie eran ligeros, pero su mente estaba ocupada, buscando descifrar la expresión seria en el rostro de Jonah.

Luego, los comentarios triviales sobre la temporada y el clima fluyeron entre ellos, distendiéndoles, y las sonrisas y miradas se hicieron presentes.

Hacia la mitad del recorrido, la comodidad se había asentado en sus intercambios, y Bonnie apostó a sondear sus opiniones sobre aspectos políticos y económicos.

Quería que él supiese que con ella no se charlaba de superficialidades. Que tenía pensamiento propio, y su mente no se quedaba prendada de telas y libretas de baile.

Sus respuestas entusiastas y el brillo de sus ojos cuando la escuchaba le mostraron que no le molestaba, y eso le gustó. Él no se arredraba ni mostraba prejuicios, y Bonnie afianzó su imagen de él.

Luego, hubo un silencio corto, que finalmente Jonah rompió con una leve vacilación:

—Ah… Lady Bonnie… Perdóneme si mis palabras suenan atrevidas —comenzó, su tono bajo, audible solo para ambos—, pero no puedo dejar de decirle lo encantadora que me parece. La he observado durante meses, y he vacilado entre acercarme o no. He ido y venido con la idea de cortejarla, sin atreverme.

La señora Tremain, siempre vigilante, carraspeó desde una distancia prudente, lo que mostró que no había hablado tan bajo. Olivia, que demostró tener su oído muy aguzado también, la llamó entonces y la distrajo con una rápida observación sobre las flores del parque.

Bonnie, aliviada y consciente de lo premeditado del gesto de su hermana, lo aprovechó, su corazón palpitando con fuerza.

—Yo... también he notado su presencia, señor Seaford —dijo, con una sonrisa tímida, sus pensamientos revoloteando como las hojas que caían a sus pies.

No era común que un caballero fuera tan directo, pero eso solo aumentaba su interés en Jonah. El silencio que siguió fue denso, lleno de expectación.

Jonah hizo una pausa, claramente sopesando sus palabras. Entonces, con un tono más grave, añadió:

—Debo ser franco con usted. Mi familia atraviesa momentos difíciles, y no sería correcto continuar este camino sin que esté al tanto de nuestra situación. No quiero que usted piense mal de mi o de mis intenciones, que le juro son puras.

Bonnie desaceleró el paso, volviendo su mirada hacia él con una mezcla de curiosidad y precaución.

—Aprecio su honestidad, señor Seaford —dijo, manteniendo su tono sereno, aunque en su interior su mente se agitaba.

Jonah continuó, grave pero decidido, y su honestidad se imprimió en cada palabra que siguió:

—El estado financiero de mi familia es... complicado. Mi padre ha tomado muy malas decisiones, y nos ha puesto en una situación muy compleja. A pesar de mis esfuerzos por

remediarlo, no puedo prometer que esto se solucione en un futuro cercano.

Bonnie absorbió sus palabras, notando el peso que Jonah cargaba sobre sus hombros. Este a su frente era un hombre que luchaba por mantener su dignidad y su futuro a flote en un mar de incertidumbre, pero se presentaba a ella con la verdad en la mano.

¿Qué hacer? Su cabeza le decía que no podía comprometerse a nada, que no era astuto dar alas a sus expectativas, pero sus emociones eran otra cosa.

Las finanzas podían ser un obstáculo insalvable para muchos, pero ella no se dejaba llevar por esas consideraciones, nunca lo había hecho. Y tampoco los suyos: el ejemplo de Francis y Nessa era clarísimo.

Considerar esto le hizo sentir más segura, y cedió a su deseo de dar consuelo a Jonah.

—Es una situación desafiante, sin duda —respondió Bonnie, midiendo cada palabra—. Pero no creo que los errores de su padre definan lo que usted es, señor Seaford.

Jonah la miró, y en su rostro Bonnie leyó sorpresa por su tono y sus palabras, tal vez de no encontrar juicio en ellas. Su rostro, tenso momentos antes, mostró un atisbo de alivio, aunque fugaz.

—Mi mayor preocupación —dijo Jonah, su voz baja— es que esta carga, si llega a aumentar, pueda arrastrar consigo a quienes me rodean. No querría que nadie sufriera por errores que no son suyos.

Bonnie reflexionó sobre sus dichos. En su entorno la caída financiera de una familia podía ser un estigma, una sentencia. Pero había algo en Jonah, en su sinceridad y en el que se avizoraba como un carácter integro que la impulsaba a creer que él era más que sus circunstancias.

—Las dificultades económicas no son un impedimento para aquellos que están dispuestos a afrontarlas juntos—dijo Bonnie, eligiendo sus palabras—. Entiendo su preocupación, pero no creo que sea razón suficiente para apartar a quienes deseen acompañarle en ese desafío.

Jonah la observó en silencio, y por un momento, un brillo de respeto y algo más cálido asomó en sus ojos. Bonnie sintió cómo la intensidad de esa mirada la envolvía, y otra vez, se sintió vista por él. Fiel a su carácter reservado, Jonah inclinó la cabeza con una ligera sonrisa.

—Sus palabras son... generosas, lady Bonnie. No sé cómo expresar cuánto valoro su franqueza.

Antes de que pudieran continuar, la señora Tremain, recuperando su función de guardiana de la que había sido distraída, se acercó con discreción, recordándoles que ya era hora de regresar.

Bonnie, volviendo a la compostura que la caracterizaba ofreció una leve sonrisa a Jonah.

—Señor Seaford, confío en que nos veremos pronto—dijo, intentando que su voz no delatara la oleada de emociones que sentía en su interior.

—Así lo espero, lady Bonnie —respondió Jonah con tono respetuoso, aunque su mirada decía mucho más.

La vuelta a casa la hizo en silencio, sintiendo la mirada curiosa de Olivia sobre ella. Tendría que responder muchas preguntas a la vuelta, pero se sentía más segura de lo que quería, y tenía la certeza de que su camino y el de Jonah no estaban tan alejados como le pareció horas atrás.

CUATRO

Las palabras de Jonah no dejaban de dar vueltas en la mente de Bonnie. Se sentía nerviosa, aunque también esperanzada. ¿Qué haría él? Se preguntaba si se atrevería a solicitar permiso para cortejarla.

Una parte de ella lo deseaba con fervor, pero, ¿era lo prudente? Mientras paseaba por la estancia, su mente oscilaba entre lo que anhelaba y lo que sabía que debía considerar con cabeza fría.

Aunque había mantenido la calma durante su conversación en el parque, mostrando una comprensión que era sincera, en la tranquilidad de su hogar, las dudas comenzaron a aflorar.

No podía dejar de considerar la magnitud de los problemas financieros que él enfrentaba. No porque no quisiera darle una oportunidad a Jonah, al contrario.

Pero no todo dependía de sus deseos. En el mundo en el que vivían, las vicisitudes financieras de una familia no eran solo un inconveniente personal, sino una condena social.

Esa tarde la familia se preparaba para asistir al evento social en Almack´s, y Bonnie se sentía con pocas ganas de ir, aunque quería verlo, quería ver a Jonah. ¿La razón? Su madre, que estaba muy preocupada, bastante nerviosa por el hecho de que Bonnie ya había rechazado a tres pretendientes en lo que iba de la temporada.

—A este ritmo nos considerarán desdeñosas —se quejaba su madre mientras ajustaba su tocado frente al espejo—. Nadie querrá estar a vuestro lado si continuáis con esta actitud. Tú, con esa prescindencia de todo, como si no tuvieses una preocupación sobre tu futuro. ¡Y Olivia ha rechazado a dos candidatos! ¡Dos en una misma semana!

Bonnie, impasible, solo sonrió mientras se retrasaba un poco en su preparación, dejando a su madre adelantarse y darle la tabarra a Olivia. Quería hablar a solas con Francis, y cuando Nessa notó su intención, le dio un apretón suave en la mano antes de retirarse con discreción, dándole el espacio que necesitaba.

Francis, de pie junto a la ventana, se acomodaba los faldones de su chaqueta con una elegancia despreocupada. Su mirada se posó en Bonnie cuando ella se acercó, y una ligera sonrisa cruzó su rostro.

—Bonnie, estás hermosa. Lo único que puede mejorar es esa expresión tuya tan compuesta. Has estado distraída esta semana—comentó, y torció la cabeza con levedad, inspeccionándola.

Bonnie dudó un momento antes de hablar, pero necesitaba saber qué haría Francis en la eventualidad de que Jonah decidiera hablar con él para solicitar su permiso para cortejarla.

—Quería charlar contigo, Francis. Hay algo que debo decirte.

Él se giró por completo hacia ella, con una expresión curiosa, pero alerta. Bonnie tragó

saliva y le contó lo que Jonah le había confesado durante su paseo en el parque.

A medida que las palabras fluían, pudo notar el leve cambio en la expresión de su hermano. Aunque él trató de mantener la expresión inescrutable, la preocupación se le dibujó en el rostro.

—Ah, Bonnie, tenía la esperanza de que el tuyo fuese un entusiasmo pasajero, con franqueza—dijo Francis con cautela, y ella elevó sus cejas. ¿Ella, con un interés pasajero? Era como si su hermano no la conociese bien—. No he tratado al señor Seaford, pero sí sé bastante sobre hombres como su padre. No son buenas noticias, Bonnie.

Ella sabía que Francis tenía razón al preocuparse por ella, dada la situación económica de los Seaford. Las deudas familiares eran un lastre que podría hundir a cualquiera.

—El señor Seaford ha sido muy franco conmigo sobre la posición de su familia —respondió Bonnie con voz baja—. Y no tengo la intención de precipitarme. Aun así, creo que es un hombre de principios.

Francis frunció el ceño, y Bonnie podía adivinar las ruedas girando en su cabeza, debatiendo cómo responder.

—La honestidad es un rasgo admirable, Bonnie, pero no cambia la gravedad de su circunstancia —su tono era firme, pero sin dureza—. No puedo permitir que te involucres más de lo prudente. Eres mi hermana, mi responsabilidad. No quiero verte herida, y aunque no quiero decirte qué hacer, me preocupa esto, y mucho.

—Desearía que le dieses una oportunidad de demostrar quién es, y de qué está hecho— musitó, mirándolo con fijeza, y su hermano meneó la cabeza.

—Mira, no prometo nada, salvo que le investigaré.

—Francis…

—Bonnie, esta noche es para que la familia esté unida, y nuestra madre está preocupada por tu situación y la de Olivia.

—No debe…

—Oh, pero sí debe, querida. Es el futuro de sus hijas, y le urge resolverlo. Al menos deja que sienta que hace todo lo que está en sus manos para asegurarlo.

La conversación quedó en ese punto, pero las palabras de su hermano resonaron en la mente de Bonnie el resto del día. ¿Podía Jonah, con todo lo que acarreaba, ser el hombre en quien ella podía confiar?

¿Podía trascender su situación y mostrarse digno de ella, en un sentido aceptable para su madre, para Francis? Era frustrante no tener nada claro.

Encontrarle en la gala de Almack's le gustó tanto como le provocó más ansiedad. El que no pudieran quitarse ojo de encima no hizo las cosas más sencillas, pues observarse era todo lo que podían hacer, y sabía a poco a estas alturas.

La oportunidad de hablar parecía escurrirse a cada paso, observados por la muchedumbre que les rodeaba. Finalmente, cuando los caminos de ambos coincidieron en el bullicio de la sala, Jonah se inclinó cortés.

—Lady Bonnie —dijo con suavidad, manteniendo su tono formal—. Es un placer volver a verla.

Bonnie sonrió, educada, pero con una intensidad en su mirada que denunciaba cuánto la movilizaba él. Se desconocía en la profundidad de sus emociones, que apenas reconocían freno. Era como si una parte de ella hubiese encontrado forma de salir de donde estaba reprimida.

—Señor Seaford…—saludó.

Los ojos de Jonah brillaban, fijos en ella. Por un momento, el ruido de las conversaciones y la música se aquietó y fue fondo suave mientras ambos permanecían inmersos en una burbuja de entendimiento.

Jonah mantuvo su compostura, pero Bonnie estaba aprendiendo a leer sus reacciones, y percibió su tensión en las arrugas de sus ojos y su parpadeo. Antes de que pudieran continuar, la madre de Jonah y su hermana Gwen se acercaron y saludaron a Bonnie con cortesía.

El aura de melancolía de la chica era incontrastable, y era probable que la tristeza en la faz de la señora Seaford fuera un reflejo de las dificultades que atravesaba la familia. ¡Cuán difícil debía ser mantener la fachada de normalidad y tratar de que su hija tuviese una temporada digna!

Bonnie no solo se compadeció, sino que decidió actuar en consecuencia. No permitiría que los aislaran por no tener la posición del pasado, por haber perdido su dinero.

Sonriendo y sin dejar de conversar de intrascendencias, llamó a Olivia con un gesto disimulado, y aquella no tardó en acercarse y saludar con su habitual encanto. Poco después, se unieron a ellas sus amigas Elizabeth, una de las hijas del vizconde de Argyll, y Maude, hija del conde de Atholl.

En pocos minutos eran una pequeña multitud que atraía la atención de los cortejantes, y así, con tacto y elegancia, Bonnie se aseguró de que Gwen Seaford no quedara excluida.

Al poco tiempo, la joven estaba bailando, rodeada de lo más granado de la nobleza, mientras Bonnie rechazaba algunas invitaciones. Al volverse, vio la mirada de Jonah sobre ella. Gratitud, pero también algo más había en esos ojos que parecieron perforarla, y la garganta se le secó.

—Le estoy profundamente agradecido, lady Bonnie. No puedo describir lo que significa esto para mi hermana, para mi madre.

Bonnie lo miró, su corazón latiendo con fuerza ante el aprecio sincero en las palabras de Jonah.

—¿Ha pensado en lo que hablamos? —agregó él, con tono bajo—. Confieso que no

puedo dejar de hacerlo, y cada vez que la veo… La idea de usted me desvela, Bonnie. De no considerarme tan poco apropiado para usted estaría tirando la puerta de su casa a golpes para exigir que me permitiesen cortejarla. No hay nada que desee más, pero mi situación… Es mi vergüenza, me humilla…—dijo, quedo.

Bonnie se quedó sin palabras, y sus ojos conectados hablaron de deseos, pero también de escollos. Antes de que ella pudiera agregar palabra, su madre apareció a su lado, el ceño fruncido denotando su inquietud por la presencia de los Seaford a su lado.

Con una breve inclinación, Bonnie le presentó a la madre de Jonah, que se deshizo en atenciones ante una fría lady Worcester, y al instante llegó Francis a su improvisada reunión, su vista clavada en Jonah con una expresión impenetrable.

Su madre quitó a Bonnie del grupo con una excusa, dejando a Francis con Jonah. Los nervios de Bonnie crecieron al considerar lo que su hermano podía estar diciéndole.

Más tarde, en el carruaje y al emprender el regreso, Bonnie se mordía por inquirir a su hermano para saber qué había hablado con Jonah, pero Francis no la miró.

Su madre, en tanto, empleó cada metro del camino en comentar la importancia de evitar ciertas compañías que podrían ser perjudiciales para la reputación.

Olivia, apasionada y rebelde, replicó cada afirmación, siempre la defensora de los menos favorecidos. Bonnie permaneció en silencio, y su mirada fija en Francis, quien la evitaba con habilidad. Cuando finalmente llegaron a casa, él la detuvo en la entrada.

—He dejado clara mi postura al señor Seaford hijo, pero ante su elocuente pedido, le he citado mañana en mi estudio —dijo, su tono firme—. No te hagas ilusiones, Bonnie, esto no significa que crea que es bueno para ti.

Por primera vez en años Bonnie tuvo ganas de darle algunas hostias a su hermano, pero se contuvo. Estaba enojada, y mucho.

———

Le costó dormir esa noche, y al otro día, tomaba el té con pereza, somnolienta, su madre y Nessa a su lado. Sentía la mirada de conmiseración de su cuñada, y no dudó de que esta vez sabía lo que ocurría, sus ojos la delataban.

—Bonnie, el señor Seaford no es buena compañía. Esa familia ha perdido el favor de la buena sociedad. Me preocupa que tú y Olivia tomen a la chica como un caso de caridad. Sé que les da pena, querida, pero hay casos en que es la misma familia la que se busca la desgracia.

—No creo que eso sea así, madre. ¿Acaso tú o yo tendríamos responsabilidad si padre, o incluso Francis, hubiesen tomado malas decisiones? ¿Hubiésemos podido hacer algo para evitarlo?

—Pero eso no ocurrió, Bonnie—dijo su madre, horrorizada—. Nuestra familia es honorable.

—Creer que la descendencia hereda los pecados de sus padres o abuelos no es racional.

—No, pero con frecuencia es real—contestó su madre—. Sé razonable. No me gustó la manera en que ese hombre te miraba. No apartaba los ojos de ti. ¿Crees que podría haber algo más que simple cortesía en su atención?

Claro que sí. Quiere cortejarme, y no hay nada que yo quiera más, quiso gritar.

Bonnie bajó la mirada a su taza, sintiendo un leve rubor en sus mejillas.

—Tal vez—contestó.

Bastó eso para que su madre comenzar con una diatriba en contra de Jonah, sin conocerle de verdad. Bonnie mantuvo su vista baja, frustrada. Su madre había ido atemperando sus pensamientos clasistas, en especial luego de la horrenda manera en que trató a Nessa, no hacía tanto tiempo.

Mas sus ideas sobre lo que quería para sus hijas eran invariables: hombres nobles que pudieran mantenerlas y fueran socialmente impolutos, si es que algo así existía.

—No todo lo que reluce es oro, querida suegra—intervino Nessa, con buen tino—. A veces lo que creemos inapropiado resulta la mejor elección, y lo que parece perfecto adolece de defectos de carácter. Bonnie es una mujer increíble, y no dudo de que eso se debe a la buena crianza—*Qué inteligente era Nessa*, pensó Bonnie, mirando a su madre ablandándose ante el sutil halago—. Ella no va a dejarse engañar por nadie, sabe lo que quiere.

—Por supuesto, por supuesto, pero… Me preocupa que vea en otros lo que no existe. Hay hombres arteros, codiciosos…

—Jonah es… El señor Seaford es amable, cortés, y honesto. Él mismo me ha hecho saber su situación apurada, y las razones. Y es la causa por la cual todavía no ha venido aquí a solicitar autorización para cortejarme. Entiendo que Francis lo recibirá hoy, y espero que mi hermano sea justo y no pretenda actuar como lo hiciste tú con Nessa, madre.

Su madre abrió su boca en una inmensa *O*, ruborizada, y Nessa parpadeó, azorada por su atrevimiento, tal vez, aunque pronto hubo una sonrisa fugaz en sus labios.

—Mi querida Bonnie, pierde cuidado. Francis será ecuánime. Le toca al señor Seaford convencerlo, y si su decisión es tan fuerte como la tuya, no dudo de que tu hermano lo percibirá.

—Pero… Pero… ¿Cuándo has hablado todo eso con ese hombre? ¡Qué escándalo, Bonnie, y tan inapropiado! Y no quiero hablar del pasado, he reconocido mis errores—su madre pasó de estar sin palabras e incrédula ante su exabrupto, más propio de Olivia que de ella, a hablar rápido y con pasión, pero Bonnie no se retractó.

Uno tenía que pelear por lo que quería, consideraba, y ella necesitaba la oportunidad de comprobar si Jonah era digno de su tiempo y atención.

—Quiero casarme, madre, te lo aseguro, pero bajo mis términos, y no impulsada por el temor a la soltería y la soledad. Quiero un matrimonio como el de Francis y Nessa—estableció, y Nessa vino a ella y la abrazó.

—Pero querida, ese Barón de Seaford es terrible, lo ha perdido todo—gimió su madre.

—Su hijo no tiene la culpa, y es un hombre sensato y honesto.

—Hola, familia, ¿de qué me perdí?—dijo Olivia, ingresando con su eterna sonrisa, y mirando a las tres.

—Tu hermana ha perdido el juicio—murmuró su madre, abanicándose, y Olivia miró a Bonnie con diversión.

—Oh, este es un momento memorable. Bonnie ha perdido el halo que la coronaba, y ha descendido a la tierra—bromeó.

—¡Olivia, no es gracioso!

—Claro que no. Es maravilloso—Olivia corrió a Bonnie, y la abrazó—. Lo que sea que le dijiste, espero que tenga que ver con lo que sientes por el señor Seaford—dijo en su oído, muy quedo—. No he visto a nadie que ponga esa mirada en tus ojos, salvo él. Y me cae bien.

Bonnie suspiró y asintió. Había que ver si su grito de libertad y defensa de sus sentimientos tenía alguna incidencia.

CINCO.

Jonah observó al duque de Worcester con nervios que su faz no expresó. Apoltronado detrás de su imponente escritorio de caoba, con los pesados cortinajes detrás, sus movimientos y expresión eran calculados, no amenazantes, pero si tormentosos.

Como si cada gesto estuviese destinado a recordarle a Jonah su posición desigual. Joder, él era un noble, pero era obvia la jerarquía aquí, y su situación apuradísima volvía mayor la distancia entre ambos.

Y por ende, con Bonnie. La sensación de que estaba cometiendo un error lo llenó, pero resistió el impulso a incorporarse y marcharse, aceptando la derrota antes de dar lucha. Él quería la oportunidad con Bonnie, con desesperación.

—Señor Seaford —comenzó el duque con voz grave—. Agradezco que haya aceptado mi invitación a hablar. No voy a perder el tiempo con rodeos. Sabemos ambos por qué está aquí.

Jonah asintió, manteniendo la espalda recta y las manos firmes a sus costados. Había anticipado este encuentro, pero el peso de la desaprobación del duque lo golpeó como un martillo. Sabía lo que vendría, pero el nudo que apretaba su estómago dolía.

—Estoy enterado de su interés en mi hermana Bonnie —continuó el duque, entrelazando los dedos frente a él—. Es una joven muy valiosa, y cualquiera que la pretenda debe ser digno de ella en todos los aspectos. Me temo, señor Seaford, que su situación actual no lo hace a usted un candidato adecuado.

Jonah mantuvo la vista fija en el suelo por un instante antes de levantarla, enfrentando al duque con una mirada serena pero decidida.

—Con todo respeto, Su Gracia —contestó, con voz medida—. No puedo negar lo que dice. Mi familia está… comprometida por las decisiones de mi padre. Pero he hecho todo lo posible para mantenerme apartado de esas decisiones y asegurar un futuro mejor para los míos. Lo intento a diario.

El duque lo escrutó, como si evaluara cada palabra.

—Lo imagino—respondió con frialdad—, mas eso no cambia los hechos. Su padre ha dejado la fortuna familiar en la ruina, y su apellido ha quedado manchado por las deudas y el desprestigio. ¿De verdad cree que eso es lo que Bonnie merece?

Cada frase fue un golpe directo al pecho, y las sintió en su orgullo. El duque tenía razón, pero escuchar esas palabras en voz alta lo hacía sentir como si lo que había intentado, la distancia que había procurado marcar entre él y los errores de su padre, fuese irrelevante.

—Admiro a Bonnie —dijo Jonah, esta vez con la voz un poco más baja, aunque cargada de emoción—. No solo por su belleza, sino por su dulzura, su inteligencia… Tiene una claridad de pensamiento que pocas damas poseen. No le pediría su mano sin antes asegurarme de que

puede tener la vida que merece. Estoy trabajando para ello.

El duque no vaciló. Su respuesta fue cortante.

—Si la respeta y la aprecia, debe reconocer que lo mejor para ella es mantenerse alejada de usted y de las sombras que rodean a su familia.

Jonah sintió como si le hubieran arrancado el aire de los pulmones. Las palabras del duque lo herían en lo más profundo, no por su rudeza, sino por su verdad. No tenía respuestas, porque, en el fondo, sabía que el duque estaba en lo correcto.

Se incorporó y asintió con solemnidad, dejando escapar un saludo cortés, y se dio la vuelta para retirarse. No tenía más que hacer aquí.

—Señor Seaford, no pretendo humillarlo o desmerecer su carácter—la voz del duque sonó menos cáustica—. Espero que entienda que velo por los míos y su futuro.

Asintió, mirándole por encima del hombro, y salió del lugar con la mente inmersa en un torbellino de pensamientos enredados con sus emociones. Mientras caminaba por las calles de Mayfair, las luces titilantes de las farolas parecían burlarse de su situación.

¡Era tan injusto que la vida de uno pudiera ser dictada por los errores de otro! Su padre y su maldito vicio por las apuestas habían arrastrado a su familia al abismo. Y Jonah pagaba el precio, aunque no fuese responsable.

Sus pensamientos vagaron hacia su hermana. Pobre Gwen, evitada y rechazada por todos, como si el pecado de su padre se hubiera extendido a ella. Para una dama esto era peor, se dijo. No podía rebelarse, luchar por cambiar las cosas.

Recordó, con una pequeña sonrisa, cómo Bonnie había insistido en incluir a Gwen en su círculo de amistades en la última gala, asegurándose de que no estuviese aislada, y eso le aseguró algunos bailes.

Había cambiado el ánimo de su hermana, sus expectativas. ¿Cómo no iba a admirar a Bonnie, si con sus palabras y gestos demostraba su sensibilidad, su inteligencia, su belleza interna?

Su desánimo pesaba más con cada paso. No quería, pero no tenía opciones, debía dejarla ir. El duque tenía razón; no podía ofrecerle el futuro que merecía, no mientras el apellido Seaford estuviera manchado por el deshonor y la desgracia.

Esta convicción racional no llegaba a su corazón, que se resistía a aceptar la cruda realidad. Cuando llegó a su casa, la penumbra lo recibió. El ahorro marcaba la vida de la mansión, venida a menos.

Con la servidumbre reducida a dos, los gastos en velas, telas, muebles y demás eran los mínimos. Supuso que su madre estaría en su dormitorio, aquejada de la cabeza. Esto era una constante en el último año.

Suspiró, y se dirigía escaleras arriba a hablar con Gwen cuando escuchó gritos, y estos

provenían del despacho de su padre. Las palabras eran crudas y no dejaban lugar a dudas.

Alguna de las amistades poco santas de su padre estaba en la casa. La furia lo envolvió. ¿Cómo se atrevía a traer al hogar a uno de esos indeseables, exponiendo a su familia?

Con paso rápido y la rabia bullendo en él se acercó a la puerta entreabierta, justo a tiempo para ver a un desconocido malencarado, robusto, con el rostro curtido, inclinarse hacia su padre con aire amenazante.

—Lord Stanhope está cansado de esperar, Seaford —decía el cobrador—. O pagas, o los tuyos dejarán de figurar en las listas sociales, si es que todavía tienen algún lugar en ellas.

Jonah sintió que la sangre le hervía. Antes de que pudiera detenerse, cruzó la estancia en unos cuantos pasos, y con un golpe abrupto empujó al hombre lejos de su padre.

—¡Fuera de aquí! —rugió, las manos temblando de rabia.

El que era obviamente un cobrador de deudas trastabilló, sorprendido, pero se recobró al instante, y su faz mutó de la ira a la burla.

—Así que el hijo del barón tiene garras —se burló mientras se acomodaba el saco—. Ya veremos cuánto tiempo puedes mantener esa actitud antes de que Lord Stanhope venga por ti también.

Jonah no atendió a su razón, que le instaba a moderarse. Apretó los puños y fue hasta el robusto matón y lo empujó, a los gritos, hasta que logró sacarlo de la casa.

La resistencia no fue mucha, el bribón no era agresivo, aunque sus palabras abrasivas eran irrespetuosas y encendieron la furia de Jonah, que se recostó a la hoja de madera para recuperar aire y tratar de calmarse. escuchando el eco de la puerta cerrarse con un golpe.

La furia aún lo dominaba cuando volvió a encarar a su padre, que se mantenía en silencio, encorvado y derrotado.

—¡Nos has arruinado! —le gritó Jonah, incapaz de contenerse—. ¡Tu vicio, tus malditas apuestas, nos han dejado sin respeto! ¡Nos has quitado toda oportunidad! Y ahora, esto. Amenazas. Esa… gentuza en nuestro hogar. ¡Tienes que parar, padre! Y de algún sitio debes obtener el dinero para pagar a Stanhope.

Su padre alzó la mirada, con los ojos vacíos de respuestas. No dijo nada, no ofreció una solución, no se disculpó. Era una cáscara del caballero que Jonah había admirado cuando niño.

La casa Seaford caía por culpa de un hombre que había olvidado lo que significaba el honor. Y más que el orgullo lesionado por estar en boca de todos, o la convicción de que no heredaría nada y de que Gwen tal vez no encontraría un candidato adecuado, lo que su cabeza le gritaba era que su padre era la razón por la que él no era adecuado para Bonnie.

No solo debían dinero que no tenían, sino que les había expuesto a hombres violentos que no dudarían en lastimarles para obtener lo que se les adeudaba.

—¿Jonah?

Gwen estaba en lo alto de la escalera, y su rostro denotaba confusión y temor. La burbuja se pinchaba, consideró, y fue a ella, tomando su mano.

—Gwen, tranquila, va a estar todo bien.

Era una mentira, por supuesto, pero era su deber calmarla, darle esperanza.

—¿Quién era ese hombre? ¿Por qué lo golpeaste así, y por qué estás tan enojado con nuestro padre?

Sacudió su cabeza. Su hermana no era en verdad ajena a lo que se evidenciaba en la casa que se caía y los gastos que se cuidaban, pero no tenía deseos de hablar de ello. ¿Qué sentido tenía?

—Padre ha tomado decisiones equivocadas, pero nada que no pueda modificar. Tranquila —le sonrió, aunque sin fuerza, y ella asintió, aceptando la respuesta.

—Confío en ti, Jonah. Sé que lo solucionarás—dijo ella, confiada.

Era una pena que Jonah no compartiera esa confianza, y que las esperanzas se le deshilacharan día a día.

———

La gran sala de baile de los Bancroft resplandecía bajo la luz de las majestuosas luminarias que colgaban del alto techo. Las paredes estaban adornadas con elegantes molduras y retratos que recordaban la historia de la familia.

Las damas finamente ataviadas con muselinas bordadas y sedas conversaban con animación. Los caballeros, impecables en sus fracs y chalecos, se desplazaban con porte, mientras dejaban sus sombreros de copa en el vestíbulo al entrar.

Bonnie ingresó en la mansión acompañada de su madre y Olivia. Llevaba un vestido de delicado verde claro con finos detalles en encaje que resaltaban su figura y destacaba sus ojos, tal como su madre le había rogado.

Los guantes largos de seda y el tocado de pequeñas flores que adornaban su cabello completaban su atuendo. El murmullo de las conversaciones, mezclado con la música suave de la orquesta, creaba una atmósfera de expectativa.

Estos eventos, más que simples celebraciones, eran el escenario donde se forjaban alianzas matrimoniales y se reforzaban las conexiones sociales. Con esto en mente, casi con obsesión, la matriarca Worcester insistía en no perderse las importantes, preocupada de que sus dos hijas no hubiesen forjado alguna alianza matrimonial, a pesar de su posición.

—Recuerden comportarse con gentileza y sonreír, sonreír y sonreír —les susurró mientras caminaban hacia el salón principal—. Los Bancroft son muy influyentes, y esta noche estarán todos los que importan.

Bonnie asintió, en automático, porque su mente estaba en otro lugar. No había vuelto a saber nada de Jonah desde el día en que coincidieron en Almack´s. No concurrió a las pasadas galas. Era extraño, y preocupante.

Su hermano había hablado con él, y Francis se había limitado a contarle que el señor Seaford había comprendido la situación y que la conversación había terminado de manera civilizada.

No tenía expectativa de que Francis hubiese sido flexible, y lo entendía. Era su rol, el ser la figura paterna que la escudase de los codiciosos e inadecuados, pero…

¿Era la postura de Francis suficiente para que Jonah se alejase de ella, así, sin más?¿Para hacer que abandonara la lucha sin darla, por ella? La decepción comenzaba a asomarse en su corazón, tímida pero persistente.

Tal vez Jonah no era el hombre que ella había imaginado, o esperado. Tal vez era una romántica tonta que soñaba con un hombre que se jugara por ella, que no temiera a las convenciones, que… *Sueñas demasiado, Bonnie*. .

Sentada en una silla alta tapizada en terciopelo, recostada contra una pared, en contra de las reconvenciones de su madre que la quería más expuesta, observó a Olivia y su amiga Maude, la hija del conde de Atholl, ir hacia la pista y hacer sendas reverencias a los nobles que se habían anotado en sus carnés de baile.

Bonnie, en cambio, había rechazado con una sonrisa ausente a los caballeros que se acercaron, para desesperación no expresa en la sonrisa armada en el rostro de su madre, pero estampada en los gestos de sus manos y en el retorcer de sus ojos, todo lo que Bonnie ignoró.

No se sentía con deseos de forzarse a participar en los juegos sociales esta noche. Cuando su madre se levantó para buscar un poco de ponche, Bonnie suspiró con alivio.

Unos segundos más tarde, alzó la vista, justo para ver a Jonah acercarse. Su corazón dio un vuelco, y por un momento pensó en levantarse y marcharse, pero algo en la mirada de él la detuvo. Se saludaron con cortesía, pero una miríada de intensas emociones en conflicto en su pecho la dejó sin qué decir.

—Lady Bonnie —dijo Jonah, inclinándose hacia ella—, ¿me concedería este baile?

Bonnie, indecisa, miró a todos lados, esperando ver llegar a su madre corriendo para detenerla, o a Francis, pero luego miró al hombre adelante, y asintió. Dejó que la condujera al centro de la pista, mientras la música de un minueto llenaba la sala.

A pesar de la multitud que los rodeaba, Bonnie tuvo ojos solo para él, permitiendo que su mente diluyera la atmósfera alrededor. Con la mecánica que daba la infinita práctica de los pasos de baile ambos se movieron en perfecta consonancia, y si sus cuerpos iban y venían, girando, sus ojos apenas si se abandonaban

—He hablado con su hermano, lady Bonnie —susurró Jonah en un momento en que los

pasos les permitieron alejarse brevemente de los demás—. Ha sido muy claro conmigo, y no puedo reprochárselo. No confía en mí. Desea protegerla.

Se retiraron y volvieron a acercarse.

—No es que crea que deba protegerla de mí, pero… Me temo que el entorno que me rodea no es bueno. Sin embargo… Intenté no acercarme… Pero… Mi... obsesión por usted es más fuerte de lo que puedo controlar.

Las palabras de Jonah sonaron cargadas de tristeza. Bonnie, con el corazón agitado, escuchó en silencio lo que decía. Él… había tratado de no venir a ella, pero no podía. El regocijo de lo que esto suponía la entibió.

—La situación en que nos encontramos es complicada. Su hermano tiene razón en sus preocupaciones. Si fuera Gwen, yo haría lo mismo para protegerla. Pero mis deseos de verla, de escuchar su voz, han superado la razón—dijo Jonah, su voz entrecortada.

Su pecho palpitaba, alborozado, pero otras emociones menos bonitas la embargaron: frustración, pena, y una inesperada rabia. ¿Por qué su hermano debía decidir por ella? ¿Por qué Jonah no se rebelaba contra lo establecido?

—¿Se rinde usted tan pronto, señor Seaford? —susurró Bonnie, sorprendida por su propio exabrupto. Jonah la miró con asombro, y luego esbozó una ligera sonrisa.

—No esperaba que me dijera eso —admitió, con una mezcla de sorpresa y admiración en su mirada.

Bonnie vio de reojo cómo su madre se aproximaba desde la puerta del jardín, buscándola con insistencia. Sabía que su tiempo con Jonah se agotaba.

—Rogaré para que reciba buenas noticias y que sus tribulaciones terminen —dijo, eligiendo sus palabras, intentando mantener la compostura.

Jonah negó con sutileza, su semblante más sombrío que antes.

—Me temo que eso es… Difícil. Mi padre... se ha involucrado con personas sin escrúpulos. La bancarrota ya no es nuestra única preocupación.

Bonnie parpadeó, y durante los siguientes giros se mantuvo en silencio.

—No quiero dejar de hablar con usted, señor Seaford —susurró Bonnie, sin poder contenerse—. No se rinda.

Jonah la miró con una fijeza que la hizo estremecerse. ¿Era admiración, cariño, lo que veía en sus ojos? Tal vez, después de todo, había esperanza.

La pieza llegó a su fin, y mientras Jonah la dejaba en su sitio, Bonnie vio que su madre se acercaba con el ceño fruncido. Antes de que pudiera reaccionar, su madre la tomó del brazo y la apartó con discreción.

A la vez, su hermano Francis se acercó a Jonah, y el tono serio de su conversación la llenó de inquietud. Su madre llenó su oído de inmediato, con esa habilidad para sonreír al

exterior mientras la reprendía con dureza:

—Ya lo hemos hablado, Bonnie. No debemos entablar contacto con quienes puedan perjudicar nuestra reputación —dijo, su tono lleno de reproche.

—Eso es una tontería —intervino Olivia, que había venido a sentarse a su lado—. No podemos despreciar a las personas por su situación.

—No es lo que hacemos—interrumpió su madre—. Protegemos nuestra posición, máxime cuando esa situación que dices con liviandad fue buscada y repetida. Nadie obligó al Barón a tirar por la barranca su fortuna.

Bonnie guardó silencio, sus pensamientos concentrados en Jonah. La noche fue interminable luego de esto, y cuando llegaron a casa, Bonnie intentó hablar con Francis, pero este subió escaleras arriba acompañando a una muy cansada Nessa.

Su cuñada estaba embarazada, lo habían sabido esa misma semana, para regocijo general que Bonnie compartía. Mientras se retiraba a su habitación, sus pensamientos estaban divididos entre la esperanza y el miedo.

No sabía qué le deparaba el futuro, pero una cosa era segura: no estaba dispuesta a dejar que Jonah se apartara de su vida sin pelear por darle una oportunidad. Su hermano tendría que entrar en razón.

SEIS.

La conversación sostenida con Jonah mantuvo a Bonnie despierta buena parte de la noche. Su mente había revisado la misma, y se había frustrado y emocionado, otra vez. Había mucho que les separaba, pero sus sentimientos confluían y eran afines.

La conexión, el interés entre ellos existía. Lo que les separaban eran convencionalismos, la visión que los demás tenían de lo que era correcto y esperable. El dinero, la posición.

Aunque él había sido claro al agregar que la bancarrota no era la mayor amenaza. ¿Qué quiso decir? ¿Estaba en peligro? La posibilidad la puso muy ansiosa.

¿Podía ella lidiar con esto? ¿O su madre y su hermano tenían razón? *No seas cobarde, Bonnie, no te dejes impresionar por lo que desconoces. Si convences a Francis de que para ti solo existe Jonah como cortejante aceptable, tal vez él acceda a ayudarle.*

Estaba cepillando su cabello, ensimismada, cuando el golpe corto que anunciaba la entrada de su madre la sobresaltó, y la hizo respirar hondo. Se venía la tormenta que había evitado anoche al huir escaleras arriba.

—Bonnie, no puedes seguir así —dijo la duquesa, con un tono de reproche contenido—. Ayer me abstuve de hacer mayores comentarios, pero verte bailar con el señor Seaford... —hizo una pausa, como si la sola mención del nombre fuera suficiente para alterar su calma—. ¿En qué estabas pensando? Las miradas de la sociedad estaban sobre nosotros, y conceder el único baile de la noche a ese joven… ¡Esto no puede continuar! Eres más inteligente que esto, hija.

La mirada de su madre era severa, pero detrás de esa dureza, Bonnie podía percibir la preocupación que había motivado sus palabras. Como hermana del duque, cada una de sus decisiones tenía un peso familiar y social que no podía ignorar.

Bonnie sabía esto, lo había escuchado muchas veces antes, pero en este caso, le costaba aceptar la lógica de su madre.

—Recuerda que tus decisiones no solo te afectan a ti—añadió esta, su tono más suave, pero no menos firme—. El matrimonio no es un asunto personal; es una cuestión familiar, y conlleva una responsabilidad que no puedes tomar a la ligera.

Tomó el cepillo de su mano y peinó su cabello con gentileza, como cuando era niña, mientras le hablaba procurando insuflar razón en Bonnie.

—Querida, debes ser consciente de lo que implica una alianza matrimonial. No se trata solo de afecto. El señor Seaford... no es la elección prudente.

Bonnie suspiró, la conversación pesando en ella, en sus esperanzas, colapsándolas. La insistencia constante sobre el "deber" empezaba a desgastarla. Ella quería más que eso, sus sentimientos pasaban de lo esperable, lo aceptable. Quería al hombre que su corazón le decía era el correcto.

—Madre, comprendo tus inquietudes —respondió Bonnie, con voz medida aunque firme —. Pero también creo que no podemos juzgar a una persona por los errores de su familia. Jonah no es su padre.

La duquesa se detuvo un momento, y la miró a través del espejo, suspirando. Era evidente que no apreciaba su respuesta, y su deber como madre le impedía ceder.

—Tienes un buen corazón, Bonnie, y es admirable que lo veas así. Pero el matrimonio no es solo cuestión de sentimientos. Es una responsabilidad. Y debes considerar lo que está en juego antes de tomar cualquier decisión precipitada. Se reflejaría en tu hermano, en su posición, en la de Olivia, querida.

Bonnie sintió esto más que otra cosa. No quería que sus elecciones fuesen ignoradas, pero tampoco que su familia fuese afectada. Y por otro lado, ¿sería tan así?

—La posición de Francis es sólida, tanto en lo político como en lo económico, y nosotras tenemos una pequeña fortuna en inversiones…

—¿Crees que los rivales políticos de Francis no se frotarán las manos y arrojarán comentarios desagradables? Y ese dinero es para el futuro, un resguardo. Por favor, no caigas en alguna trampa—su rostro anunció su alarma, y Bonnie rodó sus ojos ante el dramatismo de su madre.

—Oh, por Dios, madre. ¡No soy ninguna tonta, ni mi ingenuidad es tanta!

—Confío en ello, querida—señaló—. Anda, termina aquí y baja, el té será servido en el jardín. Es bueno para Nessa y el futuro duque—sonrió con amplitud, y esta vez Bonnie acompañó el gesto.

La conversación no hizo más que afirmar sus dudas. Su madre siempre querría lo mejor para ella, eso lo sabía bien, pero ¿y si lo mejor para ella no era lo que su progenitora creía? El conflicto entre su deber y sus sentimientos era desgastante.

Más tarde, mientras el sol caía tibio sobre los jardines, Bonnie miraba cómo su hermano Francis caminaba junto a Nessa, ambos embebidos en la charla. El embarazo, tan esperado por la familia, había ocupado el centro de atención en los últimos días, en especial para Francis.

Su comportamiento protector hacia su esposa había aumentado, y esto no haría sino crecer, y era probable que le distrajera de los asuntos familiares. Bonnie lo veía más relajado, centrado en su propio pequeño mundo,

Probablemente por ello su madre parecía haber asumido la responsabilidad de controlarla con mayor intensidad. Olivia entró en la estancia y se sentó a su lado con una sonrisa comprensiva.

—Bonnie —dijo, con su voz suave pero firme—. Cambia ese semblante de agobio. ¿Es por el señor Seaford? Les vi bailando anoche, ¿qué pasó? Madre está que trina.

Bonnie miró a su hermana. A pesar de ser la más joven, Olivia siempre había sido una

gran confidente, alguien en quien podía confiar.

—No sé qué pensar, Olivia —admitió, con un suspiro, el aire cargado de resignación—. Él me confesó que está interesado, que quiere solicitar permiso para cortejarme, pero Francis… Le dijo que no lo hiciera, y la razón es su apurada situación. Una que Jonah reconoce, no me ha engañado sobre ella. Y nuestra madre no deja de recordarme nuestras responsabilidades.

Olivia, con su carácter vivaz y su capacidad para ver más allá de las presiones sociales, sonrió con cariño.

—Lo que nuestra madre y Francis piensen es… relevante, no digo que no sea así… Mas sus palabras no están talladas en piedra. Los adultos tan responsables a veces pierden visión más allá de lo que es aceptable o previsible—Bonnie la miró con atención, asombrada de la verborragia de su hermana, y de la claridad de sus pensamientos—. Jonah parece un buen hombre, Bonnie. Si tú lo ves así, deberías escucharte a ti misma.

Bonnie le devolvió una sonrisa, aunque tímida.

—En mi cabeza es sencillo, encuentro esperanzas, pero la realidad es bastante más compleja, me temo. De ahí mis dudas—respondió.

Olivia se inclinó hacia ella, con una mirada de solidaridad.

—Lo sé, pero al final, eres tú la que tendrá que vivir con las consecuencias de tu elección, no madre, o Francis. Este está muy feliz con la principal elección que hizo—ambas miraron a la pareja, que iban del brazo y reían—, y convengamos en que no fue la esperable ni la socialmente aceptable. El mundo sigue girando, ya ves—Olivia se hizo atrás con una sonrisa.

Bonnie asintió, pensativa. Su hermana tenía razón. El silencio que siguió entre las dos fue reconfortante. La presencia y palabras de Olivia la calmaron.

Bonnie cerró los ojos por un momento, tratando de concentrarse en lo que sentía, alejándose de las voces que la abrumaban. Olivia tenía razón. Tal vez debía comenzar a confiar más en sí misma y en lo que sentía por Jonah.

Él le gustaba en varios sentidos. Su presencia y porte, su talante sereno, su caballerosidad, su honestidad al hablar y mostrarse. Sus ojos, su voz, la masculinidad que exudaba, lo protector de su postura.

Su valentía: no dudó en acudir al llamado de Francis, pero tampoco en desafiarlo al acercarse a ella la pasada noche en lo de los Bancroft.

Pero sus anhelos no podían desconocer las complicaciones. Era factible que su hermano y madre la apoyaran si se mantenía firme, pero no tenía seguridad sobre el entorno de Jonah. Tenía que hablar con él en profundidad, más allá de los momentos robados en encuentros sociales pautados.

———

El salón de los Warwick era famoso por su elegancia y exquisitez, un lugar de referencia para las reuniones de la alta sociedad londinense. Las cortinas de terciopelo verde caían con gracia sobre ventanales enormes que dejaban ver los jardines y los muebles tallados con fineza reflejaban el lujo que la familia Warwick siempre había cultivado.

Pequeños retratos de ancestros, enmarcados con delicadeza, presidían las paredes, observando con aire solemne el desfile constante de damas y caballeros que acudían a los eventos organizados en esa majestuosa residencia.

La matriarca Worcester, con la implacable determinación de una madre preocupada por el futuro de sus hijas, había insistido en que Bonnie y Olivia asistieran al té de esa tarde.

Aquellas reuniones eran ineludibles para quienes deseaban estar al tanto de las novedades y, más importante aún, ser vistas. No era lo que Bonnie deseaba, y estaba segura de que tampoco Olivia, pero no podía negarse sin crear más jaleo e incordiar a su madre.

Así que aquí estaba, observando cómo las demás damas intercambiaban chismes y risitas contenidas en pequeños grupos. Aunque las conversaciones eran animadas, Bonnie estaba más allá del aburrimiento, y muestra de esto fue el bostezo inesperado que apenas pudo cubrir con su palma a tiempo.

—Bonnie —reprendió su madre, inclinándose hacia ella, su voz baja pero cargada de advertencia—, compórtate, jovencita. Si la marquesa te ve se molestará. Sabes lo orgullosa que se siente de sus recepciones.

Bonnie asintió, aunque su mirada se desvió hacia la ventana que daba al jardín. Las palabras de su madre eran sensatas, por supuesto, pero podía evitar el agobio ante la simpleza de algunos diálogos.

El murmullo de la sala se interrumpió brevemente cuando las puertas del salón se abrieron y Jonah ingresó custodiando a su hermana y a su madre. La llegada de los Seaford provocó no pocas frases detrás de los abanicos, varias irónicas, no tuvo duda.

Aunque la mayoría mantuvo la compostura, como correspondía, fue evidente que muchos de los asistentes no veían con buenos ojos la presencia de la familia, y esto la rebeló.

Jonah saludó a las damas con cortesía, y guio a su madre y a Gwen hasta uno de los lados del salón. Las atendió con solicitud, trayendo bebidas, y luego se incorporó y miró alrededor.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Bonnie, brillaron más, o eso creyó ella, que desplegó una sonrisa y devolvió el gesto de saludo con la cabeza. Intentó mantener la compostura, tal como su madre le había inculcado.

Pero cuando Gwen Seaford se acercó para charlar con ella y Olivia, y Jonah la siguió, nervios como aleteo se manifestaron en su pecho.

Olivia se abocó a conversar con animación con la joven Seaford, y la invitó a sentarse

con ellas, y esto dio pie para que Jonah también lo hiciera, todos ignorando el carraspeo alto e indignado de la madre Worcester.

Hubo risas y comentarios triviales, y entre Bonnie y Jonah las miradas rápidas, fugaces, aumentaron, como si con esos pequeños gestos se dijeran lo que no podían expresar en palabras.

—Olivia, Bonnie, vamos a expresar nuestros respetos a la marquesa—ordenó su madre, su voz firme, no admitiendo desobediencia, y ambas la siguieron.

La siguiente hora fue pesadísima, su madre haciendo lo posible por entretenerlas y no dejó de arrastrarlas de grupo en grupo hasta que Bonnie casi gritó de indignación

Conforme el evento avanzaba y algunos invitados se retiraban al jardín para disfrutar del aire fresco, Bonnie aprovechó un momento de soledad para alejarse del bullicio y caminar entre los rosales que adornaban la parte trasera de la casa.

Necesitaba despejar su mente. El aroma de las rosas flotaba en el aire, mezclándose con el tenue rumor de las conversaciones que se apagaban a lo lejos. Su nombre susurrado con urgencia la hizo volverse. Para su sorpresa, Jonah la había seguido.

—Lady Bonnie —dijo en un susurro cuando se acercó, su voz baja para evitar ser escuchado—. Lamento que nuestras interacciones sean siempre tan formales. Me gustaría que tuviéramos más tiempo para hablar con sinceridad, sin la presión de estar vigilados.

Bonnie lo miró, su corazón latiendo con fuerza ante su proximidad. No era apropiado, pero poco le importaba en este instante, con franqueza. Esto quería, hablar de verdad.

—Es la realidad de nuestra sociedad, señor Seaford —respondió Bonnie, manteniendo la formalidad, aunque su voz revelaba un anhelo que no podía ocultar.

—Sé que no hago bien, pero… Necesito que sepa que no dejo de pensarla, y por ello busco soluciones. Estoy tratando, Bonnie, tratando de ser el hombre que merece, el que su familia pueda aceptar.

—Es hora de que se decida y desafíe las convenciones, Jonah. Le aseguro que valdrá la pena el esfuerzo.

Las palabras de Bonnie eran valientes, pero también arriesgadas. Desafiaba las normas de su mundo al sugerir que Jonah debería luchar por ella, y más aún, al insinuar que estaba dispuesta a ser parte de esa lucha.

El eco de sus palabras quedó flotando entre los dos, como una promesa, una que ella aspiraba a mantener. Jonah la miró y dio un paso para estar más cerca, aun respetando las distancias que imponía la sociedad, pero la ferocidad de sus emociones era patente en sus ojos y no podía disimularse.

Bonnie se estremeció, sintiendo el calor llegar a sus mejillas. Quería esa intensidad, las promesas de esa mirada. Quería a Jonah Seaford en su vida, como su prometido, como el futuro.

—¿Está dispuesta a que su nombre sea unido al mío en medio de conversaciones crueles,

lady Bonnie? —preguntó Jonah, su voz más baja, como si temiera la respuesta.

Bonnie no apartó la mirada, sus ojos fijos en los de él, y respondió con serenidad:

—Sí, si me demuestra que es el hombre que creo que es.

Hubo un silencio corto en el que las miradas fueron las que se pronunciaron. El corazón de Bonnie latía enloquecido. Esto era, el momento que había anhelado, el de la verdad entre ambos.

—Le prometo que lo soy —dijo Jonah con un tono decidido, y determinación en su postura envarada y en su mirada.

Antes de que pudieran continuar, un murmullo detrás de ellos les advirtió que no estaban solos. Bonnie se giró y vio que algunas damas se acercaban al jardín. Y su madre, la observaba desde la distancia, aunque fingía estar enfrascada en una conversación.

—Será mejor que nos separemos. Mi madre podría tener un vahído ahora mismo. No es partícipe de mi entusiasmo por esta… relación —dijo Bonnie en voz baja, con una leve sonrisa que insinuaba que aunque las convenciones los separaran en ese momento, había esperanza.

Jonah asintió, pero antes de que ella se alejara y volviera al salón, la tomó suavemente de la mano y, con una última mirada intensa, susurró:

—No me rendiré, Bonnie. No quiero, y no puedo, me temo.

El pecho de Bonnie se llenó de calidez, bienhechora e inesperada, y elevó al Cielo el pedido de que esto entre ambos pudiera crecer y florecer.

SIETE.

La familia almorzaba en el comedor más pequeño de su residencia cuando se hizo el anuncio que sacudió a Bonnie, que había estado distraída, jugando con el cuchillo de plata en su plato.

—He decidido que haremos un viaje a Bath—dijo su madre con la misma naturalidad con la que podría haber anunciado un paseo por el parque—. Será una pequeña escapada para alejarnos de Londres por un tiempo.

Bonnie levantó la vista de inmediato, la sorpresa evidente en su rostro. No le cabía duda que este era un plan premeditado con un propósito claro: alejarla de Jonah. El mero pensamiento le hizo apretar el cuchillo con fuerza entre sus dedos.

—Bath—repitió en voz baja, incrédula ante la jugada de su familia, y odiando el viaje antes de que este estuviera en progreso.

No importaba que el lugar convocara la cascada de recuerdos de su infancia. Sí, Bath tenía muchos atractivos: los baños termales, el aire fresco y las reuniones sociales que solían celebrarse allí, mucho más desestructuradas que las de Londres. Pero en este momento era un sitio lejos de Londres y de Jonah.

—Es un buen lugar para despejarse y descansar —comentó su madre, como si estuviera leyendo los pensamientos de su hija—. Una oportunidad que necesitamos, un cambio de aire.

Bonnie permaneció en silencio, mientras su madre y Olivia discutían los detalles del viaje. Ambas aparecían entusiasmadas con la idea de Bath, pero no ella. No, en realidad la rabia crecía en Bonnie, como una pócima en un caldero. No se reconocía en esta mujer con deseos de explotar y chillar de disgusto ante la maniobra.

Su madre estaba decidida a alejarla de Jonah, y este viaje era una estrategia, y para su desánimo, iba a funcionar. La distancia física entre ambos sería tal que no lo vería, no podría hablar con él.

Su frustración alcanzó nuevos rangos, y se encontró con las uñas de su mano derecha clavadas en la palma de la izquierda. No tenía caso confrontar a su madre, no cedería, la conocía bien, estaba convencida de la necesidad del viaje, e inmersa discutiendo la logística y las ventajas como para prestar atención a sus objeciones.

No tuvo tiempo de nada que no fuese preparar sus petates, y en dos días estaban viajando, cuando el sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte.

El carruaje avanzó con suavidad por los caminos sinuosos que conectaban Londres con la ciudad balnearia, y Bonnie se mantuvo en silencio, reconcentrada en el paisaje cambiante que poco a poco la alejaba de Jonah.

Las colinas y los campos de Somerset se desplegaban ante sus ojos y parecían

extenderse hasta el infinito, y convocaba a una calma que Bonnie no podía sentir. No, su cabeza era tormenta.

—Oh, respiren este aire, es excelente, puro—comentó su madre, ajustando su chal de seda sobre los hombros—. Será como en el pasado, lo disfrutaremos tanto.

Bonnie no respondió. La paz que buscaban no era para ella, sino para su madre, que deseaba con todas sus fuerzas cortar cualquier posibilidad de que Jonah siguiera ocupando los pensamientos de su hija.

Lo que no entendían era que no podía alejarlo de su mente porque incluso en esos momentos de silencio, la figura de Jonah aparecía con más fuerza que nunca. Flaco favor se hacían Francis y su madre si creían que porque la arrancaban de Londres ella cambiaría su sentir, rezongó con virulento rencor.

—Leí que habrá una serie de bailes en los salones Assembly—dijo Olivia con un brillo de emoción en los ojos—. Podremos conocer a muchas personas interesantes.

—¡Claro que sí! Muchas familias de la nobleza están allá, gente apropiada en un entorno magnífico—dijo su madre.

Bonnie intentó mantener la compostura, aunque su corazón se encogió ante la insinuación. Olivia hizo un gesto solidario con Bonnie. Su hermana sabía bien que estas palabras dolían, tanto como la acción de huir de Londres y arrastrarla lejos.

El carruaje Worcester llegó a Bath al mediodía, cuando el sol brillaba con fuerza sobre los tejados de piedra caliza que daban a la ciudad su característico tono dorado.

A medida que avanzaban por las calles adoquinadas, Bonnie admiró la elegancia serena de los edificios de estilo georgiano con sus fachadas simétricas y su majestuosa sencillez.

—Es incluso más impresionante de lo que recordaba —comentó su madre, descendiendo del carruaje con una sonrisa de satisfacción.

El personal de la casa que habían alquilado en la zona de The Circus salió para recibirlos, eficiente, y tras instalarse en sus habitaciones, la familia se dispuso a dar un paseo por la ciudad. Bonnie vestida con un vestido de muselina en color marfil se dejó para explorar los alrededores.

Uno de los primeros lugares que visitaron fue el Pump Room, famosa atracción que estaba muy concurrida. El murmullo de las conversaciones llenaba el amplio salón bañado por la luz que entraba a raudales por los grandes ventanales.

Los invitados, muchos de ellos bebiendo el agua de los famosos manantiales minerales, se movían entre las mesas con una elegancia estudiada. No tardaron en encontrarse con conocidas, y mientras su madre conversaba con ellas, Bonnie y Olivia circularon, observando a la multitud.

Esta fue la tónica que dominó los días siguientes. Aburrimiento, sonrisas dibujadas que le hacían doler los pómulos, pensamientos grises, eso llenó la mente de Bonnie en cada jornada, y

estas transcurrían con lentitud.

Bonnie sentía que se marchitaba y no podía deshacerse de la tristeza que la invadía. Olivia fue la primera en notar la creciente melancolía de su hermana. Una tarde, mientras paseaban por los jardines de Sydney, le habló con suavidad:

—Bonnie, sé que estás triste. Y sé por qué, lo entiendo. Pero tienes que animarte, temo que te enfermes. —dijo con su característica franqueza, aunque con suavidad—. No has dejado de pensar en Jonah, ¿verdad?

Bonnie se detuvo un momento, mirando las flores que florecían a su alrededor, antes de suspirar.

—No sé qué hacer, Olivia. No puedo dejar de pensar en él, pero parece que todos conspiran para mantenernos alejados. Madre, Francis, la sociedad... No conozco alguien que no esté en su contra.

Olivia la miró con una sonrisa alentadora.

—Yo no lo estoy, y tampoco Nessa, o nuestras amigas. Y sabes que Francis lo hace para protegernos… Pero, dejemos eso. Dime, ¿por qué no tomas la iniciativa? Si lo que buscan es evitar que os veáis, y tú estás convencida de que él desea estar contigo, escríbele una carta. Si te echa de menos, tanto como tú a él, vendrá.

Bonnie miró a su hermana, sorprendida por la sencillez de la solución. Olivia siempre había tenido una manera pragmática de ver las cosas. ¿Y si tenía razón? No perdía nada con probar, se dijo.

———

Mientras tanto, Jonah estaba en Londres, atrapado en el desafío de probar a la sociedad, pero sobre todo al duque de Worcester, que podía solucionar los ingentes problemas que acuciaban a los Seaford.

Había sido más sencillo en su mente, y el que su padre se hubiese involucrado con maleantes que no escatimaban en demostrar su brutalidad lo complicó todo. Su padre había sido abordado en plena calle, y golpeado; su brazo roto era un recordatorio de la fragilidad de la situación.

Había caminado por los pasillos de la casa familiar, sintiendo el peso de cada paso que daba. Las paredes, alguna vez símbolo de su legado, parecían aplastarle bajo la carga de las deudas y los problemas.

El Barón, quien solía ser un hombre enérgico y orgulloso, yacía en una cama, con el rostro pálido y la mirada perdida en el vacío. Jonah sentía una mezcla de ira y compasión al verlo así, pero no podía permitirse debilidades. Debía encontrar soluciones, y rápido.

Después de varias discusiones con el administrador, quien le recordaba a cada momento

la urgencia y los incumplimientos que se acumulaban, Jonah tomó una decisión difícil.

No importaba que su padre se resistiera, esto era una cuestión de supervivencia, y no había opción: debían vender los caballos de carrera. Estos, el orgullo y la obsesión de su padre, eran lo único que les proporcionaba un atisbo de esperanza, aunque fuera momentáneo. No solucionaría la situación, pero les daría tiempo y aire.

Como lo previó, la discusión fue amarga y dolorosa, pero Jonah se hizo fuerte y , vistió su voz y porte de autoridad, y finalmente tuvo éxito al forzar a su padre a aceptar la venta.

Tomó unos días, pero al final hubo suerte, y dos compradores se quedaron con los corceles, y con poco regateo. Cuando el dinero entró en la cuenta familiar, Jonah sintió que un poco de aire llenaba sus pulmones y podía pensar mejor. Era un alivio temporal, lo entendía, pero servía.

Jonah pasó las noches en vela, repasando una y otra vez las cuentas, barajando posibles negocios con las tierras e incluso mirando posesiones antiguas y valiosas que podían ser vendidas, aunque su madre se aferrara a ellas. Era algo a considerar.

En esas horas solitarias, su mente vagaba hacia Bonnie. No la había visto desde su encuentro en la gala de los Bancroft, y la echaba de menos. Allí el duque había vuelto a marcar su desaprobación, y vio lo mismo en la mirada agria de su madre.

Él se había quedado pegado de sus palabras y del desafío que estas representaban. Bonnie quería que él se arriesgara por ella, y vaya si lo quería hacer.

Pero tenía que dar vuelta su situación, se instaba, y por ello volvía a los números. Bonnie se había convertido en la única fuente de consuelo en medio del caos que lo rodeaba, la luz en el largo túnel que atravesaba.

Sin embargo, el destino, o las personas, se empeñaban en separarlos. Por conocidos en común se enteró de que la familia Worcester se había marchado a Bath, y esto le pesó.

Esto lo volvía todo más difícil, no dudó de que la habían llevado allá para separarlos, para que ella olvidara su interés por él, y el temor de que esto pudiera ocurrir lo agobió.

Bonnie era bonita, joven, rica, su posición social era incontrastable. Muchos interesados la rodearían. Sintió como si un abismo invisible se hubiera abierto entre ellos.

Jonah pasó días tratando de arreglar la situación de su familia, recortando gastos, procurando controlar a su padre y sus salidas, visitando las tierras y planificando las próximas cosechas y observando el pago de las rentas. Terminaba sus jornadas agotado.

Entonces, una mañana, llegó una misiva. El sobre, delicadamente perfumado, y el trazo de la letra, suave y elegante, hicieron que su corazón se acelerara. Al abrirla, las palabras le trajeron un alivio que no había sentido en semanas.

Con una sinceridad que lo conmovió, ella le decía que lo extrañaba, que su estancia en Bath era monótona y una forma de mantenerla lejos, y que desafiaría lo que fuera necesario para

estar juntos, si él sentía igual.

Le escribió con el corazón en su mano, eludiendo lo conveniente y convencional, y esa honestidad franca le devolvió las ganas de vivir y luchar. Jonah no lo pensó dos veces.

Fue como si la bruma que lo rodeaba se despejara, y una determinación inquebrantable se apoderó de él. Decidió que cambiar de aires y dirigirse a Bath no solo le permitiría estar con Bonnie, sino que también podría escapar, al menos por un tiempo, de las amenazas de los acreedores que los acechaban en Londres.

La distancia que lo separaba de ella era el último obstáculo que estaba dispuesto a tolerar. Decidido, habló con su madre y con Gwen, que se sorprendieron primero y regocijaron después.

Les encomendó empacar con rapidez, se encargó en persona del carruaje, asegurándose de que todo estuviera listo para partir cuanto antes. Cuando dijo a su padre cuál era su destino, este quiso evitar el viaje, pero Jonah no le dejaría aquí, libre para hacer tonterías.

En su mente solo había un objetivo: llegar a Bath y encontrarse con ella. Varias cosas estaban claras en su cabeza: hablaría con el duque, otra vez, pero esta vez se haría oír.

Estaba dispuesto a hacer una oferta al duque, y aunque sabía que no podía ofrecerle a Bonnie la vida de lujo y seguridad que merecía, sí podía asegurarle algo más valioso a largo plazo: su trabajo duro, su dedicación y su amor incondicional.

Había escuchado la historia de amor entre el duque de Worcester y su esposa, y si este había cedido ante una escocesa sin una libra, tal vez podría entender lo que él y Bonnie sentían uno por el otro. Rogaba no equivocarse.

Mientras el carruaje avanzaba por los caminos serpenteantes, Jonah no dejaba de repasar las palabras que diría al duque. Sabía que tendría reservas, y con razón. Pero también estaba convencido de que podía ganarse su respeto y confianza.

No podía acercarse a Bonnie sin asegurarse de que el interés en ella fuera visto como honorable, digno. Estaba decidido a demostrar que podía ofrecerle una vida plena, aunque no exenta de desafíos.

El viaje, aunque largo y rodeado de quejas de su padre y las jaquecas de su madre, se le pasó rápido, respirando mejor a medida que dejaban Londres atrás. Al llegar a Bath, su corazón latía con fuerza.

Lo mejor que podía pasarle en la vida aguardaba en Bath, y Jonah estaba listo para demostrarle que estaba dispuesto a luchar por ella.

OCHO.

La suave luz matinal bañaba las calles adoquinadas de Bath. El clima era perfecto para un paseo, y la sugerencia de visitar los antiguos baños romanos fue recibida con beneplácito.

Aunque los originales ya no se utilizaban para bañarse, seguían siendo un símbolo del pasado glorioso de la ciudad y un atractivo para los visitantes que querían sentir el peso de la historia bajo sus pies.

Bonnie siguió a los suyos con paso lento, su curiosidad en segundo plano detrás de su ansiedad a la espera de una respuesta a su misiva. ¿Había sido demasiado atrevida? Si su madre o hermano supiesen el tenor de la carta enviada se horrorizarían, no tenía duda.

Al llegar a los Baños Romanos la vista la dejó por un momento sin aliento y la ancló al presente. Era imponente. Las piedras antiguas, algunas erosionadas por los siglos, contrastaban con la calma del agua cristalina que reflejaba los rayos del sol.

El lugar estaba repleto, y como siempre, había conocidos a la vista. Mientras su madre se entretenía conversando con una amiga, Bonnie decidió alejarse para observar los detalles arquitectónicos con mayor detenimiento.

Su mente vagaba entre los ecos de los antiguos romanos y los pensamientos persistentes sobre Jonah cuando, de repente, sintió una presencia cerca. Molesta ante la perspectiva de la forzada socialización, se dio la vuelta, y se congeló.

Jonah Seaford estaba ante ella como si hubiera surgido de la misma bruma de sus pensamientos. Se acercó con su porte elegante y una sonrisa enorme que convocó la suya.

Su corazón latía con una prisa desconocida, y esto era evidencia de las emociones profundas que él provocaba en ella. Bonnie estaba enamorada de este hombre, no tenía dudas sobre ello.

—Lady Bonnie—saludó Jonah con una ligera inclinación formal, pero el tono de su voz delató una cercanía que no podía esconderse tras las normas de etiqueta—. Me enteré de que estaría aquí—Él la observó un momento y sonrió, y a Bonnie le volvió el alma al cuerpo—. Mis palabras no alcanzan para expresar lo mucho que la he echado de menos.

Bonnie se mordió el labio inferior, y desplegó una sonrisa feliz, la grana llegando a cada centímetro de su faz. Había anhelado este encuentro, y él aparecía en el momento justo.

Su voz, su presencia, la manera en que la veía… Despejaban la tensión y tristeza que sentía desde su forzada partida de Londres.

—Me pasó igual, pero ya lo sabe. Mi carta fue elocuente. Tal vez demasiado—respondió, su voz baja, pero con una chispa de intriga.

Jonah sacudió su cabeza, negando, y el brillo de la determinación en sus ojos.

—Nunca—dijo, fervoroso Fue lo que necesitaba, con franqueza. Estaba muy inquieto.

Creí… Creí que tal vez usted podría encontrar distracciones que le hicieran olvidar…

Ella denegó, y la tentación de acercarse a él y tomarle de las manos fue mucha, pero los rodeaba mucha gente, les observaban.

—Su nota me convenció de que mi lugar es cerca suyo, tanto como pueda, mientras procuro eliminar los obstáculos que nos separan—dijo, su tono serio—.No podía estar sin verla… Estoy decidido. Hablaré con su hermano, otra vez. Le haré ver que estoy dispuesto a hacer lo necesario... y más.

Bonnie sintió una mezcla de alivio y emoción al escuchar esas palabras. Jonah no estaba dispuesto a rendirse, y aquello reavivaba la esperanza que había comenzado a debilitarse en su corazón.

Antes de que pudiera decir algo más, la voz de su madre la llamó, y la tensión en su cara cuando reconoció a Jonah fue evidente. Desilusión, rabia, preocupación, todo leyó en la faz sonrojada de su madre.

Bonnie suspiró, pero estuvo segura de que la reconvención y los reproches no serían públicos. Su madre era experta para mantener la compostura.

—Señor Seaford—dijo la duquesa con un tono frío pero social.

Jonah inclinó la cabeza con cortesía, y la incomodidad ante el escrutinio al que estaba siendo sometido se reflejó en su carraspeo.

—Muy buenos días para usted, miladi—dijo con calma—. Estaba diciendo a su hija…

—Bonnie, querida —interrumpió su madre con una sonrisa tensa—, nos están esperando para el almuerzo.

La punzada de decepción que sintió Bonnie al ver cómo el momento se desvanecía no duró mucho. Las palabras de Jonah, su firmeza y determinación, habían reavivado la esperanza en su pecho. El encuentro había sido breve, pero importante.

—Señor Seaford, me alegra que haya venido a Bath. Nos veremos pronto—indicó, e ignoró la tos ahogada de su madre.

No dejaría que los alejaran. Estaba segura de sus sentimientos, y las palabras de Jonah eran claras expresiones de su permanente y duradero interés en ella, y en una relación.

Hablaría con Francis, eso dijo. Tenía que asegurarse de que sus palabras no cayeran en oídos sordos. Se encargaría de llamar la atención de su hermano y forzar sus barreras.

———

Esa misma noche, Bath celebraba uno de los eventos más esperados de la temporada en los salones Assembly, centro de la vida social de Bath. Los bailes que allí se celebraban eran la ocasión perfecta para que la alta sociedad desplegara toda su elegancia y sofisticación.

El salón era impresionante, con techos altos adornados por grandes candelabros de cristal que lanzaban destellos sobre las paredes decoradas con frescos de escenas mitológicas.

Bonnie había seguido las indicaciones de su madre al dedillo en lo concerniente a su vestimenta, deseando estar tan bonita como fuese posible. El espléndido vestido de seda en un delicado rosa labrado sentaba bien a su figura.

Su cabello, que Olivia ayudó a recoger en un elegante moño, estaba adornado con pequeñas flores frescas. Se sentía resplandecer, pero tal vez eso era por la alegría que la llenaba.

A su lado, Olivia lucía radiante con su propio vestido, y su madre, compuesta, observaba con ojo crítico el desarrollo del evento, asegurándose de que sus hijas estuvieran custodiadas, y tal vez dispuesta a evitar que Jonah llegara a ellas.

No era algo en lo que tendría éxito, pensó Bonnie, dispuesta a desafiar a su madre esta vez, y suponiendo que esta no haría nada ostensible, a riesgo de exponerse más de lo necesario.

No pasó mucho hasta que Bonnie encontró a Jonah entre la multitud, quien se encontraba conversando con un grupo de caballeros, a su lado el barón de Seaford y más atrás, su madre y hermana.

Vestido con un frac oscuro y un cravat perfectamente anudado, Jonah destacaba, al menos así le pareció a Bonnie. Era elegante, alto y atlético, su rostro de facciones serenas y sus ojos resaltaban. Y su mirada estaba fija en ella. Bonnie vibró, no había otra palabra para definir lo que sentía.

La música comenzó, y los caballeros se movieron para invitar a las damas a la pista de baile. Jonah, manteniendo la formalidad que la situación requería, se acercó a Bonnie y le ofreció una leve reverencia, su mirada destellando con desafío y emoción contenida.

—Lady Bonnie, ¿me concedería este baile? —preguntó, cortés.

Bonnie sonrió, su corazón latiendo con fuerza.

—Con mucho gusto, señor Seaford.

Tomados de la mano, avanzaron hacia el centro del majestuoso salón, donde los músicos comenzaron a tocar el vals. Al ritmo de la música, sus cuerpos giraron con elegancia, moviéndose entre los demás bailarines con facilidad.

Durante esos instantes, mientras giraban en la pista, el tiempo pareció enlentecer. La música, las luces, las conversaciones en susurros... todo dejó de importar. Lo único que valía era la conexión que se tejía entre ellos, una que necesitaba pocas palabras.

—Hablaré con su hermano mañana mismo—murmuró Jonah, aprovechando un momento en el que sus rostros estaban cerca—. Le haré ver que soy digno de usted.

—Lo es, para mí es evidente. Francis viajó a Londres esta tarde por un asunto urgente. Cuando le hable, hágale saber sus sentimientos, pero también procure brindarle datos concretos. Mi hermano es un hombre práctico que admira a los hombres con un plan y determinación.

—Tengo ambos, se lo aseguro.

—Y si es necesario, recuérdele que él mismo cayó ante alguien que no parecía adecuado, y los resultados fueron excepcionales.

Si, Bonnie no sintió remordimiento alguno al darle estos consejos. Francis había desechado sus intentos de conversar de manera civilizada esta mañana, aunque Nessa le aseguró luego que ella insistiría en el mensaje que Bonnie quería comunicar. El duque necesitaba un baño de realidad, y también su madre.

Y si no modificaban sus actitudes, estaba dispuesta a tomar medidas severas. Bonnie tenía dinero, y disponibilidad. Las apretadas reglas que encorsetaban a las mujeres nobles no eran las mismas que rodeaban a la clase media, o a las trabajadoras.

Poco le importaba el estatus o la posición si no tenía amor. No cedería. Estaba dispuesta a luchar por él, sin importar las consecuencias. El futuro era incierto, pero lo que compartían, la intensidad de sus sentimientos, era real. No se engañaba, estaba en los ojos de Jonah, que no se despegaban de ella.

Cuando la música se detuvo, y Jonah la acompañó de nuevo a su sitio, Bonnie sintió que el futuro que ambos anhelaban estaba cada vez más cerca.

———

Al día siguiente, Bonnie ignoró a su madre y sus palabras. Aceptó de inmediato la invitación de Olivia a ir por una caminata por la zona enjardinada de la ciudad, custodiadas por la señora Tremain.

Estaba nerviosa, ansiosa, a la espera de los acontecimientos, pero debía ser paciente. Olivia se distrajo con unas amigas, charlando de la gala de la noche anterior, y Bonnie se excusó para disfrutar en solitario de la belleza del lugar.

Los jardines estaban tranquilos, bañados por la luz de la tarde, y la brisa fresca susurraba entre los árboles. Caminaba despacio, inmersa en sus pensamientos, cuando lo vio. Vaya si Bath parecía pequeño, consideró, agradecida al azar.

Jonah estaba de pie, solo, apoyado en la baranda del pequeño puente que cruzaba uno de los arroyos. El agua clara fluía bajo él, reflejando los colores del cielo.

Caminó a su encuentro, y al verla, Jonah se enderezó y vino a ella con prisa.

—Lady Bonnie—saludó con una sonrisa, una solo para ella, Bonnie lo creía con énfasis, porque le había visto brindar otras a su hermana y al entorno, y eran distintas—. No esperé encontrarla, pero me llena de júbilo.

—Camine conmigo—le dijo, sabedora de que no era lo más apropiado, pero pasaba de eso, cada vez menos interesada en cumplir normas ridículas.

Avanzaron por el sendero entre los árboles, no muy lejos de donde estaba Olivia, y vio que la señora Tremain miraba a todos lados. No tenían mucho tiempo, este momento de privacidad tenía los minutos contados, pero era invaluable.

Mientras marchaban, sintió el leve roce de la mano de Jonah contra la suya. Fue un gesto tan sutil que apenas se dio cuenta al principio, pero al notarlo, su corazón se aceleró. Ese contacto, aunque fugaz, no era accidental.

Jonah no dijo nada, pero en sus ojos había una chispa de atrevimiento que no había visto antes. Hubo un largo silencio, que él lo rompió con un susurro, su voz apenas un murmullo sobre el viento que los rodeaba.

—Bonnie—dijo, deteniéndose y girando hacia ella, sus ojos oscuros brillando con una emoción contenida—. No tienes idea de la profundidad de mis sentimientos por ti. Siento como si estuviésemos destinados, como si nuestras almas y cuerpos se atraen por designio divino, y sé que suena… Ridículo, sentimental, pero quiero ser sincero, abrir mi corazón.

El de Bonnie pareció detenerse ante la sentida confesión. Sus palabras eran una declaración, un reconocimiento, y llenó su espíritu. Jonah dio un paso más cerca, y aunque seguía manteniendo la distancia respetuosa que la sociedad imponía, su mano se posó sobre la de ella.

La caricia era leve, apenas un roce. Luego, envolvió la mano de Bonnie entre las suyas, y en un gesto cargado de significado, llevó sus dedos a sus labios, dejando sobre ellos un beso suave y reverente.

Aunque era un gesto tierno, para ellos significaba mucho más. Era el principio de algo más íntimo que ambos deseaban, y que comenzaba a materializarse.

—Pronto—prometió—. Pronto esto no será un gesto atrevido ni prohibido. Lo prometo, haré mi parte para que puedas sentirte orgullosa de mí, y tu familia me acepte.

Con el cuidado de un caballero que no quería comprometer a la dama, Jonah se inclinó una vez más, esta vez apenas rozando con sus labios la mejilla de Bonnie. El contacto fue tan leve como el de la brisa que acariciaba la piel, pero suficiente para que el mundo a su alrededor pareciera detenerse.

Le miró alejarse, estremecida, conmovida de pies a cabeza, y la voz de la señora Tremain se oyó lejos, muy lejos.

NUEVE.

Esa misma noche los Worcester fueron invitados a una recepción en una de las residencias más distinguidas de Bath. A diferencia de las galas anteriores esta era más íntima, lo que permitió que las conversaciones fluyeran de manera más relajada y que los asistentes disfrutaran de un ambiente menos formal.

Bonnie se sentía particularmente bonita esta noche, y había hecho lo posible para sacar partido a los que se solían señalar como sus mejores rasgos. El vestido de seda en suave marfil resaltaba el color de su piel y ojos, y su cabello, trenzado con cintas de satén, caía en rizos suaves sobre sus hombros.

Al llegar su mirada buscó a Jonah, pero él no aparecía, para su disgusto. Había fantaseado con miradas furtivas y pequeñas sonrisas cómplices que solo ellos entenderían.

La luz tenue de las lámparas y el suave murmullo de las conversaciones la rodeó y con el paso de las horas su ánimo decayó. Su madre, satisfecha de no tener de qué preocuparse, se relajó y charlaba lejos cuando Bonnie vio a Jonah haciéndole un leve gesto, indicando que la siguiera.

No lo dudó un instante, porque de hacerlo voces de reconvención sonarían en su cabeza. Con calma se escurrió del salón en la dirección señalada, que la llevó hacia uno de los jardines de la residencia.

El aire fresco de la noche y el resplandor tenue de las estrellas creaban el escenario perfecto, consideró, al menos para el romance. Su ansiedad por estar con él la volvía atrevida y le hacía ignorar lo obvio: estaba dando un paso que la comprometía, porque estar a solas con un caballero era impensable. No la detuvo esta consideración.

Jonah sonreía, y extendió su brazo para tomar su mano y llevarla a sus labios con reverencia. Bonnie sintió el calor de sus labios a través de la suave tela de sus guantes, y tembló con levedad, azorada por lo que el contacto provocaba en ella.

—Bonnie, estás… resplandeciente.

Su mano rozó el brazo de Bonnie, y las yemas de sus dedos parecieron quemar la piel que quedaba expuesta por encima de su codo. Le miró, parpadeando, muda, y cuando él se acercó y tomó su rostro entre sus manos y su boca descendió sobre ella para darle un beso suave, el primero de Bonnie, sintió que sus piernas apenas la sostenían.

El contacto fue breve, apenas un roce de labios, pero su boca pareció explotar de sensaciones que se ramificaron y enervaron su piel, agitando su pecho. Bonnie había imaginado ser besada, pero esto que sentía era físico y emocional al mismo tiempo.

Sellaba una promesa, y con él cruzaban la línea que lo llevaba todo al máximo. Jonah retrocedió, sus párpados entornados, y la observó por un instante, y su sonrisa pareció más

brillante, si cabía.

—Bonnie... —empezó a decir, pero el sonido de pasos cercanos interrumpió el momento.

Se separaron con rapidez, conscientes de que no podían ser vistos, de que habían transgredido límites, pero vaya si a Bonnie le importaba poco. El interés creciente que la había llevado a observarlo y escucharlo en galas había devenido en atracción, y esta en fijación.

Estaba convencida de que Jonah Seaford era el único hombre que ella podría aceptar, y eso la hacía actuar en consecuencia. Bonnie era una Worcester, tenía los mismo rasgos que hacían de Francis un hombre determinado.

Si hasta que conoció a Jonah se había comportado como era de esperar, respetando las normas y convenciones, era por educación, pero también porque no había nada que la instase al desafío. No era lo que le pasaba en el presente.

Su obstinación devenía en valentía y desafío, y confrontaría la oposición. Cada encuentro con Jonah reforzaba su visión de él: era honesto, decente, luchaba por lo que deseaba, y le había expresado su decisión de hacerlo por ella.

No habría normas ni expectativas familiares que les detuvieran, se dijo. Estaba preparada para enfrentar la negación de los suyos a su relación con Jonah, aunque rogaba no tener que recurrir a medidas extremas, como huir con él.

El que lo estuviese considerando demostraba su irrevocable determinación.

—Quería que supieras que estoy aquí, que no me he ido y sigo decidido. No estoy invitado esta noche. Me colé aquí solo para verte, pero este beso… Me da más fuerzas para pelear por ti, y si a los ojos de otros sería considerado escandaloso, para mi es sagrado, Bonnie. Ve, no hagamos que tu familia se ponga nerviosa por tu desaparición, mi bello ángel.

Vaya si esas palabras no atizaron su resolución.

_____

El aire se sentía diferente el día siguiente del beso que compartió con Bonnie. Sus pasos sonaban en el empedrado, los pensamientos enredados en una maraña de emociones descontroladas.

Ir a esa mansión, llamarla, y besarla había sido de una audacia escandalosa, pero no lo lamentaba. Fue como cruzar una línea invisible que la sociedad y sus propias circunstancias habían impuesto, y lo hizo obnubilado por la visión que era Bonnie.

Verla en aquel salón bajo la luz suave de las lámparas que le conferían un brillo etéreo había sido determinante. Ella era la única mujer que le había atraído así, que le hacía sentir que moriría lento lo que le quedara de vida si no la tenía.

Sus labios, su piel, su sonrisa y su mente le convocaban y él no era sino marinero

alucinado atraído por la sirena. Si naufragase como consecuencia, poco importaba. Jonah se sentía libre y atrapado a la vez.

Ella lograba que el peso de las preocupaciones desapareciese, aunque fuera por un momento. Le hacía sentir vivo, como si pudiera dejar atrás las sombras que su familia proyectaba sobre su vida. Suspiró con largura.

La realidad seguía siendo ineludible. La deuda que su padre había acumulado no era solo un obstáculo financiero, sino un vínculo con personas y actividades que Jonah no deseaba para Bonnie.

Deseaba que el duque volviera pronto, necesitaba hablar con él, y no quería pensar en el peor de los escenarios. La esperanza era una dama esquiva y peligrosa, pero necesaria, y Bonnie significaba eso en su vida.

Estaba sumido en pensamientos cuando la realidad decidió asestarle una bofetada. La figura que emergió a la vuelta de una esquina era una de las razones para las tribulaciones familiares: Lord Stanhope.

Verle aquí fue un auténtico shock. Con su sombrero inclinado y su porte impecable, no era solo otro noble de la sociedad. Era la cabeza visible de un oscuro tinglado de apuestas y otras actividades ilegales que se extendían por las altas y bajas esferas de Londres.

Jonah había logrado arrancar a su padre mucha información sobre este hombre, y tenía muy claro que no era alguien a quien se debía tomar a la ligera. Y ahora, aquí estaba, en Bath, como un amargo recordatorio de los peligros que se cernían sobre su familia.

—Seaford —Stanhope se detuvo delante suyo, impidiéndole el paso, en su boca una leve sonrisa que sus ojos quietos y escrutadores no reflejaron—. Qué conveniente encontrarle por aquí. Mis… asociados me contaron acerca del viajecito de su familia, y no quise creerlo. Los Seaford gastando un dinero que no les pertenece. Uno que deberían haber pago a sus acreedores.

Chasqueó su lengua, meneando su cabeza, y Jonah frenó su lengua para no gritar las cuatro cosas que este bastardo merecía. Todo su cuerpo reaccionó al encuentro: brazos y hombros tensos, labios y puños apretados, la ira tiñendo su rostro y cuello de rojo.

El tono del noble era cordial, pero la insinuación en su voz era inconfundible, y Jonah no se engañó. No estaba en Bath por casualidad.

—Lord Stanhope —respondió Jonah, haciendo un mayúsculo esfuerzo para mantener la compostura—. ¿Disfrutando de Bath?

Stanhope inclinó la cabeza hacia un costado, evaluando cada palabra de Jonah.

—Oh, algunos vienen aquí por la salud, otros... venimos por asuntos más delicados. Negocios—Hizo una pausa, observando la reacción de Jonah—. Su padre sigue retrasándose en sus obligaciones, que a estas alturas son mayúsculas. Un hombre con los pies en la tierra como usted seguramente entiende lo inconveniente que es eso. Las posibles consecuencias de los

incumplimientos.

Jonah apretó los dientes ante la velada amenaza, disfrazada con palabras de negociante. La influencia de Stanhope se extendía más allá de los clubes de caballeros y las mesas de juego; era un hombre que prefería operar en las sombras, usando su posición para mantener el control sin necesidad de amenazar abiertamente. Pero tenía gente que hacía su trabajo sucio, ya lo había comprobado.

—Estoy haciendo todo lo que puedo para enderezar la situación—respondió Jonah, manteniendo la dignidad. No mostraría su desasosiego y frustración para deleite de este bastardo —. Mi prioridad es resolver los problemas de mi familia.

Stanhope asintió, su vista clavada en Jonah, como si evaluara su sinceridad.

—Entiendo. La familia es lo más importante, ¿no? Aunque temo que el tiempo no está de tu lado. Te sugiero que no te demores demasiado. A ciertos acreedores no les gusta esperar... y pueden ponerse impacientes.

Sus palabras eran suaves, pero la amenaza estaba ahí, oculta tras una máscara de cordialidad. Jonah lo miró con frialdad, mas sacudido. No era un cobarde, pero tampoco un tonto obtuso. Cada día que pasaba sin resolver las deudas de su padre era un día más que ponía a su familia y a Bonnie en peligro.

—Lo tendré en cuenta—respondió, sin apartar la mirada de Stanhope, que dio un paso más cerca, bajando un poco la voz.

—Es lo mejor. No querría que algo inesperado ocurriera, ni a ti ni a... —Hizo una pausa, dejando la frase colgando en el aire—. A nadie que te importe. He escuchado que tienes ciertos… intereses románticos.

El mensaje era claro. Stanhope sabía más de lo que dejaba entrever, estaba al tanto de su relación con Bonnie. Jonah sintió cómo un escalofrío recorría su espalda, pero no podía dejar que el crápula viera su reacción.

—Me aseguraré de que no haya retrasos —dijo Jonah, su voz firme.

Stanhope sonrió una vez más, complacido.

—Eso es todo lo que pido. Nos veremos pronto, Seaford—dijo, y se despidió con un leve toque de su sombrero, deslizándose entre la multitud con la misma elegancia con la que había llegado.

El eco de su advertencia siguió resonando en la mente de Jonah mientras regresaba con los suyos.

Los días que siguieron al encuentro estuvieron marcados por una creciente tensión para Jonah. La amenaza de las deudas y el peligro que Stanhope representaba no lo dejaban en paz.

Aunque su corazón se inclinaba sin remedio hacia Bonnie, su consciencia se debatía; no podía arrastrarla al abismo de su familia, gritaba su cabeza. Las palabras de Stanhope, aunque

disfrazadas de cortesía, seguían resonando.

No era solo su capital lo que estaba en juego, o la integridad física de su padre, la del propio Jonah, eventualmente. La posibilidad de que su madre, su querida hermana o la adorable Bonnie estuviesen en riesgo le estremecía, y buscaba caminos para resolverlo todo, pero las soluciones se le escapaban. Las sumas adeudadas eran cuantiosas.

A pesar de su deseo de estar con ella, Jonah optó por evitar encuentros privados hasta poder hablar con el duque de Worcester, que representaba su única esperanza.

Mas como el iluso enamorado que era, no podía dejar de verla, y por ello custodió a su familia a paseos por los enjardinados paseos o baños, para así poder mirarla, de lejos, reprimiendo el impulso de acercarse, de rozar su mano o repetir aquel beso que quemaba en su memoria.

DIEZ.

Bonnie pasó de sentirse embriagada por el beso y las sutiles caricias a la incomprensión. ¿Por qué Jonah imponía esta distancia repentina entre ambos, si los dos habían expresado que querían un futuro juntos?

Lo que el beso había provocado en ella, la sensación de poder con todo, de haber logrado la relación que soñó, la que la hacía desafiar a su familia y a la alta sociedad, pareció desmoronarse frente a sus ojos. La impaciencia la corroía.

Los días que siguieron se tiñeron de ansiedad. Sentía su mirada sobre ella en lugares públicos: intensa, escrutadora, y su rostro dibujaba expresiones muy serias, meditabundas. ¿*Se arrepentía*?, pensó, alarmada. ¿*Qué ocurría con él*?

No podía, no podía soportar la incertidumbre, y la tercera tarde en que coincidieron en un lugar, le confrontó. No le importó lo concurrido del lugar, y aprovechando un momento en que las conversaciones se relajaron y los demás invitados se dispersaron por los jardines, se acercó con determinación.

—Señor Seaford—dijo con voz baja, pero firme, sus ojos fijos en los de él—. ¿Podemos hablar en privado?

Jonah, sorprendido por la iniciativa, la miró brevemente antes de asentir. Con un gesto discreto, la condujo hacia una parte más apartada del jardín, donde la vegetación alta les proporcionaba una cortina de privacidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bonnie, sin preámbulos—. Desde aquella noche…—se sonrojó, pero no se dejó arredrar por la cortedad—. Desde el beso que compartimos usted ha estado... distante. No entiendo qué ha cambiado.

Jonah apartó la mirada, observando el suelo, como si buscara las palabras correctas entre los guijarros.

—Bonnie—comenzó, su voz cargada de una emoción contenida—. Nada ha cambiado... y, al mismo tiempo, todo ha cambiado. Lo que siento por ti... —hizo una pausa, sus ojos volviendo a enfocarse en ella—. No lo puedo, no lo quiero ignorar, pero me debato en dudas. Sé que lo correcto es retroceder, alejarme…

Bonnie lo miró con confusión y frustración a la vez.

—¿Por qué? —preguntó, su tono firme—. ¿Qué nos impide seguir adelante? Sé que siente lo mismo que yo. ¿O me ha mentido todo este tiempo? ¿Es eso, señor Seaford? ¿Ha jugado conmigo?

Su garganta le jugó una mala pasada y la última pregunta fue más un susurro que un cuestionamiento, como quería. La posibilidad de que él… No quería pensarlo, pero necesitaba escuchar de su boca la verdad.

Podía enfrentarla. Era una Worcester, podía resistir, se instó, al borde de las lágrimas, pero conteniéndolas con fiereza.

Jonah dio un paso hacia ella, tomando su mano con delicadeza, y sus yemas se deslizaron por su mejilla, enjugando algunas rebeldes perlas que escaparon de sus ojos.

El gesto íntimo fue sutil, suave, cuidadoso, y sí, inadecuado para la formalidad que la sociedad imponía.

—Shh, mi preciosa mujercita. No quiero herirte, jamás quiero lastimarte. Es por eso… Es porque siento mucho más de lo que debería que me he restringido, que he frenado mi deseo de estar cerca, de repetir… —susurró, su voz quebrada, y su expresión triste—. Pero mi situación... mi familia... No puedo arrastrarte a una vida de incertidumbre y deudas, Bonnie. No puedo ofrecerle la estabilidad que mereces.

Bonnie apretó su mano, sus ojos llenos de determinación.

—¿Cree que eso me importa? —preguntó con suavidad, pero con firmeza—. No es la estabilidad lo que busco. Eres tú lo que quiero. Creí que lo habíamos establecido. No he sido tímida al expresarlo.

Jonah cerró los ojos por un momento, y Bonnie apreció el impacto que sus palabras tenían sobre él.

—Esto… Es lo que deseo escuchar, porque soy egoísta y te quiero para mí, como mi esposa, mi mejor futuro. Sin embargo…—suspiró—. No puedo arriesgar el tuyo. Ya sabes la vergüenza que mi padre trajo sobre la familia, las deudas, pero… Hay algo más. Me topé con Lord Stanhope, y creo que vino a Bath para eso. Es el principal acreedor de mi padre. Tanto que no dudo desea quedarse con nuestras propiedades, y ya no es solo el dinero lo que está en juego.

Bonnie lo observó con atención, su corazón acelerándose al escuchar ese nombre, y a la vez entendiendo que él estaba asustado por ella.

—¿Stanhope? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

Jonah apartó la mirada, su mandíbula tensa.

—Mi padre...—comenzó, con la voz algo quebrada—. Hizo tratos con Stanhope, tomó préstamos que nunca debió aceptar. Y ahora él quiere su pago, lo antes posible. Stanhope no solo es un noble, aunque uno que compró su título—agregó—. Controla un extenso negocio de apuestas y actividades ilegales. La forma de cobrar cuando no hay seguridad de hacerlo es con amenazas. Violencia pura y dura, Bonnie. Ese es el peligro que se cierne sobre mi familia, pero también sobre ti, si yo persisto en verte y en quererte a mi lado, como mi corazón me impulsa.

Bonnie asintió, aquilatando la gravedad de la situación. Era una mujer joven, pero no era ingenua. Su hermano había luchado en las guerras napoleónicas, había sufrido un intento de asesinato.

Conocía sobre la maldad y lo retorcido de algunas personas. Pero ella no estaba sola, y

Jonah tampoco. Lo miró con determinación.

—Jonah, lo que me está diciendo no cambia lo que siento por usted. Si acaso, me hace ver que es más digno de lo que ya pensaba. Podemos enfrentar esto juntos. No me importa la incertidumbre si estamos juntos.

Jonah la miró con demoledora intensidad, azorado, meneando su cabeza.

—Tú… No entiendes… —agitó sus manos, nervioso—. La muerte, el secuestro, la tortura… Son capaces de lo que sea para obtener lo que quieren. No llevaré en mi pecho la culpa de ser quien trae pesar y dolor a tu vida, Bonnie, te quiero demasiado…—se detuvo, y ella colocó un dedo sobre su boca, negando.

—Nada de culpas, nada de dolores—negó—. Tus problemas son los míos, porque he decidido que quiero mi vida unida a la tuya, y aunque tal vez este mío es un rasgo que no debería contarle, a riesgo de ahuyentarte…—sonrió—. Soy muy, muy persistente.

El suspiró e inclinó la cabeza y, en un gesto cargado de significado, llevó la mano de Bonnie a sus labios y cubrió sus nudillos de besos que aliviaron la congoja que Bonnie había sentido.

—Bonnie, no hay nada que quiera más que casarme contigo. Pero siento temor, por ti—susurró finalmente—. Y confieso que no sé si podré resolver la situación. Yo…

Fue entonces que un sonido abrupto rompió el silencio a su alrededor, y de entre los arbustos cercanos apareció un hombre de desprolija vestimenta, barata, de rostro sombrío y la vista clavada en ellos.

Bonnie fue la primera en verlo, y pensó que se trataba de alguien extraviado, pero la expresión del desconocido era todo menos amistosa. Su parpadeo alertó a Jonah, que se dio la vuelta, y lanzó una interjección, colocándose delante de Bonnie de un salto. Esto puso a Bonnie en alta alerta.

—Señor Seaford—dijo el hombre con voz baja y grave, despejando cualquier duda de que estuviese aquí por casualidad—. Traigo una advertencia.

Jonah dio un paso adelante, siempre interpuesto entre ella y el malencarado matón.

—Esto no es ni el lugar ni el momento —dijo Jonah con frialdad, sin demostrar miedo alguno.

Bonnie movió su cabeza para observar al desagradable sujeto, que esbozó una sonrisa desagradable.

—Oh, pero el tiempo se acaba, señor Seaford. Su padre ha retrasado demasiado sus obligaciones, y el deber recae sobre usted. No queremos causar una escena, claro, pero nuestras expectativas son claras. Mi jefe cree que hay que mantenerlo en ascuas para que no olvide su deber.

La tensión en el cuerpo de Jonah fue obvia ante la amenaza implícita en las palabras del

hombre. Su corazón latió apresurado: esta era la realidad del peligro que Jonah quería explicarse, y que comenzaba a hacerse tangible para ella.

—Por favor —respondió Jonah, más firme—. Esto no es necesario. No involucren a nadie más en esto.

El hombre entrecerró los ojos, sopesando la situación, pero finalmente asintió.

—Como desee, señor Seaford. Pero no se equivoque: no nos marcharemos sin una resolución.

Con esas palabras, el matón desapareció entre las sombras de los jardines, dejándoles solos en un ambiente que había perdido su tranquilidad anterior. Bonnie, asustada pero determinada, vino a Jonah y tomó su mano, apretándola.

—Jonah—dijo con firmeza, tuteándolo—, no voy a dejarte solo en esto. Podemos encontrar una manera de enfrentarlo juntos.

Jonah la miró, pálido por el encuentro, aunque ganado ira, porque su rostro se contorsionó.

—No sé cómo resolver esto, no todavía—dijo con voz grave—. Sí sé que no quiero perderte. Ni tampoco que mi madre o hermana sufran. ¡Ese bastardo! Seguirme aquí, atreverse a asustarte…—vibraba de indignación, y Bonnie sintió la tibieza de esas palabras.

Jonah estaba preocupado por ella, por cómo tomaría esto. Pues le demostraría de qué estaba hecha. Un maleante así, o un noble corrupto, no la harían retroceder.

—Entonces no me perderás—respondió Bonnie, apretando su mano con más fuerza—. Estamos juntos, sin importar lo que venga.

Ambos asintieron, y sus ojos no se despegaron. Él acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja, y se irguió y alejó, imponiendo una distancia respetable.

—¿Tu hermano vuelve mañana?

—Sí, así es.

—Estaré en su casa en la tarde. Haré mi caso claro ante él, y rogaré por su comprensión —suspiró con largura—. Detesto no poder solucionarlo como un hombre íntegro, por mi cuenta…—meneó su cabeza—. Mereces alguien entero, sin mácula, sin…

—Merezco al hombre que quiero, honesto, cabal, que soporta el peso que otros imponen sobre sus hombros y busca salidas. El que quiere protegerme, y a su familia. Y el que aceptará ayuda cuando la necesita.

—Oh, Bonnie… Ruego al Cielo para que esto se resuelva y cuando así sea… Para ser digno.

—¡Bonnie, querida!—la llegada de su madre y los rayos de sus ojos fueron la señal para la retirada de Jonah, que sin embargo, no lo hizo sin saludar con una respetuosa reverencia a la indignada matriarca Worcester, y otro a la divertida Olivia.

La caminata de retorno se llenó de la airada voz de la mayor, pero Bonnie hizo poco caso, y su madre se percató al final, callando con un suspiro largo, mientras murmuraba que sus hijos le robaban años de vida.

—Madre, hay algunos esqueletos en los roperos de la familia—intervino Olivia, sonriendo—. Y más en la tuya que en la de nuestro padre. Recuerda al tercer marqués, y al…

—Suficiente. ¡Té, por favor!—gritó, ingresando a la casa, Olivia detrás, luego de guiñar un ojo a Bonnie, y esta al final, con mucho en su cabeza.

Solo podía esperar que su hermano estuviese a la altura del respeto que le tenía. Se aseguraría de hablar con Nessa a la par que Jonah lo hacía con su hermano.

ONCE.

Jonah se removió con impaciencia en la sala de recepción de la casa que la familia Worcester rentaba en Bath. Luego de dejar a Bonnie había sopesado con cuidado su situación, tratando de aclararla, para lo cual había interrogado a su padre hasta extraerle cada detalle de lo que había hecho: cuánto dinero había pedido a Stanhope, qué papeles había firmado, qué amenazas había recibido.

Su padre estaba avergonzado, y horrorizado cuando recibió la novedad de las amenazas vertidas, pero eso no cambiaba nada. La otrora fortaleza del Barón, o la que Jonah creyó tenía, no existía, y todo quedaba sobre los hombros de Jonah.

Y si le corroía venir al duque y presentarse como el perdedor que era, lo haría con la cabeza en alto y la verdad en sus labios. Su determinación era inquebrantable.

Al llegar a la mansión había sido recibido por la madre de Bonnie, que le miró con gravedad y Jonah leyó el deseo de expulsarle, por lo que se apuró a expresar su deseo de ver al duque.

Fueron Bonnie y Olivia las que, al colocarse junto a su madre, le facilitaron el camino y por ellas estaba en la pequeña salita. Hacía de eso una hora.

El sonido de la puerta le hizo incorporarse, pero la que salió de la oficina fue la duquesa, Nessa, si mal no recordaba. Hizo una reverencia profunda y respetuosa y ella le sonrió con amplitud.

—Señor Seaford, Bonnie me habló de usted. Y he estado ayudando, como pude—expresó, más bajo—. Espero que esté a la altura de las expectativas de mi queridísima cuñada, porque se lo haré lamentar, de no ser así.

La admiró por su fuerza y lealtad a Bonnie de inmediato, y asintió con seriedad.

—Haré lo que sea necesario para que así sea—respondió.

—Seaford, pase—se escuchó entonces, y Jonah cuadró sus hombros e hizo un gesto decidido, ingresando al despacho.

—Su Gracia, le agradezco que me reciba—dijo, aleccionándose para sonar sobrio y compuesto, aunque la sombra de preocupación debía percibirse en sus ojos.

El duque estaba de pie detrás de su escritorio, sus puños sobre la madera, y su vista fija en Jonah. Había una calma inquietante en su porte, además de una impaciencia que no anunciaba buenas nuevas. Sus palabras de inicio lo expresaron.

—Señor Seaford, pensé que habíamos dejado los asuntos claros—espetó el duque, su tono duro.

Jonah asintió, su postura rígida, pero con la resolución en sus ojos. No podía mostrar debilidad.

—Su Gracia, en verdad usted dejó su posición muy clara, pero no fue mi caso. El sentirme agobiado por la situación de los míos, una que no generé, me hizo escuchar más de lo que expresé. Entendí su situación. Le pido que me conceda unos minutos de su tiempo para expandirme.

El duque se sentó y consideró sus palabras, sus dedos tamborileando sobre la madera.

—Adelante—dijo luego con gravedad.

—Lo que siento por su hermana es sincero, y es algo que no va a desvanecerse. Sé que eso ha de importarle bien poco, pero el caso es… Ella comparte esos sentimientos—señaló, con énfasis, pero sin regodearse en el dato. Al duque no le gustó nada esto, y el fruncir de su entrecejo y sus labios apretados lo demostraron—. No puedo ignorar la realidad de mi situación.

—Sería imposible—gruñó el duque.

—Lo haré peor—dijo, sus ojos en el hombre adelante—. Mi familia está profundamente endeudada y hay personas peligrosas involucradas. Personas que no dudarían en presionar de la manera más cruel para que se les pague lo que se les debe. Personas que han amenazado a mi padre, y a mí. Ayer, en los jardines de Bath, uno de esos hombres me abordó mientras estaba con Bonnie.

El duque de Worcester parpadeó por un segundo, y un silencio tenso se abatió sobre la sala. Fue la calma antes de la tormenta, porque de inmediato el duque se incorporó bruscamente de su silla y golpeó el escritorio con la palma de la mano, su expresión iracunda.

Se movió veloz para rodear el escritorio e invadió el espacio de Jonah, su respiración pesada, mientras su mano tomaba el cravat de Jonah y le atraía hacia sí.

—¿Cómo te atreves a traer este tipo de peligro a mi familia?—espetó el duque, acercándose más, sus ojos llamas ardientes—. ¡Te alejarás de Bonnie de inmediato!

Jonah contuvo el deseo de quitarse al duque de un empujón, manteniendo la compostura, y su mano fue hasta la que le tenía atrapado, y deshizo con calma el agarre del duque.

La tensión en la habitación era palpable, pero no iba a retroceder. Era comprensible, se dijo. Era el hermano mayor, el protector, reaccionaba frente al peligro. Mantuvo su mirada firme, sin apartarse.

—Su Gracia, lo respeto profundamente, y por eso estoy aquí. Quiero a Bonnie, y no fue mi intención ponerla en esta situación. Quise alejarme, lo intenté, pero no puedo negar lo que siento por ella. El amor que tengo por su hermana es algo que no puedo ignorar, me debato entre mis deseos de tener un futuro con ella y cuidarla del mal que me rodea. Estoy aquí para protegerla, no para traerle desgracia.

El duque de Worcester continuó mirándole con fijeza, los músculos de su rostro tensos. Parecía a punto de estallar, otra vez, pero antes de que pudiera continuar, su esposa entró en la habitación.

Al parecer no había ido lejos, algo que Jonah agradeció. Su presencia, tranquila y serena, detuvo y distrajo al duque.

—Francis, por favor—dijo la duquesa, su tono suave pero firme—. Debemos hablar de esto con la cabeza fría. Piensa en Bonnie... y en nuestro futuro. No puedes actuar por impulso. Recuerda lo que hablamos.

El duque respiró hondo, tratando de calmarse, mientras miraba a su esposa. Su amor por ella fue evidente en su mirada, y se relajó, bajando las manos y volviéndose hacia Jonah, su tono más controlado.

—¿Por qué crees ser adecuado para Bonnie? Por Dios que no entiendo qué ve ella en usted—preguntó, su voz aún cargada de desconfianza.

Jonah tomó aire, ignorando el insulto nada velado, y se instó a hablar, sabiendo que este era el momento crucial.

—Su Gracia, amo a su hermana, y todo lo que pido es la oportunidad de demostrar mi valor, aunque a usted le parezca inexistente. No tengo temor a trabajar, ni me avergüenza hacerlo. No me importa lo que los demás piensen de mí, los sacrificios que deba hacer para ser digno de Bonnie. El caso es… Hay asuntos que escapan a mí. Mi padre debe mucho dinero a Lord Stanhope…

—Esa lacra…—gruñó el duque, y Jonah asintió.

—He procurado recortar gastos familiares, he vendido los caballos de carrera, parte del ganado. No tengo dudas de que parte de las tierras pueden venderse, me aseguraré de que mi padre lo haga… No soy de esos hombres que teme o desprecia el trabajo…

—Por lo que me dice, hay asuntos que no pueden esperar. Ese tipo de hombres no tiene consideraciones, espera que se le pague, y de lo contrario, actúa sin fineza. ¿Cómo trajo este peligro hacia Bonnie? Me resulta incomprensible.

—Creí encontrar aquí tiempo para pensar, y al alejarnos de Londres, saqué a mi padre de las tentaciones. No conté con que nos seguirían aquí. Me confieso muy inquieto, y no por mí… No soy un cobarde, pero… Mi familia, Bonnie… Necesito ayuda. Puedo prometerle que no dejaré que ella sufra por lo que yo debo enfrentar.

El duque lo observó en silencio, evaluando cada palabra. Al final asintió, aunque la tensión en su rostro no desapareció.

—Más vale que estés a la altura—dijo el duque con un tono más bajo, aún cargado de advertencia, y repitiendo las palabras de su esposa más temprano—. Has expuesto a mi familia, y espero que tengas los cojones como para hacer lo que debes para confrontar esta situación— Cerró los ojos y respiró hondo—. La razón por la que voy a ayudarte es porque mi hermana es obstinada, porfiada, y ha sido clara.

—Bonnie puede ser muy enfática cuando da a conocer sus ideas y cuando plantea sus

intenciones—dijo Nessa, mirando a Jonah—. Mi suegra está muy disgustada, y Francis… Espero que entienda que si cede es porque ama a su hermana. Pero usted debe protegerla, incluso de sí mismo, si llega a ser necesario.

Jonah asintió, incorporándose.

—Me alejaré en el instante en que vea que no represento más que dolor y peligro para ella.

Francis se acercó a Nessa, quien tenía sus manos sobre su vientre. Jonah vio ese gesto y comprendió su temor. El duque no estaba dispuesto a poner en riesgo a las personas que amaba. Sin embargo, cuando volvió a mirar a Jonah, una chispa de pragmatismo se reflejó en sus ojos.

—Mi buen amigo, el duque de Bristolbridge es un hombre con conexiones en la policía y entre los investigadores privados. Si alguien puede vigilar y controlar a los matones que rodean a Stanhope y proteger a su familia y a mi hermana, es él. Le hablaré.

Jonah se quedó sin palabras, tieso, incrédulo al escucharle. El duque de Worcester acababa de ceder. Le estaba dando una salida, ofreciendo la posibilidad de recursos de los que él carecía.

Por supuesto que Jonah conocía al duque mencionado, y el poder que tenía en los círculos policiales y de la investigación. Su pecho albergó esperanza, algo que se había ido apagando en los últimos días.

—No sé cómo agradecerle, su Gracia —murmuró.

El duque levantó la mano, deteniéndolo.

—No lo hago por ti, Seaford. Lo hago por Bonnie. Asegúrate de no fallarle. Voy a estar vigilándote, y esta ayuda no será gratuita. Si de verdad pretendes cortejar a mi hermana, deberás demostrarme de qué estás hecho.

Asintió con vehemencia. Podía hacer eso, tenía la disposición, el deseo, y sus fuerzas retornaban. No estaba solo, y se lo debía a Bonnie. Ni por un instante creyó que sus palabras hubiesen contado si su querida Bonnie no hubiese sido enfática, como dijo Nessa.

DOCE.

Jonah partió hacia Londres al siguiente día, dejando atrás a su familia, y también a Bonnie. Las disposiciones del duque de Worcester fueron inamovibles: Jonah sería reconocido y aceptado como cortejante de Bonnie en el momento en que su situación, y la de su familia fuesen solventadas.

Aceptó esto sin un pero, porque era lo correcto. El duque había hecho concesiones extraordinarias, y la ayuda ofrecida era condicional a la presencia de Jonah en Londres.

Facilitaré el contacto con mi amigo Bristolbridge, pero usted debe tomar las riendas del asunto, señor Seaford. Demuéstrenos que puede comportarse a la altura de las circunstancias, y que puedo confiarle a mi hermana.

Con renovada confianza en sí mismo se presentó en la residencia de Grayson James, duque de Bristolbridge. Le conocía de vista: un hombre muy alto y elegante, compuesto, de mirada penetrante que se clavó en él apenas ingresó a su lujosa biblioteca, donde estaba repantigado en un sillón.

Era intimidante en su observación fría, como si le escudriñara el alma, consideró, pero se mantuvo firme y le saludó con formalidad. Este noble era conocido por su habilidad para manejar situaciones complejas con precisión y discreción, y Jonah necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener.

—Señor Seaford—dijo Bristolbridge con voz profunda—. Ya he sido debidamente informado de su situación. Francis envió una extensa misiva para asegurarse de que estaba en posesión de la información más importante. Estoy impresionado por la obstinación de Bonnie, y no sé qué pensar sobre usted, con franqueza.

Jonah carraspeó, en su fuero interno molesto por tener que pasar otra vez por explicaciones, humillantes declaraciones y ruegos, pero no dejó que esto le enervara.

Si debía explicar cien veces, y prometer otras tantas, lo haría. Él era la prueba fiel de que había que ser valiente para pedir ayuda, máxime cuando era a personas tan poderosas como los dos duques.

—Espero que crea que amo a Bonnie Worcester y quiero construir mi vida con ella, además de proteger a los míos.

—Su padre se involucró con gente muy peligrosa. Y artera. Lord Stanhope es un serpiente, y no conoce la piedad. No condona deudas, espero que lo sepa usted.

—Lo entiendo, y no pretendo dejar de cumplir con los compromisos que mi padre asumió con liviandad y prescindencia. Pero no podemos hacerlo ahora, no hasta que las cosechas mejoren y los arrendatarios paguen. Mi padre está dispuesto a firmar lo que sea, inclusive la venta de una parte de nuestras tierras.

—Eso toma tiempo. Coincido con Francis en que lo más inmediato es neutralizar a los matones de Stanhope, estar alerta a sus movimientos—dijo el duque, entrelazando sus dedos, su mirada fija en Jonah.

—Me siguen a mí porque saben que estoy a cargo de los negocios desde hace unas semanas, y Stanhope me amenazó de manera directa. Al volver a Londres, creo haber atraído su atención lejos de Bath.

—Eso puede ser parcialmente cierto, pero es algo que puede cambiar. Ellos le vieron con Bonnie, saben dónde están los suyos. Es natural que, si no cumple en el corto plazo, vayan a por ellos para poder presionarlo.

Jonah se desesperó al instante, incorporándose y mesándose el cabello, girando sobre sí mismo.

—¿Qué podemos hacer…? No puedo…

—No podemos permitir que esa gente continúe amenazándolo. Tengo contactos en la policía y algunos de los mejores investigadores de Londres. Si actuamos con rapidez, podemos contener esta situación antes de que escale.

—Haré lo que sea necesario—dijo, convencido.

—Lo tendré en cuenta. Debe asegurarse de que su padre no cometa más errores. En mi experiencia, el vicio es algo muy difícil de desarraigar.

—Él está muy afectado y se culpa por el peligro en que nos ha puesto.

—Mm, puede ser, pero si contenemos la situación y él retoma sus actividades, será en vano lo que haga. Me temo que debe pensar en determinaciones más drásticas. Tal vez pueda tomar medidas legales para obligarle a delegar el control de los bienes.

—Eso… Es algo que podría intentar—señaló—. Pero la urgencia hoy es otra.

—En efecto, lo es. Dígame todo lo que debo saber de las deudas de su padre.

Asintió, y con calma fue desgranando la situación de su familia: los activos, las deudas, los compromisos firmados por su padre, las futuras entradas de dinero que eran seguras, además de relatar el encuentro con Stanhope en detalle y lo mismo con los dos matones que había confrontado, en el hogar Seaford de Londres y en los jardines de Bath.

El duque tomó notas con profusión, y anotó los rasgos físicos de los hombrones, sus preguntas precisas y concretas.

—Pondré a mis hombres en el proceso de búsqueda, y creo que en pocas horas habremos identificado a los cobradores, porque eso son. Les vigilaremos, y trataremos de evitar que se le acerquen. Usted debe procurar una suma de dinero que alcance a calmar el apetito de Stanhope. ¿Cree poder hacerlo sin comprometer aún las tierras?

Jonah asintió con gravedad. Había consultado a su madre y esta sabía ahora la gravedad del asunto, y le había autorizado a vender sus joyas familiares, que habían escapado al apetito de

su padre porque conocía el valor sentimental que poseían para su esposa. Mas no había opción, y así lo había entendido su madre.

—Puedo conseguir una tercera parte de la deuda.

—Eso es un monto interesante, en especial si consideramos que lo adeudado ha de estar inflado por intereses leoninos. Cuando tenga el dinero, irá con Stanhope.

Jonah asintió sin arredrarse. Tenía que demostrar de qué madera estaba hecho, y así lo haría.

—Bien.

—Le acompañaré—le dijo el duque, sorprendiéndole—. Ese tipo de hombre no dudaría en tomar su dinero y presionarle más. Tiene que entender que tiene usted respaldos poderosos.

—Su Gracia, no quiero comprometerlo en esto—respondió, azorado—. Ya es mucho que el duque de Worcester haya decidido ayudarme. Involucrarle en este desaguisado no es lo que quiero, yo…

—Es algo que hago con gusto. Detesto a los hombres como Stanhope, y es mi placer quitarles poder. Tienen sujetos a muchos, y su padre no es quien más me preocupa. Muchos hombres de bien, y también mujeres son explotados y obligados a oprobiosos actos por Stanhope y los suyos. He escuchado el rumor por años, pero nada había podido hacer hasta hoy. Digamos que coincide el pedido de mi buen amigo Francis con mi deseo de ayudar a Bonnie, y a los pobres diablos en la red de ese crápula. Siéntase afortunado por eso, señor Seaford.

Jonah asintió. Con la ayuda de los duques de Bristolbridge y el de Worcester Jonah comenzaba a vislumbrar un rayo de esperanza.

—Hoy mismo procederé a recolectar el dinero, y entonces enviaré una carta a Stanhope. Cuando tenga un lugar y día le haré saber.

—Mi gente vigilará y se asegurará de que no le sigan o ataquen mientras lo hacen. E iremos desarticulando los tentáculos de Stanhope, descubriendo además quién más está involucrado en sus negociados.

Jonah se sintió más liviano al salir de la mansión, y su inquebrantable decisión se transformó en actividad. Las joyas de su madre eran muy valiosas, y algunas habían estado en la familia por más de cuatro generaciones. Era una pena, pero debía hacerse si querían evitar la caída familiar.

Su madre le había aconsejado que acudiera a dos lugares de la City, dos firmas prestigiosas especializadas en transacciones de este tipo, y además discretos. No necesitaban que el ya existente rumor sobre su delicada situación económica se alimentara con el cotilleo de que se desprendían de las joyas.

El tercer día luego de retornar a Londres había logrado reunir una suma que, de acuerdo con las estimaciones, permitiría cubrir casi el cuarenta por ciento de la deuda con Stanhope.

Jonah se había movido con cuidado estos días, temeroso de ser robado, máxime cuando detectó que dos hombres le seguían. Su nerviosismo fue captado, porque uno de ellos se acercó a la entrada de una de las joyerías y le presentó sus respetos, haciéndole saber que eran hombres de Bristolbridge. Su alivio fue mayúsculo.

Envió un mensajero a la mansión de Stanhope, y la respuesta no se hizo esperar. Como había esperado, el noble había vuelto de Bath, y le citó esa misma tarde en Ascot.

Llegar al hipódromo en compañía del duque fue bien diferente a la última vez que había estado aquí, cuando había entablado diálogo con Bonnie por vez primera. Jonah estaba ansioso, echándola de menos, deseoso de terminar con la pesadilla.

Si lograba que Stanhope aceptara su plan de pagos y neutralizaba las amenazas, con Bristolbridge guardando su espalda, podría quitarse el peligro de encima y Worcester lo aceptaría. Esa era la idea que lo empujó por el predio y hasta la carpa donde lo esperaba Stanhope.

—Sin prisa, señor Seaford. Las aves de rapiña como Stanhope se alimentan de la debilidad, y usted ha demostrado su valía, luchando con uñas y dientes, y buscando aliados. Todo saldrá bien, lo garantizo. Stanhope ha perdido la mitad de sus hombres ya.

—¿Están muertos?

—Algunos sí, otros en prisión. Le dije que un hombre como él mueve más hilos que los préstamos, y ayer a la tarde uno de sus depósitos voló por los aires, y con ello valiosa mercadería, e importante documentación desapareció. Pagarés de deudores, entre ellos—anunció el duque, como si hablara del clima, dejando a Jonah sin palabras cuando ya entraban al redil de Stanhope.

El rostro de este era de extrema seriedad, y cuando vio al duque, sus párpados se entrecerraron y su mirada se fijó en Jonah, calculadora.

—Señor Seaford, bienvenido. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Brandy, jerez, whiskey?

—No quiero nada—cortó Jonah, avanzando, su mente pensando y evaluando el escenario, que acababa de cambiar con la casual información brindada por el duque.

—¿A qué debo su presencia…?—dijo Stanhope, claramente buscando evitar la conversación para que el duque no metiera su nariz en el asunto.

Tarde, bastardo, no tienes idea de lo que Bristolbridge ha hecho. Joder, él mismo no había tomado dimensión del poder de este hombre, y agradeció en silencio al duque de Worcester por ponerlo en su camino.

—La deuda de mi padre, quiero ver el documento. Pretendo pagarla, si es que existe. Hasta ahora solo le he escuchado mencionarla, y sus amenazas, pero…

—Señor Seaford, se equivoca. Soy un hombre de negocios, y…

—¿Tiene algo que atestigüe que mi padre le debe dinero?

—Sabe bien que así es.

—Muéstrele el documento, Stanhope—dijo el duque.

—Es lord, y…

—¿Tiene el documento, sí o no?

Stanhope entrecerró sus ojos y se hizo atrás, la furia evidente en su rostro rojo.

—Hubo un incendio, y los documentos desaparecieron. Pero hay testigos.

—¿Sí? ¿Cómo cuáles? ¿El señor Smithen? ¿O Claude Moriarty? Tal vez Clerk.

Stanhope abrió sus ojos con sorpresa ante las preguntas de Bristolbridge, que sonrió con benevolencia.

—No me diga, no lo sabe aún—se encogió de hombros—. Hubo una redada hace dos horas. Arrestados todos, y parece que algunos tenían muchas ganas de hablar.

—¡Maldito bastardo!—increpó Stanhope, incorporándose, boqueando de furia, pero Bristolbridge no retrocedió.

Por el contrario, se acercó.

—El tinglado se ha caído, Stanhope. Le sugiero que cuide lo que le queda, y se apresure a buscar excusas y pruebas para no seguir a sus asociados—La voz del duque bajó, y se hizo helada—. Si sé que amenaza a los Seaford otra vez, o a cualquiera vinculado con ellos, le haré lamentarlo. Tengo pruebas de sus negocios que no he liberado, pero no me costará nada si sé que siquiera mira mal al señor Jonah Seaford o su familia. ¿Estoy siendo claro?

Stanhope parpadeó rápido, un tic en su ojo derecho evidente, y luego asintió enfático.

—Por supuesto, su Gracia. Soy un hombre pragmático, y comprensivo—se dio la vuelta, y su mirada acerada se clavó en Jonah—. Señor Seaford, su familia no me debe nada.

Jonah asintió, alelado, y siguió a trompicones a Bristolbridge afuera de la tienda de campaña, y tragó bocanadas de aire limpio.

—Eso…—carraspeó—. Eso fue increíble. No tengo palabras, y le estaré agradecido siempre. No puedo creer que se terminó.

—No me agradezca. Hice lo que debía. Ese dinero, haría bien en invertirlo. Puedo sugerirle negocios rentables, si lo desea.

—Sí, sí—asintió.

—Vaya con mi administrador, y lo charlaremos. Mañana mismo, sugiero. Eso le dejará tiempo luego para ir por los suyos.

Jonah sonrió, y se acomodó en el carruaje, su cabeza en calma luego de meses. El deseo de reír y reír, y correr a pedir autorización al duque de Worcester para cortejar a Bonnie lo llenaron.

TRECE.

La excitación y la alegría llenaban a Jonah, pero también el agotamiento. Confrontar a Stanhope fue el punto final de meses de terribles preocupaciones y de mucho pensamiento y desasosiego, además de desesperación.

El cerrar el círculo con resultado positivo era exhilarante, pero aflojó sus nervios y durmió por horas y horas. Al otro día, tarde, decidió atemperar su impaciencia, que le hacía querer cabalgar hasta Bath y gritar su deseo de cortejar a Bonnie.

Lo inteligente era abocarse a pensar en cómo invertir el dinero de las joyas para tener una baza importante que jugar ante el duque de Worcester. No dudó un instante en seguir el consejo del duque de Bristolbridge y su administrador sobre el destino del dinero, y con ellos se reunió varias veces en los siguientes días.

En este tiempo se sintió cómodo, pudo ver otra faceta de sí mismo, y demostró sagacidad, en palabras del duque, que le ofreció ser parte de sus colaboradores. Jonah aceptó el ofrecimiento sin pensarlo dos veces, porque la admiración y el agradecimiento que sentía por ese hombre eran enormes, y sabía que a su lado solo podría aprender y crecer como persona y como negociante.

Su reencuentro con Bonnie fue una semana más tarde, cuando las familias de ambos ya habían retornado a Londres. Mirar a Bonnie con la cabeza clara y libre de la humillante sensación de ser un paria entre los nobles fue maravilloso.

El duque de Worcester le hizo esperar dos horas el día que fue a solicitar permiso para cortejarla, y hubiese esperado días. Era increíble como la tormenta que había cubierto su cielo por meses se despejaba y todo parecía tomar color y lugar en su vida.

Dos meses pasaron, y Jonah se convirtió en un habitual en la residencia Worcester. Compartían el té bajo la mirada de la señora Tremain, la madre de Bonnie le recibía con mayor benevolencia, y cuando Olivia distraía a las dos mujeres, sus dedos se rozaban y sus labios se besaban, sus miradas contando del amor que crecía a diario.

Una tarde, mientras paseaban por los jardines de la residencia Worcester, Bonnie se detuvo, tomando las manos de Jonah entre las suyas. El suave sol de otoño bañaba sus rostros.

—Estoy feliz. Has demostrado ser tan fuerte como pensaba.

Jonah apretó sus manos con suavidad, conmovido por la firmeza en su voz y la devoción que irradiaba. Ella había sido su ancla, su faro en medio de la tormenta.

—Bonnie, tú has sido mi fortaleza —confesó, con una voz cargada de gratitud—. No sé cómo habría hecho esto sin ti.

Bonnie, con una suave sonrisa, se acercó un poco más.

—Y seguiré siendo esa fortaleza —respondió con determinación—. Pase lo que pase, no permitiremos que nos derrote. Esto nos ha hecho ver que nuestros sentimientos son sólidos, y

nuestro futuro nos tendrá luchando juntos frente a las adversidades.

Jonah miró alrededor, y luego se inclinó hacia ella para besarla. La dulzura de los labios de Bonnie era su perdición, y lo que deseaba abrazarla, rodear su talle y hundir su nariz en el hueco de su cuello y …

—No veo la hora de que seas mi esposa—susurró.

—Eso tomará tiempo. Mi madre está empeñada en que la boda sea una fiesta por todo lo alto. Pero eso nos da tiempo de disfrutar de esta relación con propiedad, o eso creo—sonrió con dulzura.

—Claro que sí. Me encantará tomar todos los turnos de tu carné de baile, y caminar contigo por Hyde Park sin escondernos entre los setos. O cabalgar.

—Podemos ir a Worcester Manor.

Sí, había mucho que podían hacer, y Jonah no veía la hora de ello.

La noticia del cortejo entre ambos no tardó en propagarse por los círculos de la alta sociedad, y causó moderado impacto. El que el duque de Worcester hubiese dado su bendición a la relación era un aspecto favorable, pero lo determinante fue la recuperación económica de los Seaford.

Se había corrido la voz de que las inversiones de los Seaford rendían frutos, rumor que Jonah no tuvo duda que había hecho correr Bristolbridge, o el tercero del trío de duques, el de Elywood, al que había comenzado a tratar con asiduidad.

Esta hipócrita sociedad que sostenía el valor de las personas en sus posesiones y títulos, volvía a darles un lugarcito en su seno, y si a Jonah le importaba bien poco, y al casarse tenía intenciones de retirarse lo más posible de esta para vivir en la comodidad de hogar adorando a Bonnie, esto era bueno para Gwen.

Después de tantas incertidumbres, sin embargo, le gustó disfrutar del poder mostrarse juntos. Las tardes se llenaron de paseos en los jardines, cenas en sociedad y reuniones familiares.

Cada uno de esos momentos los acercaba más, y sentían una tranquilidad que antes le había sido esquiva. Ahora que su familia y la sociedad conocían y aceptaban su relación, no había nada que se interpusiera entre ellos.

Los preparativos para la boda comenzaron luego de tres meses. La boda se planificó como un evento íntimo pero elegante, en consonancia con las costumbres de la época.

No sería una celebración ostentosa, como al principio amenazó la matriarca Worcester, sino que sería la cercanía de sus seres queridos la que haría que fuera un día inolvidable.

Durante una de las últimas reuniones familiares antes de la boda, el duque de Worcester pidió a Jonah que lo acompañara al despacho. Había algo en su expresión que indicaba que esta conversación era diferente.

—Jonah—comenzó el duque, su tono formal pero sin frialdad—, has sido un hombre de

palabra. Mi hermana lo quiere profundamente, y creo que será un buen esposo para ella.

Jonah sonrió, sintiendo el peso de la responsabilidad que esas palabras implicaban, y asintió con respeto.

—Lo haré, su Gracia. Mi vida será dedicarme a ella, protegerla y amarla por encima de todo.

El duque lo observó por un momento, como si buscara algo más en sus palabras, y finalmente sonrió levemente.

—Eso es todo lo que un hermano puede pedir. Sé que has trabajado con denuedo e inteligencia, Grayson está satisfecho, y es un hombre exigente. Tu madre y tu hermana tuvieron suerte de que tomaras las riendas de la familia.

Eso creía él también, y el que su padre no hubiese cambiado demasiado a pesar del peligro pasado era el único punto oscuro. Jonah remoloneaba para recurrir a artilugios legales para el control total de los recursos, pero temía que debería proceder si el Barón retomaba sus apuestas.

Jonah le había dejado muy claro lo que costó salir del conflicto, pero la bebida era su nueva afición, y el cambiar un mal hábito por otro no daba buenas perspectivas.

Lo había comentado con Bonnie, y esta le calmaba, y le aseguraba que Grayson, como llamaba a Bristolbridge, era como un mastín, un guardián, y les diría si perdía el control. Eso esperaba Jonah.

CATORCE.

El aire cálido de la primavera esparcía la fragancia de las peonias, lirios y campánulas por el interior de la iglesia que adornaban. Bonnie avanzó por el pasillo, arrebolada.

Se sentía en una nube, más que dichosa, y bonita en su vestido en color champan con encajes y bordados. Del brazo de su hermano, el Duque de Worcester, también iba segura de que su familia la sostenía.

El porte y la firmeza de Francis a su lado eran reconfortantes, y lo mismo su sonrisa confiada que atemperó los nervios de Bonnie. No había más que calidez en los ojos y la actitud de su hermano.

Había costado que aceptara a Jonah, pero había sido el afán de protección el que lo guiaba, lo sabía muy bien. Estaba radiante por ella, y aunque tuvo dudas, y muchas, su apoyo en el presente era incondicional.

—Estás hermosa, Bonnie—susurró, dirigiéndole una sonrisa ligera—. Deseaba que cuando este día llegara fueses feliz, y me complace ver que así es. Estoy orgulloso de la mujer que eres, hermana querida.

Bonnie sonrió, emocionada por las palabras susurradas que derramaban amor por ella. El nudo de nervios en su estómago fue aflojándose con cada paso adelante.

—Gracias, eso significa mucho para mí, Francis—murmuró de vuelta—. Sé que te puse en una situación complicada al comienzo, pero… Ese hombre es el indicado—cerró, mirando al que la esperaba con una sonrisa ancha.

—Jonah ha demostrado ser el hombre que tú viste en él desde el inicio, y lo respeto por eso. Pero no olvides, hermana—dijo mientras la dejaba al pie del altar—si alguna vez necesitas ayuda, sea cual sea la razón, allí estaré. Siempre.

Sus palabras eran casi paternales, y Bonnie asintió, agradecida por tenerle a su lado en este día tan importante. El Duque le dio un último apretón en la mano antes de entregarla a Jonah, que la esperaba con los ojos llenos de una mezcla de devoción y orgullo.

Intercambiaron votos en una ceremonia relativamente íntima. Era un jueves y estaban cerca del mediodía, pero ninguno de los invitados quiso perderse la ocasión.

Jonah, vestido con un traje oscuro y cortado a la perfección la miraba con una intensidad que hizo que el corazón de Bonnie se acelerara. El peso de sus palabras la conmovió, la sacudió hasta la médula.

—Te amo, Bonnie, y es una promesa al futuro. Pase lo que pase, estaremos juntos.

Las lágrimas amenazaron con derramarse, pero Bonnie se contuvo, sonriendo mientras entrelazaba sus dedos con los de él. El alivio y la felicidad se fusionaban dentro de ella, aunque una sombra de preocupación seguía presente.

Era inevitable la inquietud. El Barón Seaford, el padre de Jonah, era un hombre complejo y tanto como Jonah había hecho lo que estaba a su alcance, y más, para contener sus vicios y evitar la bancarrota que su afición por las apuestas provocaba, no había garantías de que no les hiciese la vida amarga en el futuro.

Jonah buscó protegerla de esas complicaciones desde el primer instante en que la conoció, pero el peso de la incertidumbre por lo que su progenitor podía hacer estaba ahí, incluso cuando habían hecho mucho por cambiar las cosas. Los vicios eran muy difíciles de controlar, y eso era el juego para su suegro.

Mientras las campanas sonaban en señal de que la ceremonia había terminado, Bonnie caminó hacia el exterior de la iglesia de la mano de su nuevo esposo. Sonriente, le miró, y le sorprendió ver que Jonah se ponía muy serio.

Le bastó mirar en la dirección en que él lo hacía para encontrar la figura del Barón Seaford tambaleándose, tal vez ya bebido. Decidida a proteger a su esposo, se colgó de su brazo y con una sonrisa y un suave tirón le dirigió hacia la parte de la propiedad donde celebrarían.

El salón estaba decorado con candelabros dorados y centros de mesa con lirios blancos, la elegancia perfecta para la ocasión. Los invitados, animados, ingresaron y no perdieron tiempo, comenzando a disfrutar del banquete.

Bonnie hizo un gesto de asentimiento cuando Jonah le susurró que iba con su madre, y se permitió un momento de respiro, saboreando la tranquilidad antes de adentrarse en la celebración.

Su cuñada, Nessa, fue la primera en acercarse. Con su usual calidez y simpatía, la escocesa le sonrió mientras la abrazaba con cariño.

—Bonnie, estás radiante. ¡Estoy tan feliz por ti! Sé que Jonah es el hombre adecuado y te hará feliz.

Bonnie sonrió con gratitud. La conexión con Nessa era especial, desde el momento en que la conoció le gustó esa escocesa rebelde que prefería la naturaleza y la falta de restricciones a los salones y la formalidad de las galas londinenses.

Bonnie había observado con descrédito, pero encantada, cómo Nessa se había ido colando en la vida de su hermano Francis, que sucumbió lento a sus encantos y carácter. Saber que su cuñada apoyaba su matrimonio sin reparos la hacía sentir más fuerte y segura.

—Gracias, Nessa. Estoy muy feliz, es cierto, y también esperanzada de que las pequeñas sombras que todavía nos rodean se despejen en breve.

—Todo saldrá bien—aseguró Nessa, apretando las manos de Bonnie—. Sé que hay dificultades, pero tú eres fuerte, y juntos podrán superarlas. Y si alguna vez necesitas hablar, aquí estaré, al igual que tu familia, y Francis en especial. Sabes lo protector que es.

Ambas asintieron, riendo. El Duque no era sino intenso y celoso de los suyos. Mientras

Nessa se alejaba para hablar con otros invitados, Olivia, la menor de los Worcester, se acercó con una gran sonrisa en el rostro.

La luz de los candelabros hacía brillar sus rizos dorados, y Bonnie se sintió reconfortada por la energía despreocupada de su hermana.

—Bonnie, por fin veo una sonrisa genuina en tu cara—dijo Olivia, abrazándola efusivamente—. ¡Estoy encantada de que hayas tenido la boda de tus sueños!

—Gracias, hermanita. Aunque eso significa que ya no estaré detrás de cada paso que das, instándote a comportarte, lo que me hace temer lo que puedas hacer—suspiró con dramatismo fingido, y Olivia rio y rodó sus ojos—. No hagas que el corazón de nuestra madre se agite con tus ideas y aventuras.

—No haré nada que la agite… mucho—replicó Olivia, riendo—. Salvo posponer un pelín sus planes. No tengo ninguna prisa por casarme, a diferencia de ti. Estoy más que contenta con mi situación.

—Oh, lo sé, y tampoco tengo duda de que cuando el momento llegue para ti, cuando alguien digno toque a tu puerta, abandonarás esta postura.

Su hermana siempre había sido más espontánea, una cualidad que envidiaba en ocasiones. Ese rasgo del carácter de Olivia explicaba el poco aprecio de esta por los hombres compuestos y aburridos, de esos que poblaban los salones de Mayfair en la temporada.

La música suave llenó el aire y, por un momento, Bonnie cerró los ojos, dejándose llevar por la serenidad de la melodía. Cuando los abrió se concentró en Anne, la talentosa mujer que tocaba el clavicordio.

En un gesto increíble Anne había accedido a tocar en su fiesta, a pesar de que su situación no era la mejor en este último tiempo. Bonnie sabía de sus tribulaciones por Nessa e Isla, pues las dos Campbell tenían una gran amistad con la artista.

El talento de esta era fenomenal, y ella era una dama encantadora, aunque reservada. La miró, y encontró que la tristeza era patente en su expresión perdida en la melodía, como si estuviese ausente.

Bonnie se acercó luego de unos minutos, cuando Anne hizo una pausa.

—Oh, querida, tu música es sublime y no falla en transportar a todo aquel que te escucha. Es el regalo perfecto para mi boda—le dijo, y estrechó sus manos.

Anne le devolvió el gesto con una sonrisa tímida. Talentosa como era, su música era requerida en los salones, pero se guardaba mucho, retaceando su presencia en las fiestas, cada vez más. Era entendible, por supuesto, y con mayor razón Bonnie estaba tan agradecida.

—Gracias, Bonnie. Me alegra que te guste. Es un honor tocar para ti y los tuyos, y más en una celebración tan especial.

Bonnie se sentó a su lado, dispuesta a brindar algo de consuelo. Olivia solía reír y decirle

que no le gustaban las tristezas a su alrededor y por eso buscaba animar a los alicaídos.

Eso le pasaba ahora; le gustaría poder contagiar una mínima parte de su regocijo a esta mujer triste que parecía tener el peso del mundo sobre sus hombros.

—Nessa mencionó que has tenido algunos problemillas—dijo, con mesura—. Sé que ya no estás trabajando para la familia de los Atholl—Estos eran los tíos de Nessa e Isla, con los que Anne había vivido por varios años, hasta que algo ocurrió, en el último año. Nadie sabía qué, aunque había rumores—. ¿Estás bien?

Anne bajó la mirada por un momento, suspirando con suavidad.

—La situación se volvió… Insostenible—De inmediato se corrigió, ruborosa, avergonzada de parecer desagradecida, Bonnie no tuvo duda de ello—. Por supuesto que es comprensible. Han sido años de vivir con ellos, de que me sostuvieran. Estoy buscando mi camino, pero estaré bien, te lo aseguro—sonrió, pero no con sus ojos.

Bonnie la miró con simpatía y asintió.

—Si alguna vez necesitas hablar, o que alguien te escuche, no dudes en buscarme. Todos pasamos por momentos difíciles, pero no tienes por qué hacerlo sola.

Anne sonrió de nuevo, esta vez con un poco más de sinceridad.

—Gracias, Bonnie. Lo recordaré.

Se alejó de ella, con Jonah como objetivo, y él la abrazó con cariño y le rozó los labios en un gesto tierno que adoraba.

—Tengo a la mujer más bella toda para mí, y no puedo creer que soy tan afortunado.

—Oh, Jonah, yo…

—Hijo…

Ambos suspiraron, y se dieron la vuelta para ver qué quería esta vez el Barón de Seaford. Este sostenía una copa y el brillo de ebriedad era obvio en sus ojos. Bonnie se tensó, pero intentó mantener una sonrisa cordial.

El Barón sonreía con torpeza, y se acercó más, aunque no pudo llegar más que a un metro, porque Jonah fue pared entre él y Bonnie, siempre el protector.

—¿Qué ocurre, padre?—preguntó, impaciente.

El hombre había puesto trabas sin parar a su relación, y no porque no la aprobara, sino porque sus trapisondas habían enredado a Jonah una y otra vez en situaciones complicadas y peligrosas.

—Bonnie, querida, estamos muy contentos de tenerte en la familia. Estoy seguro de que tú y Jonah nos ayudarán a resolver cualquier pequeño problemilla que se nos presente en el futuro.

Bonnie sintió cómo Jonah se tensaba a su lado. Apretó su mano con fuerza, tratando de mantener el control.

—Haremos lo que esté en nuestras manos—respondió, tratando de ser diplomática.

El Barón se despidió, y Bonnie pudo sentir el enfado de Jonah recorrer su cuerpo como ondas, aunque este intentaba mantener la calma.

—Lo siento…— susurró, mirando a su esposa con ternura—. Ojalá pudiera mantenerlo alejado de nosotros, pero… Sigo siendo el único que puede detenerlo.

—Lo sé—respondió ella, acariciando su brazo con suavidad, intentando alejar la pesadumbre que lo aquejaba cuando su padre lo molestaba—. Estamos juntos en esto. Lo que sea que él intente otra vez, lo resolveremos, Jonah. Ya lo hemos hecho.

Jonah la miró con gratitud, y su brazo en su cintura la pegó contra él.

—Mi dulce y fuerte esposa—vertió las palabras en su oído muy quedo, y besó luego la comisura de sus labios—. Te amo tanto.

Bonnie se dijo que no podía ser más feliz. Él era el hombre que había soñado conocer, el que sus fantasías habían dibujado cuando se enredaban con la perspectiva del futuro.

EL FINAL.

Mientras la celebración continuaba en los salones de la residencia Worcester los recién casados se retiraron con discreción, dejando que los invitados siguieran disfrutando de la fiesta.

En su habitación nupcial, adornada con flores blancas y suaves velas que iluminaban el espacio con una luz cálida, Bonnie y Jonah finalmente estaban solos. Era un momento que habían esperado con ansias, pero también con una dulce expectativa.

Lo que había estado entre ellos–los conflictos, las dificultades, los miedos– había quedado atrás. Solo quedaba el amor que compartían. Bonnie, vestida con una bata de seda ligera que cubría su delicado vestido de novia, estaba de pie junto a la ventana, observando las luces titilar en los jardines.

El suave resplandor de la luna entraba por el cristal, bañándola en una luz plateada. Jonah se acercó, rodeándola con sus brazos desde atrás, su toque sutil pero lleno de intención.

—No puedo creer que por fin estemos solos—susurró Jonah en su oído, su voz baja y cargada de emoción.

Bonnie sonrió, apoyando su cabeza en su pecho, sintiendo la calidez de su cuerpo junto al suyo.

—Yo tampoco... pero me siento tan feliz, tan en paz.

Jonah la giró hacia él, tomando su rostro entre sus manos, y la miró a los ojos. En ese momento, no había prisa, pero si el deseo de disfrutar de cada segundo juntos.

—No imaginé que llegaría a amar a alguien de esta manera. Cada trago amargo que vivimos nos ha traído hasta aquí, y no cambiaría nada.

Los ojos de Bonnie brillaron, emocionada por sus palabras.

—Yo siento lo mismo. Las pruebas hicieron que me empecinara más en estar a tu lado. Sabía que eras el único para mí—suspiró, dejándose rodear por sus brazos, y por un momento los que hablaron fueron sus labios. Luego, suspiró, y recostó su cabeza en el hombro masculino, que le acarició el cabello—. Hay veces en que temo que esto sea un sueño, y que tu padre…—se mordió los labios, y le miró—. Él bebe cada vez más, y eso le torna imprevisible. ¿Y si vuelve a apostar y se acerca a Stanhope otra vez?

—No va a pasar—negó Jonah con seguridad—. Stanhope sufrió reveses muy grandes, económicos y en hombres. Está más que advertido. Confieso que ver al duque de Bristolbridge en acción fue… Impactante. No supe cuánto poder tiene hasta que lo vi con mis ojos.

—Grayson es maravilloso, pero muy persistente, y detesta el crimen y la violencia.

—Sobre mi padre… Sí, creo que es muy probable que deba proceder, hacerle firmar los documentos que me sugirieren. Me pesa, es humillante para él, pero mi madre y mi hermana no merecen atravesar más vicisitudes. El administrador sabe ajustar las clavijas del presupuesto, que

maneja mi madre. Ella está más alerta luego de que la adicción hizo que perdiera las joyas.

—Salvo la que recuperaste—dijo, y Jonah asintió.

Los réditos de las inversiones fluían, y había usado una parte para recobrar el medallón favorito de su madre.

—El que se vayan de Londres será la solución—dijo, enfático—. Ya pensé en aconsejarle a mi madre que se instalen en la casa solariega. El contacto con el campo lo calmará. Lo resolveré—dijo, convencido, y le sonrió—. Ahora, Bonnie… Es nuestra noche de bodas. Dejemos atrás temas amargos.

Con ternura, inclinó la cabeza y alcanzó sus labios, que besó firme, lento, saboreando esa tentación vuelta boca. Ella hizo un ruidito que lo enervó, y sus manos se apuraron a bajar por su espalda, acariciándola, haciendo que el calor entre ellos comenzara a aumentar.

Bonnie se fundió en el beso de Jonah, perdiéndose en la embriagadora mezcla de su calor y el tenue aroma a madera de cedro que desprendía. Sus dedos danzaron a lo largo de los músculos de sus brazos.

Su presencia la envolvía, un santuario de seguridad y pasión que tanto había deseado. Jonah se apartó ligeramente y sus ojos se encontraron con los de ella con una intensidad ardiente que le aceleró el pulso.

Su mirada, llena de una potente mezcla de adoración y deseo, no vaciló mientras sus dedos desataban los lazos de la bata con habilidad. La tela se deslizó con un susurro, revelando el delicado vestido que se ceñía a su figura.

Con una sonrisa tímida pero envalentonada, las manos de Bonnie se dirigieron a la camisa de Jonah, su tacto deliberado, en el que se deleitó. Cada botón desabrochado revelaba más de la calidez que había debajo, la respiración de él se entrecortaba con cada roce de sus dedos.

Se tomó su tiempo, saboreando cada segundo, disfrutando de la eléctrica anticipación que latía entre ellos. Una vez libres de sus ropas, Jonás la estrechó entre sus brazos, llevándola con una facilidad que contradecía la ardiente tensión que se respiraba en el ambiente.

La tumbó en la cama, donde las sábanas frescas y crujientes contrastaban con el calor de sus cuerpos. Se acomodó a su lado, acercándola, y sus pieles se encontraron en una danza íntima de respiraciones compartidas y promesas susurradas.

Los dedos de Jonás recorrieron los hombros de Bonnie, bajaron por sus brazos y volvieron a subir hasta su clavícula, deteniéndose allí un momento. Su tacto era ligero como una pluma, encendiendo una estela de calor cuando sus manos bajaron, acariciando la curva de sus pechos.

Se quedó sin aliento, la sensación era a la vez emocionante y tierna, como si estuviera memorizando cada centímetro de su piel. Sus labios siguieron el camino que habían trazado sus

dedos, besando el hueco de su garganta, la curva de su hombro, cada roce una promesa de lo que estaba por venir.

Las manos de Bonnie se dirigieron a su pelo y sus dedos se enredaron en los oscuros mechones mientras se arqueaba hacia él, atrayendo su exquisita atención.

El mundo fuera de su capullo se desvaneció, dejando sólo la sinfonía de sus respiraciones compartidas y el suave susurro de la ropa de cama.

Los labios de Jonah se movieron más abajo, trazando la delicada línea de su clavícula antes de descender más, cada beso una chispa que la dejaba deseando más. Su boca encontró la cúspide de su pecho, prodigándole una atención que le hizo sentir escalofríos por todo el cuerpo.

Los gestos sutiles, las caricias sin tiempo, las miradas extasiadas hablaban más que cualquier promesa o declaración. Jonah besó a Bonnie en la frente, luego en las mejillas, y al fin, sus labios se encontraron de nuevo, esta vez con más intensidad, pero siempre con la delicadeza.

Mientras se tocaban, las barreras entre ellos se desvanecieron por completo. Sus cuerpos se movían juntos, en un ritmo natural que reflejaba la profunda conexión que compartían.

El amor que sentían el uno por el otro se expresó no solo en los besos y las caricias, sino en el modo en que se miraban, en la forma en que sus respiraciones se sincronizaban.

Cuando las intimidades se rozaron, Bonnie gimió largo, sin poder controlarse, y Jonah lideró el encuentro de sus pelvis, que se frotaron y adoraron, y luego el falo masculino buscó la rosa íntima. Como un guante esta lo recibió y le encerró, dejándose poseer y aprisionando al miembro de Jonah, que dolía de tenso.

La unión más reverente, esto era, sus cuerpos uno, las pieles en vibración, el deleite más sublime haciéndoles gemir de placer mutuo.

Brazos y piernas se enredaron, como si no soportasen un centímetro de sus cuerpos en lejanía. Estaban consagrando la mutua posesión, la que sus sentimientos habían comenzado. Alma y cuerpo, eso eran a partir de este día.

Cada momento en el lecho, cada roce, beso, caricia, susurros y gemidos fueron afirmaciones de lo que sentían y de lo que habían vivido. Expresiones de intenciones: de pasión, de ternura, de amor infinito, de compromiso.

Se habían elegido contra viento y marea, desafiando convenciones, y el amor los envolvía y florecía. Habían encontrado en el otro un hogar, una tranquilidad que los acompañaría por el resto de sus vidas.

Luego de que la explosión de los sentidos llegó y les dejó temblorosos y movilizados, descansaron, abrazados bajo las sábanas, Jonah acarició el cabello de Bonnie, susurrándole al oído.

—Te amo más de lo que las palabras pueden expresar

Bonnie sonrió, sintiéndose completa en sus brazos.

—Y yo te amo, Jonah. Ahora y siempre.

FIN.

UN DUQUE PRESUNTUOSO PARA UNA BASTARDA INGLESA



Prólogo

24 años atrás

La lluvia golpeaba los cristales mugrientos de la ventana, mezclándose con el viento que silbaba a través de las rendijas de la vieja casa solariega. Anne, con tan solo ocho años, estaba arrodillada junto al lecho de su madre. Lydia Marlowe, una mujer cuya belleza se veía desvaída, oculta por un velo de sudor y dolor.

La habitación olía a humedad y desolación, y no era solo el reflejo de la ruina en la que vivían. Había una sensación de final en el aire.

—Anne… hija…—susurró, su voz apenas audible.

La niña levantó la cabeza, sus manos pequeñas sujetando un paño mojado que colocó con delicadeza sobre la frente de su madre. Sus ojos, demasiado grandes para su rostro fino, estaban llenos de miedo y tristeza.

—Madre, por favor, no hable. Debe descansar—dijo, con una seriedad impropia de su edad, e intentando ahogar el nudo que tenía en la garganta.

No voy a llorar, no voy a llorar, repitió en su mente, y su madre le sonrió, tan débil que el corazón de Anne pareció partirse. Le pasaba a diario desde que Lydia había comenzado a perder fuerzas y la cruel enfermedad le empezó a robar la energía.

—Anne… Mi hermosa niña. ¡Te quiero tanto!—susurró, y su mano tembleque fue al rostro de la niña, que acarició, leve. Anne recostó su mejilla, cerrando los ojos, bebiendo en el gesto de amor—. Escucha… Hay una carta… en el último cajón—le señaló la cómoda, con esfuerzo—. Debes enviarla. Prométemelo.

La niña parpadeó, confusa.

—¿Una carta? ¿A quién? ¿Por qué?

—No preguntes, hija… Hazlo. Es importante… Mucho… Quiero… Quiero irme tranquila de que estarás bien…—Tosió, y se desmadejó en el lecho, pero sus ojos frenéticos se posaron en Anne—. Es mi regalo, Anne… Tarde… Pero mereces… Mereces vivir bien, estar… cuidada—Lydia jadeó entre palabras, su voz rota por el esfuerzo—. Envíala… cuanto antes.

Anne asintió, muy confundida, pero percibiendo que esto era un deseo ferviente. Obediente, corrió hacia la cómoda desvencijada. Abrió el cajón y rebuscó, hasta que encontró un sobre con la letra de su madre, primorosa. Lo tomó con reverencia antes de volver al lado de ella.

—Haré que el señor Douglas la envíe hoy mismo, madre.

La mujer, respiró con esfuerzo, y abrió los ojos para mirarla con ternura, y también con infinita tristeza. Ojos que decían más de lo que sus labios podían expresar.

—Oh, mi querida niña… me queda poco tiempo.

—No diga eso, madre. ¿Qué voy a hacer sin usted?—preguntó Anne, con un hilo de voz, sacudida, ahogada de pena.

La mujer alzó una mano temblorosa y rozó la frente su hija con los dedos huesudos.

—No estarás sola. Ya verás. Te dejo mi peine de nácar para que recuerdes que debes cuidar tu cabello…—La sonrisa en su rostro surgió con esfuerzo, las arrugas más evidentes en la piel gastada y pálida—. Y mi relicario, para que me recuerdes. Cada vez que lo abras, estaré mirándote para recordarte que has sido querida, amada. Que no estás sola, mi niña.

Anne apretó los labios, su pequeño cuerpo temblando por las lágrimas que no quería derramar. Un grito ahogado desde la planta baja rompió el momento. Era el baronet, borracho como siempre, despotricando en la sala.

—¡Maldita sea! ¿Es que alguien toma mi jerez? ¿Dónde está esa niña cuando se la necesita? ¡Es una carga!—vociferó, su voz resonando por toda la casa.

Anne bajó la cabeza, acostumbrada a esos arrebatos. Nunca había entendido por qué él la trataba con tanto desprecio, como si su sola presencia lo ofendiera más que cualquier otra cosa.

—Anne… no le prestes atención… Él no sabe lo que dice. Es la bebida —susurró Lydia, esforzándose por sonar convincente.

Pero Anne sabía que aquellos gritos no eran palabras vacías. Lo sentía cada vez que el baronet la miraba con una mezcla de ira y disgusto, como si su existencia fuera una herida que no dejaba de sangrar.

++++

El viento helado soplaba silbando entre los árboles circundantes a la iglesia parroquial. Anne permanecía inmóvil frente a la tumba recién excavada, con sus zapatos desgastados hundidos en el barro húmedo.

En sus pequeñas manos sostenía el relicario y el peine de nácar, objetos que en su cabecita eran tesoros. Los apretaba con fuerza contra su pecho, porque esto era ahora lo único que le quedaba de su madre.

El ataúd de madera simple descendió al suelo con lentitud. Cada crujido de la cuerda resonaba como un eco doloroso en el silencio de la mañana. No había lamentos. Nadie hablaba.

Solo estaban Anne, el baronet, el viejo sepulturero y su ayudante, que trabajaban sin levantar la mirada. Anne quería llorar, pero las lágrimas no venían. Su garganta estaba cerrada por un nudo amargo que no la dejaba respirar.

—Adiós, madre…—murmuró, apenas audible para sí misma.

El baronet, impaciente, dio un paso atrás, tambaleándose, y soltó un resoplido cargado de desprecio.

—Es suficiente. Apresúrate—ordenó al sepulturero—. Termina con esto.

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia el carruaje, a las claras deseoso de retornar a su casa. *A beber*, pensó Anne, que no lo siguió de inmediato.

Permaneció junto a la tumba, con los pies congelados y los dedos rígidos, mirando el montículo de tierra que pronto cubriría lo único bueno que había tenido en su vida.

El grito destemplado del baronet, instándola a ir a él, se enredó con el crujido de la grava y un relincho de caballo. Anne alzó la vista, que fijó en el camino.

Un carruaje negro, elegante y opulento, se detuvo cerca y obstaculizó al del baronet. La puerta del coche se abrió, y un hombre descendió con movimientos firmes y calculados.

Tenía el porte de alguien acostumbrado a mandar, su capa negra ondeando al viento. Su cabello oscuro estaba peinado con esmero, y sus ojos parecían analizar cada rincón con una mezcla de autoridad y desaprobación.

Detrás de él, una mujer de mediana edad, vestida con sobriedad, bajó con cuidado, sus ojos amables escudriñando el entorno.

Anne los observó desde la distancia, inmóvil, mientras el hombre se dirigía al baronet, que había bajado, tambaleándose.

—¿Es ella? —preguntó el hombre, señalando hacia Anne, que se había acercado lentamente.

Anne sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Por qué la señalaban? ¿Quién era ese hombre?

El baronet asintió con una sonrisa amarga.

—Sí, es ella. Llévesela si quiere. Es una niña inútil, un peso en mi bolsillo más que otra cosa.

La niña frunció el ceño, sintiendo el frío recorrerla, acurrucándose en su pecho. El baronet era su padre. ¿Cómo podía hablar de ella como si fuera un animal del que quería deshacerse?

El caballero giró hacia el baronet, y su expresión se endureció. Anne no entendió las palabras exactas que intercambiaron, pero el tono del hombre era cortante. Observó cómo extendía una bolsa de cuero oscuro, que el baronet tomó con manos ansiosas.

Luego, el extraño la miró fijo. Anne se quedó helada bajo su mirada escrutadora, sintiéndose más pequeña que nunca. *Esos ojos tienen un color parecido a los míos*, pensó.

—Sube al carruaje —le ordenó entonces, con una voz profunda que no admitía réplica.

Anne no se movió de inmediato. Tenía miedo. Buscó algún indicio de amabilidad o compasión en la faz masculina, pero solo encontró firmeza. Entonces, la mujer dio un paso hacia ella, agachándose a su nivel con una leve sonrisa.

—Vamos, querida—dijo con suavidad—. Vas a estar bien. Iremos a un lugar mejor. A la

casa del conde de Atholl.

Anne no entendía por qué, pero las palabras de la mujer le dieron una pequeña chispa de consuelo. Aun así, su cuerpo no se movió hasta que la mujer extendió una mano y le acarició el brazo con suavidad.

—¿Tienes algo que quieras buscar de la casa?—inquirió con dulzura.

Anne negó, todavía confusa. No había nada que importara allá. Lo único vital eran el peine de nácar y el relicario, los tesoros que su madre le había legado.

Su corazón latía con fuerza, una mezcla de temor y esperanza llenándole el pecho, enredándose con su tristeza.

—Entonces sube. Estarás bien con nosotros, lo prometo.

Miró el carruaje, majestuoso y oscuro, como una sombra que prometía cambiar su vida para siempre, y asintió, siguiendo a la mujer.

El interior del vehículo era cálido, forrado de terciopelo oscuro, un lujo que Anne jamás había visto. Se sentó con cuidado en el asiento frente al hombre, quien miraba por la ventana con una expresión distante.

De vez en cuando, sus ojos se desviaban hacia ella, como si la estuviera evaluando, pero no decía nada.

Anne apretó el relicario entre sus dedos pequeños, y a medida que el balanceo del vehículo la alejaba del baronet, de la casa en que vivía, y de la tumba de su madre, su mente se afanaba con pensamientos contradictorios.

¿Adónde la llevaban? ¿Qué sería de ella? Tenía miedo, sí, pero también algo más. Luego de un largo silencio, se atrevió a levantar la mirada hacia el hombre que se sentaba frente a ella.

—¿Por qué vino a buscarme? ¿Adónde vamos?—preguntó en voz baja, temiendo que la respuesta pudiera romper el tenue hilo de consuelo que había empezado a tejerse en su interior.

El hombre giró hacia ella, sus ojos escrutándola con una intensidad que le hizo sentir insignificante. Tardó un momento en responder, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado.

—Porque tu madre quería que tuvieras una oportunidad mejor. Y se lo debo.

Anne se mordió el labio inferior, sus ojos llenándose de lágrimas. Dolor por la pérdida, temor a lo desconocido, alivio de irse de la casa de aquel hombre cruel, esperanza, todo se mezcló.

No sabía qué creer, pero la seguridad en el tono de este hombre importante, la gravedad de su voz, la hizo asentir.

—¿Será un lugar bonito? —preguntó, con un hilo de voz que apenas se oyó sobre el ruido de las ruedas del carruaje.

La mujer, que hasta entonces había permanecido callada, se inclinó hacia ella con una

leve sonrisa. Le tocó la mano con suavidad, como si quisiera infundirle valor.

—Sí, querida. Será un lugar bonito. Y estarás a salvo.

Anne asintió de nuevo, insegura de lo que le esperaba, pero dejó que sus ojos se cerraran mientras el carruaje avanzaba. Tal vez su vida podría cambiar para mejor.

Su madre le dijo que así sería. Que estaría cuidada. Nada le esperaba en la casa que quedaba atrás, y llevaba sus recuerdos con ella.

Capítulo 1

Londres, 1819

Anne Holloway suspiró y dejó a un lado la pluma, desviando sus ojos hacia la ventana del despacho austero donde pasaba parte de sus días.

La luz de la mañana inundaba las calles empedradas por las que carruajes transitaban de un lado a otro.

Caballeros con bastones y chisteras iban y venían, y algunas damas paseaban por Bond Street sin prisa, dispuestas a gastar las libras de sus esposos o padres en vestidos elegantes, cintas y bolsas.

Ella había llegado al despacho temprano y trabajaba sin descanso desde la primera hora de la mañana. Los nobles, sus esposas o hijas no tenían obligaciones que cumplir ni horarios a los que ajustarse, por supuesto.

No tenían su urgencia, o la de la joven que pasó frente a la ventana con un cesto repleto de pan recién horneado, tarareando una melodía mientras su vestido gastado se balanceaba al compás de sus pasos. Tampoco la necesidad del vendedor que pregonaba sus naranjas con entusiasmo, su voz destacándose entre el bullicio.

Volvió la mirada a los papeles en el escritorio, abocándose a finalizar el trabajo de revisar las cifras. Organizar los documentos financieros del duque de Bristolbridge, transcribir sus notas y redactar cartas exigía concentración.

Mas también le brindaba una sensación de utilidad en un mundo que, de otro modo, tenía poco lugar para ella. El sonido de la pluma sobre el papel fue opacado por el eco de pisadas firmes que se acercaban por el pasillo.

El duque había llegado, pensó, agitada. Se puso de pie de inmediato, alisándose la falda de algodón de líneas sobrias, y recogió la documentación que él le había solicitado el día anterior, dirigiéndose al despacho.

Sus pasos se hicieron más lentos al alcanzar la puerta, y se detuvo un momento antes de girar la manija, preparándose. El duque… *«Dime Grayson, Anne. Nos vemos a diario, no es necesario que seas tan formal»*, le había dicho varias veces en estos meses que trabajaba para él.

Imposible, no podía hacerlo. Anne respetaba demasiado a ese hombre como para tomarse confianzas. Él era *Su Gracia, Su Excelencia, lord Grayson James*, la figura alta y ancha, masculina y atractiva que resonaba en cada espacio que ocupaba.

El hombre que Anne admiraba más de lo que se atrevía a admitir, el que con cada mirada encendía en su interior chispas de veneración y un torbellino de nerviosismo que a duras penas lograba contener.

Grayson no era solo un noble; era una presencia imponente, un faro al que Anne no podía evitar dirigir su atención. Su porte regio, la firmeza de su mandíbula y la profundidad de su mirada tenían una forma de desarmarla que no reconocería ante nadie.

Le había costado asumirlo, pero los sentimientos por él habían crecido con los años. Nada en su exterior traicionaba la tormenta de emociones que la invadía cada vez que él estaba cerca.

Había aprendido a domar sus reacciones, a enmascarar el tumulto de su alma bajo una fachada impecable. Una habilidad adquirida no por elección, sino por necesidad, durante los años vividos en la mansión del conde de Atholl.

Allí, entre las altas paredes adornadas con retratos solemnes y muebles de caoba, Anne había aprendido el arte de ser una dama de sociedad. A ajustarse con precisión milimétrica a las rígidas normas de comportamiento, a caminar con la cabeza alta incluso cuando sentía que el peso del mundo la hundía.

Había aprendido a medir cada palabra, cada gesto, cada mirada. Pero sobre todo, había aprendido a sonreír. A dibujar en sus labios una curva perfecta que no revelara ni un ápice de dolor.

Sonreír cuando su pecho ardía de tristeza, cuando el vacío en su interior parecía devorarla. Ahora, esas lecciones, aunque forjadas en un contexto amargo, eran su refugio.

Su escudo contra un hombre que, sin saberlo, tenía el poder de destruir las barreras que con tanto esfuerzo había construido.

¿Cómo podía mirar a Grayson y no sentir que el suelo bajo sus pies se desmoronaba? ¿Cómo podía mantener su compostura cuando cada palabra, cada gesto suyo, parecía dirigido a una parte de ella que ni siquiera sabía que existía?

Anne se obligó a respirar hondo, a recomponerse. Había enfrentado desafíos mayores que esto, se recordó. La muerte de su madre, la llegada a la mansión Atholl y, lo más nuevo, tener que irse de aquella casa. Esto la dejó vulnerable y desconcertada. Todavía se sentía así. Enterarse de que…

Deja eso, Anne, no recuerdes, no te agobies. Trabaja. Cumple con tus obligaciones. Tienes un techo y comida gracias a que el duque fue generosísimo contigo.

Sí, su suerte había desmejorado, pero la crianza y el orgullo la sostenían y le permitían fingir que estaba bien. Que estar sola y que su piel fuera hecha tiras por el cruel cotilleo de los salones y las viles aunque anónimas menciones en panfletos no la conmovían. Su acertada, aunque un poco tardía, decisión de no acudir a galas ni leer libelos le hacía bien.

Se enderezó y se preparó para el encuentro, con un suspiro apenas audible, y luego empujó la puerta para enfrentar al hombre que era el centro de sus pensamientos más íntimos.

Su paso fue firme, aunque el imperceptible temblor en sus manos traicionaba los nervios que la invadían al estar cerca de él.

La estancia era magnífica, un marco apropiado para el hombre que la ocupaba. Paredes revestidas de madera oscura, un enorme escritorio de caoba en el centro, tumbonas y sillones de cuero oscuro, una gran biblioteca con ejemplares encuadernados.

El duque, vestido con gusto impecable, como era usual, con el cravat anudado a la perfección, alzó la vista de los papeles que revisaba. Sus ojos grises, inteligentes, analíticos, se suavizaron al posar la mirada en ella.

—Señorita Holloway—dijo, y su voz sonó firme, cálida, rica en matices—. ¿Tiene los informes que solicité?

Anne asintió, acercándose para depositar los documentos sobre la superficie pulida del escritorio.

—Aquí están, su Gracia. La transcripción de las notas y las cifras actualizadas de la recaudación de impuestos de las parroquias bajo su administración.

Grayson asintió con un leve gesto de aprobación y tomó los papeles, su mirada deteniéndose con brevedad en la pulcra caligrafía antes de volver a centrarse en ella.

—¿Encontró alguna inconsistencia en los reportes?

Anne vaciló un momento antes de responder.

—Sí, en efecto. Hay discrepancias en los ingresos reportados por el arrendamiento en Surrey, particularmente en las cuentas de los cultivos. Parecen…—tragó saliva—. Alteradas.

Grayson arqueó una ceja, sus ojos entrecerrándose mientras hojeaba las cifras. Su atención plena sobre los documentos la hizo sentir que había hecho lo correcto al señalarlo.

—Ahá, sí, veo lo que dice—Levantó la vista hacia ella—. ¿Cree que es intencional?

—Es difícil asegurarlo sin más información, pero la omisión es evidente.

Grayson se recostó en su silla, frotándose la barbilla en un gesto pensativo.

—Excelente trabajo, señorita Holloway. Asegúrese de informarme cualquier otra irregularidad que encuentre. Si estas cifras han sido manipuladas, necesito saber quién está detrás.

Anne inclinó la cabeza en señal de obediencia, pero no se retiró de inmediato. Algo en el ambiente, quizá el aire solemne del despacho o el cansancio visible en el rostro del duque, la llevó a dar un paso inesperado. A ir más allá de lo laboral.

—¿Se encuentra bien, su Gracia? Parece… preocupado.

Grayson alzó la mirada hacia ella, tal vez sorprendido por su franqueza. Anne sintió que había traspasado una barrera, aunque no había dureza o molestia en los ojos masculinos.

—Es un año complicado, señorita Holloway. Pero, ¿no lo son todos?—resopló, y se hizo atrás—. Londres es un hervidero de intereses egoístas en confrontación constante, y a veces parece que la justicia es un ideal cada vez más lejano. El progreso se hace difícil, lograr que nuestro país mejore para todos…—suspiró, y meneó su cabeza—. No quiero molestarla con mis

quejas.

Anne negó con vehemencia. Escucharle hablar con esa pasión de lo que quería lograr, de lo que eran sus desvelos, le gustaba. Eran momentos de intimidad en los que se abría con ella, y Anne lo comprendía mucho más de lo que él pensaba.

—Si alguien puede enfrentarlo, es usted. No solo tiene los recursos, sino también el carácter para hacerlo. Y el deseo, que es mucho más de lo que puede decirse de muchos políticos hoy en día.

Una sombra de sonrisa apareció en los labios de Grayson antes de devolver su atención a los papeles frente a él.

—Gracias, Anne. Sus palabras significan mucho. Admiro su inteligencia y frescura, no me canso de repetirlo.

Anne sonrió, a la interna gozando de estar en su foco, de recibir sus alabanzas, pero no se permitió demorarse. Hizo una leve reverencia antes de retirarse, y al cerrar la puerta, su corazón latía con fuerza.

Le gustaba tanto escuchar su nombre en la voz grave del duque, así como recibir sus halagos. Vivía para esos momentos en que eran solo ellos dos. Había una corriente de entendimiento que llevaba tibieza a su pecho.

Contribuir a aliviar el peso que este noble tenía sobre sus hombros era importante. El duque trabajaba incansablemente para deshacer los desaguisados políticos que otros, más ambiciosos, provocaban, al tiempo que luchaba por mejorar Londres y las vidas de sus habitantes.

En esa visión de Inglaterra y de la justicia coincidía con sus dos amigos íntimos, los duques de Worcester y Elywood. Por el matrimonio de ambos con las hermanas escocesas Nessa e Isla Campbell, Anne había tenido la fortuna de conocer a Grayson James, el único hombre al que había amado —y al que amaría—, en silencio y sin esperanza.

Porque ella no era nadie. Una mujer gris con cabeza para obedecer y tocar el clavicordio. La hija de un baronet en desgracia económica que la rechazó desde muy niña y a quien apenas recordaba.

Anne, la advenediza que había llegado siendo una niña tímida, huérfana de afectos y necesitada de orientación, había crecido y se había educado en la mansión del conde de Atholl, un hombre severo y conservador.

Bajo el cuidado de su esposa, Brodie Campbell, había aprendido a comportarse como una dama, a mantener la compostura y a ganarse un lugar en un mundo que nunca fue del todo suyo.

Durante años, Anne había hecho todo lo posible por ganarse el respeto, e incluso el cariño, de la condesa. Era amable con ella, trabajaba duro para cumplir con las expectativas y se esforzaba por ser impecable en su comportamiento. La condesa era gentil, pero…

Siempre hubo una barrera invisible entre ambas, algo que Anne no podía romper con el gesto más cuidadoso ni con las palabras más medidas. No supo el motivo hasta hacía pocos meses.

Recordaba con claridad la tarde en que todo encajó. Era un día gris, y las nubes bajas daban un aire melancólico al paisaje. Brodie estaba en la sala de música, sola, con los ojos llenos de lágrimas, lo que no ocultó cuando Anne entró.

Sobre la mesa, había un libelo, un panfleto amarillento que parecía haber sido leído y releído hasta el cansancio. Anne notó cómo la condesa lo apartaba con un gesto brusco antes de marcharse de la sala sin decir una palabra.

Su andar era rápido, pero sus hombros caídos traicionaban su estado emocional. Anne se acercó al papel, aunque algo en su interior le advirtió que no debería. La curiosidad, mezclada con una creciente inquietud, pudo más.

Lo levantó con cuidado, temerosa de lo que pudiera encontrar. Las palabras impresas en tinta desgastada narraban con una claridad cruel la historia de un romance ilícito, un amor que Brodie había tolerado y que, aunque anterior a su matrimonio, parecía arrojar una larga sombra sobre su vida.

Las palabras finales destilaban malicia:

Los rumores han vuelto a sonar, y es inevitable que lo hagan cada vez que la talentosa y bonita jovencita toca el clavicordio. ¿Es este ángel musical la hija bastarda del conde, tan conservador? Así parece. Una aventura extramarital con una mujer ligera de cascos, una artista.

Tal vez el conde quisiera un manto de olvido y piedad sobre el asunto, pero de seguro su esposa lo recuerda con extrema certeza, y no sería extraño que los rebeldes escoceses de su familia le hayan hecho lamentar al noble su traspié.

Era la historia de Lydia Marlowe, su madre, y el conde de Atholl, un escándalo que Anne desconocía por completo pero que había moldeado cada interacción que tuvo con la condesa desde el día en que llegó.

Las lágrimas silenciosas de Brodie, su mirada llena de una tristeza infinita antes de marcharse… todo cobró sentido. No era que la condesa fuese injusta o cruel, sino que Anne era un recordatorio constante de una herida que nunca había sanado. Una que, aunque Anne no hubiera causado, estaba grabada en su piel y en su sangre.

Anne dejó el panfleto con manos temblorosas y sintió que su interior se desgarraba. Entendía el dolor de la mujer que la había criado, a pesar de eso, con la mayor justicia que había podido reunir.

Anne no la odiaba; al contrario, la admiraba por el esfuerzo que había hecho para no

dejar que el pasado dictara por completo su relación.

Sin embargo, en aquel momento, Anne se dio cuenta de que no importaba qué hiciera, no podría borrar el peso que su presencia había traído a esa casa.

El conde había llevado a su hija bastarda a su hogar legítimo y había impuesto su presencia a su esposa y a sus hijos.

No era culpa de Anne, pero tampoco de la condesa, que en retrospectiva había sido generosa. Ambas eran víctimas, en definitiva. Anne admiró a Brodie Campbell por no solo tolerarla, sino por darle un sitio junto a sus hijos. Podría haberle hecho la vida miserable, y no fue así.

La relación entre ellas se deterioró después del episodio del libelo y estalló cuando Victoria, una de sus hermanastras, la confrontó.

De algún modo había conocido el rumor y la conminó a irse para no arrastrar el nombre de la familia por el lodo. La conversación había sido dolorosa, humillante.

<<¿No tienes vergüenza? >>le dijo Victoria, cruzando los brazos con aire desafiante.

Anne había sentido el peso de las palabras de su hermanastra como un golpe.

<<Victoria, no entiendo…>> balbuceó, y Victoria avanzó unos pasos, arrojando un papel arrugado sobre el clavicordio. Anne no necesitó mirarlo para saber qué era: el libelo.

<<Esto>> Su voz estaba cargada de resentimiento. <<¿Sabes lo que significa para nosotras, para nuestra familia? ¿Para Maude, para Edward? La gente habla, Anne. Hablan de ti, de mamá, de papá. Nos están arrastrando por el lodo, y es por tu culpa.>>

Anne recordó cómo un nudo había ahogado su voz durante unos instantes, pero había logrado mantener la postura firme. Se había obligado a no llorar frente a Victoria.

<<No pedí nacer, ni venir, y menos aún que escribieran eso>> respondió, quebrada. Victoria soltó una risa amarga.

<<No, claro que no. Pero aquí estás, viviendo bajo nuestro techo, alimentando ese rumor. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Defenderte? ¿Negar lo que creen saber? ¿Dejar que nuestro nombre quede manchado mientras tú te sientas al clavicordio como si nada pasara?>>

Las palabras de Victoria habían sido crueles, pero también contenían una verdad que Anne no podía ignorar.

<<Si es tan insoportable para ti, me iré>> dijo Anne, con un tono calmado que enmascaraba el dolor que sentía.

Victoria pareció sorprendida, pero solo por un momento.

<<Eso sería lo mejor>> respondió, cruzando los brazos con más fuerza y girando la cabeza con un gesto de leve vergüenza que se desvaneció rápidamente. <<No quiero parecer dura, pero esto no es solo por mí. Es por todos. Por mamá, por Maude, por Edward. Merecen algo mejor.>>

<<Nunca quise hacerles daño.>>

Victoria no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz carecía del filo que había tenido antes.

<<Es lo mejor para todos>>dijo antes de girarse y salir de la habitación sin mirar atrás.

Anne había permanecido en la sala, con las partituras en la mano, sintiendo cómo una parte de su mundo se desmoronaba.

Anne adoraba a Maude, a Marguerite, que ya no vivía en la casa, y a Edward. Pero la condesa Brodie, Victoria y ella sabían una verdad que era un secreto a voces y que las enfrentaba.

El creador de aquel desastre, el conde de Atholl, había permanecido en un mutismo cómodo desde el primer momento. Nunca había dicho nada, ni cuando la llevó a la mansión siendo niña ni cuando Anne se marchó. Su silencio, lejos de consolarla, había sido una carga constante. Si él no la defendía, ¿quién lo haría?

Anne dejó la mansión con tristeza y alivio a partes iguales. De no haber sido por Nessa, que le ofreció refugio en la residencia Worcester durante unas semanas, o por la oferta de trabajo del duque de Bristolbridge, no habría sabido qué hacer.

Su situación era tan precaria que la idea de irse de Londres le había pasado por la cabeza en más de una ocasión. Había algo profundamente humillante en no poseer nada propio, en no ser más que un huésped en la vida de los demás.

Pero Anne tenía la suficiente dignidad como para no dejar que esa percepción definiera sus días. Por ello, se fue de la residencia Worcester apenas reunió lo suficiente para alquilar una pequeña habitación en un barrio respetable, limpio y seguro.

Y así había comenzado una nueva etapa de su vida. Sola.

Capítulo 2.

Anne se congratuló de su decisión de ir a la residencia Worcester apenas el ama de llaves la llevó a la sala donde Nessa la recibió con un abrazo entusiasta, sus ojos brillando con una alegría que contagiaba el lugar.

Era una de pocas amigas, e incondicional y entrañable. Ella e Isla, su hermana, lo eran y la conexión había sido inmediata entre las tres desde el primer momento en que las conoció en Escocia.

Cuatro años atrás Anne había sido enviada por la condesa de Atholl para pulir los modales y enseñar buenas costumbres londinenses a sus sobrinas Campbell.

El viaje hasta Escocia había sido largo, pero al llegar, Anne sintió algo que pocas veces había experimentado: un respiro. Las Tierras Altas parecían tener un aire mágico; como si la vastedad del paisaje pudiera absorber sus preocupaciones y diluirlas en el viento.

La vida entre valles escarpados y los vastos prados verdes fueron un contraste abrumador con la severidad de la mansión Atholl. Había ido antes, cuando niña, porque la familia se trasladaba para visitar a la rama Campbell, pero eso se hizo menos frecuente con el paso del tiempo. Volver, ya adulta, había sido removedor.

Las lecciones que impartió allá fueron exigentes. Brodie había pedido que Anne enseñara a sus sobrinas cómo moverse en los salones de baile, cómo responder con gracia a las preguntas más incisivas y cómo mantener la compostura incluso bajo el escrutinio más feroz.

Isla, romántica y sentimental, se entregó con entusiasmo a estas enseñanzas. Era la romántica que fantaseaba con la Temporada, soñando con encontrar algún día un amor como los que leía en las novelas de la época.

Nessa, en cambio, se mostró rebelde y desconectada de esas aspiraciones; prefería pasar las tardes explorando la naturaleza y montando su caballo, lidiando con asuntos prácticos de la propiedad antes que practicar reverencias.

Anne, entre ambas, se convirtió en un puente. Aprendió junto a Isla y se dejó llevar por la libertad que Nessa disfrutaba en el entorno salvaje.

Aquel tiempo en Escocia fue un bálsamo para el alma de Anne. Por primera vez, encontró amigas que la integraron sin reservas. Isla y Nessa la aceptaron no solo como parte de las lecciones, sino también de sus juegos y confidencias.

Juntas compartieron secretos, risas y sueños en largas caminatas por los valles y junto a arroyos cristalinos. Anne enseñó a las chicas lo que sabía de música y ellas, a cambio, le mostraron el poder del viento que soplaba entre las montañas y la magia de los cuentos que sus ancestros escoceses narraban bajo cielos estrellados.

En ese tiempo, Anne descubrió una parte de sí misma que Londres había ahogado: su

capacidad de ser feliz sin restricciones. Corrió libre por las colinas, sus pies hundiéndose en la hierba húmeda.

Sintió el frío en sus mejillas al amanecer, mientras el rocío se evaporaba en las primeras luces del día. El entorno la envolvía y le ofrecía una sensación de pertenencia que nunca había sentido en la mansión Atholl.

Cuando el año terminó y regresaron a Londres, las tres jóvenes estaban transformadas. Isla e incluso Nessa mostraban la elegancia y la gracia que Anne procuró cultivar en ellas.

El viaje de regreso significó un retorno a las normas y los prejuicios de la nobleza londinense. Las miradas recelosas y los comentarios velados de aquellos que no la consideraban digna volvieron a acosarla.

Sin embargo, guardaba un consuelo: los recuerdos de las Tierras Altas y el amor de las amigas que había hecho allí. Fue un respiro en su vida, un tiempo donde había sido más que una advenediza. Allí, en Escocia, había encontrado un hogar temporal en el que era respetada y querida por lo que era.

No habría podido soportar los rigores de Londres en estos tres años sin haber conocido antes la libertad de las Tierras Altas y la bondad de quienes la rodearon allí. Escocia se convirtió en un rincón sagrado de su memoria.

Y cuando Nessa e Isla abrieron sus alas, se enamoraron, sufrieron y cumplieron sus sueños, estuvo a su lado. Ambas se casaron con hombres muy poderosos que las adoraban.

Y seguían siendo sus fieras amigas, las que la cobijaban y hacían reír, las que visitaba tanto como podía. No fallaban en ponerla de buen ánimo, como hoy.

—¡Anne! Es un alivio verte. Ya estaba empezando a pensar que te escondías de mí—bromeó Nessa.

Anne sonrió, relajándose en su compañía. No había necesidad de barreras o artificios con Nessa. La pelirroja valoraba la honestidad y la espontaneidad, dos rasgos que la identificaban.

—Sabes que mi trabajo me demanda mucho tiempo.

—Algo para reprochar a Grayson James—indicó, frunciendo el ceño—. No es necesario que trabajes tanto. Yo podría…

—Nada, nada, me gusta trabajar, me siento útil, y el duque no es sino amable—dijo, cerrando el asunto—. ¿Cómo está mi pequeño favorito?

—Más travieso que nunca —dijo Nessa, riendo—. Pero venga, déjame mostrártelo.

El pequeño Henry dormía con placidez en una cuna cerca de la ventana. Anne lo observó con ternura, el corazón lleno de amor. Nessa, percibiendo su emoción, apretó su mano con suavidad.

—Es tan hermoso.

—Lo es—asintió orgullosa Nessa—. Ser madre es… Maravilloso. No imaginé que lo

disfrutaría así, aunque tener un pequeño ejército alrededor dispuesto a colaborar hace las cosas más sencillas.

—Como si les dejaras acercarse demasiado—respondió Anne, meneando su cabeza.

La pelirroja escocesa no era sino posesiva y se rehusaba a dejar al niño en manos de criadas y gobernantas, salvo en ocasiones particulares.

—Ya verás, cuando tengas tus niños… No, no hagas así—Anne había negado, esbozando en el gesto la convicción de que eso no ocurriría—. Serás una mamá maravillosa, Anne. Tienes un corazón generoso y una paciencia infinita.

Anne se sonrojó, y sonrió. Era bonito imaginar que podría pasar, pero… La soltería estaba a la vuelta de la esquina.

Había tenido algunos pretendientes, pero no les había dado lugar. Cuando uno sabía a quien anhelaba, lo que su corazón deseaba… Cualquier otro, a pesar de su rectitud, aparecía deslucido.

—Es algo con lo que no me obsesiono—indicó.

Oh, vaya que sí quería tener una familia a la que llamar suya, un esposo al que adorar, hijos a los que mimar. Anhelaba lo que no había tenido; y su corazón tenía mucho amor para brindar. Sin destinatario.

Eso no es cierto, susurró su cabeza. No contaba, consideró, porque él no la vería nunca de la misma forma. Era un sueño tonto, desesperado. Como ella.

—Haces bien, no es como si nuestra misión en la vida sea solo casarnos y parir—dijo Nessa, siempre la rebelde en lucha contra la idea de la mujer como un adorno social.

—Me contento con ser una buena tía postiza—sonrió Anne—. De tus niños, porque me imagino que habrá más, y de los de Isla, cuando estos lleguen.

Nessa se sentó en una de las tumbonas de la habitación, observando a Anne con una expresión curiosa. Luego se distrajo un momento para servir té en sendas tazas e indicó la silla a su frente.

—¿Te conté que recibí noticias de Isla? —preguntó, con un brillo en los ojos.

Anne levantó la vista, agradeciendo el cambio de tema.

—No, ¿cómo está? ¿Siguen en el continente?

—Oh, ella está más que bien. Hugh parece decidido a agasajarla en cada ciudad que pisan. Ahora están en Florencia—Nessa dejó la taza sobre la mesa con una sonrisa traviesa—. ¿Puedes creer que alquiló una villa? Según me cuenta en la carta es un paraíso. Jardines, arte por todas partes… hasta contrató a un maestro para que ella aprenda italiano. ¿No es romántico?

—¡Suena maravilloso! Me alegro tanto por ella. Aquellos meses que estuvo encerrada en Escocia, lo que vivió… ¡Fue tan triste!

Nessa asintió y se estremeció, y por un instante hubo silencio, las dos rememorando el

ataque criminal en aquella ruta cerca de Kidderminster, cuando el carruaje volcó e Isla fue muy herida.

Una pierna rota y su bellísimo rostro marcado la habían precipitado al encierro y el pesimismo. El nacimiento de Henry y el llamado de Nessa para que lo conociera, y luego el periplo que fue su romance con Hugh Lycombe, la habían salvado.

Oh, ¡esa sí que había sido una trama como las de las novelas que Isla adoraba leer! Como si el destino hubiese dado a la escocesa los condimentos de la mejor de las historias románticas con final feliz.

—A Hugh también le viene muy bien este retiro, el descanso. No la pasó nada bien—Las dos asintieron—. Aquel asunto con su madrastra, la muy bruja, y la muerte de su hermanastro… Triste—dijo Nessa, que sacudió su cabeza.

—Ese complot que urdieron contra él con turbia maniobras fue espantoso—agregó Anne —. Que haya finalizado es de agradecer. ¡Y la ayuda del duque de Bristolbridge fue tan importante!

—Así fue. Mi hermanita domesticó al hombre más esquivo de Inglaterra, en definitiva, y son muy felices.

Anne asintió, intentando no pensar en cómo la felicidad de las personas a su alrededor contrastaba con su propia incertidumbre.

—Mm, por cierto—continuó Nessa—. Bonnie está organizando una gala en su nueva residencia.

Anne arqueó una ceja, anticipando adónde se dirigía la conversación.

—¿Qué clase de gala?

—Oh, ya sabes cómo es Bonnie—respondió Nessa, agitando la mano en un gesto despreocupado—. Nada ostentoso. Será un evento elegante con algunas personalidades, pero solo porque mi suegra quiere que Olivia tenga oportunidades extras de brillar. Pero… —hizo una pausa, inclinándose hacia Anne con una sonrisa—. Quiere que estés.

—¿Oh? ¿Te refieres a que toque el clavicordio?

—Sí. Dice que no hay mejor música que la tuya, y Jonah está de acuerdo. Sabes que él bebe los vientos por Bonnie y le dice que sí a todo. Pero en este caso, concuerdo. Todavía hablan de tu actuación en su boda, ¿lo sabías? Y no son los únicos. Todos los que estuvieron allí te recuerdan con admiración.

Anne sintió un nudo formarse en su estómago.

—No sé si sería… apropiado, Nessa. Hace meses que no toco en público. No estoy segura de que la idea sea acertada.

—Anne, por favor —dijo Nessa, con un toque de reproche en su voz—. No puedes dejar que unos cuantos murmullos te impidan mostrar tu talento. Eres brillante. La música es tu don.

Anne desvió la mirada, incómoda con el elogio.

—Nessa, agradezco tus palabras, pero… no estoy en condiciones. Además, no quiero ser el centro de atención para personas que solo me ven como un objeto de cotilleo.

Nessa la miró con una mezcla de compasión y frustración.

—Sé que ha sido difícil para ti, Anne. Pero esconderte no hará que las cosas mejoren. Mereces más que esto… Esta carga que insistes en llevar sola no es tuya nada más.

Anne apretó los labios, luchando contra las emociones que amenazaban con desbordarla. Nessa tenía razón, pero su orgullo y su miedo batallaban y se interponían.

También, se sentía frágil. Desde que aceptó el puesto con el duque de Bristolbridge, las pocas veces que se había mostrado en algún salón, este se había llenado de murmullos y miradas indiscretas.

Ser observada por personas que la juzgaban con tanta facilidad era una idea que le provocaba náuseas.

—Lo pensaré—dijo, con un tono que no dejaba lugar a más insistencias.

Nessa suspiró, reconociendo la barrera que Anne había levantado.

—Está bien. Solo recuerda que tienes amigos que te apoyan.

Anne forzó una sonrisa, agradecida. Esto era así, pero… No podía hacerse ilusiones; estaba atrapada en un mundo que no le pertenecía, y no había nada sólido que la ligara a este.

Desde que dejó la mansión de los Atholl, cada decisión había sido una lucha constante por preservar su dignidad. No quería la caridad de sus amigas, aunque sabía que estas estarían dispuestas a ayudarla sin condiciones.

Su orgullo y su obstinación eran tanto su fuerza como su mayor debilidad. Nessa suspiró, pero no insistió más. En cambio, tomó la mano de Anne y la apretó con ternura.

—Tienes un lugar aquí, con nosotros, pase lo que pase.

Anne asintió, agradecida pero también llena de una tristeza que no podía expresar en palabras.

++++

El golpe resonó en el aire cuando el puño de Grayson impactó contra el guante de su oponente. El gimnasio, situado en una calle discreta de Londres, era un refugio para caballeros que buscaban ejercitarse lejos de la mirada curiosa de la sociedad.

Las vigas de madera del techo daban al lugar un aire de sobriedad funcional. Aquí no había mármol ni adornos, solo el eco de gruñidos y golpes, el crujir del suelo de madera y el aroma acre del cuero.

Grayson, con los guantes bien ajustados, lanzó otro puñetazo, sintiendo cómo los

músculos de sus brazos, endurecidos por años de montar a caballo y practicar boxeo, se tensaban con el esfuerzo.

Su contrincante lo esquivó con agilidad. James Fletcher, un hombre curtido criado en un hogar humilde ubicado entre callejones oscuros y los muelles, era su mano derecha, el hombre de confianza cuando se trataba de investigar y actuar.

—Parece que su Gracia no está de humor para charlar hoy—comentó Fletcher, lanzando un jab rápido que Grayson desvió con facilidad.

—Estoy de humor para escuchar—replicó Grayson, con voz firme.

Dio un paso atrás, evaluando la postura de Fletcher antes de lanzar un gancho que impactó en el hombro del contrario. Fletcher esbozó una sonrisa cansada y alzó los guantes en señal de detención. Ambos resoplaron y descansaron.

—Los rumores en los muelles no cesan. Hablan de cargamentos de opio que llegan con regularidad. Y el nombre de la figura detrás de los changadores y matones se repite. Le apodan el *Fantasma*.

Grayson mantuvo la guardia alta, sus ojos grises analizando cada movimiento de Fletcher.

—¿Es eso todo lo que tienes? ¿Un apodo?—elevó su ceja en aristocrática expresión de molestia.

Estaba pagando grandes sumas a un sin fin de personas para que fuesen sus ojos y oídos en los bajos fondos de Londres. Sin resultados. La muerte de Shelby Darcy, o Alan Lycombe, medio hermano de Hugh, y el supuesto *accidente* del vizconde de Goderich eran parte de una operación de limpieza que buscaba cerrar el cerco a la policía, o a Grayson.

—Sé que no es mucho, pero esto lleva tiempo. Los puntos empiezan a unirse—aseguró Fletcher—. Prostitución, apuestas, tráfico de opio. Todo parece estar conectado, y las piezas encajan demasiado bien para ser casualidad.

Grayson asintió y retomó su postura de ataque, lanzando otro golpe, obligando a Fletcher a retroceder. Mientras lo hacía, recuerdos de los incidentes acontecidos se sucedieron en su mente a gran velocidad.

La trama para arruinar a su amigo Hugh, el duque de Elywood, usando a su familia para intentar despojarlo de su fortuna. Más atrás, el atentado contra Francis, el duque de Worcester.

Grayson había ayudado a desenmarañar ambas conspiraciones y sus derivaciones, utilizando sus vastas conexiones en las fuerzas policiales.

No había podido, empero, capturar al cerebro detrás de la maquinación contra Hugh. Si Fletcher tenía razón, y este… *Fantasma* era el responsable, era menester descubrir quién era.

—¿Y qué hay de la policía? ¿Saben algo?—preguntó mientras bloqueaba un golpe de Fletcher.

—Demasiado lenta y mal organizada—respondió este, lanzando un puñetazo que Grayson esquivó con un giro elegante—. Por eso usted es quien lleva la delantera, su Gracia. No todos pueden permitirse mantener oídos en los muelles y barrios.

—No es solo cuestión de dinero, Fletcher—replicó Grayson, atacando con una serie de golpes rápidos que obligaron al otro a retroceder hacia las cuerdas—. Es cuestión de voluntad. Si se esforzaran más… Hay que mejorar nuestra policía. En eso trabajo. Si dejamos que estos negocios turbios prosperen, que haya hombres que se enriquezcan más y más con el crimen, Londres se pudrirá desde adentro.

Su idea era lograr centralizar las fuerzas policiales dispersas, jerarquizarlas, hacer que sus esfuerzos no se perdieran luchando entre sí o rivalizando. Los Bow Street Runners, la Policía del Támesis, y más, trabajaban sin consultarse, o compitiendo. Así era como los granujas prosperaban.

—Seguiré investigando. Si este *Fantasma* existe, lo encontraremos—respondió Fletcher con una expresión seria en su rostro.

Grayson asintió y levantó una mano, indicando el final del combate. Ambos se quitaron los guantes y se dirigieron hacia un banco donde había sendas toallas, y agua.

—Mantente cerca de los muelles. Quiero saber cuándo llega el próximo cargamento—dijo Grayson, mientras se secaba el sudor de la frente.

—Así se hará, milord—respondió Fletcher, inclinando la cabeza antes de retirarse.

Grayson se quedó solo por un momento, evaluando la situación. Su vida se había convertido en una batalla constante contra la corrupción. Era un trabajo agotador, pero alguien tenía que hacerlo.

Muchos nobles vivían para sus fiestas y privilegios, ajenos al mundo real, y otro tanto porcentaje de burgueses poderosos no consideraban ni veían más que sus ganancias.

Aún sentía el peso de sus guantes mientras se limpiaba el sudor. El gimnasio estaba casi vacío, salvo por un par de caballeros practicando en los extremos de la sala. Este era el único lugar donde podía descargar tensiones sin la máscara de la perfección ducal.

Mientras se ajustaba el chaleco vio entrar a su amigo Francis, duque de Worcester, con paso decidido. A pesar del ambiente informal del gimnasio, Francis lucía impecable, con un traje que hablaba más de los salones que de los guantes de boxeo.

—Lord Bristolbridge—le saludó al verlo, con formalidad innecesaria, y luego desplegó una sonrisa—. Justo al hombre que quería ver.

Grayson arqueó una ceja mientras le veía venir hacia él.

—Francis, esto sí que es una sorpresa. ¿Acaso viniste a probar suerte en el cuadrilátero?

Su amigo sonrió con ironía.

—Me basta con mis cabalgatas, lo sabes. No, entré por mera curiosidad. Me acabo de

cruzar con Fletcher y me dijo que aquí estabas. Sé que este es el lugar donde viene cuando tiene que informarte. ¿Ha averiguado algo interesante?

Grayson asintió, tomando un sorbo de agua antes de responder.

—Fletcher ha confirmado que los rumores sobre los cargamentos de opio no son meras habladurías. Hay un movimiento organizado detrás, pero el líder sigue siendo una sombra, un tal *Fantasma*. No tengo un nombre real, pero estamos estrechando el cerco.

Francis frunció el ceño, cruzando los brazos mientras escuchaba.

—¿Y crees que tiene que ver con lo ocurrido a Hugh? La operación contra él dejó cabos sueltos.

Grayson asintió, con expresión grave.

—Todo apunta en esa dirección. Tengo gente atenta en los puertos y en los callejones, pero no hay rastros evidentes. Es meticuloso, y eso lo hace más peligroso.

Francis permaneció pensativo un momento antes de decir:

—Necesitas un descanso, aunque sea breve. Ven conmigo al Brooks'. Allí podremos hablar con calma, y quizás encuentres distracción entre nuestros colegas whigs.

Grayson esbozó una ligera sonrisa. El bastión de los liberales en Londres siempre había sido un lugar donde las ideas políticas, los proyectos de ley y la actualidad se debatían con calor, pero también donde se gestaban alianzas clave.

—No tengo mucho tiempo, pero te acompañaré. Aunque no esperes que relaje la guardia.

Francis asintió.

—Se que no lo harás, pero debes distenderte un poco. La mente repleta no reacciona bien. Tampoco el cuerpo, cuando no es bien atendido.

Grayson resopló ante la obvia doble intención en las frases de su amigo.

—No te preocupes, tengo tiempo para atender mis urgencias.

Aunque lo hacía de manera muy esporádica en el último tiempo, si era sincero. Había perdido el interés en las mujeres que solían darle solaz, y las frecuentaba cada vez menos. Con tendencia a nunca.

Mientras caminaban hacia la salida del gimnasio, cambió de tema.

—¿Cómo está Nessa?—inquirió.

—Muy bien. Charlaba con Anne cuando salí. Me alegra que esta haya ido a visitarla. Desde que se mudó de nuestra casa ha estado muy ocupada y Nessa la echa de menos. Al parecer la tienes atareada.

Grayson mantuvo su expresión neutral mientras respondía, evitando la mirada de Francis.

—Anne es eficiente en su trabajo, muy comprometida. Contratarla fue una buena medida.

—Anne es mucho más que eficiente, Grayson. Es talentosa, reflexiva y una excelente compañía, aunque rara vez se da a notar. Excepto cuando toca, por supuesto. Es extraño. Se esfuerza demasiado en ser invisible, como si molestara, y paga su estadía o su amistad con creces. Absurdo, pero es así. Te admira mucho, por cierto, eso dice Nessa.

Grayson asintió, consciente de lo que su amigo insinuaba, pero sin ceder a ninguna conclusión emocional.

—Es cierto. Es una mujer admirable. Aunque no la conozco más allá de lo profesional— acotó.

Francis levantó una ceja, una sonrisa casi imperceptible asomando en sus labios.

—No dudo eso, Grayson. Te conozco, mi amigo, no espero otra cosa de ti. Me inquieta… Mejor dicho, a Nessa la perturba la posibilidad de que Anne pueda desarrollar otros sentimientos.

—Tonterías—replicó Grayson, cortando cualquier intento de profundizar en el tema—. Te repito, es impecable en su trabajo y nada en su comportamiento sugiere lo que Nessa teme. Es lógica la preocupación de tu esposa, considerando que Anne está bastante sola, pero tranquilízala.

—Mejor así—respondió Francis.

Capítulo 3.

Anne revisaba sus partituras bajo la luz tenue de una lámpara de aceite. La habitación, aunque pequeña, era acogedora, con muebles sencillos y bien cuidados que reflejaban que el matrimonio que le alquilaba la habitación se preocupaba por darle comodidad.

Los Layton, un comerciante de telas y su amable esposa, habían sido un hallazgo inesperado pero bienvenido. Le cobraban una renta justa y siempre tenían una palabra amable y un plato caliente para ofrecerle cuando regresaba agotada de sus labores.

La ventana que daba a la calle principal ofrecía una vista parcial al bullicio londinense. Los carros de carga avanzaban con pesadez mientras hombres y mujeres de clase media y trabajadora se afanaban en sus quehaceres.

Anne dejó las partituras sobre el instrumento dando el ensayo por terminado, y se incorporó, ajustándose el vestido de algodón. Práctico, pero con líneas elegantes, lo había acomodado a partir de uno de los que solía usar en la casa Atholl. No necesitaba nada conspicuo para su trabajo.

Habían pasado varios días desde su charla con Nessa y de que aquella la había animado a seguir interpretando música. Sus palabras de aliento no la habían movido de verdad, y no porque no las creyese reales. Es que si solo fuese cuestión de tocar, no se lo pensaría dos veces.

El asunto era que ella y su clavicordio tendrían una audiencia, escuchándola y cuchicheando sobre su vida al mismo tiempo. Los rumores la perseguían y aunque intentara ignorarlos, serían inevitables en la próxima gala. Por ello había considerado evitarse el mal momento.

Mas su decisión se vio doblegada por dos situaciones. La primera, el encuentro casual con Bonnie, la cuñada de Nessa, con la que coincidió en la calle cuando aquella estaba de compras y Anne hacía un recado para el duque.

Bonnie, radiante y directa, la había saludado con entusiasmo, tomándola del brazo como si fueran viejas amigas, con la sencillez que caracterizaba a los Worcester.

<<¡Anne! ¡Qué gusto verte! ¿Cómo has estado? Hace mucho que no coincidimos. Sé que trabajas, pero has dejado de ir a las galas. Esperé encontrarte en la que brindó la condesa Atholl.>>

Sonrió y negó, dejando pasar el comentario. Bonnie no lo hacía por cotillear, eso era seguro, pero no era un tema que Anne tocaría con ella.

<<Estás radiante, querida. El matrimonio te sienta maravilloso. Y sí, he estado ocupada, pero muy bien. ¿Y cómo está Jonah?>> Cambió el tema, pero de verdad le interesaba saber cómo le iba a Bonnie con su esposo. El de ella y Jonah había sido un romance interesante, y Anne se alegraba de la felicidad que habían encontrado.

<<Oh, él está muy bien, aunque ocupado con los asuntos del baronazgo>>. Hizo una pausa. <<Estoy organizando un baile. Iba a pasar por el despacho de Grayson para verte. Es que ignoro tu dirección actual.>>

El rubor tiñó las mejillas de Anne, pero no dijo nada. Su espacio era tan poco adecuado para una mujer como Bonnie, acostumbrada a las mansiones, al lujo. No es que creyera que la miraría menos, pero… Bonnie continuó hablando, ajena a sus disquisiciones.

<<Me encantaría que pudieras honrarnos con tu música. Tú y tu clavicordio son un deleite, Anne.>>

Anne había titubeado, intentando encontrar una excusa, pero antes de que pudiera responder, Bonnie apretó su brazo con ligereza.

<<Por favor, piénsalo. ¡Te admiramos tanto!>>

El segundo suceso que determinó y selló su decisión fue la intervención del duque. Él la había llamado a su escritorio dos días después del encuentro con Bonnie.

—Señorita Holloway—indicó con su tono habitual cortés—. Me dicen que es muy probable que nos maraville con su clavicordio en la próxima gala de lady Bonnie. ¿Es así?

Anne lo miró, sorprendida.

—No estoy segura, su Gracia. Aún… No lo he decidido.

Grayson inclinó la cabeza hacia un lado, sus ojos grises brillando con lo que Anne sabía que era genuino interés. Él no había fallado en acercarse y felicitarla cada vez que tocaba en alguna gala, desde el día en que se conocieron.

—Espero que lo haga. Su música… Calma y eleva. Es maravillosa. Es usted una virtuosa. Disfrutar de su interpretación es un placer que muchos, incluida mi persona, no tomamos a la ligera.

El comentario, tan inesperado, la conmovió. El duque, de habitual mesurado y distante, parecía muy interesado en que ella estuviera en la velada. La forma en que describió su talento, cómo la hizo sentir que su arte valía… Era hermoso.

¿Cómo excusarse? Ella quería ver admiración en sus ojos, quería provocar emociones en él. Las palabras de negación no le salieron.

—Haré lo posible, su Gracia—respondió, finalmente, con una pequeña inclinación de cabeza.

Era sobre todo esa la razón porque esta noche los pensamientos turbulentos no la dejaban en paz. Tocaría, sí, iría, lo había decidido.

En su cabeza sería solo para y por él, pero en verdad estaría frente a una audiencia complicada, en la cual había personas que no dudarían en convertirla en delicioso objeto de cotilleo. Era casi un deporte de la élite.

No quería afectar la imagen de su empleador, o la que él tenía de ella. Si bien Nessa le

había dicho que sería una reunión *pequeña,* eso era relativo en los salones de Londres. Habría quienes sabían que ella trabajaba para Bristolbridge entre los asistentes, y no dudarían en acercarse a él para hacerle saber lo que se comentaba en corrillos sobre ella.

¿Por qué no me niego y ya?, pensó, frustrada. *¿Por qué no controlo mi deseo de agradarle, de que me vea haciendo algo que disfruto y en lo que soy buena?* Suspiró, y meneó su cabeza. La respuesta estaba clara.

Más allá de su orgullo y del peso que significaba ser señalada, vilipendiada por rumores, ella quería que Grayson la admirara. Que la viera siendo alguien más que una empleada a la que había dado trabajo por caridad.

También quería mostrarle su gratitud ofreciéndolo lo que él disfrutaba: la música que lo calmaba y le daba respiro de sus angustias y preocupaciones diarias. Él había sido uno de los pocos que no la había tratado como una intrusa en este mundo.

Y ella… Anne bebía los vientos por ese hombre. ¿Cómo sería la relación entre ambos si la sociedad en que se movían no tuviese tanto para decir de ella? Si el duque de Bristolbridge no la viera como una mujercita frágil a quien debía escudar, o si ella tuviese un pasado respetable.

En sueños lo imaginaba, y era tan bello. En su imaginación, lo tenía, estaba a su alcance. Cerró los ojos y alentó la fantasía, que vino rápida:

Se encontraba en el centro de un salón de baile que parecía sacado de un cuento de hadas. Las lámparas de araña brillaban como constelaciones suspendidas en el aire, sus reflejos danzando sobre las paredes doradas, pero el resplandor no cegaba.

Una cálida bruma parecía envolver el espacio. Las parejas giraban alrededor con una elegancia hipnótica, pero sus rostros eran borrosos, irreales, como si pertenecieran a un cuadro en movimiento más que a la realidad.

Ella vestía un traje de muselina azul pálido, sencillo pero exquisito, que flotaba con cada paso. El tejido acariciaba su piel, y la hacía sentirse más majestuosa que cualquier reina. La música llenaba el aire, pero era tenue, como si llegara desde muy lejos, apenas un eco.

Y entonces, lo vio. Grayson. Su figura se recortaba entre la multitud con una nitidez que hacía que el resto del salón se difuminara por completo. Vestía un frac negro, cada línea impecable, la encarnación del porte y la autoridad.

Pero no era su vestimenta lo que capturaba su atención, sino su mirada. Esos ojos grises, profundos y desbordantes de intensidad, parecían atravesar todo a su paso hasta detenerse en ella.

Grayson avanzaba hacia Anne, y aunque el suelo estaba lleno de movimiento, su andar era firme, inquebrantable, como si el espacio mismo se abriera para darle paso. Cuando llegó frente a ella, inclinó la cabeza en una reverencia que fue tanto un gesto de cortesía como una declaración implícita de interés.

Extendió una mano y su voz, grave y cálida, resonó en los oídos de Anne, ahogando cualquier otro sonido.

—¿Me concederías este baile?

Anne, sin palabras, sintió que su mano se levantaba como si tuviera voluntad propia, encontrando la masculina. Su contacto era firme, sólido, y al mismo tiempo cálido.

Él la guio al centro de la pista, y el resto del mundo se desvaneció. La música se transformó en un latido rítmico que se entrelazaba con el suyo, creando una melodía que parecía exclusiva para ellos.

Cuando Grayson colocó su mano en su talle, el calor subió desde su piel hasta su pecho. El contacto era decoroso, medido, pero la proximidad era suficiente para que cada fibra de su ser respondiera con intensidad que no había conocido.

Sus cuerpos se movían juntos, sincronizados, y parecía como si hubieran practicado aquel vals toda una vida.

—Tus ojos—murmuró Grayson, inclinándose hacia ella—. Tienen un brillo que podría guiarme en la noche más oscura.

El susurro hechizaba, y Anne sintió que su respiración se detenía. Sus labios se separaron, queriendo responder, pero las palabras se deshicieron antes de formarse. Entonces, él la hizo girar, llevándola aún más cerca.

Había un suspiro de espacio entre ellos, y la mano masculina en su talle la sujetaba con firmeza y ternura que la hacían sentir protegida y deseada a partes iguales.

—Eres un misterio, Anne—continuó Grayson, su voz tan baja que parecía una caricia más que un sonido—. Cada vez que estoy contigo, siento que lo único que quiero es resolverlo. O perderme en él.

El vals terminó, pero Anne no podía moverse. Sus brazos seguían rodeándola, y su mirada seguía atrapando la de ella, haciéndola olvidar el salón, la música, incluso su propio nombre. Solo podía escuchar el latido de su corazón, rápido y desbocado.

El aplauso que estalló a su alrededor sonaba distante, como un eco. Pero incluso mientras el salón volvía a la vida, para ellos dos no existía nada más que aquel instante eterno.

El ruido de gritos en la calle la trajo a la realidad, y apretó los labios. Soñar era tonto, no tenía sentido. La gala en la que participaría no tendría nada de lo que su mente fantaseaba. Sí habría miradas críticas y susurros maliciosos, y la perspectiva de enfrentarlos era desalentadora.

También quería evitar el reencuentro con la condesa de Atholl o con Victoria, temiendo que la esquivarían y muy factiblemente verían a mal que compartiese el mismo salón, tal vez considerando que no las respetaba. No quería ver el desdén que sentían por ella, ni cargarse con la culpa por los rumores.

Sin embargo, se recordó que en la gala también estarían figuras que le recordaban tiempos más amables: Maude, siempre tan alegre, o Edward, cuya gentileza había sido un respiro entre tantas hostilidades.

Cuando se miró en el pequeño espejo junto a su cama, observó la delgada línea entre la determinación y la inseguridad en su rostro. Tocaría. No solo porque ya estaba comprometida, sino porque, de algún modo, era su forma de demostrar que, aunque el mundo la cuestionara, su talento no podía ser negado.

++++

El sonido del clavicordio comenzó a llenar el gran salón de la casa de los Seaford, hogar de Bonnie y Jonah. La melodía suave y melancólica se extendió, flotando en el aire como un susurro acariciando las paredes decoradas con molduras doradas.

Las velas de los candelabros resplandecían, reflejándose en los espejos que adornaban el salón, mientras las voces se apagaban poco a poco y los presentes quedaban en silencio, atrapados por la magia de la interpretación.

Grayson James se acercó al lugar de donde partía la melodía y se apoyó contra una columna de mármol, su atención capturada por completo por la figura que se encontraba al clavicordio.

Anne Holloway. Su mirada se clavó en ella y recorrió su delicada figura, centrándose en las manos sobre las teclas. Pequeñas, pero con largos dedos que se deslizaban con delicadeza y maestría sobre las teclas, casi como si acariciara la música misma.

Es como una flor, pensó Grayson. Una flor elegante y sencilla, un lirio que florece en un rincón apartado, lejos de miradas curiosas, pero que, cuando se descubre, resulta imposible apartar la vista de ella.

Su cuello fino y largo se inclinaba levemente al compás de la música, y su silueta, envuelta en un vestido de líneas perfectas, parecía armonizar con cada nota. No podía despegar los ojos de ella.

Había algo en Anne que lo desarmaba, una melancolía que no alcanzaba a comprender, pero que lo atraía de manera irracional. Una reserva y sutileza que lo intrigaba, que apelaba a lo más instintivo en él.

Me siento protector con ella. Era eso, a no dudar. El aura de fragilidad y soledad que la envolvía llamaba a su instinto. <<*No puedes salvar a todo el mundo, querido*>>, solía decirle su madre desde que era un niño, pero vaya que lo intentaba. No era diferente con esta mujercita.

Carraspeó, obligándose a volver en sí, y miró a su hermano Peter, que había venido a su lado. El mediano parecía tan perdido en su propia ensoñación como él, aunque por un motivo

diferente.

Grayson siguió su mirada y la descubrió pendiente de Olivia Worcester, la hermana menor de Francis y Bonnie. Peter, aunque joven, parecía hipnotizado por la elegancia y la vivacidad de la joven. Grayson esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Te gusta lo que ves, Peter?—preguntó en un murmullo apenas audible para no interrumpir la música.

Peter, sobresaltado, se ruborizó ligeramente.

—Es… encantadora, ¿no crees?—respondió, desviando la mirada como si hubiera sido atrapado haciendo algo indebido.

Grayson asintió, pensando que quizá, con el tiempo, esa conexión podría florecer. Aunque esta gala era, en parte, para dar oportunidad a los pretendientes de Olivia de mostrarse.

No sabía si la menor de las Worcester estaba interesada, había escuchado sus… peculiares opiniones sobre los matrimonios arreglados. Y, además, Peter solo tenía veinte años, y aún debía recorrer un poco más el mundo antes de asentarse.

Volvió a observar su entorno. El salón de los Seaford era agradable, decorado con refinamiento, pero sin ostentaciones inútiles. Obra de Bonnie, que había cambiado la suerte de su esposo Jonah y le había dado fuerzas para imponerse al viejo barón Seaford.

Las cortinas de terciopelo rojo enmarcaban altos ventanales, y las paredes estaban cubiertas con paneles de madera oscura que daban al lugar un aire de sobriedad elegante.

Los invitados, vestidos con los trajes más exquisitos de la temporada, se movían con gracia entre conversaciones y miradas furtivas.

La temporada en su máxima expresión: alianzas matrimoniales buscando tejerse, entramados políticos gestándose entre los círculos de caballeros que bebían, danzas y jovencitas ansiosas.

No muy lejos suyo divisó al conde de Atholl acompañado de su familia. Entrecerró sus ojos, valorando la situación. Se le veía despreocupado con un vaso en la mano, pero no podía decirse lo mismo de su esposa Brodie y su hija mayor. ¿Victoria, Verónica? No recordaba bien.

Los gestos serios de las dos contrastaban con los más abiertos de Edward, el heredero de Atholl, y Maude, la menor. Ambos disfrutaban de la música de Anne, y cuando esta terminó, aplaudieron con calor, actitud a la que él se plegó.

De inmediato los hermanos se acercaron y abrazaron a Anne, que reaccionó con timidez, aunque obvia emoción. Esta dio paso a la seriedad luego de un breve intercambio de palabras.

Era una situación de tensión, y Grayson vio cuando la mirada rápida de Anne iba al resto de los Atholl y procesaba las expresiones de molestia que portaban. *Bien por Edward y su hermana menor*, pensó Grayson.

Al menos tenían personalidad y sentido común, y no les importaba que hubiera testigos

deleitándose en el pequeño drama. Encajó los dientes, apretando la mandíbula.

Se sentía mal por Anne. No debía ser fácil recibir el rechazo de aquellos con los que había convivido por años. Al menos había personas en la familia que no lo olvidaban y le manifestaban cariño. Se encontró acercándose a los tres que hablaban junto al clavicordio.

—Fue… hermoso, Anne. Eres tan talentosa—escuchó decir a Edward.

Anne sonrió, pero la tristeza no abandonaba sus ojos.

—Gracias, Edward. Me alegra que lo hayáis disfrutado.

Maude, más expresiva, la miró con admiración.

—Tocas como un ángel, Anne. Pensar que mamá pretendía que estuviese a tu altura. Ni en cien años.

—Tienes otros talentos, Mau—dijo Anne con cariño, y Maude hizo un gesto de pesar, y la abrazó fuerte.

—Te extraño, Anne—susurró, y Anne sonrió, sus ojos con lágrimas.

Se recompuso con rapidez, justo a tiempo, porque en ese momento el conde Atholl llamó a los dos con voz firme, y ambos hermanos se retiraron, con pesar, pero sin reaccionar. Como debía ser en público; venir a saludar a Anne había sido rebeldía suficiente.

Capítulo 4.

—Señorita Holloway, no ha fallado en deleitarme—dijo Grayson, tomando el lugar que acababa de abandonar Edward, y Anne parpadeó, sobresaltada.

Sus pestañas húmedas de lágrimas parecían más largas y espesas, dando marco a esos ojos tan expresivos que parecían hechos de miel tocada por los rayos del sol.

Empatía y desasosiego por ella llenaron al duque, que suspiró en su fuero interno. Por qué lo conmovía así, no lo entendía.

—Su Excelencia, gracias. Es usted demasiado gentil. Me alegra que lo disfrutara—dijo, y pareció quedarse sin palabras.

—Entiendo si mañana no puede ir al despacho. Prepararse para esta velada debe haber sido agotador. Debió practicar tiempo extra.

—Es más placer que trabajo, en realidad. Y no sería propio faltar a mi labor, milord.

—¡Anne, estuviste estupenda!—interrumpió Isla entonces, y Grayson se separó un poco para dar espacio a las dos Campbell.

Las esposas de sus amigos no dudaron en rodear a Anne de halagos y abrazarla con espontaneidad propia de las escocesas, que no habían perdido su esencia a pesar de estar rodeadas de esnobs.

Bien por ellas, pensó Grayson, porque Anne necesitaba amigas así.

—Señoras—las saludó, y tanto Nessa como Isla le miraron con sonrisas—. Encantada de verlas, están resplandecientes. Isla, el aire de Europa te ha sentado de maravilla. Iré a saludar a sus esposos.

—Gracias, Grayson. Ve, pon un poco de cordura en ambos. Hablaban de caballos, y ya sabes cómo se ponen—indicó Isla.

Sonrió. Le gustaba esta versión más abierta y decidida de la menor de las escocesas, que había dejado atrás su tristeza y encierro para florecer en brazos de Hugh.

Su buen amigo el duque de Elywood había logrado que la hermosa mujer no diera importancia a la cicatriz que marcaba su rostro. Una que, en opinión de Grayson y de mucha gente, daba carácter a una faz impactante.

Se retiró, y cuando volvió su mirada atrás, las vio caminar hacia la mesa de canapés, enfrascadas en conversación, las Campbell animando a Anne con sonrisas y comentarios cálidos. Anne asentía, su mirada baja, sin duda tratando de evitar las que la seguían por el salón.

Miró en derredor en busca de Hugh y Francis, pero justo entonces el conde de Gloucester se acercó a él con porte solemne.

—Excelencia, dichosos los ojos.

—Lo mismo digo—respondió, preparándose para recibir una serie de consejos,

admoniciones y quejas del noble.

El hombre era denso en su verborragia, que además no fallaba en denunciar su visión retrógrada de los cambios sociales. Discutir con él era extenuante, pero difícil de evitar, tanto en el Parlamento como en los salones.

—Me sorprendió que su facción no haya insistido más en el debate sobre la Ley de Reformas Industriales—comentó, y Grayson respiró hondo.

—Los whigs no somos una facción, milord. Y hemos insistido. Tal vez no estuvo presente en los momentos en que se dieron encendidos debates.

El conde era conservador, pero también laxo en sus obligaciones con el país. Y no se disculpaba por ello, como demostró que pasara el comentario por alto, asintiendo mientras tomaba un sorbo de su copa.

—Es el problema de siempre, Bristolbridge. Hay muchos exigiendo cambios innecesarios.

—Depende de quién lo considere. Los intereses de la aristocracia chocan con las necesidades de los trabajadores. Y, como bien sabe, no hay mayor obstáculo para el cambio que la comodidad.

—Ciertamente—dijo Gloucester, inclinando levemente la cabeza—. Pero somos aristócratas. Uno pensaría que debemos protegernos. ¿Quién lo hará, de otro modo? ¿Esos locos que hablan de reformas?

El duque alzó una ceja.

—¿Habla de las protestas de los tejedores? Es justo mi punto: los excesos violentos se pueden evitar cediendo en aspectos mínimos—respondió, su tono adquiriendo una firmeza calculada—. Ignorarlos solo fortalecerá a quienes buscan aprovecharse de la situación, tanto dentro como fuera del Parlamento.

El conde hizo un gesto de ironía.

—No niego el cambio, si es lo que piensa. Pero creo que no puede darse pasando por encima de las tradiciones más ancestrales que hacen grande a Inglaterra. Pero en fin, no es de lo que quería hablarle.

Se acercó más, y Grayson enarcó las cejas, intrigado.

—Soy todo oídos.

—Hay algo que me está llamado la atención, y no quería dejar de señalarlo. Sé que es un hombre generoso, pero eso puede… y suele confundirse.

Grayson alzó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

El conde bajó un poco la voz, inclinándose hacia él.

—Esa joven que trabaja para usted, la señorita Holloway. Ha atraído ciertas… miradas en

los últimos tiempos.

Grayson sintió una tensión inmediata en los hombros y una larvada furia gestándose en su pecho, pero mantuvo su expresión neutra.

—Es una mujer capaz y dedicada—contestó, cortante—. Su talento y compromiso hablan por sí mismos—respondió, midiendo cada palabra.

El conde, sin inmutarse, continuó:

—No lo dudo. Pero los rumores no son tan amables, me temo. Ya sabe cómo es Londres. Los libelos… las habladurías. Alguien mencionó que su cercanía con ella podría no ser… prudente.

El tono velado del conde estaba cargado de insinuaciones. Grayson lo miró con fijeza, su mandíbula tensa y su mente aguda buscando la respuesta adecuada para no hacer una escena, pero frenar al imbécil.

—Los rumores son solo eso, Gloucester. Y le aseguro que no afectan mi juicio. No tengo nada que ocultar respecto a la señorita Holloway, que es, además de un dechado con el clavicordio, mi empleada.

El conde sonrió, esta vez con un aire casi paternalista.

—Eso espero, Bristolbridge. Porque las lenguas viperinas no distinguen entre lo real y lo imaginado. Hay que cuidar nuestras reputaciones, ¿no lo cree? Son importantes para que nuestras posturas políticas sean respetadas, y para los negocios.

Grayson no respondió. Su mirada permaneció en el conde, quien, tras un momento, se retiró con una inclinación de cabeza y una sonrisa calculada. Mientras veía cómo se alejaba, Grayson sentía la furia agitarse en su estómago y subir como calor hasta su garganta.

No era solo el comentario sobre Anne; era la manera en que había sido planteado, como si el conde intentara medir su reacción, sopesar su posición. *No permitiré que jueguen con mi nombre, ni con el de Anne,* pensó, apretando los puños, y buscando recomponerse.

En eso estaba cuando se apersonó a su lado el vizconde de Sidmoth, un reputado tory que él detestaba particularmente. Su humor comenzaba a deteriorarse y la sonrisa de suficiencia del cateto no colaboró para mejorarlo.

—Bristolbridge, es extraño encontrarlo sin su escolta. Usted y sus amigos parecen unidos por la cadera.

—Su Excelencia—le corrigió, sin vanidad, recordando al imbécil con quién hablaba—. Y el mismo tratamiento aplica a los duques de Elywood y al de Worcester. No olvidemos las formas. E imagino que no será de ellos a quienes se refiere de ese modo. ¿Escolta?

El vizconde palideció un poco, consciente de su desliz y asintió, presuroso.

—Por supuesto, por supuesto. Mi error, Excelencia. Bonita velada, ¿no es así? El nuevo barón Seaford ha hecho milagros con lo que recibió de su demente padre. Un golpe de suerte que

la bebida lo volviera loco y tuvieran que internarlo. Esta mansión está desconocida, y hacía décadas que no había una recepción así. Incluso lograron que la bastarda tocara su instrumento. Por cierto, es bonita—chasqueó la lengua e hizo un guiño a Grayson—. Haría una amante espectacular, me imagino, en brazos de algún noble indulgente.

Grayson quedó sin habla, pero se recuperó en un santiamén, sintiendo que por sus venas corría lava y su mente perdía centro. ¡Cómo se atrevía! ¡Infeliz degenerado, ensuciando con su boca y pensamientos a Anne!

Ella no debía estar en la boca de este hijo de perra, y en términos tan espantosos. La degradaba solo con su mirada, con su tono de voz, con sus palabras procaces. Lívido, dio un paso al frente para quedar a centímetros de la faz del osado, y sus ojos eran puñales.

—Hable con mucho cuidado, infeliz. Esa dama merece más respeto del que parece ser capaz de ofrecer.

El tory levantó las manos en un gesto de defensa, pero sus ojos brillaban con una mezcla de temor y gozo. Extraño. Entonces, Grayson entendió que había conseguido lo que vino a buscar. Le provocaba. Eso enfrió un tanto su reacción.

—Calma, su Gracia. Solo digo lo que otros piensan. Tenga cuidado de no mezclar su nombre con el de esa mujer. Podría resultar… inconveniente.

El color subió al rostro de Grayson, pero antes de que pudiera responder, se dio cuenta de que algunas damas cercanas, conocidas por ser las mayores cotillas de la temporada, habían escuchado cada palabra.

Entre ellas, Lady Cressida, cuya lengua era famosa por arruinar reputaciones. El vizconde lo había hecho con total intención, y que dos hombres conocidos por sus posturas similares, además antagónicas con la suya, le hablaran de la forma en que lo hicieron era muy, muy poco usual.

Que usaran a Anne para enardecerlo, también. Era como si… Como si pretendieran explorar sus emociones para con ella. *Cuidado, Grayson, cuidado. Estos bastardos traman algo,* se advirtió, y su ira se atemperó.

—Asegúrese de ir al Parlamento la próxima sesión, Sidmoth—le dijo, recuperando su centro—. Hay importantes temas por discutir.

—Oh, allí estaré, Excelencia—respondió, y se retiró, una sonrisa desagradable en su faz.

Buscó a Anne con la mirada y la vio escabullirse hacia una de las puertas laterales, en retirada. Era probable que estuviese afectada por el ambiente. Él lo estaba. Dio un paso para seguirla, pero Nessa apareció frente a él y lo detuvo con una mano firme en su brazo.

—Grayson, no lo hagas. Anne ha recibido varios golpes bajos esta noche, y seguirla solo avivará los rumores. Dale tiempo.

Grayson asintió, sabedor de que Nessa tenía razón. Apretó los puños y respiró hondo,

intentando calmarse. *No permitiré que la destruyan*, pensó, mirando hacia el sitio por donde ella se había marchado.

La protegeré. No puede quedar en el medio de mis luchas y como blanco de mis enemigos políticos solo porque trabaja para mí.

Capítulo 5.

Amanecía, y Anne estaba sentada al borde de la cama, con el relicario de su madre colgando de su cuello, sosteniéndolo en procura de consuelo. Un torbellino de emociones la embargaba. Había dormido muy poco.

La noche anterior había sido lo que esperó, o incluso peor. No era el caso de su interpretación del clavicordio, que había sido impecable, y lo pensaba sin vanidad. Le pasaba que cuando más triste o preocupada se sentía, la música la liberaba de tensiones.

La sensación de levitar transportada por los acordes, elevándose por encima de sus circunstancias, no duraba, pero era bienvenida. Cuando sus dedos finalizaron de tocar, sus ojos se cerraron y se preparó para la realidad, nada amable.

Al darse la vuelta para agradecer los aplausos corteses, las miradas del salón habían caído sobre ella, unas con admiración, otras con escrutinio, y muchas, con indiferencia.

Luego habían comenzado los murmullos y las miradas de soslayo, y a ella volvió la convicción de que no era aceptada, sino tolerada cuando su talento les entretenía. Una vez que este no era necesario, se transformaba en un objeto curioso, alguien de quien cotillear con liviandad y crueldad.

Un juego normal de la élite que se hacía en corrillos cuando la persona involucrada en los chismes era importante, y sin frenos cuando se tenía poco peso y apoyo, como era su caso.

Anne cerró los ojos, cansada, aferrándose al relicario con más fuerza. En su mente, las imágenes de la gala se mezclaban con los recuerdos de su madre. Aquella sensación de estar sola, de ser un objeto más en la habitación, la envolvía, la angustiaba.

Lo que más había dolido ayer no había sido la malicia y el cotilleo, empero, sino la presencia distante de la familia con la que había vivido por años, con los que tuvo un hogar. El conde y la condesa de Atholl no la habían mirado.

Él, impertérrito, de pie junto a un grupo de caballeros, charlaba como si ella no existiera. Anne sabía que debía aceptar esa indiferencia, como lo había hecho siempre. Pero dolía. *Es mi padre*, pensó, y se echó atrás en el lecho, acongojada.

E*l hombre que me sacó de la miseria, que me dio un hogar. Pero nunca quiso darme más que eso. Ni una palabra de afecto. Ni un solo gesto de aceptación*. Suspiró, fustigándose por pretenderlo.

Era una adulta, ¿por qué seguía angustiándose por lo inevitable? *¿Qué diría aquella carta que le hizo ir por mí tantos años atrás? ¿Cómo logró mi madre que fuera a buscarme?*

Sería algo que no sabría jamás. No tenía el valor de increparlo, ni el deseo. ¿Para qué? Estaba convencida de que sus palabras serían duras.

Sus dedos volvieron a rozar el relicario en su cuello. Había sido el último regalo de su

madre, y en momentos de zozobra era lo único que la anclaba. Lydia, su mamá, la había querido, de eso no había duda, y su último gesto de amor fue arrancarla de la vida horrenda que le esperaba con aquel baronet.

Había tanto para lo que no tenía respuesta. ¿Había querido su madre al conde Atholl? ¿Fue su amante? ¿Engañó al baronet con él? No tenía manera de saberlo. Mas, ¿cambiaría algo? *No*, susurró.

Pero no todo había sido malo anoche, se alentó. Sonrió al recordar que Edward y Maude, sus hermanastros, habían sido luz en la noche opaca. Se habían acercado con sonrisas sinceras y la habían saludado con cariño. Le había hecho tan bien.

Sus ojos se anegaron. Seguro que habían tenido problemas en casa por su rebelde actitud de ir a ella, por demostrar que la querían. Maude, con su energía juvenil, había hablado con entusiasmo.

<<Tocas como un ángel, Anne. Pensar que mamá pretendía que estuviese a tu altura. Ni en cien años… Te extraño.>> Vaya si ella también la echaba de menos. Burbujeante, gentil, siempre feliz Maude.

Y Edward no escatimó palabras, encantador, un caballero. Natural, espontáneo, maduro. Sería mejor hombre que su padre, no lo dudaba. Había heredado los buenos rasgos de su madre Brodie.

Que esta no la mirase había sido doloroso, y no tenía rencor para ella. Sí tristeza. No quería que la detestara, que la hiciese a un lado.

Luego, el conde había llamado a Edward y Maude como si Anne tuviese la peste. Tal vez era así, consideró. La social, que para la nobleza era peor que la enfermedad.

Su mente se agitó al pensar en la figura que dominaba sus días y la desvelaba por las noches. *Grayson*, musitó, su nombre endulzando su boca. Su presencia iluminaba cualquier rincón en el que estuviera, y no falló anoche.

Había sido un bálsamo en esa noche amarga. Recordaba cómo la había mirado después de su interpretación, sus ojos oscuros llenos de admiración. Él disfrutaba de la música.

<<Señorita Holloway, no ha fallado en deleitarme>> le había dicho, y con eso su función allá estuvo cumplida. Sus palabras habían sido como un rayo de sol atravesando nubes densas. Pero junto con esa calidez venía la culpa.

¿Cómo podía aceptar su amabilidad, su confianza, sabiendo que cada vez que alguien pronunciaba su nombre, lo asociaban con el suyo? Porque las insinuaciones… Eran horribles, volvían feo lo que era bonito entre ella y el duque.

Se estremeció y se obligó a dejar esos pensamientos. *Nessa e Isla*, se dijo, *ellas estuvieron para mí. No estoy sola*. *No lo estoy*. La presencia de las dos hermanas, sus amigas, había sido un alivio.

Nessa la había tomado del brazo con suavidad, consciente de la tristeza que Anne intentaba ocultar. Era tan perceptiva, tan observadora.

<<*Te hemos estado buscando. Pensamos que te habías esfumado después de tocar*>> le dijo Isla, y ella pensó que tener esa capacidad sería una dicha bienvenida.

<<No quería molestar a nadie>>respondió, bajando la mirada.

Nessa había suspirado y meneado su cabeza, su voz firme y reconfortante.

<<Molestar, ¿a quién? Tocaste como los ángeles. Si alguien tiene algo que decir, es porque la envidia les ciega.>>

Anne había hecho un esfuerzo por sonreír, pero el gesto no alcanzó sus ojos.

<<Gracias. Es solo que... este no es mi lugar.>>

<<No digas eso>>dijo Isla, cruzando los brazos. <<Tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera de estas personas. Y, a diferencia de muchos, tienes un talento que realmente importa.>>

Anne había querido aferrarse a su apoyo, pero entonces, había escuchado la detestable conversación que la hizo sentir pequeña y sin valor.

Un grupo de damas conversaba cerca y con sus voces altas, como para asegurarse de que Anne pudiera oírlas. Era calculado, con crueldad.

<<Es increíble que la dejen entrar en estos círculos>>, había dicho lady Cressida, moviendo su abanico con un gesto teatral. <<Una bastarda con pretensiones, y ahora la amante del duque de Bristolbridge. ¡Qué escándalo!>>

Su boca se secó y quedó clavada en el piso, mientras Nessa e Isla abrían sus bocas como peces. De modo automático rodeó la muñeca de Nessa, reteniéndola, sabedora de su impulsividad. No valía la pena.

<<Oh, querida, ¿crees que es cierto?>> había respondido otra voz, aflautada y con falsa inocencia. <<Aunque, considerando que no tiene dónde caerse muerta, quizá no le quede otra opción.>>

Las risas suaves que siguieron perforaron la armadura de Anne. Sus hombros cayeron y su visión se nubló por la vergüenza. Nessa se desprendió de su agarre y dio un paso hacia ellas, sus ojos encendidos por la ira.

<<Deberíais cuidar vuestra lengua antes de hablar de alguien con tanto talento como la señorita Holloway>> había dicho, su tono helado cortando el aire.

Lady Cressida, la bruja, había levantado una ceja, fingiendo sorpresa.

<<Oh, no pretendía ofender. Pero ya sabéis cómo son los rumores. Se elevan y extienden como el humo.>>

Anne no había podido soportarlo más. Las palabras, las risas, las miradas… Todo se había acumulado e impuesto un peso insoportable sobre sus hombros. Sin mirar a las nobles,

había murmurado una disculpa inaudible a Nessa e Isla y se giró, caminando hacia una de las puertas laterales.

No atendió a los llamados de sus amigas, ni se preocupó por cómo se interpretaría su salida intempestiva. Hablarían de ella estuviese o no, no tenía sentido permanecer. No tenía fuerzas.

Había encontrado momentáneo refugio en un balcón solitario, donde la brisa fría de la noche golpeó su rostro. Apoyada en la barandilla, había cerrado los ojos mientras intentaba contener las lágrimas. *No puedo seguir así. No puedo dañarlo*.

Seguía pensando lo mismo. Las horas transcurridas no atemperaban el eco cruel de las palabras de lady Cressida en su mente. Era una carga, para Grayson, para la familia de su padre, para sus amigas, que no tenían por qué enemistarse con las nobles por su culpa. Cualquiera que se acercara a ella pagaría.

Abrió los ojos y dejó escapar el sollozo que había contenido en la noche. Estaba sola, como siempre lo había estado. Y en ese momento, solo podía preguntarse cuánto tiempo más podría soportar.

++++

El Parlamento bullía de actividad y los ecos de las conversaciones resonaban bajo las altas bóvedas del edificio. Los caballeros iban de un grupo a otro, discutiendo asuntos que iban desde reformas económicas hasta los persistentes rumores sobre el tráfico de opio.

Grayson James permanecía en un rincón junto a Francis y Hugh. Se avizoraba una jornada de duro debate en el recinto pero él tenía su cabeza sacudida por un asunto distinto.

En silencio, con los brazos cruzados y la mandíbula tensada, observando todo con una expresión impenetrable. Desde la gala, hacía de eso dos noches, un torbellino de emociones lo había mantenido entre la preocupación y la furia.

Y aunque había intentado concentrarse en sus deberes, su mente regresaba a una sola persona. *Anne*. La pobrecilla tenía que estar triste y en un estado frágil luego de soportar rumores inclementes. Había entregado música celestial y recibió crueldad, pensaba con inquina.

Hugh rompió el silencio.

—Grayson, no tuvimos oportunidad de hablar la otra noche. Cuando quise ir a ti, ya te ibas. Y tu cara era un poema de tormenta, mi amigo—sentenció, e hizo una mueca divertida—. Espero que no sea la edad la que está afectando tu habitual parsimonia. Ahora mismo estás… distraído.

Su tono era despreocupado, pero la mirada que le dirigió era inquisitiva. Grayson soltó un resoplido y sacudió la cabeza.

—Digamos que la velada no se desarrolló como esperaba.

—¿De verdad?—dijo Francis—. Es lo mismo en cada gala de la temporada, ¿qué pretendías ver? No es propio de ti abandonar el campo de batalla antes de tiempo.

—Hubo algunas circunstancias… extenuantes—replicó Grayson, con un tono que indicaba a las claras que no deseaba entrar en detalles.

Hugh sonrió con ligereza, sin dejarse permear por la aspereza en las palabras de Grayson.

—Pues te perdiste una oportunidad de escucharme despotricar sobre las carreteras italianas. Me pasé medio viaje temiendo por mi vida cada vez que atravesábamos un puente.

Grayson alzó la mirada, agradecido por el cambio de tema.

—¿Mm, las zonas italianas, entonces? No sabía que habías extendido tu viaje hasta allí.

—Sí, Lombardía, Toscana, hasta Roma. Interesante, aunque en algunos lugares la política es tan volátil como el Vesubio—respondió Hugh, con un gesto exagerado.

—Y las ruinas, Hugh, dime que las ruinas no te dejaron sin aliento—añadió Francis, con una sonrisa burlona.

—Oh, por supuesto. No hay nada como contemplar la grandeza de un imperio muerto para hacer que tus problemas parezcan triviales. Tal vez deberíamos trasladar nuestras reuniones políticas al Coliseo. Más apropiado para este circo—bromeó Hugh, arrancando una risa seca de Grayson.

La mirada de Francis se enfocó en él, y el duque de Bristolbridge suspiró, sabedor de que no podría escapar de la curiosidad de estos dos.

—Grayson, ¿cómo estás realmente?—inquirió con esa mezcla de franqueza y tacto que lo caracterizaba.

Grayson lo miró de reojo, su postura rígida.

—Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque sé que no es cierto. Nessa me dijo que Anne no ha ido a trabajar. Se reportó enferma, y sé cuánto te preocupa—Francis se inclinó hacia él, bajando la voz—. No lo niegues.

El rostro de Grayson se endureció. La preocupación que había intentado reprimir se esparció en su pecho, pero mantuvo la compostura.

—Es la primera vez que falta a sus tareas desde que la contraté. No creo que esté enferma, aunque no puedo asegurarlo. Sé que lo que debió soportar en la gala la afligió. ¿A quién no?

Estaba convencido de que tenía que estar muy afectada, y la idea lo ponía mal, lo alteraba más de lo que quería reconocer ante sus amigos. Anne era una mujer sensible, pura, inocente, y sufría en este mundo hipócrita en que estaba inmersa.

Mundo del que se retraía cada vez más. Su ausencia era preocupante, le asustaba.

—Isla me dijo que esa mujer, Lady Cressida y su cohorte de cacatúas fueron muy

groseras—sentenció Hugh-. Mujeres sin vida propia, eso son. Dime, ¿has ido a verla?

—Sería inapropiado—agregó con voz tensa.

Francis asintió, pero no dijo nada, permitiéndole continuar.

—Anne no pertenece al lado de gente así—sentenció Grayson, casi en un susurro—. En nuestro círculo, las apariencias valen más que la virtud, y las reputaciones se destruyen sin motivo.

—Es así, lo sé. Nessa e Isla lo sintieron en carne propia, y… No puedo imaginar cómo será para Anne, con los rumores que se extienden sobre ella…

—La hirieron en esa gala, Francis. Lo sé. Y no puedo…—Se detuvo, apretando los puños —. No puedo soportarlo—confesó—. Es mi empleada, una mujer que aprecio, alguien sensible.

—Aun así, te pega más de lo que pensé—dijo Hugh, pero lo ignoró—. No es de extrañar que hayan comenzado a correr rumores desagradables—continuó aquel, con el rostro oscurecido por una seriedad inusual.

Grayson giró hacia él con brusquedad.

—¿Qué rumores?

—Sobre Anne—continuó Hugh—. Sobre su relación con Atholl y contigo. Hay quienes disfrutan ensuciando lo que no pueden alcanzar. En el caso de Atholl, tiene responsabilidad evidente. Si tuviera algo de decencia, habría reconocido que Anne es su hija hace años. Es un cobarde.

Grayson sintió un calor creciente en su pecho, una furia que luchaba por controlar.

—Anne no merece eso. Es una mujer excepcional. Orgullosa, sí, pero también hábil, meticulosa e inteligente. Su labor es dedicada y me ayuda mucho más de lo que cualquiera podría imaginar. Despedirla sería injusto, para ambos—indicó, y suspiró largo.

Hugh cruzó los brazos, pensativo.

—Podríamos contratarla Francis o yo. Ni siquiera tendría que trabajar. Podría estar tranquila, sin preocuparse por las habladurías.

Grayson negó con la cabeza, su expresión endurecida.

—Anne no aceptaría eso. No es una mujer que tome limosnas, y no la culpo. Además… —Se interrumpió, consciente de lo egoístas que eran sus pensamientos—. No es justo que deje su trabajo, que hace de maravilla, y le permite sostenerse.

No es justo que se aleje de mí por habladurías malévolas, pensó. Sí, sonaba irracional, pero Grayson creía que solo él podría protegerla de verdad.

Hugh y Francis tenían sus familias conformadas hacía bien poco, y luego de pasar por muchas vicisitudes. Él tenía los medios para cuidarla, para sostenerla.

Francis, siempre el observador, ladeó la cabeza.

—Nessa está amargada por su situación. A mí me apena, pero a la vez me extraña lo

virulento de los rumores. Nadie hablaba de esto hasta hace unos días, y se extendió como reguero. Alguien encendió esa mecha, porque estas cosas no surgen de la nada.

Grayson tomó aire antes de responder, frunciendo el ceño.

—Gloucester y Sidmoth dejaron caer comentarios velados. Amenazas disfrazadas de consejo. Es posible que tengas razón, que algo se esté gestando. Hay quienes prefieren la estabilidad rota, siempre que sirva a sus intereses.

Hugh asintió, pensativo.

—Anne es tu empleada. Usarla para embarrar tu reputación parece una jugada sucia que tus enemigos no dudarían en realizar.

—Tal vez estás agitando las aguas más de lo conveniente—dijo Francis—. Estoy seguro de que fue tu gente la que estuvo detrás del ataque al cargamento de opio en ese barco del puerto.

Grayson asintió, su expresión impenetrable.

—Fletcher se encargó de ello. Decidimos que lo mejor es golpear de modo consistente para descubrir a los que intentan enriquecerse inundando Londres de drogas y fomentando los vicios en general. Ese líder en las sombras, el *Fantasma*, solo perderá pie si lo desafiamos.

Hugh se inclinó hacia adelante.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser?

Grayson dudó un momento.

—Demasiadas opciones, y ninguna certeza. Podría ser alguno de los presentes—su vista recorrió la sala—. Incluso alguno de los que ha conversado conmigo. Habrá que seguir alborotando el avispero. Alguien cometerá un error, y cuando lo hagan, estaré listo.

—Ten cuidado, Grayson—advirtió Francis—. El enemigo tiene mucho para perder y ya demostró que no tiene pruritos. La muerte de Alan—miró a Hugh, que apretó sus labios. Su hermanastro había sido asesinado por los mismos que Grayson desafiaba—, es una entre varias. Y que focalicen en ti, y Anne aparezca relacionada íntimamente contigo…

—¡Es una vulgar mentira!—espetó—. Manchar la imagen de una mujer es sencillo… Basta con echar a rodar mentiras. ¡No hay nada de lo que deba arrepentirme! La respeto con mi vida—dijo con vehemencia.

—No tienes que decirlo, lo sabemos—dijo Hugh, que palmeó su espalda.

Sus dos amigos le observaban de hito en hito, sin dudas sorprendidos por su agitación. Sí, sabía que perdía su flema y compostura indiferente cuando se trataba de Anne, y eso no era bueno.

La campana llamó a la reunión de los lores y las intervenciones y discusiones se sucedieron por horas. Empero, la preocupación y la frustración de Grayson permanecieron.

En su interior, solo podía pensar en Anne, en lo que haría para mantenerla en su despacho, por confortarla y hacerla sentir bien. No soportaba la idea de que estuviera sufriendo,

y aún menos, que sus enemigos la tomaran como blanco.

Capítulo 6.

Sentada junto a la pequeña ventana de su habitación, Anne sostenía un ejemplar del periódico *The Morning Post.* Sus manos sacudían las hojas y las exclamaciones de agravio y suspiros de desaliento aumentaban a medida que leía.

Cada párrafo de la prosa afilada y los comentarios disfrazados de ingenio eran un golpe directo a su pecho. En una de las columnas sociales más leídas, la gala de los Seaford había sido desmenuzada con una precisión despiadada.

Había descripciones de los asistentes, de las conversaciones más relevantes… y de los rumores que habían circulado esa noche. Las referencias estaban cargadas de supuestas sutilezas que no eran más que indirectas muy obvias. No había pretensión de disimular, ¿qué había de divertido en ello, después de todo?

Se hablaba de un "duque reformista, conocido por su estricto compás moral," que había llevado a una gala a una "mujer de dudosa ascendencia, famosa por su talento musical." También se hacía alusión al conde de Atholl, describiéndolo como "el supuesto progenitor se mostró imperturbable, incluso cuando el centro de los rumores que lo involucran se encontraba a escasos pasos de él."

Anne leyó cada palabra con creciente angustia. No eran necesarios los nombres, cualquiera que hubiera estado en la gala sabría a quiénes se referían. Y lo mismo los ausentes. Se llevó una mano a la frente, cerrando los ojos, apretando los párpados.

Podía imaginarse la reacción de la condesa de Atholl. Desazón, vergüenza, rabia. Los mismos sentimientos debían llenar a Victoria, siempre tan cuidadosa y pendiente de las apariencias.

Pero lo que más la atormentaba era pensar en lo que diría o creería Grayson. *Él debe haberlo leído, y su familia. Ha de sentirse molesto, avergonzado. ¿Cómo podría no estarlo? Soy una carga para él, un problema con el que no debería tener que lidiar.*

Anne frunció los labios, tratando de calmar el temblor de sus manos. El duque era un hombre público, un político y activista que luchaba por causas nobles. No podía permitir que su nombre estuviera asociado con rumores de ese calibre. Vinculado de una manera inapropiada con alguien como ella.

Era doloroso. Anne se sabía honesta a carta cabal, gentil y preocupada por los demás, talentosa con su música, lista con los números, y no era fea. Pero no tenía dinero ni respaldo, su origen estaba en la picota, y esto la hacía veneno social.

La injusticia de la situación la ahogaba, y no era su responsabilidad. No provocó nada de lo que la cercaba, pero no podía ignorar la realidad. *No vayas a llorar, no más.* ¿Qué caso tenía derramar sus lágrimas po aquello que no estaba en sus manos dilucidar?

Se levantó con pesadez, dejando el periódico sobre la mesa. Caminó hacia el clavicordio, que ocupaba buena parte del espacio libre de su habitación. Pasó los dedos sobre las teclas, pero no se atrevió a tocar.

Ese instrumento había sido su único consuelo durante años, pero ahora… Podría representar la posibilidad de obtener dinero, el que necesitaba para marcharse de Londres. *Podría venderlo,* pensó, con el corazón encogido. *Con lo que obtenga, podría irme a algún lugar donde no haga daño a nadie. Donde no me dañen.*

Su mente vagó sopesando las opciones que tenía. Podría regresar a la propiedad del baronet, a la zona en la que nació y creció. Se estremeció; la idea de ver a aquel hombre le daba escalofríos.

¿Viviría aún, o la bebida lo habría aniquilado? Su patrimonio, del que poco quedaba cuando ella era una niña, debió ser absorbido por sus acreedores. El baronet bebía y gastaba su dinero en apuestas, y no producía entonces, no podía haber durado mucho. No tenía deseos de saber de él, y que estuviera considerando volver allá mostraba su desesperación.

También estaba el castillo de los Campbell en Escocia. Sería bien recibida en las Tierras Altas, estaba segura de eso. Los padres de Nessa e Isla habían sido amables y hospitalarios con ella. Aunque… ¿Qué haría allá?

Las posibilidades eran menores que en Inglaterra, y no sabía si sus dotes musicales serían necesarias. Tal vez sí en Edimburgo, donde también había galas… Pero los rumores no tardarían en seguirla, eso era seguro. Y no estaba dispuesta a convertirse en una carga extra para los Campbell.

Oh, era extenuante. La idea de partir era… Dolorosa. Alejarse de aquellos que quería, no verlos más. En especial, a él… Grayson James. Su corazón le echaría tanto de menos.

¿Cómo podría pasar de verlo a diario, aunque fuera con la distancia que imponían sus respectivos lugares en la vida, a no saber nada de él? La idea era insoportable, y aun así, le parecía inevitable.

Unos golpes firmes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Anne se tensó. No esperaba visitas y, durante un instante, el miedo irracional de que alguien la enfrentara por los rumores la inmovilizó. Finalmente, respiró hondo y abrió la puerta.

La sorprendió el encontrar a Fletcher, el hombre de confianza de Grayson. Su figura robusta llenaba el umbral, y su rostro, aunque severo, tenía un matiz de preocupación. Anne parpadeó y se sonrojó.

Había enviado recado de que estaba enferma, y de seguro el hombre la creía ya una mentirosa. Un alma desgarrada no era visible.

—Señorita Holloway—saludó él con una inclinación de cabeza respetuosa—. El duque me envía.

Anne sintió que su corazón se detenía por un momento.

—¿El duque? ¿Qué ocurre?—preguntó, su voz quebrándose un poco, inquieta.

Grayson nunca había enviado por ella. Fletcher extendió un pequeño paquete y una carta doblada con cuidado.

—Está preocupado por usted. Me pidió que le traiga estas medicinas. Son las mejores, recetadas por su médico personal. Y…—añadió, señalando la carta—. Un mensaje. Me pidió que le transmitiera sus deseos de pronta recuperación.

Anne tomó la carta con manos temblorosas, agradeciendo en voz baja antes de cerrar la puerta. Se quedó junto a ella durante unos segundos, mirando la carta como si fuera un objeto precioso.

Regresó a la mesa y la abrió con cuidado. La letra inconfundible de Grayson llenaba la hoja con trazos elegantes.

Señorita Holloway,

Lamento saber de su indisposición, espero que no sea de gravedad. El no poder expresarle mis buenos deseos en persona me irrita, pero sabe usted bien lo que son las malas lenguas. Me preocupa, Anne. Espero que este pequeño gesto pueda servirle de alivio, y quiero que entienda que mi médico personal está a su disposición.

Sus contribuciones en el despacho son invaluables, y su ausencia se siente como un vacío imposible de llenar. Sin embargo, su bienestar debe ser su prioridad. Por favor, no se apresure en su recuperación; sepa que anhelo que esté bien.

Confío en que cuando se sienta fuerte retomará su lugar y su labor con la excelencia y dedicación que siempre me ha demostrado. Cualquier necesidad que tenga, no dude en hacerla llegar a través de Fletcher.

Sinceramente,

Grayson James.

Anne leyó la carta varias veces, su corazón encogiéndose y expandiéndose con cada palabra. Había formalidad en el tono, pero también calidez, preocupación, interés. *No soy un simple deber para él. Grayson se preocupa por mí*, se regocijó.

¿Quién más se tomaría el tiempo de escribir así y de enviar a su hombre de confianza, ofreciendo además medicinas y la ayuda de su médico? Sus emociones la ganaron. Él tenía que saber los horribles rumores, y no la hacía a un lado.

Lo estoy engañando, haciéndole pensar que estoy enferma. Lo estoy decepcionando, pensó, apretando la carta contra su pecho. Las lágrimas que había estado conteniendo durante dos días comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

No podía permanecer encerrada y causarle problemas, no después de lo que él había hecho por ella. Las tareas se tenían que estar acumulando en el despacho. Tenía que volver.

Suspiró, y miró el clavicordio una vez más. Era débil, no soportaba la idea de no ver al duque, de dejarlo en la estacada. *Mañana. Mañana tomaré una decisión*, se prometió.

Se permitió llorar un poco más, abrazando la carta como si fuera un amuleto, antes de que el cansancio la venciera y se desplomara sobre la cama.

++++

El aroma del cordero asado llenaba la estancia, y la madre de Grayson, la duquesa viuda de Bristolbridge, presidía la cena con su habitual porte sereno, aunque su mirada iba y venía entre sus hijos, inquiriendo sobre sus actividades y estudios.

A un lado de la mesa estaba Peter, el hermano mediano, cuya sonrisa fácil y comentarios ingeniosos aligeraban el ambiente. Frente a él, Joseph, el menor, con apenas catorce años, luchaba por mantener la compostura adulta que sentía necesaria ahora que estudiaba en Eton.

Grayson permanecía en silencio, su atención fija en su plato mientras los demás hablaban. El día había sido largo, pero las sombras de su mente no tenían nada que ver con el Parlamento y las discusiones allá.

Su preocupación por Anne no disminuía. Le frustraba no poder dar rienda suelta a sus impulsos e ir a ella y comprobar con sus ojos que estaba a salvo. Fletcher le dijo que la había visto pálida, decaída, pero nada que ameritara medidas extremas.

Pero su hombre bien podía equivocarse, razonaba Grayson. Era un hombre acostumbrado a la acción, no tenía una mujer o hijos. No sabía de los intrincados pasajes del alma femenina, máxime cuando esta era atacada una y otra vez.

Joseph rompió el aire con su entusiasmo juvenil, ajeno a la tensión interna de su hermano mayor.

—Grayson, ¿conoces al conde de Alastair?—preguntó, con la boca medio llena.

La duquesa viuda le lanzó una mirada que hizo que tragara su comida presuroso antes de continuar.

—Mm, sí, le conozco—respondió Grayson.

—Su hijo está en Eton conmigo. Es bastante desagradable, si soy honesto.

—¡Joseph, modales!—increpó su madre, pero este se encogió de hombros.

—Lo es, madre. Engreído sin motivos. Apenas se sostiene sobre un caballo—se inclinó hacia adelante, y miró a su hermano—. Dijo algo sobre ti. Bueno, más bien lo insinuó. Le caí a guantazos.

—¡Qué! Pero… Pero…—su madre boqueó, incrédula, y Grayson frunció el ceño,

intrigado.

No era raro que los jóvenes necesitaran descargar energías, y que una palabra llevara a otra y provocara chisporroteos, pero…

—¿Qué dijo con exactitud que te hizo pensar que debías defender mi honor?

Joseph se removió en su asiento, mirando de reojo a su madre, que ahora también parecía interesada.

—Dijo que… que tienes una amante. Una mujer de la vida llamada Anne.

El muchacho pronunció el nombre con inocencia, pero el impacto fue inmediato. La duquesa viuda dejó caer su tenedor, su expresión horrorizada. Grayson palideció y apretó sus puños con ira.

—¿Cómo puede alguien ser tan insolente?—exclamó la viuda, llevando una mano a su pecho—. Y tú, Grayson, dime que eso no es cierto.

Grayson enderezó la espalda, su mirada oscurecida por una furia contenida.

—Es falso. Una calumnia cruel. Anne es mi secretaria, una mujer íntegra y talentosa. Lo que se dice sobre ella es el resultado de la vileza de hombres que intentan desviar la atención de sus propios crímenes. ¡No repitas eso, Joseph!

Peter, siempre el mediador, levantó una mano.

—Cálmate, Grayson. Joseph solo está diciendo lo que escuchó. No merece tu enojo.

Grayson respiró hondo, intentando recobrar la calma.

—Lo siento, Joseph. No es contigo. Esos rumores… son un intento deliberado de destruir a una mujer cuya única falta es trabajar para mí. Y detrás de ellos están mis enemigos políticos. Hombres que fomentan los vicios de los bajos fondos para enriquecerse.

Joseph asintió con seriedad, muy impresionado por la pasión de su hermano.

—No quería molestarte, solo pensé que debías saberlo. No dudo de ti.

La duquesa viuda seguía mirando a Grayson con atención, sus ojos grises penetrantes.

—¿Te importa, Grayson?—preguntó suavemente—. Tu reacción fue… Un poco dramática, considerando tu flema habitual al recibir las peores noticias. Esa mujer, ¿es algo más que una empleada para ti?

Grayson se quedó en silencio por un momento, buscando palabras. Su madre era observadora, y tenía un buen punto entre manos. Su propia cabeza daba vueltas alrededor de esa misma pregunta. Cuando habló, midió sus frases.

—Siento que es mi deber cuidarla. Este mundo nuestro… No es amable con las mujeres que no tienen una familia poderosa cubriéndole las espaldas. Es… frágil en ciertos aspectos, pero también fuerte, con una dignidad que no merece el escarnio al que la han sometido.

—Esa señorita es la que toca el clavicordio con maestría, ¿no es así?—su madre achinó sus ojos, haciendo memoria—. Sí, ahora recuerdo algunos rumores que se contaron en la pasada

reunión de la directiva de Almack´s. Pero hablaban de ella como la… posible hija ilegítima del conde de Atholl. Ese hombre desagradable—suspiró.

—Ella es—dijo Grayson—. Una artista, y una empleada ejemplar.

Peter intervino con una sonrisa.

—Y bonita—intervino—. Sabes, estaba junto a Olivia Worcester en la gala—enrojeció cuando Grayson lo miró con intención—. La vi defender a Anne cuando otras damas cuchicheaban sobre ella. Olivia estaba furiosa. Dijo que Anne tenía más talento en un dedo que todas ellas juntas.

—Olivia, ¿eh? No tenía idea de que te habías acercado a la menor de las Worcester—dijo la duquesa, y sonrió, pero su mirada volvió a Grayson.

—Esa mujer no puede ser mala si inspira lealtad en quienes ven más allá de los prejuicios —Hizo una pausa antes de añadir—. No dudes en traerla aquí si necesita refugio, Grayson. Me gustaría conocer a esa joven que despierta tanta pasión en mi hijo más racional y medido.

La mirada que le dirigió fue como una flecha. Era como si pudiera atravesarlo y adivinar sus pensamientos profundos. Grayson desvió la vista hacia su copa, incómodo con la claridad que veía en los ojos de su madre.

Horas después, Grayson se dirigió a su despacho en la City. Había pasado tres días deseando verla, inquieto, pero no pensó encontrarla en su escritorio. El gozo que sintió al verla fue como un aleteo en su pecho, y su sonrisa se extendió, aliviada.

Anne estaba organizando papeles con calma, su cabello recogido con prolijidad y su atuendo sin mácula envolviendo la que él consideraba una silueta exquisita en su delicadeza. *Está más pálida, y sus hombros se ven frágiles*, pensó.

Y cuando enfocó su rostro sintió que lo golpeaba la expresión de tristeza que subyacía en los bellos ojos, expresivos, espejos de su alma límpida. Su expresión atormentada le acució. Esta mujer merecía sonreír sin sombras, vivir sin dolor ni vergüenza.

¿Qué podía hacer él por ella? ¿Qué tenía que hacer para ayudarla? *Si pudiera*… Refrenó pensamientos inadecuados y absurdos. No era momento, no podía ofrecer nada a riesgo de ser malinterpretado y reforzar las que ya eran voces malévolas.

Está más delgada, pensó. *Y triste. Muy triste.* Se detuvo frente a su escritorio, observándola por un momento antes de hablar.

—Anne, me alegra verla de vuelta. ¿Se encuentra mejor? ¿Es prudente que esté aquí?

Anne levantó la mirada, esforzándose por sonreír.

—Sí, Excelencia, gracias por la medicina y el interés. Lamento estos días de ausencia, no volverá a suceder.

Su voz era tranquila, pero había una nota de disculpa que lo hizo sentir incómodo. *No tienes que disculparte conmigo*, quiso decirle, pero su lengua se trababa y su razón le advertía

sobre lo imprescindible de ser propio y cuidadoso.

—No es necesario disculparse. Su salud es lo primero—respondió, con un tono que intentó que sonara ligero.

La miró con más atención, y ella se sonrojó y esquivó sus ojos. Quería leer sus emociones, saber cuánto sufría por los rumores, que era lo que él daba por descontado. Quería tomarle la mano, decirle que todo estaría bien.

Pero se contuvo. *No es solo deber lo que siento por ella*, admitió para sí mismo. *Esta necesidad, es más que eso. Ella impregna mis pensamientos, me hace reaccionar como ninguna otra.*

Anne volvió a centrar su atención en los papeles, pero Grayson no podía apartar la vista. Cada movimiento suyo, cada gesto, le resultaba hipnótico.

Quería envolverla para que el mundo no pudiera dañarla. Pero también quería rozar su piel, besarla, sucumbir a la necesidad desesperada de estar cerca de ella. Carraspeó y se obligó a comportarse como un hombre centrado.

—Si en algún momento necesita algo, señorita Holloway… Cualquier cosa, no dude en decírmelo.

Ella lo miró, sorprendida por el tono de su voz, y asintió, sus ojos enormes en él. Conmovida por sus palabras, y muy probablemente sorprendida. Él no solía portarse como un cateto inmóvil que la miraba y se repetía.

—Gracias, Excelencia.

—Grayson, Anne. ¿No sería momento de referirnos por nuestros nombres? Quiero pensar que me considera depositario de su amistad.

Ella parpadeó y asintió rápido, su faz como la grana, y Grayson apretó los puños detrás de su espalda, luchando contra el impulso de eliminar la distancia que los separaba.

Lo que sentía por Anne se le estaba volviendo imposible de ignorar, y por primera vez, no estaba seguro de querer hacerlo.

El Fantasma

La biblioteca estaba sumida en la penumbra, con la única iluminación proveniente del fuego que chisporroteaba en la chimenea.

Las sombras se proyectaban sobre las estanterías repletas de volúmenes encuadernados en cuero, que parecían más opresivas que imponentes esa noche, como si la misma habitación compartiera la intensidad de los pensamientos de su ocupante.

El hombre se levantó del sillón de forma brusca, apretando con fuerza el libro que había intentado leer. Imposible concentrarse en nada que no fuese la ira que lo dominaba. No se sentía orgulloso de no poder dominarse, pero las emociones le corrían profundo.

Eran un torrente que no encontraba escape, y sus pasos resonaron con fuerza sobre el suelo de madera mientras se paseaba de un lado a otro. La tensión en su mandíbula, en sus hombros, hablaba de la batalla interna que libraba.

Drena la furia, para poder ordenar el caos y retomar el control, se dijo. Era la manera en que su mente, disciplinada y estratégica, funcionara otra vez como necesitaba. *Grayson James. Duque de Bristolbridge. Hijo de perra. Presuntuoso dandi que se las da de paladín justiciero.*

Ese nombre era el núcleo de su rabia, el hombre que estaba arruinando sus negocios, desafiando su poder. Se detuvo de golpe, su cuerpo rígido como un arco tensado, y con un gruñido profundo lanzó el libro hacia la puerta cerrada.

El impacto resonó en la estancia como un disparo.

—¡Maldito seas, Bristolbridge!—bramó, su voz cargada de un odio que hacía vibrar las paredes.

El ruido atrajo a su esposa, que asomó la cabeza con cautela. Su figura menuda quedó recortada contra el umbral, y aunque mantenía la cabeza alta, sus ojos revelaban el temor que le inspiraban las explosiones de ira de su marido.

Parpadeó, pálida, y la observó sin aprecio. Una gacela asustada, sin gracia, idiota.

—Querido…—susurró, y carraspeó, nerviosa—. Llegó una misiva para ti—Le tendió un sobre lacrado con manos temblorosas—. Es del conde de Alastair.

Él la fulminó con la mirada, el odio buscando un nuevo objetivo, y no respondió. En lugar de ello, avanzó con movimientos rápidos y le arrebató el sobre de las manos. La mujer dio un paso atrás, asustada, pero no se atrevió a irse sin su autorización.

Rasgó el lacre con brusquedad y desdobló el papel. A medida que sus ojos recorrían las líneas, su ceño se fruncía cada vez más. Una frase en particular lo detuvo en seco:

La operación está arruinada por la intervención. Tiraron la mercancía al agua. Los proveedores están muy molestos, esperando el pago. Y no tenemos manera de resarcirnos. ¿Qué va a hacer para cambiar esto? Me siento en peligro.

—¡Ese maldito de Bristolbridge! Él envió a esa gente, es el que paga a esos zarrapastrosos—murmuró entre dientes, su voz cargada de veneno.

La carta temblaba en sus manos, aunque no por debilidad. Era la rabia contenida, la decepción del hombre que veía su imperio tambalearse por el accionar de un mentecato con ínfulas.

—Traer ese opio costó meses de preparación. Meses—gruñó, más para sí mismo que para su esposa, que permanecía junto a la puerta, petrificada, mudo testigo de su parloteo, que no refrenó—. Y ahora mis proveedores están impacientes, y mis aliados empiezan a cuestionarme. Todo por ese maldito duque.

Se giró hacia la chimenea, observando cómo las llamas bailaban con una energía que reflejaba la tormenta en su interior. Su perfil, iluminado por el resplandor del fuego, proyectaba sombras que parecían alargarse en la habitación, como si quisieran devorarla. Su mente, siempre calculadora, comenzó a recorrer los eventos que habían marcado la constante interferencia de Grayson James, duque de Bristolbridge, en sus operaciones.

Cada golpe, cada obstáculo, se alineaba como piezas de un tablero de ajedrez que Bristolbridge había comenzado a desmontar. *Lo hice bien, mis movimientos han sido perfectos, pero no puedo evitar que los demás sean prescindibles y cometan errores.*

Como aquella mujer, *Shelby Darcy*. La prostituta había sido una herramienta perfecta para sus fines. Con su mezcla de ambición y resentimiento había sido sencillo manipularla. Su atractivo y su capacidad para tejer historias la hizo la carnada ideal para desprestigiar al duque de Elywood.

Había sido un plan brillante, pensó. Mientras la mujer desprestigiaba a Elywood acusándolo de traición, él había embaucado a aquel imbécil, Alan Lycombe, el medio hermano del duque. Un hombre fácil de engañar con promesas de grandeza.

Lo había convencido de que, con el tiempo y la estrategia adecuadas, podría quitarle el título a Hugh. Alan era un hombre débil, un tonto que se creía capaz de llevar la corona ducal. Había vendido propiedades valiosas y desviado recursos del duque de Elywood, todo con la creencia de que se estaba posicionando para un golpe maestro.

Lo que Alan no sabía era que él mismo era una pieza desechable, un peón en el juego mayor. *Nunca se trató de darle poder. Se trató de destruir a Elywood, de sacarlo del tablero.*

Y había funcionado, al menos por un tiempo. Los rumores se esparcieron como un incendio en el Parlamento y en los salones de la alta sociedad. <<Lord Elywood, incapaz de controlar a su familia.>> <<Lord Elywood, un incompetente que no merece su título, y tal vez un traidor aliado a Napoleón.>> Pero entonces apareció él. Bristolbridge**.**

El duque era amigo incondicional de Hugh Lycombe, y era incapaz de dejar que los deslices de otros cayeran en el olvido. No contento con exponer la verdad detrás de los rumores,

había rescatado a Hugh y lo había convertido en un aliado aún más fuerte.

Mis planes se desarmaron, y se impuso la limpieza. Shelby, Alan, el conde de Goderich fueron eliminados. Pero Bristolbridge no se detuvo ahí. Se dedicó a vigilar los muelles, a cortar los hilos que conectaban los negocios ilegales con las élites respetables.

Intermediarios que habían trabajado durante años para mantener el flujo de mercancías ilícitas fueron arrestados, y los nombres de los cabecillas comenzaban a surgir y ponían nerviosos a más de uno. Como al idiota de Alastair, que le enviaba la nota.

Bristolbridge sabía dónde mirar, a quién presionar. Y lo que era peor: sabía cómo actuar sin dejarse atrapar. El golpe más reciente era este, el cargamento de opio, que era visto como el que les resarciría de los gastos.

Traerlo desde Oriente había sido un desafío de meses, con acuerdos cuidadosamente negociados y proveedores impacientes que no toleraban retrasos. El opio, que llegaría a los muelles de Londres y luego se distribuiría a través de contactos estratégicos, era la base de una red que financiaba otras operaciones.

Pero Bristolbridge, con sus espías y su maldita manía de intervenir, lo había frustrado. Y los proveedores, aquellos hombres poderosos que no entendían de excusas, estaban exigiendo respuestas.

El fracaso no era más que alimento para su rabia. Había dado instrucciones precisas, tomado precauciones extremas, pero nada había sido suficiente para anticipar la intervención de Bristolbridge.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía estar siempre un paso adelante? Su mente se llenó de posibilidades, cada una más desesperante que la anterior. El golpe no era solo económico. Era personal.

Bristolbridge lo había humillado, lo había puesto en una posición vulnerable frente a sus aliados. Y eso no podía permitirse. Sus ojos volvieron a la carta de Alastair. *Proveedores molestos. Esperando el pago.*

Era una amenaza implícita, una advertencia de que el tiempo se agotaba. El conde de Alastair, Sidmoth, el barón Willis... Todos estaban involucrados en este juego, y tenían algo que perder si Bristolbridge triunfaba.

Mas ninguno de ellos entendía la gravedad de la situación como él. Bristolbridge no solo quería limpiar los puertos o reformar la policía. Quería destruirlo todo. Y no se detendría hasta conseguirlo.

Dejó escapar una risa seca, un sonido hueco que resonó en la estancia. *Maldito moralista.* Grayson James pensaba que podía cambiar el mundo con moralina y su determinación. Pero no entendía cómo funcionaban las cosas realmente. No entendía que el poder no se ganaba con justicia, sino con control.

Se paseó por la habitación, sus pasos calculados, su mente alineando las piezas. Si quería derrotar a Bristolbridge, tendría que atacarlo donde más le doliera. No bastaba con vencerlo en el Parlamento o arruinar sus negocios.

Tenía que destruirlo de una manera que no pudiera recuperarse. La herramienta estaba cerca, y era una inesperada. Anne Holloway.

Había observado a Bristolbridge en la gala, como un predador a una presa, y notó cómo sus ojos seguían a esa mujer. Cómo su postura cambiaba, cómo su atención se desviaba para seguirla.

Gloucester y Sidmoth lo comentaron. Grayson James, el hombre implacable, el estratega impecable, había mostrado una grieta en su armadura. Y esa grieta tenía un nombre. Anne.

Se detuvo frente a la chimenea, una sonrisa oscura y cruel curvándose en sus labios.

—Ella…—susurró, su voz apenas un aliento—. Ella será su perdición.

La idea lo llenó de una energía renovada, de una anticipación electrizante. Bristolbridge podía proteger sus puertos, sus aliados, sus operaciones. Pero no podía proteger su corazón. Y esa sería su ruina.

—Sidmoth, Alastair, Willis…—murmuró mientras enumeraba a sus aliados, ya planeando la estrategia—. Querrán actuar antes de que sea demasiado tarde.

Volvió a pasearse por la estancia, sus pensamientos alineándose como piezas de ajedrez listas para ser movidas. Si atacaba a Anne, si ponía en peligro lo que Bristolbridge más valoraba, podría desestabilizarlo.

Un hombre dividido entre sus emociones y su deber era un hombre débil. Y cuando Grayson James cayera, él estaría allí para aniquilar las piezas. Para tomar el control. Para ser el único dueño del tablero.

Se giró hacia su esposa.

—Ordena que preparen el salón principal. Necesitamos un encuentro privado.

Su voz era baja, pero la amenaza implícita no pasó desapercibida. Ella asintió, escapando de la estancia con rapidez, como el ratón asustado que era. Al quedar solo, el hombre se permitió una risa seca.

Bristolbridge se creía intocable. Pero pronto aprendería que incluso el hombre más fuerte podía caer si se golpeaba en el lugar correcto. Y él estaba dispuesto a ser quien lo derribara.

Capítulo 7.

El despacho de Grayson estaba inusualmente tranquilo esa mañana, y Anne había avanzado mucho en la lectura y organización de la correspondencia. De la misma forma había aumentado su inquietud.

El contenido de al menos cinco de las cartas era preocupante. La primera, una notificación educada pero tajante: un comerciante de carbón con quien Grayson tenía relaciones de larga data informaba que terminaban su asociación, citando "incompatibilidades con los valores morales actuales del duque".

La segunda era similar, una firma textil notificando el fin de sus contratos para la distribución de bienes. Y así seguían. Cada una de las que abrió le parecieron peor que la otra. Las frases se mezclaban frente a sus ojos: "finalización", "inviabilidad", "diferencias irreconciliables".

Esto no podía ser casualidad. Había un correlato entre los rumores que circulaban y esta andanada de anuncios de cartas que se desvinculaban de negocios con el duque. Estos burgueses y nobles echándose atrás en sus compromisos iban a afectar las finanzas de Grayson y los suyos.

Sus manos comenzaron a temblar, y un sudor frío recorrió su espalda. Una oleada de angustia la invadió. *Esto es por mi culpa. Todo esto es porque me dio trabajo y con eso alimentó rumores…*

Se llevó una mano al pecho, tratando de calmar el latido desbocado de su corazón. Las lágrimas brotaron antes de que pudiera detenerlas, y cuando quiso ponerse de pie, las piernas le fallaron.

Se dejó caer en la silla, su cuerpo sacudido por sollozos silenciosos. Y como si su oprobio no fuese suficiente, Grayson entró justo entonces.

Llevaba un libro bajo el brazo y un abrigo en la otra, pero al verla, dejó los objetos sobre una silla y cruzó el despacho hacia ella, su ceño fruncido

—Anne, ¿qué ocurre? ¿Se siente mal?—preguntó, su voz baja pero cargada de preocupación.

Ella no levantó la vista, intentando secarse las lágrimas con la manga, pero sus manos temblorosas apenas lo lograban.

Grayson se agachó frente a ella, tomando su barbilla con firmeza pero con suavidad para elevarla y hacer que le mirase. En sus ojos grises se perdió, y dejó que él le acomodase un mechón de su cabello tras la oreja.

—Por favor, dígame qué pasa. ¿Por qué llora?—insistió, su voz más demandante.

Anne negó con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras. Su mirada fue a las cartas que yacían sobre el escritorio. Grayson las vio y, soltando sus manos, las tomó una a una. Sus

ojos recorrieron las líneas, y la furia empezó a formarse en su expresión.

—Esto… Increíble… ¿En qué piensan estos idiotas?—siseó, pero Anne lo interrumpió con un hilo de voz.

—Es por mí. Mi reputación… Los rumores… La gente asocia situaciones y…—Su voz se quebró mientras hablaba, su rostro lleno de dolor—. Están terminando relaciones comerciales porque… porque yo estoy aquí. Porque lo asocian conmigo.

Grayson la miró, atónito.

—Anne, eso no tiene sentido. Esto no tiene nada que ver con usted.

Ella negó con la cabeza con más fuerza, sus lágrimas fluyendo sin control.

—Sí lo tiene. Los rumores, los chismes. Me adjudican epítetos horribles, murmuran sobre mi origen… Sobre usted y yo…—se estremeció, y bajó la vista—. Están usando eso para dañarlo. ¡No lo soporto, su Gracia! ¡No puedo ser la causa de su ruina! Usted merece rodearse de personas sin manchas, de gente digna. No de alguien como yo.

Grayson soltó las cartas y tomó sus manos de nuevo, esta vez con más fuerza, como si temiera que pudiera escaparse.

—Anne, escúcheme—Su voz era baja, pero firme—. No tiene culpa de nada. Estos hombres, estas personas que cortan relaciones, no son más que oportunistas. Pretenden quebrarme, asustarme, para que actúe de acuerdo a sus intereses. Pero se equivocan si piensan que voy a doblegarme.

Anne trató de responder, pero Grayson levantó una mano, deteniéndola.

—Escúcheme, por favor—Su mirada estaba llena de una intensidad que hizo que Anne enmudeciera.—. Usted es valiosa. Su trabajo, su dedicación, todo lo que hace… lo valoro más de lo que puedo expresar. No tengo interés en codearme con quienes no respetan mis principios. Y menos aún con aquellos que pretenden dañarla. Porque lo que están haciendo no es solo un ataque a mí; es un ataque a usted, y no lo permitiré.

Las palabras la dejaron sin aliento. Nadie había hablado de ella de esa manera, con esa mezcla de respeto y pasión. Por un momento, se permitió mirarlo, y lo que vio en sus ojos fue tan desconcertante como reconfortante.

Grayson soltó sus manos, solo para alzar una y apartar el mechón rebelde que volvía a estar sobre el rostro de Anne. El gesto fue tan suave, tan íntimo, que ambos contuvieron la respiración.

—No quiero que piense…—comenzó a decir él, pero su voz se quebró.

Quería abrazarla, sostenerla, protegerla de todo y todos. En ese momento, más que nunca, deseaba borrar el dolor de su rostro, envolverla con sus brazos y decirle que todo estaría bien.

Pero no podía. Era impropio. Era inmoral. Y, sin embargo, lo deseaba con una intensidad que lo asustaba. Se obligó a apartar la mano y alejarse unos pasos. Anne lo miró, confundida,

pero nada dijo.

Grayson apretó los puños detrás de su espalda, intentando controlar la tormenta de sentimientos que luchaban en su interior. Sus emociones estaban desnudas y las asumía, aunque le pesara.

No porque le avergonzaran, lejos de ello. Era porque al reconocerlas perdía margen de maniobra y se exponía frente a los demás. Reconocer una debilidad era invitar al desastre, pues los enemigos eran predadores listos para explotarlas.

Anne ya no era una simple preocupación, ni siquiera la persona que apelaba a su sentido del deber. Era mucho más, y no lo podía seguir ignorando. No lo diría, no todavía. Tenía que ser astuto con esto, y cuidarla de sí mismo.

Ceder a sus impulsos en este instante sería receta para el desastre, porque la necesidad de ella que había acumulado… Ahora lo veía, tan claro. Había sido un iluso. Ella tenía un sitial en su cabeza, en su pecho, cada parte suya anhelaba a la que le miraba seria y compungida.

—Anne, quiero que entienda algo—Su voz sonó cálida y firme, porque tenía que calmarla—. No está sola. No importa lo que digan los demás. No importa lo que intenten hacer. Yo estoy aquí, y no voy a dejar que la lastimen.

Anne asintió, sin emitir sonido, pero su expresión cambió, como si sus palabras hubieran calado en ella. La observó por un momento antes de dar un paso atrás, intentando recuperar su compostura.

—Si necesita descansar, por favor, hágalo. Yo me ocuparé del resto—dijo, con un tono más formal, aunque su mirada seguía siendo suave.

Anne asintió de nuevo, y se llevó una mano al pecho, como si con el gesto procurara calmar sus preocupaciones. Grayson se retiró, cerrando la puerta tras de sí. Tenía mucho por hacer, y si no era contundente y rápido en la respuesta, la catarata de negocios colapsados le complicarían las finanzas.

Esa era la parte fácil por resolver. Lo que le generaba dudas era qué hacer en relación con sus sentimientos y con Anne. ¿Obedecer al cavernícola interno que no atendía a normas y que le decía que la tomara y la llevara con él, reclamándola para sí?

¿O cuidar las apariencias para no perjudicarla? Más importante, ¿qué quería y qué pensaba Anne? Tenía que hablar con verdad y sin filtros con ella, pronto.

++++

Anne había estado tratando de controlar sus temblores, sus manos tomándose del borde del escritorio en busca de anclaje. Las cartas leídas esparcidas frente a ella eran el recordatorio de que su presencia era una carga para Grayson.

Su cabeza repetía que el duque estaba perdiendo relaciones comerciales, influencia y respeto de sus pares por su culpa. Mas, inútil como era, débil, no podía hacer nada al respecto. Excepto irse, quitarse de la ecuación.

Él no veía lo que para Anne era claro. Grayson continuaba rescatándola: antes, de quedar sin hogar ni dinero, ahora, seguía siendo muralla contra todos, asegurándole que no la lastimarían. Siempre rescatándola de la gris espiral de su desánimo.

Se fustigaba por alegrarse tontamente de que él se preocupara por ella. Grayson había entrado en forma intempestiva cuando sollozaba, y Anne quiso esconderse, que él no viera su rostro, poema vívido de su desazón.

La expresión de Grayson se transformó de inmediato. Preocupación genuina cubrió su faz, que se distendió, y se detuvo un instante, como para evaluar qué hacer o decir. Esto la hizo sentir peor. Él no merecía cargar con sus problemas.

Era un hombre increíble, con un corazón enorme y una mente incansable, al que su deseo de ayudar a los demás cegaba de la realidad.

Está siendo atacado porque tiene principios. Porque se atreve a defender lo que es justo. Y yo soy un lastre, lo arrastro hacia el barro.

Fue a decir algo para distraerlo y enfocarlo en el trabajo, pero no se lo permitió. Vino a ella y rodeó el escritorio, arrodillándose a su lado, y su mano tomó su barbilla con cuidado, volviéndola hacia él, forzándola a mirarlo.

¿Podía el corazón encogerse y dejar de latir por algunos segundo? Al parecer sí, porque eso fue lo que Anne vivió, sintió. El toque de sus yemas en su piel, tan leve como un susurro, y el suavísimo cosquilleo que sintió en su frente cuando él apartó un mechón rebelde de su faz le provocó un escalofrío que recorrió su cuerpo.

Esta cercanía, primera e inesperada, era tan bienvenida como dolorosa. Anne se sintió encendida de una manera… Extraña. Calor subió a su cuello y mejillas, tensión se construyó en su vientre y sensaciones en zonas íntimas se hicieron sentir.

Era como si su cuerpo se revelara, haciéndole sentir lo que no debía, fabricando deseos que no podía permitirse. Quería apartarse, pero no podía moverse. Quería abrazarlo y apretarse contra él, como una casquivana sin moral.

¿Importaría? El mundo pensaba que lo era, le había adjudicado motes crueles sin merecerlos. Tal vez… Tal vez actuar por una vez acorde a sus impulsos y a sus sentimientos no estaría mal.

Estás loca, Anne, reacciona. El duque es un hombre íntegro y gentil que tiene debilidad por los desamparados. Eso eres tú para él. Recuérdalo. No te confundas.

Cuando él habló, su voz grave suavizada y con un dejo de cuidado cercano a la ternura, ella debió acudir a la fuerza de voluntad que le quedaba para refrenarse y no gritarle que le

amaba, que siempre le amaría y quería verlo, no quería alejarse.

Le había mostrado las cartas, él leyó algunas, pero no cambió su discurso. Su enojo y desprecio fue para los que cortaban los vínculos económicos, y se preocupó por calmarla.

<<No está sola. No importa lo que digan los demás. No importa lo que intenten hacer. Yo estoy aquí, y no voy a dejar que la lastimen.>> Esa frase… Lo que le hacía, dulce y ácida a la vez, faro que daba un rayo de esperanza y ancla que la hundía, porque no podía significar lo que ella quería.

Él era apasionado en su discurso, cabeza dura incluso. No se doblegaría. *Ni siquiera lo ve*, pensó, desesperada. *No ve cómo esto lo afecta, cómo su reputación se está desmoronando porque yo estoy aquí.*

Cuando él mencionó lo valiosa que era, lo mucho que apreciaba su compañía y su trabajo, Anne sintió una punzada en el pecho. Por un instante, quiso creerle. Quiso pensar que su presencia no era un peso, que valía por algo más que su esfuerzo diario.

Pero así como percibió su claro propósito de sostenerla y mantenerla en su puesto, vio también lucha en sus ojos, y cuando se apartó de golpe, como si volviera en sí y se horrorizaba de su cercanía, como si estuviera luchando contra un impulso, Anne supo que no podía aprovecharse de su bondad.

No puede ayudarlo si me quedo, y soy una egoísta por considerarlo. Soy una debilidad para él. Lo distraigo, lo pongo en peligro. No puedo permitir que siga perdiendo negocios y comprometiendo su integridad por mi culpa.

Cuando Grayson se retiró, Anne dejó escapar un suspiro tembloroso. Llevó una mano a su pecho, donde su corazón latía desbocado. Cada gesto suyo, cada palabra, cada mirada… la hacían desear y creer en posibilidad de lo imposible.

No podía arriesgarse a ese dolor. No quería ser esa mujer que envejecía tolerándolo todo por estar cerca, deseándolo y sabiendo que no podía ser suyo. Ella era una cuenta en el collar de personas débiles que el duque de Bristolbridge fabricaba como un artesano bienhechor.

Su mirada se posó sobre las cartas, pensando. Sin dinero, sin recursos, ¿qué podía hacer? ¿Qué opciones tenía? ¿Vender el clavicordio? ¿Irse al norte, buscar un refugio con los Campbell? Algo debía hacer.

Capítulo 8.

La noche había sido larga, interminable. Anne había pasado horas en vela, enredada en pensamientos oscuros que no le permitían encontrar descanso. Cada vez que cerraba los ojos, veía la mirada de Grayson, no enojado, pero sí cargado de tensión, de inquietud.

Había sentido su paciencia como un peso sobre sus hombros, y la posibilidad de que él estuviera enfrentando problemas por su causa la atormentaba. Pero también su cabeza hiló fantasías inusitadas que la mortificaban, y el alimento para eso eran las palabras intensas que le había dirigido.

Era impropio de ella dejarse ganar por imágenes que evocaban sensaciones que deseaba vivir. Sus sentidos habían cobrado vida incitados por la idea de los dedos largos y algo callosos en su piel, recorriéndola, haciéndola sentir deseada y bella.

Los labios bien dibujados y gruesos sobre los suyos, posesivos y tibios, inyectándole calor y haciéndola vibrar. Susurros en su oído esbozados en esa voz grave que la volvía débil. Murmullos que juraban sentimientos que la correspondían y prometían un *para siempre*.

Locura. Desatino, y aun así, se había abrazado y mecido en la ensoñación, perdiéndose en la utopía de amarlo y ser querida de vuelta. Había dado rienda suelta a lo que anhelaba y dejó que la tomara y la llenara, cansada de luchar contra ello.

Cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse por las cortinas de la habitación, Anne se levantó con el cuerpo pesado por la falta de sueño. Se estaba haciendo costumbre.

Se preparó con la misma meticulosidad de siempre, pero sus manos temblaban al ajustar los broches de su vestido. Su reflejo en el espejo le devolvió una imagen pálida, los ojos cansados, pero decidió ignorarlo.

Estaba a punto de salir para el despacho cuando escuchó el sonido de golpes en la entrada principal. La casera, pendiente de los movimientos en la calle, atendió, y luego subió las escaleras y golpeó su puerta con entusiasmo.

—Señorita Holloway, vienen a buscarla.

La voz de la mujer tenía un dejo de curiosidad mal disimulada, aunque nada inquirió. Anne frunció el ceño y bajó, preguntándose quién podía ser. Cuando abrió la puerta, se encontró con Nessa y Bonnie Worcester, ambas sonriendo desde el interior de un carruaje descubierto.

—¡Anne!—llamó Bonnie, agitando una mano—. Nessa y yo decidimos que necesitas un día libre a pura diversión. Nada de trabajo hoy. Vamos, sube. No aceptaremos un no por respuesta.

Anne se quedó inmóvil, parpadeando.

—Yo… debo ir al despacho. No quiero…

Nessa levantó una ceja, en un gesto que emulaba el de su esposo, y Anne pensó que era

igual de autoritario. Su amiga podía ser muy mandona, aunque siempre con la mejor intención.

—Grayson estará bien, Anne. Lo vimos hace un rato, desayunó con Francis. Y nosotras queremos pasar tiempo contigo. No suelo dejar a Henry, lo sabes, así que vamos, sube, por favor.

Anne dudó por un breve momento, para luego asentir. Le haría bien despejarse y olvidar sus agobios por un rato. Subió al carruaje, acomodándose junto a Bonnie mientras el cochero movía su fusta para avanzar.

El carruaje las llevó a Kensington Garden, donde los primeros brotes de primavera comenzaban a llenar los árboles de vida. Anne, a pesar de su estado de ánimo, sintió alivio al respirar el aire fresco y mirar el cielo despejado.

La charla banal y sin consecuencias las enredó por un ratito, para luego dar paso a una más íntima. Claro que Bonnie y Nessa hablaron más, y no dudaron en hacerle ver que los rumores morirían, que la gente encontraría otra fuente para cotillear muy pronto.

Era probable, pero el proceso de atravesarlos parecía tan largo. De algún modo parecía que hacía tanto que estaba en la picota que no tenía paciencia para esperar a que los buitres encontraran otra fuente de placer.

—¿Sabes?—dijo Bonnie, girándose hacia ella con una sonrisa radiante—. Grayson siempre ha sido demasiado reservado, pero contigo… parece diferente. Como si por fin hubiera encontrado alguien que le importa.

Anne se tensó, sorprendida por el comentario. Abrió la boca para responder, pero Nessa intervino.

—No te abrumes, Anne. Bonnie tiene razón, pero no queremos agobiarte—La miró con suavidad, pero su mirada se tornó más seria—. Lo importante es que entiendas que no estás sola. Nos tienes a nosotras, y a Grayson.

Anne asintió con lentitud, sintiendo un nudo formándose en su garganta. La calidez de sus palabras era reconfortante, pero también la llenaban de vergüenza. ¿Cuánto sabían?

Una cosa era que los rumores los conectaran. Eso era fruto de la malicia, y no lo controlaba. Pero, sus sentimientos por él. ¿Los notaba Grayson? De ser así, ¿lo comentaría con sus amigos?

La idea la preocupó. Aunque, de ser así, Nessa se lo diría, se dijo. Tenía la convicción de que así sería.

Caminaron por los senderos del parque y Anne agradeció que no la atosigaran, que permitieran que el silencio las acompañara por un rato. Más tarde, mientras tomaban té en la casa de los Worcester, la conversación giró hacia temas más ligeros.

Nessa relató las últimas travesuras de Henry, lo que hizo reír a Bonnie, y Anne se permitió sonreír por primera vez en lo que parecían días. Sin embargo, la sensación de alivio fue breve.

No dejaba de pensar en cómo ellas habían aparecido en su casa, como convocadas. ¿Era posible que Grayson hubiera compartido sus problemas con los Worcester? La idea la mortificaba, pero también reconocía que la atención de sus amigas era sincera.

No había lástima en sus gestos para con ella, sino la genuina intención de apoyarla. Tenía que aceptarlo como el regalo que era, aunque le costara, porque su orgullo sobrevivía a pesar de los golpes. Cuando se despidieron esa tarde, Bonnie le apretó la mano con suavidad.

—Recuerda, Anne, no tienes que cargar con todo sola. Estamos aquí.

Anne asintió, sus palabras atascadas en la garganta. Mientras el carruaje la dejaba de vuelta en su casa, sintió gratitud. Grayson estaba rodeado de personas que se preocupaban por él… y también por ella.

Al entrar, la casera le entregó un sobre que había llegado durante su ausencia. El papel era de buena calidad, y el sello del lacre era inconfundible. El conde de Atholl.

Anne lo tomó con manos temblorosas, sus pensamientos dando un giro de ciento ochenta grados. No parecía que la calma y el solaz duraran mucho para ella; algo aparecía que encapotaba el día.

Era agotador. No esperaba nada bueno de esta comunicación, por supuesto. El conde de Atholl contactándola debía ser el signo de que había problemas. Subió a su habitación, se sentó junto a la ventana y rompió el sello.

Al leer las líneas escritas con cuidado, un escalofrío recorrió su espalda. El mensaje era claro, aunque envuelto en la cortesía formal típica.

Señorita Holloway,

Es necesario que conversemos sobre ciertos asuntos que afectan a mi familia.

Estaré esperándola mañana por la tarde en Hyde Park, junto al puente Serpentine. Confío en que entenderá la importancia de esta reunión.

Atentamente,

Percy Murray, conde de Atholl.

Las palabras no dejaban espacio para interpretaciones: el conde demandaba un encuentro en un lugar público. Ni siquiera tenía la decencia de invitarla a la casa donde ella había vivido por años.

Mi familia… Ella no lo era, después de todo, ¿o sí? Se preguntó qué más quería de ella. Dejó caer la carta sobre la mesa, su pecho subiendo y bajando agitado.

La sensación de refugio que había sentido durante el día desapareció en un instante, reemplazada por la incertidumbre y la desazón.

No tengo por qué ir. No le debo nada, pensó. *Los años en su casa, la educación, los*

beneficios, me los debía. Sabe Dios que me gané el sustento atendiendo cada detalle de la casa, resolviendo entuertos, llevando las cuentas, siendo chaperona, educadora…

Respiró hondo. Sin embargo… Tenía que ir. Tenía que saber qué quería su padre. *Padre*… Una palabra tan fuerte no podía aplicarse al conde, pero… Iría, sí. Aunque preparada para revelaciones o verdades que dolerían.

Nada bueno podía salir de un encuentro casi furtivo entre una bastarda y un progenitor que no la quería, y que tenía *su familia* para proteger. Era risible. Si de alguien no debería esperar maledicencia o problemas el conde era de Anne, pero…

¿Qué sabía Atholl de ella, en verdad? Nada. Nada. Era triste, pero no el fin del mundo. Dolía, pero lo había hecho por años. Esto no la mataría, y tal vez le diese la fuerza para hacer lo que debía.

++++

El parque estaba envuelto en una atmósfera tranquila, con el viento jugando entre los árboles y el sonido distante de los coches de caballos en el camino principal. Anne caminó hacia el puente Serpentine, donde la figura alta y severa del conde de Atholl la esperaba.

Llevaba un abrigo oscuro y un sombrero de ala ancha, y cuando la vio acercarse, enderezó su postura. Había un hombre más lejos que Anne reconoció como el cochero, al que saludó con una leve sonrisa. Luego, se colocó contra la baranda del puente, a dos metros del conde.

—Señorita Holloway—la saludó él, inclinando la cabeza.

—Milord—respondió ella con una reverencia tensa.

El conde no perdió tiempo en cortesías. Sus ojos la escrutaron, y luego habló con una frialdad que hizo que Anne se estremeciera.

—He escuchado lo que se dice de usted y del duque de Bristolbridge—Su tono era neutral, pero la acusación estaba implícita—. Esto no solo afecta a su reputación, sino a la nuestra. A Brodie, a mis hijos. No puedo permitir que continúe.

Anne sintió como si la hubieran golpeado. Quiso defenderse, pero las palabras no salieron.

—Lo mejor para todos los involucrados sería que se alejara de Londres—El conde hizo una pausa, sacando un pequeño sobre de su bolsillo—. Aquí hay suficiente dinero para que pueda empezar de nuevo en otro lugar. Úselo con sabiduría.

Anne miró el sobre como si fuera una serpiente. No lo tomó. Lo mejor para todos, decía. ¿Qué había de ella? ¿Importaba?

—¿Es esto lo que siempre seré para usted, mi lord?—preguntó, con la voz apenas un

susurro—. ¿Una molestia que debe resolver?

El conde no respondió de inmediato. Luego, dijo:

—Hago esto por mi familia. Por Victoria, por la condesa. Ellas no deberían cargar con las consecuencias de lo que usted representa.

Anne sintió cada palabra como golpes. Rechazo que era sal en una herida abierta. No era por ella. Nunca había sido por ella. Él no estaba allí para protegerla, sino para satisfacer a los demás.

Nunca seré más que un problema para quienes me rodean, pensó, tragando el nudo que se formaba en su garganta.

—Gracias por su… generosidad, milord—dejó que su voz sonara irónica, y la rabia la hizo decir lo siguiente—. No obstante, sepa que se equivoca. Su familia carga con las consecuencias de *sus* acciones—acusó, fría—. Yo no pedí nacer… No tuve que ver en su relación con mi madre, en su decisión de ir a buscarme… Soy igual de víctima que los demás. No aceptaré su dinero.

El conde la miró con incredulidad, pero Anne ya se había dado la vuelta, caminando con pasos firmes hacia la salida del parque.

Sus pensamientos eran un caos, le faltaban recursos y estaba llena de dolor. La única idea clara, que era convicción, era que no podía quedarse en Londres un minuto más.

Capítulo 9.

Habían pasado dos días. Dos días en los que no había podido resolver nada, y parecía que iba a estallar. Debía irse, quería alejarse de Atholl y de aquellos que, como él, la veían con suficiencia.

Necesitaba dejar atrás su obsesión con el duque y no agregarle problemas. Pero su mente era obcecada, se obstinaba en enviarle deseos disfrazados en escenas imposibles. Sus horas en la cama eran duermevela liviana en la que los sueños la mortificaban, mofándose de ella. Pero en ellos era libre para amar a Grayson:

El interior del carruaje estaba oscuro, iluminado solo por la luz parpadeante de las farolas de gas que parecían flotar entre las sombras de la noche. Anne estaba sentada frente a Grayson, sus rodillas casi tocándose en el estrecho espacio.

El suave movimiento del coche amplificaba el latido errático de su corazón, cada respiración, cada roce de la tela contra su piel. Grayson estaba relajado, recostado en su asiento con el chaleco desabrochado y la corbata algo suelta, una versión de él que Anne rara vez había visto.

La oscuridad y el aislamiento del carruaje habían despojado al duque de su habitual e impenetrable compostura. Lo que más la perturbaba era su mirada. Sus ojos grises estaban fijos en ella, y Anne tuvo la sensación de que podría leer cada uno de sus pensamientos, incluso los que intentaba reprimir.

—Anne…—comenzó Grayson, su voz grave, con un tono que hizo que el aire pareciera más pesado—. ¿Sabes lo que me haces? Cada vez que estoy contigo, cada vez que sonríes, siento que pierdo el control.

Anne entrelazó las manos en su regazo, como si con ese gesto pudiera protegerse de la intensidad de sus palabras. El calor subía por su cuello hasta sus mejillas, y su mente luchaba por encontrar una respuesta.

—No diga eso, su Gracia. No debería…

—¿Debería qué? —Grayson se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos. Su rodilla rozó la de ella, y Anne sintió un escalofrío recorrer su espalda—. ¿Decir la verdad? ¿Admitir que te deseo, Anne? ¿Que cada vez que te veo quiero más, mucho más de lo que la decencia permite?

El aliento de Anne se entrecortó. Levantó la mirada, encontrándose con la intensidad cruda de sus ojos. Sus labios temblaron al intentar articular palabras que no llegaban a formarse.

—Yo… no sé qué decir.

Grayson tomó su mano. Sus dedos eran cálidos, firmes, y su toque enviaba corrientes

eléctricas que atravesaban su piel. Los suyos temblaban, pero no se apartaron.

—No tienes que decir nada —continuó él, su tono bajo y cargado de emociones—. Pero si supieras lo que pienso cuando estamos a solas… si supieras cuántas veces he soñado con tenerte conmigo, sin testigos, sin reglas—Su mirada descendió hacia sus labios, y Anne sintió que el aire en el carruaje se volvía irrespirable—. Te tendría entre mis brazos, Anne. Te mostraría cada parte de mí, y descubriría cada parte de ti.

Un jadeo suave escapó de los labios de Anne, su rostro ardiendo, porque su piel reaccionaba a la cercanía, a las palabras, al modo en que su voz parecía envolverse alrededor de ella. Deseo y pánico se mezclaban, pero no apartó la mirada.

Grayson soltó su mano solo para llevarla a su rostro. Con el pulgar, trazó la línea de su mejilla, dejando un rastro cálido a su paso.

—Eres mi tormento y mi salvación, Anne. Y no sé cuánto más podré resistir.

Anne abrió los ojos de golpe, y la frustrante realidad la devoró y la arrancó de la ensoñación. Empero, retazos de la fantasía demoraron en esfumarse, como si las palabras de Grayson de verdad se hubieran susurrado.

Tocó su rostro, esperando sentir el calor del roce de su pulgar, pero no había nada. Se levantó del lecho, su respiración agitada. Su mente repetía las escenas con una precisión dolorosa, cada palabra, cada mirada.

¿Por qué fantaseaba así? ¿Por qué su mente le jugaba esas trampas? Caminó hasta la ventana de su pequeña habitación, mirando el horizonte cubierto por un velo gris.

No, no soy como ella, pensó, echando atrás la memoria que se colaba y pretendía igualarse con su presente. Había jurado no repetir los errores que pudieron llevar a su madre a un matrimonio sin amor, o a vivir un amor que la condenó al escarnio.

Desconocía sus circunstancias, porque nadie le había hablado de Lydia Marlowe desde que esta murió. En su corazón vivía, pero como la mujer madre que la adoró. Suponía, no obstante, que sucumbir a deseos era sencillo cuando uno amaba sin medida.

Ella… Imaginaba que esto era lo que le pasaba; amaba a Grayson, y por eso el torbellino de emociones que le hacían soñar, frenar la decisión necesaria, o albergar alguna esperanza.

Tonta. Ya lo decía Ovidio, *la esperanza era la que empujaba al náufrago a agitar sus brazos en medio de las aguas, aun cuando no viera tierra por ningún lado*.

Tenía que permitir que esas aguas la llevaran lejos, manteniéndose a flote. Debía haber otras costas. La idea de dejarlo la desgarraba, pero, ¿qué futuro podría haber para ellos? Tenía que irse para no perderse a sí misma y repetir la triste historia de su madre.

Un nudo se formó en su garganta. *No, Anne. No puedes caer en esto. No puedes rendirte a un sentimiento que no tienes la certeza de que sea eterno. Y mucho menos convertirte en lo que*

los demás creen que eres.

Pero mientras se repetía esas palabras, el eco de las de Grayson en su mente erosionaba su resolución. ¿Para qué se molestaba creando escenarios? No tenía importancia lo que ella quería o lo que su mente le dijera. Dios, ¿cuándo la había tenido?

++++

La casa de los Worcester era un refugio de serenidad en medio del caos que gobernaba la mente de Anne, y se congratuló de su decisión de venir. Las tazas de té descansaban sobre la pequeña mesa frente a ella, mientras el aroma del jazmín flotaba en el aire.

Nessa volvió de atender a su niño, que la había demandado por un instante. Su mirada fue curiosa, meditabunda, y se sentó a su lado. Hubo un breve silencio, y entonces le habló:

—Anne, me encanta que vinieras, sabes que este es tu hogar cuando quieras. No sé por qué te fuiste, en verdad. Soy tu amiga, querida, lo sabes—Anne asintió, y Nessa se adelantó en su sillón y le tomó la mano—. Estás evitando decirme que te pasa, y me asusta verte… Tan pensativa, y a la vez, como si te sintieras desbordada.

Anne suspiró, sus manos temblorosas tomando una de las tazas de té para dar un sorbo pequeño. La porcelana chocó con el platillo cuando la dejó sobre la mesa.

—Estoy… estoy considerando dejar Londres. Es casi una decisión tomada.

Las palabras salieron en un susurro, pero el impacto fue inmediato. Nessa frunció el ceño, y parpadeó, incrédula.

—¿Dejar Londres? ¿Por qué harías algo tan drástico?

Anne bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de los ojos de su amiga.

—Es lo mejor. Para todos. Para el duque—Hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Mi presencia solo le trae problemas. Los rumores, las habladurías… lo están perjudicando. Él merece estar rodeado de personas que lo eleven, no de alguien como yo.

Nessa dejó escapar un bufido, cruzando los brazos.

—¿Y quién decide eso, Anne? ¿Tú? ¿O esos imbéciles que no saben más que criticar?—Se inclinó aún más hacia ella—. ¿Habéis hablado de esto?

Anne negó con la cabeza con rapidez.

—No. No puedo… no puedo mirarlo a los ojos y decirle que me voy. Sé que me compadece. Lo siento en cada palabra amable, en cada gesto. Y no lo soporto. Soy demasiado orgullosa, Nessa, y me está matando—Bajó su cabeza y decidió que podía dejar escapar las palabras que su mente conjuraba, pero nunca habían sido expresadas—. Lo amo sin esperanza, ¿entiendes? No puedo quedarme sabiendo que nunca…

Se interrumpió, incapaz de terminar la frase, mientras las lágrimas comenzaban a llenar

sus ojos. Nessa dejó escapar un suave "Oh", sus ojos llenos de compasión.

—Anne… —Se levantó y fue a ella, tomando sus manos—. ¿Por qué crees que es imposible? Grayson es un hombre compasivo, sí, pero no es de los que se involucra de manera directa con las personas. Prefiere fomentar leyes, crear oportunidades de trabajo, o envía a su gente… Contigo, sin embargo, es diferente. Él se preocupa por ti, está al pendiente… No creo que lo que lo empuje sea solo piedad, o la defensa de tu derecho a trabajar sin ser cuestionada. ¡Es más que eso, Anne!, ¿no lo ves?

Anne negó con la cabeza, su voz temblorosa.

—Nessa, incluso mi propio padre quiere que me vaya—Su tono era amargo, y cuando Nessa la miró con desconcierto, explicó—. El conde de Atholl me ofreció dinero para que dejara Londres. Me dijo que era lo mejor para su familia. Que no podía permitirse las consecuencias de los rumores sobre mí.

La indignación de Nessa fue inmediata.

—¿Te dijo eso? ¡Qué cobarde! ¡Hipócrita!—exclamó, levantándose de golpe y empezando a pasearse por la habitación—. Anne, no puedes permitir que te traten así. Atholl no ha sido un padre para ti, y esta cobarde actitud lo demuestra por… No sé, milésima vez. No le debes nada. Mi tía Brodie…—Suspiró—. Es muy buena, pero no ha podido superar el dolor de la traición de su esposo, y le pegan fuerte los rumores. Mas no morirá por ellos, y tampoco mi prima Victoria. Maude, Margueritte y Edward te quieren. Y Grayson… él no es nada como el conde. No te mirará mal, no te pedirá que lo dejes…

Anne miró a su amiga con tristeza.

—No importa. Lo amo, pero no debo quedarme. No quiero arruinar su vida.

Nessa se detuvo frente a ella, mirándola con firmeza.

—Anne, ¿cómo harías eso? Él es un duque, importante, próspero, poderoso. Además, ¿y si él también te ama? ¿No crees que merece una oportunidad para decidir por sí mismo?

Anne no respondió, sus lágrimas cayendo en silencio mientras la conversación se desvanecía en un incómodo silencio. Nessa era, a pesar de que no lo reconocería jamás, una romántica.

Creía que su historia de amor con Worcester, hermosa, podía replicarse. Anne sabía mejor. Las de Isla o Nessa eran excepciones, no la regla.

++++

Grayson estaba en la biblioteca cuando la señora Perkins entró para anunciar la llegada de los Worcester. Extraño, no solían venir a él. Dejó el documento que estaba revisando y caminó hacia la salita de recibir, su expresión relajada, pero cambió al ver el rostro tenso de Nessa.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Nessa no perdió tiempo.

—Anne planea dejar Londres. Y no puedes permitirlo, Grayson. Ella está en un estado muy frágil.

Su voz era firme, pero sus manos temblaban, y sus ojos estaban aguados, como si estuviera al borde de las lágrimas. Algo raro, porque la escocesa era apasionada y hacía escuchar su voz, pero mantenía su cabeza elevada y no permitía que la vieran emocionada.

La situación era muy seria. Grayson sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así?—inquirió, desconcertado.

Creía haberse mostrado firme manifestarle que la cuidaría, que no dejaría que la molestasen, y que la necesitaba en su despacho. A su lado, a diario.

Nessa respiró hondo, mirándolo a los ojos.

—Está muy afectada por los rumores. Joder, ¡son más que rumores, están por todos lados! Libelos, comentarios por donde uno va… El caso es que Anne piensa que te está arruinando. Cree que los rumores sobre ella afectan tus negocios, y que tú mereces algo mejor—Su voz se quebró, pero continuó—. Y hay más. Atholl le ofreció dinero para que se fuera. Ese bastardo de mi tío le dijo que ha manchado la reputación de la familia. ¡Increíble!—elevó los brazos al aire, y Francis le abrazó la cintura y la atrajo, besando su cabellera, calmándola.

La furia de Grayson fue inmediata. Dio un paso hacia la ventana, mirando hacia fuera con las manos apretadas en puños.

—¿Atholl? ¿Él hizo eso? ¡Ese jodido hipócrita! Culpar a Anne de lo que él generó…

Su voz era baja, pero el desprecio y la rabia en su tono eran inconfundible. Ese maldito conde se había atrevido a cuestionar a Anne… A la que era su hija… A la que relegó a ser un miembro de tercera clase de su familia…

Francis intervino con cautela.

—Parece demasiado conveniente, ¿no crees? Que Atholl aparezca, empujándola a irse como si tuviera algo que ocultar.

Grayson no respondió. En su mente, las piezas pugnaban por encajar. La angustia de Anne, los rumores amplificados y alimentados con malicia, y ahora la actitud de Atholl. Nessa lo observó con cuidado antes de preguntar, directa como siempre.

—Grayson, ¿qué sientes por ella? Sé honesto. Creo que es necesario que te expreses, si hay algo para decir al respecto.

Grayson suspiró, pasando una mano por su cabello.

—Anne me importa. Más de lo que puedo explicar—Hizo una pausa, buscando las palabras—. Ella me llena de calma, pero también me desespera. La quiero cerca. Quiero protegerla. Cuidarla. Y no puedo imaginarme un día sin su presencia.

Nessa asintió, sus lágrimas fluyendo con libertad.

—Lo sabía. Tus ojos cuando la ves… No mienten. Entonces, haz lo que debes. ¡Detenla! Hazle ver que estamos con ella. Que tú estás para ella. Eso es lo más importante. Probablemente lo único que podría detenerla.

Grayson asintió, decidido. No podía pensarlo dos veces, o darle vueltas como a las decisiones sesudas que tomaba sobre negocios o posturas políticas. Esta era Anne, y no podía permitir que se alejara.

Tomó su abrigo y salió de la biblioteca, dispuesto a romper la barrera que había mantenido con Anne. Nessa tenía razón.

Su impaciencia creció a medida que iba a su encuentro, y cuando su carruaje se detuvo frente a la modesta casa donde Anne vivía, estaba nervioso. Él, que había arremetido contra los soldados de Napoleón y sus cañones, que tenía varios duelos favorables a su espalda, temía que este encuentro fuese mal.

Tocó la puerta con firmeza, y la casera se sorprendió al verlo, para luego deshacerse en atenciones. Le condujo hasta una pequeña sala, en la que pidió que esperara. Cuando Anne apareció, con los ojos muy abiertos, su corazón se detuvo un instante.

—Su Gracia…—murmuró, muy sorprendida.

Grayson avanzó hacia ella, su mirada intensa.

—Anne, he venido a detener esta insania. No puede irse. No puede dejarme.

Anne retrocedió, luchando por contener las lágrimas.

—Supongo que no puedo culpar a Nessa—susurró, para sí.

—No, porque ella la quiere, y desea lo mejor para usted. Como yo lo hago.

No como yo. Nadie lo desea como yo, se dijo.

—Lo hago por usted. No puedo seguir causándole problemas—protestó.

Grayson negó con fuerza, avanzando un paso más.

—No me está causando problemas. Usted me ha traído cosas buenas, Anne. Ha cambiado mi vida—Su voz se suavizó, y levantó una mano para acariciar su mejilla—. No estoy aquí por deber. Estoy aquí porque me importa. Porque no soportaría perderla.

Anne cerró los ojos al sentir su toque, y cuando los abrió, las lágrimas desbordaron.

—No puedo…—empezó Anne, su voz temblorosa, entrecortada por las emociones que luchaban por desbordarse.

Grayson no esperó a que terminara. Su mirada ardiente, llena de determinación y ternura, se fijó en los ojos de Anne, buscando el permiso que su boca no podía pronunciar. Lentamente, inclinó la cabeza, y su aliento cálido rozó los labios aterciopelados.

Anne contuvo la respiración, su pecho alzándose mientras el aire parecía volverse más denso a su alrededor. El primer roce de labios fue apenas un toque, una caricia sutil que dejó a

ambos inmóviles, deteniendo el paso del tiempo.

Grayson exhaló con suavidad, y el calor de sus respiraciones se mezcló. Un hilo invisible los unía y tiraba de ellos hasta que la distancia entre sus bocas desapareció por completo.

El beso continuó con una delicadeza casi reverencial, como si Grayson temiera romper algo frágil. Sus labios se movieron lentos, explorando los de Anne con cuidado, como si tuviera todo el tiempo del mundo para descubrirla.

Pero pronto, la contención dio paso a una necesidad más primaria y urgente. La mano que había alzado para acariciar su pómulo descendió por su cuello, hasta posarse con suavidad en su talle.

Anne había permanecido rígida, incapaz de procesar lo que estaba sucediendo, y entonces se permitió relajarse. Cerró los ojos, dejando que el calor y la pasión que emanaban de Grayson la envolvieran.

Sus manos, temblorosas pero decididas, se aferraron al abrigo de él, su único anclaje en un mar de emociones.

—Anne…—susurró Grayson contra sus labios, su voz ronca, llena de un deseo que no podía ocultar.

Ella respondió presionándose contra él, eliminando el espacio entre sus cuerpos. Sus manos dejaron de aferrarse al abrigo y ascendieron hasta rodear su cuello.

Sus dedos rozaron la base de su cabello, y él dejó escapar un suave gemido que parecía venir de lo más profundo de su ser.

El beso se intensificó. Grayson inclinó la cabeza, profundizando el contacto, mientras su otra mano se posaba en la curva de su espalda, atrayéndola más cerca.

Anne sintió el calor de su cuerpo, la fuerza contenida en sus movimientos, pero también la ternura con la que la sostenía, como si temiera asustarla.

Las sensaciones eran abrumadoras. El sabor de sus labios, la suavidad de sus caricias, el sonido de sus respiraciones entremezcladas.

El mundo pareció reducirse a ese momento, a ese hombre que la abrazaba con un fervor que parecía quemarla y curarla al mismo tiempo.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron juntas, sus alientos entrelazados. Ninguno habló al principio, demasiado inmersos en el peso del momento. Grayson levantó una mano para acariciar su mejilla, su pulgar rozando la piel enrojecida de Anne.

—Por favor… no te vayas—susurró, su voz llena de emoción y vulnerabilidad—. No puedo perderte. No después de esto. No después de aceptar cuánto significas para mí.

Anne abrió los ojos, encontrándose con los de él, que brillaban con una mezcla de determinación y anhelo. Sentía el pecho oprimido, su corazón latiendo con fuerza contra sus costillas.

—Grayson…—murmuró, su voz temblando—. No quiero irme. Pero… No quiero ser la causa de tu ruina. No puedo soportar…

Se interrumpió, incapaz de articular lo que sentía. Él negó con la cabeza, sus manos moviéndose hacia las de ella, que tomó con firmeza.

—No eres mi ruina, Anne. Eres mi esperanza—Inclinó la cabeza, rozando sus labios contra su frente—. Juntos enfrentaremos lo que venga. Pero necesito que confíes en mí. Necesito que confíes en nosotros.

Anne dejó escapar un sollozo silencioso, sus lágrimas cayendo mientras se aferraba a sus manos. Grayson no dijo nada más. En lugar de ello, la envolvió en sus brazos, sosteniéndola contra su pecho.

La sensación de su calor, de la seguridad que ofrecía, hizo que Anne se desmoronara por completo. Se permitió hundir el rostro contra su hombro, dejando que sus lágrimas fluyeran libremente.

Grayson inclinó la cabeza, presionando un beso contra su cabello, mientras sus manos la acariciaban, ofreciéndole consuelo en cada movimiento.

—Estás segura conmigo, Anne. Siempre lo estarás.

Su voz era baja, pero la convicción en ella era inquebrantable. Anne levantó la vista, sus ojos llenos de emoción. No podía hablar, pero asintió, dejando que el peso de sus miedos se aligerara, aunque solo fuera por un instante.

El beso que siguió fue más suave, más pausado, pero igual de intenso. Era un acto de conexión, de promesas no dichas pero entendidas. Las manos de Grayson permanecieron en su espalda, mientras las de Anne subían una vez más a su cuello, aferrándose a él como si temiera que el momento pudiera desvanecerse.

Cuando se separaron de nuevo, Grayson sonrió, la ternura reflejada en cada línea de su rostro. Estaba aliviado, rejuvenecido, y dispuesto a ser el caballero y la espada que esta increíble mujer necesitaba.

—Quédate, Anne. Por favor.

Ella lo miró, su corazón latiendo con temor, pero también con esperanza. Con voz apenas audible, respondió:

—Me quedaré.

Capítulo 10.

Anne caminaba por las calles de Londres con una ligereza que no recordaba haber sentido antes. El aire frío de la mañana hostigaba sus mejillas y sus manos, porque había olvidado sus guantes, pero no le importaba. La ciudad, bulliciosa y llena de vida, parecía más luminosa, más viva.

Había salido a comprar material para el despacho: hojas, tinta y sobres de buena calidad. Decidió ir a pie, ya que la tienda no estaba lejos, y también porque necesitaba tiempo para pensar.

El peso que solía oprimirle el pecho había desaparecido, sustituido por dos emociones que no eran habituales en su vida, y menos aún, juntas: esperanza y felicidad. Por años habían estado fuera de su alcance. Grayson James, el que algunos consideraban un pretencioso noble, las había traído a su vida.

Se estremeció al recordar cómo la había besado. Más de una vez, y no habían sido besos casuales ni fugaces. No, lejos de eso. Intensos, cargados de sentido, promesas sobre sus labios.

La memoria provocó que su corazón latiera rápido y que una sonrisa se dibujara en sus labios de modo automático. Su mundo, de habitual en grises, hoy tenía colores, y se sentía viva.

Cuando me besa, lo demás… Los demás desaparecen. Somos él y yo. Me hace vibrar, y me provoca emociones y sensaciones que… Suspiró lento y bajito. *Me hace creer en que hay belleza al alcance de mi mano. Futuro.*

A pesar de que iba sumida en sus pensamientos mientras avanzaba por Bond Street, no pudo dejar de admirar los escaparates de las tiendas. Bellísimos vestidos de terciopelo, muselinas, algodones, encajes estaban exhibidos con delicadeza, y la instaron a imaginarse en uno, bailando en los brazos de Grayson.

Un vendedor ambulante pregonaba dulces en una esquina, y Anne compró un pequeño paquete de caramelos. *Grayson los adora, aunque nunca lo admitiría*, pensó mientras los guardaba en su bolso con una sonrisa.

Al llegar a Covent Garden, el bullicio era aún más vibrante. Los floristas ofrecían ramos de lirios y violetas, y el aroma dulce flotaba en el aire, mezclándose con el ruido de las carretas y los pasos de los transeúntes.

Anne se detuvo un momento, respirando profundo, dejando que la serenidad del lugar la envolviera. Pero su tranquilidad se desvaneció al levantar la vista. Allí, al otro lado de la calle, estaba Lady Cressida, acompañada de dos de sus amigas habituales.

Sus risas resonaban cargadas de malicia, y Anne intuyó que su presencia acababa de dar tema de conversación a esas brujas. Empero, esta vez no bajó la cabeza. Levantó la barbilla, manteniendo la mirada al frente, y pasó junto a ellas con paso firme.

No más, pensó. *No volveré a encogerme ante sus miradas o palabras. Tengo algo que ellas nunca entenderán: la fortaleza de haber sobrevivido al desprecio y a la indiferencia por años.*

Con renovada determinación, retomó su camino. Ya quería llegar al despacho. Un sonido fuerte hizo que mirara a su costado, y un escalofrío recorrió su espalda. Un hombre corpulento salía de un callejón y la increpaba.

Llevaba el sombrero hundido hasta los ojos, y un gesto que le provocó temor de inmediato. En alerta máxima, aceleró el paso, sintiendo cómo su instinto la prevenía. Entonces, unas manos grandes la sujetaron por la cintura y la levantaron del suelo. Un paño sucio y húmedo cubrió su boca mientras una voz áspera le susurraba al oído:

—No grites, o lo lamentarás.

Anne no pensó; simplemente actuó. Pataleó, golpeó y arañó con todas sus fuerzas. Su corazón latía desbocado y el miedo la envolvía como una niebla, pero no se rindió. Arañó la mano que la sujetaba, escuchando un gruñido de dolor.

—¡Maldita sea, sujétala bien!—gruñó otro hombre mientras se colocaba a su frente y sacaba un cuchillo.

El pánico de Anne se transformó en puro terror, pero entonces un estruendo seco rompió el caos. Un disparo resonó en la calle, seguido de un grito. El hombre adelante se bamboleó, sacudido, y el que la sostenía la soltó de golpe. Anne cayó al suelo, temblando.

La conmoción, los gritos, y otros disparos sonaban a su alrededor, y Anne estaba en pánico, atinando solo a colocarse en posición fetal y tapar su cabeza, aterrorizada. No supo cuánto tiempo pasó hasta que la voz de Fletcher llegó como un bálsamo. Él la ayudó a incorporarse, y Anne parpadeó, confundida.

El hombre de confianza de Grayson tenía una pistola aún humeante en su mano, y la miraba con preocupación.

—¡Señorita Holloway! Tranquila, está a salvo. ¿Está bien?—preguntó, con voz grave, tenso.

—Sí… Creo que sí—respondió Anne, mirándose nerviosa, asegurándose de que no estaba herida.

Un Bow Street Runner llegó corriendo. Fletcher le explicó rápidamente lo ocurrido y, tras intercambiar algunas palabras, ayudó a Anne a subir a un carruaje.

El trayecto de vuelta al despacho fue un borrón. Cuando llegó, apenas estaba recuperado el aliento y sus manos temblaban ligeramente. Fletcher se adelantó para avisar a Grayson, y el cochero ayudó a Anne a bajar. Cuando llegó al despacho se dejó caer en una silla, intentando recomponerse.

No tuvo tiempo para pensar. Grayson irrumpió en la sala con pasos decididos, su rostro

una máscara de furia y preocupación.

—¿Estás bien?—preguntó, inclinándose hacia ella, tomando su rostro entre sus manos.

Anne asintió, pugnando para no abrazarlo y llorar pegada a su pecho. Se había asustado tanto, necesitaba que la confortara. Pero no era posible, no estaban solos, no correspondía. Un leve dolorcillo la atravesó. Quería que su relación fuese conocida, quería…

Se frenó, y puso cara de circunstancias. Tenía que calmarse, actuar con madurez y compostura.

—Gracias a Fletcher… Sí, estoy bien.

Grayson cerró los ojos con alivio, y entonces, para estupor e inmediata felicidad de Anne, la rodeó con sus brazos, apoyando la frente contra la suya.

—Esto es culpa mía—murmuró, su voz cargada de culpa, y retrocedió un poco para mirarla a los ojos—. Es porque estoy llevando adelante una dura batalla contra el vicio en los muelles. Mis enemigos… No volveré a permitir que te hagan daño. Nunca.

—¿Qué quieres decir?—preguntó, mirándole con incertidumbre.

—Vendrás conmigo, a mi casa. No puedo dejarte sola.

—Pero… ¿qué dirá tu familia? ¿Y los demás?

Grayson negó con firmeza.

—No me importa lo que digan. Han desperdigado rumores sobre ti, inventando y dañándote sin piedad, y tú nada hiciste para merecerlo. ¡Qué digan lo que quieran! Les mostraré que eres mía para proteger.

Anne tragó aire y desorbitó sus ojos ante la frase. Emociones intensas la invadieron, la llenaron, y hubo lágrimas en sus ojos en un santiamén. Grayson las vio y suavizó la intensidad de su expresión.

Acarició su mejilla con ternura, secando la humedad, tal vez adjudicando las lágrimas al miedo.

—¡No, no llores, mi queridísima!—le dijo con un tono cargado de preocupación, inclinándose hacia ella mientras su mirada la recorría con atención—. Mi madre te recibirá sin dudarlo, y serás tratada como la preciosa joya que eres. Nadie, absolutamente nadie, te hará sentir fuera de lugar bajo mi techo.

Anne sorbió las lágrimas, intentando controlar las emociones que la embargaban. Su corazón latía acelerado y no por temor, sino por las palabras de Grayson. Por lo que significaban. *¿De verdad soy tan importante para él? ¿De verdad soy suya para proteger?*

Grayson inclinó la cabeza hacia ella y, con una lentitud que hizo que su piel se erizara, rozó su mejilla con los dedos. Su toque era cálido, íntimo, y Anne sintió que el aliento se le detenía.

Luego, sin dudarlo, presionó un beso firme y protector en su frente. Anne cerró los ojos,

dejando que la sensación la envolviera por completo. Ese beso sellaba una promesa, era mucho más que un gesto de consuelo.

Suya para ser protegida, pensó Anne, y por primera vez en mucho tiempo, no se sintió sola.

++++

La mansión Bristolbridge se alzaba majestuosa, su fachada una mezcla de elegancia y calidez que parecía resumir a la perfección el carácter de su dueño. Anne la observó desde el carruaje mientras se aproximaban, sintiendo cómo sus palpitaciones aumentaban y su respiración se le entrecortaba.

Había visto esta mansión antes, al pasar, pero nunca había cruzado el umbral. La perspectiva de conocer a la familia de Grayson, y la incógnita de su recibimiento la tenían muy nerviosa. Grayson le había rogado que no se inquietara al menos cinco veces en el trayecto, pero le resultaba imposible.

El carruaje se detuvo con suavidad, y Grayson descendió primero, extendiendo una mano hacia ella para ayudarla a bajar. Sus dedos, firmes y cálidos, transmitían una fuerza reconfortante que Anne necesitaba desesperadamente.

Tomó su mano, que él sostuvo y no soltó ni un instante mientras la guiaba hacia la entrada principal con una determinación que le contagió algo de calma. Antes de que llegaran a la puerta, esta se abrió, revelando a la madre de Grayson, la duquesa viuda de Bristolbridge.

No era habitual verla, porque no era una habitué de las galas sociales, aunque se sabía que era una de las auspiciantes de Almack's. Su porte era tan regio como cabría esperar de una mujer de su posición, pero sus ojos irradiaban una calidez genuina que desarmó a Anne al instante.

—Así que esta es la señorita Holloway—dijo la duquesa con una sonrisa que iluminó su rostro—. Bienvenida, querida. Esta es tu casa ahora.

Anne intentó responder, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta. Todo el miedo, el agotamiento y la tensión acumulados en los últimos días parecían derrumbarse como un dique roto.

Las lágrimas comenzaron a llenar sus ojos, y, antes de que pudiera detenerlas, rodaron por sus mejillas. La vergüenza irradió a sus mejillas, coloradas como la grana. La duquesa no dijo nada. En lugar de eso, dio un paso hacia adelante y la abrazó.

Fue un abrazo firme, maternal, cargado de consuelo y protección. Anne, que no estaba acostumbrada a tales gestos, se quedó inmóvil al principio, sin saber cómo reaccionar. Pero al sentir la calidez de aquel abrazo, se dejó llevar, sollozando con suavidad contra el hombro de la mujer.

—Estás a salvo aquí, querida. Todo estará bien—murmuró la duquesa, acariciándole el cabello con una ternura que Anne no había sentido desde que era niña.

Grayson, que observaba la escena en silencio, sintió la punzada de una honda emoción atravesarle el pecho. Este momento de vulnerabilidad le recordó cuánto había soportado sola.

Cuando su madre se apartó, le dirigió a Grayson una mirada cargada de significado: *Cuidaremos de ella.* Sintió orgullo de ser hijo de esta mujer tan solidaria y abierta, distinta al común de las matronas de alta sociedad.

Más tarde, Grayson acompañó a Anne a la habitación que había dispuesto para ella. El dormitorio, aunque modesto en comparación con otras estancias de la mansión, era cálido y acogedor.

Los muebles de madera oscura le conferían una elegancia sobria, y una chimenea crepitaba en un rincón, llenando el espacio con un calor reconfortante. Anne se detuvo en el centro de la habitación, dejando que sus ojos recorrieran cada detalle.

Grayson permaneció cerca, observándola en silencio, hasta que ella se volvió hacia él.

—Esto… es demasiado—murmuró, su voz apenas un susurro—. No sé cómo agradecerte lo que haces por mí.

Grayson dio un paso hacia ella y tomó sus manos entre las suyas. Sus ojos se clavaron en los de Anne con feroz intensidad.

—No tienes que agradecerme nada, Anne. Lo único que importa es que estás a salvo—Su voz se suavizó, volviéndose un susurro—. No estarás sola. No más, es una promesa.

Mientras hablaba, llevó las manos de Anne a sus labios y las besó con una devoción que la emocionó. Este hombre… No cesaba de asombrarla. Luego, con una delicadeza que contrastaba con su habitual determinación, inclinó la cabeza y presionó un beso en su frente.

Anne cerró los ojos, permitiéndose saborear la tranquilidad que aquel gesto le transmitía. Sintió que podía respirar sin que la ansiedad la oprimiera. El ataque, los rumores, los problemas… Estaban lejos. No contaban, no pesaban. Cuando Grayson se apartó, le dedicó una sonrisa ligera, tímida.

—Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo. Esta casa es tuya tanto como mía.

Anne asintió, aún sin encontrar las palabras adecuadas para responder. Grayson salió de la habitación, dejándola sola para procesar lo que había sucedido.

Poco después, hubo golpes determinados en la puerta, y cuando allanó la entrada, dos mujeronas ingresaron, presentándose como la señora Perkins, ama de llaves, y la señora Cork, cocinera. Anne parpadeó por lo inusual de la presencia de ambas.

—Espero que no la hayamos interrumpido, señorita—dijo Perkins mientras lanzaba una mirada evaluativa a la cama.

—Trajimos té. Algo para calmar los nervios después de ese espantoso ataque—añadió

Cork con una sonrisa, dejando una bandeja en la mesilla junto a la cama.

—No puedo imaginar lo que sintió, mi querida. Hay tanta gente desagradable por ahí. Por fortuna el duque tiene mucha gente a su servicio y pudieron detener el ataque—dijo el ama de llaves.

Anne se acercó.

—Sí, fue horrible—musitó—. Muchas gracias—dijo a Cork, que le sirvió té y la instó a sentarse—. Están siendo demasiado amables.

—Eso no existe aquí, señorita—replicó Perkins con tono práctico mientras alisaba las sábanas con movimientos rápidos y precisos—. El duque insistió en que todo debía ser perfecto para usted.

—Y vaya si lo es—intervino Cork mientras le acercaba la taza—. ¿Azúcar? ¿Leche?

—Azúcar, por favor.

Cork dejó caer un par de terrones en la taza con una sonrisa satisfecha.

—¿Ve? Ya encaja aquí. El té con azúcar es un clásico.

Anne soltó una risa nerviosa, tomando la taza entre las manos para ocultar su incomodidad.

—Es usted muy bonita, señorita—dijo Cork de repente, inclinándose un poco hacia ella. Su tono era directo, pero no ofensivo—. Creo que el duque ha hecho una elección impecable.

Anne se sonrojó, sintiendo el calor subirle al rostro.

—Oh, yo… no sé qué decir.

—Vamos, señora Cork—la interrumpió Perkins con una mirada de advertencia—. No queremos que la señorita piense que somos entrometidas.

—¿Entrometidas?—replicó Cork con un aire divertido—. Solo digo lo que cualquiera diría al verla. Además, ¿no le gusta un poco de sinceridad?

Anne, todavía sonrojada, esbozó una sonrisa tímida.

—Es… bueno, es un alivio tenerlas aquí. Hacen que todo esto se sienta menos… intimidante.

Perkins asintió con satisfacción.

—Ese es nuestro trabajo, señorita.

—Y algo más —añadió Cork con picardía, guiñándole un ojo—. Somos excelentes para escuchar, si alguna vez lo necesita.

Anne no pudo evitar reír, sintiendo cómo la calidez de aquellas mujeres hacía que la mansión comenzara a parecer menos fría, más cercana.

Cuando ambas se marcharon, Anne se acercó a la ventana y tomó su té con calma, observando cómo las sombras del anochecer comenzaban a extenderse sobre los jardines.

Dejó escapar un suspiro, y sonrió. Estaba a gusto, segura, y Grayson estaba cerca. Esto se

sentía como el comienzo de un futuro promisorio.

Mientras, en el otro extremo de la casa, encerrados en la biblioteca, Grayson y Fletcher conversaban. El aire en la habitación era denso, cargado de tensión.

Grayson se mantuvo en silencio por largos segundos tras escuchar lo ocurrido por segunda vez, en esta oportunidad atendiendo a los detalles.

Antes, en el despacho, había sido imposible, porque su mente solo escuchó palabras sueltas. *Ataque a la señorita Holloway… En la calle… Dos hombres*… Su reacción había sido correr a ella, comprobar que estaba a salvo y sin heridas, y luego, consolarla y calmarla. Ella había estado aterrada, por supuesto.

Le enloquecía que se hubiesen atrevido a atacarla, que hubiesen puesto sus manos sobre ella y tratado de… ¿Qué? ¿Raptarla? ¿Lastimarla? ¿Matarla?

Se estremeció al considerarlo, y meneó su cabeza. Cuando alzó la mirada hacia su hombre de confianza, sus ojos reflejaban una determinación inquebrantable.

—Encuéntralos, Fletcher. Que no escapen—ordenó, su voz baja pero cargada de autoridad—. Ese que heriste no pudo haber ido lejos. Necesitamos saber quiénes son, quién les envió.

Fletcher asintió, enfático.

—¿Desea que los *Runners* trabajen con nosotros o lo manejamos de manera… discreta?

Grayson apretó los labios, evaluando sus opciones.

—Usa a los *Runners* si es necesario, pero no esperes demasiado de ellos. Esto es personal. Quiero saber cada detalle de esto. Y si tienen conexiones con Atholl o con cualquiera de esos nobles que se enriquecen en las sombras, quiero pruebas.

Fletcher, que rara vez mostraba emociones, ladeó la cabeza.

—¿Cree usted que Atholl está involucrado, su Gracia?

Grayson cruzó los brazos, caminando hacia la ventana con pasos calculados.

—No lo sé. Pero su súbita preocupación por Anne, después de años de ignorarla, es… sospechosa. Si no está detrás de esto, al menos sabe más de lo que dice. Me lo dice mi instinto, algo huele mal.

Fletcher asintió de nuevo, su expresión endureciéndose.

—No se preocupe, su Gracia. Les encontraremos, y le haremos cantar cada dato, cada detalle.

Grayson lo miró con aprobación, y con un breve gesto de asentimiento, Fletcher salió de la habitación. Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio llenó el estudio, roto solo por el crepitar de la chimenea.

Grayson permaneció inmóvil durante varios minutos, mirando hacia los jardines desde la

ventana. *No voy a permitir que le pase nada más. Esto es una guerra, y no pienso perderla, pero Anne es mi prioridad ahora.*

Capítulo 11.

El comedor de los Worcester estaba iluminado por los múltiples candelabros que lanzaban reflejos sobre las bruñidas superficies. Sentada junto a la duquesa viuda de Bristolbridge, con un elegante vestido de muselina verde que acentuaba el color de sus ojos, Anne se sentía dentro de uno de sus sueños.

Todo era espléndido, casi irreal, pero, a pesar de sus nervios, el ambiente era acogedor. La señora Perkins había pasado un buen rato ayudándola a prepararse. La costurera que la duquesa había contratado le había confeccionado varias prendas, todas diseñadas para resaltar su figura de manera discreta y elegante.

Mientras Perkins ajustaba las cintas de su vestido, le había dicho:

<<Debe sentirse usted muy orgullosa, señorita Holloway. Tiene más gracia que muchas de las nobles que he conocido.>>

Anne había sonreído, y pudo expresar su agradecimiento a pesar de su cortedad. Las frases habían resonado en ella, y le elevaron la autoestima. La familia Bristolbridge no solo le había ofrecido un techo; le estaban brindado lo que para Anne era lo más valioso: un lugar que era un hogar.

El sentimiento de pertenencia que crecía en ella era inesperado y lo hacía como hierba en campo fértil. La aceptaban, pensó mientras recorría el comedor con la mirada. Observó a la familia de Grayson moviéndose con naturalidad entre los invitados.

La hermana de Grayson, Beth, había llegado desde Gales con su esposo y sus tres hijos pequeños, que habían sido el centro de atención familiar durante el cóctel previo. Peter y Joseph conversaban entre ellos, y lo hacían con animación. Eran educadísimos y encantadores, y no dudaba que serían tan buenos hombres como el mayor.

También estaban los duques de Elywood y Worcester, acompañados de sus respectivas esposas. Isla y Nessa habían venido hoy muy formales, pero habían estado con ella unos días atrás, y entonces se habían puesto al día con los acontecimientos.

En esta charla habían pasado del horror del relato de su ataque a la alegría por el nuevo estatus entre Anne y Grayson. Se alegraban, pero también había habido algún <<T*e lo dije*>>, *<<¿Ves que lo que ocurre en las novelas es más que posible en la vida real?>>*. Anne tuvo que reconocer que ambas tenían razón.

El servicio comenzó a traer los primeros platos, y la conversación fluyó animada entre risas y comentarios ingeniosos. Anne se encontraba sentada a un lado de la cabecera, junto a Grayson y frente a la duquesa viuda.

En varias oportunidades sintió la mirada de Grayson sobre ella, escrutándola, como buscando saber su estado de ánimo. Cálida y protectora, así era el mirar de los grises ojos del

duque para con ella.

—Me han dicho que tocas el clavicordio con exquisitez, Anne—comentó Beth, que pareció resignarse a perder la batalla por el control de sus hijos, quienes correteaban entre las piernas de la servidumbre, y focalizó en la charla—. Confieso que echo de menos las galas, la música, el bullicio de Londres. Solo un pelín—sonrió—. Gales es muy bonito y estos tres pequeños me mantienen tan ocupada que no tengo tiempo de añorarlo demasiado.

—Me encanta la música y tocar el clavicordio es mi pasión. Imagino que la vida en el campo es muy pacífica, y no hay mejor lugar que el campo para criarlos, aunque, claro, algunas noches en la ciudad no estarían nada mal—acordó, y Beth asintió.

Su sonrisa amorosa hacia sus hijos reflejaba un cariño profundo y sincero. Anne siguió la dirección de su mirada y, por un momento, se permitió imaginarse rodeada de niños, compartiendo momentos simples, pero llenos de alegría. La imagen fue tan vívida que tuvo que apartar la vista, sintiendo cómo el rubor subía a sus mejillas.

—Tiene usted mucha suerte de tener una familia tan hermosa—agregó, con sinceridad, intentando mantener la compostura.

La conversación fue interrumpida por el esposo de la mujer, un barón cuya afición al vino parecía haber alcanzado su punto álgido, porque tras dar un largo sorbo a su copa, se inclinó hacia Anne con una sonrisa irónica.

—Dígame, señorita Holloway, ¿es cierto lo que dicen?—preguntó con tono jocoso—. Que su ascendencia es… cómo decirlo… incierta.

La mesa entera se quedó en atónito silencio, y la tensión se construyó palpable. Anne sintió un calor sofocante ascender por su cuello hasta sus mejillas, y se le cerró la garganta.

Entonces, tres voces se agolparon y hablaron una sobre la otra. La de Beth, un susurro agudo, llamando a su esposo a callar; la de la duquesa, cuyo rostro era una muestra de incredulidad, y que habló para increpar a su yerno, y la de Grayson, que pareció cortar el aire con gravedad y autoridad que nadie en su sano juicio se atrevería a ignorar.

—¡Cállate, Byron! Ten mucho cuidado con lo que dices en mi mesa y en mi hogar. Te he tolerado porque eres el esposo que mi hermana eligió, en contra de mi consejo. No solo no manejas lo que bebes, sino que tu boca te hace cruzar líneas peligrosas.

El barón se removió, nervioso, palideciendo, e intentó arreglar la situación, sin éxito.

—Oh, no era mi intención ofender, por supuesto. Es solo que en el club esta tarde escuché rumores, ya sabe cómo es Londres. Uno no puede evitar oír ciertas cosas…

Anne no podía creer que se pudiera ser tan torpe, además de malintencionado. Lamentó que Beth tuviese a este zopenco como esposo, por otro lado.

—¡Cierra la boca ya, Byron!—repitió Beth, un rubor de pura mortificación en el rostro.

—Esperaba que hubieses aprovechado tu estancia en Londres para arreglar esos entuertos

financieros que tienes con los fabricantes textiles—señaló Grayson, sus ojos fijos y helados en el barón, que bajó su cabeza y pareció encogerse—. Pero no, claro, es menos complicado beber y cotillear.

—Grayson, mi querido, deja eso—intervino la duquesa, y había súplica en sus ojos, así como dura expresión en Beth.

Anne respiraba llano, agraviada pero a la vez temiendo que, por su causa, la familia estuviese discutiendo. ¿Es que llevaba problemas donde fuera?

Bajó sus hombros, y observó a Beth, tratando de comunicar una disculpa con sus ojos. La mujer estaba disgustada, sus labios apretados.

—Por favor, no discutan por mí—musitó, y hubo miradas sobre ella.

Palideció, tragando saliva. Esto era un desastre,

—Anne, tranquila—dijo Grayson, y sus ojos y expresión se suavizó al mirarla—. No discutimos por tu culpa, querida mía.

—¡Claro que no!—la voz suave de Beth la hizo mirarla otra vez. Había calma en esa mirada, e incluso consideración—. Anne, te pido disculpas en nombre de mi esposo, que no tiene su mente clara ni su futuro—Había amenaza en su voz y en su mirada al esposo. Desapego, fastidio incluso, pensó Anne—. Como invitada de esta casa, mereces nuestra consideración, y como la mujer que mi hermano ha elegido, mi respeto más firme, porque solo alguien muy especial pondría esa mirada y esa determinación en el duque de Bristolbridge.

Anne parpadeaba, azorada, y sus ojos encontraron a Nessa, que asintió, y lo mismo Isla, y luego… La duquesa. Cada persona que miró asentía y reforzaba lo que Beth había dicho.

Incluso la señora Perkins, que eligió ese instante para retirar el plato del barón, inclinándolo para derramar un resto de sopa en su falda.

—Mm, lo lamento—dijo, seria, y cuando se dio la vuelta, negó, e hizo un guiño a Anne.

El hombre se disculpó con torpeza y se incorporó, rojo, y se retiró.

—Lo lamento, les pido que olviden este momento y volvamos a disfrutar de la cena—dijo Beth, y hubo respuestas entusiastas de todos los puntos de la mesa.

Grayson giró hacia Anne y tomó su mano, apretándola suavemente en un gesto tranquilizador. Luego, alzó la mirada y dirigió su atención al resto de los invitados.

—Aprovecho esta ocasión para anunciar algo. Beth, has dicho bien—le dijo, y le sonrió con calidez que conmovió a Anne. En esa sonrisa iba la afirmación entre hermanos, la convicción de que la idiotez del barón no quebraba el vínculo fraterno—. Madre, tú lo sabes porque te anticipas a todo, y los demás probablemente lo adivinaron. Anne es muy importante. Ella es la mujer que elegí, y la que me aceptó. Será mi esposa, y muy pronto. Quien la ofenda, lo hace conmigo. Me gustaría que me ayuden a desparramar este rumor.

Un murmullo recorrió la mesa, y los rostros de los presentes reflejaban distintas

emociones: sorpresa, interés, admiración, alegría, excitación. De inmediato comenzaron a oírse las felicitaciones.

Las mujeres reían y lanzaban frases de contento, los hombres alzaron sus copas, brindando por la feliz pareja. Los hermanos murmuraban entre sí, comentando el inesperado anuncio. La duquesa viuda estiró sus manos y envolvió las de Anne.

La que demoró en reaccionar fue ella. La declaración de Grayson la había dejado completamente aturdida. Su corazón latía alocado, a punto de salirse de su pecho, y un calor abrasador la envolvía, haciéndole difícil respirar.

Quiso decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no salieron. La última imagen que captó antes de que la oscuridad la envolviera fue la sonrisa extendida de Grayson, que parecía prometerle que todo estaría bien.

++++

Cuando Anne abrió los ojos, se encontró en una sala decorada con tonos cálidos, rodeada de rostros femeninos llenos de preocupación. Un olor fuerte la había devuelto a la conciencia, y fue entonces consciente de la señora Perkins sosteniendo un frasco enfrente a su nariz.

Isla agitaba un abanico con delicadeza para enviar ráfagas de aire fresco hacia su rostro, mientras Nessa le ofrecía un vaso de agua con una sonrisa tranquilizadora.

—Dios mío, querida, nos has dado un buen susto—dijo Nessa, aunque en su tono había un toque de humor destinado a aligerar el ambiente.

Anne se incorporó despacio, sintiendo cómo sus mejillas ardían de vergüenza. Llevó una mano a la frente, y su voz salió en un murmullo vacilante:

—Es que… Grayson… No pensé… El anuncio fue… inesperado.

Isla dejó escapar la risa, y sacudió la cabeza.

—¿Inesperado? ¡Eso es quedarse corta! Pero, Anne, ¿de verdad no tenías ni idea? ¡Fue tan romántico!

Anne parpadeó, y asintió con la cabeza, aún aturdida. Isla, que estaba sentada a su lado, se inclinó hacia ella, con los ojos brillando de una mezcla de emoción y diversión.

—Inesperado o no, tenemos una boda por planear. ¡Es fascinante! ¡Me encanta saber que mi amiga birló otro duque de las garras de ambiciosas debutantes!

—El duque presuntuoso, como nombran algunos atrevidos a su Excelencia—murmuró la señora Perkins.

Hubo risas generales, y Anne suspiró. De seguro habría muchas alteradas, indignadas. ¿Qué dirían lady Cressida y su séquito ahora? *No importa. Ellas no importan. Grayson afirmó que soy su futura esposa. Frente a los suyos, a su familia y amigos. Esto es enorme.*

—Oh, Anne, ¿Qué opinas de una ceremonia en primavera, llena de flores, música celestial?—la voz de Isla se tornó soñadora mientras gesticulaba con entusiasmo—. Y el vestido…—Suspiró, llevándose una mano al pecho—. El vestido tiene que ser perfecto, algo que deje a Grayson sin palabras, aunque parece que ya está completamente perdido por ti.

Anne intentó protestar, pero Isla la interrumpió, tomando su mano entre las suyas.

—Oh, sé que no eres de las que te preocupas por los detalles, para eso estoy yo. Y la familia de Grayson. La duquesa se veía muy conforme.

Anne asintió y tragó saliva. Así pareció.

—Son personas muy generosas y con los pies en la tierra—dijo Nessa—. Me cayeron bien desde la primera vez que los visité. Hoy se comprobó que toda la familia es sólida. Una pena que Beth esté casada con ese idiota.

—Pues yo creo que su actitud hoy va a tener consecuencias. No me parece que Beth, e incluso Grayson, dejen pasar esto—indicó Isla.

Anne apretó los labios, preocupada, y Nessa la interpretó al instante.

—No, no, Anne. No eres responsable. Deja ya de pensar así. Concéntrate en imaginar tu boda. Te ayudaremos a que sea espectacular.

—No quiero una boda enorme o rimbombante, yo…

—¿Quién dijo que lo será? Espectacular puede ser también íntima y con la presencia de los que amas a tu lado. Y tú serás la novia más hermosa que Londres haya visto.

El torrente de palabras y planes comenzaba a abrumarla, pero al mismo tiempo la llenaban de calidez. Anne experimentaba lo que significaba ser el centro de atención por algo positivo, rodeada de mujeres que la aceptaban, y que estaban genuinamente felices por ella.

Antes de que pudiera asimilar por completo lo que estaba sucediendo, la duquesa viuda de Bristolbridge ingresó a la habitación.

—Anne, ¿estás mejor?—Esta asintió, y la duquesa la tomó del brazo con suavidad—. Ven, charlemos a solas.

Isla, Nessa y la señora Perkins se incorporaron y las dejaron a solas no bien había terminado de hablar.

Su porte elegante y su mirada firme irradiaban autoridad, pero también una bondad que Anne había aprendido a reconocer durante los días pasados en su casa. La duquesa la observó en silencio durante un momento, evaluándola con afecto y determinación.

—Anne, quiero decirte algo importante—Su tono era calmo, pero estaba cargado de intensidad—. Mi hijo es un hombre inteligente, alguien que rara vez actúa por impulso. Si te ha elegido, es porque ve cuán especial eres. Te quiere, y el amor es un privilegio en nuestro círculo —Los ojos de la madura mujer se llenaron de ayer—. Grayson no aceptaría menos que casarse con la mujer que ama. Y yo estoy segura de que harás muy feliz a Grayson.

Anne intentó hablar, pero la duquesa levantó una mano para detenerla con delicadeza.

—Escúchame, por favor—Sus ojos se suavizaron y su voz adquirió un matiz más íntimo —. He notado que eres muy tímida y dudas de ti misma. Esta noche, en la mesa, fue evidente. Fuiste atacada, y tu primer instinto fue preservar la calma de mi hogar. Pocas personas sentirían así, y te lo agradezco… Pero no puede ser a costa de tu integridad. Eres digna del amor de mi hijo. De nuestra familia. No permitas que nadie te haga pensar lo contrario. Sé que el mundo puede ser cruel, que habrá quienes intenten hacerte sentir que no perteneces. Pero Grayson te ha elegido por una razón, y yo no podría estar más orgullosa de su elección.

Anne sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. La certeza con la que hablaba la duquesa, su seguridad, la envolvieron como un manto protector.

Pero no era solo eso. Aquellas palabras eran la aceptación que siempre había anhelado, una validación que hasta ese momento le parecía inalcanzable.

—Gracias… No sé qué decir—susurró, su voz quebrada por la emoción.

La duquesa sonrió con ternura y alzó una mano para acariciarle el rostro con suavidad.

—No tienes que decir nada, querida. Solo sé feliz. Eso será suficiente.

Anne asintió, y antes de que la duquesa se apartara, dejó escapar un leve sollozo que contenía una mezcla de alivio, gratitud y esperanza. La mujer la envolvió en un breve abrazo, transmitiéndole un calor maternal que Anne había echado de menos.

Cuando regresaron al grupo de mujeres, Isla y Nessa estaban ya inmersas en una animada discusión sobre los posibles colores para la decoración de la boda.

—¿Rosa y crema?—preguntaba Nessa, con una ceja alzada—. Es demasiado suave. Creo que un toque de azul sería más apropiado, algo que combine con la elegancia de Anne. Además, el azul siempre ha sido un color real.

—¡El rosa es encantador!—insistió Isla, gesticulando con entusiasmo—. Refleja romance y delicadeza. Y Anne tiene ambas cosas, ¿no es cierto?

Le guiñó un ojo, provocando una sonrisa tímida en Anne. Las risas y los comentarios llenaron la sala con una ligereza que Anne absorbió. Y se dio permiso para imaginar: una ceremonia, una vida con Grayson, un futuro en el que podría encontrar su lugar en el mundo.

Y aunque todavía sentía que sus pies apenas tocaban el suelo, su corazón comenzó a estabilizarse.

En el comedor, Grayson permanecía de pie, alto y sereno, mientras los hombres a su alrededor lo felicitaban. Las voces llenaban la habitación, y algunos levantaron sus copas en un brindis improvisado.

Francis, con su habitual perspicacia, lo observaba con una ceja ligeramente alzada, sonriendo.

—Bristolbridge, ¿prometido?—dijo en voz baja, acercándose a él mientras los demás

continuaban conversando—. No sabía que estabas considerando una decisión tan trascendental. Supongo que ver que a mí y a Hugh nos va tan bien con nuestros matrimonios ha provocado tu envidia.

Grayson lo miró por un momento, sonriendo, y se encogió de hombros.

—Sé que ustedes son felices, y me alegra, lo sabes. Y con respecto a la de esta noche… no fue una decisión planificada de antemano, Francis. Fue… inevitable—Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. No podía permitir que Anne fuera humillada. Ella merece más que rumores malintencionados y miradas juiciosas. Merece… todo. No me arrepiento de mi impulsiva propuesta, sin embargo. Creo que mi cabeza le estaba dando forma sin que me percatara.

Francis lo observó en silencio durante unos segundos antes de asentir con comprensión.

—Sí, creo que los tres coincidimos en que nuestras mujeres son merecedoras de lo mejor —Le dio una palmada en el hombro—. Vaya complicación que tienes con ese cuñado tuyo, por cierto. Beth merece más.

—Mm—gruñó, frunciendo el ceño—. Es un cateto, y no la tendrá fácil en las siguientes semanas. Mi hermana… Es una mujer determinada. Creo que hoy su vaso se colmó, y los papeles se van a revertir. En buena hora… Ese idiota no puede distinguir un buen negocio así se lo pongan en su nariz.

La charla menguó y fue dominada por Joseph, que relató sus peripecias en Eton, mientras Grayson enfocaba sus ojos en la puerta de la habitación donde Anne se recuperaba de su desmayo.

La impresión que le había causado ver que sus ojos se volvían blancos y caía… No quería pensar lo que le pasaría si era herida. Contuvo un estremecimiento.

Su anuncio había sido impulsivo, como contó a Francis, pero en lo más profundo de su ser sabía que había hecho lo correcto. No solo quería protegerla. Quería estar con ella. Siempre.

Anne había transformado su vida de maneras que apenas comenzaba a comprender. Su presencia lo llenaba de una calma que no había conocido y, al mismo tiempo, de una pasión que lo inquietaba.

Cuando Isla regresó al comedor, su vestido flotando ligeramente al caminar, Grayson se acercó a ella de inmediato.

—¿Está bien? ¿Se recuperó? ¿Qué dice?—preguntó de inmediato, sus ojos buscando en el rostro de la escocesa por cualquier indicio de problemas.

Isla sonrió, levantando una mano para tranquilizarlo.

—Está bien. Un poco abrumada, pero perfecta. No puedes culparla, le has soltado una noticia enorme de sorpresa.

Apretó sus labios, inquieto.

—Ella… ¿Dijo algo, está molesta?

—Claro que no, Grayson. Está feliz. Lo estamos todos, por ambos. Y tu madre ha tenido unas palabras muy reconfortantes para ella—Se inclinó ligeramente hacia él, con una chispa de diversión en los ojos—. Pareces más nervioso que ella, Grayson. ¿Qué te está pasando?

Él dejó escapar un suspiro profundo, uno que no había sabido que estaba conteniendo, y una sonrisa se formó en sus labios. Pero esta vez, no era la sonrisa controlada que usaba en las reuniones sociales. Era más suave, más genuina.

—Es solo que… quiero que esté bien. Que sepa que lo que hice fue porque creo en ella, en nosotros—Hizo una pausa, bajando la voz—. No puedo imaginar mi vida sin Anne. Y no creo que quiera hacerlo.

Isla lo miró por un momento, su expresión suavizándose.

—Entonces asegúrate de que ella lo sepa. No solo con palabras, Grayson. Con acciones. Porque te aseguro que Anne es fuerte, pero necesita sentir que tiene un lugar seguro contigo. Que no estás haciendo esto solo para protegerla.

Grayson asintió, reflexionando sobre estas palabras. Eran sabias, decidió. Él había visto que Anne podía dudar mucho y lo primero que venían a ella eran emociones e impulsos negativos: a culparse por las acciones de otros, a dar un paso al costado cuando creía que no pertenecía, a ponerse en segundo plano y dejar que los deseos de otros primaran.

Cambiaría esto, se dijo. Le haría ver que valía, que a sus ojos era la mujer más interesante, exquisita y hermosa. Inteligente, una artista, y una buena persona. *Mi persona*, susurró.

Se giró hacia la mesa, donde los demás hombres retomaban la conversación, pero su mente seguía en el futuro que acababa de sellar con sus palabras. El camino que había elegido no sería fácil, pero estaba dispuesto a enfrentarlo. Por ella.

No importa lo que puedan decir o escribir. Anne es la mujer que he elegido, la única que he deseado a mi lado con esta fuerza.

Mientras tomaba asiento, su mirada se endureció ligeramente, una chispa de determinación iluminando sus ojos. Los hombres continuaban hablando a su alrededor, pero Grayson estaba planeando.

No solo cómo protegerla de los rumores y las amenazas, sino también cómo construir un futuro en el que Anne pudiera florecer. Al levantar su copa de vino en un brindis, lo hacía por la aventura adelante.

Este era su compromiso, no solo con Anne, sino con lo que ella representaba: esperanza, fuerza y el amor. Todo eso abrazaba con fiereza.

Capítulo 12.

La mansión Bristolbridge estaba envuelta en un silencio solemne, roto esporádicamente por el murmullo del viento entre los árboles del jardín o el ocasional crujir de las maderas acosadas por el peso del tiempo.

La luna se derramaba, plateada, a través de los ventanales y por los pasillos y salones vacíos, creando sombras danzantes que se alargaban y encogían al ritmo de las nubes que cruzaban el cielo.

Grayson no podía dormir. Había pasado horas tumbado en su cama, mirando el dosel de terciopelo oscuro que colgaba sobre él, su mente enredada en pensamientos de Anne. *Con Anne*.

Fantasías que su cabeza conjuraba, enervándole la piel y poniéndole como una roca. Excitándole, encendiéndole, impidiéndole conciliar el sueño. Con un suspiro frustrado, se levantó.

Su camisa de lino suelta y los pantalones de dormir ajustados a su cintura contrastaban con la perfección pulcra que solía mostrar durante el día. Lo mismo ocurría con sus emociones.

Descalzo, agradeció la frialdad que subía desde las plantas de sus pies mientras avanzaba por los pasillos. Tal vez leer algo en su biblioteca le relajara.

Anne tampoco podía conciliar el sueño. Su habitación había estado cálida al acostarse, pero los leños se consumían. Se cubrió con el edredón, y respiró. Estaba a salvo, protegida, cuidada.

Su mente no encontraba descanso. Sentimientos intensos la atravesaban, pero eran bellos, buenos. El modo en que su vida había cambiado en estos días era increíble. Cerró los ojos y respiró hondo, las palabras más hermosas repicando en su mente.

Aquellas que anunciaban la más preciosa de las uniones con el hombre que amaba. La positiva reacción de los demás, su aprecio y sincera alegría por ella y por Grayson, había sido perfecta. Se sentía adecuada, contemplada, apreciada. Era tanto y tan maravilloso.

Se incorporó en el lecho y se sentó. Se estremeció al sentir el frío. Su camisón de muselina blanca era delicado, pero fino. Se cubrió con la bata de seda azul y salió al pasillo. Tal vez un poco de leche tibia la ayudara a dormir.

En el salón del primer piso, su camino se cruzó con el de Grayson, que estaba de pie junto a una ventana, las manos cruzadas a la espalda, mirando hacia el jardín. Su perfil destacaba, resaltando la fuerza de su mandíbula y la sombra de su barba incipiente.

Anne se detuvo al verle, su respiración atrapada en la garganta. Él se giró al percibir su presencia y, por un momento, ambos permanecieron inmóviles, atrapados en el brillo plateado de la noche.

Como la escena de una de las novelas de Isla, pensó Anne, alelada.

—Anne…—murmuró Grayson, su voz ronca, profundamente masculina.

Era tan atractivo, su presencia tan poderosa. Verle en ropa de cama la conmovió. Él siempre estaba tan atildado, tan perfecto... pero esta noche había un aura diferente en él.

Menos rígida, menos controlada. *Él no es presuntuoso,* se dijo, aunque su porte y la fachada de arrogancia que mostraba ante sus adversarios podrían hacerlo parecer así.

Anne se abrazó a sí misma, consciente de la intensidad de su mirada, que la exploraba sin recato. Le inquietaba, la desafiaba, justo en un momento de debilidad, cuando las barreras entre ambos apenas existían.

Es mi prometido. Será mi esposo, pensó. Incluso en su mente, las palabras se esbozaban con incredulidad.

—No podía conciliar el sueño—admitió en voz baja.

Grayson dio un paso hacia ella, luego otro, hasta que la distancia entre ambos se redujo a apenas unos centímetros.

—Yo tampoco—Sus ojos descendieron al camisón que ella llevaba, notando cómo la tela se ceñía a su figura y la silueta perfecta que tanto le desvelaba se dibujaba tentadora. Cuando volvió a mirarla a los ojos, su mirada era más intensa—. ¿Qué es lo que te mantiene despierta?

Anne tragó saliva, luchando por encontrar las palabras.

—Demasiados pensamientos… y emociones—Su voz tembló—. Todo lo que ha sucedido… es tan abrumador.

Grayson alzó una mano, dudando por un instante, pero luego la colocó sobre su antebrazo, acariciando su piel con el pulgar a través de la tela.

—Lo es, y si he contribuido a que te sientas así, perdóname. Sé que fui atrevido y debí preguntarte antes...—comenzó, pero Anne llevó dos dedos a su boca para silenciarle.

—Confieso que me sorprendí… muchísimo—Su voz era queda, y lo miró a los ojos, elevando el rostro para perderse en su mirada masculina—. Pero me hiciste la mujer más feliz de Londres.

—Me conmueve que digas eso—susurró él, y su mano subió hasta su cuello, dejando una huella de calor sobre su piel—. Te he tenido en mi mente desde que llegaste a mi vida. He soñado contigo… Me provocas emociones e ideas...

—Tú… también—murmuró Anne.

—Las mías… me temo que han sido impropias. Desde un tiempo a esta parte no he soñado con protegerte o cumplir con mi deber, sino con… Deseo tu cuerpo, Anne, y sé que suena… Impropio. Pero quiero la más pura honestidad entre nosotros, y es lo que siento.

Las palabras de Grayson la impactaron. Sus mejillas ardieron, y el calor se extendió a su cuello. Anne levantó la mirada hacia él, sus ojos brillando, el anhelo que solía derramarse en sus fantasías encontrando un lugar en la realidad para volcarse.

—¿Me amas?—preguntó, su voz apenas un susurro.

Grayson llevó su mano al rostro femenino, acariciando su mejilla con ternura.

—Anne, cada vez que cierro los ojos, es tu faz la que veo. Cada vez que respiro, siento que el aire no tiene sentido sin tu presencia. Esto… esto no es solo amor, me temo. Es visceral, intenso. Es necesidad. Es un anhelo que me consume…—Sacudió su cabeza y dio medio paso atrás, conteniéndose—. No quiero asustarte. Siempre he sido un hombre que siente hondo, y no puedo hacer nada a medias.

Anne dejó escapar un suspiro tembloroso, y avanzó el medio paso que él había retrocedido. Sus manos, antes apretadas contra su bata, se deslizaron hacia el pecho de Grayson, sintiendo los planos firmes de su cuerpo masculino a través de la camisa.

—Grayson…—murmuró, inclinándose hacia él—. Yo también te amo. Aunque intenté ocultarlo, aunque me dije que no era posible… siempre ha sido así. Desde el primer momento en que me miraste con esos ojos llenos de bondad y fuerza.

Las palabras parecían derribar cualquier barrera entre ellos. Grayson inclinó la cabeza para aceptar la ofrenda de labios que Anne ofrecía, y la besó, envolviéndola entre sus brazos, ajustándola contra sí.

Ella tenía el sabor de lo más dulce, de lo prohibido que se volvía real y al alcance. Anne besaba sin práctica, pero con ardor, y lo conmovió y encendió, animándolo a ir por lo que quería. Todo. Todo de ella. Todo con ella.

Sus manos se movieron hacia la pequeña cintura, atrayéndola más cerca, mientras las de Anne subían por su cuello, aferrándose a él como si temiera que pudiera desvanecerse. El aire a su alrededor parecía cargado de chispas, de energía.

Grayson se separó luego de un rato de aspirarle la vida por la boca y de acariciar sus curvas por encima de la ropa, que se le hacía molesta. Su respiración entrecortada y la erección que portaba lo denunciaban, y estaba más allá de las convenciones y de lo apropiado cuando presionó su frente contra la de Anne.

—Eres mi todo, Anne. Mi futuro, mi vida. No dejaré que nada nos aparte.

Anne lo miró, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por el beso.

—Y yo soy tuya, Grayson. Por completo.

Era mucha pasión contenida, y por demasiado tiempo. Esas palabras fueron el permiso que Grayson necesitaba. Deslizó una mano hacia la base de su cuello, trazando un camino hacia su clavícula, mientras sus labios regresaban a los de Anne, que dejó filtrar un delicioso gemido, sus dedos enredándose en el cabello de Grayson.

Estaba tan excitado que casi pierde la noción del lugar, pero su mente le recordó, entre la niebla, que tenía que protegerla de ojos y oídos ajenos. Nadie que no fuera él podía ver a su Anne así.

Con un movimiento experto que demostró su fuerza, la cargó en sus brazos y sus largas zancadas la llevaron a la biblioteca, que trancó, blindándolos del mundo.

Luego, fue hasta el sofá que solía ser su lugar de pensar, se sentó con las piernas abiertas, y la colocó en su falda. Con reverencia, tomó su mentón y movió su cabeza, llevando su boca por el camino que iba desde la comisura de sus labios y por la mandíbula, hasta el tendón de su delicadísimo cuello.

Sus labios dejaron huellas de humedad y encendieron la piel de Anne que vibraba y parecía ronronear, dejando escapar suaves gemidos. ¡Lo que le hacía que ella se mostrara así, lista para él, disfrutando de su pasión!

Su confianza creció al ver la adoración en sus ojos, el deseo que hacía que las pupilas comiesen el iris de sus ojos.

—Anne… Dime que quieres esto… Te prometo que no te deshonraré… No quiero más…

—Así… Así me dejaras luego, y mi corazón colapsara por ello, jamás me arrepentiré de entregarme a ti—susurró ella, y tomó su cabeza entre sus manos para hacer que sus miradas se conectaran—. Quiero ser tuya, Grayson. En mi mente siempre lo he sido.

Las manos masculinas se apuraron a abrir la bata y luego el camisón, con la urgencia del que sabía que debajo había un tesoro del que no podía esperar a disfrutar. Cuando el cuerpo de ella estuvo desnudo sobre el terciopelo, Grayson se quedó muy quieto, fijo en el deleite de la observación de la obra de arte más increíble que hubiese contemplado.

Era la noche ideal. En la penumbra de la habitación, la luz lunar parecía poner plata en la piel de Anne. El cabello se derramaba sobre los hombros formados y acariciaba el comienzo de los senos pequeños y turgentes.

La curva de su cintura y caderas daban marco a la pelvis que escondía la intimidad que anhelaba, y sus largas y estilizadas piernas… Envolverían sus caderas de la manera perfecta.

—No me mires así…—susurró ella, llevando sus brazos para cubrir sus senos y su monte de Venus en la muestra de timidez más dulce.

Grayson tomó sus manos con delicadeza pero también firmeza, y las colocó por encima de la cabeza de Anne.

—Shhh… Déjame ver lo que es mío, mi preciosa mujercita.

Sus dedos se colocaron sobre los hombros, y desde allí, con extrema lentitud, se deslizaron por la piel, las yemas disfrutando y trasmitiendo la sensación de sedosidad. Grayson se sintió como un dibujante ansioso de trazar líneas, de deleitarse en las texturas.

Su boca, incapaz de permanecer ajena al disfrute, se acercó a los senos erguidos, y los labios envolvieron un pezón con delicadeza, convocando a la lengua para que jugara. Los gemidos de ella, el arquear de su columna, lo alteraron más y más.

Los dedos de la otra mano fueron al otro pico y lo hostigaron suave, pinchando y

rozando.

—¡Grayson…!

—No digas nada… Disfruta… Voy a hacer de tu primera vez un recuerdo inolvidable… El primero de muchos…

—¡Oh, Dios!

La voz se quebró, y Grayson asumió la responsabilidad de enloquecerla, porque dos dedos habían ido a su intimidad y se habían posado allí, invasivos, tomando nota de la humedad, esparciéndola con suavidad extrema, tocando por vez primera el lugar que sería su destino de aquí al final de sus días.

Manos frenéticas fueron a su pecho y pugnaron por desvestirlo, y se sintió poderoso. Invencible. ¿Qué importaba haber sido un general y héroe de guerra?

Tener recursos ilimitados y gente a disposición era inherente a su rango, algo heredado. Y sí, estaba orgulloso de haber hecho mucho por aumentarlo. Pero esta noche comprobaba que su orgullo más grande era estar de rodillas ante esta mujer, y adorando su cuerpo.

Se apartó para despojarse de sus prendas, y cuando estuvo desnudo ante ella, que miró cada parte suya con asombrado deleite, deteniéndose en su polla hinchada y necesitada, Grayson sonrió.

—¿Estás segura, Anne?

Ella asintió, sin palabras, y él experimentó, otra vez, pinchazos en su escroto, sus testículos llenos y deseando vaciarse. En ella, muy adentro.

Su polla se balanceó al avanzar, y cuando se tendió sobre Anne, cubriéndola con su cuerpo al completo, Grayson suspiró, anticipando el placer.

Las pieles se pegaron, los pezones duros se sintieron como piedrecillas en su pecho, y el coño femenino rozó el largo de su miembro, entibiándolo, humedeciéndolo. Se hizo adelante y atrás para restregarse contra la suavidad de la vulva femenina, y ella abrió su boca como un adorable pececillo, dejando escapar sonidos solo para él.

No se apuró, se abocó a prepararla. La estrechez de su virginidad era algo con lo que había fantaseado en algunas breves ocasiones, aunque su mente apagó el pensamiento cada vez. No hoy. No… Hoy era la conclusión de años de mirarla de lejos y añorar su calor, sin reconocerlo.

—¡Ahhh! ¿Eso…?

Rio, encantado, porque un cambio de ángulo había encontrado el punto ideal que excitaba a toda fémina, y que él tenía intenciones de adorar.

—Eso, mi preciosa Anne, se llama clítoris. La dulzura de Venus, así la han denominado también.

Se elevó un pelín y llevó su dedo allí, procurando hacer movimientos repetidos, y cuando

esto comenzó a tener efecto, porque ella se encendía, incentivó las sensaciones placenteras con succión en los pezones.

—Hay muchos puntos de placer… Planeo investigarlos todos… Usarlos todos…— indicó, su respiración haciéndose más pesada mientras sus ojos comían las expresiones que la excitación creaba en Anne.

Estaba al borde de explotar. Su polla no podía esperar a participar, y entonces se posicionó en su entrada, que estaba más distendida y lubricada.

Su glande presionó para demandar ingreso, y ella lo tomó de los hombros, anclándose para recibirlo, y sus muslos le envolvieron.

—Va a doler, al principio…

Ella asintió y se pegó a él, instante del que Grayson tomó ventaja para empujar y avanzar por el estrecho pasaje que le envolvió con tibia recepción, y sin dudar, pujó para desgarrar la finísima resistencia, última entre ambos.

El jadeo adolorido apenas duró, porque se movió dentro de ella con determinación, y la besó sin parar. Uno de sus brazos envolvía el talle para tenerla siempre contra él, y su otra mano hacía lo que podía para, torpe, alcanzar el nudo de nervios y enviar más y más placer.

Ella explotó en sus brazos de la manera más gloriosa, con un gritito que Grayson consumió apenas pronunciado, rápido de reflejos. Nadie más que él debía escucharla. Nadie.

La erótica visión de su amante corriéndose por él lo hizo acabarse de inmediato, derramándose en ella con la fuerza de meses sin sexo y con la convicción de que solo esta, su mujer, lo podía elevar así. Dejarlo sin pensamientos, hacerlo flotar sin que le importara tiempo o espacio.

A él, que solía ser un hombre muy estructurado y con planes y misiones en su cabeza. Cerró los ojos mientras los estertores finales lo conmovían, y la abrazó, tomando su boca por un largo instante.

—Te amo, Anne—susurró.

Ella asintió.

—Te amo, su Gracia, mi Grayson James—musitó.

Anne estaba al borde del llanto. Las emociones la llenaban. Acababa de entregarse de la forma más pura, y al hombre que adoraba, y él había hecho lo mismo. Sus caricias, sus besos, las palabras con la que alimentó su pasión y la llevó a estallar en pedazos, viviendo sensaciones desconocidas… Era muy poderoso.

No había tenido temor ni dudas. Amaba a este duque sin limitaciones, y él le demostró que la deseaba y la quería. Lo sintió en su piel, en su mirada, en la posesividad con la que la tomó, en el abrazo protector que la envolvía ahora y la pegaba a su pecho.

En las frases que derramaba en este instante, prometiéndole futuro:

—Nos casaremos lo antes posible… Quiero tenerte en mi cama todas las noches, y no deseo alimentar rumores imbéciles…

—Me haces feliz—le dijo, de pronto, y lo miró, sin lágrimas, pero con la verdad en los ojos y en la boca—. Creí que eso no estaba destinado para mí.

—Oh, mi querida… Lamento no haber actuado antes… Me ha costado entender lo que sentía, inmerso en mis metas y…

—No, no digas eso. Es lo que te hace admirable, y una de las razones por la que te amo, Grayson.

La besó con ternura, y luego se separó, suspirando sobre sus labios.

—Vamos. No podemos quedarnos aquí. En un par de horas habrá muchos ojos indiscretos.

Con suavidad la ayudó a incorporarse, y Anne se quejó sin poderlo evitar cuando la molestia en su zona íntima pulsó. Él se apresuró a tomar su camisa y fue hasta un extremo donde había una jarra con agua y la humedeció, volviendo para limpiarla, y Anne se puso granate, mirando a otro lado.

Él rio y sacudió su cabeza, pero luego se puso serio.

—No te avergüences conmigo. Esto es parte de la pasión de los amantes. Anda, ven, te ayudo.

Sus movimientos fueron torpes, pero Anne no se inquietó. Sus fantasías más recónditas acababan de hacerse realidad.

La intimidad de la noche los había resguardado, y habían sido uno. El mundo exterior no la tocaba aquí, donde sus corazones latían al unísono.

Capítulo 13.

El jardín de la mansión Bristolbridge estaba lleno de vida aquella mañana. Las risas de los niños resonaban entre los arbustos. Los hijos de Beth corrían, persiguiéndose con una energía inagotable.

El aroma del té recién servido se mezclaba con el de las flores del parterre, y el tintineo de porcelana resonaba. Anne estaba sentada junto a la mesa, ajustándose nerviosamente los pliegues de su vestido mientras trataba de ignorar la calidez que subía por su cuello.

Desde el momento en que había salido al jardín, sentía la mirada de Grayson sobre ella, intensa y significativa, como si quisiera decir algo que el entorno no permitía.

Fuera de eso, el duque lucía una expresión más relajada de lo habitual. Había dejado atrás la tensión que parecía acompañarlo en las últimas semanas, reemplazada por una tranquilidad que no pasó desapercibida para Anne. Tal vez eran los rastros de la felicidad compartida, pensó, y le encantó la idea.

Desde su asiento, la duquesa viuda de Bristolbridge les observaba con discreta curiosidad. Consciente de su presencia, Anne se removió ligeramente en su silla, sintiendo el peso de su escrutinio.

Intentó concentrarse en su taza de té, pero la sensación de que la duquesa percibía más de lo que dejaba entrever la carcomía. El estallido repentino de carcajadas infantiles rompió el momento.

Los pequeños, liderados por el mayor de los hijos de Beth, cruzaron corriendo cerca de la mesa, levantando una pequeña nube de polvo que el sol matutino convirtió en destellos dorados.

Anne sonrió, mientras Beth se inclinaba hacia ella con una expresión exasperada.

—Si mantienen este ritmo, creo que tendré que confinarles adentro. Acabarán destruyendo el jardín—comentó Beth, con una sonrisa resignada.

—Ese esposo tuyo puede llevarles a montar a Hyde Park, querida. Es una hermosa jornada, y lo disfrutarán.

—Lo hará, madre, pero antes, tiene tarea que hacer—dijo Beth, y se hizo atrás, suspirando—. Está ordenando los papeles y organizando reuniones con dos de sus acreedores. Le acompañaré y me aseguraré de que todo quede saldado de la manera en que debe.

—Bien, eso está bien—dijo su madre, y sorbió el té antes de hablar—. No todos los hombres son fuertes y hábiles como Grayson y tus hermanos, Beth. Entonces, nos toca orientarles.

—Sí, lo entiendo—dijo Beth.

Grayson y Anne se miraron, y sonrieron. Ella se había dado cuenta a poco de estar en la mansión de que Grayson tenía que haber heredado parte de sus rasgos más interesantes de esta

mujer.

Grayson, con un movimiento inesperado, se levantó de su asiento.

—Vamos a caminar un poco—dijo, tendiéndole la mano.

Ella lo miró sorprendida, dudando por un instante antes de aceptar. Los dedos de Grayson envolvieron los suyos, firmes y seguros, mientras la ayudaba a levantarse. Ella hizo un gesto con la cabeza para la duquesa, y esta sonrió, focalizando en los niños.

Grayson y ella se internaron por los senderos de los extensos y frondosos jardines, dejando atrás las risas y los murmullos.

El aire fresco y fragante era un bálsamo después del desayuno. Anne caminaba junto a Grayson por los senderos flanqueados de flores y elevó su rostro para recibir los tibios rayos del sol.

—Es un día glorioso—dijo, sonriendo.

—Lo es—respondió Grayson, pero sus ojos no estaban en el cielo, sino en ella, advirtió al mirarlo.

Había algo tan franco, tan abierto en su expresión, que hizo que su corazón diera un vuelco.

—Me haces sentirme… tan diferente. Sé que se me nota, ya me lo dijo la señora Cork temprano—dijo Grayson de repente, rompiendo el silencio, y sonrió—. Esa mujer no tiene un pelo de sutil. Es la razón por la que no tenemos mayordomo. Nadie ha sido capaz de contenerla, salvo la señora Perkins. Dos mujeres de temer, esas dos.

—Controladas por una muy sabia—indicó, y él asintió.

—Dice mucho de ti que las tres coincidan en lo valiosa, hermosa y buena para mí que eres. Lo sabía, por supuesto, pero sus opiniones confirman la evidencia. En palabras de Cork, me veo más humano y vivo.

Ella rio, deleitada, y él se detuvo, girando hacia ella, y la besó.

—Más espontáneo.

Volvió a besarla, y esta vez ella colaboró, relajando su cuerpo y dejando que en el contacto fluyera su amor por él. Su mano se posó en su mandíbula y acarició la piel, en la que la sombra de barba la hacía más áspera.

Él se apartó luego de un instante, y le sonrió, tomando su barbilla entre su pulgar y su índice, para luego pasar el primero por su labio inferior.

—Debí darme cuenta antes de lo que significas para mí—murmuró, su tono más cálido que nunca.

Anne lo miró, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y alegría.

—Más vale tarde que nunca. Me alegra que lo hicieras.

Grayson asintió, y su mano fue a la de Anne, tomándola y entrelazando los dedos para

tirar de ella y continuar paseando.

—Volveré tarde esta noche. Tengo sesión del Parlamento. Hay temas importantes en discusión—dijo, cambiando de tema.

Suponía que eso hacían los esposos, hablar de sus rutinas, de sus movimientos. La domesticidad del momento la ganó y la llenó de gozo.

—Lo sé, lo leí en el periódico. En ambos—agregó.

The Times, el diario tory, y *The Morning chronicle*, para ser más exacta. En el primero, la postura conservadora era tan obvia que molestaba a Anne, y había leído incluso una crítica para Grayson y sus aliados, lo que la puso furiosa.

—Esa es la Anne inteligente que adoro—dijo él—. Trato de estar muy al tanto de la postura de mis rivales. En especial en torno a la reformulación de las fuerzas del orden. Es vital que trabajemos para crear un cuerpo policial profesional, organizado y centralizado. El crimen crece, y no podemos continuar reaccionando en lugar de prevenir.

—O castigando a los que sufren condiciones horribles de trabajo y de vida en lugar de a los verdaderos criminales.

—Mi pensamiento sintetizado de manera apropiada y perfecta—Se detuvo y la volvió a besar, profundo, y luego se separó y la miró—. La mujer de mis sueños.

Ella enrojeció y bajó sus ojos.

—Me sobreestimas.

—Por el contrario. Tú te subestimas. Escucha…—Lu expresión se volvió más seria—. Si necesitas salir, lleva al guardia que he asignado para protegerte. No quiero que vivas con miedo, pero tampoco que te expongas. Hasta no saber quién te atacó, o por qué…

Anne asintió.

—Lo haré. Lo prometo.

Grayson le dedicó una última sonrisa antes de apretar suavemente su mano y acompañarla de vuelta a la mesa, donde Beth y su madre estaban en animada conversación. Mientras lo veía alejarse, Anne se permitió un momento de silencio para absorber la felicidad que sentía.

++++

La sala del Parlamento estaba repleta. Conversaciones elevadas se daban en distintos puntos, resonando como un zumbido constante que se filtraba por las paredes altas y ornamentadas.

Grayson ocupaba su lugar, su postura recta y firme como un ancla en medio del caos. Estaba relajado, y no necesitaba estar alerta, todavía. Por ello, dejaba su mente divagar.

El recuerdo de la noche anterior se colaba como un ladrón en su pensamiento, desordenando su habitual enfoque. La calidez de la piel de Anne contra la suya, el modo en que se había abandonado en sus brazos, segura y confiada.

Había sido maravilloso. La forma en que sus ojos brillaban cuando lo miraban, como si fuera su único refugio. Sus manos, sus palabras y sonidos. La explosión. Un leve estremecimiento recorrió su columna.

Sacudió la cabeza casi imperceptiblemente, intentando apartar la imagen de Anne, con su cabello alborotado y su sonrisa tranquila, mientras descansaba en su pecho. Todo en ella era magnético, y en ese instante, el Parlamento parecía un escenario lejano y carente de importancia.

—Vuelve a la tierra, Bristolbridge—susurró una voz familiar a su lado.

Grayson levantó la vista, encontrándose con Francis, quien le miraba con divertida exasperación. A su lado, Hugh Lycombe, más sardónico, se inclinaba con los brazos cruzados, observándole con una sonrisa burlona.

—Es un espectáculo digno de ver—murmuró Hugh, sus ojos brillando con una chispa de ironía—. El imperturbable Grayson James, distraído, casi ausente… ¿Acaso el sol de la mañana te dejó embelesado? ¿O es más bien la sombra de una dama que ronda tus pensamientos?

Grayson apretó los labios, pugnando por controlar el rubor que amenazaba con traicionarle. ¡Vaya si sus emociones estaban de cabeza! Su mirada severa no hizo más que provocar una carcajada breve de Hugh, quien levantó las manos en un gesto de rendición.

—No me mires así. Es un cumplido, de verdad. ¡Bien por la mujercita, Anne! Parece que te ha devuelto un poco de humanidad.

Francis, menos propenso a la burla, se inclinó hacia Grayson con una sonrisa ligera.

—Lo que Hugh quiere decir, aunque lo exprese de forma torpe, es que es bueno verte… diferente. Pero ahora necesitamos que vuelvas a ser el Grayson que conocemos. Hay entramados políticos que no se resolverán solos.

Grayson exhaló un suspiro pesado, dejando que la formalidad del momento volviera a llenar su postura. Sus ojos, más enfocados, recorrieron la sala antes de asentir con determinación.

—Tienes razón. Es hora de concentrarse—Hizo una pausa y, por un instante, permitió que una sonrisa curvara sus labios—. Pero no os acostumbréis demasiado a verme fuera de mi eje.

Francis y Hugh intercambiaron una mirada cómplice, pero dejaron el tema, sabiendo que la batalla de la mañana requeriría toda la atención de Grayson. Desde hacía semanas, había liderado con firmeza las discusiones sobre la creación de una policía metropolitana que ofreciera mayor seguridad a los ciudadanos.

Un sistema estructurado que pusiera fin al descontrol en las calles de Londres y que atacara los problemas más graves de la época: el contrabando, las apuestas ilegales y el tráfico

humano.

Era una batalla cuesta arriba. A pesar de la evidencia abrumadora de la necesidad de un cambio, había facciones entre los mismos whigs que se resistían. Grayson no podía entenderlo. Incluso hombres reconocidos por sus discursos en favor del progreso, como Greenville, Althorp, Brougham, se mostraban inusualmente escépticos.

Ese día no fue la excepción, por el contrario. Grayson argumentó, repitiendo conceptos, dando a conocer cifras que emanaban de la realidad, tratando de hacer notar que Londres crecía sin parar, y con ella los problemas y el delito.

El vizconde Sidmoth lo rebatió sin una sola fundamentación sólida, y luego uno de los whigs, Brougham, lo confrontó. Con su característico aire de elocuencia, el liberal, contrarrestó su postura, y hubo sarcasmo mal disimulado mientras se dirigía a la Cámara. Grayson frunció el ceño a medida que le escuchaba, y las miradas extrañadas de Hugh y Francis le mostraron que estaban tan confundidos como él.

—Una policía metropolitana… qué propuesta tan ambiciosa. Pero, ¿es realmente factible?—comenzó diciendo Brougham—. ¿No sería, quizás, una carga económica y política demasiado grande para soportar? Considero que el duque debería concentrar sus esfuerzos en asuntos más… alcanzables. Sus bolsillo son hondos, y tal vez puede permitirse gastarlos en cruzadas personales… Pero estamos hablando de los dineros del Estado aquí, y los contribuyentes somos nosotros.

Grayson sintió cómo la irritación crecía en su interior. Brougham siempre había sido un orador incisivo, pero la ironía de sus palabras se sentía personal, como si buscara desacreditarlo frente a sus aliados.

Cuando la sesión concluyó, Grayson lo interceptó en uno de los pasillos.

—Brougham, tus argumentos son sólidos, pero no puedo evitar notar cierta resistencia hacia esta propuesta. Pensé que estábamos alineados en la necesidad de un cambio.

Su tono era cortés, pero firme. Brougham esbozó una sonrisa ladeada, como si hubiera esperado la confrontación.

—Oh, Grayson, no es resistencia. Es simple pragmatismo. Las reformas no se hacen de la noche a la mañana, y mucho menos algo tan… ambicioso como lo que pretendes—Su mirada se oscureció ligeramente—. Además, con todo el revuelo sobre tu reciente compromiso, supongo que tus prioridades estarán algo… divididas. El rumor ha volado por Londres.

Grayson apretó la mandíbula, pero no respondió de inmediato. La insinuación era clara, y el comentario no hacía más que reforzar sus sospechas. Brougham no solo parecía estar en contra del proyecto, sino que su animosidad iba más allá de lo político.

Algo no cuadra. ¿Por qué se opone a lo que beneficiaría a la sociedad? Hemos hablado de esto en reuniones previas. ¿Qué interés tiene en detener las reformas? No lo sabía, pero lo

averiguaría, se dijo.

Dos horas más tarde se encontraba en el despacho, evaluando la información que Fletcher le traía. Las operaciones que había impulsado estaban dando frutos. Los hombres comandados por Fletcher habían contribuido con las fuerzas de la policía del Támesis para desmantelar varias casas de apuestas clandestinas, desbaratando también un tinglado de tráfico sexual que utilizaba esos lugares como fachada.

Eso era lo que había desencadenado la arremetida en la prensa contra él y los demás duques, probablemente el recrudecimiento de los rumores contra Anne, la actitud de Atholl, y tal vez… ¿la inquietud de hombres como Brougham?

Fletcher tenía un semblante más serio de lo habitual, se percató entonces.

—¿Qué ocurre, amigo? Has trabajado muy bien, diría que deberías estar más alegre.

—Sí, bueno… Tenemos un problema, su Gracia —le dijo—. O una solución.

Grayson elevó la ceja.

—Hemos encontrado algo… o alguien, mejor dicho—Sacó un sobre desgastado de su abrigo y lo colocó sobre el escritorio. Dentro había una hoja de papel con nombres, lugares y cantidades de dinero anotadas con una letra apresurada—. Esta lista de nombres me la dio un hombre que se acercó a mí en el muelle. Me pidió dinero, dice ser parte de los hombres del *Fantasma*. Me dio la lista como prueba de buena fe, y le di algo de dinero. Está dispuesto a hablar más, pero quiere protección. Al parecer se equivocó feo, y si lo encuentran, lo matarán.

Grayson tomó el papel, sus ojos recorriendo rápidamente la lista, y sus ojos se agrandaron, sorprendido. Los nombres incluían a varios miembros del Parlamento, figuras de relevancia en los círculos sociales y financieros de Londres.

—¿Él sabe quién es? —preguntó Grayson, levantando la mirada.

Fletcher asintió.

—Dice que puede identificarlo. Afirma que el *Fantasma* está vinculado directamente a estos, y otros miembros del Parlamento. Pero está asustado. Quiere salir de Londres.

Grayson se recostó en su silla, pasando una mano por su cabello mientras procesaba la información. La posibilidad de que hombres que se sentaban a su lado en el Parlamento, o con los que bebía en Brooks o en veladas fuesen vulgares criminales que fomentaban el vicio no lo sorprendía, pero ver nombres escritos en papel lo volvía real.

Era una confirmación de que la corrupción estaba más arraigada de lo que había imaginado. Y de que no se equivocaba en sus intenciones de hacer más eficiente y profesionales a quienes tenían que hacer cumplir las leyes.

—¿Dónde está este hombre ahora?—preguntó.

—Escondido, me dijo que tenía un lugar seguro, pero no por mucho tiempo. Me contactará mañana. Ha pedido un pago considerable por su información, y creo que debería

pensarlo, Excelencia. No parece un engaño. Está demasiado aterrorizado—Fletcher hizo una pausa, su expresión endureciéndose—. Y sospecho que lo deben estar buscando con ahínco. Si no actuamos rápido, lo perderemos.

Grayson se levantó, mirando por la ventana hacia la oscuridad de la noche.

—Esto lo cambia todo. Necesitamos protegerlo, pero también necesitamos su testimonio. Si lo que dice es cierto, tenemos la oportunidad de desenmascarar al Fantasma y a todos sus aliados—Giró hacia Fletcher, determinado—. Le pagaremos. Que nadie sepa sobre él, Fletcher.

Este asintió.

—Así será.

Ya en camino de regreso, Grayson repasaba los nombres en el documento. Su mente trabajaba incansable, y volvió a las interacciones de las últimas semanas. Sidmoth. Gloucester. El barón Willis. Eran sus apuestas más seguras.

Uno de esos debía ser el Fantasma, que era un maestro del engaño, alguien que podía moverse con facilidad entre los círculos más altos sin levantar sospechas. *Te voy a desenmascarar, pensó. Voy a derribarte.*

Empero, su agitación se atemperó a medida que se acercaba a la mansión. Esta era su reducto, su lugar, y con Anne en ella… El lugar era remanso. No traería inquietud a sus horas con su familia. Mañana sería otro día, y Fletcher lograría el nombre que necesitaba.

El fantasma

El hombre ingresó al Brooks con calma, su rostro distendido en un gesto cordial que un observador aguzado notaría tenso. Su cabeza estaba sacudida por pensamientos oscuros y rabia. Candente, consumiéndolo.

La reciente cadena de fracasos lo tenía al borde de su paciencia: las redadas en los muelles habían reducido sus ingresos de modo significativo, y el frustrado intento de raptar a Anne Holloway había sido la humillación de la semana.

Esos imbéciles… *Bien muertos están*, pensó, con rencor. Era el destino de los que lo decepcionaban, y la lista se volvía más y más larga. Extenuante. El trabajo de liderar una red de estafadores y criminales de poca monta era cansador.

Para ello tenía mandos medios, pero esta jerarquía no había demostrado mayor eficiencia, y por eso debía estar atento, alerta. Juró por lo bajo, y escondió el exabrupto con un carraspeo.

Con una sonrisa de mera conveniencia, inclinó ligeramente la cabeza en saludo a un conocido al otro lado del salón del club. Su máscara de cortesía era impecable; nadie sospecharía que, tras esos ojos calculadores, se tramaba parte de la mayor operativa delictiva de Londres. *Céntrate. La prioridad sigue siendo Bristolbridge.*

Las piezas del ajedrez criminal que había construido durante años se tambaleaban. La reunión con sus aliados la pasada semana—el vizconde de Sidmoth, el conde de Alastair y el barón Willis— había ido bien, en apariencia.

El miedo que les inspiraba se había confirmado, pero sus ansias de seguir amasando fortunas sin exponerse los hacía poco confiables. Las ratas huían cuando el barco se hundía, y si el suyo estaba lejos de naufragar, la mera posibilidad hacía que los cobardes estuvieran reacios a colaborar. Solo las amenazas funcionaban, y él era bueno con ellas.

Las redadas en los galpones y garitos habían sido inesperadas, y sus contactos habían fallado en avisar. Ese bastardo tiene sus dedos largos y metidos entre la policía del Támesis, los runners, los constables de las circunscripciones… Era obvio por el modo en que dominaba el tema, lo evidenció en sus intervenciones en el Parlamento.

Aceptó el jerez y se incorporó, bebida en mano, tomando el periódico The Observer y fingiendo leer. Le importaba poco la visión del periodista que abogaba por cambios en leyes laborales.

Cada vez se alejaba más de las posturas que había sostenido cuando joven. El paso del tiempo y el declinar de su fortuna le habían empujado a decisiones que hoy le hacían una mente maestra. Así se veía a sí mismo.

Mientras tomaba asiento en una de las sillas del club, aceptando una copa de brandy de un sirviente, su mente se concentró en los cabos sueltos. La bebida se le tornó agria al recordar al

traidor que podía desenmascararlo.

El bastardo había, hombre que había considerado de confianza, había sido visto hablando con la mano derecha del duque. Una traición tan flagrante no podía quedar impune, máxime cuando lo ponía en alto riesgo. Había dado la orden de matarlo en cuanto lo encontraran, sin preguntas, sin juicio.

Está muerto y no lo sabe, pensó. Se repantigó en su asiento y volvió a pensar en Anne Holloway. La prometida del duque. Él había cometido el error de subestimarla, creyendo que sería una pieza fácil de tomar.

Debería encontrar otra forma de quitarla del medio y con ello debilitar al duque.

Su ceño se frunció al ver que el barón Willis había entrado al Brooks. Maldito idiota, ¿qué hacía? Sí, no era inusual que algún tory rondara este club, pero no era recomendable. Lo miró acercarse, su faz ancha con una sonrisa social.

Se instó a no mover un músculo, a fingir indiferencia, pero su mirada recorrió el club para tomar nota de quién les miraba. El barón le saludó con deferencia y él ocultó todo rastro de irritación, y estrechó su mano con firmeza.

—¿Una noche tranquila, ¿no es así, barón?—comentó con calma.

—Como pocas, milord. Pensé en venir para charlar con algunos whigs sobre ese proyecto de seguridad. Me dio la impresión de que no todos coinciden con Bristolbridge. ¡Lord Grey, venga, le invito una copa!—llamó, y aquel se acercó.

—Willis, está lejos de su lugar habitual.

—Es bueno. White´s está un poco candente, me temo. El debate hoy agotó a todos, y hay mucha gente molesta. Le vi callado hoy, milord—dijo Willis, sonriente—. ¿Usted qué opina del proyecto sobre la vigilancia en los muelles? Parece ser un movimiento audaz.

Bien, tal vez Willis no era tan idiota como parecía. Mientras sonreía y les escuchaba discutir sobre el punto, se le ocurrió que dejaría que este tonto hiciera el trabajo de denostar a Bristolbridge en el lugar que solía ser su lugar de esparcimiento.

Incluso, con habilidad, incorporó ponzoña al tema. Ah, soñaba con el día en que Grayson James desapareciese de Londres y de su camino. Reprimió el deseo de aplastar la copa entre sus manos, acuciado por una ola de furia, pero su sonrisa no flaqueó.

—El duque es audaz, sí, y lo mueve su afán de justicia. No sé si sus planes actuales pueden llevarse a la práctica—dijo lord Grey.

El barón y él asintieron.

—Me preocupa que a veces se apasiona por asuntos peligrosos—intervino con falsa preocupación—. No dimensiona que hay gente peligrosa entre los que defiende, sin sentido del orden y la moral. No debería exponerse entre la plebe. Incluso algunos de esos buenos hombres que vigilan las calles podrían malinterpretar sus intenciones. El trabajo es un bien escaso, y no

tenerlo puede dejar a una familia sin alimento—meneó su cabeza en falsa inquietud—. Eso puede enloquecer a cualquiera.

—El duque suele ir protegido y sabe lo que hace—acotó Grey, encogiéndose de hombros, y él sonrió, asintiendo.

—Por supuesto, es mera preocupación. Es un hombre remarcable.

Pequeñas semillas como esa se plantaban en la cabeza de la gente y crecían, pensó. Si Bristolbridge aparecía muerto, podría encontrarse a algún chivo expiatorio entre los huelguistas o criminales de poca monta de los bajos fondos, y eso se vería razonable.

No importaba que los liberales quisieran cambios, muchos eran hombres de la nobleza que en el fondo, temían a sus subalternos.

Matar al traidor, hacer que aquella mujer saliera de Londres, dejando al duque debilitado, y entonces, eliminarlo. Y reconstruir el imperio que alimentaba sus finanzas. Bebió, más tranquilo, y observó cómo Willis iba de grupo en grupo. No era tan idiota como había creído, después de todo.

Capítulo 14.

La mañana había sido tranquila en la mansión Bristolbridge. Anne, ocupada en la biblioteca, revisaba la correspondencia de Grayson. Fletcher y un ayudante habían traído sus objetos del despacho: pluma, tinta, papeles, abrecartas, etc.

La hacía sentir útil, y ocupaba su tiempo, aunque era un poco difícil concentrarse… Se sonrojó. Esta habitación había sido testigo de la pasión entre ella y Grayson. Cerró sus ojos y se enfocó, conminándose a recuperar cordura.

Habrá más momentos como ese, más noches entre ambos. Hay mañana, y pasado y… Se llevó las manos al pecho. Era difícil hacerse a la idea de que tenía lo que quería, de que Grayson sería su esposo, era su amante.

—Bien, Anne, reacciona. Trabaja, anda. Estas cartas no se contestarán solas.

Se concentró un rato, y luego se estiró. Fue hasta la ventana, y pensó que extrañaba la música. La duquesa le había dicho que enviaría por su clavicordio y objetos personales, pero ella había declinado con gentileza. No quería extraños tocando sus cosas.

Ya iría en persona a supervisar que aquello que era de su propiedad y tenía valor para ella fuese empacado con cuidado. El sonido de pasos apresurados en el vestíbulo llamó su atención. Minutos después, una criada apareció en la puerta de la habitación con una nota en la mano.

—Señorita Holloway, esto llegó para usted. El mensajero dijo que debía esperar respuesta.

Anne tomó el sobre, reconociendo el sello de la familia Atholl al instante. Su corazón dio un vuelco. Rompió el lacre con cuidado, y sus ojos comenzaron a recorrer las líneas escritas con letra elegante.

La nota era de Victoria, una de las hijas del conde de Atholl. Para su sorpresa, el tono de la misiva era casi… humilde, algo muy poco común en ella. Victoria se disculpaba por sus acciones pasadas, decía que había estado pensando mucho y que se había dado cuenta de que había juzgado mal a Anne.

La invitaba tomar el té juntas para hablar y tratar de arreglar las cosas. Anne sintió un rayo de esperanza atravesarla. Las hijas de Atholl siempre habían sido importantes para ella, incluso cuando su relación había estado marcada por la frialdad.

Aunque Victoria no era la más cercana a su corazón, la idea de reconstruir parte de ese vínculo, o al menos de aliviar la tensión, la conmovió. No quería ser altiva ni guardar rencor. Con una sonrisa de alivio, Anne escribió una respuesta breve y amable, aceptando la invitación.

Se la entregó en mano al joven mensajero, un muchacho que conocía desde niña, hijo de la cocinera de la mansión Atholl. Lo despidió con palabras cálidas y un toque de nostalgia antes de girarse hacia Peter, el hermano mediano de Grayson, que entraba al vestíbulo.

—Voy a salir en un rato, Peter. Me encontraré con Victoria Atholl a charlar. No será mucho tiempo, y tendré cuidado—le aseguró.

Peter asintió, aunque su ceño mostraba una leve preocupación. El duque había sido claro en que Anne debía estar protegida en todo momento. No había nada de qué preocuparse, empero. El cochero y un guardia asignado a seguirla a sol y sombra la acompañarían.

Dos horas más tarde Anne llegó al elegante salón de té en una tranquila esquina de Mayfair. Era uno de los preferidos de Victoria ya que era muy frecuentado por las damas de la alta sociedad, que gustaban del opulento ambiente gestado por los muebles de caoba pulida, las cortinas de encaje y la delicada vajilla de porcelana.

Victoria ya estaba allí, sentada en una mesa junto a una ventana. Llevaba un vestido de seda verde que realzaba su porte distinguido. Anne distinguió de inmediato que su rostro, sin embargo, estaba tenso, y sus manos descansaban con rigidez sobre el regazo. Tal vez estaba nerviosa, consideró, y le sonrió.

—Victoria, hola. ¡Qué gusto verte! Tu carta fue una sorpresa agradable.

Victoria levantó la mirada, y aunque sus labios dibujaron una sonrisa cortés, sus ojos permanecieron fríos.

—Anne, siéntate, por favor.

El tono distante de su voz no concordaba con las palabras escritas en su nota. Anne sintió una punzada de desconcierto, pero tomó asiento, esforzándose por mantener la conversación ligera.

—Debo decir que me alegra que nos encontremos. He pensado en ti y en tus hermanas. Me gustaría que pudiéramos…—empezó Anne, pero Victoria la interrumpió.

—No fue idea mía—Su tono seguía siendo frío, aunque ahora había un borde de incomodidad en él—. Mi padre me pidió que te entregara esto.

Sacó un sobre de su bolso y lo colocó sobre la mesa, deslizándolo hacia Anne.

—¿Qué es esto?—preguntó Anne, mirando el sobre como si fuera un objeto peligroso.

—Léelo. Todo está ahí, creo—Victoria se levantó con elegancia, alisando su falda—. Sigo pensando lo mismo, Anne. Mis sentimientos sobre ti no han cambiado. Solo ayudo a mi familia—remató con pomposa frialdad.

Sin más palabras, se alejó, dejando a Anne desconcertada y muy, muy dolida, además de confundida. *He sido una tonta, por supuesto,* pensó, con pesar. Suspiró bajito y parpadeó cuando le ofrecieron té.

Asintió, y miró la hermosa tetera mientras vertía el líquido caliente. Llevó la taza a sus labios y dejó que el sabor dulce del té la reconfortara, su cabeza negándose a pensar nada y posponiendo el abrir ese sobre.

Lo guardó en su bolsa y se permitió unos minutos, y luego se retiró. No abriría la carta en

presencia de testigos. Podía sentir sus ojos sobre ella.

Con parsimonia y paciencia que no sentía, se dirigió a la salida luego de pagar, y solo cuando estuvo en el vehículo y en marcha hacia la mansión, abrió el mensaje.

Sus ojos recorrieron rápidamente las líneas, y a medida que lo hacía, su rostro perdió todo color.

Anne,

Es una pena que no hayas hecho caso a mi consejo, porque solo has empeorado las cosas. No sé por qué has generado la ira de gente poderosa, pero me han contactado con una advertencia terrible: tu presencia en Londres pone a toda mi familia en peligro.

Si no abandonas la ciudad, me han asegurado que mi Brodie o uno de mis hijos pagará con su vida. No puedo ignorar esta amenaza, sé que quienes la realizan no bromean ni tendrán piedad.

Por el bien de todos, debes irte. Lo antes posible. Sé que no nos deseas mal, y en honor a los años vividos en mi casa y con los míos, te pido que no permitas que les lastimen. Viviría en tu conciencia, y nos destruiría como familia.

Percy Murray, Conde de Atholl

Anne sintió que el aire abandonaba su pecho, como succionado, ahogándola. Boqueó, aterrada, y sus manos apretaron el papel con fuerza, arrugándolo, mientras las palabras se repetían en su mente: *mi Brodie o uno de mis hijos pagará con su vida*.

Su cuerpo entero comenzó a temblar, y lo único que la sacó del bucle de espanto fueron las palabras del guardia, que había abierto la puerta y le preguntaba, frenético, qué le ocurría. Parpadeó, volviendo a la realidad. Había estado tomando aire con ruido, y las lágrimas bañaban su rostro.

—¡Señorita Anne! ¿Qué ocurre? Por favor, señorita, reaccione—le dijo, y Anne se instó a la calma, frenética.

Le tomó un instante largo, pero logró acompasar su respiración y comenzar a pensar con coherencia.

—Estoy… Estoy bien… Una mala noticia, nada más—aseguró, bajo, acomodando su ropa y cabello, y limpiando sus lágrimas. Miró al guardia, que la observaba con ojos entrecerrados, evaluándola. Tenía que tranquilizarlo, porque de otro modo daría cuenta a Grayson, y ella tenía que actuar—. No se inquiete, problemas familiares, pero nada de qué preocuparse—aseguró.

—¿Está segura? Puedo enviar un mensajero para que su Gracia…

—¡No, no! No es necesario, el duque está ocupado en asuntos importantes, y este no lo

es, de verdad. Gracias por su preocupación, pero estaré bien.

Descendió del vehículo y sonrió con debilidad al cochero y al guardia, y se dirigió adentro, y no se detuvo hasta estar en su habitación.

Allí releyó la carta, tontamente esperando que las palabras cambiaran. Pero no lo hicieron. La amenaza seguía allí, tan cruda y directa como la primera vez que la había leído.

Su mente era un torbellino de pensamientos y las emociones la atravesaban. No tenía opciones, no si quería que las personas que quería estuviesen a salvo. El conde decía bien, no quería culpa al mirar atrás, no soportaba la idea de causar dolor a los Atholl.

Pero, ¿por qué? ¿Qué importancia podía tener ella para que alguien la quisiera lejos? Tenía que ser poderoso, porque asustar al conde… Eso no lo lograba cualquiera. Tenía que estar relacionado con Grayson, con esos enemigos que tenía. Dios, ¿qué tal si iban por él?

Está protegido, tiene guardias y es un exsoldado, Anne, un héroe de guerra. Fuerte, competente, poderoso. Y puede protegerte… Claro, podía, pero… ¿Qué había de su familia? Los Atholl lo eran, lo aceptaran o no. La sangre, aunque lo negaran, los conectaba, y ella no podía dejarles en la estacada.

Abrió el armario con manos temblorosas y comenzó a sacar ropa, colocándola apresuradamente en una maleta. Irse, eso debía hacer. Su mente iba más rápido que sus movimientos: *¿Adónde? ¿Cómo huir? ¿Y si esperan que lo haga, y buscan atraparme?*

Se sentó en su lecho, pensando, llamándose a la coherencia y a ser astuta. Quien estaba detrás de esto debía vigilarla. Tal vez esperaba que ella cometiese un error. Tenía que irse con cuidado, y sabía adónde. Los Campbell la recibirían en Escocia.

Pensó un buen rato, y luego de ir a las caballerizas y acordar con uno de los cocheros, habló con una de las criadas, lejos de los oídos de la señora Perkins.

—Mirna, necesito que lleves esto a la casa de los Atholl—Le entregó un sobre—. El cochero Jacob te llevará, ve ahora mismo. Y lleva puesto este sombrero—Le colocó uno de los suyos, ajustándolo, para estupor de la muchacha, que era rubia como ella—. Es muy importante, querida—dijo, con un tono urgente que no admitía preguntas.

Supervisó la partida, y luego se apresuró a realizar el resto de lo planeado. Con lágrimas en los ojos, escribió una breve nota para Grayson, rogándole que la entendiera y pidiéndole que no la buscara.

No podía tener la muerte de un inocente en su conciencia. Terminó con una súplica silenciosa de perdón.

Con la carta lista, Anne cerró la maleta y esperó. Su corazón estaba destrozado, pero su decisión estaba tomada. No sabía quién había amenazado a Atholl ni por qué, pero entendía que no podía quedarse. No podía ser la causa del sufrimiento de otros.

Se escurrió por una de las salidas laterales y caminó hasta llegar a una de las paradas de

los coches de alquiler, y allí dio indicaciones para que la llevaran a la estación desde donde salían los vehículos hacía las afueras de Londres.

Cada paso, cada metro que avanzó, lo hizo con el corazón en pedazos, roto, y con el miedo atenazando su garganta. Había creído tenerlo todo hacía pocas horas, y la realidad le volvía a mostrar que nada bueno duraba en su vida. Nada. Nadie. *¡Oh, amado, amado duque mío! Grayson, espero que puedas perdonarme.*

Solo cuando estuvo en el interior del espacioso coche, respiró con más facilidad. Para su alivio, solo dos personas más viajaban con ella, un matrimonio mayor de gesto adusto que no eran proclives a la conversación. Esto no podía ser más adecuado, porque Anne sentía que si abría la boca, sería para llorar.

La idea de soportar de 7 a 9 días de traqueteo, de paradas en las postas, de dormir en lechos duros y de rodearse de desconocidos, la desconsolaba, pero no tenía opciones. La vida era lo que era.

La vida es lo que haces de ella, y no confiaste en el hombre que es tu prometido. Lo dejaste sin hablarle. Te juró que te protegería y tiene los medios, la fustigaba su mente. De inmediato, el pensamiento antagónico aparecía: *No puede proteger a los Atholl, y les debes años de cuidados y de vivencias.*

La parada en la primera posta la encontró sumida en sus pensamientos, y fue la voz de un hombre la que la sacó de su estupor.

—Señorita, hay comida caliente y una cama cómoda esperando. No se quede atrás, está oscureciendo. ¿Viaja sola?

Ella carraspeó y bajó con calma, aceptando la mano que se extendió para ayudarla, pero recuperó la suya de inmediato al percibir que no era el cochero. Si era un viajero, pero de los que iban al pescante por pagar un pasaje menor.

Hizo un gesto de cortesía con la cabeza, pero no le contestó, y se apresuró a alcanzar al matrimonio en la entrada de la posada. Estaba agotada, las emociones vividas habían drenado sus energías, y la tristeza la envolvía.

¿Cuán decepcionado y herido estaría Grayson por su cobarde huida? No lo sabía, pero él era orgulloso y tomaría su marcha como una declaración de fracaso y de desconfianza, probablemente. Era descorazonador, y su culpa. Su culpa.

Capítulo 15.

La noche ya había caído cuando Grayson regresó a la mansión Bristolbridge, y las farolas de gas arrojaban sombras alargadas sobre la fachada de piedra. Su carruaje rodó con suavidad hasta detenerse y él bajó y agradeció al cochero, y se dirigió adentro.

¡Qué de días ocupados, y con noticias variopintas! Habían dado un golpe más a los negocios turbios del Fantasma y encontrado pistas prometedoras, pero estas habían surgido de una desgracia. que, con algo de suerte y trabajo, lo llevarían al culpable.

El hombre que había prometido a Fletcher que le diría quién era el Fantasma a cambio de dinero y protección, había desaparecido. Esto no podía significar más que una cosa, y ni él ni Fletcher tenían esperanzas de encontrar al pobre infeliz con vida.

Su cuerpo debía estar descansando en el fondo del Támesis, y aparecería, más temprano que tarde. Era una desgracia, nadie merecía morir así. Grayson creía que muchos de los que delinquían lo hacían por desesperación.

No era inusual encontrar que muchos hombres y mujeres se aferraban de lo que fuera para sobrevivir, y esto a menudo eran las ofertas de aquellos que se enriquecían con el sudor, el hambre, el vicio o la sangre ajena, como era el caso del maldito que apodaban el Fantasma.

Grayson no había tenido mucho tiempo para lamentar la muerte del informante, porque una hermana de este, una mujer mayor y muy pobre, les había dicho que él solía recibir dinero de un whig importante.

Ella no sabía su nombre, por supuesto, porque el pago a los servicios que su hermano le hacía llegaba a través de un mensajero, pero esto confirmó a Grayson que el líder criminal era uno de su partido. Quién, era algo que debería averiguar.

Lo ponía furioso el pensar que alguno de los que le estrechaba la mano, con los que había acordado, bebido y reído, era un hombre de doble cara que estaba detrás de crímenes espantosos.

Eso no lo solucionaré hoy, o mañana, pero estoy cerca, se dijo. Mientras cruzaba el patio hacia la casa, una chispa de satisfacción iluminaba sus ojos. El peso constante de las semanas anteriores parecía más ligero esa noche. *Finalmente estamos logrando avances reales,* pensó, permitiéndose un atisbo de esperanza.

Su chaqueta estaba desabotonada, y la corbata floja en su cuello hablaba de un día largo, pero sus pasos eran decididos. Su mente trazaba los próximos movimientos. El Fantasma estaba acorralado. El brillo de la victoria, aunque aún lejano, comenzaba a delinearse en el horizonte.

Le haría saber a Anne, que estaría contenta de los avances, y tal vez su mente inquisitiva le propusiera algún ángulo que no había pensado. Ella no solo le escuchaba con atención genuina, u ofrecía una opinión breve, sino que sus palabras calmaban su mente inquieta.

Y la perspectiva de estar cerca, de probar sus labios, de tocar su piel… Le daba felicidad.

Todo está encajando. Solo un poco más, y este asunto terminará. Mi única preocupación será ella, la boda, y la familia que forjaremos juntos.

Justo cuando iba a acceder a la entrada, le llamaron. Hacia él venía, presuroso, uno de los hombres de Fletcher, el asignado a cuidar a Anne. Se envaró, alerta, porque algo en la premura del hombre lo inquietó.

—¿Qué ocurre?—demandó, autoritario.

—Su Gracia, necesito informarle algo—dijo el hombre, inclinando la cabeza en señal de respeto.

Grayson alzó una ceja, aflojando la postura.

—Habla ya.

El guardia tragó saliva, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado.

—Acompañé a la señorita Holloway en su salida hoy.

Grayson asintió. No sabía que Anne tenía planeado salir, pero estaba bien. Justo para eso estaba este guardia, para resguardarla.

—Continúa.

—Fue a ese lugar elegante donde toman té… Se encontró con la señorita Atholl. Parecía contenta al entrar, pero al salir… Noté que estaba muy afectada. Lloró en el viaje de vuelta, milord, con fuerza. No sé qué ocurrió, pero estaba muy compungida.

Grayson frunció el ceño, molesto. Esa familia… No dejaban de provocarle dolores. ¿Qué podrían haberle dicho ahora para ponerla en ese estado? Porque para que este tosco hombrón estuviese preocupado, Anne debió estar devastada. Ella no era de demostrar lo que sentía.

—¿Qué ocurrió durante ese encuentro? ¿Solo fue con una mujer?

El guardia asintió con la cabeza.

—No vi nada extraño. Solo que no llegaron a tomar el té, y le dieron una carta, milord. No la he visto desde entonces.

La inquietud comenzó a asentarse en el estómago de Grayson como una piedra. Aunque aún no había motivo claro para alarmarse, la descripción de Anne en un estado tan compungido lo desconcertó.

Ella era fuerte, siempre dispuesta a enfrentarse a las dificultades con dignidad… Él no era un hombre de presentimientos ominosos, pero uno comenzó a gestarse en su cabeza.

—Gracias.

Sus pasos se aceleraron, ingresando al vestíbulo, y la buscó en la planta baja. Preguntó por ella a la señora Perkins, que le dijo que no la veía desde que regresó. Le había dicho que estaría en su habitación, con dolor de cabeza.

Mm. El disgusto había sido grande, era evidente. Subió las escaleras, pensativo, maldiciendo a los Atholl, y en la puerta de la habitación se detuvo, dudando si golpear o no. Tal

vez dormía, y eso le haría bien.

Pero quería consolarla, estar con ella y darle su apoyo, abrazarla. Habían pasado la etapa de las convenciones idiotas, estaban comprometidos, sería su esposa. Y en la protección de las paredes de su mansión nadie osaría hablar de conductas inapropiadas.

No había nada menos propio que dejar a la mujer que adoraba sufriendo sola. Golpeó con levedad, y luego de unos instantes, un poco más duro. Silencio. Frunció el ceño, y cuando iba a golpear otra vez, una de las criadas se acercó, y con timidez, le dijo:

—La señorita no está, milord. Entré antes para dejarle jazmines, y no había nadie.

Parpadeó, y asintió, esperando a que la criada se retirara. Algo en su rostro grave lo inquietó, y el aire de satisfacción que lo había acompañado al entrar comenzó a desvanecerse, sustituido por una sensación de alerta.

La sombra de la inquietud se apoderó de él mientras tomaba el picaporte e ingresaba a la habitación. Miró alrededor. La cama estaba impecable, no había objetos a la vista, y no había nada personal sobre la cómoda. Ni el peine de nácar, o el relicario, que solía dejar allí por las noches. Ni capa o sombrero en el perchero.

Fue al armario, que abrió de golpe, y se le cayó el alma a los pies al ver que su ropa no estaba. Al menos, no la que había traído a la casa. Sí los vestidos que su madre le había hecho arreglar.

Se dio la vuelta, frenético, y entonces reparó en el sobre con su nombre junto al tintero. Se acercó, frenético, y lo abrió. A medida que leía, su rostro se endureció.

Grayson,

Perdóname, pero no puedo quedarme. Mi presencia aquí pone en peligro a personas que no tienen culpa alguna, y no puedo cargar con esa responsabilidad. Por favor, no me busques. Es mejor así para todos. Cuida de ti, como has cuidado de mí.

Te quiero, no lo dudes nunca.

Anne.

Grayson dejó escapar un rugido de frustración que resonó por toda la casa. Salió de la habitación como una tormenta, buscando a quien pudiera darle respuestas. Su mujer se había ido, bajo las narices de todos, y alguien era responsable. Alguien tenía que responder.

Bajó al vestíbulo como una tromba y se dirigió a la cocina, donde ubicó a la criada que le había hablado antes.

—¿Dónde está Anne?—demandó, su voz cortante.

La criada retrocedió un paso, asustada.

—Señor, no lo sé. Yo… Llevé el mensaje, tal como ella me pidió. Pero cuando fui a

informarle, no estaba.

—¿Qué mensaje? ¿A quién?

—Ella… me dio un sobre para la mansión Atholl. Jacob, el chofer, me llevó allí. Usé su sombrero, como la señorita me dijo.

¿Qué? Sacudió la cabeza, sin entender. Mas todo le llevaba a los Atholl, razonó. Ellos tenían que saber.

—¡Llama al otro chofer, ya mismo!—rugió, y la mujer corrió en procura del hombre.

Trató de calmarse, mesando su cabeza con nervio, caminando en círculos, consciente de que estaba asustando a la servidumbre.

—Milord, ¿qué pasa?—le inquirió la señora Perkins, y negó.

—No lo sé, pero Anne no está, y creo que está en peligro.

—¡Oh, Dios mío! Pero…

—Milord, aquí estoy— Sam, el chofer que solía manejar el carruaje de su madre, se apersonó frente a é.

—¿Adónde llevaste a la señorita Holloway?

—Yo no he dejado la propiedad, milord, ni he visto a la señorita Anne.

Esto era increíble. Una pesadilla. No podía haberse desvanecido, no podía…

—Yo la vi con una maleta cuando volvía de hacer la compra—musitó una de las criadas con voz tembleque—. Le iba a ofrecer ayuda, pero ella subió en uno de esos carruajes de alquiler.

—¿Cómo no lo mencionaste, querida?—dijo la señora Perkins, y la jovencita se sonrojó hasta la raíz, y lágrimas llenaron sus ojos.

—Yo… no sé. Creí que… ¿Tal vez se iba de viaje?

Grayson tragó aire y cerró sus ojos. Tenía que calmarse. No lograría encontrarla con desesperación en su mente, y culpando a otros. Algo muy serio debió ocurrir para que Anne tomara la determinación de marcharse, y con sigilo.

Tenía que confiar en su instinto, ella se había ido obligada por alguna circunstancia. En ese momento, Peter apareció por la puerta de la cocina, atraído por los gritos.

—Grayson, ¿qué está pasando?

—Anne… No está.

—Anne me dijo que iba a ver a Victoria Atholl. Quizás en su casa puedan darte alguna respuesta.

Grayson no esperó más. Se dirigió al exterior, gritando al cochero que preparara el carruaje. Oh, sí, tendría sus respuestas, así debiera quitárselas a ese hijo de perra de Percy Murray a golpes.

—¡A la mansión Atholl! Y rápido.

++++

El carruaje avanzó por las calles con velocidad, y cuando, por fin, llegó a la mansión Atholl, Grayson bajó antes de que se detuviera por completo, precipitándose a la entrada principal, donde golpeó la puerta con tanta fuerza que el eco resonó en el interior de la casa.

El criado que abrió la puerta, un joven de mirada nerviosa, dio un paso atrás ante la presencia del duque de Bristolbridge. Su cabello desordenado, su chaqueta arrugada y el brillo intenso de sus ojos lo hacían parecer al borde de un colapso.

—Necesito ver al conde de Atholl. Ahora mismo—ordenó Grayson, su voz cortante y cargada de una autoridad que no admitía objeción.

El criado vaciló, y en sus ojos estuvo claro que no sabía si atender la demanda, o cerrarle la puerta en las narices. Antes de que pudiera decidir, una figura femenina que reconoció apareció al final del vestíbulo.

—Condesa, demando ver a su esposo ahora mismo—le gritó, sin perder tiempo en modales ni formas.

No cuando Anne estaba sola, desamparada y de seguro, triste y con la sensación de abandono más brutal. Lo sentía en su pecho.

La condesa de Atholl vino hacia la puerta con una expresión de desconcierto y alarma no exenta de disgusto.

—Excelencia—inclinó la cabeza, pero sus ojos estuvieron sobre Grayson enseguida—. Duque de Bristolbridge—dijo, su voz más firme—¿a qué debemos esta visita intempestiva? No es costumbre irrumpir en una casa a estas horas, y menos…

Grayson no hizo caso de la reprimenda. Dio un paso hacia ella, y su mirada, cargada de desesperación, hizo que la condesa detuviera su discurso.

—Anne está desaparecida—soltó sin preámbulos, su tono apenas controlado—. Y sé que su hija Victoria sabe algo. Se reunió con ella hoy, le dio una carta. Eso precipitó su decisión de irse sin rastro. Tráigala aquí, ahora, o iré yo mismo a buscarla.

La condesa entrecerró los ojos, evaluándolo. Su porte digno no se inmutó, pero la intensidad de las palabras de Grayson la hizo fruncir el ceño.

—No entiendo de qué habla, milord—respondió, cruzando los brazos con una actitud desafiante—. Victoria no está involucrada en asuntos que le conciernan a usted.

Grayson soltó una risa breve, amarga. Dio otro paso hacia ella, y su altura, combinada con su energía frenética, hizo que el criado retrocediera aún más.

—¿No lo entiende? ¡Anne se ha ido! Desapareció DESPUÉS de reunirse con su hija. ¿Qué le dijo Victoria? ¿La enviaron para que la amenazara? ¿Qué hizo para que Anne huyera?

Su voz, cada vez más alta, resonaba en el vestíbulo, haciendo que el aire se tensara. La condesa levantó una mano para calmarlo, aunque sus propias emociones comenzaban a agitarse.

—Modere su tono, Bristolbridge. Esta es mi casa, y no permitiré que venga a gritar como un loco. Si Anne no está con usted, o se fue, quizás debería revisar sus propios actos antes de venir a cuestionar los nuestros.

Grayson cerró los ojos por un momento, intentando recuperar el control. Pero su mente estaba en caos, las imágenes de Anne sola, vulnerable, dominando cada pensamiento. Miró a la condesa con una mezcla de súplica y furia.

—Por favor, traía a su hija a mi presencia—dijo, su voz más baja pero no menos intensa —. Necesito saber qué le dijo. Cada segundo que pasa, Anne está más lejos, más expuesta al peligro. No puedo permitirme perderla.

La condesa desarmó su actitud belicosa, muy probablemente movida por la genuina desesperación en la voz de Grayson. Suspiró y meneó su cabeza.

—No sé qué está pasando, y dudo mucho que Victoria tenga algo que ver… Pero no deseo mal a Anne… A pesar de lo que pueda parecer, no la odio, ni la culpo… Es solo que… Es una situación difícil para mí.

—Mas la que ha sufrido sin responsabilidad es mi prometida—respondió, brusco, y ella abrió sus ojos muy grandes.

—¿Anne es… su prometida? Oh, eso es… Inesperado…

Meneó su cabeza, impaciente. ¿En esto reparaba? No creía que esta fuera una mala mujer… Estaba seguro de que no lo era; sus sobrinas Nessa e Isla hablaban bien de ella. Como fuera, le dio hogar a Anne. Pero nada de esto importaba ahora.

—Justin, haga que la señorita Victoria venga a la salita de recibir. Milord, acompáñeme. Mi esposo no está en casa, espero que confíe en mi palabra.

La siguió, en silencio, uno que se continuó mientras esperaban. Se negó a sentarse, y caminó de un lado a otro, sus manos cerrándose y abriéndose en puños mientras su mente repasaba cada posible escenario.

Cuando finalmente Victoria apareció, pálida y con los ojos llenos de miedo, él se detuvo en seco.

—¿Qué le dijiste? ¿Qué hiciste para que Anne huyera?—preguntó Grayson, avanzando hacia ella.

Su voz era baja, pero su tono oscuro, y no le dio pena sonar amenazante. En su defensa, la joven Atholl se mantuvo firme. La sangre escocesa corría fuerte en la familia, eso parecía.

—Mi padre me pidió que la convocara para entregarle una carta. Por eso… Le escribí una nota para invitarla a reunirnos, y apenas llegó, se la di. No sé lo que decía, lo juro—levantó sus manos.

—¡¿Y crees que eso te exime?!—rugió, acercándose tanto que Victoria dio un paso atrás, temblando—. Esa carta la empujó a huir. Tu padre debe haberte dicho lo que contenía. Tú fuiste la que le pidió que se fuera de esta casa, porque la detestas. Esto es perfecto para ti. ¡Dímelo!

Victoria miró hacia su madre, buscando apoyo, pero la condesa la miraba con gesto de total sorpresa.

—Victoria… ¿Es eso cierto? ¿Le pediste a Anne que dejara la casa?

La mujercita parpadeó con rapidez, y luego miró a su madre, con lágrimas en los ojos.

—Estabas tan triste… Los rumores te estaban haciendo daño, y no iban a parar. Nuestra familia sufría por ella…

Grayson fue a interrumpir, acuciado por saber el paradero actual de Anne, pero la condesa no le prestó atención, exaltada.

—¡El responsable es tu padre, Victoria! No Anne. Ella es… Víctima. ¡Oh, querida, qué equivocada has estado!

—Madre…

—¿Qué dijo tu padre sobre la carta? Responde al duque, Anne puede estar en peligro. Seguramente no la odias tanto como para desearle mal.

—¡No la odio!—protestó.

—Victoria, responde—Su tono era frío, casi cortante.

—No lo sé… mi padre no me dijo nada, solo que se la diera. Estaba… alterado, nervioso. No sabía que ella iba a irse…

Su voz se quebró, y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Grayson apretó los puños, dando un paso hacia atrás, pugnando para no perder el control por completo. Respiró con profundidad, tratando de contener la furia que lo consumía.

En ese momento, Maude, la hermana menor, apareció en la puerta. Había estado escuchando, notó, y sus ojos estaban húmedos. Su voz temblaba cuando habló.

—Anne siempre decía que le gustaba Escocia. Quizás… quizás fue hacia allí.

Grayson giró hacia ella, aferrándose a esa pista como si fuera un salvavidas. Asintió frenético, sus ojos brillando con nueva determinación.

—Gracias —dijo, y luego se giró hacia la condesa—. Dígale a su esposo que si algo le sucede a Anne, no tendrá lugar donde esconderse de mi ira. Lo haré pagar, a él y a cualquiera que la haya empujado a esto.

—Haré que la gente de mi esposo la busque también, milord—le gritó la condesa, casi corriendo tras él—. Aunque no lo crea, jamás desearíamos mal a Anne.

Sin prestar más atención, salió de la mansión, subiendo al carruaje de un salto.

—Vamos de vuelta a la mansión, y cuando lleguemos, prepare el carruaje grande con los caballos que corran y resistan más. Tenemos que alcanzar a un vehículo que se dirige a Escocia.

Su tono era de fría autoridad, aunque su corazón estaba desbordado de miedo y furia. No pasó más de media hora que estaba en camino, y mientras avanzaba, Grayson cerró los ojos, permitiendo que una única imagen lo llenara: Anne, segura entre sus brazos.

Juró que haría cualquier cosa para que eso fuera una realidad.

Capítulo 16.

El sonido constante de las ruedas sobre el camino de tierra se mezclaba con el golpeteo de la lluvia fina contra las ventanas del carruaje. Grayson estaba sentado con la espalda rígida, su mirada clavada en el paisaje que pasaba como un borrón.

Los campos verdes, las granjas dispersas, todo se desvanecía frente a la intensidad de sus pensamientos. *Anne*. *Anne sola en un carruaje de línea, expuesta, vulnerable*. La imagen le quemaba la mente como un hierro candente.

¿Cómo era posible que ella se hubiese ido sin más? ¿Qué era tan terrible que la hacía dejarle atrás? Anoche, y las anteriores, habían vivido lo más íntimo y sagrado que una pareja podía compartir. Sus cuerpos y almas estaban conectados, ¿por qué no le esperó, le contó qué ocurría?

No obstante, las horas fueron drenando su desazón y le habían dado cierta perspectiva, y su mente aguzada volvía a pensar con claridad. Victoria Atholl había dicho que su padre estaba agitado al pedirle que llevara el sobre a Anne.

Eso no era propio del conde, que era un hombre flemático, compuesto. Había tenido a su hija en su casa por años, la llevó allí cuando niña. Nunca le molestó. ¿Por qué en tan corto lapso había estado urgido para que se fuera de Londres? Dos veces lo intentó, la segunda con éxito.

Los rumores *sobre Atholl y su bastarda* habían existido por años, aunque sí era cierto que recrudecieron en las últimas semanas. Eso tenía que molestar a la condesa Atholl, pero…

Esta sufría más por el engaño de su esposo que por Anne en sí misma, y eso lo percibió Grayson muy claro. Brodie Campbell se lo dijo, y a Victoria. Y se preocupaba por Anne.

Así que no podía ser esta la que empujaba al conde a sacar a Anne de Londres. Tenía que haber otro motivo.

—¿Cuánto falta para la próxima parada?—dijo, inclinándose hacia la ventanilla que separaba el interior del carruaje del asiento del cochero.

—Estoy apretando el paso tanto como puedo para recortar minutos, pero calculo que una hora—respondió el cochero.

Grayson apretó los puños, reprimiendo el impulso de exigir más rapidez. Se había detenido en la terminal de los coches de línea de Londres, y allí había averiguado que el carruaje en el que Anne viajaba les llevaba varias horas de ventaja. Su única opción era alcanzarla en alguna de las postas del camino.

Se hizo atrás, su cabeza enredada, la impaciencia y la ansiedad corroyendo su ánimo. El tiempo parecía estirarse de forma cruel, y cada vez que el carruaje daba un salto al superar un bache, su mandíbula se tensaba más.

Voy a demostrarle que adonde ella vaya, la encontraré. Que no puede huir de mi

protección, que no hay nada que no haría por ella y para ella, pensó, los ojos cerrados un instante. *Que no miento cuando digo que la cuidaré y que la quiero a mi lado.*

No era solo frustración lo que sentía. Era miedo, profundo y visceral, de no llegar a tiempo. Era noche cerrada cuando finalmente divisaron la posada, un edificio modesto con luces cálidas que iluminaban el camino fangoso.

Grayson abrió la puerta del carruaje sin esperar a que el cochero lo hiciera, y saltó al suelo, ignorando el barro que manchó sus botas impecables. Con zancadas veloces cubrió la distancia hacia la casa.

Ingresó al lugar, y la calidez y los ruidos lo envolvieron apenas traspuso el umbral. La posada estaba llena de viajeros. El sonido de conversaciones y risas llenó sus oídos, y su mirada pasó por encima de la estufa en la que crepitaba el fuego, posándose en cada mesa a la vista.

Se abrió paso entre los que bebían parados con paso decidido, buscando una figura conocida. Una matrona con cara avinagrada vino a él con una bandeja en la mano, pero la ignoró.

—Milord, ¿necesita una comida caliente, un baño, habitación? Le aseguro que…

—Busco a mi esposa. Llegó en el carruaje del correo, y …

Y entonces la vio. Anne estaba sentada sola en una mesa junto a la ventana, una taza de té entre las manos, los hombros encorvados como si quisiera hacerse invisible. Su fragilidad lo golpeó con fuerza.

—Allí está.

—Oh, sí, la señorita elegante, muy bonita. Ya le asigné la habitación y…

—Quiero la mejor que tenga, y haga que lleven allí el equipaje de la señora—ordenó, impaciente.

La mujer parpadeó, e iba a decir algo más, cuando su cochero llegó a su lado.

—Su Excelencia, atenderán a los caballos. Hablé con el chofer del carruaje de correo, y…

La posadera abrió sus ojos muy grandes.

—Oh, su Gracia, me ocuparé de inmediato de la habitación.

No prestó más atención, porque entonces un hombre grande y malencarado se acercó a la mesa de Anne, invadiendo su espacio y haciendo que ella se hiciera atrás, alarmada. Grayson maldijo por lo bajo y caminó con rapidez. Alcanzó a escuchar las últimas palabras del hombrón.

—… una mujercita tan bonita no debería estar sola. Por fortuna, puedo ayudarla. Es importante que alguien como usted tenga protección y…

—Le he dicho que no quiero nada, por favor, márchese—murmuró Anne, intentando mantenerse serena.

—¡Apártese de ella de inmediato!—dijo el duque, y el hombre le miró con furia, mientras Anne desorbitaba sus ojos y abría su boca, asombrada.

—¿Quién cree que es para decirme qué hacer?

—Le advierto, retírese y no me obligue a tomar recaudos—gruñó, y el hombre reparó entonces en su expresión, así como en su arma, que Grayson mostró, levantando su levita—. La señorita es mi esposa.

El grandulón miró a Anne, que retiró su vista, asintiendo con un gesto rápido.

—No quería causar problemas…—balbuceó antes de desaparecer entre la multitud.

Anne levantó la mirada hacia Grayson, y sus ojos reflejaron sorpresa, pero también hondo alivio.

—Grayson… —susurró, como si no pudiera creer que estuviera allí.

Él se sentó frente a ella, su expresión aún seria, aunque su mirada suavizó el impacto de sus palabras.

—¿Qué demonios estabas pensando, Anne?—preguntó con una voz cargada de emoción contenida—. ¿Cómo pudiste irte así? ¡Lo que sea que te hizo huir, debiste venir a mí! Prometí protegerte, y no es algo que tomo a la ligera.

—Yo… Lo lamento, Grayson, pero…

—¿Tienes idea de lo que he pasado estas horas?—tomó su mano, urgido, sus ojos clavados en los femeninos, deseando que viera su desasosiego—. ¿El terror de pensar que podría pasarte algo y no estaría allí? Anne… ¿No crees en mí? ¿No confías en que puedo protegerte?

Ella bajó la mirada, sus manos apretando la taza, y luego los bellos ojos volvieron a él. Podía leer su fragilidad, el peso que llevaba en su cabeza solo con observar la tristeza que emanaba de ella.

—No es eso… No es que no confíe. Es que…

—¡Dime qué ocurrió! Casi me vuelvo loco cuando no te encontraba, y sé que Atholl tuvo que ver.

Ella suspiró, y asintió.

—Victoria me dio una carta, del conde. Esta… Me pedía que me fuera de Londres porque le habían amenazado.

—¿Qué?—apretó su mandíbula. Ese bastardo… ¿Qué creía que hacía forzando a su hija a irse sola de la capital, exponiéndola a peligros inusitados?—. ¿Quién y con qué lo amenazó?

—No sé quién… Pero escribió que era su familia la que estaba en peligro… Que le harían algo a Maude, o Edward… No sé más…—sacudió su cabeza—. No podía soportar la idea de que por mi culpa… algo le pasara a mis hermanos.

—¿Qué culpa podrías tener tú, Anne?—su tono era más mesurado ahora que la tenía enfrente, con su mano entre las suyas, a salvo—. Además… ¿No pensaste que quien lo amenazaba podría ser alguien que te quiere expuesta, sin protección?

—Sí… por ello pedí a una criada que usara mi sombrero… Para despistar a quien pudiera estar vigilando la casa… Por ello me fui a pie y renté un coche hasta la estación.

Asintió, entendiendo la treta y admirando la astucia de Anne. A pesar de su temor, de su estado emocional, había pensado con cierta claridad. Lo único imperdonable era que no hubiese confiado en que él resolvería la situación.

—Eso fue inteligente, pero… ¿Cómo no pensaste en mí para ayudarte? ¡Debí ser tu primer pensamiento!

—No quise exponerte. Tú… tienes demasiados problemas y…

—Tú no eres un problema, Anne. ¿Cómo hago para que lo entiendas? Tú eres solución en mi vida, preciosa Anne—susurró, y su mano acunó el rostro. Ella cerró los ojos, y suspiró—. ¿Crees que dejarme así, en las sombras, enloquecido al no saber dónde estabas habría resuelto las cosas?—Su tono se endureció, pero cuando vio que Anne se encogía, tomó aire y moduló su voz —. Anne, lo siento. No quiero asustarte. Pero tienes que entender esto: no estoy a tu lado por deber o compasión. Quiero casarme contigo porque me importas. Te quiero. Te seguiré adonde vayas, daré vuelta cielo y tierra por ti. No soporto la idea de que estés sola y en peligro. Sin mí.

Anne alzó la mirada, y la intensidad de su mirada atrapó las palabras en su garganta.

—Grayson, yo… lo siento—susurró—. Dejarte es la decisión más difícil que tomé, pero lo hice por mis… por los Atholl—Sus hombros cayeron, desalentada—. Sí, tienes razón, pensé mal. No debería haberme marchado así. Estaba asustada. Pensé que era lo correcto para todos.

—¡No para ti! Te expusiste. Lo correcto habría sido esperarme. Decírmelo. Dejarme ayudarte. —Grayson bajó su mano para volver a tomar la femenina—. No más huidas. Esta noche nos quedaremos aquí, pero volveremos a Londres a primera hora.

Ella asintió, obediente, y Grayson sintió alivio. Ella no se resistía, como temió. La ayudó a incorporarse, y con ella se acercó al mostrador. Antes de alcanzarlo, la posadera vino a ellos.

—Todo está listo, el equipaje en la habitación, el fuego encendido. Les llevarán una bandeja con la comida en una media hora.

—Quiero un baño caliente—dijo él, y la mujer asintió.

Las miradas curiosas de algunos los siguieron cuando ascendieron, pero ambos los ignoraron. El alivio que Grayson sentía era inenarrable. Los posibles peligros que Anne había corrido fueron quedando atrás con cada paso hacia la habitación. La tenía a su lado, y su mundo volvía a su eje.

++++

Anne tragó saliva mientras comía con frugalidad y observaba a Grayson a su frente. Un muchacho iba y venía trayendo cubos de agua caliente, y ambos evitaron hablar mientras él hacía su tarea.

Le dolía el cuerpo. El viaje en el carruaje había sido una tortura. La incomodidad de los

asientos, el constante traqueteo del vehículo, pero sobre todo la soledad, la habían acompañado durante cada kilómetro.

Su mente no había dejado de repetir las palabras que el conde le había escrito, y de repensar sus acciones precipitadas. Temía haber reaccionado por instinto y acudiendo a prácticas viejas, cuando no tenía a nadie en quien confiar.

Alejarse de Grayson y de sus dulces promesas, no obstante, habían sido el peso más doloroso. Era renunciar lo que había elegido, para evitar un mal que no sabía de dónde o por qué podía caer sobre su… la familia Atholl.

Cuando había arribado a la posada, estaba agotada. El que el hombrón no hubiese dejado de rondarla era un asunto que la había comenzado a inquietar. El camino a Edimburgo era largo, y había escuchado que el matrimonio que la acompañó hoy se bajaría en camino.

Si nadie más subía, estaría en una situación desagradable. Las palabras no eran soeces, pero su mirada… La estremecía. El té caliente y dulce la había estado ayudando con la tensión en su cabeza y estómago, pero lo arruinó, otra vez, el desagradable individuo, que además olía terrible.

Entonces había escuchado la voz del duque surgiendo de la nada e intimándolo a dejarla en paz. Anne casi se desmayó de la impresión. Grayson. Su Grayson. ¡Había venido por ella!

A pesar del alivio que sintió al verlo, su tono autoritario y su firmeza inicial la habían dejado sin aliento. Pero, al mismo tiempo, necesitaba esa fuerza, esa seguridad que solo él podía brindarle.

Ahora estaban en la misma habitación, comiendo en silencio, y ella no sabía qué decir que borrara la expresión herida en el hombre que adoraba. D*ebí confiar en él.* Grayson tenía razón. Había actuado impulsivamente, dejando que el miedo guiara sus decisiones.

Pero, ¿cómo no hacerlo? Había pasado toda su vida lidiando sola con sus problemas, acostumbrada a ser una carga para los demás. Confiar en alguien, depender de alguien, era un lujo que nunca había tenido.

Mas Grayson era diferente. Él la había seguido, había demostrado que estaba dispuesto a arriesgar tanto por ella. Su corazón estaba lleno de una emoción que no podía nombrar. Era más que gratitud, más que alivio. Grayson era su refugio, su sostén.

Y aunque el miedo y la desconfianza aún la acechaban, esa noche decidió dejar ir sus dudas.

Estoy contigo, Grayson, pensó mientras sus ojos se cerraban.

—Está listo, milord. Hay una pastilla de jabón de flores y toallas limpias—escuchó que decía el muchachón.

—Gracias—Grayson se incorporó y Anne le vio dar unas monedas al muchacho, que hizo un gesto cómico ante la propina—. Estaremos bien, que no nos molesten.

—Por supuesto, Excelencia.

Anne observó al muchacho marcharse, su andar rápido y los ojos aún abiertos como platos por la generosa propina que le había dado Grayson. Ella cerró la puerta con suavidad y se apoyó contra la madera, sintiéndose abrumada por las emociones.

—Anne —la voz de Grayson la sacó de sus pensamientos.

Él estaba de pie junto a la pequeña tina de cobre, que humeaba por el agua caliente. La visión de Grayson con las mangas de la camisa arremangadas y su semblante tranquilo pero concentrado, le hizo sentir un nudo de emoción en el pecho.

—Ven aquí—dijo él con suavidad, extendiendo una mano.

Ella tragó saliva y caminó despacio hacia él, notando la calidez en sus ojos cuando la miraba. Había algo muy íntimo en la forma en que Grayson la observaba, como si pudiera despojarla de cada una de sus inseguridades con una simple mirada.

—Grayson, no tienes que…—comenzó a decir, pero él negó con la cabeza, interrumpiéndola con una sonrisa tierna.

—Sí, Anne, sí tengo que hacerlo. Porque te amo, porque eres mía, y porque quiero asegurarme de que todo en tu vida, hasta lo más pequeño, sea perfecto—Su voz era un susurro profundo, lleno de emoción—. Déjame cuidarte, por favor.

Sus ojos se llenaban de lágrimas, pero asintió, incapaz de articular una palabra. Grayson vino a ella, y sus manos fueron a los lazos de su vestido. Se detuvo un momento, buscando su permiso con la mirada, y cuando Anne asintió con timidez, comenzó a desatar los cordones con delicadeza.

El vestido cayó al suelo en un susurro de tela, dejando al descubierto la camisola ligera de muselina que llevaba debajo. Grayson tomó un paso atrás, dejando que ella tomara el control del momento. Anne levantó la prenda con manos temblorosas y la dejó caer, quedando desnuda frente a él.

El aire de la habitación pareció cargarse de electricidad. Los ojos de Grayson recorrieron su cuerpo, no con lujuria, sino con admiración y devoción, y volvió a sentirse hermosa. Como si su figura, toda ella, fuera digno de ser venerada.

—Eres perfecta—murmuró él, con voz ronca, mientras la tomaba con cuidado por la cintura y la ayudaba a entrar en la tina. El agua cálida envolvió su cuerpo, y Anne dejó escapar un suspiro al sentir el calor aliviando la tensión en sus músculos.

Grayson se arrodilló junto a la tina, sus manos buscando la pastilla de jabón. El aroma a flores llenó el aire cuando comenzó a frotarlo entre sus manos, creando una espuma ligera. Con movimientos lentos y cuidadosos, deslizó sus dedos por los brazos de Anne, recorriendo su piel con delicadeza.

La espuma se mezclaba con el agua mientras él continuaba, lavando su cuello, sus

hombros, y luego tomando una esponja para seguir con su espalda.

—Anne, no tienes idea de lo que significas para mí—murmuró, inclinándose un poco mientras la esponja acariciaba su piel—. Desde el momento en que entraste en mi vida, esta cambió. Me has dado razones para ser más, para querer más. Y ahora…—hizo una pausa, su voz volviéndose más baja—. No puedo imaginar un mundo sin ti, uno que tenga color y calor.

Anne cerró los ojos, dejando que sus palabras la envolvieran, mientras las manos de Grayson seguían su recorrido por su cuerpo. Era tranquilizador, hipnótica la forma en que la cuidaba.

—Grayson…—murmuró ella, con la voz quebrada por la emoción—. Me haces sentir tanto. No lo merezco, no pensé que alguien pudiera verme como tú lo haces.

—No conozco persona más merecedora de amor que tú, mi querida—besó su hombro—. Es milagroso que sea yo el depositario de tu afecto.

Él dejó la esponja a un lado y tomó un cántaro para verter agua tibia sobre su cabello. Sus dedos se hundieron en sus mechones, masajeando su cuero cabelludo con la misma ternura que había mostrado antes.

Mientras el agua corría por su cuello y espalda, Grayson inclinó la cabeza, dejando que sus labios rozaran su oído con suavidad, provocando cosquilleo.

—Nos casaremos en breve, Anne. No voy a dejar que huyas de mí. Pondré más guardias si es necesario, pero no pienso dejar que nada ni nadie te aparte de mi lado. Y quiero que sepas algo más: no solo tú estarás protegida. He decidido que también garantizaré la seguridad de la condesa de Atholl y sus hijos. No permitiré que el miedo siga dominando vuestras vidas.

Anne abrió los ojos, girando la cabeza para mirarlo. Sus rostros estaban tan cerca que podía sentir su aliento cálido contra su mejilla. Sus palabras, dichas con tanta pasión y determinación, la llenaron de un alivio.

—Eso significa mucho para mí, Grayson—susurró—. Más de lo que puedo expresar. Aunque ellos no sientan el mismo afecto que yo…

—No creo que sea así. Estaban muy conmovidos, y me hicieron saber que no te odian ni te desean mal.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso, y el peso del mundo se sintió desaparecer de sus hombros. Inclinándose hacia adelante, presionó sus labios contra los de Grayson, que lo devolvió con creces, algo salvaje y frenético al comienzo, para luego volverse lento y profundo.

Cuando se separaron, Grayson tomó una toalla limpia y comenzó a secarla con la misma delicadeza con la que la había lavado. Sus manos eran firmes pero suaves, y Anne se dejó cuidar, entregándose a él.

—No es justo que corras en dirección contraria cuando eres el regalo que no había esperado recibir, pero que quiero atesorar por siempre. Eres mi astuta, fuerte y vulnerable Anne.

Perfecta con cada una de las imperfecciones que dices tener.

—Me valoras más de lo que…

—Soy un hombre justo. Reconozco lo precioso que tengo entre manos. Nadie volverá a hacerte daño, Anne. Nadie, y es una promesa que no romperé. Mientras respire, protegeré lo que amas. Tú eres mi prioridad, mi vida, pero sé lo que pesa en tu mente, y no descansaré hasta que la amenaza desaparezca.

Anne sonrió, sintiendo que su corazón estaba lleno. A pesar de las dificultades, de los miedos y de los peligros, en este momento, todo estaba en su lugar. Grayson era su refugio, su fortaleza.

Anne se acomodó luego en la pequeña banca junto a la bañera, envuelta en la toalla que Grayson había usado para secarla, y lo observó. Él estaba de pie, deshaciéndose con calma de su camisa, que dejó caer al suelo con un movimiento despreocupado.

La luz de las velas danzaba sobre su torso, resaltando los músculos definidos de sus hombros y pecho. Había algo primitivo y magnético en su figura que la dejaba sin aliento.

Grayson se desabrochó los pantalones y los dejó caer con la misma naturalidad, quedando desnudo frente a ella.

No mostró ni una pizca de vacilación, sus movimientos firmes y confiados, como si lo que era se ofreciera a ella sin reservas. Anne desvió la mirada, pero solo por un instante. Era imposible no admirarlo, no quedarse atrapada en la intensidad de su masculinidad.

Él entró en el agua con un suspiro de alivio, inclinando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos mientras se dejaba envolver por el calor. El agua cubría su cuerpo hasta el pecho, y pequeñas ondas se formaban a su alrededor con cada movimiento.

Su cabello oscuro se humedeció, pegándose a su frente y destacando los rasgos marcados de su rostro. Anne no podía apartar la vista. Era un hombre impresionante, no solo por su físico, sino por lo que representaba: seguridad, fuerza, devoción.

Era reconfortante observarlo así, relajado y en paz. Grayson abrió un ojo y la sorprendió mirándolo, una sonrisa ligera curvándose en sus labios.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, con un tono travieso que contrastaba con su seriedad habitual.

Anne se sonrojó, pero no desvió la mirada esta vez. Dejar que sus sentimientos fueran visibles era liberador.

—Eres… muy impresionante—admitió, su voz apenas un susurro.

Grayson rio y el sonido llenó la habitación como un eco cálido. Extendió una mano hacia ella, pero no para que se acercara, sino para conectar. Anne la tomó y la sostuvo entre las suyas, disfrutando del tacto de su piel caliente y mojada.

—No tienes que decir nada más, mi querida—dijo él, cerrando los ojos de nuevo—. Solo

quiero que estés tranquila. Que estés feliz.

Anne lo observó en silencio, permitiéndose grabar cada detalle de este momento en su memoria: la manera en que sus labios se relajaban en una sonrisa leve, la firmeza de sus hombros, la suavidad que escondía en sus gestos. Se recostó en la banca, aun sosteniendo su mano, y cerró los ojos, dejándose llevar.

En la intimidad de este espacio, con el hombre que amaba tan cerca, la tensión comenzó a desvanecerse. La calidez del ambiente, el sonido del agua y la presencia de Grayson eran lo que necesitaba.

El sueño llegó como una brisa suave, llevándola consigo, mientras un último pensamiento la acariciaba: estaba segura, estaba amada, y estaba en paz.

Capítulo 17.

La luz del amanecer comenzaba a filtrarse por las rendijas de las cortinas de la habitación de la posada cuando el golpe en la puerta, que había sonado tan real en sus sueños, despertó a Anne.

Pronto se dio cuenta de que no era más que el eco de algún ruido en el pasillo, donde escuchó pasos y algunas voces, perdiéndose. Parpadeó, desperezándose, y lo siguiente que la invadió fue el calor reconfortante del cuerpo de Grayson junto al suyo.

Él dormía profundo, su respiración tranquila llenando el espacio con un ritmo pausado. Su brazo descansaba protector sobre la cintura de Anne. La masculinidad de su figura se marcaba bajo la sábana, los hombros amplios relajados y el rostro, que solía estar endurecido por la preocupación, lucía apacible.

Anne se movió con cuidado para quedar de costado, sin pretender despertarle, pero sacudida por la felicidad que le provocaba su presencia. La forma en que su cabello oscuro caía sobre su frente, los contornos definidos de su mandíbula, la curva suave de sus labios…

Cada rasgo de su prometido era… Le quitaba el aliento. Incluso en reposo, emanaba fuerza que le hacía sentirse protegida. Una sonrisa se abrió paso en su cara al recordar cómo la había arropado la noche anterior.

De repente, los ojos de Grayson se abrieron, y su mirada, todavía adormilada, se posó en ella. Una sonrisa lenta, perezosa, curvó sus labios.

—Buenos días—murmuró con voz ronca, acariciándole la espalda con la palma cálida de su mano.

—Buenos días—respondió Anne, su voz más tímida, devolviéndole la sonrisa.

Grayson se incorporó, apoyando su peso en un codo para mirarla mejor. Su cabello estaba alborotado, su camisa arrugada, y era una imagen tan apuesta como cuando usaba los *pretensiosos trajes*, como había escuchado decir al duque de Elywood una vez.

—¿Hace mucho que estás despierta? ¿No dormiste bien?—preguntó con un destello de diversión en sus ojos.

—No… solo estaba mirándote—confesó Anne, y al instante sintió cómo el rubor subía por sus mejillas.

Grayson rio, inclinándose para rozar sus labios con los de ella. Fue un beso lento, sin prisas. Cuando se apartó, la miró con intensidad, y ella alzó una mano para acariciar su mejilla, sus dedos trazando el contorno de su mandíbula.

—Gracias… Por venir por mí, por… No sé cómo compensarte…

—Anne, no hay nada que compensar. Quiero verte feliz, segura—Atrapó su mano y la llevó a sus labios, dejando un beso suave en su palma—. Nos casaremos pronto. No pienso

esperar. Quiero que el mundo sepa que eres mía.

Anne dejó escapar un suspiro tembloroso, emocionada por la firmeza de su declaración. Él se dejó caer de nuevo en la almohada, cerrando los ojos. La postura relajada, con los brazos detrás de la cabeza, revelaba el poderoso contorno de su pecho y la forma masculina de su figura.

Anne volvió a quedar embelesada, bebiendo de cada detalle: la curva de sus hombros, la línea de sus músculos que se extendía hacia el vientre. Él la atrapó mirándole y, sin abrir los ojos, esbozó una sonrisa ladeada.

—Creo que mi ego va a inflarse demasiado si me sigues mirando así, mi bella prometida —dijo con humor.

Anne rio, inclinándose para apoyar la cabeza sobre su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón, que elevaba su torso. La paz que la invadía en ese momento era indescriptible.

Mientras dejaba que Grayson le acariciaba el cabello con movimientos lentos, Anne cerró los ojos.

—Lo disfruto.

—Si no estuviéramos en un sitio tan público, con paredes tan estrechas y oídos por todos lados, te haría mía sin dudarlo—le susurró, y ella se estremeció y sonrojó, haciendo que él volviera a reír.

Lo observó con embeleso, porque reír le sentaba, lo rejuvenecía. Despejaba las líneas severas de su expresión y agudizaba otras. Esas eran las que quería ver más a menudo, se dijo, y haría lo posible para lograrlo.

El tiempo en la posada se agotaba, y mientras la luz del día avanzaba, Grayson se encargó de ultimar los detalles del regreso. Hizo llamar a su cochero y supervisó la preparación del carruaje.

Era un nuevo día, y el leve aroma a tierra mojada llegaba desde los alrededores, impregnando el aire con una fragancia calmante. Aun así, Anne comenzó a sentir que la opresión en su pecho retornaba, más leve.

Londres otra vez. Había dejado la ciudad pensando que no volvería en mucho tiempo, y retornaba al día siguiente.

—Todo está listo—dijo Grayson al regresar a la habitación. Su mirada se suavizó al verla junto a la ventana, envuelta en un rayo de sol que acentuaba la delicadeza de sus facciones—. ¿Estás preparada?

Anne asintió, la incertidumbre reflejada en sus ojos. Grayson se acercó a ella y, al ver cómo jugueteaba con el dobladillo de su vestido, tomó sus manos entre las suyas.

—Anne…—Su voz fue baja, cálida—. No tienes por qué temer. Yo estoy contigo.

Ella alzó la vista, encontrándose con su mirada segura y reconfortante. Sus palabras

tenían la capacidad de calmarla, pero las costumbres arraigadas morían lento, y ella era desconfiada y precavida. No de él, sino del resto.

—Es solo que… regresar a Londres significa volver a enfrentar miradas, rumores… Y el conde estará lívido…—dijo, dejando que la frase quedara suspendida en el aire.

Grayson negó con suavidad, soltando una de sus manos para acariciar su mejilla.

—Primero, que no le debes nada a ese hombre, y ya me encargaré de dejárselo claro. Lo otro… El mundo puede mirar, hablar o inventar lo que quiera. Tú no tienes por qué cargar con eso—Una sonrisa se asomó en sus labios—. Además, verás que te miran distinto a mi lado—se encogió de hombros—. No quiero sonar vanidoso, pero es simple: cuanto más dinero, poder y prestigio se tiene, menos te afectan los rumores. El temor, el respeto o el deseo de agradar hace que los pobres de espíritu y maliciosos no se atrevan a mostrar su ponzoña.

Anne dejó escapar un suspiro, permitiendo que sus palabras calaran hondo. Tenía razón, por supuesto. *Eres la prometida de un duque, Anne, por increíble que parezca. Deja que esa convicción entre en esa cabezota tuya.*

El viaje de regreso comenzó entonces. El carruaje, bien acondicionado, con acolchados asientos y mantas tibias, avanzaba con ritmo constante por el camino. Anne disfrutó de la diferencia: mientras que su viaje de huida y hasta la posada había sido tenso y lleno de incertidumbre, este se sentía como un paseo.

Grayson estaba junto a ella, observándola de vez en cuando con una mirada tranquila. El paisaje cambió a las pocas horas, y la ciudad comenzó a visualizarse adelante. La tranquilidad del campo dio paso a la bulliciosa urbe, y los cascos de los caballos se hicieron sentir en el empedrado londinense.

—Estás muy callada—comentó él, tomando su mano y acariciándola con el pulgar.

Anne bajó la vista hacia sus manos unidas antes de responder.

—Soy una cobarde...

Grayson apretó su mano con más fuerza, su mirada fija en la suya.

—No, Anne, no lo eres, y no quiero que mires tu vida con miedo. Confía en mí. Lo que venga lo enfrentaremos juntos—Hizo una pausa, inclinándose hacia ella—. Además, estoy muy cerca de descubrir quién está detrás de todo.

—¿Crees que ese… quién sea, es el responsable de la amenaza a la familia del conde?

—Hay algo que no encaja en la actitud de Atholl, su urgencia por sacarte de Londres. Sus hijas lo notaron. Lo averiguaré, y cuando lo haga, nadie volverá a amenazarte, ni a tu familia.

Las palabras estaban cargadas de una determinación inquebrantable. Ella asintió, dejando escapar un suspiro y apoyando la cabeza en su hombro.

—Confío en ti, Grayson.

++++

Sentado en su sillón favorito, Grayson fijaba la mirada en el vaso de brandy que sostenía entre las manos, dejando que el silencio de la estancia envolviera su mente mientras repasaba los acontecimientos recientes.

Anne dormía en el piso superior, agotada tras el viaje y la tensión que había vivido desde el día anterior. Antes de retirarse a la biblioteca, Grayson había pedido a su madre que se asegurara de que nadie la molestara. La duquesa viuda, siempre atenta, aceptó la solicitud de su hijo sin hacer preguntas.

La mansión estaba rodeada de ojos atentos y cuidada con celo, porque se había asegurado de reforzar los guardias que mantenían la seguridad del perímetro, controlando cada metro del parque arbolado y los jardines que rodeaban la casa.

Es como un animalito asustado, pensó Grayson, llevando el vaso a sus labios. *Cualquier ruido, cualquier sombra, y salta al primer escondite que encuentra.* Era la razón por la que no dudó en irse cuando el conde se lo pidió. Su primera reacción había sido huir.

No podía permitir que ocurriera de nuevo. Tenía que desposarla lo antes posible, para que ella sintiera que había una nueva realidad arropándola. Que ya no era la mujer sola que vivía tolerada en la mansión Atholl. Sería su duquesa, y como tal, respetada y cuidada.

Había solicitado a su madre y hermana que comenzaran los preparativos, y que extendieran el rumor por todo Londres. Anne Holloway estaba comprometida, y ¡ay del que osara lastimarla con malévolos comentarios, o creyera que podía dañarla!

Suspiró, consciente de la intensidad de sus emociones. Nacían del temor de perderla. El sonido de un golpe suave en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Adelante—dijo, y sonrió a la señora Perkins, el ama de llaves, que entró con su habitual compostura.

Llevaba un gesto serio que Grayson reconoció de inmediato como algo más que una simple formalidad.

—Su Gracia, el conde de Atholl está aquí. Pide hablar con usted.

El nombre bastó para que la mandíbula de Grayson se tensara. *Atholl*. Justo el bastardo que necesitaba ver. Interesante que viniera a él, pensó que sería más complicado verlo.

Era el hombre responsable de la soledad de Anne, de los rumores que la perseguían, de la sombra que llevaba consigo. Tomó aire, y se llamó a la calma, antes de asentir.

—Hazle esperar unos minutos, y luego tráelo aquí—indicó.

La mujer inclinó la cabeza y desapareció por el pasillo. Grayson quería verlo, oh, sí, pero primero dejaría que se consumiera en la espera. Se abocó a pensar en su estrategia, en lo que quería saber, con calma.

Una media hora más tarde, su puerta sonó, y el conde ingresó. Atholl era un hombre de presencia promedio, y los años comenzaban a pesar en su postura. Lo observó con objetivo interés.

Su cabello estaba salpicado de canas, y su mirada, normalmente fría y calculadora, tenía un leve brillo que Grayson no supo interpretar.

—Conde de Atholl—dijo Grayson con un saludo seco, señalando una silla frente a la chimenea, aunque no hizo amago de ofrecerle una bebida.

—Gracias por recibirme, Excelencia—respondió Atholl, tomando asiento con rigidez—. Le devuelvo la visita tan calurosa que hizo a mi casa—la ironía no pasó desapercibida, y Grayson entrecerró sus ojos, asintiendo.

—Lamento mis exabruptos con su esposa e hija, pero las circunstancias eran apremiantes. No estaba usted allí para recibir el grueso de mi furia, como debió ser—espetó, perdiendo interés en mostrarse compuesto.

El silencio entre ambos fue denso, sus miradas midiéndose, pero el conde bajó la suya al final, asintiendo.

—Merezco eso, pero no mi familia. Ellos… son ajenos a todo, como también lo es Anne, pero… Circunstancias extraordinarias me rodean.

—¿Y eso le dio derecho a asustar así a mi prometida?

—Me he enterado de esa inesperada circunstancia. No voy a andarme con rodeos—dijo Atholl, su voz más firme—. Anne es mi hija. Lo reconozco, aunque no es algo que me honre.

Grayson apretó los puños, sus nudillos volviéndose blancos mientras dejaba el vaso en la mesa cercana. ¿Cómo se atrevía?

—Debería. Es una mujer extraordinaria.

—Me expreso mal, y me disculpo. Claro que Anne es increíble. Dotada, hermosa, gentil… La hija que cualquier hombre desearía—Sacudió su cabeza y sus hombros bajaron. En un instante pareció más viejo. Cansado—. No me honra la manera en que fue gestada y como creció.

—Concuerdo—asintió, echando sal en la que parecía una herida abierta—. La trató como a una carga desde que era una niña. ¿Y ahora viene a reconocer la que ha sido una verdad voceada como cotilleo barato? ¿Qué espera que haga con esa confesión?

Su tono era frío, su mirada cortante. Atholl inclinó la cabeza, como si aceptara la reprimenda.

—No crea que no sé lo cobarde que ha sido mi actitud. Mi relación con Anne nunca ha sido fácil. Fue fruto de un… desliz. Un error que cometí meses antes de casarme con mi querida Brodie—tragó saliva—. Mi esposa es la mujer que quiero, el nuestro no fue un matrimonio arreglado. Pero mi error me persiguió. Cuando supe de Anne, su madre moría. Y cuando llegó a

mi vida, no pude ignorarla, aunque hacerlo me costara la paz de mi hogar.

—¿Paz? —replicó Grayson con ironía—. ¿Así llama a ignorar los sentimientos de Anne e imponerse a los de su esposa?

—No tiene idea de lo que me costó—replicó Atholl, su voz endureciéndose por un momento, y resopló a continuación—. Brodie es mi vida, y Anne… Anne es una responsabilidad que nunca supe manejar. Intenté protegerla al llevarla a mi casa, pero solo conseguí que todos sufrieran.

Grayson cruzó los brazos, su mirada fija en el hombre que tenía delante.

—¿Y esa "protección" incluía pedirle que huyera de Londres con amenazas veladas?—espetó.

El conde apartó la mirada por un momento, el quiebre en su expresión evidente.

—Creí que sería lo mejor. Recibí una amenaza, Grayson. Una que no podía ignorar. Si Anne se quedaba, uno de los míos moriría. No podía correr ese riesgo. Pensé que, alejándola, estarían a salvo.

—¿Y no pensó en que Anne podía correr mucho riesgo por su cuenta? ¿Sin protección? —Grayson se inclinó hacia adelante, sus palabras llenas de furia contenida—. ¿Cómo puede llamarse su padre?

Atholl se levantó, su expresión cansada pero decidida.

—Sé que fallé. Pero estoy aquí porque temo que las cosas sean peores de lo que imaginé. Hay alguien en sus filas, Bristolbridge, alguien que se oculta detrás de un velo de respetabilidad.

—¿Quién?—interrumpió, frenético.

Necesitaba ese nombre.

—No lo sé, pero es poderoso. Me envió amenazas escritas que mostraban que sabía mis movimientos, los de mis hijos. Me amenazó, y sé que está jugando un juego más grande de lo que ninguno de nosotros entiende. Necesito confiar en usted para proteger a Anne… y a mi familia.

Grayson lo observó en silencio por un momento antes de asentir.

—Anne será mi esposa. Eso significa que estará bajo mi protección, no la suya. Si no puede darle el respeto que merece, le pido que no intervenga más. No la contacte ni vuelva a dañarla. Ni con palabras, ni con acciones.

El conde asintió, y pareció muy impresionado por la convicción de Grayson.

—No lo haré. Confío en que hará lo necesario. Pero tenga cuidado. Este hombre… este Fantasma… es más peligroso de lo que parece.

—¿Cómo sabe que es ese su apodo?—dijo Grayson, elevando sus cejas.

—Así firmó sus amenazas—Atholl resopló—. Hice lo que se me pidió por un bien mayor. Me equivoqué. Espero que usted salga airoso y cuide a Anne. Los míos… Mis hijos la

quieren, y mi esposa me ha dejado claro que no le desea mal, nunca lo hizo. Me he equivocado mucho…

-Lo hizo-indicó-. No hay más que hablar.

El conde asintió, y se retiró, y Grayson no le detuvo. No necesitaba saber más de él. Permaneció en la biblioteca, el fuego ardiendo bajo su mirada pensativa. Su mente repasaba nombres, rostros, conexiones. Finalmente, se levantó, con una decisión clara en su mente.

—Fletcher —murmuró. Tenía que hablar con su hombre de confianza.

Capítulo 18.

El club Brooks era un hervidero de actividad aquella noche. El ambiente en su interior era denso, cargado de humo de tabaco y el murmullo constante de conversaciones. Los caballeros se agrupaban en torno a mesas de juego y sillones de cuero, discutiendo de política, negocios y las intrigas del día.

Grayson entró con Francis y Hugh, sus pasos resonando en el suelo de madera pulida. Estaba impecablemente vestido, como siempre, y caminaba con seguridad, pero su mirada tenía una intensidad calculadora.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer, Grayson?—preguntó Francis en voz baja, ajustándose el cuello de su chaqueta.

—Por supuesto, lo he meditado bien—respondió Grayson, su tono firme mientras sus ojos recorrían la sala—. Esta noche sabremos la verdad. Ha sido suficiente de engaños y de esconderse en las sombras. Uno de estos hombres…

—Es un asesino, un criminal que no merece estar en las filas de nuestro partido—murmuró Hugh, mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

Grayson asintió, y palmeó el hombro de su amigo. Este había sido engañado, acusado, vilipendiado por los acólitos del líder que tiraba hilos desde las sombras. Solo el accionar rápido y los contactos de Grayson habían evitado que perdiera su título, su dinero, o su vida.

Era lógico que estuviera agitado y expectante al sentir que el resarcimiento estaba cerca.

Caminaron con aplomo hasta la que era su mesa habitual, aunque una vez allí, no estuvieron mucho tiempo solos, porque dos figuras prominentes en el club se acercaron.

Lord Grey, rengueando, su gota acuciándolo, y sir Henry Brougham, cuyo porte elegante no mermaba a pesar de los años. Sin embargo, había arrugas nuevas en su faz, observó Grayson. Miró alrededor, y se dijo que el tiempo pasaba para todos, máxime cuando vivían tiempos revueltos.

—¡Duque de Bristolbridge!—exclamó Grey, sonriendo con calidez—. Grata sorpresa verle por aquí hoy. Le echábamos de menos. Se rumora que sus noches estaban ocupadas estos días con cuestiones más… interesantes y dulces.

Lo miró sin parpadear, molesto por la insinuación, que no dejaba de ser verdad. No quería que Anne se mencionara hoy y aquí.

—Bueno, me alivia que me echen de menos. Aunque convengamos que compartir mis noches con liberales entrados en años y dados a las discusiones banales y a beber mucho whiskey se hace viejo luego de algunos años—bromeó, y hubo risas. La del propio Grayson fue fría, y no alcanzó a su mirada—. Pero de vez en cuando, uno encuentra motivos para volver. Siempre hay sorpresas interesantes.

Brougham rio, pero su risa sonó forzada, casi mecánica. Grayson clavó sus ojos en él, analizando su postura. Le vio tenso, alerta.

—¿Sorpresas?—preguntó aquel, levantando una ceja—. ¿Qué clase de sorpresas podría encontrar un hombre tan recto como usted aquí?

Grayson sostuvo su mirada, dejando que el silencio se alargara lo suficiente para que Brougham comenzara a revolverse. Luego, inclinó la cabeza y suspiró, sus dedos tamborileando en la mesa.

—Oh, ya sabe, información sobre cosas que uno escucha por ahí en las calles.

—No hay que fiarse del cotilleo de las clases bajas—dijo Brougham.

—Mm, tengo contactos en muchos sitios, y me informan. Hay rumores preocupantes. Saben que he estado ocupado investigando esas operaciones clandestinas, apuestas ilegales, cargamentos que llegan a los muelles en la oscuridad de la noche… Lo que no esperaba era enterarme de que es una figura de nuestro círculo la que tiene el control de todo eso. ¿Pueden creerlo?

Su voz era casual, pero sus palabras tenían un filo que no pasó desapercibido a nadie. Lord Grey frunció el ceño, desconcertado.

—¿Qué está insinuando, Bristolbridge? ¿Que uno de nosotros…?

—Nada, nada—dijo Grayson, levantando una mano en un gesto conciliador—. Solo comentaba lo curioso que es cómo todo lo que ocurre y se oculta… Termina saliendo a la luz.

Se giró hacia Brougham, cuya sonrisa había desaparecido por completo, sustituida por una expresión pétrea. Entonces los criados trajeron las bebidas, y Grayson levantó su copa en un brindis.

—Por la justicia y el orden, caballeros. Que prevalezcan siempre, y que no haya entre nosotros más que hombres honrados que sirvan a Inglaterra.

Grey asintió, aunque su incomodidad y desconcierto eran evidente. Se daba cuenta de que algo ocurría, pero no acertaba a saber qué. No importaba, porque Grayson no dudaba de él. Brougham, sin embargo, titubeó al levantar su vaso antes de llevárselo a los labios con manos tensas. Grayson aprovechó el momento.

—A propósito —dijo, con una expresión que pretendió distraída—. Mi hombre de confianza y mano derecha, Fletcher, me ha informado de algo muy interesante. Saben de mi interés en mejorar la seguridad de Londres y limpiarla de escoria.

—No tenemos más que elogios en ese sentido—dijo Grey, convencido—. Que sea tan respetado entre las fuerzas del orden es importante.

—Pues sí. Al parecer esta noche llegará un cargamento importante al puerto, ilegal.

—¿Se refiere a…?

—Opio. Esa inmundicia está invadiendo nuestra ciudad porque genera mucha ganancia—

dijo Francis.

—Esa operación en los muelles será destruida. Hemos organizado una intervención para destruir la mercadería—dijo Grayson, por lo bajo.

Brougham dejó la copa en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—¿Intervención?—preguntó, intentando sonar casual.

Grayson inclinó la cabeza.

—Ya sabe cómo es esto. No puedo decirle mucho, estas cosas deben manejarse con discreción. Sé que me entiende, milord. No queremos que los responsables huyan antes de tiempo.

La tensión en el rostro de Brougham era palpable. Grey lo miró de reojo, pero no dijo nada. Cuando Grayson y sus amigos se despidieron, luego de un rato, lo hicieron con la certeza de que su trampa estaba funcionando.

Grayson tenía sospechas acerca de la identidad del Fantasma, y había trabajado con Fletcher en el seguimiento de algunos parlamentarios whigs por días, hasta descartar a la mayoría. Entre los restantes, estaba ese hombre, el vizconde Brougham, y su actitud esta noche había sido bastante transparente.

Claro, no lo habrían considerado de no tener la información, porque el bastardo era hábil y se cuidaba. Empero, una vez que se unían puntos y se conectaba información, la imagen se aclaraba.

Fletcher los esperaba en un carruaje a unos metros de la puerta del club, y en su interior esperaron. Cuando el vizconde se retiró, con prisa, le siguieron. El cabriolé de Brougham se movió con celeridad por las calles hasta alcanzar los muelles de Londres.

El aire allí era frío y húmedo, y la oscuridad de la noche estaba apenas rota por el resplandor de las lámparas de gas de carbón. Las sombras de los galpones se extendían sobre el empedrado mojado, y el sonido del agua golpeando contra las embarcaciones añadía una nota inquietante al ambiente.

Grayson descendió, seguido por Hugh, ambos envueltos en capas oscuras. Alrededor de ellos se abigarró un grupo de hombres armados que había estado esperando en silencio, sus figuras mimetizándose contra el telón de fondo de los galpones.

—¿Estás seguro de que nos conducirá al lugar correcto?—susurró Hugh, su mano descansando sobre la empuñadura de un revólver.

—Lo estoy—respondió Grayson, sus ojos fijos en el carruaje, y se puso en alerta cuando se detuvo cerca de uno de los galpones.

Brougham descendió envuelto en un abrigo largo, y caminó con paso decidido hacia el interior del edificio.

—Muy bien, ahí es—dijo Grayson, apretando los dientes—. Ahí debe estar la mercadería

y su gente.

Con mucho sigilo, Grayson, Hugh y los demás se acercaron al galpón, manteniéndose en las sombras. Desde su posición, podían escuchar los gritos de Brougham, que daba órdenes con una voz cargada de furia.

—¡Cargad rápido, insensatos! ¡No tenemos toda la noche! Debemos mover la mercadería ya.

Grayson levantó una mano, indicando a sus hombres que esperaran. Quería ver más, confirmar lo que ya sabía.

Cuando Brougham se giró para supervisar la operación, su rostro quedó iluminado por la linterna que sostenía uno de sus hombres. La rabia y la urgencia eran evidentes en su expresión.

Grayson dio la señal, y sus hombres se movieron, rodeando el galpón. Fletcher gritó:

—¡Quietos! ¡Están rodeados!

El caos estalló, y nadie atendió a la orden de alto. El tiroteo resonó en la noche, y por varios minutos, hubo peleas, forcejeos, disparos. Fue sencillo reducirlos, anticlimático por lo decepcionante.

El último en caer fue Brougham, parapetado detrás de cajones de madera. Sin embargo, no era rival para los comandados por Grayson, que lograron hacerle salir y herirle en el hombro.

El vizconde cayó al suelo con un grito de dolor, y todo cesó. Grayson se acercó a él, su pistola aún en la mano. Se inclinó sobre el hombre, cuya mirada se clavó en él, cargada de odio.

—Ha sido más sencillo de lo que pensé, Brougham. Es hasta decepcionante.

—¡Vete a la mierda, Bristolbridge! Siempre te has creído superior.

—No, para nada—se encogió de hombros—. Por un tiempo creí que tenía un rival a la altura. Pero descubro que el Fantasma es un noble con pies de barro.

—Y corazón de miserable y asesino—siseó Hugh, que se acercó, sus ojos destellando.

—Te hice un favor, Elywood—barbotó Brougham, que parecía empeñado en desafiarlos. Tal vez contando con que le dispararan y no responder por sus delitos—. Ese medio hermano tuyo era una carga.

Hugh se adelantó y le asestó un puñetazo brutal, enfurecido, pero Grayson lo detuvo.

—No le hagas fácil la salida, Hugh. Cree que provocarte hará que le des un tiro que alivie su futuro. No pasará. Esto acaba aquí, Brougham—dijo Grayson, su voz fría—. Serás juzgado por tus crímenes. Y ahora que has caído, tus lacayos cantarán como pájaros.

Brougham escupió al suelo, furioso.

—No tienes idea de lo que estás haciendo, Bristolbridge. ¿Crees que trabajo solo? Hay gente muy poderosa conmigo.

—No, no lo creo. Eres egocéntrico y ambicioso, no de los que repartes el botín. Así actuabas en el Parlamento, buscando sobresalir.

Se acercó, y lo tomó por la pechera de la camisa, mientras Fletcher le ataba las manos.

—¿Creíste que permitiría que continuaras amenazando a mi prometida? Ese fue tu error más grave… Te metiste con lo que más quiero, ignorando mis recursos…

—Esa bastarda… Debí encargarme de ella de manera personal… Debí…—lo miró con infinito odio.

Grayson lo golpeó en la boca con furia.

—Anne Holloway es la próxima duquesa de Bristolbridge. Que no se te olvide—se alejó, desatando su cravat, que usó para limpiar la sangre en sus manos—. Fletcher, entrega esta bazofia a las autoridades. Y asegúrate de que tus hombres les respalden y hagan guardia hasta que sea juzgado.

Mientras observaba cómo se llevaban a Brougham y a los demás, Grayson sintió la algarabía llenarlo de a poco, percatándose de que habían triunfado.

El *Fantasma* había caído. Lo que restaba era asegurarse de que fuera juzgado con ecuanimidad y que sobre él cayera el peso de la ley.

—Bien hecho, Grayson—dijo Francis, palmeando su espalda, y asintió.

—Vamos a nuestras casas, caballeros—dijo Hugh, más calmo—. Lo que vale la pena nos espera en ellas.

++++

La mansión Bristolbridge estaba tranquila cuando Grayson cruzó el umbral, deseoso de quitarse los rastros de la acción. Estaba hecho un desastre: su abrigo tenía manchas de sangre, y sus botas llevaban el barro de las callejuelas donde había transcurrido la última confrontación.

Ascendió por la escalera con cuidado de no hacer ruido, y se detuvo ante la puerta de la habitación de Anne. Dudó si golpear o no, pero la energía bullía en él, y quería verla, contarle lo ocurrido.

Con suavidad, chocó sus nudillos contra la madera, y esperó. Ella abrió y su sonrisa dulce lo llenó de paz. Tenía un libro en su mano, que apretó en su pecho, y se hizo a un lado para dejarle pasar.

Anne observó a Grayson con atención mientras este se colaba en su recámara y tomaba asiento en una butaca. Se lo veía desprolijo, pero distendido, relajado, a diferencia de lo que habían sido los últimos días, en los que se había abocado a investigar y cazar al hombre que lo desvelaba.

Ella había sabido que hoy era la noche, y había estado muy nerviosa e inquieta a la espera de su retorno. Había temido, por él, pero aquí estaba. Su expresión era la de un hombre que había triunfado.

—Grayson…

Él extendió sus brazos y ella cubrió la distancia entre ambos con rapidez, sentándose en su falda, como se había vuelto costumbre. Antes de que ella pudiera decir algo más, la tomó de las manos, sus dedos firmes rodeando los suyos.

—Está hecho, Anne—dijo, su voz cargada de una mezcla de agotamiento y alivio—. El Fantasma ha caído. Hemos apresado a Henry Brougham, y su red ha quedado al descubierto. Ya no podrá hacer daño.

Anne parpadeó, asimilando la información. Brougham. El hombre que tantos respetaban en el Parlamento, el mismo que siempre tenía una sonrisa afable y una palabra convincente para cada oído.

—¿Brougham?—repitió, incrédula—. ¿El Fantasma era él?

Grayson asintió, soltando un largo suspiro mientras se pasaba una mano por el cabello.

—Sí. Durante años, había operado en las sombras, construyendo un imperio de crímenes. Contrabando, apuestas ilegales, tráfico humano… Y fue él quien orquestó lo que ocurrió con Hugh. Le tendimos una trampa, y cayó. Será juzgado, probablemente colgado. Sus hombres han comenzado a confesar.

Anne se llevó una mano a la boca, procesando la magnitud de lo que Grayson le decía. Pensó en lo que había pasado Hugh Lycombe, el duque de Elywood, y su amiga Isla. Había sido Brougham el responsable. ¡Y las amenazas a Atholl, tenía que ser él!

—¿Fue… Fue quien amenazó al conde?

—Sí. Quería sacarte de Londres para afectarme, y dañarme. Astuto. Se dio cuenta de lo que significas para mí.

Anne se mordió el labio inferior, y asintió. Grayson había conducido una operación formidable. Sería un escándalo en la mañana, la clase alta estaría sacudida, conmovida.

El cotilleo duraría semanas, y se cebaría en la familia de ese hombre. Esperaba que no tuviese hijas que sufrieran el escarnio, o niños.

—¿Qué pasará con su familia?

—Ay, querida Anne, ¿te preocupas por ellos?—sonrió con ternura—. No serías la que amo si no te inquietara. Su esposa será afectada, no lo dudo—Pasó las manos por el cabello, cardándolo, mientras hundía su nariz en el cuello femenino y aspiraba su divina fragancia—. Por fortuna no tiene hijos que carguen con el peso de la deshonra. Atholl y su familia están a salvo—añadió—. La amenaza que lo obligó a pedirte que te marcharas ha desaparecido.

Una oleada de alivio recorrió el cuerpo de Anne, tan intensa que sintió las piernas temblar. Grayson la sostuvo, apretándola contra su pecho, y Anne se dejó envolver por su abrazo.

Apoyó la cabeza, escuchando los latidos de su corazón, un sonido fuerte y constante que

la tranquilizó.

—Gracias…—susurró, su voz cargada de emoción—. Por todo lo que has hecho, por mí, por mi familia, por todos. Eres… extraordinario, Grayson.

Él sonrió, besándole la frente con ternura.

—Hice lo que debía. Y lo volvería a hacer. Porque tú lo mereces todo, Anne. Todo.

Anne lo miró a los ojos, y la fuerza y determinación que vio en ellos le arrancaron una sonrisa. Aquí estaban, en la mitad de la noche, abrazados y en paz, sintiéndose, conectados, libres de amenazas.

—Eres mi héroe—murmuró, sus manos subiendo para rodear su cuello, atrayéndolo más cerca—. Siempre lo serás.

Grayson inclinó la cabeza, capturando sus labios en un beso suave. Anne era feliz. El mundo se desmoronaba para algunos, de manera merecida, y se reconstruía para otros.

Ella no solo estaba a salvo, sino que, junto a Grayson, tenía un futuro. Era querida, cuidada, y tendría una familia. El futuro era promisorio.

Capítulo 19.

Las grandes lámparas de araña del salón principal de la mansión de Bristolbridge brillaban con una intensidad que rivalizaba con las estrellas de la noche. Los acordes de un vals llenaban el aire con una melodía elegante y envolvente.

La Ton de Londres estaba allí, desplegando su habitual mezcla de glamur y rumores, vestidos de sedas y muselinas, y comentarios susurrados. Anne ajustó el dobladillo del vestido de muselina verde que llevaba.

Era sencillo, comparado con las elaboradas creaciones que adornaban a las debutantes de esa temporada, pero los detalles bordados a mano y la caída fluida realzaban su figura delicada.

Su cabello estaba recogido en un peinado elegante, y un collar de perlas, regalo de la duquesa viuda, adornaba su cuello.

A su lado, la madre de Grayson, con su porte regio y mirada desafiante, le sostenía el brazo con una firmeza que hablaba de determinación. Las debutantes cuchicheaban desde las esquinas, y los caballeros giraban la cabeza al paso de ambas.

—Querida, esta es tu noche. Levanta tu cabeza, pasea tu mirada y no la bajes ante nadie. Grayson quiere que todos vean a su prometida en su esplendor. No muestres duda ni permitas que las víboras en finas telas te destruyan—dijo la duquesa, inclinándose hacia Anne con una sonrisa.

Anne respondió con un leve asentimiento, incapaz de hablar. La calidez de las palabras de su futura suegra le llenó el pecho de gratitud. Se sentía exultante. Respetada por las personas que rodeaban y querían a Grayson, que habían extendido su cariño a ella.

Desde el momento en que su prometido la trajo aquí, había estado en una burbuja de protección y alentada a abrirse, a mostrarse. Valoraban su presencia, el que Grayson la hubiese elegido, su talento con la música, su capacidad con los números. La confianza había vuelto día a día a Anne.

Miró sus manos y muñecas, y se maravilló por las joyas que portaba. Piedras preciosas y metales nobles la adornaban y la hacían admirada (también envidiada). Llevó su mano para envolver el relicario de su madre que, como de habitual, la ancló y le dio valor.

Lady Cressida estaba en un rincón con varias matronas, incluidas algunas de las que administraban Almack’s. Todas mantenían expresiones de incredulidad mientras la duquesa se acercaba con Anne.

Esta tragó saliva, intentando mostrarse imperturbable, mientras las saludaba, su tono firme y educado.

—Queridas, encantada de recibirlas esta noche. Por supuesto que ya conocéis a la futura duquesa, la señorita Anne Holloway. Sé que su maravilloso don con el clavicordio ha sido

apreciado por ustedes en algunas galas—indicó, sus ojos brillando con un desafío implícito.

Las mujeres se quedaron en silencio, mirándose entre sí, incapaces de articular un comentario malicioso. Lady Cressida, que solía ser la más mordaz, simplemente hizo un gesto de asentimiento forzado.

—Claro, hemos gozado de su música, miladi. Enhorabuena por su compromiso.

Cuando la noble la felicitó, las que la rodeaban se precipitaron a hacer lo mismo. Anne sintió una pequeña ola de satisfacción. Esto de acallar bocas mordaces era maravilloso, y se sentía bien. Las mismas que la habían humillado ahora no se atrevían a hablar mal de ella.

Sin embargo, lejos de regodearse, Anne se concentró en la calidez del momento, en el hecho de que era vista y considerada, no por los rumores sobre su origen, sino por su lugar junto a Grayson.

Porque este la había elegido para ser su mujer, su esposa, su amante, y le devolvía el amor que ella le profesaba. Era afortunada, mucho.

Escuchó a la duquesa hablar con las demás, y luego de unos instantes, se disculpó. Había visto a Isla y Nessa, y hacia ellas se dirigió, abrazándolas. La gala se tornó agradable con ellas a su lado, y la conversación entre ellas fue perfecta, como siempre.

Tenía tanto que agradecer a la vida por estas amigas que había conocido allá lejos, en Escocia, y que eran un regalo. ¡Cuánto les había cambiado la vida a todas!

Nessa, la menos interesada en la temporada social al partir de Escocia, tres años atrás, había sido la primera en tener su historia de amor. El duque de Worcester la había hecho claudicar. Y la hermosa Isla había encontrado su felicidad en el hombre menos pensado, el antiguo duque *disoluto* de Elywood.

Y tú, Anne, la bastarda de Atholl, encontraste en el paladín de Londres el amor más puro. Lo pensó sin ironía. Aceptaba que había sido concebida como resultado de una aventura. Su madre la había querido, y Anne la recordaba con cariño.

Su padre, un hombre frío, le dio refugio, a pesar de todo, y le permitió crecer sin privaciones, y con el cariño de sus medio hermanos. Al menos de algunos de estos. Sonrió, porque como convocada, Maude apareció entre la multitud y la abrazó con entusiasmo.

—Anne, estás preciosa—dijo, sus ojos brillando—. Ustedes también, primas—dijo a las dos escocesas. Hizo un gesto hacia atrás con el pulgar—. No puedo decir lo mismo de Victoria, que parece que se ha tragado un limón.

Anne rio suavemente, sus mejillas sonrojándose. Al levantar la vista, vio a Brodie, la condesa de Atholl, que la saludó con un leve movimiento de cabeza.

Anne devolvió el gesto, sintiendo una inesperada paz. Su relación con la condesa siempre había sido complicada, pero esta noche no había rencores.

Atholl estaba entre un grupo de caballeros conservadores, su rostro pétreo, aunque se le

notaban los años. Anne lo miró por un brevísimo instante, y desvió la mirada.

Él no era nada para ella. Solo un hombre que había intentado proteger a los suyos de una manera torpe y equivocada. *La sangre nos conecta, pero no nos hace familia*, se dijo.

Entonces lo vio, al que la había salvado, y su corazón dio un salto. No podía evitarlo, a diario. Todavía le costaba asumirlo.

Grayson avanzaba hacia ella entre la multitud, vestido con un chaleco de terciopelo negro y una chaqueta y pantalones de corte perfecto, además de botas tan lustradas que brillaban. Sus ojos estaban fijos en los de ella.

—Señorita Holloway—dijo cuando llegó a su lado, ofreciendo su mano—. ¿Me concede este baile?

Anne asintió, permitiendo que él la condujera al centro del salón, donde las parejas ya giraban al compás del vals. Cuando sus manos se tocaron, una chispa recorrió su piel. Él colocó una mano en su cintura, y el calor de su toque la hizo temblar.

—Estás deslumbrante esta noche—susurró Grayson mientras comenzaban a moverse.

—Gracias —respondió Anne, incapaz de decir más.

Estar tan cerca de él era un sueño hecho realidad. El vals los envolvió, y el mundo desapareció. Anne no escuchaba los murmullos de la multitud ni reparaba en las miradas que les seguían.

Lo que veía era a Grayson, sentía su mano firme guiándola, y su mirada profunda clavada en la suya.

++++

Desde el momento en que entró en el salón, Grayson sintió las miradas sobre él. Curiosas, interesadas, apreciativas, de admiración, y también algunas de molestia y repudio.

No le cabía duda de que alguno aquí pudo estar confabulado con el Fantasma, pero el negocio se le había arruinado.

La reciente caída de Brougham y la revelación de la mayoría de sus cómplices habían provocado una conmoción que resonaba en cada rincón de Londres. Los tories, golpeados por el escándalo, habían perdido no solo aliados, sino también la confianza de muchos.

En los círculos políticos y sociales, la intriga se deslizaba entre las conversaciones como una serpiente, susurrada en tonos bajos pero con una intensidad que no podía ser ignorada. Esta noche, el salón estaba lleno de luces, risas y el sonido de la música, pero Grayson no ignoraba las tensiones bajo la superficie.

A su alrededor, los caballeros más influyentes de la nobleza se agrupaban en pequeños círculos, susurrando sobre las últimas revelaciones. Algunos lo miraban con respeto; otros, con

un toque de desconfianza, pensando que su investigación había expuesto secretos que preferirían mantener enterrados.

Incluso quienes eran honrados temían que las masas se agitaran demasiado y provocaran revueltas. Esas que sacudían al continente, en Francia, en España, por ejemplo.

—Impresionante su estrategia para tirar abajo el tinglado, Bristolbridge—dijo uno de los caballeros con los que se detuvo—. La caída de Brougham ha sido todo un golpe. Supongo que el juicio será solo una formalidad.

Grayson inclinó la cabeza, aceptando el crédito por desmantelar la red del vizconde. Y se recordó que había nobles como este que le inquiría, que eran honrados y que se sentían congratulados por la limpieza realizada.

—Es un proceso que debe seguirse con rigor—respondió, su tono medido pero firme—. Los culpables no solo deben ser desenmascarados, sino también castigados. Nuestro deber no termina con su arresto.

La respuesta fue recibida con asentimientos aprobatorios, aunque algunos intercambiaron miradas rápidas, quizás inquietos por lo que esas palabras implicaban. Grayson continuó avanzando, su atención ya desplazada hacia otro punto del salón.

—Nuestra nación ha sido de las primeras en proclamar el Habeas corpus, y el juicio justo se le debe incluso al criminal más atroz—continuó Grayson—. Hay pruebas y testigos suficientes en este caso.

Su mirada se dirigió por instinto hacia Anne, que estaba al otro lado de la sala, acompañada por su madre y rodeada de un grupo de mujeres de la alta sociedad. La duquesa viuda manejaba la situación con una habilidad que solo la experiencia podía proporcionar, y se había abocado a desbrozar el camino social para que Anne estuviese cómoda.

Su madre presentaba a Anne con un tono de voz que no admitía réplicas. Grayson sonrió para sí mismo al ver cómo las expresiones de las damas cambiaban de la duda al reconocimiento, y luego al respeto.

Esa es mi madre. Sabe cómo enfrentarse a las arpías de la Ton. Anne, en contraste, era toda suavidad y gracia. Aunque se podía notar un atisbo de nerviosismo en la forma en que ajustaba el lazo de su vestido o en cómo movía sus manos, mantenía una postura digna.

Su futura esposa tenía elegancia, candor, y su sonrisa tenue y genuina cautivaba incluso a los más escépticos. Sin el estigma de su origen, florecería.

Grayson había sido enfático en sus comunicaciones a los dueños de algunos de los periodicuchos que solían embarrar sus páginas sociales con injurias.

La libre expresión no es ilimitada, señores, y termina cuando se ofende y compromete el honor, decía una parte de su carta. Esto había detenido la invasiva intención de hacer de su compromiso el tema de la temporada.

La bastarda y el presuntuoso, había sido uno de los titulares en The Morning post. A ella le dolió, pero Grayson la había instado a usar los adjetivos en la cama, mientras se adoraban, para quitarles poder.

Grayson detuvo sus labios de distenderse al recordarlo, y controló su deseo con férrea determinación. No era el momento.

Grayson sonrió con ironía al notar cómo Lady Cressida, siempre tan afilada en sus comentarios, se mostraba dócil esta noche. Sus intentos de mantener su habitual aire de superioridad eran torpes, y sus palabras, cuando las pronunciaba, carecían del veneno que solía envolverlas.

La influencia de su madre era evidente, pero también lo era el cambio en la percepción de Anne. La caída del Fantasma y el compromiso anunciado con un duque respetado habían transformado su posición social de manera irreversible.

Un caballero mayor, de cabello canoso y porte rígido, se acercó a Grayson con una sonrisa afable.

—Debe sentirse orgulloso, Bristolbridge. Su investigación no solo ha limpiado nuestras calles, sino también nuestro Parlamento. Los periódicos no dejan de alabar su determinación.

Sí, los diarios serios se enfocaban en eso. En el impacto político de las medidas.

—Aprecio sus palabras, sir Mathew—respondió Grayson, con una inclinación leve de cabeza—. Pero no es mi obra exclusiva. Muchos han trabajado para que esto sea posible.

Mientras el hombre continuaba hablando sobre los titulares recientes, Grayson volvió a fijar la vista en Anne. Ahora, ella reía con suavidad respondiendo a un comentario de Maude, quien la había tomado del brazo con un entusiasmo casi infantil.

La escena lo llenó de una calidez inesperada. Anne, la misma mujer que había sido rechazada y vilipendiada, hoy era el centro de atención en un salón lleno de los más altos baluartes de la sociedad.

Su cabello recogido en un elegante moño resaltaba la línea de su cuello, y la luz de las lámparas parecía bailar sobre las joyas que llevaba. Había algo tan conmovedor en verla así, triunfal. Tan distinta de la figura frágil y vulnerable que había encontrado aquella noche en la posada.

Ella no busca vengarse, pensó, admirándola desde la distancia. *Podría, pero no lo hace. Es demasiado buena para eso.*

Finalmente, dejó a los caballeros con los que estaba hablando y avanzó hacia ella. Sentía las miradas curiosas siguiendo sus movimientos, pero las ignoró. Esta noche, no le importaba lo que los demás pensaran. Su mundo estaba reducido a una única figura, vestida de verde, cuya presencia llenaba cada rincón de su mente.

Cuando llegó a ella, sus ojos lo miraron con esa expresividad que no fallaba en

desarmarlo. Grayson extendió su mano, inclinándose con ligereza.

—Señorita Holloway, ¿me concedería este baile?—preguntó, su voz baja y cargada de una calidez que no podía ocultar.

Anne asintió, permitiendo que él la guiara al centro del salón. Mientras comenzaban a moverse al compás del vals, Grayson pensó, satisfecho, que por primera vez en mucho tiempo, cada cosa y persona estaba en su lugar.

Cuando sus manos se encontraron, la convicción de que esto era lo correcto lo llenó. La calidez de su piel, la forma en que el cuerpo femenino encajaba con el suyo mientras giraba por el salón, era perfecto.

—Eres maravillosa, Anne—susurró, inclinándose lo suficiente para que solo ella pudiera oírle—. Y esta noche, todos lo saben.

Ella levantó la mirada, sus ojos brillando con una mezcla de alegría y emoción, y Grayson volvió a caer rendido ante ella.

EPÍLOGO.

El sonido del agua al romper contra el casco del barco era una melodía constante, calmante. Anne estaba sentada en una chaise longue cubierta por un suave chal que Grayson había insistido en que llevara para protegerse del viento fresco del canal.

Sus ojos estaban posados en el horizonte mientras el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de un naranja dorado. Estaban en camino a Calais, el primer puerto de entrada al continente.

La elección no había sido casual. Francia, aunque marcada por los ecos de conflictos recientes, seguía siendo un símbolo de sofisticación, cultura y romanticismo. Durante generaciones este pequeño puerto había sido el primer paso para los ingleses que buscaban explorar Europa. Ella y Grayson no eran la excepción.

El barco se deslizaba sobre el canal de la Mancha, y el aire fresco le recordaba lo lejos que estaba de su antiguo yo, de aquella joven que había creído que su destino sería vivir en la soledad. Una solterona.

Había temido convertirse en una flor sin riego, marchitándose hasta desvanecerse como las notas de un clavicordio al final de una interpretación. Pero su presente era muy distinto. Anne se sentía amada, plena, renovada.

Grayson se acercó con paso firme, aunque relajado. La brisa agitaba ligeramente su cabello, y en su mirada brillaba una mezcla de orgullo y ternura que hacía que el corazón de Anne diera vuelcos.

Se inclinó hacia ella, colocándose a su lado y apoyando una mano en el respaldo de la chaise longue.

—¿Estás cómoda? —preguntó con esa voz grave que no fallaba en calmar sus inquietudes.

Anne asintió con una sonrisa tranquila, y luego dejó que su vista vagara hacia el horizonte.

—Más que cómoda. Esto… todo esto… parece un sueño —admitió en un susurro.

Grayson sonrió, y le acarició el cabello.

—Es solo el comienzo, Anne. Calais es el primer paso de lo que quiero mostrarte. Francia, Italia… el mundo está a nuestro alcance. Quiero que lo veas todo, que lo vivas todo. Y quiero estar a tu lado en cada momento.

Las palabras de Grayson la llenaron. Él había pensado en cada detalle de esto, una celebración de su matrimonio, de la unión, asegurándose de que su primer viaje juntos fuese una mezcla de descubrimiento y romance.

El bullicioso puerto adelante y sus calles llenas de vida serían el inicio perfecto para

explorar el corazón de Europa. Mientras la última luz del día se desvanecía en el horizonte, Anne cerró los ojos y sus pensamientos comenzaron a divagar.

Recordó a la niña que una vez fue, acurrucada junto a la cama de su madre, con las manos temblorosas y un corazón lleno de miedo. Pero entre los ecos de la pérdida y la desolación, su memoria esta vez convocó los momentos luminosos, aquellos que su madre, con su espíritu vivaz, le había regalado en medio de la adversidad.

Anne podía verla como si estuviera frente a ella, con aquel cabello castaño recogido en un moño sencillo, pero que solía dejar escapar algunos rizos alrededor de su rostro. Sus manos suaves la solían peinar por las noches, sus dedos firmes pero cariñosos desenredando los mechones de Anne.

Mientras lo hacía, hablaba de música, de cómo el alma podía expresarse a través de las notas. En esas ocasiones, canturreaba fragmentos de óperas italianas, dejando que su voz, aún hermosa aunque ya no en su apogeo, llenara la pequeña habitación.

<<La música, Anne, es como la vida. Llena de altibajos, de pausas y crescendos. Pero siempre, siempre tiene algo que decirnos>> le decía, con los ojos brillando con una pasión que la pobreza y la enfermedad no podían extinguir.

Había días más felices, cuando salían al pequeño bosque que rodeaba a su hogar. Allí, su madre la alentaba a correr y a reír, diciéndole que cada sonrisa era un tesoro que el mundo necesitaba.

Anne recordaba las tardes en las que, sentadas bajo un viejo roble, su madre le leía cuentos que despertaban su imaginación. Las palabras cobraban vida en su voz, transportándolas a reinos lejanos y aventuras fascinantes. A menudo, cerraban los libros y se inventaban sus propias historias, en las que siempre había heroínas valientes y finales felices.

El pasado dulce había emergido de su mente apartando al dolor, y Grayson tuvo que ver. Fue él quien le había entregado un sobre que contenía fragmentos de un pasado que Anne desconocía.

Habían estado hablando de su madre y de los vacíos en su memoria, de cómo algunas piezas del rompecabezas de su historia parecían haber desaparecido en la niebla del tiempo. Grayson, con su dulzura habitual, había tomado cartas en el asunto. Anne no lo esperó, y fue maravilloso, un regalo de amor.

<<Quería que supieras más de ella>>le había dicho, al entregarle el sobre con una mezcla de delicadeza y solemnidad. <<Mereces conocer tu historia, todas las partes de ella.>>

Dentro encontró información que la llenó de asombro y lágrimas. Su madre había sido actriz de teatro, una artista con una presencia magnética en el escenario. Fue así como conoció al conde de Atholl, y luego al baronet que más tarde se convertiría en su esposo. Las decisiones que tomó su madre, los sacrificios que hizo para asegurarse de que Anne tuviera un lugar en este

mundo, cobraron un nuevo significado.

<<Ahora entiendo por qué amaba tanto la música… y el arte>> Anne estaba tan conmovida, tan sacudida que sus palabras habían sonado temblorosas y las lágrimas bañaban sus mejillas.

Grayson había tomado sus manos entre las suyas, sus ojos llenos de ternura.

<<Tienes su espíritu, Anne. Esa pasión por la vida, por encontrar belleza incluso en los momentos más oscuros… lo heredaste de ella.>>

Desde entonces, la música se había vuelto aún más significativa para Anne. Su amor por el clavicordio no era solo una afición, sino una herencia de su familia. Aunque la sociedad pudiera mirar con desdén a los artistas, Anne sentía un orgullo profundo por sus raíces.

Cada nota que tocaba era un homenaje a su madre, a la mujer que había luchado para darle una vida mejor y que, incluso en su fragilidad, le había enseñado a ser fuerte.

Ahora, mientras el sonido del mar la envolvía, Anne cerró los ojos y continuó permitiendo que los recuerdos fluyeran como una melodía suave. Grayson a su lado, sin hablar, dejándola ser, era presencia que la anclaba al presente, pero Anne necesitaba revisar su pasado bajo nuevas luces.

Su vida, como la música, había tenido sus altibajos. Pensó en los años vividos en la mansión Atholl. Recordó la primera vez que cruzó los imponentes portones de la finca. Era una niña pequeña, demasiado tímida para preguntar, demasiado asombrada para mirar a los ojos de nadie.

La mansión se había alzado ante ella como un gigante de piedra y cristal, sus torretas y balcones decorados con detalles que solo había visto en sus sueños más extravagantes. Había maravilla en todo: los amplios pasillos que parecían no tener fin, los retratos familiares colgados en las paredes, cada uno de ellos tan solemne que parecía juzgarla desde su marco dorado.

La cocina, donde los olores de especias y carnes asadas inundaban el aire, era un espacio bullicioso donde la vida parecía fluir de forma interminable. Anne nunca había probado comidas tan refinadas como las que le ofrecieron esa primera noche, y aunque su apetito estuvo mermado por los nervios, la fascinación la llenaba.

Los miembros de la familia Atholl se le presentaron como un rompecabezas de personalidades. Victoria, alta y elegante incluso cuando niña, fue la primera en hablarle. Pero sus palabras, aunque educadas, llevaban un tono de condescendencia que Anne recordaba con claridad.

<<Espero que encuentres tu lugar aquí, Anne>> le dijo, su tono más adecuado para una lección que para un saludo. Sus palabras parecían destinadas a establecer una jerarquía desde el principio. <<Es importante que recuerdes que, aunque estás con nosotros, nuestra familia

tiene sus propias tradiciones.>>

Por el contrario, Edward, mayor que Victoria, fue un alivio inmediato. Con una sonrisa fácil y una risa contagiosa, se esforzó por hacerla sentir cómoda. A menudo la buscaba para que lo acompañara al establo, donde le enseñó a cabalgar, riendo cada vez que Anne se inclinaba demasiado al montar.

<<Relájate, Anne. Los caballos pueden sentir tu miedo. Sé más como Maude, ¿ves? Sin miedo alguno, esa chiquilla se convertirá en la mejor amazona de Escocia >> decía entre risas.

Maude, la más pequeña de los hermanos, tenía una energía que iluminaba cualquier habitación. Vivaz y siempre curiosa, no tardó en encariñarse con Anne, siguiéndola por los pasillos, pidiéndole que le enseñara a trenzar su cabello o ayudándola a organizar sus partituras cuando Anne comenzó a estudiar música bajo la supervisión de un tutor.

Pero era la condesa, Brodie Campbell, quien dominaba los recuerdos de Anne de aquellos años. Su porte, la manera en que supervisaba a sus hijos y a la mansión entera, le inspiraba respeto y también un leve temor.

Brodie nunca la trató mal. Por el contrario, se aseguró de que Anne tuviera acceso a las mismas oportunidades que sus propios hijos, permitiéndole estudiar música y participando en las actividades familiares.

Había tardes en las que Brodie se sentaba a leer junto a ellos en la biblioteca, y aunque Anne era retraída, nunca se sintió apartada del todo. La condesa tenía una manera de hacerla sentir incluida, sin esforzarse demasiado por romper las barreras naturales que existían entre ambas.

Sin embargo, Anne no dejó de notar los momentos en que Brodie la observaba desde lejos, una mezcla de tristeza y resolución en su mirada.

Suspiró, y se reacomodó en su asiento. Con la mano de Grayson entre las suyas, pensó en que había hecho bien en limpiar el aire con la condesa. La oportunidad llegó una noche hacía algunas semanas, durante una cena en el jardín Worcester.

Brodie estaba sola y a ella acercó, luego de respirar hondo y reunir mucho valor.

<<Miladi, hay algo que he querido decirle desde hace tiempo>> empezó, sus palabras apenas un murmullo.

La condesa giró hacia ella, su expresión amable pero atenta.

<<Anne. Estás muy elegante, querida. Es bueno ver que tu vida ha dado un giro y tienes a ese buen hombre a tu lado.>>

Anne asintió, agradecida por la gentileza de sus palabras.

<<Quiero agradecerle por todo lo que hizo por mí. Por aceptarme, por permitirme aprender, crecer… Sé que no era su obligación, y que mi presencia no fue fácil para usted. Pero lo valoro más de lo que puedo expresar.>>

Los ojos de Brodie se suavizaron, pero antes de que pudiera responder, Anne continuó.

<<Y también quiero pedirle perdón. Por ser un recuerdo… doloroso. Por ser un símbolo de algo que no pedí, pero que está ahí. Lamento mucho si mi presencia le causó sufrimiento.>>

La condesa se quedó en silencio por un momento, mirando a Anne con intensidad. Finalmente, Brodie extendió una mano y tomó la de Anne entre las suyas.

<<Anne, no tengo nada que perdonar. Yo… traté de ser justa contigo, de ser una buena mujer. Pero no voy a mentirte: he sido celosa. Estaba herida.>> Hizo una pausa, sus ojos llenándose de lágrimas. << El conde… Él amó a tu madre... Lo supe desde el momento en que me habló de ella. Creo que la amó, incluso cuando eligió estar conmigo. Esa es una verdad que he tenido que cargar durante muchos años.>>

Anne sintió un nudo en la garganta, pero obligó a su voz a salir.

<<Miladi, si hay algo que sé con certeza es que el conde la respeta y la ama profundamente. Usted es su presente y su futuro. Nunca he visto otra cosa en sus ojos cuando la mira.>>

Las lágrimas de Brodie rodaron por sus mejillas, pero una leve sonrisa suavizó sus rasgos.

<<Gracias por tus palabras. Y gracias por ser quién eres. Intenté mantenerte cerca, no solo porque era lo correcto, sino porque te aprecio más de lo que imaginas.>>

El alivio y la calidez que Anne sintió todavía la llenaba. A partir de esa noche, la relación entre ambas había cambiado. La tensión que había existido se desvaneció, y en su lugar quedó un entendimiento más profundo.

No pasaba lo mismo con su padre, pero no importaba. Había aprendido que había vínculos que no podían forzarse, y ella no tenía interés en conectar con Percy Murray.

Qué camino tan largo ha sido este, pensó con una mezcla de melancolía y alivio. Pero la tristeza ya no tenía el mismo peso. Ahora era un eco distante, una prueba superada.

Abrió los ojos al sentir que la mano de Grayson se desprendía de la suya, y le vio acercarse hasta el timón para hablar con el capitán con ese porte seguro que la había cautivado desde el primer día.

El viento jugueteaba con su cabello oscuro, y su figura erguida proyectaba una silueta imponente contra el cielo crepuscular. Verlo tan relajado, pero tan en su elemento como si estuviese en su despacho, la hizo sonreír.

Este era el hombre que le había ofrecido trabajo cuando se enteró de que dejó la mansión Atholl, convirtiéndose en su red de contención. El que la había ido a buscar cuando huyó, el que la protegía de todo y todos. El que la había elegido para ser su esposa, y la amaba. Se lo demostraba a diario.

Tres meses habían pasado desde la caída del Fantasma, desde que el escándalo sacudió

los cimientos de la alta sociedad y reveló a los culpables que se escondían tras máscaras de respetabilidad.

Pero para Anne, esos días ya no importaban. Lo que pesaba era este momento, este hombre, y el futuro que compartían. Grayson giró hacia ella y, al verla observándolo, su rostro se iluminó con una sonrisa.

Se despidió del capitán con un apretón de manos y caminó hacia ella.

—¿En qué piensas?—preguntó mientras se inclinaba hacia ella, sus ojos grises buscando los suyos.

Anne sonrió y se sentó un poco más erguida, dejando que él se acomodara a su lado.

—En todo—respondió, apoyando la cabeza en su hombro—. En cómo llegué aquí. En cómo… nosotros llegamos aquí.

Grayson la rodeó con un brazo, atrayéndola más cerca. Sus labios rozaron su cabello antes de hablar.

—Es un camino que no cambiaría por nada—dijo en voz baja, su tono lleno de sinceridad —. Cada paso, cada obstáculo, cada momento difícil, nos llevó a esto.

Anne levantó la mirada, y sus ojos conectaron. Ella ofrecía amor y devoción en su mirada, y él, adoración y ternura.

—Grayson… nunca pensé que tendría esto. Que tendría… a alguien como tú.

Él sonrió, inclinándose para besarla. Un beso pleno de certezas, suave y bonito.

—Y yo no imaginé que encontraría a alguien como tú. Me elevas, Anne. No solo en mi trabajo, no solo en la vida que compartimos… Eres mi brújula.

Anne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de pura felicidad.

—Te amo, Grayson—susurró.

—Y yo a ti, Anne—respondió, acariciando su rostro con la yema de los dedos.

Se quedaron en silencio por un momento, disfrutando de la tranquilidad, del sonido del mar, de la convicción de ser uno parte del otro.

Finalmente, Grayson se inclinó hacia ella, una sonrisa juguetona en sus labios.

—¿Sabes qué nos espera?

Anne arqueó una ceja, divertida.

—¿Qué?

—París—dijo, pronunciando la palabra como una promesa—. La ciudad del amor. Y tengo toda la intención de demostrarte que ese título no es solo un nombre.

Anne rio, su risa suave y melodiosa flotando en el aire.

—Creo que ya lo has hecho, Grayson. Pero… estoy dispuesta a que lo intentes de nuevo.

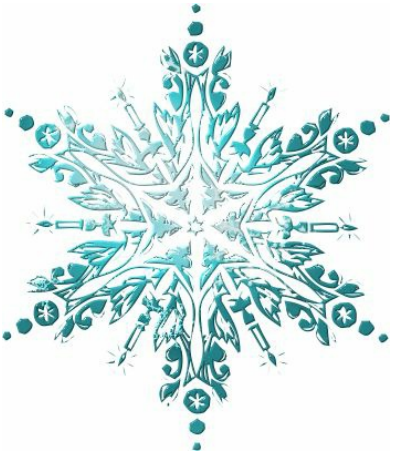
Grayson la besó una vez más, más largo esta vez, mientras el barco continuaba su curso hacia el horizonte. Anne cerró los ojos, dejando que su mundo se redujera a él, a este momento.

Había dejado atrás el miedo, la desesperanza. El pasado era solo eso, y se había congraciado con él. El futuro, en cambio, era un lienzo lleno de promesas. Una partitura por completar. Y con Grayson a su lado, sabía que sería maravilloso.

FIN

NAVIDAD CON LOS DUQUES

NOVELA CORTA



UN CONDE PARA MAUDE

PREFACIO

Mi querido lector, espero que estés muy bien, y si esta novela te llega en esta época especial que es la Navidad, sea una fuente de alegría. (Pero si la estás leyendo en otro momento, recuerda que también es oportunidad para dejarse permear por el amor y la magia de la familia).

Mi intención con esta lectura corta es dar cierre apropiado y romántico a esta serie de Regencia. Hay mucho de conexiones, agradecimiento, aprecio, vida familiar y romance. Dejé de lado , por esta vez, la pasión arrolladora que el romance lleva implícito, o los problemas insalvables, para subrayar otras emociones.

Hay algunas licencias históricas, salvadas con aclaraciones: el árbol navideño realmente se convirtió en algo habitual en la época victoriana, pero existía en zonas de Alemania, por ejemplo.

Disfruta, y mis mejores deseos,

Isabella

UNO.

La casa solariega de los Bristolbridge se alzaba en el corazón del campo galés, rodeada de colinas suaves cubiertas por el manto blanco que las nevadas intensas extendieron sobre el paisaje.

Los techos de pizarra se destacaban contra el cielo gris, y el humo de las numerosas chimeneas ascendía, promesa de calidez y protección contra el clima invernal.

Anne se detuvo por un instante al pie de la escalinata que conducía a la entrada principal. La nieve recién caída crujía bajo sus botas, y el aire fresco enrojecía sus mejillas. Desde allí podía ver los establos y a los mozos que trabajaban con diligencia para dejar sitio para los carruajes de los invitados que llegarían el día siguiente.

El corazón de la duquesa de Bristolbridge latía con una mezcla de anticipación y alegría, aunque también responsabilidad. Acomodar a tanta gente de manera eficiente era un desafío, diferente a los que había atravesado en su pasado.

Claro que tenía la ayuda incondicional de la servidumbre, desde el mayordomo al último de los criados la seguían y cumplían sus requerimientos sin chistar. Era la duquesa para ellos, no la *bastarda*, como tal vez todavía una parte de la clase alta londinense pensaba.

Esas opiniones, otrora lacerantes, ya no contaban para ella, para Grayson o su familia, ni para los buenos amigos. Su esposo había logrado que olvidara lo que no tenía que ver con él, con su amor, con la felicidad que les envolvía.

Se había ido ajustando a su nueva posición con el paso de los meses, y hoy se sentía cómoda en su piel.

Esta es la propiedad que más me gusta, pensó, complacida, mientras ajustaba la bufanda de lana en torno a su cuello. Las tierras que rodeaban la gran casa, la gente de los alrededores, el ambiente más desestructurado y abierto, era un paraíso a pesar del frío.

—¿Inspeccionando que cada cosa esté en su sitio antes del arribo de la muchedumbre?— dijo una voz familiar a su espalda.

Anne giró y vio a Grayson avanzando hacia ella, y se deleitó en la observación desinhibida de su esposo. Atildado a pesar de que estaban en el medio del campo, guapo y masculino, y con aquel brillo en sus ojos grises que derretía cualquier rastro de frío en Anne.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió Anne con una sonrisa.

Grayson se detuvo frente a ella, colocando sus manos sobre sus hombros para quitarle la nieve que comenzaba a acumularse en su bufanda.

—La casa está perfecta, Anne. Ya lo has supervisado todo al menos dos veces. Ahora, ¿qué tal si entras antes de que te congeles aquí fuera?

Se inclinó, y rozó su mejilla con los labios, entibiando su piel, y Anne sonrió, asintiendo,

y permitiendo que él la guiara hacia el interior, que los recibió cálido y acogedor.

Suspiró hondo y se detuvo, girando para abrazarlo por la cintura y Grayson lanzó una risita cómplice.

—Mi preciosa esposa me echó mucho de menos esta mañana, por lo que veo.

—Siempre, Grayson, ya lo sabes. Y me siento tan feliz.

—También yo, Anne.

Avanzaron por el vestíbulo decorado con ramas de acebo, laurel y muérdago en forma de ramos y guirnaldas que Anne había ayudado a colocar junto con los criados. Con suavidad y al pasar al lado de una de las criadas le pidió que les trajera té.

—¿Quieres quedarte aquí para supervisar, o te permitirás un rato de descanso?—preguntó Grayson, una sonrisa juguetona curvando sus labios mientras ayudaba a Anne a quitarse el abrigo.

—Tal vez debería aprovechar un momento de paz antes de que todos lleguen—respondió ella.

La mirada traviesa de Grayson le indicó que tenía algo más en mente, pero justo entonces escucharon el sonido demandante, y ambos sonrieron de modo automático.

—Parece que tendrás que posponerlo, querida, porque nuestra pequeña dama ya está despierta.

Grayson le ofreció su brazo mientras ascendían las escaleras hacia el ala familiar. Anne aceleró el paso a medida que se acercaban a la habitación de la pequeña Lydia. Gorjeos y sonidos ininteligibles les recibieron al entrar.

La niña, con su cabello castaño rizado y ojos grises brillantes estaba sentada en una alfombra, rodeada de juguetes. La institutriz les sonrió y se retiró hacia la ventana al verles llegar.

Anne levantó a Lydia y la giró en el aire, provocando una risa contagiosa que llenó la habitación. Grayson observaba desde un rincón, sus brazos cruzados, su mirada cálida y relajada.

Grayson, su esposo gentil, honrado y encantador, el hombre que adoraba y la cuidaba y consentía, había cambiado desde que Lydia llegó a sus vidas.

Aunque su intensidad y determinación seguían intacta, especialmente cuando sus ojos la encontraban, se mostraba más abierto y relajado.

Con la niña en brazos luego de jugar un rato, se dirigieron al comedor privado, una pequeña habitación adornada con cuadros familiares y una chimenea que crepitaba.

La comida era sencilla pero deliciosa: pan recién horneado, queso, sopa caliente y un vino especiado que parecía encarnar la esencia de la Navidad.

—Estás haciendo maravillas con esta casa, Anne—dijo Grayson mientras llenaba su copa y le servía a ella un poco más de vino—. No sé cómo logras mantener todo bajo control,

especialmente con un bebé, a la que tampoco descuidas. Creo que tenemos a la institutriz más aliviada en tareas de toda la nación.

Anne se encogió de hombros, una sonrisa tímida en sus labios.

—He tenido buenos maestros—Lo miró a los ojos, su gratitud y amor claros en su expresión—. Y también un compañero maravilloso que me deja ser.

Grayson dejó la copa sobre la mesa y tomó la mano de Anne. Sus dedos acariciaron los de ella, trazando círculos suaves.

—Espero que sepas cuánto valoro lo que haces. Esta casa… esta familia… cada detalle de mi pasado familiar en esta casa se hace más bonito con tu toque, Anne.

Anne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero antes de que pudiera hablar, Grayson se inclinó y depositó un beso en su mano.

—Por cierto, esta noche, cuando todos estén dormidos… tengo algo que quiero discutir contigo—susurró, con una mirada que mezclaba ternura y un toque de picardía.

Anne se acomodó el cabello, agitada, y le miró. Quedaban trazos de su timidez en su carácter, y Grayson disfrutaba de sonrojarla o ponerla un pelín turbada.

—¿Qué planeas ahora?

—Tendrás que esperar para descubrirlo.

Esperaría con ansiedad e impaciencia, por supuesto, porque amaba perderse en sus brazos y sentir sus manos y su boca en ella. Su vida bonita se volvía colores y sensaciones extremas cuando la pasión que les conectaba se derramaba en el lecho.

Su corazón se llenaba de una calidez indescriptible mientras pensaba en la familia que habían formado, en el hogar que estaban construyendo y en las nuevas aventuras que el futuro les deparaba.

DOS.

El amanecer en Bristolbridge fue sereno, con un manto de nieve recién caída cubriendo los campos y los bosques cercanos.

La mansión se animó temprano con el ir y venir de la servidumbre, preparando cada rincón para los invitados que comenzarían a llegar en pocas horas.

Anne, despierta desde el alba, iba de sitio en sitio, pendiente de las preparaciones mientras mantenía un ojo atento en Lydia, quien daba pasos torpes por los pasillos.

—¿Ya está todo listo? El arribo de nuestros invitados es inminente—dijo Anne a la señora Norfolk, el ama de llaves, mientras revisaba la lista de habitaciones asignadas.

—Por supuesto, miladi. Las habitaciones tienen lo necesario y las estufas serán encendidas en breve para que estén tibias, además de que las camas están preparadas. Las cocineras están trabajando fuerte para hornear pasteles y las otras delicias que ordenó.

La mujer esbozó una sonrisa orgullosa, y Anne asintió.

—Muchas gracias, Emma—tomó una mano y la apretó con brevedad.

El ama de llaves parpadeó, todavía poco habituada al contacto físico con una de sus señoras, y Anne sonrió. Su suegra era una mujer enérgica, justa, pero bastante imponente, nacida y educada para tomar su lugar de privilegio.

Anne… Ella sabía de pelear por un lugar, conocía de miserias y de la buena vida, y no veía mal demostrar aprecio y agradecimiento a quienes les hacían la vida más sencilla.

Le nacía hacerlo, y no se limitaba. Las primeras veces había suscitado sorpresa y algunas de las criadas se quedaban sin habla. Había habido incomodidad en la señora Emma Norfolk, nieta e hija de ama de llaves, pero eso mejoraba.

—Señora, ¡está llegando un carruaje!

La criada Marge avanzaba con prisa, sus mejillas sonrojadas, y Anne se dio la vuelta para ir al patio, justo cuando Grayson bajaba la gran escalera con Lydia en brazos, listo para recibir a sus amigos y familiares.

Era el carruaje de los Worcester, reconoció, porque los detalles dorados que reflejaban el sol invernal eran inconfundibles. Anne se adelantó, encantada, deseosa de ver a Nessa.

Francis fue el primero en descender con agilidad, seguido por Nessa, que llevaba un abrigo rojo vibrante.

Henry, de cuatro años, bajó dando saltos, seguido por su hermana menor, Rose, una pequeña pelirroja de rizos indomables y ojos vivaces.

—¡Tío Grayson!—gritó Henry al verlo, corriendo hacia él con los brazos abiertos.

Grayson apenas tuvo tiempo para poner a Lydia en brazos de Anne, que reía deleitada, y se inclinó para atrapar al pequeño, elevándolo en el aire, consiguiendo con ello gritos

encantados.

—¡Qué pesado estás, Henry, en poco tiempo no podré hacer esto! ¿Qué tal el viaje?—preguntó Grayson, bajándolo y despeinándole los rizos.

—¡Frío! Pero quería llegar y ver la nieve de verdad. ¡Es muy blanca!—respondió el niño, su entusiasmo haciendo sonreír a todos.

Anne saludó a Nessa con un abrazo cálido, y esta no demoró nada en tomar a Lydia en sus brazos con cuidado, tocando sus mejillas y rizos.

—¡Qué bonita estás, mi pequeña!

—Como su adorable madre—dijo Grayson, que saludó a Nessa con un beso galante en su mano enguantada, pero la escocesa fue más efusiva y le abrazó.

—Por supuesto que sí. Anne, querida, ¡estás radiante! Me alegra comprobar, otra vez, que Bristolbridge no solo te sienta bien. El duque y su casa—dijo Nessa, guiñando un ojo, y mirando alrededor con admiración—. Esto sí que es un paraíso invernal.

—Gracias, Nessa—respondió Anne con modestia, aunque el cumplido le arrancó una sonrisa—. Tú estás preciosa. Y tus niños…—se inclinó y besó a la pequeña Rose, que se hizo más pequeña y se escondió un pelín en las faldas de su madre—. Bellos…

Un segundo carruaje llegó un rato más tarde, esta vez trayendo a Hugh e Isla, los duques de Elywood, con sus mellizos, James y Margaret, de dos años. La pareja descendió con una energía contagiosa, Hugh cargando a los niños en sus brazos.

—Anne, Grayson, ¡qué alegría verlos!—Su radiante sonrisa y la belleza majestuosa de su rostro se mantenía incólume, y la cicatriz de su mejilla apenas se veía ya. Con prisa llegó a ellos y les abrazó—. ¡Esto es tan hermoso!—dio un giro y extendió sus brazos—. Deja a los niños en el piso, Hugh, que toquen la nieve.

Así lo hizo el duque de Elywood, y hubo risas cuando los niños se enterraron en el suelo blancuzco y juntaban montones con sus manitas enguantadas.

No tardaron en aparecer Henry y su hermanita para unirse a la diversión, y en pocos minutos había bolas de distintos tamaños.

Cuando estas comenzaron a volar por los aires y el primer llanto surgió, Nessa e Isla se apuraron a ordenar la situación.

Estaban a resguardo del frio y tomando el té con abundantes refrigerios cuando se anunció la llegada de un tercer carruaje, del que descendió Samuel con un porte relajado y una gran sonrisa.

El primo de Francis, criado como un hijo en el seno de la mansión Worcester, había pasado los últimos tres años en la India, explorando sus paisajes y culturas, y su regreso era motivo de alegría para todos.

El recibimiento lo reflejó, porque Francis se emocionó, abrazándolo con fuerza, y lo

mismo el resto, que le fue saludando por turnos.

—Samuel, es bueno verte de nuevo. Has cambiado, eres un hombre hecho y derecho—dijo Grayson, estrechando su mano con calidez.

—Gracias, Grayson—contestó, campechano y sin formalidades. No eran lo suyo, y conocía a los amigos de Francis desde que era muy niño—. Los años pasan, y tenía que crecer. Aunque supongo que el bigote ayuda—sonrió, y hubo asentimientos.

Alto y atlético, su tez más bronceada, testigo de su paso por el Oriente, se le veía más compuesto, calmo, y las líneas de expresión que solían estar alrededor de sus ojos, fruto de su juvenil tendencia a reír de todo, estaban menos marcadas.

Miró a su alrededor con satisfacción y frotó sus manos sin guantes.

—Es bueno verlos a todos. Pero creo que será mejor si nos ponemos al día al lado de un buen fuego.

—Por supuesto, qué imperdonable. Samuel, bienvenido a Bristolbridge.—dijo Anne, sonrojándose, su rol de anfitriona olvidado por un momento—. Vamos adentro y podrás calentarte y tomar algo.

—Oh, Anne, es tan bueno verte, y estaba bromeando—señaló, y se encogió de hombros con una sonrisita ante la mirada de reconvención de Grayson—. Estáis muy serios. Pero, ¿qué tenemos acá?—Su rostro se encendió al ver las pequeñas presencias—. Sí que las cosas han cambiado. El grupo crece sin parar—añadió.

Se acercó con paso rápido e hizo un gesto veloz, y en sus manos apareció una moneda. Las caras de los chavales se encendieron con asombro y explotaron las preguntas.

Hubo cruce de miradas entre los mayores, y meneos de cabezas. Algunas cosas no cambiaban, en realidad.

Acomodados junto al fuego, las charlas fueron retomadas, y la señora Norfolk sirvió a Samuel té, pan tibio con mantequilla, bizcocho esponjoso con semillas de alcaravea y tarta de frutas, de todo lo cual dio cuenta con apetito, rodeado de los niños.

Una hora más tarde, el cuarto y último de los carruajes esperados apareció, y en él llegó Maude Atholl, que había dejado atrás a su familia en la casa solariega, aceptando la invitación de Anne.

Esta había hecho mucho para no perder su vínculo con la familia que la vio crecer. Su vínculo con la parte de los Atholl que habían sido más críticos con ella, había mejorado, en especial con Victoria.

Con ella había compartido algunas instancias de charlas sociales, en especial cuando los rumores malignos sobre Anne sucumbieron a su nuevo estatus de duquesa.

Con Edward y Maude siempre hubo cariño, y por ello le extendió la invitación a pasar la Navidad con ellos, sabedora de que la joven disfrutaba de estar con sus primas Campbell y con

los niños de la familia.

La pequeña Lydia adoraba a su Mau Mau, y el cariño era recíproco. Maude estaba convertida en una joven radiante de veinte años. Su cabello castaño caía en ondas perfectas bajo un sombrero elegante, y su sonrisa iluminó el vestíbulo cuando vio a Anne.

—Anne, ¡qué ganas tenía de veros!—dijo Maude, abrazándola con afecto.

—Bienvenida, mi queridísima—Anne le devolvió el abrazo con calor. Era uno de los pedacitos de su pasado que la entibiaban—. ¡Me alegra tanto que hayas podido venir! ¡Y mira lo hermosa que estás! El aire del campo te ha sentado de maravilla.

Maude se sonrojó con ligereza, agradecida por el cumplido, y cuando sus ojos se desviaron hacia un costado, su rubor se hizo mayor. Anne parpadeó y miró al costado.

Allí estaba Samuel, su mirada curiosa clavada en Maude.

—Maude, ¿recuerdas a Samuel, el primo de Francis? Samuel, esta es Maude Atholl—dijo Anne, haciendo las presentaciones.

—Oh, claro, la recuerdo, aunque bastante más pequeña—acotó, asintiendo, pensativo—. Un placer verte otra vez, Maude—dijo Samuel, inclinándose en una reverencia corta gentil.

Sus ojos estudiaban a la menor de los Atholl con genuina curiosidad. Una ausencia tan prolongada hacía que muchos nombres y personas se desdibujaran de la cabeza de un viajero, suponía Anne.

—El placer es mío, Samuel—respondió Maude, haciendo una pequeña reverencia antes de mirar a Anne con una sonrisa nerviosa.

Ya tranquila de que los invitados estaban ubicados en sus respectivas habitaciones, Anne se preocupó por los detalles para la cena en el gran salón. Solo cuando la señora Norfolk le hizo ver, seria, que sabía cómo proceder, se resignó a ir a su recámara.

Allí se entretuvo con Lydia, a la que bañó sin prisas, disfrutando de su pequeña, del gozo que esta traía a su vida. La vistió, y luego procedió a cambiarse ella, justo cuando Grayson llegaba a buscarla.

De la mano con la pequeña descendieron la escalera y se acercaron al salón, donde las risas y las conversaciones ya estaban en su apogeo. Se sumergieron en el ambiente y luego de un rato, se sentaron a la mesa.

La cena fluyó en un ambiente relajado, lleno de risas y el tintineo de las copas al chocar en brindis. Anne, desde su lugar en la cabecera junto a Grayson, observaba a los invitados con una felicidad que la desbordaba.

Esta era su gente, las personas que habían sido parte de su vida y la habían acompañado en sus subidas y bajadas. Los amigos y la familia que quería. Sería un diciembre hermoso, todo para ellos.

—Este estofado es una maravilla, Anne—comentó Francis, alzando su copa—. Si esto es lo que sirves en su mesa, no me extraña que Grayson no quisiera dejarte ir.

Anne sonrió, lanzando una mirada cómplice a su esposo.

—Trasmitiré tus elogios a los verdaderos hacedores. Aunque creo que Grayson aprecia algo más que la comida. Creo que fue más por nuestra pequeña traviesa. ¿Verdad, Grayson?

Este se inclinó hacia ella con una sonrisa de adoración.

—Ambas me tienen atrapado. Sin remedio.

Hugh, bromista, intervino:

—¡Y yo que pensaba que el amor solo necesitaba flores y poesía! Ahora resulta que también exige estofado. Tomo nota.

—Oh, no creo para nada que tenga que ver con la comida. ¿Qué haría Nessa entonces, que es capaz de quemar el agua?—dijo Maude, y hubo carcajadas ante la ingeniosa intervención.

—¡Qué injusto! No has comido nada que yo haya hecho en años, prima—se defendió aquella, y Maude retrucó:

—¿Por qué crees que sea?

La mesa estalló en más risas, y a diferencia de lo que sería habitual, la de Samuel fue medida, concentrado en observar a Maude con atención.

—Tal vez no sea necesario recitar poesía o flores, o buena mano en la cocina, pero seguro que ayuda tener algo que ofrecer. ¿Tú qué opinas, Maude?

Ella arqueó una ceja, divertida, aunque fingió pensar.

—Oh, claro que hay que tener algún talento. Los míos todavía no se desarrollan… Excepto el de no conformarme con menos de lo que merezco.

—¡Bien dicho, Mau Mau!—dijo Nessa, y Maude suspiró.

—¿Mau Mau?—Samuel elevó una ceja.

—Así la llama Lydia—señaló Anne.

—*Solo* Lydia—remarcó Maude, y Samuel sonrió con amplitud.

—Pues yo creo que también ayuda un buen vino—dijo Grayson, que tomó un largo sorbo, y elevó su copa en muda señal de brindis, que inició gestos de respuesta en los hombres.

—Estoy de acuerdo —intervino Hugh, alzando su copa una vez más—. Aunque diría que la compañía hace mucho más que el vino.

Anne miró a todos con los ojos brillantes de alegría.

—Bien dicho. Grayson y yo no podríamos estar más felices de tenerlos aquí. Cada uno de ustedes es importante para nosotros, y esta casa siempre será su hogar.

++++

La charla siguió un buen rato, y hubo juegos de sobremesa. Cuando las luces comenzaron

a atenuarse y los invitados se retiraron a descansar, Maude se quedó unos momentos más junto a la chimenea, sumida en sus pensamientos.

En su mano giraba una copa de vino casi vacía, mientras sus ojos seguían inconscientemente la figura de Samuel, que conversaba con uno de los criados antes de acercarse hacia ella.

—¿Pensando en regresar a Londres? —preguntó Samuel, rompiendo el silencio.

Su voz profunda tenía un tono casual, pero sus ojos, oscuros y directos, parecían escudriñar su faz. Maude parpadeó, sorprendida por la repentina cercanía.

Caray con este hombre, pensó. La ponía un pelín… nerviosa. ¡Qué tontería!

—¿Por qué habría de hacerlo? Apenas he llegado. Y además, ¿quién podría dejar atrás una chimenea tan acogedora como esta?

Samuel dejó escapar una leve risa.

—Supongo que no muchos. Aunque la chimenea no es lo único agradable aquí.

Sus palabras tenían un matiz serio, aunque su rostro sonreía. Maude arqueó una ceja, divertida por lo directo de la frase.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Quizás. O tal vez solo una observación—respondió, sosteniéndole la mirada un instante más de lo necesario.

Maude dejó la copa vacía sobre una mesa cercana y se cruzó de brazos. No iba a dejarse impresionar por este hombre. Sí, bueno, un poco lo estaba, pero si no lo hacía notar, zafaba.

Lo último que faltaría era que viniese a pasar la Navidad y Samuel se le metiese por los ojos. No es que fuera enamoradiza, pero él era muy atractivo, y agradable. Gentil, divertido. Lo demostró en la mesa, en la sobremesa. Ahora.

—Debo advertirte que no soy fácil de impresionar. De hecho, soy muy exigente.

El tono ligero de sus palabras no se acompañó con un rostro imperturbable, como trató de mantener. La curiosidad le brillaba en los ojos, y le gustaba charlar con él. .

Él asintió.

—Eso no me sorprende. Pareces una mujer con estándares altos. Las seguras de sí misma son así. Eso las vuelve fascinantes.

A Maude se le atoró saliva en la garganta, y carraspeó, sin la frase ingeniosa a mano para retrucar. *¿Por qué no podía actuar con naturalidad?*, se quejó en su mente.

Había asistido a infinidad de galas sociales y recibido a varios pretendientes, a los que rechazó con habilidad y con los que se enzarzó en conversaciones ingeniosas.

De su lado, al menos, porque en general los hombres que solicitaron cortejarla habían sido cerrados catetos y aburridos pretenciosos. Oh, divagaba, ¿qué tenía que pensar en cortejos aquí?

El caso era, Samuel se había arreglado para dejarla sin palabras, y por ello, acudió a lo que la educación familiar le había grabado a cal y canto.

Esbozó una sonrisa que podía significar cualquier cosa y se levantó con la gracia de alguien acostumbrada a manejar situaciones incómodas con elegancia.

—Buenas noches, Samuel. Ha sido un placer hablar contigo.

Y con eso, se dirigió a las escaleras, dejando a Samuel con una leve sonrisa en los labios.

—Que descanses, Mau Mau.

TRES.

La mañana siguiente comenzó temprano. La nieve no dejaba de caer, aunque suave y espaciada, y los niños se despertaron con gritos de emoción ante la perspectiva de jugar al aire libre.

El ambiente estaba cargado de expectativa; los adultos planeaban pasar el día entre actividades tradicionales y momentos de descanso frente a la chimenea.

Anne, envuelta en un abrigo de lana azul oscuro, organizaba las primeras actividades mientras supervisaba los preparativos del desayuno. Grayson la observaba desde el umbral de la sala, una sonrisa ligera en sus labios.

Su esposa era un torbellino de energía tranquila, siempre atenta a los detalles.

—¿Te das cuenta de que no has parado desde que amaneció?—le dijo, acercándose.

Anne se giró hacia él, sosteniendo una bandeja con tazas de té.

—Quiero asegurarme de que todos estén felices—respondió, sonriendo.

Grayson tomó la bandeja de sus manos y la colocó en la mesa más cercana. Luego la atrajo hacia él, dejando un suave beso en su frente.

—¿Tú lo estás? Porque para mí es lo que importa

Sus ojos conectados no fallaban en hacer que el mundo se aquietara, y la besó suave, una caricia que buscaba calmar el fragor de la ansiedad que ser la perfecta anfitriona provocaba en su esposa.

Anne suspiró, y le abrazó.

—Estoy muy feliz—murmuró.

Después de comer, los niños se lanzaron al jardín, liderados por Henry y los mellizos. Armados con bufandas, guantes y botas, comenzaron una épica batalla de bolas de nieve que pronto incluyó a Hugh, Francis, Grayson y Samuel.

Las risas resonaban en el aire, mezclándose con los gritos de los pequeños. Anne e Isla observaban desde la terraza, abrigadas y con las mejillas rosadas por el frío.

Nessa, que tenía a Isla Rose en brazos, no podía evitar reír al ver cómo Francis intentaba refugiarse detrás de un árbol, solo para ser sorprendido por Hugh.

—Mira a esos hombres, parecen niños grandes—comentó Isla, sacudiendo la cabeza.

—Cierto, y que Grayson participe… Habla de lo calmado y en paz que está. No imagino una Navidad mejor que esta—respondió Anne, con los ojos llenos de cariño, y se dio vuelta para observar a Lydia, que dormía muy arropada en su pequeña cuna de madera, a pesar del escándalo que se elevaba en el aire frío.

Fuera de la vista, Maude y Samuel, alejados un poco del grupo principal, paseaban por un sendero cubierto de nieve que serpenteaba hacia un pequeño bosque. Maude sostenía una ramita

entre sus manos, girándola entre los dedos mientras hablaba.

—Es curioso cómo las estaciones pueden cambiar el aspecto de un lugar. He estado en Gales antes, pero nunca lo había visto tan… mágico—dijo, levantando la vista hacia las ramas cubiertas de hielo.

Samuel caminaba a su lado, las manos en los bolsillos y una leve sonrisa en los labios.

—Es impactante cómo un lugar se transforma con el clima. Y, aunque más sutil, también lo hace con la compañía. Esta lo transforma todo—respondió, mirando de reojo a Maude.

Ella se detuvo y lo miró con curiosidad.

—¿Siempre dices cosas tan encantadoras, o es algo que aprendiste en la India? —preguntó, arqueando una ceja.

Samuel rio, una risa profunda y contagiosa.

—Supongo que es una mezcla. Aprendí muchas cosas en la India, pero también he descubierto que hay personas que inspiran ciertas palabras.

Su tono era suave, introspectivo.

Maude sintió calor en las mejillas, pero en lugar de responder, giró para seguir caminando. Seguro le decía esas frases encantadoras a toda la que veía por ahí.

Más tarde, la familia se reunió en el gran salón para decorar. Anne había decidido que sería buena idea dar participación a los niños, y para ello había traído cajas llenas de cintas, adornos y velas.

Pronto el lugar era un pandemonio alegre, y los niños eran ayudados y elevados sobre los hombros para que colgaran guirnaldas de hojas de acebo y ubicaran ramitas de muérdago en puertas y pasillos. Era algo que harían de a poco, porque faltaba bastante para la cena de Navidad, y la casa era grande.

Samuel estuvo muy activo y risueño con ellos. Maude, de pie cerca de la chimenea, observaba la escena con una sonrisa.

—Eres muy bueno con los niños—dijo cuando él bajó de la escalera.

—Pues es porque me divierten y me entretienen—respondió, quitándose una mota de nieve imaginaria del hombro.

—¿Estás listo para casarte y tener los tuyos? ¿Volverte un hombre de familia?—bromeó Maude, aunque sentía curiosidad.

Samuel la miró con una expresión seria, como si considerara la pregunta con detenimiento.

—Por mucho tiempo creí que no era bueno siguiendo las expectativas de la sociedad. Por eso me fui, a conocer el mundo. Hoy día… No reniego de la posibilidad de tener una esposa, hijos… Hay muy buenos ejemplos aquí. No lo había considerado con seriedad… Hasta ahora—dijo, dejando que sus palabras flotaran en el aire.

Maude lo observó en silencio, y no dijo más, retirándose para charlar con las demás. Sus conversaciones eran breves, pero intensas, y Maude encontraba que le provocaban ideas que no debía. Y que estaba pensando en él más de lo conveniente.

Grayson se acercó a Anne mientras ella observaba a Lydia jugar con Isla Rose. Le ofreció su brazo, y ella lo tomó, haciendo un gesto a la institutriz para que no perdiera de vista a las dos niñas, y siguió la guía de su esposo hasta una pequeña sala contigua.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Anne, mirándolo con curiosidad cuando él trancaba la puerta.

—Robar un momento para nosotros—respondió Grayson, girándose para mirarla.

Sus manos encontraron las de ella, y su expresión se hizo apasionada. La estrechó contra sí, y le tomó la boca sin advertencia, y Anne correspondió con igual pasión. Sus labios, que ya se conocían de memoria, se deleitaron en el contacto, y sus lenguas se acariciaron suaves, mientras las manos se acariciaban y provocaban.

Varios minutos pasaron hasta que emergieron por aire, sus rostros enrojecidos y las respiraciones agitadas. Él le acomodó el cabello y sonrió.

—Tendremos que esperar unos minutos para salir… No tengo suficiente de ti. Creo que pasarán los años y con ellos mi adoración por ti crecerá más y más.

—Oh, Grayson… Es mutuo, lo sabes.

—Es bonito ver la casa llena de risas, de vida. Echo de menos a los míos, pero ellos merecen ese viaje, y le hará bien a Beth, a sus niños…—suspiró.

Anne le abrazó, consciente de lo preocupado que había estado Grayson por su hermana, que había enviudado el año anterior. El que su esposo hubiese sido un hombre torpe y jugador enviciado no atemperó el golpe que su muerte temprana causó.

Por ello, Beth había decidido pasar la Navidad conociendo París. Su madre y sus hermanos decidieron acompañarla, y Grayson y Anne prometieron encargarse de la casa en Gales, los arrendatarios y lo que era tarea habitual de Beth.

Así había surgido la idea de invitar a los amigos acá, y esta iniciativa fue saludada con entusiasmo por todos, Grayson incluido. Anne estaba satisfecha de haber interpretado su deseo de estar muy acompañado en estas fechas.

Grayson la rodeó con sus brazos, apoyando la barbilla en su cabello.

—Eres mi luz, Anne. Nunca olvides eso.

El sonido del viento en las ventanas y el suave crujido de la chimenea llenaron el espacio mientras ambos se aferraban al momento.

CUATRO.

Tras una copiosa comida en el comedor principal, las familias se trasladaron al salón de juegos. Anne estaba con Lydia, que se había encaprichado con una muñeca de porcelana, regalo de Nessa, mientras Grayson charlaba animadamente con Francis.

Isla, sentada junto a Hugh, intentaba controlar a los mellizos, quienes se perseguían entre las sillas, sus risas resonando en el aire. Samuel elevó la voz:

—¿Qué les parece si jugamos a las charadas?

Esto generó el entusiasmo de la mayoría, y los equipos comenzaron a formarse.

—Anne, cariño, tú estás conmigo—dijo Grayson, sujetándola por la cintura con una sonrisa divertida.

—No soy muy buena en esto, lo sabes—protestó.

—No importa. Tu sola presencia ya me garantiza la victoria—bromeó Grayson.

Samuel miró a Maude, sus ojos llenos de una chispa de desafío.

—¿Qué me dices, lady Maude? ¿Formamos equipo? —preguntó, ofreciendo su mano.

Maude arqueó una ceja, divertida.

—¿Y si soy pésima en esto? ¿No querrías cambiar de compañera después de la primera ronda? Sé que eres muy competitivo. Recuerdo que Olivia solía quejarse de ello—replicó.

Samuel sonrió, y su sonrisa denotaba confianza.

—Falacias. Era ella la que siempre quería ganarme, la muy tramposa—Hubo risas, y Francis rodó los ojos.

—Vamos, Samuel, en la memoria de varios están varios episodios de juegos en los que fuiste muy odioso.

—Como sea, reclamo a Maude para mi equipo. Intuyo que es buena en esto.

—Acepto, aunque no digas luego que no te advertí—respondió ella, sonriendo, satisfecha a la interna por sus palabras.

Conformados los equipos, se turnaron para interpretar y adivinar frases y títulos de libros. El ambiente estaba lleno de risas y burlas amistosas. Cuando fue el turno de Maude y Samuel, él se puso de pie, listo para interpretar.

—¡Tres palabras!—anunció Maude, tratando de descifrar los movimientos exagerados de Samuel.

Él gesticulaba con entusiasmo, representando algo que parecía una mezcla de un caballo y una galera, o un instrumento musical. No sabía. Maude, entre risas, intentaba mantener la concentración.

—¡Oh, lo tengo! —exclamó finalmente—. ¿Orgullo y prejuicio?

Samuel asintió, y hubo festejos del equipo. Mientras el próximo turno se organizaba, él

vino a Maude mirándola con admiración.

—Sabía que lo harías bien. Bonita e inteligente, ¡que mezcla tan interesante! Soy muy bueno, pero tú tienes un talento especial para interpretar mis señales—dijo, inclinándose hacia ella, su voz más baja y confidencial.

—Y eres modesto, veo también—dijo ella, divertida.

Maude sintió que el calor subía a sus mejillas, y antes de que él pudiera responder, Nessa anunció el próximo turno, rompiendo el momento.

Para desazón de Samuel y risas de varios, su equipo perdió, y él concedió a regañadientes la victoria al equipo de Anne y Grayson. Mientras la reunión se disolvía, él aprovechó la oportunidad para invitar a Maude a un paseo por los jardines, donde la nieve brillaba bajo la luz de la luna.

—¿No está demasiado frío para esto?—preguntó Maude mientras ajustaba su capa de lana.

—Un poco de frío nunca ha hecho daño a nadie. Además, estoy seguro de que eres sana y fuerte—respondió Samuel, ofreciéndole su brazo.

Maude rio con suavidad y meneó su cabeza, aceptando la oferta.

—Está bien, vamos. Si debes traerme desmayada de frío, será tu responsabilidad.

—Oh, tengo la fuerza necesaria y la velocidad como para traerte rápido junto al fuego—dijo, con seguridad.

No lo dudo, pensó Maude, mirando de reojo la silueta bien formada y robusta de Samuel. Era un jinete consumado, practicaba esgrima y boxeo, todo eso había contado en las comidas compartidas ante preguntas curiosas.

Caminaron despacio, sus pies hundiéndose en la nieve. El aire era fresco y silencioso, excepto por el leve crujido bajo sus pasos. Samuel pareció más pensativo.

—¿Qué sucede? —preguntó Maude, rompiendo el silencio.

Samuel se detuvo, mirándola con seriedad.

—Estaba pensando en cómo Francis y sus amigos, sus familias, han estado siempre conmigo, dándome un lugar en su vida, entre su familia. Estoy muy agradecido por ello.

Maude lo observó con atención, percibiendo su seriedad, y vulnerabilidad que no había notado antes.

—Encajas entre ellos a la perfección, y se ve cuánto te quieren. Te lo dice una persona ajena al grupo, y por tanto con perspectiva.

Samuel sonrió, impresionado por su perspicacia.

—Pues somos dos que vamos bien con esta gente. Me alegro de haber venido aquí, y de que tú también lo hicieras.

—También estoy encantada de estar aquí—respondió, pero no lo miró.

En lugar de eso, elevó sus ojos hacia el cielo estrellado, permitiendo que el momento hablara por ellos.

Caminaron de regreso a la casa unos minutos después, calados por la frialdad del aire nocturno, y el calor del salón les dio la bienvenida. La conexión que había surgido entre ellos durante el paseo era sutil, pero innegable.

CINCO.

Los aromas de especias, carnes asadas y pan recién horneado llenaban los pasillos, envolviendo a todos en un abrazo culinario imposible de ignorar.

La servidumbre iba y venía con bandejas, manteles y candelabros. En la gran cocina, y con un delantal blanco para proteger el elegante vestido burdeos, Anne observaba a la señora Norfolk dar instrucciones amables a las cocineras y ayudantes.

Su postura era relajada, pero sus ojos estaban atentos a cada movimiento. Maude entró en su búsqueda, y en su sonrisa se mezclaron el orgullo y el afecto.

—Anne, querida, has asumido este rol con una gracia que me deja sin palabras—dijo, acercándose a ella.

Anne se volvió hacia ella, sus mejillas sonrojándose por el cumplido.

—Solo intento estar a la altura de la familia. Quiero que esta Navidad sea especial para todos—respondió, con una mezcla de modestia y determinación.

Maude tomó su mano y la apretó.

—Ya lo es. ¡Me da tanto gusto estar aquí!

—Y a mí que vinieras.

—Ahora, es tiempo de salir de aquí. Grayson espera por ti en la biblioteca. Te llevo allí y de paso tomo un libro que quiero leer.

Conversaron acerca del pretendiente de Victoria mientras llegaban, y Anne rio cuando se enteró de que el pobre hombre estaba pasando las de Caín con los caprichos de la mayor de los Atholl.

Maude la dejó con su esposo y se llevó el libro que había elegido un rato antes, dirigiéndose a una pequeña salita que se usaba poco. Samuel entró un rato más tarde, sorprendiéndola mientras hojeaba el volumen de poesía.

—Me dijeron que aquí estarías—Maude lo miró y parpadeó, notando que había pasado el tiempo—. ¿No deberías estar preparándote para la cena?

Se inclinó sin recato para leer el título del libro, y Maude cerró el libro rápidamente, avergonzada.

—Estaba leyendo un poco… Para pasar el rato…

El tono defensivo sonó obvio, y se recriminó. ¿Y qué si leía poesía?

Samuel sonrió, notando su incomodidad.

—No pretendía interrumpir. No sabía que te gustaba la poesía.

Su tono era despreocupado, pero Maude estaba habituada a que Victoria y en menor medida Edward se mofaran de sus intereses, y por ello frunció el ceño y cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Pues lo hago. ¿Algo para decir al respecto?

Samuel levantó las manos en un gesto de rendición, dándose cuenta de que había tocado un punto sensible.

—¡Por supuesto que no! Me parece admirable. Solo me sorprendió porque te he visto tan… práctica. Con los pies en la tierra—Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Creo que la poesía muestra una faceta tuya que no esperaba.

Maude no respondió de inmediato. En cambio, lo miró fijo, tratando de decidir si estaba siendo sincero o jugaba. finalmente, suspiró y dejó el libro sobre la mesa.

—Debería prepararme para la cena—dijo, evitando su mirada mientras se levantaba.

Antes de que pudiera salir, Samuel tomó su mano, deteniéndola con suavidad.

—Maude… lo siento si te hice sentir incómoda. No era mi intención. De verdad, admiro lo que sea que elijas leer o hacer.

Su tono era serio, y sus ojos reflejaban sinceridad. Ella asintió, su expresión suavizándose.

—Está bien. Tal vez reaccioné de más. Mis hermanos pueden ser muy tontos con eso, y me molesta. Pero… está bien, Samuel.

Ya en su habitación, decidió que vestiría algo bonito, que la hiciese sentir interesante, y cepilló su cabello hasta que brillaba. Se observó con cuidado y consideró que estaba bien.

Luego, se dirigió abajo. Se sorprendió al encontrar el comedor envuelto en una claridad impactante, iluminado por infinidad de velas, reflejándose en las copas de cristal y los cubiertos de plata.

El ambiente era festivo. La familia y los invitados tomaron asiento alrededor de la enorme mesa, intercambiando bromas y risas mientras se servían los platos.

Grayson observó el bullicio con una sonrisa tranquila. Cuando miró a su esposa, la encontró observando a Lydia, quien estaba entretenida intentando alcanzar una cereza de un plato cercano.

La cena avanzó con brindis y más risas. Samuel, sentado junto a Maude, aprovechó la oportunidad para inclinarse hacia ella.

—Luces muy hermosa esta noche—susurró, provocando un leve sonrojo en ella.

Maude negó con la cabeza, pero su sonrisa traicionó su aparente indiferencia.

—Gracias, Samuel. Tú también luces bastante presentable.

-¿Solo presentable?-fingió que lo hería, y llevó su mano al corazón-. Me lastimas. Me esforcé para estar arrebatador a tus ojos.

-Bien, si te tranquiliza, quitas el aliento.

-Eso está mejor, me hace justicia, creo yo.

Ella rio, y meneó la cabeza. Era divertido. Aunque, siendo franca, un poquito el aliento se

le cortaba al verlo.

SEIS.

Un cielo gris claro y una fina capa de escarcha cubría los jardines. Los niños, liderados por Henry y los mellizos de Isla y Hugh, ya habían salido al jardín envueltos en abrigos y bufandas, sus risas resonando mientras intentaban construir un muñeco de nieve.

Desde una de las ventanas del salón, Anne observaba la escena con una sonrisa mientras sostenía a Lydia en brazos. La pequeña, fascinada por el movimiento fuera, agitaba sus manitas intentando alcanzar la fría ventana.

—Pronto será lo suficientemente mayor como para correr con ellos—comentó Grayson, que se acercó por detrás y rodeó a Anne con sus brazos, apoyando su barbilla en su hombro.

Anne dejó escapar una risita suave.

—Parece que fue ayer cuando nació, y ya tiene toda esa energía—Se giró para mirarlo, con una expresión tierna—. Esos momentos pasan demasiado rápido.

Grayson besó su mejilla antes de tomar a Lydia, levantándola en el aire y provocándole una risita de pura alegría.

—Bueno, ¿y qué hay de nosotros, duquesa?—preguntó con un tono de broma—. ¿Nos uniremos a los juegos o nos quedaremos aquí disfrutando de la chimenea?

Anne levantó una ceja, desafiante.

—¿Dudas de mi habilidad para una buena batalla de bolas de nieve?

Grayson sonrió, encantado.

—Jamás. Pero debo advertirte que soy un excelente estratega. Ganar no será sencillo.

—Veremos, su Gracia.

Anne alzó la barbilla con fingida altivez antes de salir con él y Lydia para unirse a los demás. Grayson meneó su cabeza, divertido.

En el jardín, los niños ya estaban divididos en bandos, con Henry liderando uno y los mellizos de Isla el otro. Samuel estaba ayudándoles a construir pequeñas fortificaciones de nieve, mientras Maude, apartada, observaba.

Cuando Anne y Grayson llegaron al campo de batalla, Henry levantó una mano con dramatismo.

—¡Uníos a nuestro bando! ¡Necesitamos refuerzos contra esos villanos! —gritó, señalando a los mellizos, quienes gritaron indignados.

Grayson soltó una carcajada, dejando a Lydia con Isla y preparándose para unirse al juego. Anne, por su parte, se alió con los mellizos, tomando una bola de nieve y lanzándola con precisión hacia Grayson, que apenas tuvo tiempo de esquivarla.

—¡Eso fue un ataque furtivo!—exclamó Grayson, riendo mientras formaba su propia munición.

El juego continuó con risas y gritos, todos participando en la diversión. Incluso Maude se vio arrastrada a la contienda cuando Samuel, con una sonrisa maliciosa, lanzó una bola de nieve en su dirección.

—¡Eso fue a propósito!—gritó ella, tomando su propia bola de nieve y persiguiéndolo por el jardín.

Samuel corrió, riendo, pero pronto se encontró atrapado entre Maude y un arbusto. Al darse cuenta de que no tenía escapatoria, alzó las manos en señal de rendición.

—Me rindo. Pero, por favor, sé misericordiosa, Maude.

Ella, con una sonrisa triunfante, lanzó la bola de nieve a su cara, y la fingida indignación dio paso a la risa de ambos, que resonó en el aire frío.

Sus miradas brillaban, cruzadas, y las carcajadas dieron paso a sonrisas más medidas y luego a un silencio breve, cortado por los gritos triunfantes de los mellizos proclamándose ganadores, para fastidio de Henry.

Más tarde, después de cambiarse por ropa seca, todos se reunieron en el salón principal. Los niños estaban agotados, tumbados en las alfombras con tazas de chocolate caliente en las manos, mientras los adultos charlaban y reían en los sofás.

Samuel y Maude estaban sentados cerca del fuego, uno al lado del otro, y más apartados del resto. Samuel tenía una copa de jerez en sus manos, y parecía reconcentrado. Hasta que rompió el silencio.

—Maude… ¿puedo hacerte una pregunta?

Ella, que estaba acariciando a uno de los perros de la casa con distracción, levantó la mirada.

—Por supuesto, Samuel. ¿Qué es?

Él tomó aire, como si necesitara reunir valor.

—¿Has pensado en tu futuro? ¿En lo que deseas para tu vida? ¿De verdad, más allá de lo que es esperable y normal?

Maude lo miró con curiosidad, sorprendida por la profundidad de la pregunta.

—Claro que sí. Muchas veces, en especial cuando me siento… Agobiada—suspiró—. Ser una mujer es… complicado. Tenemos que vernos bien, comportarnos, buscar un marido adecuado… No necesariamente el que uno quiera—susurró, y luego añadió, rápido—. No me malentiendas, no me quejo de mi vida. Sé bien que hay mujeres que sufren la pobreza, la violencia… Que apenas subsisten. Cuando pienso en eso, mis problemas no parecen nada. Soy una quejica que vive muy bien, con muchas opciones.

Samuel asintió lentamente, su mirada fija en la chimenea.

—Te entiendo, no te preocupes. Cada uno es su circunstancia.

—¿Y tú? ¿Qué quieres para tu futuro? ¿Has pensado mientras viajabas?

—Viajar fue una manera de conocerme, de desafiarme. Vivir bajo la tutela de los Worcester fue vital, pero también me protegió, y necesitaba comprobar que puedo hacer cosas por mí mismo. Después de tanto tiempo lejos, pensé que regresar a Inglaterra sería suficiente, pero… aún me siento como si estuviera buscando… No sé, algo más.

Maude lo observó en silencio, notando la vulnerabilidad detrás de su usual, o aparente, sonrisa despreocupada. Sin pensar, extendió una mano y la colocó sobre la suya.

—Estoy segura de que encontrarás sentido y dirección, pronto.

Él la miró, su expresión suavizándose, encontrando consuelo en sus palabras.

—Tu presencia es una sorpresa inesperada, y me gusta charlar contigo. Siento que me entiendes.

—Bueno, tengo experiencia en eso de dar vueltas pensando en lo que quiero y lo que no…—sonrió, y él asintió.

—Me alegra que podamos hablar así. Sería imposible en Londres. Entre las libretas de baile, las chaperonas, las miradas constantes sobre uno, es difícil poder conocer a alguien así, conectar.

Ella asintió, y pensó que tenía razón. Demasiada. Porque Maude sentía que entre ambos crecía algo más que camaradería, al menos de su lado. No estaba nada segura de lo que pasaba por la cabeza de Samuel.

Muy probablemente lo que decía de modo explícito, nada más: le gustaba hablar con Maude porque ella era una oreja disponible, tenían casi la misma edad y problemas similares.

SIETE.

Maude avanzó, guiada por las voces entusiastas y la charla en el salón. Al ingresar, se detuvo, sorprendida. Un gran abeto había sido acomodado en el centro, y su fragancia fresca llenaba el aire.

Alrededor, había cintas de satén rojas y doradas, finas velas, formas de madera pintadas emulando manzanas, instrumentos musicales y bolas de nieve. Anne daba indicaciones a dos criadas, que parecían confundidas, pero comenzaron a trabajar con diligencia.

—Coloquemos las cintas en algunas de las ramas, y vamos alternando. Que las velas queden un poco más separadas, por favor. No queremos riesgos con la cera caliente—indicó, mientras sujetaba a Lydia en un brazo y revisaba los arreglos.

Isla apareció entonces con una caja, que posó en el suelo, y Maude la vio sacar delicadas figuritas de cristal. Estaba contemplando la escena con confusión cuando sintió el aroma fresco a sándalo y almizcle.

—¿Qué está pasando aquí?—dijo Samuel, a su lado, y Maude respingó.

No le había oído llegar, sorprendida como estaba, pero reconoció su fragancia antes de verlo. Entonces se percató de que estaba demasiado pendiente de este hombre.

—Yo…—parpadeó, pero se recompuso—. En verdad no tengo idea. ¿Habías visto esto antes?

—Para nada—se adelantó, y ella le siguió—. ¿Qué es esto, Anne? ¿Estás inventando un nuevo juego para los niños? Esos bonitos adornos no van a durar.

Anne sonrió, acomodando un mechón de cabello rebelde de su hija.

—Es una tradición de la que me enteré la pasada semana al visitar a una familia de alemanes que viven en el pueblo. Son luteranos. Ellos decoran abetos con velas, frutas y dulces. Las velas en los árboles simbolizan el cielo estrellado. ¡Me pareció encantador! Por eso…-sus dos manos apuntaron al árbol.

—Oh, bien. Es raro… O no… Distinto.

-Distinto es bueno-dijo Maude-. Seguro que viste mucho de eso en tus viajes.

-Sí, cada pueblo tiene sus creencias, algunas bizarras—dijo Samuel, y luego se encogió de hombros—. Esta es bonita.

—Muy bonita—enfatizó Maude, acercándose a los niños, que se empujaban, entusiastas por alcanzar las figuritas—. A ver, les ayudo. Va a ser algo digno de verse, y seguro que único. Tal vez inauguren una tendencia.

—Oh, podría ser—sonrió Anne—. Niños, con cuidado, no queremos romper nada. Ayuden con las formas de madera.

La decoración del árbol se convirtió en un evento lleno de risas y colaboración. Los niños

corrían alrededor, emocionados por participar, mientras los adultos trabajaban juntos para asegurarse de que quedara perfecto.

Samuel, que estaba ayudando a Maude a colocar una cinta dorada en una de las ramas más altas, sonrió.

—Es un árbol impresionante —comentó, su mirada desviándose hacia ella.

Maude, concentrada en su tarea, asintió.

—¿Verdad que sí? Sí que es una tradición interesante.

—Me gusta que aceptas los cambios con interés, eres curiosa. Metódica, además. Es difícil no notar el detalle con el que colocas cada adorno—añadió él, inclinándose un poco para observar su expresión—. Todas cualidades muy interesantes. Diría que estás lista para hacer muy feliz a un caballero.

Maude lo miró de reojo, detectando el tono juguetón en su voz.

—¿Siempre eres tan zalamero, Samuel? No me convencen con halagos nada más.

—Solo cuando estoy impresionado, y me encanta una dama rebelde—respondió él con una sonrisa—. Hace las cosas mucho más interesantes.

El rubor que se extendió por las mejillas de Maude fue suficiente para que Samuel se sintiera satisfecho. Pero antes de que pudiera decir algo más, Henry, con una gran estrella dorada en las manos, se acercó corriendo.

—¡Quiero poner esto en la cima!

Grayson, que había estado observando desde un lado, se adelantó y levantó al pequeño en el aire, ayudándole a colocar la estrella en la cúspide del árbol.

Cuando estuvo en su lugar, todos se alejaron unos pasos para admirar el resultado.

—¡Es perfecto!—declaró Isla, que abrazó a sus hijos, y Hugh se unió a ellos—. Este árbol es como un símbolo de lo que somos: diferentes, pero trabajando juntos para algo hermoso.

Esa noche, después de la cena, se reunieron alrededor del árbol, y con maravilla observaron mientras las velas lo iluminaban. Los Ahhh y Ohh se sucedieron, y no eran solo de los niños: los adultos estaban asombrados, y parecía que la magia invadía el ambiente.

Una banda de tres músicos que habían sido contratados para tocar comenzó a interpretar un vals, y Grayson fue el primero en moverse, acercándose a Anne para tomarla de la mano y comenzar a girar. Las otras parejas no demoraron en seguirlos.

Desde un rincón del salón, Samuel observaba en silencio. Su rostro demostraba que estaba muy concentrado, y Maude, que le miraba, no pudo evitar acercarse para preguntarle, con curiosidad:

—¿Qué te tiene tan pensativo?

Él se giró hacia ella, sonriendo.

—Estaba pensando que es maravilloso que estos tres hayan conseguido formar familias

tan puras. No hay nada de artificio en ellos, y el amor que se tienen… Envidio eso, de la manera más sana…

—No sabía que había un romántico debajo de esa capa de divertido desinterés—dijo ella, entre sorprendida y conmovida.

—No confundas mi natural tendencia a divertirme con indiferencia, Maude. A veces uso eso como fachada, pero no con quienes me interesan.

Maude, confusa pero intrigada, no dijo nada más. Pero cuando Samuel extendió una mano hacia ella para invitarla a bailar, la aceptó encantada. Y mientras danzaba y sonreía, mirando los ojos oscuros que la interpelaban, en silencio, una vocecita susurraba que este hombre la tenía más cautivada de lo que era conveniente.

Era factible que él volviera a viajar, sediento de conocer el mundo. Y habría conocido mujeres mucho más interesantes que ella. Además, si por algún milagro él decidiera expresar su interés en cortejarla, su padre estaría muy poco impresionado.

Percy Murray, el conde de Atholl, tenía altas expectativas para ella. Su madre sería más contemplativa, por supuesto, porque Brodie Campbell era más cálida, y entendía de amor.

¿Amor, Maude? ¿Estás perdiendo la razón? Espabila, querida, viniste aquí para celebrar la Navidad con tu hermana, no para enamorarte sin remedio.

Fue entonces que entendió lo importante que eran las lecciones de etiqueta que solía detestar, así como los consejos que su madre solía repetir: *sonrían, no dejen que vean lo que están sintiendo, en especial si es inapropiado o inconveniente, mis queridas. La procesión va por dentro, y la vertimos en los que confiamos.*

Así que sonrió, y fingió que él era un compañero de baile más, y que estaba todo más que bien.

Luego de un rato, pudo extraerse del estado de ánimo melancólico y de verdad disfrutó de la noche, lo que fue un alivio, porque realmente estaba entre gente que quería.

Sus primas, sus hijos, y su hermana, Anne… Había corrido agua bajo el puente, y agradecía no sentirse culpable por querer a esta como una. Siempre había tenido un cariño muy especial para ella, y recibía lo mismo.

Cuando se enteró de que su padre había tenido una amante y de esa unión surgió Anne, había estado confundida. Su hermana Victoria había estado furiosa, su madre triste porque los rumores eran horribles, inclementes. Su padre había usado una máscara de hielo, y les prohibió acercarse a Anne en las galas.

Esta se había ido de la casa, a instancias de Victoria, supo después. Maude se había sentido sola, porque Margueritte, su otra hermana, estaba casada y vivía lejos.

Edward, el mayor, era su confidente y pensaba como ella, pero los hombres sentían y expresaban diferente.

Cuando Grayson y Anne se comprometieron, sobrellevaron circunstancias difíciles, pero la sociedad comenzó a tolerar a Anne. Hipócritas todos, consideraba Maude, porque su hermana era la misma antes y ahora.

Una mujer dulce, educada, gentil, talentosísima, y adorable, a la que hicieron sufrir. Con esta aceptación, empero, vino el aflojamiento de las riendas que Atholl tenía sobre Maude, y su madre hizo las paces con el pasado, y con Anne.

Entonces, por fin, Maude había sido libre para volver a ver y socializar con Anne, la duquesa de Bristolbridge. Y no se privaba de hacerlo. Por eso aceptó venir esta Navidad.

Había hecho bien, pensó, sonriendo, feliz al ver a todos felices y en armonía.

OCHO.

La mañana siguiente vio a la mayoría despertar sin prisa. La servidumbre ya había encendido las chimeneas, y el aroma del pan recién horneado flotaba por los pasillos. Los niños mayores aun dormían, y los adultos disfrutaban del desayuno en el cálido comedor.

Anne, sentada al lado de Grayson, miraba a Lydia, quien balbuceaba emocionada mientras Nessa trataba de entretenerla con una cucharilla de plata.

—Parece que alguien está llena de energía esta mañana—comentó Nessa, riendo.

—Tiene la vitalidad de su padre—respondió Anne, con una sonrisa tranquila mientras miraba de reojo a Grayson.

Él alzó una ceja, fingiendo indignación.

—¿Y qué hay de su madre? Estoy seguro de que Lydia ha heredado algo de esa tenacidad tuya.

La risa de Anne iluminó el ambiente, atrayendo la atención de Francis, quien estaba entretenido con un croissant.

—No os preocupéis—intervino el duque de Worcester—. Lydia será una mezcla de lo mejor de ambos. Aunque esperemos que no herede la testarudez de su padre.

Antes de que pudieran continuar con la conversación, el mayordomo apareció en la puerta.

—Disculpe, su Gracia. Hay alguien en la entrada que solicita ser recibido.

Grayson frunció el ceño, dejando la servilleta sobre la mesa.

—¿Quién es?

—Es… el doctor August Fairchild, Excelencia. Viene desde Londres, y pide hablar con usted y con su Gracia, el señor Worcester.

La mención del nombre hizo que los murmullos se apagasen en la mesa, y hubo ceños fruncidos y gestos de desconcierto.

Grayson se levantó para atender la visita, y Francis fue con él. Anne les siguió con la mirada, sintiendo un leve nudo de inquietud en el estómago.

—Extraño tiempo para que un abogado viaje desde Londres a las heladas tierras galesas —dijo Samuel, mordiendo un pan con fruición, y Anne no se perdió la manera en que Maude le miraba.

Mm, tendría que hablar con ella para ver qué estaba pasando entre esos dos. No era la primera vez que veía que sus miradas se cruzaban y se demoraban, o que se distanciaban para conversar con animación.

No sabía qué pensar al respecto, pero tampoco planeaba mantenerse al margen. Su hermana tendría un oído atento y cariñoso en ella, si decidía confiar.

En el estudio, Grayson se encontró cara a cara con el doctor Fairchild, un hombre de mediana edad cuyo rostro marcaba la fatiga del viaje.

—¿Qué lo trae hasta Gales, doctor?—preguntó Grayson, invitándole a tomar asiento.

El hombre vaciló un momento antes de hablar, su tono bajo y grave.

—Lamento interrumpir de este modo en una época tan impropia, su Gracia, pero hay algo que deben saber. Se trata del conde de Blowtown.

Grayson se apoyó en el escritorio, cruzando los brazos, pero Francis se puso serio.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—El conde está muy enfermo, y ha solicitado que se convoque a su heredero inmediato —El doctor hizo una pausa, estudiando la reacción de ambos—. Samuel.

La noticia golpeó con fuerza. Grayson sabía que el título del conde era una responsabilidad que Samuel no había buscado, pero que recaería inevitablemente sobre sus hombros, algo que Francis le había contado más de una vez, preocupado.

—¿Samuel sabe esto? —preguntó Francis, con un deje de preocupación en su voz.

El doctor negó con la cabeza.

—No. El estado del conde era estable, pero declinó con rapidez. Ellos no han estado en contacto. Fui a su mansión, Excelencia, sé que él es su protegido—se dirigió a Francis—. Su mayordomo me informó de su partida y decidí venir en persona a informarle. Pensé que podría preparar el terreno. La relación entre ambos es complicada… Hace años que el conde no sabe de él.

Francis asintió, muy serio, pensativo, y Grayson se sentó. La delicadeza del doctor era de agradecer en un asunto tan complicado.

—Samuel está aquí. Hablaremos con él después del desayuno, y usted podría verle, si gusta. Gracias por venir tan lejos para informarnos, doctor.

El hombre hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Es mi deber. Traje documentos, libros con los números… El conde ha decaído con los años y no siempre fue bien asesorado. Usted sabe cómo es, los cuervos se aglomeran alrededor de aquellos con posición y dinero, y sin familia cercana.

—Él la tiene, pero eligió ser obstinado y dictatorial con Samuel—dijo Francis, muy compuesto—. Cuando sus padres murieron, lo trató mal, lo alejó. Por ello creció en mi casa.

—Lo sé, Excelencia. Pero en su lecho de muerte, el nombre Samuel es el que pronuncia. Es necesario que estén preparados para el desenlace.

—Hablaré con él, lo ayudaré.

—Puede usted dejar los papeles aquí, estarán seguros—dijo Grayson—. Y puede usar este sitio para reunirse con él cuando Samuel esté listo.

—Gracias, Excelencia.

Cuando el hombre se retiró, siguiendo al mayordomo, Francis suspiró con ruido.

—No sería nuestra vida si no surgiera alguna complicación—gruñó.

—Esto tiene fácil solución. Muerte de uno, vida de otro. El conde es muy anciano, y Samuel está listo, lo has visto. Ha madurado.

—Espero que sí.

Cuando Grayson regresó al comedor, siguiendo a Francis, sus ojos se encontraron con los de Anne, quien lo miraba con curiosidad y preocupación.

Le hizo un gesto de calma, sonriendo, sabedor de que ella se inquietaba cuando surgían asuntos inesperados, y la vio relajarse.

Su mirada fue a Francis, que estaba junto a Samuel, pero no hablaron hasta que el desayuno terminó y las mujeres se dirigieron a la salita de juegos con el rebaño de niños alrededor.

Samuel estaba bostezando y observando alrededor, considerando si invitar a Maude a una caminata matutina, cuando Francis le habló con tono urgido:

—Necesito hablar contigo en privado. Es importante.

Alzó una ceja, sorprendido, pero asintió. No era común ver a Francis preocupado, pero ese le pareció que era su estado.

Más tarde, en el estudio, Samuel escuchó en silencio mientras Grayson le explicaba la situación.

Su ánimo, por lo general variando entre el entusiasmo, la curiosidad y el contento, se oscureció mientras procesaba la información.

—No sabía que estuviera tan grave—murmuró Samuel, mirando sus manos—. Siempre supe que este día llegaría, pero… no lo había pensado, por años. Sabes que nunca tuvimos buena relación—suspiró, y Francis asintió—. Es un hombre… difícil. Tal vez debí tener más paciencia, estar más cerca…

—Es un hombre muy porfiado y te alejó con sus actitudes. No te culpes, Samuel.

Francis le puso una mano en el hombro, con firmeza y calidez. Samuel agradeció haber tenido a un referente y un amigo en él.

—No sé qué hacer… Supongo que deberé viajar, pero…

—No tienes que enfrentarlo solo. Estoy aquí, Grayson, Hugh… Todos podemos darte consejos, y cuando heredes, estaremos para ti. Los asuntos económicos, todo lo relativo a tus responsabilidades podrá parecer inabarcable, pero tendrás ayuda.

Samuel dejó escapar una leve sonrisa, aliviado por el apoyo.

—Gracias, Francis—Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Crees que estoy listo?

Francis lo miró a los ojos.

—Nunca estamos completamente listos, Samuel. Pero lo que importa es cómo

respondemos. Y yo sé que estarás a la altura.

NUEVE.

La noche se había asentado con suavidad, y el cielo galés tachonado de estrellas parecía un manto de terciopelo negro que envolvía el paisaje. Samuel estaba recostado en un banco del jardín, entre la arboleda, pensando.

Había pasado horas en solitario luego de la charla con Francis y la reunión con el abogado que había traído la novedad. Le había mostrado papeles, explicado la situación en detalle… Se sentía extraño.

La perspectiva de un cambio tan radical en su vida lo acuciaba. Sí, ganaría un título, dinero, pero también obligaciones y responsabilidades que no sabía si podía, o quería aceptar.

No seas cobarde, Samuel. Has pasado varios años corriendo, no puedes hacerlo más. No hay nada fuera de Inglaterra que sea tuyo, ni que quieras. Es hora de aceptar tu destino.

No sabía por qué se cuestionaba tanto. Tenía la convicción de que Francis y sus amigos estarían para apoyarlo, y no sería el primer hombre joven que heredaba un título.

Hay muchísimos hombres en el país que tienen problemas reales, Sam, despierta. Pensar en esto le recordó a Maude. Ella había dicho algo similar sobre su situación.

Tenía razón: los de ambos no eran problemas reales, de sobrevivencia. ¿Por qué les estaba dando tanta entidad? El conde había sido mezquino y frio con él, crudo, cuando Samuel necesitaba consuelo.

Era un niño herido, huérfano por un terrible accidente en Bengala que le arrebató a sus padres. El que era su tutor no tuvo un atisbo de piedad, le trató con desdén y frialdad. Fue lógico que se inclinara por vivir con los Worcester.

El alejamiento fue natural. No había abandonado al conde a su suerte. Y heredarlo era algo natural, considerando su parentesco. Sobredimensionaba las cosas.

¿Qué hacía aquí, al frío, en la oscuridad, cuando podía estar disfrutando del cálido ambiente generado por la enorme chimenea de los Bristolbridge, bebiendo un jerez y observando el hermoso rostro de Maude Atholl?

Con decisión, se incorporó y sacudió la ropa, y se estremeció. No había sido consciente de lo aterido que estaba. Se movió con brío, y caminó con más y más firmeza, corriendo por un centenar de metros para ganar calor.

El alivio que sintió al ingresar a la casa fue grande, y sus pasos lo llevaron al salón, aunque se topó con Maude antes de entrar.

—Oh, aquí estás. Iba en tu búsqueda—dijo ella, y le observó de pies a cabeza. Extendió una mano y tocó su ropa, y exclamó:—. ¡Estás tan frio!

—Es lo que pasa cuando te sientas en un jardín en el invierno y estás como un tonto por horas.

Ella parpadeó, y su mirada se hizo menos intensa, suspirando.

—Ven, acompáñame. Debe haber un lindo fuego en la salita, y podremos hablar. Intuyo que lo necesitas.

Maude había estado preocupada por él por un par de horas. Había escuchado algunos retazos de las conversaciones entre Francis y Nessa, y Grayson y Anne. No tenía la información completa, pero sí sabía que el abogado que vino traía malas noticias para Samuel.

Su desaparición confirmaba esto. Había estado ansiosa, incapaz de concentrarse en las conversaciones o leer, aunque fingió hacerlo para que su inquietud no fuera obvia. Finalmente, había desistido, se excusó y salió en su búsqueda.

Encontrarlo en la casa fue un alivio, pero estaba aterido, mojado, y por instinto le llevó a un lugar cálido y pequeño, donde solo estuvieran los dos. Quería saber qué le ocurría, ayudarle.

Maude se sentó a su lado, y esperó. Miró de reojo a Samuel, notando la tensión en su mandíbula y la forma en que sus manos estaban apretadas sobre sus rodillas.

—Estás muy preocupado—comentó con suavidad.

Samuel soltó un suspiro, sus ojos fijos en un punto en el fuego.

—Recibí noticias esta mañana. El conde de Blowtown está gravemente enfermo. Muriendo—Hizo una pausa antes de continuar—. Me han dicho que debo prepararme para asumir el título.

Maude lo miró, sus ojos llenos de comprensión.

—Oh, no tenía idea. Lo lamento.

Sí, era una sorpresa, pero ella solía ser esa distraída joven de la temporada que nunca sabía los títulos de los hombres del entorno, después de todo.

A diferencia de su hermana Victoria, por ejemplo, que parecía tener el árbol genealógico de cada hombre importante en la cabeza.

—Pues sí, soy su pariente más cercano.

—Eso debe ser abrumador para ti.

—Es más que abrumador, Maude—Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más—. No me siento listo para esto. Todo lo que sé sobre administración, sobre liderazgo… lo aprendí observando a Francis. Pero no sé si soy capaz de llenar los zapatos de mi tío.

—Samuel—dijo ella con firmeza, girándose hacia él—. He visto cómo interactúas con los demás, cómo siempre estás dispuesto a ayudar, a escuchar. Eres mucho más capaz de lo que te das cuenta.

Él la miró, sorprendido por la convicción en sus palabras.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo—Maude esbozó una pequeña sonrisa—. Y no solo porque seas brillante.

También porque tienes un corazón bueno, y eso es lo que importa de verdad.

El silencio que siguió fue cómodo, cálido. Samuel se relajó, inclinándose hacia atrás, y observó el fuego por unos instantes más. Luego, se volvió para mirarla, con intensidad que la puso nerviosa.

—Haces que me sienta mejor. Me gusta escucharte, y me complace tu confianza en mí. La aprecio, mucho.

—Es lo que pienso.

Lo que las palabras de Samuel le hacían sentir era fuerte, desconocido, y le agradaba ser su confidente.

—¿Sabes? Cuando era niño, solía imaginarme explorando el mundo, descubriendo nuevas especies, dibujando mapas—Dejó escapar una leve risa—. Nunca pensé que mi vida acabaría en un despacho.

Maude también miró al fuego, su voz suave.

—Quizá puedas hacer ambas cosas. Ser conde no significa que tengas que renunciar a lo que amas. Quizá incluso puedas usar tu posición para hacer algo diferente, que te apasione.

Samuel la observó, sus ojos oscuros brillando con nueva intensidad nueva.

—¿Siempre eres así de sabia?

Maude se rio, un sonido ligero que llenó el aire frío.

—No, solo cuando la situación lo requiere.

La mirada de Samuel se suavizó y extendió una mano, que se posó sobre la de Maude, apretándola. El calor del contacto hizo que ella se estremeciera, pero no apartó la mano.

—Gracias, Maude. Me reconforta tu optimismo.

Ella bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, una leve sonrisa asomando en sus labios.

—Puedes contar conmigo, Samuel. Para lo que necesites.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. El mundo parecía haberse reducido a ese pequeño rincón de la casa, al calor del fuego.

El silencio que siguió fue natural, no invasivo ni molesto. En Maude se mezclaban las sensaciones y las ideas.

Entre ellas, decepción, y la convicción de que si la atracción que sentía por Samuel tenía poco futuro antes, con esta novedad se volvía imposible.

Él tenía desafíos importantes adelante, y habría una larga fila de interesadas en el nuevo, joven y muy guapo conde de Blowtown.

—Vamos con los demás. No logro nada con preocuparme de antemano, y no quiero agriarte el día.

—No lo haces.

Cuando Maude y Samuel regresaron al salón, la atmósfera estaba más relajada. Los niños ya habían sido enviados a la cama, y los adultos disfrutaban de una última copa antes de retirarse.

Anne, que estaba sentada junto a Grayson, les lanzó una mirada curiosa cuando entraron juntos. Samuel, notando la atención, le guiñó un ojo antes de dirigirse hacia Francis, dejando a Maude para que se uniera a las mujeres.

—¿Todo bien?—preguntó Anne, mientras Maude se sentaba a su lado.

—Sí, sí. Estaba hablando con Samuel—respondió ella con naturalidad, pero la leve sonrisa en su rostro no pasó desapercibida para Anne.

—Maude, ¿algo que quieras decirme?

Se sonrojó.

—No es nada, Anne. Él es agradable, pensamos parecido, y somos los únicos solteros. Sabe Dios que es difícil transitar entre tres parejas tan enamoradas. ¡Debería darles vergüenza, comer pan delante de los pobre!—bromeó.

—Mi querida Maude, creo que no eres consciente del modo que te mira.

Se encogió de hombros, quitando importancia al comentario. No quería dar entidad a esas palabras, no quería falsas expectativas.

—Buenas noches, Anne. Primas, caballeros, que descansen.

—Que duermas muy bien, Maude. Espero que tus sueños no estén asolados por la Bruja del Rhibyn-dijo Samuel.

Ella se estremeció. Samuel había hecho este relato la noche anterior junto al fuego, y ella había estado muy asustada. ¿Quién no?

La idea de una vieja bruja con alas membranosas, garras y una cara deformada que volaba y lanzaba lamentos horripilantes causaría pavor entre los menos impresionables, así le había dicho con énfasis cuando él rio de su rostro asustado.

—¿Por qué traerías esa imagen a mi cabeza?—se quejó—. ¿Quieres que no duerma?

—Si hay peligro, grita fuerte—le dijo, guiñando un ojo—. Seré tu caballero de brillante armadura.

Ella resopló y fingió que no le importaba, pero en su pecho, la idea Samuel corriendo a salvarla era… interesante.

Un absurdo, una fantasía boba, se azuzó mientras subía la escalera, y cuando casi corría por el pasillo desierto, asustada por un cuento viejo.

DIEZ.

En la biblioteca, Samuel estaba junto a Francis, que le ayudaba a revisar las cifras económicas del condado Blowtown. Samuel no lograba concentrarse, distraído, tamborileando los dedos sobre la mesa, su mente yendo a otro lugar.

Francis lo notó y dejó la lista a un lado.

—De acuerdo, Samuel, ¿qué está pasando? Estás en las nubes desde anoche.

Samuel se inclinó hacia atrás en la silla, frotándose la nuca con una mano.

—No sé de qué hablas—respondió, pero el rubor en sus mejillas lo delataba.

Francis arqueó una ceja, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Vamos, primo. Te conozco demasiado bien. ¿Tiene algo que ver con cierta joven Atholl?

Samuel dejó escapar un suspiro y se encogió de hombros.

—Maude es… especial. Tiene una forma de ver el mundo que me fascina. Y anoche, cuando hablamos, sentí… no sé, como si por fin alguien, además de tu familia, me entendiera.

Francis lo miró con seriedad.

—¿Y eso te gusta, te inquieta?

—No es eso—admitió Samuel, bajando la mirada—. Es solo que no quiero precipitarme. Una relación puede ser tanto una bendición como una carga, si uno se equivoca al elegir, y no quiero cometer errores.

Francis asintió con lentitud.

—Es sensato ser cauteloso, pero no te cierres a lo que sientes. A veces, lo que más tememos es exactamente lo que necesitamos.

Samuel lo miró, sorprendido por la sabiduría en sus palabras.

—Gracias, Francis. Creo que necesitaba oír eso.

Mientras tanto, Maude estaba en el gran salón junto a Isla y Nessa, que leían una carta de su hermano Jhon.

Las novedades desde Escocia eran buenas: el antiguo soldado, que había tenido tantas dificultades al volver de las guerras napoleónicas, había superado sus heridas, y les anunciaba su compromiso con una joven de un clan vecino.

Todas se emocionaron mucho, y hubo algunas lágrimas de felicidad. Maude sonreía, alegre por ellas, y por su primo, que era un hombre formidable, y merecía la felicidad que sus frases trasuntaban.

—Noticias tan maravillosas—suspiró Isla, y la miró, sonriendo—. Todo estará completo cuando cierta prima mía tenga su romance, y me parece que eso puede estar a la vuelta de algún rincón de esta casa solariega.

El rubor que subió a las mejillas de Maude provocó las risas de sus dos primas, y Maude suspiró.

—No sé de qué habláis—respondió con un tono que pretendía ser casual, pero que no logró ocultar su nerviosismo.

Nessa intercambió una mirada significativa con Isla antes de sonreír.

—No diré nada más, pero estoy deseando ver cómo se desarrolla esta Navidad.

Horas más tarde, mientras los invitados comenzaban a reunirse en el gran salón para disfrutar de las festividades, Samuel se encontró cara a cara con Maude junto a la puerta.

Ella estaba tratando de colocar una ramita de muérdago sobre el marco, elevada sobre la punta de sus pies. Se detuvo al verla, observando con aprecio su figura bonita enfundada en el vestido de lana azul que resaltaba su piel y sus ojos.

—¿Te importa si te ayudo? —preguntó.

Maude lo miró por encima del hombro, su sonrisa iluminando su rostro.

—Por favor. Creo que está un poco torcido.

Samuel se inclinó, acercándose a ella para ajustar la ramita con cuidado. Aspiró la fragancia a lavanda y cítricos que la envolvía, y cerró sus ojos brevemente, para luego bajarlos y mirarla.

Sus miradas se encontraron, y por un momento, el bullicio de la sala pareció desvanecerse.

—Gracias por lo que dijiste anoche—dijo Samuel en voz baja—. Me ayudaste más de lo que imaginas.

—No fue nada —respondió Maude, aunque sus ojos reflejaban la calidez de sus palabras —. Todos necesitamos un poco de apoyo de vez en cuando.

Samuel sonrió, y sin pensarlo, extendió una mano para tomar la suya.

—Maude, esta Navidad es especial, y tú eres una de las razones.

Maude abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir algo, una voz alegre interrumpió el momento.

—¡Ah, el muérdago! ¡No podéis escapar de la tradición!—exclamó Isla, riendo mientras señalaba hacia arriba.

Samuel y Maude miraron hacia la planta que colgaba, como si les desafiara, y luego se miraron el uno al otro, ambos sonrojados pero sonrientes. Sin perder la compostura, él se inclinó y depositó un beso en la mejilla de Maude.

La cercanía de esos labios rosa lo llamaba, y le dio ideas para otra oportunidad, a solas. Había bastante muérdago en la mansión, pero se aseguraría de colgarlo en cada rincón y vano donde escaseara, se prometió.

—Bendito muérdago—susurró.

ONCE.

Las primeras luces del sol iluminaron las colinas, creando un cuadro que parecía extraído de un sueño. Samuel, vestido con un abrigo oscuro y guantes de piel, estaba en los establos preparando uno de los caballos para un paseo.

Su mente iba y venía con pensamientos variados, pero Maude era el origen de la mayoría de estos. Ella, su sonrisa, su comprensiva forma de hablarle y aconsejarle, el calor que había sentido al besar su mejilla la noche anterior.

—¿Vas a montar solo?—preguntó una voz detrás de él.

Se giró, ya sonriendo, porque la propietaria era Maude, envuelta en un abrigo de lana verde y con las mejillas enrojecidas por el frío. Algunos mechones finos de cabello escapaban de su sombrero.

—Estaba pensando en explorar los alrededores—respondió Samuel, sonriendo—. ¿Te gustaría acompañarme?

Maude dudó por un momento, pero luego asintió, una chispa de emoción brillando en sus ojos.

—No puedo rechazar una oportunidad así.

—¡Perfecto!

Pidió al empleado que trajera un caballo manso y lo ensilló para ella. Lo sorprendió la agilidad con la que montó y se colocó con experta habilidad sobre la grupa.

—Muy impresionante, ¿cómo es que montas así?

Las damas londinenses solían hacerlo de lado.

—Pasé mi infancia en Escocia, y Edward, mi hermano, fue muy consistente en sus enseñanzas.

El sonido de los cascos resonaba en el sendero helado mientras ambos cabalgaban lado a lado, el aliento de los caballos formando nubes blancas en el aire frío.

El silencio entre ellos era de contemplación, roto por las observaciones ocasionales de Samuel sobre la geografía de los alrededores y las preguntas curiosas de Maude sobre su tiempo en la India.

—¿Cómo fue?—preguntó ella, su voz suave mientras miraba el horizonte—. Debe de ser un lugar muy diferente a este.

Samuel asintió, su mirada perdiéndose en los recuerdos.

—Bengala tiene una belleza salvaje, una riqueza de colores y sonidos que no puedes imaginar hasta que estás allí. Pero también es un lugar de contrastes, de desafíos… y de lecciones. Aprendí mucho sobre mí mismo, sobre lo que quiero en la vida.

Maude giró hacia él, intrigada.

—¿Y qué quieres, Samuel?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero no apartó la mirada. En cambio, permitió que sus pensamientos se ordenaran antes de responder.

—Quiero algo que no he tenido desde muy pequeño: un hogar que pueda llamar mío. No solo un lugar físico, sino un sentimiento, una conexión que me haga sentir que pertenezco. Y, para ser honesto…—vaciló por un momento, pero luego continuó—. Desde que llegué, siento que podría encontrarlo.

Maude se quedó en silencio, pero Samuel notó que llevaba su mano a su rostro, sonrojado. Entonces, tiró suavemente de las riendas, deteniendo su caballo en la cima de una colina.

Ella hizo lo mismo, y ambos miraron hacia abajo, donde la casa solariega se alzaba imponente contra el paisaje invernal.

—Es un lugar hermoso—comentó Samuel, su voz más baja—. Pero lo que lo hace especial no es la vista, sino la gente que está dentro. Tú incluida.

La mirada que le dio lo satisfizo. ¡Era tan transparente en sus expresiones! Y él caía minuto a minuto subyugado por estas, encantado de su compañía.

—Samuel…—empezó, pero él la interrumpió, alzando una mano.

—Solo quiero que sepas que me gusta estar contigo, mucho. Me haces bien, y eso es mucho. Que seas tan bonita ayuda también—rio fuerte, y la carcajada que sonó en el aire se escuchó despreocupada, como si la compañía quitara el peso de sus hombros.

Maude sonrió, sus ojos brillando.

—Gracias, y tú no estás tan mal.

El regreso fue lento, disfrutando de la mutua presencia. Samuel entendía que sus palabras habían establecido un nuevo estatus entre ambos.

Pero estaba bien, porque Maude se le metía bajo la piel con cada día que pasaba, con cada conversación.

Cuando arribaron, vieron a Anne en el invernadero, regando la delicada selección de plantas mientras la pequeña Lydia estaba en el piso, con una flor a la que ya faltaban algunos pétalos.

Anne levantó la vista cuando los vio entrar, una sonrisa amable iluminando su rostro.

—¿Un paseo?—preguntó, dejando la regadera a un lado y limpiándose las manos en el delantal que llevaba sobre su vestido.

—Sí, fue una linda cabalgata—respondió Maude.

Samuel hizo una reverencia ligera.

—En verdad, es un lugar precioso. Gracias por la hospitalidad, Anne. Este lugar es especial.

—Gracias a ti por acompañarnos, Samuel. Es un placer tenerte aquí —respondió Anne, su tono cálido—. Espero que encuentres lo que necesitas. Algo me dice que sí.

—Oh, en eso trabajo—contestó él.

¿Qué se traían estos dos, querían que muriera de vergüenza? Maude miró a Anne con su boca semi abierta, roja como la grana. Anne se dio la vuelta, pero alcanzó a ver que se tapaba la boca con una mano. ¡Se reía de ella y sus nervios!

Cuando Samuel se retiró para atender algunos asuntos con Francis, Maude se quedó con Anne, ayudándola a cortar algunas flores.

—¿De verdad, Anne?

—Oh, querida, no pasa nada. Es obvio que ese hombre sabe lo que quiere, y eres tú.

—Exageras… Aunque… Me dijo que soy bonita y le gusta mi compañía—susurró, necesitando que alguien le dijera que eso era importante, que no era solo charla de amigos.

—Por supuesto, Samuel es inteligente y aprecia lo bueno cuando lo ve. Tú, Mau Mau, eres preciosa, y perfecta para él.

Se quedó en silencio un momento, pensativa.

—¿Cómo supiste que Grayson era el indicado?—preguntó de repente, su voz baja.

Anne hizo una pausa, pensativa, antes de responder.

—No fue algo que supiera. Fue algo que sentí, y creció día a día. Grayson me mostró quién era, no solo con palabras, sino con acciones. Me demostró que podía confiar en él, que sería mi refugio. Y creo que eso es lo más importante: encontrar a alguien que sea tu hogar.

Maude asintió, sus pensamientos regresando a Samuel. Eso había dicho él que quería: un hogar. ¿Lo querría con ella, más allá de frases del momento?

DOCE.

Las mesas estaban vestidas con manteles de lino blanco y adornadas con ramitas de acebo y laurel, mientras un aroma a especias y asados llenaba el aire. La servidumbre trabajaba en silencio, moviéndose con precisión para atender a los invitados.

Grayson, de pie junto a la chimenea con un vaso de brandy en la mano, intercambiaba palabras con Francis y Hugh. Isla y Nessa estaban cerca del piano, riendo con la institutriz que mantenía a los pequeños ocupados con juegos.

Cuando Maude entró al salón, un murmullo sutil recorrió el espacio. Vestida con un vestido de terciopelo azul profundo, que resaltaba su delicada figura, era imposible no notarla.

Samuel, de pie junto a una ventana, dejó de hablar con uno de los criados al verla. Debía parecer un idiota, porque Francis le dio un leve codazo.

—Samuel, deja de mirarla como si fuera una aparición divina. Vas a asustarla —bromeó, aunque había una nota de afecto en su tono.

Samuel se recompuso, pero no apartó la mirada.

—No puedo evitarlo. Es… especial.

Francis lo estudió por un momento antes de asentir.

—Lo es. Pero recuerda, la familia Atholl no es fácil de impresionar. Si quieres conquistarla, tendrás que demostrar tu valía. El conde, en especial, es un bastardo duro de roer. Ya conoces la historia de Anne.

Samuel asintió, serio, pero una chispa de determinación brilló en sus ojos.

—A quien tengo que impresionar es a Maude, pero sí, entiendo tu punto.

Cuando se sentaron a la mesa hubo una breve oración de agradecimiento antes de que se sirvieran los platos.

A medida que avanzaba la cena, las conversaciones fluyeron con naturalidad. Samuel y Maude parecían no poder frenar sus ojos, que se encontraban con frecuencia.

Fue durante el segundo plato cuando Hugh, rompió el hielo con un comentario que hizo reír a la mayoría.

—¿Es mi imaginación, o Samuel parece estar más interesado en Maude que en la comida?—dijo, con una sonrisa ladeada.

El silencio que siguió fue breve. Maude bajó la mirada, incómoda. Samuel, por su parte, se aclaró la garganta y decidió enfrentar la situación.

—Bueno, Hugh, ya que eres tan directo y parece que dejaste los modales en Londres…—lo miró con censura, porque no le gustaba que hubiese mortificado a Maude—. Supongo que sabes, por experiencia, que es difícil no estar interesado en alguien fascinante—dijo, mirando a Maude con sinceridad, alentándola con una sonrisa.

La mesa estalló en murmullos y sonrisas cómplices, mientras Francis daba una palmada en la espalda de Samuel.

—¡Eso sí que es tener coraje!—exclamó, con una nota de aprobación en su tono.

Maude, muy sonrojada, levantó la mirada y encontró los ojos de Samuel. Nessa, con aplomo, cambió el tema, dirigiéndolo al no lejano casamiento de su hermano Jhon, lo que logró la atención general.

Cuando el postre fue servido, un criado entró en el comedor con una expresión seria. Se inclinó hacia Francis, susurrando algo que hizo que el duque se pusiera de pie de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grayson.

Francis se giró hacia Samuel, su expresión grave.

—Es el conde de Blowtown. Ha empeorado. Su administrador envió un mensaje urgente.

El anuncio dejó a todos en silencio. Samuel, aunque afectado, asintió con firmeza.

—Debo irme de inmediato.

—No irás solo —intervino Grayson, su tono autoritario—. Te acompañaremos para asegurarnos de que tengas lo necesario para el viaje.

Maude, sentada al otro lado de la mesa, miró a Samuel con preocupación, su entrecejo fruncido. Él notó su mirada y, antes de levantarse, se inclinó hacia ella.

—Regresaré, Maude. Te lo prometo.

Ella asintió, y sus ojos brillaban con lágrimas que no dejó caer. Samuel se sintió triste por tener que alejarse justo ahora, pero también satisfecho. Ella se inquietaba por él, y esas perlas en sus ojos eran por él.

Había declaración en ese sollozo contenido, y le llenaba de gozo, se percató. No poder actuar sobre esas emociones al instante era frustrante, pero debía ser responsable.

El caos de los preparativos se extendió por la casa en cuestión de minutos. Samuel, con la ayuda de Francis y Grayson, empacó lo esencial mientras los criados organizaban un carruaje.

Antes de partir, Anne se acercó a Samuel con una capa de lana.

—Tómalo. Las noches son frías, y debes cuidarte para volver sano—dijo, su tono lleno de calidez.

—Gracias, Anne. Por todo.

—Adiós, Samuel—murmuró Maude, envuelta en un chal.

Se acercó a ella, y sin importar los testigos, su boca descendió y rozó sus labios con extrema y calculada suavidad.

Ella contuvo la respiración, y él de inmediato quedó prendado de la suavidad de esa boca. Algo con lo que soñar en las noches que estaría lejos, pero también un premio al que volver.

—Hasta pronto, Maude. Nada de adiós entre nosotros.

Cuando el carruaje partió, Maude se quedó junto a Anne en la entrada, observando cómo

desaparecía en la distancia.

Un suspiro escapó de sus labios, y Anne, perceptiva, la tomó del brazo.

—Volverá, Maude. Y estoy segura de que tendrá mucho que decirte cuando lo haga.

Maude asintió, aferrándose a esas palabras mientras la noche envolvía la mansión.

TRECE.

Habían pasado dos días. Maude estaba sentada junto a una de las ventanas del salón principal, mirando las estrellas. Imágenes y conversaciones se sucedían en su cabeza, y ni siquiera el ruidoso jugar de los niños, que peleaban y reían, se empujaban y corrían, podía extraerla de sus pensamientos.

Samuel había entrado a su vida como un viento, y lo había cambiado todo.

—Toma este té, Mau, te ayudará a calmarlo.

A su frente apareció una taza de fragante y caliente té, y Anne se sentó a su frente. Maude aceptó la infusión, sonriendo con desmayo.

—Gracias, Anne. Pero no creo que nada pueda relajarme esta noche.

Anne se sentó junto a ella, colocando una mano reconfortante sobre la suya.

—Es normal sentirse así. Preocuparse por alguien que importa… significa que lo tienes en tu corazón, Maude.

Apartó la mirada, un leve sonrojo coloreando sus mejillas.

—¿Crees que volverá? ¿Crees que sentirá lo mismo cuando regrese? Tal vez era la atmósfera aquí, el ambiente navideño…—preguntó, su voz cargada de duda.

Anne inclinó la cabeza, y negó, vehemente.

—Samuel no es el tipo de hombre que deja cosas a medias. Grayson habla de su determinación como una de sus mayores virtudes, y por lo que he visto, su interés por ti es sincero. Pero lo más importante, Maude, es cómo te sientes tú.

Maude respiró hondo, mirando las estrellas una vez más.

—Tengo claro lo que quiero. No sé si podré conseguirlo, porque no todo depende de mí. Quiero ser fuerte para enfrentar lo que venga, sea bueno o malo.

Anne sonrió, apretando su mano.

—Eso es todo lo que se necesita. Fuerza y honestidad contigo misma.

Mientras las horas avanzaban, el resto de los invitados comenzó a retirarse a sus habitaciones, dejando a Maude sola en el salón. Pero la soledad no duró mucho.

Hugh apareció en la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión de curiosidad en su rostro.

—No pensé encontrar a alguien despierto a estas horas—comentó, entrando al salón.

Maude se encogió de hombros, levantando la taza vacía.

—No podía dormir.

Hugh asintió, tomando un asiento frente a ella.

—Samuel estará bien. Es joven, pero ha aprendido mucho. Francis lo preparó para esto. Y esos años afuera lo hicieron madurar.

Maude lo miró con gratitud.

—Sé cuánto significa para él teneros a vosotros como guía y apoyo.

Hugh sonrió, aunque su expresión se tornó más seria.

—¿Y para ti? ¿Qué significa Samuel?

La pregunta la tomó por sorpresa. Sus labios se separaron, pero las palabras no brotaron de inmediato. Era raro hablar así con el duque de Elywood, pero su expresión llana la relajó.

—Pues… Aunque suene apresurado… Supongo que él podría ser mi Isla.

Hugh rio, y asintió.

—Pues eso suena a amor, Maude. Y si lo es, vale la pena. Mucho. El amor transforma.

Cuando Maude finalmente se retiró a su habitación, encontró algo inesperado sobre su tocador: una pequeña caja de madera, pulida y cerrada con un delicado broche.

Al abrirlo, encontró un fino pañuelo bordado con sus iniciales. Junto a él, había una nota con la letra clara y firme de Samuel.

"Para recordarte que estoy contigo, incluso cuando no lo estoy. Tuyo, S."

Las lágrimas llenaron sus ojos, pero esta vez no eran de tristeza. Con el pañuelo en la mano, se dejó caer sobre la cama, sintiendo que tenía algo tangible a lo que aferrarse. Algo que significaba esperanza.

CATORCE.

Un espectáculo de colores cálidos se filtró por las ventanas de los dormitorios anunciando el amanecer. Maude despertó temprano, con el pañuelo de Samuel aún entre sus manos, como ocurría desde que lo encontró, una semana atrás.

Había dormido mejor de lo esperado, y el descanso la ayudó a calmar su ansiedad. Se levantó y decidió caminar por los jardines, buscando claridad en el fresco aire matutino.

El rocío cubría el césped y el perfume de las rosas tempranas llenaba el ambiente. Maude avanzó por los senderos de grava, sus pasos ligeros pero determinados. En su mente, repetía las palabras de Anne y Hugh, encontrando consuelo en ellas.

Era cierto, Samuel había dejado una marca en ella, y aunque su ausencia la inquietaba, también le daba fuerzas.

Encontró a Isla y Nessa al regresar, ambas con sus niños pequeños jugando a pocos metros. Los mellizos de Isla, tan llenos de energía, corrían tras una pelota mientras la hija de Nessa, con sus rizos pelirrojos, intentaba seguirles el ritmo.

—¡Buenos días, Maude!—la saludó Nessa con una sonrisa radiante—. ¿Has salido a despejarte?

Maude asintió, un leve rubor coloreando sus mejillas.

—Sí, necesitaba aire fresco. ¿Cómo están los pequeños?

—Incansables—respondió Isla con una risa suave—. Llenos de vida.

—¿Cómo te encuentras?

Maude parpadeó, sorprendida por la pregunta directa de Nessa, pero se encontró respondiendo con sinceridad.

—Estoy bien. Estos días han sido intensos, no esperé…

—Encontrar al hombre que hace cantar tu corazón en Gales, ¿es eso?—Nessa sonreía.

—Algo así… Pero está bien tener tiempo a solas para pensar, para ordenar las emociones. Estoy convencida de que volverá, porque lo prometió.

Nessa afirmó con su cabeza.

—Los hombres de verdad no hacen promesas a la ligera. Y Francis confía en Samuel, sabe lo que vale.

Isla, que había estado observando con atención, añadió con una sonrisa traviesa:

—Y cuando regrese, estoy segura de que todos querrán escuchar una declaración romántica. Samuel no es del tipo que se queda callado sobre lo que siente.

—Ya veremos—dijo Maude, más calma—. ¿Han visto a Anne?

—Nuestra amiga se toma su tarea muy en serio. Juro que Grayson le ha contagiado su intensidad—dijo Nessa.

—No, no—negó Maude—. Anne siempre fue responsable y muy, muy trabajadora. Iré con ella.

La encontró en la biblioteca, revisando una pila de cartas, absorta, con la pequeña jugando en una manta cercana.

—¡Maude! Justo a tiempo—dijo Anne, levantando la vista—. Tenemos noticias de Blowtown.

El corazón de Maude dio un vuelco. Se acercó con rapidez, mirando cómo Anne tomaba una carta de la pila y la extendía hacia ella.

—Es de Samuel—murmuró Anne con una sonrisa, entendiendo la mezcla de emoción y nerviosismo que irradiaba la joven.

Maude tomó la carta con cuidado, como si fuera un tesoro frágil. Se retiró a un rincón de la biblioteca y, con las manos temblorosas, rompió el sello. Las palabras de Samuel, escritas con su caligrafía segura, llenaron el papel.

Querida Maude,

He llegado a Blowtown y encontrado a mi tío en un estado muy delicado. Sin embargo, su mente sigue afilada, y hemos hablado largo y tendido sobre el futuro de la propiedad y sus responsabilidades. La cercanía de la muerte limó su carácter, y me alegra que nuestras últimas palabras sean gentiles.

No dejo de pensar en ti. En tu sonrisa, en tu compañía, en los momentos que hemos compartido. Me da fuerza y norte, Maude, y prometo volver tan pronto como sea posible. Hasta entonces, lleva contigo mi más profundo afecto.

Siempre tuyo,

Samuel.

Las lágrimas llenaron los ojos de Maude mientras leía. La calidez de sus palabras, la certeza de su regreso, llenaron su corazón de esperanza.

La tarde transcurrió entre actividades familiares. Los niños corrían por el salón, mientras los adultos disfrutaban de una merienda en el invernadero.

Francis y Hugh discutían con Grayson sobre los desafíos en sus propiedades, mientras Anne escuchaba, ofreciendo de vez en cuando una sugerencia perspicaz.

Maude se mantenía en un segundo plano, pero no se sentía sola. Cada palabra de la carta de Samuel resonaba en su mente, dándole una calma que no había sentido en días.

Esa noche se retiró a su habitación temprano. Antes de dormir, tomó la carta de Samuel y la leyó una vez más, dejando que sus palabras fueran el último pensamiento antes de cerrar los ojos.

Prometiste volver. Y te esperaré.

QUINCE.

Samuel paseaba por el vasto salón principal de la mansión Blowtown, una construcción imponente, pero marcada por el paso del tiempo. Las paredes, cubiertas de tapices antiguos, susurraban historias de generaciones pasadas.

En un sillón junto a la ventana, el conde Blowtown, muy débil, observaba los jardines con una expresión de profunda reflexión. Su rostro surcado por arrugas, conservaba la dureza de un hombre acostumbrado al mando.

La tos interrumpió el silencio, un sonido áspero que hizo que Samuel se acercara con preocupación.

—Tío, ¿necesita algo? ¿Un poco de agua?—preguntó, inclinándose hacia el anciano.

Lord Blowtown negó con la cabeza y levantó una mano, indicando que se sentara frente a él.

—No, muchacho. Lo que necesito…—hizo una pausa para recuperar el aliento—es que tomes tu lugar. He esperado demasiado para decirlo, pero el tiempo se me acaba, y tú eres el único que puede llevar adelante este legado.

Samuel se tensó, sus manos apretándose sobre las rodillas. Sabía que este momento llegaría, pero escuchar las palabras directamente era otra cosa.

—No estoy seguro de estar listo, tío. Francis ha sido como un hermano mayor para mí, y todo lo que sé de administrar una propiedad lo aprendí de él. Pero esto… esto es diferente. Blowtown es su vida, no la mía.

El anciano soltó una risa seca, cargada de ironía.

—Blowtown es la vida de nuestra familia, Samuel. No importa si lo quieres o no. Es tu responsabilidad ahora. Mi tiempo se acaba—indicó, con crudeza.

El peso de las palabras de su tío lo golpeó con fuerza. Samuel miró hacia la ventana, sus pensamientos divagando hacia los días pasados en la mansión Bristolbridge, hacia las risas de los niños, la calidez de la Navidad y, sobre todo, hacia Maude.

¿Podría ser Blowtown un lugar donde construir un futuro con ella? Las memorias que tenía de este lugar no eran bonitas.

El conde había sido duro, y él había estado aquí en el momento de mayor dolor y desesperación de su vida.

—No quiero fallar —murmuró finalmente, más para sí mismo que para su tío.

Lord Blowtown lo miró con firmeza.

—¿Fallar? No serías el primero en administrar mal, o en equivocar tus decisiones. Y eso no ha matado a nadie. La única manera de fallar es no intentarlo, muchacho. No creas que hice bien las cosas, heredé y conservé. No di mucho a los demás, ni a nuestra estirpe—agregó, sin

acritud, como recitando una verdad que no se negaba en el lecho de muerte—. Tienes algo que muchos hombres no: corazón. Úsalo con sabiduría, y Blowtown prosperará.

El esfuerzo de hablar debilitó al conde, que debió ser trasladado a su lecho. Se apagaba con rapidez.

Esa noche, bajo la luz tenue de una lámpara de aceite, Samuel se sentó a escribir. Sus pensamientos, claros y determinados, fluían al compás de su pluma.

Querida Maude,

Hoy he tomado una decisión que cambiará el rumbo de mi vida, y espero que también el de nosotros. Blowtown será mi responsabilidad, pero quiero que sepas que cada paso que doy aquí está guiado por el deseo de construir algo contigo. Algo que valga la pena.

No puedo prometerte que será fácil, pero sí puedo asegurarte que haré lo posible para estar a tu altura, para ser digno de ti. Espero el día en que puedas ver Blowtown con tus propios ojos, y que lo consideres no solo como mi hogar, sino como el nuestro.

Con cada pensamiento y cada decisión, estoy contigo, Maude. Y no puedo esperar para regresar.

Siempre tuyo,

Samuel.

Selló la carta con cuidado, sintiendo que con cada palabra, el futuro se hacía un poco más claro.

La novedad de que Samuel había aceptado su legado, y sus frases llenas de esperanza con ella llegaron a Maude días más tarde. Las leyó emocionada, y no demoró en ir a sus amigas.

Estas estaban en la biblioteca, Isla leyendo y Nessa observando a los niños, que jugaban más lejos. Su expresión la delató de inmediato, porque Nessa sonrió:

—Has sabido de Samuel, es tan obvio—dijo, e Isla levantó la vista y dejó el libro a un lado.

Maude asintió, una sonrisa suave curvando sus labios.

—Sí, me escribió. Está en Blowtown, y… parece que finalmente ha aceptado la responsabilidad de ser el heredero del conde. Está decidido a hacer lo correcto.

Nessa intercambió una mirada con Isla, ambas intrigadas.

—¿Y mencionó algo sobre un futuro que te incluya?—preguntó Nessa, con un brillo pícaro en los ojos.

Maude se ruborizó, pero no apartó la mirada.

—Me dice que espera que yo… Que espera que pueda ir a Blowtown, que podría ser

nuestro hogar.

-¿Y qué piensas?-dijo Isla.

-Yo… Me entusiasma. Me asusta un poco, también. Ha sido tan rápido. Pero mi idea de futuro aparece llena con él, con imágenes de ambos… juntos—admitió, exponiendo sus dudas y sus convicciones con total sinceridad.

Las tres se quedaron en silencio por un momento, hasta que Isla, con una sonrisa luminosa, se levantó y extendió una mano hacia Maude.

—Es maravilloso. Serán felices, ya verás. Sé paciente, y cuando llegue el momento, sé valiente.

Maude tomó la mano de su amiga, y sonrió. No veía la hora de verlo otra vez, pero mientras tanto… Iba a releer esa carta una y otra vez.

DIECISÉIS.

El aire en Blowtown era frío y cortante, pero Samuel lo acogía como si fuera un viejo amigo. Desde su llegada, había pasado días recorriendo las tierras, conociendo a los criados, arrendatarios y estudiando los libros de contabilidad.

Esa mañana, mientras revisaba el inventario del establo, un jinete llegó a toda prisa con un mensaje en mano. Samuel reconoció el sello de Bristolbridge incluso antes de que el hombre desmontara.

Rompió el lacre con dedos ansiosos, sus ojos recorriendo las líneas escritas con la caligrafía impecable de Maude.

Querido Samuel,

Me alegra saber que estás adaptándote a Blowtown, y de tu decisión. Todos envían sus saludos. Aquí, en Bristolbridge, hay mucha calma, aunque el vacío que dejaste se siente en cada rincón.

Los días fluyen lentos. Me imagino que me acostumbré a tu presencia y a nuestros paseos y charlas, y los echo de menos. Me alegra saber que te has reconciliado con el conde en sus últimos momentos.

Tus palabras me emocionaron, y me encantará conocer Blowtown y seguir explorando nuestra relación. Por ahora, solo quiero que sepas que pienso en ti cada día. Y que estoy orgullosa de ti. Aquí te esperamos.

Con todo mi cariño,

Maude.

Samuel sonrió, plegando la carta con cuidado. Maude lo estaba esperando, y él no podía defraudarla.

++++

El sonido de un carruaje en el camino de entrada llegó a los oídos de todos en la mansión Bristolbridge. Anne, que estaba en la cocina supervisando el menú, levantó la vista con curiosidad.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó a la cocinera.

—No, su Gracia. Debe ser algún mensajero.

Grayson apareció en la puerta y extendió una mano hacia su esposa.

—Ven, Anne. Vamos a recibirlo juntos.

Cuando llegaron al vestíbulo, Samuel estaba entrando, con la capa aún cubierta de nieve y una sonrisa algo nerviosa en el rostro. Maude bajó las escaleras justo en ese momento, y al

verlo, quedó congelada.

—Samuel, ¡qué gusto! No esperábamos verte tan pronto—dijo Anne, sonriente, y se acercó veloz para saludarlo, y Grayson estuvo detrás.

—Las cosas en Blowtown están bajo control por ahora—respondió Samuel, sus ojos buscando los de Maude—. Y sentí que necesitaba estar aquí… con todos vosotros.

Grayson, percibiendo el subtexto, le dio una palmada en el hombro.

—Pues has llegado justo a tiempo para la cena. Y estoy seguro de que tu presencia será el regalo perfecto para algunos aquí.

Samuel rio suavemente, pero su atención estaba fija en Maude, que todavía estaba a mitad de la escalera, mirándolo con sorpresa y mucha emoción contenida.

—Maude…

—Samuel… Bienvenido… Otra vez… ¡Qué sorpresa!—ella pareció recuperarse de a poco, y entonces bajo la escalera, y corriendo, lo abrazó.

Hubo risas, y Samuel la abrazó con suavidad, hablándole al oído.

—Creo, por tu reacción, que me has echado de menos.

—Mucho—susurró ella.

—Pues qué gusto, porque temí que me olvidaras.

—No, no creo que eso sea ya posible—señaló, y miró alrededor, entonces, sonrojada, porque había olvidado que estaban en público.

Pero lo que encontró fue vacío, porque los demás se habían retirado, dejándoles solos.

—¡Estás más hermosa, si cabe!—dijo él, y la besó, pasando de un roce suave a una unión intensa y profunda en cuestión de segundos.

Maude saboreó su primer beso real con fruición, deleitándose en el hormigueo en sus labios y en su mandíbula, en las sensaciones que se trasmitían por su garganta.

Las manos callosas de Samuel en su cuello y luego en su talle, envolviéndola, llevaron calor a cada parte de su cuerpo, y se sintió viva.

Sus brazos envolvieron el cuello masculino y lo trajeron más cerca, y solo la presencia de su adorable sobrina la separó:

—¿Qué pasa, Mau Mau?

Roja como una guinda, tartamudeó:

—Nada… Yo… No…

—Hola, preciosa—Samuel se agachó y la elevó—. Mau Mau tenía algo en la boca, y la ayudé. No hay que dejar la boca abierta porque entran moscas.

La nena asintió, muy seria, y hubo resoplidos y risas contenidas en la otra sala. Maude sintió que se calcinaba de la vergüenza, pero Samuel…

La miraba con tanta intensidad que decidió que podía derretirse ahí mismo.

DIECISIETE.

El invernadero era un refugio cálido en contraste con el frío que cubría el exterior. Las paredes de vidrio estaban empañadas por la humedad, y el aire olía a tierra mojada y flores exóticas.

La luz tenue de las lámparas de aceite creaba sombras suaves en las hojas de las plantas, otorgando al lugar un aire de intimidad. Maude avanzó despacio, sus pasos resonando ligeramente sobre las baldosas.

Samuel la seguía, ajustándose los puños de su camisa después de haber dejado su capa en el vestíbulo. Cuando Maude se detuvo junto a una planta en flor, él también lo hizo, quedándose en silencio por un momento.

—No esperaba que volvieras tan pronto, pero lo quería—dijo ella, girando apenas la cabeza para mirarlo.

Samuel sonrió, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Ni yo. Pero necesitaba estar aquí. Al menos hasta que el año termine, no hay mucho por hacer.

—Lamento mucho la muerte de tu tío, Samuel—dijo, y él asintió.

—Él se comportó con tanto valor. Esos días nos dieron la oportunidad de conocernos bajo otra luz.

—Eso es bueno.

Maude bajó la mirada, su corazón latiendo más rápido. El calor del invernadero parecía intensificarse, o tal vez era la cercanía de Samuel lo que la hacía sentir así.

—¿Y cómo va todo?—preguntó, buscando algo que decir para calmar sus nervios.

Samuel dio un paso hacia adelante, deteniéndose junto a ella.

—Mejor de lo que esperaba, gracias a los consejos de Francis. Pero… —Hizo una pausa, girando para mirarla directamente—, mientras trabajaba en Blowtown, no podía evitar pensar en ti. Y en lo mucho que me gustaría que estuvieras allí, ayudándome a convertir ese lugar en un hogar de verdad.

Maude levantó la vista, sorprendida por lo directo y sincero de sus palabras. También aliviada, porque temía que él hubiera escrito declaraciones altisonantes influido por las emociones de ver a su tío moribundo.

—Samuel, no sé qué decir…

—No tienes que decir nada —la interrumpió él, con una sonrisa que combinaba ternura y sobriedad—. Pero quiero que sepas que lo digo en serio. Eres importante para mí. Y si eso suena demasiado directo, lo siento. Tres años en la India me enseñaron que no tiene sentido perder tiempo fingiendo lo que uno siente.

Maude sintió que su corazón daba un vuelco. Sus ojos buscaron en los de él, y vio lo que quería. Sinceridad, emoción, y una chispa de vulnerabilidad que lo hacía aún más encantador.

—Samuel, tengo que… No he hablado nada con mis padres… No tienen idea…—comenzó, su voz temblorosa.

Él alzó una mano, tocando su brazo.

—Tenemos tiempo. Solo quiero que sepas que estoy aquí, Maude. Y que mis sentimientos son sólidos.

Maude, con los ojos brillando, se permitió un pequeño paso hacia él, lo suficiente para que sus manos se tocaran ligeramente.

—Me abruma un poco sentirme… Sentir tanto…—susurró.

Él rio, bajando la cabeza.

—Estamos iguales, Maude. Sé lo que quiero, y tú eres lo más importante.

Maude sintió que las lágrimas amenazaban con asomarse, pero en lugar de ceder a la emoción, sonrió.

—Me gusta esto de ser directos y honestos. Sabes que si estuviéramos en Londres, a solas, sería un escándalo. Si mi padre supiese que estoy en un invernadero con un conde, sin chaperona… Se pondría furioso.

Samuel alzó la vista, y la intensidad de su mirada la dejó sin aliento.

—Prometo ser siempre honesto contigo. Al diablo las convenciones. Se vive mejor fuera de Londres.

La conexión entre ellos era palpable, un hilo invisible que los unía en esa noche de invierno. Samuel, con cuidado, tomó su mano entre las suyas y, con un gesto lento y deliberado, llevó los nudillos de ella a sus labios, rozándolos, provocando sensaciones desconocidas.

El gesto, cargado de emoción, hizo que Maude cerrara los ojos por un instante, saboreando la calidez que parecía envolverlos. Y cuando los abrió, supo, sin lugar a duda, que Samuel era el único con quien quería imaginar un futuro.

DIECIOCHO.

Anne y una de las doncellas aparecieron con pequeñas bandejas de plata en las que se habían dispuesto sorpresas para los invitados: figuras de cera perfumada, dulces envueltos en papel brillante, diminutas formas de madera pintadas a mano; trompetas, flautines, entre otras.

—¿Regalos para todos, Anne?—preguntó Isla al entrar en la sala con una sonrisa curiosa.

—No para todos, pero sí algunos—respondió Anne—. Grayson sugirió que cada niño encontrara su regalo en el árbol, como si lo hubiera dejado algún espíritu navideño.

—Qué idea tan encantadora—Isla rio con deleite, observando a los pequeños saltar con anticipación—. Aunque espero que haya algo para nosotras también.

Anne sonrió, su mirada cálida mientras colocaba otro pequeño paquete en un lugar estratégico bajo el árbol, y hubo que sacar a los niños, que querían tomar los objetos al instante, poniendo el árbol en peligro. Entonces, dulces provenientes de la cocina fueron la salvación.

Cuando todo estuvo listo, Anne se dirigió hacia el clavicordio situado cerca de la ventana, donde las cortinas habían sido retiradas para dejar ver el cielo estrellado. El instrumento, pulido y reluciente, aguardaba como si también formara parte de la celebración.

Los murmullos cesaron poco a poco cuando Anne pasó los dedos sobre las teclas, dejando que una dulce nota flotara en el aire.

—Anne tocará para nosotros —anunció Grayson, su voz fuerte pero suave—. Y todos deberíamos acompañarla.

Los invitados se reunieron más cerca, algunos acomodándose en sillas, otros quedándose de pie con expresiones expectantes. Los niños dejaron sus juegos, sentándose en el suelo, atentos al comienzo.

Anne sonrió con timidez y comenzó a tocar las primeras notas de *God Rest Ye Merry, Gentlemen*, un villancico que evocaba tanto el espíritu solemne como la alegría de la Navidad inglesa.

La música llenó la habitación, suave y constante, envolviendo a todos en una calma casi mágica. Uno a uno, los presentes unieron sus voces:

God rest ye merry, gentlemen,
Let nothing you dismay,
For Jesus Christ our Savior
Was born upon this day…

La voz de Isla sobresalió con un tono claro y vibrante, mientras Hugh, con más entusiasmo que entonación, acompañaba desde el fondo. Los niños intentaban seguir las

palabras, algunos riendo al perderse, pero todos participando en la melodía.

Maude, de pie junto a la chimenea, observaba la escena con una sonrisa involuntaria en los labios. La voz grave de Samuel se unió al canto con un tono inesperadamente suave, haciendo que ella lo mirara de reojo, sorprendida.

Samuel captó su mirada y, sin detener su canto, arqueó una ceja, como si desafiara su asombro. Maude desvió la vista, aunque la sonrisa persistía, una mezcla de curiosidad y aprecio infinito por ese hombre que la dejaba sin palabras.

Cuando la última estrofa terminó, la habitación quedó en silencio unos instantes, roto solo por el crepitar de la chimenea y las risas de los más pequeños. Anne levantó las manos del clavicordio, dejando que el último eco de la música muriera con suavidad.

—Gracias, Anne —dijo Isla, aplaudiendo—. Creo que no podríamos haber pedido una Navidad más perfecta.

Anne sonrió, sus ojos brillando con alegría.

—La perfección está en tenerlos aquí.

Samuel, mientras se servía una copa de vino, lanzó una mirada a Maude antes de hablar:

—Esta casa y ustedes… Ha sido un diciembre para el recuerdo eterno. He recibido dones inconmensurables.

Maude lo miró de reojo, su expresión más contenida esta vez.

—Pues de seguro el mayor es Maude. Es buen momento para escribir al conde Atholl. De igual a igual, conde Blowtown—dijo Nessa, práctica, y Maude se escondió tras sus dedos, abrumada, y la diversión fue general.

—Me parece una observación atinada. Si la dama acepta mi cortejo…

Ella levantó la vista, y bajó sus manos.

—Sí, lo acepto.

Hubo aplausos y sonrisas.

Samuel extendió una sonrisa enorme, levantando su copa.

—Por los comienzos. Por el amor.

—Por la familia.

—Por los regalos—gritó Henry, provocando carcajadas, y Grayson se adelantó para repartir los pequeños obsequios.

Las risas y exclamaciones llenaron la habitación, mientras las llamas del fuego seguían danzando, y el eco del villancico parecía permanecer en cada rincón.

Grayson observaba a Anne desde un rincón del salón. Cuando ella notó su mirada, él sonrió y fue a ella.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Anne, su voz un susurro privado.

—En lo mucho que has transformado mi vida. Y en cómo, incluso en una noche como

esta, sigues encontrando maneras de cuidar de todos—Él tomó su mano, acariciando sus dedos con suavidad—. Prometo que haré de cada Navidad algo memorable para ti, como tú lo haces para todos nosotros.

Anne sintió que su corazón se aceleraba, y se recostó contra él.

—No necesito más que esto, Grayson. Tú, nuestra familia, nuestros amigos… y estas noches llenas de amor.

DIECINUEVE.

El gran comedor de la mansión Bristolbridge estaba vestido para la ocasión, irradiando una calidez que rivalizaba con la luz de las velas que llenaban la estancia.

El largo mantel blanco, la porcelana fina, los cubiertos de plata, las copas de cristal, las bebidas finas, la abundante comida, todo daba a la velada un realce extraordinario.

Las risas y los murmullos llenaron el aire. Los niños, vestidos con sus mejores galas, caminaban con entusiasmo mientras los adultos tomaban sus lugares.

—Ya está todo listo—anunció Anne, tomando su lugar junto a Grayson, quien deslizó una mano por su cintura antes de ayudarla a sentarse.

La cena de Navidad comenzó con un intercambio de anécdotas, brindis y el sonido de los utensilios que chocaban con la porcelana. El duque de Worcester, jovial, compartió una historia de sus primeras Navidades como padre, provocando las risas de todos.

Samuel, sentado al lado de Maude, observaba la dinámica con atención. Había algo tan genuino en la manera en que estas familias interactuaban que hacía que cualquier tensión o preocupación se disipara.

Sus ojos se desviaron hacia Maude, que reía, y por un instante, el mundo pareció reducirse a la manera en que sus labios se curvaban y cómo su mirada brillaba.

—¿En qué piensas? —preguntó ella, al notar su silencio.

—En lo mucho que me alegro de estar aquí —respondió, su voz suave y cargada de sinceridad.

Maude le devolvió la mirada, su expresión ablandándose.

—Yo también me alegro.

Más tarde, los postres fueron servidos: un pudín navideño tradicional acompañado de natillas calientes. Los niños estaban emocionados, especialmente cuando descubrieron las pequeñas sorpresas escondidas en el bizcocho.

Grayson se levantó, levantando su copa. El murmullo cesó, y todos los ojos se dirigieron a él.

—Esta noche, quiero agradecer a cada uno de vosotros por estar aquí. Es un privilegio compartir estas fechas con quienes más queremos. Para mí, esta es la verdadera esencia de la Navidad: la familia, los amigos, y los momentos que construimos juntos—Sus ojos se encontraron con los de Anne, su mirada cargada de amor—. Brindemos por ello.

—¡Por la familia y los amigos!—corearon los presentes, levantando sus copas.

Mientras las conversaciones y risas continuaban, Samuel y Maude compartían un momento de complicidad. Él le ofreció un trozo de pudín, sosteniéndolo con un tenedor, y ella, tras un momento de duda, aceptó, riendo con suavidad.

La velada continuó con un aire de calidez y esperanza, y mientras las llamas de la chimenea chisporroteaban, la mansión Bristolbridge se convirtió en un lugar donde los corazones encontraban refugio y los lazos se fortalecían.

Afuera, la nieve seguía cayendo, un recordatorio suave y constante de la magia de la Navidad.

FINAL.

La mansión Blowtown, elegante y solemne, brillaba bajo la luz suave de la tarde. Samuel cruzó el umbral con pasos firmes, deteniéndose al llegar al centro de la habitación.

Su mirada fue directa hacia Maude, quien se encontraba de pie junto a la ventana, observando cómo el paisaje se perdía en el horizonte. Su vestido en un verde profundo, resaltaba sus curvas elegantes y el rubor de sus mejillas.

—No puedo creer que hayas logrado que todo esto sucediera—dijo Maude, sin apartar la mirada del cristal empañado. Su voz contenía una mezcla de asombro y calma.

—¿A qué te refieres? Porque hemos hecho mucho—indicó, avanzando hacia ella.

—Apenas hace unos meses, no éramos más que dos casi desconocidos en una cena.

—Ha sido rápido…—respondió con una sonrisa—. Pero no tengo intención de cuestionar lo mejor que me ha ocurrido.

Maude se giró hacia él, y su rostro portaba una felicidad que parecía no poder contener. Su cabello caía suelto en ondas suaves, como si la formalidad que Londres había exigido los últimos meses ya no tuviera cabida aquí.

—Una condesa—susurró ella, con un deje irónico en la voz, como si el título siguiera siendo un extraño en su vida—. Quién lo hubiera pensado.

Samuel soltó una leve risa, recordando el trayecto que los había llevado hasta aquí.

—Yo supe que serías mía en los primeros días de diciembre, allá en Gales. Al estilo romano: Veni, vidi, vinci. Fui, miré y conquisté—dijo, con convicción no exenta de vanidad.

—¿No habrá sido al revés?—dijo Maude, frunciendo el ceño.

Samuel rio, y asintió.

—Tal vez, Mau Mau—besó su cuello, largo, y ella elevó su cabeza para darle acceso—. Aunque me hizo falta una carta y varias visitas largas y formales para que el conde de Atholl aceptara mi intención de cortejarte—fingió temblar.

—¡No fue tan terrible!—dijo ella, riendo, y se dio la vuelta para quedar entre sus brazos.

—Claro que no—respondió, besándola con pasión, y ella suspiró sobre su boca, plegándose a él.

—No te quejes, ha sido un camino hermoso.

—No me quejo, lejos de eso. Esas largas visitas con tu madre o tu hermana Victoria en el medio, fueron necesarias. No más, mi querida. Eres toda mía.

—Digo lo mismo, milord.

Samuel tomó su otra mano, acercándola a su pecho, donde ella pudo sentir el ritmo firme de su corazón.

—Si me hubieran dicho al salir de India que sería conde en dos meses y tendría una

esposa adorable en tres, hubiera dicho que estaban locos. Pero aquí estamos.

Maude sonrió, un gesto lleno de ternura y determinación.

—Aquí estamos, Samuel. Porque ambos lo quisimos.

Samuel inclinó su rostro hacia el de ella y la besó. Fue un beso profundo y pleno, cargado de todo lo que habían construido desde aquella primera cena, desde las cartas formales hasta las promesas implícitas en cada encuentro.

Era un beso que hablaba de amor, pasión y futuro. Maude se aferró a él, permitiendo que la envolviera en sus brazos. Samuel la sostuvo con firmeza.

La habitación se llenó del crujir de la chimenea y del susurro del viento que golpeaba las ventanas, pero en su mundo solo existían ellos dos.

Samuel la guio hacia el sillón cercano, y sentándola con cuidado, se arrodilló frente a ella, tomándole las manos con una ternura que contrastaba con la pasión que ardía en sus ojos.

—Me emociona pensar que tendremos una vida tan bonita como las que vimos disfrutar a los duques, Maude—dijo con voz baja.

Maude inclinó su rostro hacia él, susurrando apenas:

—Estoy convencida, porque nos queremos.

—Vamos a la cama, condesa. Tenemos una familia por construir.

NO OLVIDES SUSCRIBIRTE A MI NEWSLETTER http://eepurl.com/clmx4j

FIN

NOVEDAD: SERIE ROMANCE VICTORIANO

YA EN PREVENTA, LANZAMIENTO MARZO 2025



RESERVA AQUÍ

SINOPSIS:

Lady Heather Carlisle nunca imaginó que el testamento de su tío la obligaría a dejar el cálido refinamiento de *Inglaterra* para enfrentarse a las indómitas *Highlands escocesas*. Un lugar donde el paisaje es tan implacable como los hombres que lo habitan.

Como Callum MacLaren, un *laird* orgulloso y obstinado, decidido a proteger su tierra y su legado de todo lo que Inglaterra representa: engaño, malicia y el mal llamado progreso.

Para Callum, Heather es una intrusa; *una delicada rosa inglesa, ajena a la dureza de su mundo salvaje*. Pero pronto descubre que bajo su elegancia hay una voluntad tan indomable como la tierra que él juró proteger.

Enfrentados por secretos del pasado y por el choque de sus mundos, Heather y Callum deberán decidir si las diferencias que los separan son más fuertes que el amor que podría unirlos.

En un paisaje lleno de desafíos y belleza, ambos aprenderán que incluso en los terrenos más hostiles puede florecer algo inesperado y extraordinario.

[1] "El Espejo de las Gracias" es un libro que fue publicado en 1811 por un autor anónimo conocido como "Una Dama de Distinción" y ofrece orientación sobre moda, etiqueta y comportamiento social para las mujeres de la época de la Regencia.

[2] Personaje aparentemente imaginario que evocaba el nombre de un aprendiz de tejedor, Ned Luddlam, que rompió a martillazos el telar de su maestro en 1779. Luddita es el nombre que recibió el movimiento rebelde que rompía máquinas en protesta por las condiciones de trabajo en las textiles inglesas.